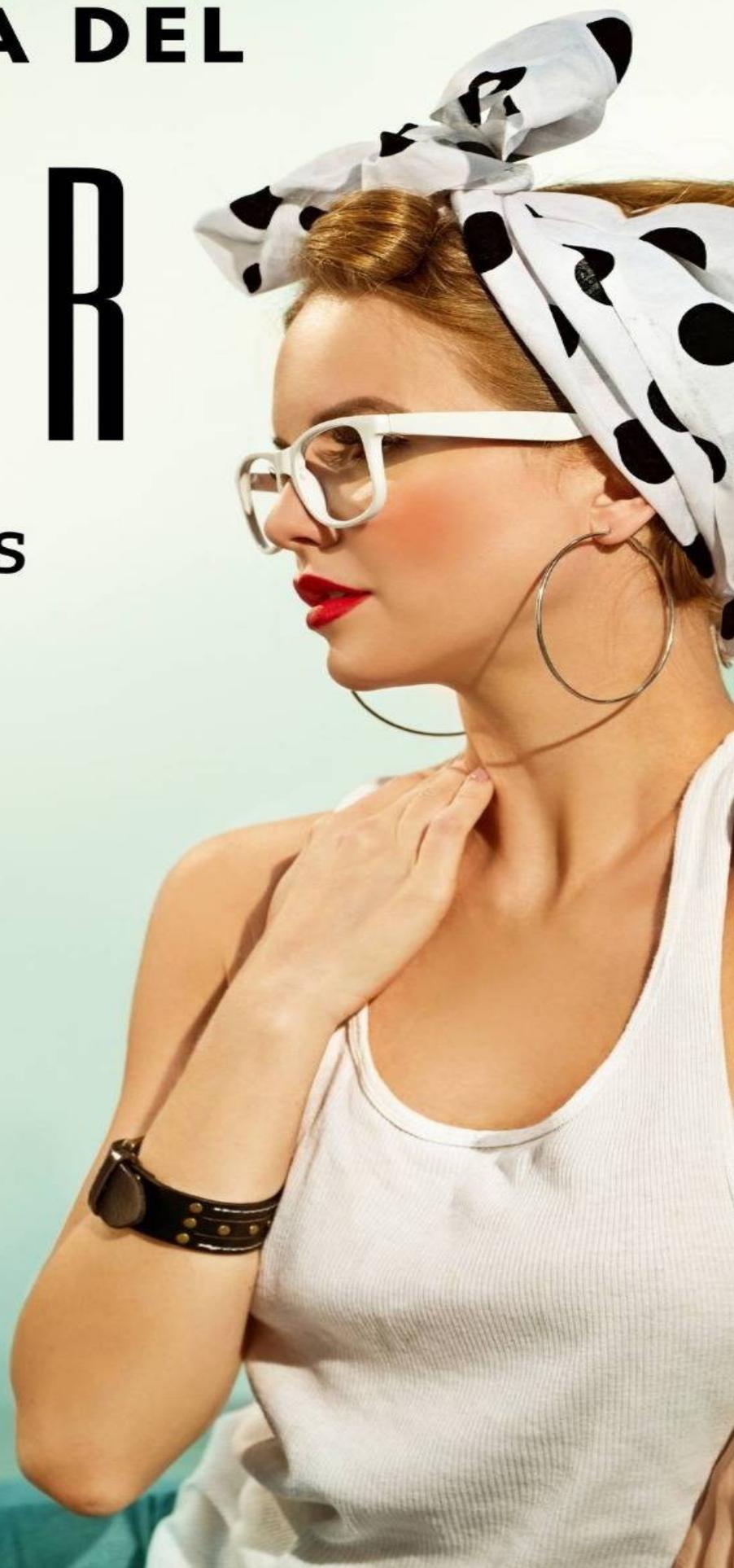


LA CHISPA DEL

AMOR

RELATOS



Beatriz Lozada

La chispa del amor
Beatriz Lozada

Mi amor por siempre

Ámame para siempre

Un amor para la eternidad

Mi gran amor

Eres todo para mí

1ªEdición: Abril, 2019

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor.

Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

Mi amor por siempre

Capítulo 1

La noche apenas comenzaba, no teníamos mucho tiempo de haber llegado a la celebración, cuando de pronto llamaron a Alberto para informarle que unos delincuentes habían entrado a casa de su madre para robar y la habían dejado muy mal herida. No tuvimos la oportunidad para despedirnos de Andrea que estaba cumpliendo años, salimos de ahí con mucha rapidez y la preocupación nos embargaba por conocer el estado en que se encontraba la señora Lucía.

Alberto lloraba de la desesperación y quería comerse el camino con el coche, aceleraba tanto que yo sentía mucho temor porque todo estaba muy oscuro y apenas podíamos divisar la vía.

La fiesta era bastante alejada de la ciudad y había un mal tiempo por lo que la ruta se encontraba mojada y todo estaba nublado.

—Mi vida, si sigues conduciendo así, nos vamos a matar —le dije entre preocupada y molesta.

Podía entender la desesperación de Alberto, pero era muy peligroso que continuara manejando de esa manera tan imprudente. Traté de que entrara en razón, pero estaba sordo y ciego por las lágrimas. Su silencio me ahogaba y hacía que me llenara de malos pensamientos. De pronto, una fuerte luz en la curva se acercó rápidamente a nosotros y nos envistió. El coche, giró y giró y no podía detener los golpes que me daba con la puerta. Aunque trataba de cubrir mi rostro con mis manos, todo era en vano, había perdido el control de

mi cuerpo. Si salía con vida de esto, iba a ser un verdadero milagro, aunque gracias al cinturón de seguridad no podía salir disparada por la ventana. Cuando el coche logró detenerse al chocar con un gran árbol, pude darme cuenta de que estaba viva. Todo sucedió muy rápido, comencé a llamar a Alberto al no verlo en su asiento. Entre tanta desesperación, miré hacia los lados y lo que me causó más dolor, fue ver que estaba con su cuerpo bañado en sangre y tirado en el suelo.

Comencé a gritar para pedir auxilio, pero no había nadie a nuestro alrededor más que el caos del accidente que nos acaba de ocurrir. Yo no podía sentir mi cuerpo, me sentía impotente al ver al hombre que amaba inmóvil y yo sin poder ayudarlo. El camión que nos sacó del camino no se detuvo, nos dejó a la buena de Dios.

Alberto no se movió ni por un segundo y yo sentía tanta confusión que no supe más de mí. Ni tan solo pude medir cuánto tiempo transcurrió hasta que llegaron a auxiliarnos. Cuando desperté estaba en la cama de un hospital con el monitor del corazón conectado, traté de mover mis brazos y pude hacerlo, pero con mucho dolor. Al instante, mi madre se levantó de la silla y se acercó a mí.

—Victoria, que bueno verte despertar. No sabes la alegría que siento hija —me dijo mientras besaba mi frente y salía corriendo de la habitación — ¡Doctor, doctor, venga pronto! —gritaba mi madre desesperada se escuchaba por los pasillos — ¡Mi hija Victoria ha despertado! —y de pronto entró con el doctor y algunas enfermeras.

—Victoria, quiero que mires fijamente la luz y que respondas si está a tu alcance a todas las preguntas que te voy a hacer —me decía el doctor mientras abría mis ojos y me apuntaba directamente con la luz.

Aun me sentía aturdida, recordaba el accidente como si fuera ayer. No podía pensar en nada más que en la imagen que se quedó grabada en mi mente.

—Alberto, ayuden a Alberto, por favor —apenas si podía pronunciar las palabras. Sentía la cara algo adormecida y mi garganta estaba muy seca.

Comencé a inquietarme, pero el doctor estaba tratando de controlarme para poder continuar con la exploración.

—¿Recuerdas cómo te llamas? —me preguntaba mientras tocaba y movía cada parte de mi cuerpo.

Podía entender que era un examen médico de rutina en estos casos, pero a mí solo me podía preocupar Alberto.

—Sí, me llamo Victoria. Por favor doctor ¿Dígame dónde está Alberto? ¿Por qué no está en esta habitación si esa cama está vacía? —le preguntaba inquietamente y señalaba con la mirada la cama que estaba frente a mí — Doctor, me preocupa mucho Alberto, anoche no se podía mover, lo último que puedo recordar es que estaba tirado en el piso y estaba perdiendo mucha sangre —le insistía al doctor, pero él solo estaba concentrado en mí.

El doctor continuaba con la evaluación y las enfermeras iban tomando nota de las indicaciones que él les daba. A lo lejos, podía escuchar a mi madre sollozando, pero con una sonrisa dibujada en su rostro. Después de que la evaluación terminó, una de las enfermas salió de la habitación y a los pocos minutos entró con una doctora, bastante joven y su rostro reflejaba la dureza de su carácter. Ambos doctores se saludaron y se apartaron para conversar en secreto, mientras una de las enfermeras me coloca un sedante.

Los doctores se acercaron a mi cama, pero es ella fue la que toma la palabra.

—Victoria, soy la doctora López, necesito que estés calmada para conversar. Soy la neuropsiquiatra de este hospital —me dijo y yo me relajé para escucharla muy atenta, mientras ella continuó —Tuviste un accidente muy grave, bastante —se acercó y puso su mano en una de las mías.

—Si doctora, quiero saber de Alberto —le dije casi llorando.

—Victoria, han pasado ocho meses de aquel accidente, estuviste todo este tiempo dormida, en coma y hoy regresaste con nosotros. Pero, Alberto no sobrevivió al accidente. Lamento decirte que esa misma noche, tu esposo murió —me dijo la doctora tratando de mostrar algo de solidaridad con sus palabras.

Traté de gritar, pero me sentía muy débil por lo que me habían colocado en mi vena y comencé a ver borroso y la voz ya no me salía. Solo tenía la imagen de ese episodio fatal que había ocurrido aquella noche y solo podía escuchar las voces de los doctores que le decían a las enfermeras que me mantuvieran sedada porque había sido mucha emoción para el día de hoy.

Traté de luchar por mantenerme despierta, necesitaba saber qué había ocurrido en todo este tiempo que estuve dormida, porque para mí, el tiempo se había detenido por completo. La noticia de la muerte de Alberto fue algo que no podía superar, quería saber más, pero el sueño logró vencerme.

Al quedarme dormida, conseguí ver a Alberto a través de mis sueños. Estaba muy guapo, vestido de blanco y rodeado de muchas flores. Cuando quise acercarme a él, su imagen se iba desvaneciendo junto con la brisa que hacía en aquel jardín y mientras se alejaba, se sonreía. Me sentí complacida de verlo feliz, pero me dolía mucho que no lo pudiera tener nunca más a mi lado. Esa sería la última imagen de él y la quería conservar en mi mente y así traté de mantenerla siempre.

Después de tantos meses en coma, no sabía qué día de la semana y de qué mes había despertado. Al día siguiente, tenía tantas preguntas, eran tantas las dudas por la confusión, que no estaba segura por dónde comenzar a preguntar.

—¡Madre! —me sentí muy agitada al despertar y grité para llamar a mi madre.

—Aquí estoy hija —se acercó mi madre inmediatamente con un vaso con agua.

Tomé algunos sorbos y le pedí ayuda para sentarme. La espalda me dolía y mis piernas y brazos estaban entumecidos por todo el tiempo que permanecí inmóvil.

Comencé a preguntar a mi madre sobre aquel día que nos hallaron, el día del accidente y se sentó a mi lado a contarme todo lo sucedido. Fue desgarrador enterarme que Alberto murió esa misma noche, sin tener la posibilidad de despedirse, de decirnos lo mucho que nos amábamos. El destino había cambiado todo mi mundo. Hace tan solo dos años, me había dado la oportunidad de construir una familia al lado de un hombre maravilloso para quitármelo de pronto de la más dura y cruel manera.

Lloré sin consuelo, mientras seguía preguntando a mi madre, la doctora entró a la habitación y al verme agitada, ordenó a las enfermeras que me volvieran a sedar, pero prometí calmarme para no recibir más medicamentos. Solo esperaba salir pronto de ahí y retomar mi maltratada vida que se había detenido por ocho meses.

Pasaron algunas semanas en las que permanecí internada en el hospital. Algunas de mis compañeras del trabajo anterior iban constantemente a visitarme y también me apoyaban con la terapia. Con ellas, había surgido una bonita amistad en aquel trabajo y nos compartíamos a cada paciente para que todas pudiéramos ejercer la profesión de fisioterapeutas.

Mientras hacía la terapia, yo me sentía un poco torpe al caminar, pero era normal que los músculos estuvieran un poco atrofiados por el tiempo que permanecieron inmóviles. Cada una de ellas, me hacían reír para que de alguna manera me alejara un poco de la tristeza. Se burlaban al ver mis piernas y otras partes de mi cuerpo con tantos vellos, porque el tiempo se había detenido, pero mi cuerpo seguía su curso normal. Al final de esas semanas, ya mis pasos estaban más rápidos y mi evolución era bastante notoria. Los exámenes finales, no arrojaron ningún tipo de daño cerebral que

podiera afectar mi desenvolvimiento, así que los médicos decidieron dejarme ir a casa.

Mi casa, no había comprendido que tenía una casa, un hogar con Alberto donde día a día hacíamos crecer nuestros sueños de consolidarnos y poder llegar a tener hijos, pero eso no pasó.

—Llegó el día, hija —me dijo mi madre, mientras me abrazaba —¿Estás preparada para ir a casa e iniciar una nueva vida? —me preguntó y me colocó su mano en el hombro.

—Sí, llegó el día madre y no me siento preparada. No sé que me espera allá afuera. Me siento como si volviera a nacer, ya no tengo historia, mi historia murió con Alberto, no sé cómo iniciar otra vez —le dije a mi madre con un gesto de desilusión y miedo.

Me despedí de las enfermeras y doctores sintiendo un nudo en la garganta. Todos habían sido muy amables y pacientes conmigo y se conmovían con mi triste historia. Si hubiese tenido la oportunidad de levantarme del asiento aquella noche, hubiese podido salvarle la vida a mi Alberto y quizás hoy lo estuviera ayudando con fisioterapia, pero la vida quiso que no fuera así y por más dolor que pudiera sentir, tenía que soportarlo hasta que lograra desaparecer por completo.

Ayudé a mi madre con mi equipaje y cuando salimos al estacionamiento pude recibir la luz del sol, tan cálido como lo recordaba sobre mi piel. El cielo azul resplandeciente me daba la bienvenida a un reto, el regreso a una nueva vida. Mi madre se fue hasta el coche y me pidió que la esperara, mientras yo seguí disfrutando del hermoso paisaje que me brindaba ese gran día. Dejé que la brisa jugara con mi cabello y respiré hasta llenar mis pulmones de naturaleza para que mis órganos internos pudieran sentir y disfrutar lo que afuera la vida nos estaba ofreciendo.

—Ven, sube al coche, Victoria —me dijo mi madre, logrando sacarme del

momento de distracción.

Me subí al coche y tuve una sensación extraña al ver el largo camino. Traté de mantener la cordura porque era parte del proceso de recuperación mental y debía controlarme para no asustar a mi madre.

—Madre, por favor, no aceleres tanto —le pedí con un tono de voz suave para que no pudiera notar que estaba entrando en pánico.

—Pero, hija si apenas vamos en la mínima —me dijo mi madre al notar mi temor.

En ese momento, tomé mis lentes de sol y me los coloqué, tratando de camuflar mi vista. La ruta se hizo corta, quizás la conversación que mantuvimos mi madre y yo en todo el trayecto ayudó un poco a disipar mi temor. Al llegar, se estacionó frente a la casa y me quedé mirando por unos minutos, en silencio, buscando en mi memoria tantos recuerdos de esa entrada que hoy me esperaba para ingresar a mi casa.

—¿Quieres que te acompañe hija? —me preguntó mi madre, mientras me colocaba su mano en mi brazo cuando me estaba bajando del coche.

—Estaré bien, madre. Esto es algo que debo afrontar sola, necesito estar a solas con mis recuerdos para poder continuar —le dije a mi madre e hice un gesto de aceptación para que entendiera que iba a estar bien.

Mi madre y yo nos despedimos con un gran abrazo, abrí la reja y tomé algunas rosas del jardín. Sentía mucha nostalgia, más allá de la tristeza que me embargaba, tenía una sensación de vacío que se incrementó más al entrar a la casa. Había mucho frío, entré a la cocina y busqué uno de mis floreros más lindos y ahí coloqué las flores para mi esposo. En mi sala había retratos de Alberto por todos lados, él amaba las fotografías, en cambio yo no las soportaba por eso habían más de él que de nosotros juntos.

Todo estaba como la última vez, aquella noche en que salimos a la fiesta de Andrea, el trágico día en que perdí a Alberto. Mientras estuve en el

hospital, pensé tantas cosas y entre ellas llegué a la conclusión que debía mudarme, vender la casa y darle un giro a mi vida. Juré olvidarme de mi profesión, porque pude haberla utilizado con mi esposo y así darle la ayuda que necesitaba, Dios no me lo permitió y sé que fue por alguna razón.

Tenía que poner distancia a mis recuerdos y ocuparme en otra cosa, así que puse la casa en venta. No todos en mi familia estuvieron de acuerdo porque después de haber estado tanto tiempo en estado de coma, ellos querían disfrutar nuevamente de mi compañía. Quizás mi egoísmo no me permitía entenderlo, pero ya no había vuelta atrás y logré vender la casa en muy corto tiempo.

Empaqué tan solo algunas cosas personales, todo lo demás lo doné a una fundación de caridad, ellos sabrían como distribuir las entre las personas más necesitadas y eso me hacía sentir como si mi Alberto seguía colaborando con las nobles causas como él siempre lo hacía en su trabajo como rescatista.

Me mudé a las afueras de la ciudad, donde todo quedaba muy cerca, panaderías, farmacias, librerías, todo. Así me evitaría el estar en transporte para trasladarme a todos lados, aun me había costado superar un poco el temor de subirme a un coche. La nueva casa era bastante pequeña, pero lo suficientemente cómoda para ejercer la que sería mi nueva profesión, una que exploré hace muchos años, cuando tan solo era niña y antes de graduarme de fisioterapeuta.

Siempre sentí la necesidad de escribir, de dejar plasmada en unas hojas la historia de mi vida, de cómo fue mi amor por Alberto y del gran hombre que fue y sobre todo de cómo volví a vivir después de ocho meses que estuve dormida. Quería que el mundo conociera lo fue ese hombre que me enamoró y que, gracias a su dedicación y compromiso, pudo salvar muchas vidas, pero hoy, ya no se encontraba entre nosotros. Ése, era mi nuevo reto y me sentía feliz por llevarlo a cabo.

Me encerré en mi nueva casa, con mi laptop como fiel compañera de vida. Pocas veces salía a comprar porque trataba de abastecerme con lo necesario. No conocía ni a mis vecinos, salía pensando y llegaba escribiendo para no perder la secuencia de mi novela. Pasaba horas escribiendo, pero lo disfrutaba al máximo.

En una tarde lluviosa, decidí irme a un café para distraerme un poco. Llegó un hombre muy galante que llamó mi atención, pero inmediatamente me concentré en el párrafo que estaba escribiendo a mano. Al rato, levanté la mirada para buscar si se había ido y él notó que lo miraba y sonrió. Sentí mucha vergüenza, así que pagué el café y me retiré a mi casa.

Cuando llegué, busqué dentro del bolsillo de mi abrigo mi escrito y recordé que, de tonta, lo había dejé tirado sobre la mesa. Cualquiera pudo haberlo tomado, pensé, así que traté de retomar la idea, pero no fue igual, algo le faltaba. Dos días después, necesité salir para comprar alimentos, ya la despensa se estaba quedando vacía y fui al supermercado. Para sorpresa mía, el apuesto hombre del café estaba pagando su compra y esa vez, fue él que no dejaba de verme y al parecer se dio cuenta que había sido yo quien no le quitaba la mirada de encima en aquel café. Continué hacia los pasillos como si nada y terminé mi compra.

Cuando iba saliendo del establecimiento, se acercó hasta mí ¡Qué hombre tan interesante! Era difícil no expresarlo.

—Hola ¿Eras tú la que estaba en el café hace dos días? —me preguntó con su voz muy varonil.

—Sí, soy yo —le respondí con mucha seriedad, pero con cortesía.

En ese momento, él sacó un papel de su chaqueta y cuando me di cuenta, era el escrito que había hecho y que dejé en aquella mesa. Sentí mis mejillas enrojecer y mis manos comenzaron a sudar de los nervios porque en ese párrafo estaba escrito una escena de amor que había tenido junto a Alberto y

estaba bastante subida que hasta sexo había. Ese hombre iba a pensar que yo era una perversa, pero solo pensaba en tomar el papel e irme inmediatamente.

—Creo que esto es tuyo, lo recogí de la mesa a los minutos que te fuiste. Traté de alcanzarte, pero veo que tienes unas piernas largas y das pasos muy grandes, porque en poco tiempo te desapareciste de mi vista —me dijo aquel hombre y reía como si se estuviera burlando de mí.

Su comentario no me pareció nada gracioso, así que no quise entablar ninguna conversación.

—Ah, sí, es mío. Muchas gracias, es usted muy amable —le dije al recibir el papel y para que se diera cuenta que su comentario sobre mis piernas largas había estado fuera de lugar —Que tenga usted feliz tarde —finalicé y me marché sin esperar su respuesta.

Me fui pensando que había sido bastante grosera, pero no podía perder mi enfoque y siempre me alejaba de tener algún tipo de distracción. Pero en el camino, me iba riendo y me preguntaba si en verdad tenía las piernas tan largas como él me lo había dicho. Sin perder tiempo, llegué a la casa, preparé algo de cena y me dediqué a escribir.

Así pasaban mis días, a cada sitio que iba por alguna compra o café, me lo encontraba a él y me sonreía, me parecía gracioso porque él trataba de tener un acercamiento, pero yo no lo permitía.

Capítulo 2

Semanas después, me extrañaba no verlo, a veces me tardaba en mis compras o en el café para ver si llegaba un poco más tarde, pero no sucedía. Hasta que un día le pregunté a la mesera por el hombre elegante que llevaba su chaqueta o abrigo siempre y me dijo que era un piloto y que en temporadas tenía largas horas de vuelo y no regresaba al pueblo.

Me agradaba verlo, de alguna manera me sentía atraída por esa mirada penetrante que ponía cuando se daba cuenta que yo lo estaba mirando y su sonrisa era muy cautivadora.

Regresé a la casa y me senté a tomar un café frente al televisor y después de varias noticias, anunciaron que se aproximaba una fuerte tormenta que, según el pronóstico, podía convertirse en huracán en cualquier momento. Pensé inmediatamente en que debían suspender los vuelos por los fuertes vientos que se podían registrar y me fui a escribir.

En la mañana siguiente, fui a la farmacia por un analgésico, llevaba algunas noches que no podía conciliar el sueño y ya me estaba preocupando. Cuando llegué ahí, había un anuncio pegado en la entrada. Me detuve a leer y solicitaban voluntarios de todas las áreas médicas para colaborar con las víctimas del accidente aéreo que había ocurrido durante esa madrugada. No me había enterado, pero según el anuncio, el pequeño hospital estaba colapsado.

Recordé cuando estuve en los últimos años de fisioterapia, cuando nos llevaron de la universidad como voluntarias para atender a los heridos de un suceso similar y colaboramos con terapias corporales que ayudaron a muchos de ellos a recobrar sus movimientos de manera satisfactoria. Pensé que podía ayudar, pero el juramento que había hecho después de la muerte de Alberto, me limitaba a hacerlo.

Compré el medicamento y salí del lugar bastante pensativa. Cuando llegué a la casa, no podía sacar de mi mente la labor social que antes hacía al lado de Alberto, pero me sentía impotente al no poder hacer nada. Busqué dentro de mi cofre, una de las fotos de aquellos tiempos y en una de ellas podía ver a Alberto feliz en uno de los rescates. Así que me armé de valor y me fui hasta el hospital para ponerme a la orden como voluntaria.

El ambiente era bastante conmovedor, había muchas camas improvisadas en el piso. Pude ver que algunas víctimas tenían quemaduras muy graves y otros apenas se podían mover. Fue bastante desgarrador, esa necesidad que tenía de colaborar me hacía sentir útil. Busqué al director entre tanta gente para conversar y ver dónde podía iniciar.

—¡Doctor! —grité apenas lo vi —¿Es usted el director o encargado del hospital? —le pregunté alzando mucho la voz para que me pudiera escuchar.

—Sí, soy el director, pero como verá no puedo atenderle —me dijo cuando trataba de alejarse con una jeringa en sus manos.

—Doctor, mi nombre es Victoria, soy fisioterapeuta y tengo experiencia como voluntaria ante estos desastres. Vine para colaborar —le dije mientras colocaba mis manos en forma de oración.

—Bienvenida al equipo, Victoria. Colóquese este lazo sobre la blusa para que las enfermeras puedan identificarla y suministrarle todo lo que necesite. Hay muchos pacientes que faltan por ingresar, esté atenta —me dijo el doctor mientras me entregaba el lazo que me coloqué en la blusa y me dejó ahí parada

en medio de todo el caos que se estaba viviendo.

Caminé hasta una de las habitaciones del pequeño hospital, tratando de buscar algún paciente con lesiones leves donde pudiera poner en práctica mis conocimientos, pero una enfermera me detuvo para que la ayudara a detener una hemorragia en uno de los sobrevivientes. Después de colaborarle, me llamó la atención que, en una de las camas, yacía un hombre que solo estaba conectado a los monitores que vigilaban sus funciones vitales y pregunté por su caso.

—Es un piloto, pero por mala suerte venía con su esposa como pasajeros. Ella murió y él, se encuentra delicado, está en coma y no se sabe si sobreviva a eso —me comentó la enfermera sin ningún tipo de esperanzas para ese hombre.

Mientras caminaba hacia su cama, recordaba mi historia. Había perdido a mi esposo en un trágico accidente y yo había quedado en coma durante ocho largos meses y al igual que él, con un pronóstico médico bastante reservado. Pobre, pensaba al mirar desde lejos a ese hombre. Cuando estaba cerca de él, me quedé sorprendida, no creía en las casualidades, para mí todas las situaciones tenían una causa y éste producía algún efecto ¡No puede ser! Grité internamente y me cubrí la boca con mis manos para no levantar la voz por mi asombro.

¡Era él! Santiago era el hombre del café, el guapo del abrigo y la chaqueta, el que me entregó mi escrito aquella tarde en el supermercado, el que llamaba mi atención en todo momento. Ahora estaba ahí, tendido en una cama como si estuviera profundamente dormido. Lo miré y no había lesiones físicas pero el accidente le había dejado un daño que lo mantenía en esa condición.

No podía hacer nada por él en esas condiciones, sentí mucha pena por no poder ayudarlo y quise buscar a la enfermera para que me diera algunas instrucciones. Cuando estaba de espaldas a Santiago, sentí que de pronto una

brisa que me tocó los hombros, como si se tratara de alguien que me pedía que me quedara con él. Me di vueltas y pude notar que estaba moviendo su mano y llamé inmediatamente a la enfermera. Ella se quedó unos minutos para ver con sus ojos que en verdad había sucedido.

—Lo siento, Victoria, pero creo que te lo imaginaste —me dijo la joven enfermera y se retiró de la habitación.

Me quedé mirando a Santiago y le toqué su mano, mientras le hablaba y le pedía que luchara por su vida. En ese momento, volvió a hacerlo, había movido su mano y no quise llamar a la enfermera nuevamente.

Algo pasaba con ese hombre que solo reaccionaba a mi presencia o es que de tanto estar encerrada escribiendo, ya me estaba afectando el cerebro y me estaba imaginando las cosas. Quise leer su historia médica para ver si podía entender algo y no había nada, solo llamó mi atención que decía que su único familiar era su esposa y había fallecido en el accidente.

Me puse la mano en el corazón y me llené de tristeza al ver que Santiago, se encontraba solo en el mundo. En ese momento, el doctor se acercó a mí de manera muy silenciosa y me puso la mano en el hombro.

—Es un buen hombre, ahora se ha quedado solo, pero confío en sus ganas de vivir y sé que saldrá adelante —me dijo con una voz de esperanzas y de algún modo me dio mucha alegría.

—¿Doctor, puedo hacerme cargo de este paciente? —le pregunté y él me miro con un gesto de asombro —Es que yo viví algo similar, pero al menos tenía a mi madre que me hablaba todos los días y no sé si era mi subconsciente, pero yo podía sentir que me hablaba y esa compañía e insistencia a que regresara me devolvió la vida —le dije con lágrimas en los ojos al recordar esos duros momentos.

—Sería muy noble de tu parte, Victoria y sí, puedes venir con frecuencia para ayudarlo como puedas —me dijo el doctor.

Le agradecí y sentí la necesidad de dedicarme a Santiago. Lo observé por unos minutos y se veía tan indefenso, tan vulnerable como si estuviera viendo a un niño. Me dejé llevar por el recuerdo y lágrimas comenzaron a salir solas, en ese momento una de las enfermeras entró solicitando mi ayuda con los pacientes que estaban ingresando e inmediatamente salí a colaborar.

La noche se hizo muy larga, ya me sentía agotada, pero al ver que tantas personas estaban sufriendo, me daban fuerzas para continuar. Hubo algunas personas que fallecieron por complicaciones y fueron instantes muy duros para mí, hasta las enfermeras y médicos estaban conmovidos por la difícil situación.

No sé cuántas horas transcurrieron hasta que se pudo controlar el entorno y los pacientes que habían sobrevivido ya estaban estables, menos uno, Santiago. Mientras nos sentábamos un rato a descansar, llegó el director.

—Gracias a todos los voluntarios, sin su colaboración no se hubiera podido lograr estabilizar a los pacientes, pueden retirarse a sus casas y volver cuando quieran, serán bienvenidos —fueron las palabras de agradecimiento del director de hospital.

Todos aplaudieron en la sala de juntas y nos abrazamos como muestra de solidaridad. Yo, aproveché el momento para ir a ver a Santiago y le toqué su mano. Pude sentir que movió su mano y noté que le agradaba que estuviera con él o quizás lo estaba imaginando.

—Hasta mañana, Santiago. Espero que duermas bien —le dije, luego pensé que había sido algo irónica —Discúlpame, quise decir que tengas un bonito sueño y que ahí puedas ver a tu esposa y despedirte de ella —le acaricie su rostro y me fui a la casa.

Me sentía agitada y muy cansada. Fueron muchos los cafés que tomé para mantenerme alerta y poder ayudar al máximo. Me duché y no pude retomar mi novela, caí literalmente en mi cama como si hubiesen lanzado un saco de

patatas, así de pesada me sentía.

Cuando desperté, me levanté rápidamente. Comí algo ligero y salí apresuradamente para el hospital. Entré a la habitación donde estaba Santiago y presencié una disputa muy desagradable entre dos enfermeras que se negaban a asear al paciente.

—No se preocupen, yo me voy a encargar de asear a Santiago —me planté firme delante de ellas, como si se tratase de una regla militar.

Para ellas fue como si hubieran visto al mismo Dios. Se les notaba en la cara el asco que le producía limpiar a Santiago. Me dio mucha vergüenza ver como esas jóvenes que apenas eran estudiantes de enfermería, sentían repulsión por atender a un paciente, pero no quise entrar en más polémicas y les pedí que me explicaran y me trajeran todo lo que iba a necesitar a diario para yo hacerlo.

Logré que se disculparan por su actitud poco profesional y fueron a traerme lo que les había pedido y en pocos minutos me explicaron la técnica que aplicaban en estos casos. Con mucho cuidado comencé a quitarle la bata que cubría su cuerpo inmóvil y pude ver que tenía algunas marcas del accidente. Tomé la esponja y la humedecí con el agua tibia para limpiar cada parte de él, así imaginaba que mi madre lo hacía. No sabía si le estaba haciendo daño, así que trataba de dar pequeños toques para no llegar a lastimarlo.

Me llevó un poco más de una hora, por ser mi primera vez, además Santiago era un hombre tan alto que ameritaba cambiar el agua varias veces. Pero logré asearlo y le coloqué una bata limpia. Hasta podía imaginar que sonreía y me daba las gracias.

—No me des las gracias, lo hice con mucho cariño, mira que estoy agradecida porque me devolviste mi escrito y de no haber sido así, hubiera tenido que iniciar desde cero ese capítulo —le iba diciendo a Santiago

mientras lo cubría con la cobija.

Las jóvenes enfermeras entraron y al parecer me había escuchado hablando con Santiago.

—Creo que se está volviendo loca, Victoria —dijo una de ellas mientras se miraban y se reían burlándose de mí.

—Tengan un poco de respeto —les dije muy molesta —Mírenme, yo estuve en coma por ocho meses y podía escuchar cada palabra que mi madre me decía y aquí estoy —les grité para que sintieran pena.

Un doctor estaba pasando y escuchó todo el alboroto, pero me excusé y le expliqué el motivo de mi ira y el descontento ante el trato inhumano de esas dos estudiantes. Al escucharme, el galeno me dio la razón y les pidió a las jóvenes que se fueran con él a su despacho.

Después de ese desagradable momento, me senté al lado de Santiago y saqué de mi bolso mi súper cuaderno, como le decía a mi blog de apuntes. Al verlo ahí, tan tranquilo, tan literalmente paciente, me inspiré para adelantar un nuevo capítulo de la novela. Pasaron algunas horas y ya era momento de comer, mis vísceras rugían como si tuviera un par de leopardos peleándose ahí dentro.

—Santiago, tengo que irme, es un poco tarde y necesito comer. Espero que me entiendas, pero mañana vendré a visitarte nuevamente —le dije mientras le retiraba algunos de sus lindos rulos que le caían sobre sus párpados —Gracias por inspirarme, pude adelantar un capítulo más —le agradecí y cuando me iba a retirar, me regresé. Lo miré y le di un beso en la mejilla —No estás solo, en adelante me tienes a mí —le sonreí y salí de la habitación.

Así pasaron muchos días, semanas y meses y Santiago no tenía ninguna evolución. Los doctores decían que sus reflejos aun no daban señales de recuperación, pero yo les insistía en que movía su mano cuando yo estaba junto a él. Sentía mucha preocupación porque iban a analizar su caso, al ver

que en tantos meses Santiago seguía con su cuerpo paralizado, estaban pensando desconectar la máquina.

Me fui llorando hasta la habitación y me senté en la cama, a su lado y le tomé la mano.

—Santiago, tienes que reaccionar, sé que me estas escuchando. Solo depende de ti, quieren desconectar la máquina —le decía y no podía dejar de llorar.

Me sentía devastada, era como si me quitaran nuevamente un pedazo de mí. Estuve con Santiago por estos seis meses y siempre estuve segura de que él me escuchaba. No podía aceptar que le quitaran la oportunidad de vivir una nueva vida, solo debían esperar un poco, pero sin un avance de que se estaba recuperando no lo iba a lograr.

Cuando solté su mano para secarme las lágrimas, Santiago movió su mano, me quedé mirando para ver si no era mi imaginación que jugaba con mis ilusiones y lo volvió a hacer, una y otra vez. Salí corriendo y entré a la sala de juntas donde estaban los doctores, me miraron muy feo, pero mi alegría se desbordaba y la imprudencia me daba la fuerza necesaria para interrumpir.

—¡Doctor, Santiago está reaccionando! —grité a todo pulmón.

Los doctores inmediatamente se levantaron y me siguieron. Cuando entramos, Santiago estaba nuevamente inmóvil. Le tomé su mano y nada. Le hablé y le pedí que, por favor, moviera su mano si me podía escuchar y lo hizo, la movió. Fue el momento más emocionante en mucho tiempo. Los doctores comenzaron a murmurar y el especialista me pidió que saliera de la habitación para poderlo examinar a profundidad.

No cabía de tanta emoción, le daba gracias a Dios por ese momento de alegría. Me senté en el asiento detrás de la puerta y traté de escuchar.

—No veo mucho avance, el reflejo no tiene mucha fuerza. Esto se puede tomar más tiempo —dijo el doctor con un tono de voz de preocupación.

En ese momento, entré para ver de cerca lo que estaba pasando e interrumpí una vez más.

—¿Cómo ven a Santiago? Se está recuperando, ¿verdad? —le pregunté bastante angustiada por conocer el nuevo pronóstico médico.

Ya sentía a Santiago parte de mí, solo quería verlo levantarse de esa cama y volver a recuperar su vida, como logré hacerlo yo.

—Bueno, tengo que aceptar que sí hay avances y una respuesta neurológica, pero va a requerir más tiempo. Hay algo que lo mantiene aun luchando y eso es bueno, pero no podemos esperar muchos meses, el protocolo del hospital no lo permite —dijo el doctor.

—Puedo entender doctor, yo tardé ocho meses en despertar de un coma — le dije para que vea que solo se necesita esperanza y creer en los milagros — Permita que Santiago se quede un tiempo más y yo le garantizo que valdrá la pena —le hice ver que él podía levantarse de esa cama.

El doctor salió con toda la comitiva y me dio una palmadita en la espalda, dándome a entender que aprobaba que se Santiago se quedara por más tiempo en el hospital.

Cuando ellos salieron, tomé de la mano a Santiago y comencé a hablar con él.

—Santiago, necesito que vuelvas, eres muy importante para mí y no quiero perderte —Lo abracé y me recosté por un momento sobre su pecho y dejé que las lágrimas corrieran.

Después de algunos minutos, sentí como Santiago movía no una, si no ambas manos y con mucha fuerza. Le iba diciendo que continuara, que él podía salir de ese estado. Comencé a hablarle y a pedirle que hiciera algunos movimientos, para saber que me estaba escuchando.

—Santiago, quiero que pongas atención a lo que te voy a pedir. Mueve tu mano izquierda para decir sí y la derecha para decir no —le pedí tratando de

pronunciar lentamente mis palabras —¿Me puedes escuchar? —le pregunté.

En segundos, Santiago movió su mano izquierda indicándome que si me estaba escuchando. Comencé a saltar de la emoción. No quise decirle nada al doctor para hacer la terapia y que ellos se sorprendieran al notar algunos avances. Así se me fue la noche sin notarlo, me detuve para no forzarlo más. Ya se me había hecho muy tarde para irme a casa, así que decidí quedarme en el hospital.

En todo este tiempo al lado de Santiago, no abandoné mi novela, tan solo faltaban unas líneas para mi capítulo final y aproveché el momento de descanso para culminarla.

—Duerme Santiago, yo me quedaré aquí y terminaré mi novela, ya me falta muy poco. Espero tener la dicha de que la leas conmigo —le dije mientras le daba un beso en la frente como esperando que él abriera los ojos en cualquier momento.

Terminé de escribir y me quedé dormida con la cabeza sobre la camilla, cuando desperté, me llevé una grata sorpresa. Al despertar, Santiago había puesto una de sus manos encima de la mía y cuando me levanté, pude ver sus grandes ojos azules que me miraban.

—¡Santiago! —le grité mientras lo abrazaba.

La enfermera que estaba de turno en la mañana se quedó pasmada y fue inmediatamente a buscar al doctor. Me pidieron que saliera de la habitación, como siempre; lo hice y me quedé tranquila esperando que me ordenaran pasar. Mi corazón saltaba con rapidez por tanta alegría. Las enfermeras pasaban y murmuraban que había despertado el muñeco de cera como le decían para burlarse de él. Aun faltaba mucho por progresar, pero Santiago había logrado que, con eso, no lo sacaran del hospital.

Los doctores salieron con una sonrisa y me dieron todo el crédito por el avance.

—Este avance es gracias a ti Victoria, eres una excelente profesional —me dijo el doctor —Debemos planificar su recuperación, sabemos que contamos contigo para la terapia. Eres la única familia que tiene Santiago y estoy seguro de que te lo va a agradecer —me dijo muy complacido.

Entré rápidamente y Santiago seguía ahí, con sus ojos abiertos, pero quizás frustrado por no poder hablar, sabía que se sentía encerrado dentro de su cuerpo y traté de calmarlo.

Capítulo 3

—¡Hola! Reconoces mi voz, ¿verdad? —le sonreí y pregunté a la vez.

Santiago fijó su mirada en mí y levantó su brazo izquierdo y lo dejó caer como si aun no pudiera controlar sus músculos.

—No te esfuerces, juntos vamos a superar esto. Te pido un poco de paciencia para que los días se hagan muy cortos y cuando menos lo pienses, ya estarás caminando —le dije mientras le besaba su mano.

Observé que la tensión en Santiago aumentaba al ver las lágrimas en sus ojos. Levantaba sus brazos y los dejaba caer como símbolo de ira ante la impotencia que sentía de no poder moverse, eso me puso muy nerviosa y cuando iba saliendo a llamar al doctor, entró una enfermera con un sedante que le había indicado el doctor.

Era muy normal esa reacción, Santiago necesitaba respuestas, recordaba el accidente y quería saber sobre su esposa, pero no me sentía preparada para darle esa noticia, dejé eso para que la especialista lo abordara. El efecto del sedante no tardó en llegar, se quedó profundamente dormido. Aproveché para ir a la casa a dormir porque sabía que con eso él no iba a despertar hasta mañana, así lo iban a tener hasta que su cuerpo acepté la condición momentánea que estaba pasando.

En la mañana, antes de salir nuevamente de la casa, envié a una editorial mi novela ya terminada, con la esperanza de que pudieran publicarla y así dar

a conocer tan bonita historia. Salí con el abrigo en la mano y pensando en ver a Santiago y contarle que había podido enviar ese escrito que día a día iba alimentando a su lado.

En el camino, compre unos lindos lirios, para alegrar a Santiago, no sabía nada más de él que lo que decía su historia médica. Me sentía bastante emocionada, le había tomado un cariño muy especial que le demostraba con cada una de mis atenciones.

Cuando llegué al hospital, me detuve frente a la puerta y traté de calmar un poco mi ansiedad. Trataba de entender cuál era realmente el motivo de mi emoción, pero hasta ese día no lo entendía. Cuando entré a la habitación, me sorprendí.

—¡Enfermera! —salí corriendo por pasillo, gritando, al ver que la habitación de Santiago estaba vacía.

Un sentimiento de preocupación me embargó al momento, creí por un momento que había perdido a ese hombre que se había convertido en todo para mí.

—¡Cálmese Victoria! —me dijo una de las enfermeras al acercarse a mí.

—El muñeco de cera está bien, se lo llevaron para hacerle una tomografía, quédate tranquila —me dijo la otra y se fue riendo.

No me causó nada de gracia la manera como se burlaban de él, pero si me sentí más calmada al saber que no le había ocurrido nada malo. Me fui a la habitación a arreglar las flores y a esperar que lo regresaran.

Me mantuve algo inquieta, esas ganas de verlo me hacían sentir una emoción que desde hace un buen tiempo se había alejado de mi. Nuevamente mi corazón palpitaba de emoción por un hombre, como cuando me enamoré de mi Alberto la primera vez. Pero, tenía muy presente que solo yo me estaba enamorando de un hombre que hasta ayer estaba dormido y que solo en su mente estaba el recuerdo de su esposa. Aun así, lo consideraba parte de mí y

era la única persona que él tenía en este momento de su vida.

Al fin, llegaron los camilleros con Santiago y pude ver que su mirada estaba más serena. Cuando lo instalaron en su cama, me acerqué a él y le sonreí.

—¡Hola! Te ves muy bien, hoy tu mirada está más brillante —le dije y no podía dejar de mirarlo —¿Cómo te sientes? —le pregunté, mientras me sentaba a su lado.

Pensé que quizás no le agradaba escuchar que una extraña le hablara de esa manera tan cercana, pero Santiago estiró su mano como si quisiera tocar la mía. En ese instante, puse mi mano sobre la de él y lo que menos esperé fue que me apretara como aceptando mi compañía. En mi rostro se dibujó una sonrisa y pude ver que él trataba de hacer una mueca, pero no pudo.

—Con calma, Santiago. Te voy a ayudar con la terapia y pronto vas a salir caminando de aquí, pero te pido que confíes en mí —al decirle esas palabras, Santiago me miraba como tratando de reconocerse.

—Sí, soy yo ¿Me reconoces? —le pregunté y movió su mano izquierda.

Con gran emoción lo abracé y le dije nuevamente que no estaba solo. Nos habíamos inventado un idioma para entendernos y mientras conversábamos a nuestra manera, entró un guapo doctor, debía ser nuevo en el hospital, pensé, porque no lo había visto en todo el tiempo que había estado ahí.

—Buenas, soy el doctor Carlos. Me estaré encargando de Santiago a partir de hoy. He estado analizando su caso y está progresando muy rápido, necesitamos iniciar el nuevo tratamiento para que continúe con la pronta recuperación —dijo el doctor.

Me quedé mirándolo mientras daba la explicación, estaba atontada por su elegancia y seguridad al hablar. Me distraje un poco y el doctor se dio cuenta al verme y pude notar su sonrisa.

—Mucho gusto, doctor Carlos. Mi nombre es Victoria —me presenté ante

él.

—El gusto es mío, ya el director me había hablado de usted —me dijo mientras me extendía su mano.

Hubo una especie de coqueteo entre el doctor y yo. Me pareció interesante, pero creo que a Santiago no le agradó porque levantó sus brazos y los dejó caer con fuerza. Su entrecejo estaba fruncido, como cuando uno se molesta, me acerqué y le dije que todo estaba bien.

Pasaban los días y Santiago se iba recuperando rápidamente. Me esforzaba mucho con su terapia y él también. Me dolía ver como terminaba agotado, pero aun así quería continuar. Sus movimientos eran más coordinados y estaba apenas recuperando el habla. Yo seguía sintiendo emociones fuertes por él y en ocasiones me hacía ver que a él también le sucedía lo mismo, pero en otras, se comportaba de una manera muy distante que me alejaban un poco de lo sentimental. Ya no sabía qué estaba sucediendo entre nosotros, lo consideraba más que un amigo. A veces se ponía con una actitud no adecuada, pero podía entenderlo, la situación que estaba pasando no era nada agradable y yo lo había vivido en carne propia.

El día con Santiago había sido muy difícil, estaba malhumorado y por más que traté de consentirlo, pero me hizo sentir que todo era en vano.

—Ya me voy a la casa, Santiago —le dije mientras recogía mis cosas.

En ese momento, Carlos entró a la habitación. Me pareció extraño verlo sin su bata blanca. Miré a Santiago y él levantó una ceja, dando a entender que también se había sorprendido.

—Santiago, te ves muy bien —le dijo mientras le daba una palmada en su hombro.

Después se me acercó y con un tono de voz muy suave, me dijo al oído que si me podía invitar a un café y luego me acompañaba hasta mi casa. Habíamos hecho una amistad, pero no pensé que se iba a atrever a invitarme algún día.

No supe que responder, las palabras no me salían. Nos olvidamos por un momento que Santiago estaba ahí y nuestras miradas se quedaron fijas, esperando una respuesta, la mía.

Cuando estaba a punto de aceptar, Santiago reaccionó.

—¡Vic...toria! —Santiago estaba pronunciando sus primeras palabras después de haber despertado del coma.

Salté de la alegría y lo abracé. Fue uno de los momentos que recordaré con más emoción. Carlos salió de la habitación para buscar a su equipo y así poder evaluar a Santiago.

—Santi... dijiste mi nombre, fue hermoso escucharte —me puse cerca, muy cerca de él y estuve a punto de besarlo, cuando entró Carlos y nos interrumpió.

—Necesito que salgas, Victoria. Tengo que examinar al paciente —me dijo Carlos de una manera muy grosera que denotaba lo celoso que había puesto a verla escena que había formado con Santiago a punto de besarnos.

Me quede pensativa a la reacción de esos dos hombres. Primero Santiago me hace ver que está solo agradecido, al día siguiente tiene gestos de afecto y luego se vuelve muy frío y por el otro lado, Carlos que trataba de que me sintiera atraída por él, a veces pensaba que se me iba a declarar y luego todo se enfriaba, no sabía en qué momento había terminado por complicarme mis sentimientos, si solo quería reencontrarme conmigo misma, ahora me encontraba en un conflicto interno y lo peor es que ambos hombres se estaban ganado un lugar especial en mi corazón.

Miré el reloj y estaban tardando demasiado con esa evaluación, hasta que Carlos salió y mientras me explicaba el progreso de Santiago, una de las enfermeras se acercó.

—Doctor, su esposa está en la línea. Dice que lo ha estado llamando a su móvil y la envía a buzón —le dijo la enfermera, mientras señalaba hacia la

recepción.

Carlos me miró como un perro que ha hecho algo malo y esperaba que sus amos no lo castigaran. Fue un momento bastante bochornoso y yo, casi caigo al piso al escuchar la palabra esposa.

—Vaya a atender a su esposa doctor, debe ser importante —le dije con un tono bastante irónico.

Sacudí mi cabeza como si estuviera tratando de sacar de ella el mal rato y entré a la habitación a ver a Santiago.

—¡Vic...toria! —volvió a pronunciar mi nombre.

A pesar de la dificultad, mi nombre es su boca se escuchaba muy tierno, porque entre su voz tan masculina y su tarareo de palabras, inspiraba ternura.

—No... te... vayas —me pidió Santiago

Pude sentir que se desesperaba por no poder continuar y quería que no se sintiera frustrado.

—No te esfuerces, Santiago. Vas muy bien y no te preocupes, no me voy a ninguna parte, me quedaré contigo —le dije y lo abracé para tranquilizarlo un poco.

Fue un momento de mucha presión para Santiago, era como si necesitaba decirme muchas cosas. Ya le faltaba muy poco para volver a ser el hombre que llegué a ver por primera vez en aquel café. Me levanté de la cama para buscar a la enfermera, cuando volví a escuchar a Santiago.

—Vic... toria, yo... te... amo... —Santiago pronunció con mucho sentimiento cada una de las sílabas.

Yo, me detuve en medio de la habitación, permanecí de espaldas a Santiago por un instante. Comencé a sonreír y coloqué mis manos sobre el pecho, mientras me giré muy lentamente y pude ver cómo Santiago continuaba repitiendo la misma frase.

Me coloqué frente a él y me quedé mirándolo. Mientras acariciaba su

rostro, dejé que las lágrimas corrieran libremente por mi rostro. Santiago hacia un esfuerzo por levantar su mano y lo ayudé para que pudiera tocar mi cabello. Dejé que mi mirada hablara y que mis manos le transmitieran lo que estaba sintiendo, pero no quise estallar de emoción, aunque moría de ganar por gritar, me contuve, pero también me pude expresar.

—Yo también te amo, Santiago. Pensé que solo yo, lo estaba sintiendo y quise alejarme sentimentalmente de ti. Te convertiste en todo lo que tengo, en mi inspiración de vida, eres mi propio reflejo —le decía, sin poder detener mis lágrimas.

El amor que sentía por Santiago iba más allá de la carne. Aprendí a amarlo en su sueño, en su silencio, en sus malos momentos, en su dolor. Él se había convertido en mi compañero de vida, esa razón por la cual te levantas día a día, ese motivo de querer salir de la casa y sentirme útil.

Él me había devuelto mi vida, esa que pretendí dejar atrás, huyendo de mi verdad y mi vocación. Mi vida estaba marcada por una tragedia y pensaba que el amor se había marchado desde el día en que perdí a Alberto, pero lo que la vida me quitó un día en trágico accidente, me lo estaba devolviendo de la misma manera. Yo, regresé de la muerte y por alguna razón que hasta hoy no comprendía, me aferré y luché internamente para vivir y Santiago tenía la misma historia.

La enfermera había llegado y se conmovió al ver nuestras lágrimas, pero no pudo saltarse la orden de Carlos y tuvo que suministrarle un sedante a Santiago y mientras él se dormía, yo velaba de algún modo su sueño sin dejar de mirarlo. Me quedé dormida a su lado, como si buscara protegerlo.

En la mañana, desperté con un fuerte dolor en el cuello por haber dormido en una posición bastante incómoda. Pero al ver a Santiago casi recuperado del todo, ese dolor pasaba a un segundo plano a pesar de sentirme como una muñeca a punto de perder su cabeza.

—Carlos, buenos días —dije sorprendidamente al ver al doctor entrar.

Pude ver que él también se había sorprendido al darse cuenta de que me había quedado con Santiago. No me faltaban ganas de preguntar por su esposa para hacerlo sentir mal, pero me contuve para que no se confundiera con una escena de celos. Al escucharme hablar, Santiago despertó.

—Buenos días, vengo a traerles una buena noticia —nos dijo Carlos y nos miró a los dos al mismo tiempo —Tengo en mis manos tu boleta de salida, en vista de toda tu evolución. Las indicaciones que debes seguir están detalladas aquí —y solo miró a Santiago, pero la carpeta me la entregó a mí.

Carlos no podía ocultar la vergüenza después el comportamiento de anoche. Salió inmediatamente de la habitación. Santiago y yo nos abrazamos de la alegría, pero la emoción se acortó. No habíamos hablado sobre este día en que llegaba el momento para abandonar el hospital. Santiago solo me tenía a mí, pero quería saber lo que él estaba pensando. Para Santiago también era muy difícil la situación, él no quería presionarme, pero estaba consciente de que no podía estar solo en lo que quedaba de su recuperación. Al verlo, su mirada se entristeció y su rostro reflejaba preocupación. Inmediatamente me di cuenta y decidí hacerle una propuesta.

—Santi, mi vida ¿quieres irte a mi casa? —le pregunté —Ahí podemos continuar con la terapia y nos hacemos compañía —le propuse.

Inmediatamente en su rostro se dibujó una sonrisa y asintió con su cabeza para afirmar que estaba de acuerdo.

Las enfermeras, al enterarse que el muñeco de cera, como ellas despectivamente le decían, entraron a despedirse y una de ellas casi se le insinuó, diciéndole que estaba a la orden para cualquier otra cosa y no era de esperarse porque Santiago es un hombre muy guapo. Ahora solo quedaba comenzar con la nueva vida que nos deparaba el destino.

Todo había sido sin planificar, al llegar a la casa Santiago se sentía

extraño. Las fotos de Alberto se podían ver en casi todas partes, aun era parte de mí.

—Bienvenido a casa, Santiago —le dije mientras lo ayudaba a sentar en el sofá.

Santiago comenzó a mirar a su alrededor, observaba cada detalle y en cada rincón, había un pedazo de mi pasado. Teníamos mucho de qué hablar, mi historia y la de él coincidían en la parte más trágica, pero no sabíamos nada más.

—Sé que tienes muchas preguntas, mi vida. Yo también las tengo, quiero que nos demos la oportunidad de conocernos —le iba diciendo a Santiago, mientras tomaba uno de los retratos de Alberto.

Me senté a su lado y comencé desde el día en que conocí a Alberto, hasta cuando desperté después de ocho meses en coma. Santiago me escuchaba detenidamente, cuando lo necesitaba me interrumpía con alguna pregunta y a veces no lograba dar con esa respuesta a lo que él quería escuchar, pero trataba de ser lo más sincera posible.

Mi historia conmovió mucho a Santiago, sabía que se podía identificar con algunos sucesos, pero el remover tantos recuerdos alegres y dolorosos, me hicieron llorar y no me pude detener.

—Ya, mi... vida, ya... pasó... todo —me dijo Santiago mientras extendía sus brazos para que me cobijara en él.

Lo abracé y me dejé sentir protegida, cuando me vio un poco más calmada, me pidió que lo dejara hablar, que ahora le correspondía contar su historia. Por supuesto que debía tener un poco de paciencia porque su dificultad al hablar no le dejaba conversar tan fluido.

Me senté muy cómoda en el sofá, a su lado y me dispuse a escucharlo como él había hecho conmigo. Fueron unas cuantas horas, tratando de entender a Santiago. En momentos, le pedía que se detuviera a descansar, no quería que

se sintiera agobiado, al recordar su vida, se sensibilizó mucho. Fueron muy duros los momentos que había vivido al lado de su esposa, quien se había curado de esa terrible enfermedad y por eso iba a regresar a su casa, cuando fueron sorprendidos por ese accidente.

—La vida nos cambió en tan solo minutos, mi vida ¿Crees que el destino haya querido que nos conociéramos? —le pregunté a Santiago.

El me afirmaba con su cabeza, indicándome que sí, que también creía que el destino nos había juntado. Santiago no paraba de darme las gracias por toda la dedicación que le había otorgado. Para él, lo que yo hice en todos estos meses fue un sacrificio que solo el amor lo permitía y solo con amor se pagaba. No dejaba de abrazarme, aunque sus movimientos seguían siendo un poco torpes, sus caricias me devolvían esas ganas de amar que pensaba que no volvería a sentir por alguien más.

Mientras Santiago estuvo en el hospital en su recuperación, el amor que sentía hacia él comenzó como un sentimiento de solidaridad, aunque desde la primera vez que lo vi, me sentí muy atraída hacia él. A medida que pasaban los días y meses, ese sentimiento fue cambiando, lo veía tan dependiente de mí, tan frágil que lo cuidaba como si no quisiera que se alejara nunca de mí y así fue. Santiago se convirtió en ese hombre que llenó el vacío que mi corazón tenía al haber perdido a mi esposo aquella noche fatal.

Capítulo 4

Las semanas pasaban y cada día Santiago me correspondía más. En ocasiones podía verlo asomado en la ventana, con la mirada vacía, quizás recordando a su esposa. Me armé de paciencia para esperar llenar ese espacio, como yo lo había hecho con él.

Sus caricias eran más suaves, ya coordinaba mejor sus movimientos y su forma de hablar tan varonil había regresado. A pesar de que nos amábamos, Santiago y yo dormíamos en habitaciones separadas. A pesar de que lo ayudaba con su terapia, no sabía si ya tenía respuesta en su parte íntima, por eso no me atrevía a que pasara algo más que unos besos. En las noches, cuando nos sentíamos más cerca, en la cama mientras leíamos alguna novela, juntos, el calor de nuestros cuerpos nos atraía como imanes, pero yo no permitía que sucediera algo más, por miedo a su respuesta física.

Para los dos era muy difícil, porque la confianza que habíamos logrado entre nosotros nos compenetraba demasiado. Quizás él pensaba que no lo amaba lo suficiente, podía notar su inconformidad cuando me levantaba de la cama inmediatamente después de un largo beso, pero yo solo cuidaba de su salud emocional.

Esa situación nos estaba distanciando un poco, pero no me sentía capaz de explicar el por qué de mi actitud, sentía mucha pena y tampoco me atrevía a tocarlo, aunque con el roce de mi pierna podía sentir algo duro, pero no me

era suficiente.

Esperé que en algún momento se diera el instante perfecto, donde ambos pudiéramos sentir cómodos y en el que yo no quisiera levantarme y así poder darle riendas sueltas a este deseo que me embargaba. Ya había pasado mucho tiempo de mi accidente y desde entonces, no había estado íntimamente con ningún otro hombre. Quizás ya tendría telarañas allá abajo, como cuando se cierra una casa y no se abre hasta dentro de algunos años, pero sí, podía sentir y con cada beso de Santiago, vibraba con cada sensación, pero debía contenerme y todo porque él no saliera lastimado.

Mientras yo quería cuidar su estado emocional, Santiago pensaba que no lo amaba suficiente. Una noche, entré a su cuarto y vi su maleta sobre la cama, miré a los lados y Santiago estaba sacando su ropa del closet.

—¿Qué estás haciendo, mi vida? —le pregunté muy conmovida —¿Me dejas? —continúe preguntando ante mi asombro.

—Sí, Victoria. Creo que llegó mi momento de partir. Me he dado cuenta de que el amor que sientes por mí era más bien lastima, no amor —me dijo y su voz se notaba bastante depresiva.

¡Claro, Santiago pensaba eso porque yo nunca quise que llegáramos a hacer el amor! Pero ¿si yo pensaba que él no podía responderme? Que confusión había con todo este tema, yo queriendo ayudar y lo que gané fue que se alejara de mí.

¿Ahora, cómo podía reparar este malentendido? Santiago estaba tan decidido, que no sabía qué palabras usar. Rápidamente pensé en decirle mi verdad, pero no estaba segura de que era lo correcto, pero igual quise arriesgarme. Habíamos prometido no tener secretos y yo estaba rompiendo ese juramento.

—Mi vida, antes de que tomes cualquier decisión definitiva, quiero que nos sentemos —le quité el pantalón que iba a meter en la maleta y lo tomé de

la mano.

¿Por dónde comenzar? Era mi gran pregunta con muchas respuestas, pero sin saber cuál sería la más acertada.

—Victoria, por favor dime lo que me tienes que decir, estoy cansado de tu distancia —me dijo mientras se levantaba para irse al cuarto.

—No, espera mi vida. Está bien, voy a hablar —le dije y lo volví a tomar de la mano para que se sentara a mi lado.

Tan solo respiré y dejé que en nombre del amor que sentía por él, salieran las palabras adecuadas para no herirlo.

—Quiero que sepas que cuando estoy contigo, cuando me tocas, cuando me besas, cuando estamos leyendo en la cama... —hice una pausa para no equivocarme en lo que quería expresar —Me haces vibrar de emociones, me excitas y mucho —sentía un poco de pena porque en todo este tiempo juntos, no habíamos entrado en intimidad.

Mientras hablaba, veía a Santiago para notar cómo estaba reaccionando y su rostro reflejaba confusión.

—Lo que pasa mi vida, es que me daba temor que no pudieras responderme como hombre a causa del accidente, no sabía si ya tu parte íntima podía funcionar y no quería que sufieras. Por eso, siempre me detenía —continúe hablando muy rápido para no dar tiempo a que me arrepintiera de lo que pensaba.

Santiago se me quedó mirando y luego soltó una carcajada que me dejó pasmada. No sabía si se estaba burlando o qué le estaba pasando por su mente. Esperé que de alguna manera dejara de reír para que me explicara que estaba sucediendo con mi comentario.

—Mi vida, era eso lo que pasaba por tu cabecita —me dijo —Y yo pensando que no te gustaba lo que te hacía sentir —continúo mientras se seguía riendo.

Se levantó y me abrazó, me sentí como una tonta. Entonces sí, le funcionaba su parte íntima y yo me había perdido de disfrutar del sexo con mi hombre en todo este tiempo.

Comencé a llorar porque me invadía la impotencia, por no haber hablado con Santiago estuve a punto de perderlo. A pesar de que nunca habíamos hecho el amor sexual, todos los días alimentábamos esa semillita dentro de nuestros corazones y descubrimos que hay muchas maneras de hacer el amor.

Santiago no me respondió si le funcionaba o no, pero con su risa me hacía entender que no le fallaba. A pesar de haber llegado cansado de su nuevo trabajo, me tomó entre sus brazos y me llevó hasta mi habitación. Fue bastante conmovedor el momento porque estaba conociendo a un Santiago diferente, fuerte, como aquel que había conocido en ese café.

Tenía aun la imagen de un Santiago frágil, en la cama de un hospital y luego aquí en casa, tras su recuperación, aun lo seguía viendo frágil, hasta hoy.

Cuando estábamos en mi habitación, Santiago comenzó a quitarse la ropa, y yo lo observaba, me conocía su cuerpo en detalles, con cada aseo que le daba mientras estaba en su recuperación. Era perfecto para mí, lo amaba demasiado, pero no veía la parte romántica que trataba de ponerle al momento desnudándose delante de mí. Traté de seguir el juego y me senté en la cama a observar.

—Mi vida, no te quedes ahí sentada, te espero en la ducha —me dijo y me dejó sentada.

Comencé a reír, Santiago había perdido la razón, pensé por un momento, pero me agradaba la sensación era muy emocionante. Me quité la ropa y me fui hasta la ducha. Cuando Santiago notó que yo había entrado, abrió la puerta y me extendió la mano para que entrara. Él ya estaba todo mojado, se secó un poco el agua con sus manos y me recostó contra la pared.

—Eres tal cual te imagine, mi vida —me decía Santiago, mientras recorría

mi cuerpo con sus manos.

Jugueteamos debajo del agua y en uno de esos besos, no aguantamos más las ganas acumuladas. Aquellos juegos cariñosos, donde solo hacíamos el amor con palabras, se habían quedado atrás. Los besos debajo de la ducha hicieron volar la mente de Santiago. Me levantó y me llevó hasta su pecho, yo rodeé su cintura con mis piernas y mis brazos los coloqué sobre su cuello y ahí iniciamos esa otra manera de hacer el amor que aún no habíamos explorado.

La ducha se convirtió en testigo de cómo nos uníamos en un solo cuerpo. Fue mágico el momento, después de quedar saciados por el éxtasis, Santiago me consintió con los geles de baño y yo se lo retribuí.

—Salgamos a cenar —le propuse, mientras me colocaba una toalla en el cabello —O podemos ir a un café, sería nuestra primera salida como pareja, mi vida —continué

Santiago se quedó pensativo y en silencio por unos segundos, pero de igual manera aceptó. Me sentí feliz, cómo nos cambia la imagen cuando nos satisfacemos sexualmente. Habían pasado años y ya casi no podía recordar esa sensación de tener orgasmos tan placenteros. Mientras me vestía frente al espejo, no podía dejar de sonreír, como si estuviera frente a una amiga a la que estaba demostrando que estaba complacida.

Desde la otra habitación, podía escuchar a Santiago tararear una linda canción. Parecía un ruiñeñor, me gritaba como si no lo estuviera escuchando, era muy graciosa su actitud. Para él, esto que vivíamos era algo nuevo al igual que para mí, por eso nos sentíamos como unos niños con juguete nuevo.

Después de mi recuperación de aquel accidente, hubo un tiempo en que tenía algunas lagunas mentales, que con el tiempo se fueron dispersando. Santiago me decía que le estaba sucediendo con frecuencia, pero se calmaba al escuchar que me había sucedido igual.

—¿Estás lista, preciosa? —me preguntó Santiago, mientras se terminaba

de arreglar la camisa.

—¡Qué guapo estás?

—le dije e inmediatamente me acerqué para arreglar el cuello de la camisa.

Santiago comenzó a halagarme y me hacía sentir como a una verdadera princesa. Esa compenetración que surgió después que logramos intimar sexualmente, lo podía sentir como una complicidad, era muy gratificante.

En el camino, decidíamos a qué lugar ir a pasar el rato, nos debatíamos si ir al nuevo café al lado de la farmacia o al café donde nos vimos por primera vez, así nos íbamos riendo y jugueteando como un par de adolescentes hasta que nos vimos frente a nuestro café de siempre.

Todos se alegraron al ver entrar a Santiago, me extrañó mucho esa reacción porque pensaba que, si en verdad lo apreciaban, por qué nunca fueron a visitarlo al hospital, al menos mientras estuve con él. Santiago nunca me había comentado sobre el cariño que le tenían en ese café, pero no tuve descontento al ver que les estaba haciendo falta en ese lugar, como decían los y las meseras.

Me senté en una de las mesas a esperar que Santiago terminara de saludar a los presentes, cuando de pronto entró una preciosa mujer. Todos voltearon a mirarla, era evidente que había logrado llamar la atención, pero para mi sorpresa, Santiago se acercó a ella, se saludaron y se abrazaron.

Fue un momento de mucho coraje, internamente estaba sintiendo celos. En todo este tiempo que había permanecido a su lado, no había aparecido ni un solo amigo o amiga, ni un solo familiar y hoy, de repente habían aparecido más que eso.

Me quedé mirando la escena, como un arquero esperando para darle a su blanco. Santiago ni volteó a mirarme, mientras ella lo invitaba a que tomaran una mesa para conversar. Yo, crucé mis brazos, esperando su reacción porque

ya no podía seguir soportando tanto descaro.

¿Quién era esa mujer? ¿Qué papel estaba haciendo yo, en este momento? ¿Por qué Santiago no me habló de esa mujer? Tenía muchas dudas, y por la ira estuve a punto de levantarme e irme del lugar, en ese momento, Santiago se acerca con la mujer y le pide que se siente en la mesa, con nosotros. Santiago se sentó a su lado y ella comenzó a llorar y lo abrazó.

Yo le hice un gesto con mis manos para que me explicara qué estaba sucediendo. Pero el solo me pedía que me calmara y que ya me iba a explicar.

—¡Victoria, mi vida! Ella es Raquel, trabajaba conmigo en la aerolínea. No es de por estos lados, pero tuvo una fuerte discusión con el capitán y no permitió que abordara el avión donde venía —me dijo Santiago mientras continuaba abrazándola.

Ella se acomodó en su hombro y con un tono de voz de asombro, hizo un comentario algo fuera de lugar.

—¿Mi vida? ¿Ella ahora es tu vida, Santiago? —fue bastante despectiva al decir eso.

Yo no emití ninguna palabra, solo esperé que Santiago reaccionara ante lo que estaba viendo y escuchando.

—Si Raquel, ella es mi gran amor. Después del accidente, Victoria dedicó su vida a mí —le dijo mientras extendía su mano para que le diera la mía.

Ella, quitó su cabeza del hombro de Santiago y por más que quiso disimular, se le notaba que la noticia no había sido de su agrado. Santiago se levantó y fue por unos cafés y nosotras quedamos en la mesa.

—Santiago no me había hablado de ti —le dije mientras arreglaba mi cabello con mis manos —En todo este tiempo él no recibió ninguna visita en el hospital —le hice ver que no me había separado ni un segundo de su vida.

Ella se quitó el abrigo y sus grandes senos se asomaron por el escote de su blusa. Sin duda, Raquel era una mujer muy atractiva, exuberante. Llegué a

creer que ella y Santiago habían sido más que compañeros de trabajo.

—La verdad es que si me enteré del accidente. Quise venir a verlo, pero los vuelos no coincidían —me dijo con molestia.

Santiago llegó rápidamente con las bebidas y sentó a mi lado. Tenía muchas preguntas para él y en mi rostro se dibujaba un gran signo de interrogación y él lo notaba.

Pasamos dos horas, las más incómodas que había tenido en mucho tiempo. Las indirectas de Raquel para con Santiago era muy evidente y no respetaba, mientras él hacía ver que no se daba cuenta.

Raquel comenzó a llorar nuevamente, según ella no tenía dónde pasar la noche y Santiago inmediatamente me miró. Yo me levanté y disimulé que iba al tocador, pero en mi rostro no podía ocultar la molestia que me estaba ocasionando la presencia de esa mujer.

Duré algunos minutos después de hacer varias respiraciones profundas para lograr recuperar la calma. Cuando regresé a la mesa, Santiago y Raquel estaban riendo a carcajadas, recordando viejos tiempos como él mismo lo dijo. Tomé mi bolso y sin pensarlo dos veces, dejé escapar de alguna manera mi incomodidad.

—Vamos a casa, Santiago, es tarde —le dije sin mirarla a ella.

Santiago le levantó y seguidamente ella hizo lo mismo.

—Sí, mi vida, es tarde —me dijo mientras me daba un beso —Raquel se va con nosotros a la casa, le ofrecí que pasara la noche con nosotros y en la mañana se va en el vuelo que llegue —me dijo sin esperar ninguna respuesta.

No podía con tanto descaro de esa mujer y Santiago. Se notaba que ella se moría por estar con él y mi mayor molestia fue que Santiago no me había tomado en cuenta para esa decisión. Meter a otra mujer en mi casa no estaba en mis planes y menos a una loba que pretendía comerse mi presa.

Me había quedado como el tronco de un árbol, totalmente inmóvil. Ahora

que Santiago y yo habíamos intimado después de mucho tiempo, en mi mente tenía planificada una noche espectacular, pero para dos nada más.

No podía comportarme de manera grosera con la ahora invitada de Santiago, así que decidí hacerme la que no me importaba y le seguí la corriente a Santiago.

Salimos de ahí como si fuéramos los mejores amigos, dónde yo los hacía sentir como si tuviera audífonos puestos en mis orejas, a cada comentario que me hacían yo no respondía, era como si no los estuviera escuchando.

Cuando llegamos a la casa, ella se quitó el abrigo y su bufanda. Le pedí que se alojara en la habitación de Santiago porque en mi casa solo había dos. Entré con ella para garantizar que todo estaba en orden.

—Es raro ver que aquí duerme Santi y solo están sus cosas, las tuyas no — me dijo con ironía la muy zorra.

—Es que tenemos mucha ropa entre los dos por eso cada uno usa un cuarto para eso, pero lo que más me importa es que duerma a mi lado —le dije groseramente para que se sintiera incómoda —Quedas en tu casa —puntalicé y la dejé sola en la habitación.

Salí de ahí queriendo matar a Santiago. Cuando lo vi en la cocina le reclamé el por qué había tomado esa decisión sin consultarlo conmigo y le pedí que me explicara quién era Raquel o si habían tenido alguna relación.

—Disculpa mi vida, no sabía que te ibas a molestar, pero si quieres le puedo pedir que se hospede en algún hotel —me dijo y al parecer estaba muy apenado —Ella es solo una amiga y ex compañera de trabajo.

Santiago todavía no había notado mis celos, hasta que Raquel salió del cuarto con un camisón bien corto y transparente. No llevaba sujetador y sus senos se podían mirar fácilmente al igual que su ropa interior.

—¡Qué falta de respeto, mujer! —le grité con todas mis fuerzas.

Ya no podía seguir callando mi incomodidad, esa mujer pretendía dañar mi

velada y lo estaba logrando. Santiago terminó por darse cuenta de la desfachatez que había hecho al aceptar meter a Raquel en nuestra casa.

—¡Perdón, no sabía que estaban en la cocina! ¡Solo vine por un vaso de agua! —dijo mientras trataba de cubrirse con sus manos, algo que era imposible.

A Santiago casi se le salieron los ojos, viendo a ese monumento de mujer casi desnuda. La muy descarada se fue a la habitación contoneándose. Sabía que buscaba crear una discusión entre Santiago y yo, lo había logrado, pero no del todo. Así que fui más inteligente que ella.

—Disculpa mi vida, pero creo que tu amiga hizo mal. Vamos a dormir por primera vez juntos, así que te voy a consentir —le dije mientras le daba un beso y le hacía cariñitos.

Santiago me correspondía y eso realmente me mantuvo un poco relajada. Cuando estábamos en la habitación, le pedí que me hablara realmente quién era Raquel y resultó ser la amante de casi todos los capitanes y pilotos. Eso me causó mucha suspicacia, quizás en la mente de Santiago había lagunas sobre ella, pero por la forma en que ella se comportaba, estaba segura de que también había tenido un enredo con Santiago.

—Es solo una noche mi vida, ten un poco de paciencia. Te prometo que mañana al amanecer ya ella no estará aquí, debe prepararse para regresar —me dijo mientras me pedía que me acostara a su lado.

Santiago no quiso asumir ni aceptar lo que yo estaba pensando y prefirió dejarme con la duda. No quise insistir, al final de todo su pasado había quedado atrás y lo que realmente me importaba es que siguiéramos tan unidos y que todos se dieran cuenta. Él terminó por aceptar que había sido un error haberla traído a nuestra casa, no le dejé más opciones que asumir su descarado.

Capítulo 5

Al parecer, Santiago sentía mucha pena por Raquel, en su historia, me comentaba que siempre quiso ayudarla a que fuera una buena mujer y que, dentro de todo, él la veía como a esa hermana que nunca tuvo, pero por lo visto, ella no lo miraba de la misma manera. Pero él trató de hacerme ver que esa era la forma de ser de la joven y traté de entender.

—Bueno mi vida, dejemos el tema de Raquel hasta aquí. Solo te pido que sea una sola noche, por favor —le dije mientras me sentaba en sus piernas.

—Lo que tú digas, preciosa —fueron las palabras de Santiago al verse abordado por mis besos.

La noche no iba a ser tan perfecta como la había planificado, después de ese momento tan pasional en la ducha, me imaginaba culminar con una cena perfecta, romántica, con fresa y crema para el final. La llegada de Raquel había entorpecido esa ilusión, pero ya dentro de la habitación, podíamos dar riendas sueltas a nuestra pasión.

Hicimos el amor de una manera diferente, en la cama donde las caricias y besos nos incitaban a entregarnos más. Santiago me hacía vibrar con cada movimiento que daba en forma pausada y después los aceleraba, su mirada penetrante se clavaba como una aguja de cristal, transmitiéndome la fuerza con la que me estaba amando y obligándome a cerrar los ojos para evocar que llegaba hasta tocar las estrellas.

Un gemido mío, marcó el instante para que Santiago llegara al éxtasis encima de mí, quedando agotado, goteando de sudor y dejándose caer en mi cuerpo, mientras con un tierno beso, sellaba tan intenso momento.

—Eres perfecta, Victoria. Tienes todo lo que un hombre quiere de una mujer —me susurró Santiago.

Le di un tierno beso y nos reacomodamos en la cama que hasta ayer había permanecido sola conmigo. Era nuestra primera noche, de las muchas que tendríamos. La vida nos había puesto a prueba y la superamos, regresamos de un coma por meses y aquí estábamos, amándonos.

Entre recuerdos de la manera cómo nos conocimos, y de cómo llegué hasta él en el hospital, nos reíamos sin parar. Pero, el sueño nos venció y nos quedamos profundamente dormidos, abrazados como dos gemelos inseparables.

—Mi vida —le dije a Santiago tratando de despertarlo en la madrugada — Despierta mi vida —insistí.

—¿Qué pasó Victoria, te pasa algo mi vida? —me dijo exaltado al despertar.

Me había despertado muy asustada al sentir la fuerte brisa que entraba por la ventana y los relámpagos y truenos tan fuertes que antelaban la llegada de una gran tormenta.

—¿Estás asustada por el mal tiempo, mi vida? Yo estoy aquí contigo — Santiago se levantó y cerró la ventana y se metió rápidamente en la cama para abrazarme.

No me dejó responder con su tierno beso, no me disgustaba que me callara de esa manera, era el lenguaje más acertado para generar calor y quitar los miedos, para luego terminar con la mejor conexión, haciendo el amor.

A pesar de lo extasiada que me dejaba Santiago, no pude conciliar el sueño. El viento hacía vibrar los vidrios de la ventana y me sentía muy

nerviosa. Era realmente una tormenta que nos estaba acechando. Lograba dormir por unos minutos y luego despertaba, no era inusual ese mal tiempo, al menos en los meses que llevaba viviendo aquí, habíamos tenido mucha lluvia.

En la mañana, Santiago abrió los ojos y al mirarme, se dio cuenta que estaba despierta y me dio un beso de buenos días. Esperaba que, en nuestro primer amanecer juntos, el sol nos despertaría al entrar por la ventana, pero no fue así. De igual manera, fue el mejor despertar en mucho tiempo.

—Buenos días, preciosa —me dijo Santiago mientras no dejaba de abrazarme.

—Buenos días mi guapo Santiago —le dije con una ligera sonrisa.

Nos saludamos como dos enamorados que recién iniciaban una relación. De pronto, recordé a Raquel. Miré el reloj y eran las siete, ella debía irse, pero cómo con esta tormenta.

Le pedí a Santiago que saliera a hablar con su amiga y le rogué que la sacara de la casa, no la quería ver más, aunque después de la historia que me había comentado Santiago, no podía dejar de pensar en que si se había acostado con casi todos los pilotos, también Santiago pudo haber caído en su telaraña.

Santiago me dio un beso y salió de la habitación, mientras se iba colocando una camisa. Yo me quedé en la cama, cruzando los dedos para que la tormenta no fuera impedimento para que Raquel saliera de nuestras vidas.

Me recosté un rato en la cama y tomé el móvil para escribirle a mi madre, después me quedé dormida. Minutos después me desperté y aun Santiago no había entrado a la habitación. Cuando me senté en la cama, escucho que Raquel está llorando y decido levantarme para saber qué estaba ocurriendo.

Otra escena de lágrima con esa mujer manipuladora y Santiago abrazándola para consolarla.

—¿Qué está sucediendo ahora? —les pregunté esperando que uno de los

dos me respondiera.

Raquel me miró y las lágrimas no le permitieron hablar, Santiago se levantó y me pidió que fuera con él a la cocina para hablar, en voz baja.

—Mi vida, sé que habíamos hablado de que Raquel debía irse, pero mientras siga la tormenta los vuelos seguirán suspendidos. No podemos echarla así a la calle, Victoria —me dijo Santiago, esperando un poco de compasión de mi parte.

Él tenía razón, pero por mi mente no pasaba compadecerme de una loba que pretendía deshuesar a mi Santiago en cualquier descuido que yo tuviera.

—¿Y por qué no se va a un hotel? —le dije para que se diera cuenta que había otras opciones menos la casa.

En el pueblo había solo dos hoteles y estaba segura de que había habitaciones disponibles, este no era un lugar muy concurrido, así que le propuse a Santiago que, si no conseguía una habitación para ella en alguno de esos sitios, se podía quedar en la casa. Estaba confiada de que así sería y por eso me sentía tranquila.

Preparé el desayuno de lo más relajada, como cualquier anfitriona que ameniza a su invitada. Compartimos en la mesa y me sentía muy confiada que hasta hoy iba a ver a esa mujercuela. Al rato, Santiago y ella salieron con su equipaje y yo ya estaba planificando mi largo fin de semana romántico con Santiago a su regreso.

Habían pasado horas, pero no quise marcarle a su móvil para que no se sintiera presionado, me senté en el sofá a esperar, pero ya me estaba poniendo nerviosa.

Tan solo en minutos, Santiago abrió la puerta. Me levanté para abrazarlo, pero me detuve al ver que Raquel estaba tras de él y Santiago traía nuevamente su equipaje.

—¿No me digas que es lo que estoy pensando, mi vida? —le dije a

Santiago casi a punto de llorar.

—Preciosa, no conseguimos hospedaje en ninguno de los hoteles, fuimos hasta a las pensiones, pero por el mal tiempo, todo está lleno, mi vida —me dijo Santiago mientras metía el equipaje a la casa.

La cara de perversa de Raquel era de satisfacción. No me podía quitar la idea de la cabeza de que ellos habían tenido algo, ahora me correspondía asumir una promesa, la que le había hecho a Santiago si en verdad no conseguían hospedaje. Otra noche más arruinada, pensé, pero era demasiado tarde para cambiar de opinión.

—Bueno, te quedarás otro día aquí, Raquel —le dije —Pero te voy a pedir que apenas reanuden los vuelos, tome uno de ellos, supongo que en tu casa estarán preocupados y no deberías demorar en marcharte —continúe irónicamente, mientras me retiraba al cuarto.

Ya no podía seguir aparentando ser la perfecta anfitriona, como lo hice en la mañana durante el desayuno, todo fue planificado porque pensé que no la iba a ver más. Pero Raquel se había tomado muy en serio mi buen trato y ahora pretendía que fuéramos las mejores amigas.

—No te preocupes Victoria, apenas pase el mal tiempo, me iré en el primer vuelo. Pero, mientras esté aquí, prometo que la pasaremos de lo más divertido —me dijo la descarada.

Santiago me miró y sonrió, pensando que yo estaba aprobando su estadía con mucha satisfacción. Se acercó a mí y me abrazó y besó delante de Raquel y ella de lo más hipócrita nos halagó.

—Pero que pareja tan linda hacen ustedes, los envidio del amor que se tienen —nos dijo Raquel y sonrió tan falso como sus senos, pero ya que podía hacer.

Nuevamente, la huésped indeseada, se hospedó en la habitación de Santiago. Después del almuerzo, Santiago y yo decidimos salir a pasear, la

lluvia se había calmado un poco, pero el mal tiempo continuaba, nos colocamos nuestros abrigos y nos fuimos, dejando a Raquel en casa.

Se nos había hecho tarde por algunas compras que no habíamos planificado y la lluvia se adelantó en el horario. Cuando logramos llegar a casa, notamos que había silencio y pensamos que Raquel había salido. De pronto me voy hasta el patio a llevar las botas mojadas y en eso escucho gemidos. Me asomo silenciosamente y veo a Raquel encima de un hombre que estaba sentado en una silla y ella con la falda levantada se dejaba manosear y besar los senos de una manera asquerosa.

No podía creer a quien habíamos metido en la casa, fui inmediatamente a llamar a Santiago y él se sintió muy avergonzado. Tuvimos que esperar que terminara la escena y nos sentamos en la sala a discutir.

—No la quiero más en la casa, mi vida. Que se la lleve ese hombre, el que trabaja en el café. Qué vergüenza —le dije a Santiago mientras me cubría la boca por el asombro.

—Te entiendo, Victoria. Te pido miles de disculpas, esto no debió ocurrir, mi vida. Fue un error de mi parte —me dijo Santiago mientras se acercaba a mí y me abrazaba.

Media hora después, la cínica de Raquel entra toda mojada, con la blusa que dejaba poco a la imaginación, mojada y sus pezones erectos. El hombre que la acompañaba nos miró y bajó la cabeza. Ella sonrió como si nada estuviera sucediendo. Yo me quedé callada y dejé que Santiago resolviera la situación que él había creado.

—Raquel, por favor, recoge tus cosas y vete de nuestra casa —le dijo Santiago, sin ningún titubeo.

Yo solo observaba muy atenta. Raquel se asombró y el hombre que la acompañaba iba a salir apresurado, pero Santiago lo detuvo.

—Richard, ¿verdad? —le preguntó Santiago para confirmar el nombre.

—Sí, trabajo en el café... —dijo el hombre.

—Sí, sé en cuál café trabajas. No creo que después de haberte acostado con una mujer, la vas a dejar sola. Ella no tiene en este momento a donde ir, así que llévatela contigo —le dijo Santiago con su voz aguda y demostrando molestia.

Raquel comenzó a llorar, como siempre sus lágrimas de manipulación. Yo no podía más con tanto espectáculo juntos, ese podía haber sido un capítulo perfecto para una novela dramática y ya no toleraba ver más a esa mujer. Me levanté de sofá para apoyar a Santiago.

—Nosotros presenciamos lo que ustedes dos estaban haciendo en nuestro patio. La falta de respeto a la que tú has llegado es intolerable, así que te pedimos Raquel, que, por favor, abandones nuestra casa —le dije, al mismo tiempo que me acercaba a Santiago para abrazarlo.

—Pero, yo no puedo llevármela a mi casa, soy un hombre casado y mi esposa me mataría. Ella tiene que quedarse aquí —dijo Richard con todo el descaro del mundo.

—O te la llevas a algún lado hasta que pueda tomar un vuelo hasta su casa o le decimos a tu esposa lo que ha sucedido esta noche aquí —le dije con voz amenazante.

Al escuchar esas palabras, Richard no tuvo más opciones que tomar el equipaje de Raquel y marcharse con ella. Alguna excusa se tenía que inventar para buscarle algún hospedaje. Ya al salir de la casa, dejábamos de preocuparnos por ella. Que zorra había resultado, si me hubiera descuidado, pudo haber sido Santiago quien estuviera sentado en esa silla en el patio, pero todo se detuvo a tiempo.

Me fui a la cocina a prepararme un té, me sentía tan molesta que comenzaba a doler la cabeza. Santiago me pidió que me fuera a la habitación.

—Ve a descansar mi vida, yo me encargo de la cena. Por favor olvida este

mal rato que he hecho pasar. Todo ha sido mi culpa por querer ayudar a Raquel a cambiar —Santiago me abrazó y me llevaba así hasta la cama.

Me cambié la ropa mojada y me recosté un rato, tratando de no pensar más en lo que acababa de ocurrir. Cuando casi me estaba quedando dormida, entró Santiago a la habitación con una bandeja.

—Para la mujer de mi vida, mi preciosa Victoria —me dijo Santiago, mientras colocaba la bandeja encima de la cama.

Una rosa roja sobresalía junto a un florero de cristal. Pan tostado, frutas picadas y un rico queso para untar y para complementar dos tazas con chocolate caliente. Mi emoción no se hizo esperar, y mi mirada lo daba por sobreentendido.

—Una rosa roja, que demuestra el amor y pasión que siento por ti, mi vida —fueron las palabras de Santiago mientras tomaba la rosa y me la entregaba al mismo tiempo que me daba un tierno beso.

—Mi vida, que sorpresa más linda. Eres un romántico empedernido y eso me encanta —le dije mientras tomaba la rosa con mi mano y me abrazaba a su cuello.

Con un movimiento de torpeza, casi tiro la bandeja al piso, pero no pasó nada grave, solo un poco de chocolate derramado. Casi arruino el momento, pero nada podía más que nuestro amor, tan sólido e inquebrantable.

Hicimos de esa noche un momento especial y la lluvia se hizo cómplice de tan bonito encuentro en la habitación. Nos dábamos la comida él uno al otro y olvidamos todo, hasta de la lluvia. Nos dejamos llevar por los besos tiernos y las caricias que se iban deslizando a través de nuestras manos por todo nuestro cuerpo.

En la mañana del domingo, me levanto para ir al baño, cuando de pronto escucho un llanto fuera de la puerta, en la entrada. Me detuve para que mis pasos y el fuerte viento no me impidieran seguir escuchando, pero creí haber

escuchado mal. Cuando iba nuevamente a la habitación, volví a oír lo mismo y me acerqué con mucho cuidado hasta la puerta y coloqué mi oído lo más cerca que pude y sí, había alguien llorando. Me fui asustada hasta la habitación a buscar a Santiago.

—Mi vida, despierta. Hay alguien en la puerta de la casa, en la entrada. Se oye como si estuviera llorando, levántate por favor —le pedí a Santiago con un tono de voz muy bajo, como si escondiera de alguien.

—¿Estás segura, Victoria? ¿No será que escuchaste el silbido del fuerte viento? A lo mejor quedó alguna ventana abierta, mi vida —me dijo Santiago mientras se levantaba de la cama.

Nos fuimos caminando, yo iba detrás de Santiago. Tomé la escoba y se la entregué, de alguna manera no sabíamos con lo que nos íbamos a encontrar. Santiago puso el oído para escuchar por la puerta y me confirmó lo que yo había escuchado, pero no se asustó y colocó la escoba cerca de la pared. Cuando abrió la puerta, solo yo me sorprendí, porque la reacción de él era como si esperaba encontrar lo que habíamos visto.

Al abrir, el fuerte viento nos llegaba con gotas de agua que golpeaban como si fueran piedras. El piso estaba todo mojado y debajo del corto techo que sobresalía de la casa y en la pared fría, estaba Raquel sentada, tratando de cubrirse con su abrigo que estaba empapado. Sus lágrimas se confundían con la lluvia, temblaba de frío y sus labios estaban muy oscuros.

Santiago me miró y yo no tuve palabras. Le pedí que me ayudara a levantarla. Sentí mucho dolor al verla ahí, quizás había pasado toda la noche hasta la madrugada. Raquel no podía hablar, solo lloraba y temblaba de frío.

—Mi vida, busca una cobija por favor y por agua para prepararle un té caliente, esta mujer está muy mal —le dije a Santiago bastante preocupada.

Raquel estaba indefensa y mi corazón no podía ser tan duro para no compadecerme ante su terrible situación. Inmediatamente llegó Santiago con la

cobija y la abrigué mientras él preparaba rápidamente el té. Estuvimos un rato en la sala, ella se había acostado en el sofá y la temperatura normal le estaba regresando. Cuando ya estaba más calmada, comenzamos a preguntarle.

—¿Qué te pasó, Raquel? Si te habías ido con Richard —le pregunté bastante asombrada por cómo la habíamos encontrado.

—Cuando salimos de aquí, Richard me explicó que no me podía ayudar, que iba a tener problemas con su esposa y yo lo entendí. Ya había causado demasiadas incomodidades y no quería seguir metiendo la pata —nos comentaba Raquel —me fui con el equipaje hasta la plazoleta sin saber qué hacer y cuando comenzó la lluvia, traté de resguardarme y me vine hasta aquí, pero no quise tocar a la puerta, no estaba bien —continuó con la historia mientras comenzaba a llorar.

Capítulo 6

A Raquel se le hacía fácil comenzar a llorar, solo tenía que pensarlo y ahí estaba bañada en llanto, pero en esta ocasión le creía. Santiago estaba un poco más escéptico, nos intercambiamos los papeles, ahora era yo la que sentía la necesidad de ayudarla.

Según los reportes, la tormenta se alejaría en tan solo un día, eso iba a permitir que reanudaran los vuelos y ella saldría para siempre de nuestras vidas. Así que hice la siguiente propuesta.

—Te puedes quedar en la casa, Raquel —le dije para sorpresa de ambos.

Santiago me miró y abrió sus ojos como si hubiese dicho algo indebido.

—Las condiciones son que no puedes meter a nadie en la casa, bajo ninguna circunstancia. Por otro lado, quiero que te cubras, no quiero que andes mostrándote, quiero que respetes y que comiences por quererte —le puntalicé a Raquel.

La mujer iba asintiendo con cada una de mis palabras, aceptando con sus gestos. Santiago me miraba, como preguntándose por qué había cambiado de parecer tan rápido, ahora en su rostro podía ver que no estábamos de acuerdo y callaba. Raquel se sentó, sin dejar de abrigarse con la cobija.

—Muchas gracias, Victoria. No pensé que la ayuda iba a venir de tu parte. Necesito de la ayuda de ustedes, Santiago conoce mi historia y es algo que no he podido superar, por eso me comporto de una manera muy inadecuada, pero

estoy dispuesta a cambiar y tengan por seguro que ninguno de los dos va a tener alguna queja de mí. Muchas gracias —dijo la joven mujer.

Santiago se colocó las manos en la cara y dijo muy contundentemente:

—Raquel, yo conozco a Victoria y es una mujer con un corazón enorme y muy noble, si ella te está dando una nueva oportunidad, aprovéchala —le dijo Santiago mientras me daba un beso en mi mano.

Pasamos parte de la mañana de ese domingo en la sala, hablando con Raquel y tratando de orientarla. Le permitimos que se quedara en la habitación de Santiago como acordamos y luego nos ayudó a preparar todo en la cocina. Pasamos un domingo agradable, sin complicaciones y así el día siguiente.

Santiago llegó del trabajo, agotado y molesto. Se quejaba por la falta de responsabilidad de sus compañeros, él nunca había trabajado en un banco, pero desde el accidente, no había querido retomar su trabajo como piloto, a pesar de que la empresa lo había indemnizado.

—No voy a volver más, mi vida. Hay demasiada desorganización en esa oficina y nadie más que yo se ha quejado con el presidente del banco. Tú sabes que soy una persona que le gusta el orden y me siento estresado cada vez que llego ahí, ya no lo puedo tolerar —me dijo Santiago con voz de angustiado.

Me senté con él, a escucharlo y tenía toda la razón. En ese momento, Raquel salió de la habitación con el móvil en la mano.

—Santiago, qué bueno que llegaste. El Sr. Luis quiere hablarte —le dijo Raquel mientras le daba el equipo en sus manos.

Santiago se fue hasta la cocina, para hablar en privacidad y Raquel se sentó a esperar.

—El Sr. Luis es el dueño de la aerolínea donde trabajó Santiago, creo que le tiene una propuesta de trabajo —me dijo Raquel.

Era genial saber que Santiago iba a tener la oportunidad de volver a volar,

pero el miedo me invadió al recordar que, en uno de los vuelos, pudo haber perdido la vida. Fueron sentimientos cruzados, el temor a perder nuevamente a mi ser amado y por otro lado la alegría de verlo retomar su vida y su seguridad.

Lo escuchábamos reír a carcajadas, y de vez en cuando se asomaba a la sala y me hacía señas con las manos de que todo estaba bien. Se veía feliz, risueño y mi rostro reflejaba confusión. No me sentía preparada para verlo partir y que regresara a casa cada dos días como solían hacerlo los pilotos por su rutina de trabajo.

Podía decir que se tambaleaba mi relación, ante la inseguridad que se manifestaba en mí. A pesar de que Santiago me había demostrado su lealtad, el haberme enterado que Raquel era una de esas mujeres que se acostaba con casi todos los pilotos, hacía que no dejara de pensar en cuántas de ellas no habría en la aerolínea.

—¿Te pasa algo, Victoria? —me preguntó Raquel al notar mi cara de preocupación.

—No, estoy bien Raquel —le dije tratando de dibujar una falsa sonrisa en mi rostro.

Esperaba ansiosa que Santiago terminara la llamada y me comentara qué le habían ofrecido, hasta que rápidamente llegó Santiago con el móvil para entregárselo a Raquel. Mientras ella se fue a la habitación para continuar con la conversación que había acordado con su jefe, Santiago se sentó a mi lado y yo solo estaba esperando que me comentara lo que estaba pensando.

—¡Mi vida, me siento feliz! —me dijo Santiago mientras me abrazaba y no dejaba de besarme —El Sr. Luis me ofreció un buen paquete laboral para que regresara como piloto —parecía un niño que no cabía en la emoción.

No sabía si felicitarlo o ponerme a llorar, pero en ese momento aparté mi egoísmo y traté de que su emoción me embargara.

—¡Qué alegría mi vida! Me alegra verte tan feliz, pero ¿y el miedo que sentía de volver a volar, ya pasó? —le pregunté, tratando de buscar en él algo de sensatez en lo que hace algunos meses me había comentado sobre su miedo a volver a volar.

—Sí, ya ese miedo pasó mi vida. He vuelto a ser el Santiago de antes, ese que amaba estar en las alturas y todo ese temor ha quedado atrás, gracias a ti preciosa, gracias a tus cuidados y a todo el amor que me has dado —me dijo con toda sinceridad.

Sus palabras me dejaron desarmada, él tenía razón, era necesario vencer ese temor. Pero, cómo iba a hacer yo para aceptar que Santiago volvería a su anterior trabajo, con el peligro de esa aerolínea en siniestros. Mi mayor preocupación era perderlo, en forma física y emocional. Podía ocurrir un nuevo accidente, donde esta vez si perdiera la vida o pudiera llegar otra mujer a enamorarlo y alejarlo de mí.

Tantas cosas pasaban por mi mente, pero en todas coincidían que lo podía perder. Necesitaba ser sincera con él, buscar el momento adecuado donde pudiera expresarle mi mayor temor, perderlo.

Mientras trataba de escuchar a Santiago, mi voz interna me demandaba más atención y quedé dispersa, hasta que Raquel salió con su equipaje de la habitación.

—Victoria, Santiago, ya estoy preparada para irme. Hay un avión en la pista y me autorizaron para abordarlo. Ya voy a poder estar en mi casa —nos dijo con una voz nostálgica —Voy a cambiar de trabajo, ya he tomado una decisión y voy a hacer terapia para mejorar mi conducta. Quiero ser una buena mujer —nos dijo Raquel mientras me abrazaba.

Me alegré mucho con la noticia, en parte porque ya no estará ella como peligro en la cama de los pilotos, pero si todas eran como ellas, no habría uno si no muchos peligros en cada uno de esos vuelos, pero, por otro lado, me

contentó saber que mis palabras habían logrado que cambiara su manera de pensar y que se haya decidido a cambiar.

Nos despedimos de Raquel y la vimos partir desde la ventana. Sabía que, al quedarnos solos, iba a ser mi momento para hablar de mi temor, pero Santiago no paraba de recordar y mencionar sus anécdotas de sus viajes y se veía que se transportaba y en su cara solo podía demostrar felicidad. La costumbre de tener a mi Santiago todos los días a mi lado, me daba la paz y me llenaba de tranquilidad porque ese miedo a perder de nuevo al hombre que amaba me perseguía hasta en los sueños y al parecer, Santiago no lo había notado.

—Mi vida ¿vas a aceptar el trabajo? —le pregunté y antes de esperar que me confirmara a la pregunta, continué —¿Cuándo inicias, mi vida? —se me hacía un nudo en la garganta esperando su respuesta.

Santiago al fin lo notó, al ver que no podía contener más a mis lágrimas. Se hacía evidente que no quería verlo partir, que sentía mucho dolor al pensar que pudiera perderlo.

—¿Qué pasó mi vida, por qué estás triste? —me preguntó, secándome las lágrimas que se asomaban a través de mis ojos.

—En todo este tiempo, no nos hemos separado mi vida, siento miedo a perderte, a la soledad —le dije y no aguanté más el llanto.

Santiago me tomó de la mano y me llevó hasta el patio, ahí nos sentamos al lado del jardín que juntos habíamos construido. Me desahogué y le expresé mi mayor temor, pero no quise que se diera cuenta que también yo comenzaba a desconfiar de su amor, si con tantos días de ausencia, otra mujer de esas como Raquel, se metería en su cama. Moría con tan solo imaginarlo, Santiago lo era todo para mí.

—Mi vida, te entiendo. Yo también tengo ese mismo temor de perderte, no seas tonta. Nos tenemos, somos uno solo, nada malo tiene por qué pasar —me

decía Santiago mientras me tomaba mi rostro con sus manos y me besaba tiernamente para luego abrazarme.

Nuestras miradas se nublaron, al tener esa conversación. Santiago no lo había visto de la manera como yo lo hacía. Le puse el ejemplo de que, si fuera yo la que tendría que hacerlo, entonces él sería el que estuviera triste. Cuando logró identificarse conmigo, sintió de alguna manera el mismo temor, y acordamos en que iba a hablar con el señor Luis para hacer una contrapropuesta.

—¿Qué tienes en mente, mi vida? —le pregunté con mucha expectativa ante lo que estaba pensando Santiago.

—Voy a plantearle llevar la gerencia desde la sede del aeropuerto. Así de alguna manera sigo conectado con la aerolínea y me separo de ti. No creo que se niegue, además hay oficinas vacías que puedo acondicionar —me dijo Santiago sonriendo.

Me había devuelto el alma al cuerpo con esas palabras, pero también me hacía sentir mal que por mi culpa Santiago se vaya a sentir frustrado. No quería que dejara a un lado sus decisiones y que solo hiciera lo que yo le pidiera para solo hacerme sentir bien.

—¿Estás seguro de eso, mi vida? No vas a hacer eso, solo para complacerme a mí —le dije con una mirada que transmitía algo de duda — Porque si vas a decir que sí a todo lo que te pida, me voy a poner creativa — le dije de una manera pícaro para suavizar un poco el momento.

Santiago comenzó a reírse, le pareció gracioso mi comentario y con eso dejamos la conversación a un lado. La lluvia comenzó a caer repentinamente, a pesar del cielo despejado que teníamos. Cuando me iba corriendo a resguardarme dentro de la casa, Santiago me haló por el brazo y me detuvo entre sus brazos para que nos mojáramos. Fue demasiado divertido, vernos ahí, como dos niños jugando con los charcos que hacían en el suelo mojado.

—¿Quieres imitar la escena que vimos ayer entre Raquel y Richard? —me preguntó Santiago mientras tocaba mis pechos con su lengua tratando de imitar a un hombre sádico.

No podía parar de reír, porque era extraño ver a Santiago que era tan caballero y galante en esa posición, pero estaba logrando desencajarme y sacarme de la mente la conversación que nos había puesto tan triste.

—Déjame quitar el sujetador —le dije mientras lo hacía con la blusa mojada —para que me puedan transparentar los senos —y me lo quité.

Debajo de la lluvia comenzamos a danzar como locos, como si una música de fondo nos estuviera acompañando. Cuando comencé a temblar por el frío, Santiago intervino para tratar de calentarme. Nos faltó la silla para terminar de imitar a Raquel, pero el resto de la escena la terminamos en el baño, debajo de la ducha con una rica agua tibiecita.

Al día siguiente, Raquel nos envió un mensaje para decirnos que ya estaba en su casa, fue una buena noticia. Un rato después, el señor Luis llamó a Santiago. Me inquietaba que, ante la llamada de ese señor, Santiago siempre se alejaba para conversar, como si no quisiera que alguien escuchara la conversación.

¿Y si el señor Luis, le mejoraba la oferta para que Santiago continuara como piloto? Era una de la pregunta que rondaba en mi cabeza, pero debía confiar en lo que habíamos conversado hace poco y esperar.

Aproveché de levantarme y tuve la idea de mudar las cosas del cuarto de Santiago para el mío, así podíamos vernos más como una pareja. Cuando sacaba su ropa de una de las gavetas, me detuve por un momento y luego pensé mejor las cosas y pensé que estaba siendo muy posesiva, por lo que preferí esperar consultarlo con él.

Al instante que regresaba las cosas a su lugar, se cayó una fotografía. Era una hermosa mujer, miré al reverso y tenía una dedicatoria para Santiago, en la

que le decía que lo amaría por siempre.

La foto era bastante avejentada y por la descripción que tenía de la esposa de Santiago, supuse que era ella. Me senté a detallarla y la miraba y volvía a mirar. Me puse a hablar con ella como si estuviera presente y le juré que cuidaría a Santiago, por siempre. Parecía mentira que no había sentido celos de un recuerdo, de un pasado que, al parecer, Santiago no había podido dejar atrás y yo tampoco porque aun las fotos de Alberto estaban en cada rincón de la casa.

Santiago entró a la habitación, justo cuando le hacía el juramento a la foto de Isabel, como ella se llamaba y se sintió asombrado. Quizás se molestó por haber pensado que estaba violando su privacidad, pero no lo hizo, por el contrario, nos sentamos para hablar de ella y aproveché de explicarle cómo había llegado a esa fotografía y mi intención de que tengamos nuestras cosas juntas.

—¡Claro que sí mi vida! Esta habitación podemos dejarla para cuando venga mi suegra. Porque en algún momento la voy a conocer ¿verdad? —me dijo Santiago al mismo tiempo que preguntaba por mi madre —También la podemos tener para cuando llegue nuestro primer hijo, mi vida —esas últimas palabras las dijo muy sentidas.

Santiago había pronunciado una palabra que me afectaba mucho, tener un hijo. Con Alberto nunca pude llegar a concebir, jamás nos cuidamos para que saliera embarazada en cualquier momento y eso nunca pasó. Decidimos en ese entonces, que debía ir al especialista y justo en esas semanas, ocurrió aquel accidente. Yo estaba segura de que la causa era yo, pero no podía quitarle la ilusión a otro hombre de querer traer a un hijo a este mundo. Me puse nostálgica, pero Santiago no lo notó.

Mientras él permanecía de espalda, tratando de arreglar el desorden que dejé en su ropa, yo me secaba las lágrimas sin que se diera cuenta. Aproveché

para cambiar rápidamente el tema, porque me sentía muy afectada.

—Mi vida, cuéntame del señor Luis —le pregunté sonriendo.

—Victoria de mi vida, no sabes lo que me dijo —me hizo el comentario muy emocionado —Aceptó todo lo que le propuse. A partir de la semana entrante, soy el nuevo gerente regional de la aerolínea —Santiago comenzó a bailar como loco mientras me daba la noticia.

Me tomó de las manos y comenzamos a bailar como si estuviéramos en una tribu indígena invocando a la lluvia o al sol. Me sentí como en el jardín de infancia, me reía a carcajadas porque Santiago me hacía girar y girar hasta que nos dejamos caer en la cama. Logramos quedarnos quietos, pero aun así no parábamos de reír. Me sentía muy bien al conocer la noticia. Ya no lo iba a tener tan lejos de mí, pero el temor que sentía a viajar en coche o en avión tenía en superarlo en algún momento.

—Ya siento que mi vida está completa mi vida, solo faltan algunos detalles que debo solucionar, pero todo a su tiempo —me dijo con una mirada de picardía.

Yo cerré los ojos y agradecía a Dios por la vida y porque cada uno de sus designios tenía una razón de ser. Santiago acomodó su cabeza sobre mi pecho y desde ahí, me preguntaba qué lugar me gustaría conocer y así nos quedamos un buen rato. Mi vida se había convertido en un manantial de amor. Comencé por darme la oportunidad de completar mis sueños de convertirme en escritora y logré culminar mi novela, pero no se puede huir de la realidad y escapar del destino.

—Fíjate, mi vida. Todo lo que tuvimos que vivir para poder conocernos, ahora no te pienso dejar ir —me dijo Santiago, casi que leyendo en mi mente lo que estaba pensando.

—Yo tampoco pienso dejarte ir, Santiago. Eres mi todo —le sonreí y me abracé a él.

Nos abrazamos y nos olvidamos de todos los inconvenientes y malentendidos de las últimas horas. Aprovechamos que la lluvia había cesado y salimos a caminar como un par de enamorados que quieren gritar su amor incondicional al mundo.

Al llegar a la plaza, nos sentamos a ver a las ardillas jugar al bajar y subir de los árboles, mientras los niños correteaban a ver si las podían alcanzar.

—¡Qué bellos son los niños! ¿Cuántos hijos te gustaría que tuviéramos, mi vida? —me preguntó Santiago, mientras sonreía al verlos pasar frente a nosotros.

Lo miré pasmada, no sabía qué respuesta dar. Esas mismas preguntas me las hacía Alberto y con nostalgia le daba la misma respuesta.

—Si es posible, los que Dios me quiera dar mi vida —esa fue mi respuesta, y había sido la única que había podido dar en mucho tiempo.

Santiago notó que en mi respuesta había algo de melancolía e inmediatamente se agachó frente al asiento y me levantó la cara.

—Mi vida ¿por qué esa nostalgia en tu mirada? —al notar que mi voz cambió, Santiago no dudó en preguntarme eso.

—Son ideas tuyas, mi vida. Nada de nostalgia, tendremos los hijos que Dios nos quiera dar mi vida —y sonreí fingidamente, pero logré que Santiago creyera en mis palabras.

Le tendí la mano para que continuáramos caminando, así se olvidaba un poco de ese tema de los hijos que bastante afectada me tenía desde ayer. Terminamos en la heladería con dos copas con unas porciones exageradas. Dos adultos convertidos en niños, quizás es lo que pensaban los adolescentes que pasaban cerca de la mesa y nos observaban como si fuéramos unos bichos raros. No nos daba vergüenza que nos vieran, era nuestro momento de disfrutar de la vida y sonreíamos como una manera de agradecerle el estar vivos y la nueva oportunidad de conocer el amor.

Se hacía de noche y teníamos que regresar a casa, en el camino, Santiago cogió una rosa y me la entregó y podía sentir esa sensación de frescura que demostraba nuestro amor. A pesar de haber amado tanto a Alberto, con Santiago me sentía como la primera vez. Cada amor en nuestras vidas es distinto y siempre es mejor sentir que lo que se está viviendo, es por primera vez.

Capítulo 7

—¡Te amo, mi vida! Te amo como el río ama a la lluvia, como las plantas aman al sol. Es esa necesidad de tenerte a mi lado, que cada vez que despierto a tu lado, me siento más viva que nunca —le dije a Santiago, mientras lo detenía para abrazarlo.

—Me encanta escuchar la dulzura de tu voz, mi vida y en cada palabra que pronuncias, me siento ahí, identificado con cada frase —me decía Santiago.

Y así nos fuimos enamorando más en cada palabra, hasta llegar a la casa. Nuestros días pasaban muy rápido, no a la velocidad de un rayo, pero si sentía que no nos alcanzaban las horas.

A Santiago le iba muy bien en su nuevo cargo, los compañeros lo respetaban y se había ganado la confianza del señor Luis, el dueño. Yo decidí retomar mi escritura, pero ya haciendo libros de autoayuda para las parejas, era un tema que podía dominar muy bien.

Mi madre al fin había logrado venir a la casa y a conocer a Santiago. Para ella, nuestra historia era algo de cuentos y le fascinaba que de vez en cuando le recordara cómo había sucedido todo. Santiago logró ganarse el cariño y admiración de mi madre.

Un año había pasado, desde que Santiago inició en su trabajo. Mi novela no había sido leída por la editorial porque aun no tenía ninguna respuesta. Comencé a escribir una columna en una revista online y me iba súper bien.

Raquel, me escribía de vez en cuando un e-mail para pedirme consejos sobre su nueva relación, ya llevaba ocho meses de noviazgo y era todo un éxito, según sus palabras.

Ese viernes, me senté en el sofá con una taza de té, subí las piernas y realmente me sentía muy cómoda. Pensaba en que ya tenía un poco más de un año, haciendo el amor con Santiago, tratando de concebir y nada. Era mi preocupación diaria, pero siempre buscaba una excusa que justificara el no poder quedar embarazada. Hice un silencio interior, dejé pasar los pensamientos y puse mi mente en blanco, hasta que el móvil sonó.

—Mi vida, ya casi salgo de la oficina. No vayas a preparar nada para comer, yo compro algo por aquí. Nos vemos dentro de un rato —me dijo Santiago, sin esperar mi respuesta y colgó la llamada.

Estaría algo apurado, pensé, no imaginé nada más, era tan especial conmigo que no había ninguna razón para sospechar ni nada.

Me dolía un poco el cuello, así que aproveché la ocasión para consentirme en la ducha. Me coloqué un vestido muy fresco, hacía algunos meses que no lo usaba y sentí que era importante enamorar a la pareja. Me peiné de una manera diferente y me coloqué un suave pero romántico perfume. Cuando ya estaba lista, un tierno y amarillo pájaro se poso sobre mi ventana y comenzó a cantar, decían las ancianas del pueblo que cuando eso ocurría es porque alguna buena nueva estaba por llegar. Justo en ese momento, llegó Santiago.

—¡Eres mi buena nueva, mi vida! —le dije, mientras salía de la habitación a recibirlo, como siempre.

—¿De qué hablas, preciosa? Estas muy hermosa, Victoria —me dijo mientras se reía por mi actitud un poco infantil.

Mientras lo ayudaba con los paquetes que traía, le iba contando lo del pájaro en la ventana y lo que se decía en este pueblo sobre eso.

—Gracias, tú, aunque estés agotado, te sigues viendo muy guapo —le dije

a Santiago, mientras le daba un profundo beso.

Lo ayudé a quitarse la chaqueta y mientras se iba al baño a lavarse las manos, busqué los platos y cubiertos para servir la cena. Me sorprendí de que, hasta una botella de vino, había traído Santiago. Esta cena iba para largo, pensé. Todo se veía delicioso, se me hacía agua la boca con esos raviolis en cuatro salsas y sobre todo el pisto.

—Santiago, mi vida, ya todo está listo para cenar —le dije para que se apresurara, ya tenía bastante apetito.

Cuando lo veo salir del cuarto, se había colocado un traje, que compramos para la celebración del año nuevo. Venía con una sonrisa, como si estuviera tramando algo que solo él sabía.

—¡Estás muy guapo y galante, Santiago! —le dije mientras lo recibía con un beso.

Nos sentamos y comenzamos a degustar la deliciosa cena. Conversamos sobre nuestro día y Santiago tocó un tema que no me esperaba, el futuro. Con todo lo que nos había ocurrido en nuestras vidas, habíamos prometido no hablar del futuro. Nuestro lema en la relación era vivir un día a la vez, sin condiciones ni premuras y eso era parte de nuestro secreto para vivir feliz.

Santiago estaba inspirado, no paraba de hablar del futuro de nuestra relación. Yo solo escuchaba, mientras tomaba la tercera copa de vino. A pesar de no estar acostumbrada a beber licor, me agradaba mucho su sabor y más de la compañía.

Era una noche más que perfecta, hasta bailamos esas canciones para enamorados, de pronto, Santiago me dejó parada en la sala y se acercó a detener la música.

—Mi vida, para mí, el amor va más allá de la piel, más allá de una palabra. Es esto, es complicidad, es seguridad, es confianza, es fidelidad —me decía Santiago.

—Para mí también lo es mi vida, pero ya deja de tomar tanto Santiago —le dije, preocupada porque pensaba que su sentimentalismo aumentando se debía a las copas de vino que había tomado demás.

Le quité la copa y las fui a colocar en la mesa y cuando me doy la vuelta, tuve que bajar la mirada. Santiago estaba arrodillado, con una cajita roja en su mano y extendida ofreciéndomela a mí.

—Sé que el futuro no tiene cabida, ya eso lo hemos hablado, pero quiero pedirte que te cases conmigo y pases cada noche y cada amanecer a mi lado. Quiero que me regales la dicha de llevarte al altar y que juntos, formemos una familia con los hijos que tanto deseamos —me dijo Santiago muy conmovido.

Lo estaba viendo ahí, de rodillas como un príncipe. No esperaba eso, nos sentíamos muy felices en nuestra relación, pero qué mujer no quiere casarse y tener un hogar constituido, como Dios manda, con hijos. Sí con hijos, pero eso yo no lo podía cumplir hasta ahora. Comencé a llorar, entre las palabras de Santiago y el vino, me sentía muy sensible. Pensaba en casarme nuevamente, era algo muy duro llegar a eso. Cuando me casé con Alberto, también juré amor eterno, pero hasta que la muerte nos separe y eso hizo. Ahora sentía algo de temor por hacer nuevamente ese juramento.

—¿No quieres casarte conmigo, mi vida? —me preguntó Santiago al ver que no me salían las palabras.

Yo comencé a llorar y él se levantó y me acompañó a sentarme, para mí era una mezcla de confusión.

—Siento... siento miedo mi vida. Volver a jurar ante el altar, que amaré hasta que la muerte nos separe, me aterra —le dije mientras lo abrazaba fuertemente.

—Eso no va a pasar, Victoria. Esta vez será diferente. Dios me lo reveló —me decía Santiago con lágrimas en los ojos.

—Perdóname, Santiago, no debí ponerme así. Hay cosas que aun no logro

superar. Pero, ahora es a mí, a la que le corresponde hablar —le dije, mientras me colocaba de pie.

Me sequé las lágrimas y le pedí a Santiago que se volviera a colocar de rodillas como si nada hubiera sucedido.

—Sí mi vida, acepto casarme contigo para ser bendecidos ante Dios y que nuestra unión, nos haga felices de por vida —le dije a Santiago, al mismo tiempo que tomaba el cofre para sacar el anillo y colocármelo en el dedo.

Santiago se levantó y me cargó. Me hizo girar con sus vueltas, cuando se detuvo, me miró tiernamente y nos besamos. Fue una noche inolvidable, fantástica, simplemente perfecta. Cada día a su lado era diferente, me hacía reír con cada una de sus locuras, era feliz como antes, como siempre lo quise.

Nos quedamos dormido en el sofá y en la madrugada despertamos con el cuerpo adolorido. Nos reíamos porque las copas de vino habían hecho su efecto. Nos fuimos hasta nuestra cama y nos quedamos dormidos nuevamente hasta que el sol nos despertó al entrar con su luz por la ventana. Santiago fue el primero en abrir los ojos, yo desperté cuando lo escuché quejándose.

—¡Dios mío, que dolor de cabeza tengo! —decía y se colocaba las dos manos en la cabeza.

—¡Ay! Sí, mi vida, yo también tengo mucho dolor de cabeza —le dije mientras me cubría la cara con la cobija.

Comenzamos a reír, invocando a algún doctor que nos trajera una cabeza de repuesto. Ahora nos tocaba jugar para ver quién se levantaba a buscar algún analgésico. Mientras dábamos vueltas debajo de la sábana. Sonó mi móvil y Santiago y yo, nos sentamos de inmediato y gritamos al mismo tiempo.

—¡Mi mamá! —grité asombrada.

—¡Mi suegra! —gritó Santiago.

Nos miramos a los ojos y recordamos que mi madre salía en el primer vuelo de la mañana. El dolor de cabeza lo dejamos en segundo plano y nos

metimos en la ducha. Rápidamente nos vestimos con ropa deportiva. Por el agite, casi termino poniéndome los pantalones de Santiago y él los míos.

En el camino, le regresé la llamada a mi madre para decirle que estábamos muy cerca, ya después tendríamos tiempo de comentarle que nos habíamos quedado dormidos por la celebración de anoche.

Mi madre ya estaba impaciente, en las afueras del aeropuerto, pero cuando nos vio llegar, se alegró mucho y se le pasó la molestia.

—¿Y ustedes, de dónde vienes con esas gafas oscuras? No está haciendo mucho sol —nos dijo mi madre a manera de burla.

Aproveché el momento para responderle solo con mostrarle el anillo en mi mano, para que se diera cuenta del por qué de las gafas. Mi madre entendió perfectamente que estábamos celebrando y nos abrazó muy fuerte para felicitarnos.

—Llegué en el momento oportuno para ayudarlos en todo —dijo mi mamá, mientras nos íbamos caminando, arrastrando su pesado equipaje hasta llegar a la casa.

Los días como siempre no duraban veinticuatro horas, eso era lo que siempre pensaba. Con todo lo de la boda, me sentía agradecida por tener a mi madre aquí.

Ya la fecha estaba lista, los amigos y compañero de Santiago no habían confirmado por el tema de los vuelos. Mi familia vendría hasta el pueblo y ya el hospedaje estaba reservado. La iglesia, el salón, pensaba en todo al mismo tiempo.

—Hija, debes calmarte. Recuerda que estoy aquí para ayudarte, no lo olvides —me dijo mi madre, tratando de que entrara en razón.

—Sí, tienes razón madre, gracias por recordármelo —le dije mientras la abrazaba.

Santiago llegaba de la oficina y también se incorporaba con los

preparativos, eso nos integraba más como pareja. Una de las noches en que estuve a punto de estallar por la presión del vestido de bodas que aun no estaba listo, Santiago llegó con una noticia.

—Mi vida, esto no los envía el presidente de la aerolínea. Es nuestro regalo de boda, nada más y nada menos que la luna de miel con los gastos pagados para las playas del Caribe —me dijo Santiago muy emocionado.

Yo me quedé callada y mi madre se me quedó mirando. ¿Boletos? Inmediatamente pensé en un avión y eso me causó un gran temor. Lo comenté y me eché a llorar aterrada.

—Mi vida, ya debes superar ese miedo, no va a suceder nada. Yo regresé para quedarme, preciosa —me decía Santiago, mientras me abrazaba.

Mi madre se levantó y también me abrazó, ambos querían darme valor para afrontar ese miedo a perder a Santiago de esa manera. Luego entré en razón, ambos nos merecíamos ese viaje, algo que por primera vez íbamos a hacer juntos.

Dejé que la tensión del viaje pasara y me concentré en lo único que hacía falta para que todo estuviera listo para la boda, el vestido. Había diseñado algo especial para mí, como lo había visto en mis sueños. Yo lo dibujé y se lo entregué a la modista y ella se comprometió a hacerlo como se lo pedí, pero me falló y el vestido era un desastre. Ya no había tiempo para contratar a otra modista, necesitaba resolver y en el pueblo no tenía muchas opciones.

—Mi vida, por qué no viajas y lo compras en la ciudad, así escoges el más parecido al que diseñaste y lo solucionas —Santiago me daba su idea.

—Santiago tiene razón, Victoria. No tenemos tiempo para lamentarnos —me dijo —Yo te acompaño.

Acepté la idea de ir con mi madre en avión para la ciudad y así compraría un vestido a mi gusto y con las mismas características del que había diseñado como el vestido de mis sueños.

Me armé de valor y al día siguiente ya estábamos en la ciudad, pero nada me gustaba. Caminamos mucho y recorrimos las principales tiendas de trajes de novias. Cuando me estaba dando por vencida, un vestido me llamó la atención.

—¡Aquí, mamá! —le dije mientras la halaba por el brazo para que entráramos muy rápido.

Mi madre me miró y vio ese brillo de cuando te enamoras y sí, me había enamorado de ese vestido. No era para nada parecido a mi modesto diseño, pero era lo que describía a toda la decoración de mi boda. Lo pedí a la asesora y casualmente era de mi talla, por lo que no iba a necesitar alguna modificación. Todos los ahorros de Santiago y mío, se estaban yendo en esta unión, nos iba a tocar muy duro volver a recuperarnos, pero bien valía la pena.

Regresamos en el último vuelo al pueblo, y me sentía sin ningún tipo de traumas por el viaje. Mi mayor temor es saber que Santiago se encuentra dentro de un avión, pero ya lo superaré.

Santiago nos estaba esperando en su oficina, a pesar de que estaba anocheciendo, pero para aprovechar que el chofer de la empresa nos llevara le pedimos a Santiago que nos esperara. La caja del vestido era enorme, por mi mente se paseaba la imagen de verme dentro del él, nuevamente. Realmente era hermoso, especial para mí.

Santiago en los últimos días se estaba sintiendo un poco estresado. Entre la oficina y los preparativos estaba a punto de estallar, por eso el jefe le concedió algunos días libres adicionales a los del permiso de luna de miel.

Tan solo quedaban un par de días para el gran evento. Mis primas y demás familiares ya habían llegado al pueblo apenas podíamos, Santiago y yo los llevábamos a algunos lugares turísticos para que se llevaran la mejor impresión del hermoso pueblo que había escogido para vivir.

—Hija, despierta que hoy es tu gran día —me dijo mi madre.

Desperté rápidamente con la sensación de tener al lado a Santiago, pero no era así. Él había pasado la noche en casa de uno de sus compañeros de trabajo y de ahí, se iba directamente a la iglesia.

Mi madre me había traído el desayuno a la cama y nos sentamos a conversar.

—Me siento nostálgica, madre. Me recuerdo tan emocionada el día que me casé con Alberto, jamás podré olvidarlo ni borrarlo de mi corazón, siempre estará conmigo —le decía a mi madre mientras me secaba una lágrima que se estaba asomando.

Mi madre me abrazó, entendía perfectamente lo que estaba pasando. A diferencia de mí, cuando murió mi padre, ella juró en su funeral que jamás dejaría que otro hombre entrara en ella. Fue su decisión, pero yo quise continuar viviendo.

Mientras me duchaba, iban llegando mis primas y la estilista que nos iba a arreglar. La casa se sentía muy alegre al tener a un grupo grande de personas. Santiago y yo no éramos muy concurridos, nos cuidábamos de las amistades, pero hoy era un día muy diferente.

Cuando saqué el vestido, todas murmuraban por el asombro, realmente era una obra de arte y todas se fotografiaban con él. Solo les pedí que no lo publicaran hasta que ya haya dicho el sí.

Mi peinado y maquillaje estaban muy bonitos. Mi madre destellaba de alegría y yo sentía que irradiaba felicidad con mi traje de novia. Sentía la necesidad de ver a Santiago, elegante y guapo como siempre solía estar.

La ambientación de mi boda era muy diferente y alocada. Alquilamos varios carruajes que también fueron decorados, de esa manera me iba a trasladar a la iglesia y también pasaría buscando a todos los invitados. Quería que fuera algo inolvidable y creo que planificamos algo similar.

Cuando llegamos a las afuera de la iglesia, la organizadora detuvo el

carruaje. Me asusté porque pensé que algo estaba sucediendo.

—Preciosa, no puedes ingresar todavía, Santiago no ha llegado —me dijo la joven organizadora.

Por mi mente solo podían pasar malos pensamientos. Me imaginaba de todo, desde un accidente hasta haberse arrepentido de casarse conmigo, pero no había sido así. No habían pasado ni diez minutos, cuando desde lejos, veíamos a Santiago llegar con sus compañeros.

Respiré profundo y esperamos que se organizaran en la iglesia. Cuando la organizadora nos hizo una seña, el carruaje arrancó y nos dejó frente a la iglesia. Mi primo estaba esperándome. Él sería el que me entregaría en las manos de Santiago y así fue. Cuando se abrió la puerta de la iglesia todos se levantaron, pero el momento más maravilloso, fue ver la cara de sorpresa de Santiago, estaba a punto de llorar cuando me vio, mientras yo tenía las lagrimas dañándome el maquillaje desde que me estaba bajando del carruaje.

La ceremonia inició y el padre hacía bromas como si tratara de despertar a los presentes, pero realmente solo él se reía de sus malos chistes y eso iba a ser una crítica de los invitados, como suele pasar.

Santiago y yo no nos quitamos la mirada, salvo cuando padre nos decía que teníamos que hacer algo, el amor estaba presente en cada uno de nuestros movimientos. Hasta que después de casi una hora, el padre daba por terminada la boda, declarándonos unidos en matrimonio y selló con la frase que más odiaba, el hasta que la muerte nos separe.

Salimos de la iglesia bailando, como era típico de Santiago cuando se sentía feliz, bailaba hasta hacerme reír. Los presentes nos seguían el paso al salir de la iglesia y nos lanzaban pétalos de rosas blancas, azúcar y arroz. Según ellos eso nos iba a dar mucha prosperidad y en verdad no me disgustó.

Capítulo 8

Ya mi presión había cedido un poco, solo quedaba la celebración y el viaje, pero mi preocupación se notó cuando recordé la luna de miel.

—¿No eres feliz, mi vida? —me preguntó Santiago al ver que estaba un poco preocupada.

Santiago se preocupó al ver que no estaba compartiendo a la salida de la iglesia. Por su mente pasaban algunas cosas como que me había arrepentido de casarme, pero realmente lo que pasaba por mi mente, era algo más superficial.

—¡Claro que soy feliz, mi vida! Eso no lo dudes jamás —le dije mientras le daba un tierno beso delante de todos los presentes —Lo que pasa es que no hice los equipajes para el viaje y hay cosas importantes que seguramente olvidaré llevar por la premura.

Santiago soltó una carcajada al ver que mi preocupación era una tontería. Yo también reí, porque el estrés me estaba llevando al borde la locura y fue en ese momento que caí en cuenta de que no era el momento para preocupaciones. Me solté un poco y decidí disfrutar.

¿Quién iba a pensarlo? A mis veintiséis años ya tenía mi segundo matrimonio. Para los que no sabían mi historia, podrían juzgarme al decir que no he sido una buena mujer o que no duro con nadie, pero realmente era viuda y ahora la vida me premiaba con un nuevo esposo, que también era viudo. Pero ya bastaba de tanto pensar.

—Toma mi mano —me dijo Santiago.

—¿Sólo tu mano? ¿Y el resto del cuerpo? —le pregunté con una sonrisa pícaro.

—Más tarde tendrás todo de mí —me dijo con picardía.

Le di la mano y nos fuimos hasta el carruaje. Nuestros rostros solo reflejaban alegría y eso lo transmitíamos a todos los presentes. Nos fuimos bailando dentro del carruaje y casi nos caemos cuando el chofer frenó de golpe. No paramos de reír, teníamos muchas anécdotas que habían surgido desde los preparativos hasta lo que estaba sucediendo en el momento.

Cuando llegamos a la entrada del salón, todos estaban afuera esperando, pero ¿no se supone que nosotros los recibiríamos a ellos, en vez de ellos a nosotros? me pregunté.

—No estoy entendiendo, mi vida ¿Qué hacen ellos aquí? —le dije a Santiago riéndome.

—Creo que se han vuelto locos, mi vida, pero no avisaron —Santiago soltó una carcajada con su comentario.

Nos bajamos del carruaje, con la sonrisa a flor de piel. Yo no podía parar y mientras los invitados nos saludaban y continuaban felicitando, nosotros nos mirábamos y nos reíamos de cada tontería que veíamos o que nos pasaba al momento.

La celebración había iniciado y Santiago permanecía a mi lado en cada instante. Sus palabras de agradecimientos habían sido muy emotivas, aunque después que había logrado sacar algunas lágrimas a los invitados, finalizó con una de sus anécdotas jocosas y todos terminaron riéndose.

Tanto familiares como amigos quedaron satisfechos con la fiesta. No hubo ningún tipo de quejas, salvo que el vino estaba un poco caliente, pero obvio que ellos no sabían tomarlo porque la temperatura correcta era la ambiente y así se había servido, solo fueron dos o tres personas, así que matemáticamente

no era un número representativo.

Mientras compartía con mis primas en su mesa, veía a Santiago mirar su reloj y decidí acercarme.

—Son las cinco de la mañana, mi vida. Creo que deberíamos fugarnos, para no perder la tradición de los novios —me dijo Santiago mientras me guiñaba un ojo.

—Tienes razón, vamos y así empacamos. El vuelo es a la ocho y tenemos poco tiempo, mi vida —le volví a mencionar lo del equipaje y Santiago se sonrió.

Le hicimos señas a mi madre para que se acercara y así poder despedirnos de ella. La dejamos encargada de la casa y necesitábamos darle algunas indicaciones. Nos dio su bendición y nos pidió que disfrutáramos de la luna de miel.

—Muchas gracias, mamá Carmen —le dijo cariñosamente Santiago a mi madre —Trataremos de traer concebido a su nieto —continuó diciendo.

—Dios te oiga, hijo. Váyanse pronto —nos dijo mi madre.

Tratamos de irnos clandestinamente, pero siempre hay un invitado que quiere robarse la escena y de pronto:

—¡Se van los novios! —dijo uno de ellos, pero no pude reconocer la voz.

Nos quedamos paralizados, como si nos hubieran descubierto con las manos en la masa ante un robo. En ese momento, todos comenzaron a aplaudir y no tuvimos más opción que saludar y con una sonrisa como si estuviéramos ambos en un concurso de belleza, nos fuimos acercando a la salida, hasta irnos a la casa.

Mientras Santiago se cambiaba el atuendo, yo iba metiendo las cosas en las maletas, tanto la mía como la de él. Cuando apenas estaba listo, me reemplazo mientras yo me colocaba mi prenda para el viaje.

—Parecemos unos recién casado, preciosa. Me dijo Santiago, bromeando

como siempre —y se iba riendo mientras arrastraba los equipajes hasta la puerta.

Cuando se regresó, me levantó entre sus brazos y me juró amor eterno, como lo había hecho hace algunas horas en la iglesia delante de toda la gente que apoyaba nuestra unión. Santiago me había sorprendido mucho, aparentaba ser un hombre muy serio y en verdad lo era cuando lo ameritaba el caso, pero casi siempre estaba riendo y me contagiaba con su alegría.

Llegamos al aeropuerto y Santiago se sentía extraño, así lo pude notar. No quise comentarle y preguntar qué le sucedía, pero él se acercó con toda confianza.

—Siento cosas en el estómago mi vida, no he subido a un avión en mucho tiempo —me dijo Santiago con su cara bastante descompuesta por el malestar.

—¿No serán tus vísceras, mi vida? —le dije tratando de hacerlo reír un poco.

Sabía que estaba nervioso, yo también me sentía así, pero necesitaba darle la seguridad de que lo estaba apoyando, así que debía hacerme la fuerte. Saqué mi móvil y comencé a tomarle fotos, tratando de que se olvidara un poco del asunto y lo había logrado, hasta que llamaron a abordar. Cuando nos subimos, Santiago me tomó la mano. Coloqué mi cabeza sobre su hombro hasta que el avión despegó. No voy a negar que, si hubiera tenido la oportunidad de irme caminando, lo hubiera hecho, pero no hay nada como llegar a un destino en avión.

Saqué los audífonos y lo compartí con Santiago. Eso lo ayudó a dispersar la mente a pesar de que estuvo callado durante el vuelo.

—Mi vida, llegamos muy rápido ¡Despierta! —le dije a Santiago mientras le daba un beso.

—Estoy despierto, esposa hermosa. Solo que estaba callado —me dijo sonriendo.

Sabía que estaba despierto, pero quise sacarle una sonrisa para alejarlo de la tensión que tuvo en todo el viaje. Un rato después, nos bajamos del avión y podíamos sentir cómo el sol nos abrazaba, el ambiente tropical era maravilloso, las personas del lugar vestían con muchos colores y daba un toque de alegría.

Llegamos al hotel y la hospitalidad de los empleados fue estupenda, el señor Luis se había ganado el cielo con ese regalo de luna de miel. La habitación era soñada, con una cama gigante y una vista espectacular hacia la playa. Había viajado mucho con Alberto, pero no a la playa, siempre eran zonas montañosas y frías.

—Disfrutemos de todo esto, esposa mía. Lo merecemos —me dijo Santiago mientras se acercaba a mí y me abrazaba por la espalda y me daba unos besos muy suaves en el cuello.

—Este lugar es un paraíso, esposo mío. Me siento como Eva —le dije mientras me giraba a besarlo.

—Si te sientes como Eva, permíteme ser tu Adán —me dijo Santiago mientras me tomaba entre sus brazos y me llevaba hasta la cama —Adán y Eva estaban sin ropa en el paraíso, así que te voy a ayudar a recrear esa escena mi vida —me decía al mismo tiempo que me iba quitando la ropa —Voy a ponerte un bebé en tu vientre en este viaje, mi vida. Es lo que más deseo —era lo que más anhelaba.

Comenzamos a jugar a quitarnos la ropa y terminamos haciendo el amor en aquella cómoda cama. Inmediatamente nos activamos para ir a tomar el sol. Las palabras de Santiago sobre dejarme embarazada durante el viaje se hicieron muy sentidas. En mi mente no dejaba de pedirle a Dios que me concediera esa oportunidad y mantenía la idea de que así iba a ser.

Nos colocamos nuestras ropas de baño y nos fuimos hasta el malecón.

—Aquí mi vida, tomemos estas sillas debajo de la palmera. La brisa y el

sol combinan muy bien con el mar —le dije a Santiago, mientras colocaba la toalla encima de las sillas.

Santiago estaba dedicado a decir que sí a todo lo que yo le planteaba. Me tenía un poco mal acostumbrada con eso, pero me agradaba mucho. Entre eso y todos los besos que me daba, tenía asegurada una excelente luna de miel.

Mientras estábamos tomando el sol, los meseros nos traían unos ricos cocteles, con una base de coco y piña que lo hacía muy exóticos en cuanto al sabor. Un rato después una hermosa pareja se acerca nosotros y nos ofrecen un masaje. No nos pudimos negar a esos placeres, así que nos entregamos a las manos de unos extraños pero que eran muy profesionales y supieron hacer muy bien su trabajo, tanto que nos quedamos dormidos en las sillas de extensión.

Cuando despertamos, parecíamos unos camarones. Quedamos con la espalda y todo lo que se encuentra en nuestra parte de atrás rojo. Nos dio una insolación terrible, tanto así que cuando llegamos a la habitación, no pudimos ni tan solo sentarnos en la cama.

Mucha crema fría, era el consejo de mi madre, tras reírse a carcajadas mientras le comentábamos por el móvil de lo que nos había sucedido. Al final, los culpables habíamos sido nosotros, que por culpa de lo relajado que quedamos con esos masajes y trampa de los cocteles que, a cuenta de ser suaves, terminamos por tomar más de seis.

Solo besos nos pudimos dar esa noche, dormimos boca abajo, pero eso no impidió que nos riéramos de nuestra locura de bienvenida.

Al día siguiente, tomamos precaución. Compramos un protector solar bastante alto y en vez de seis cocteles, lo bajamos a cuatro. Era difícil resistirse a su sabor y esta vez, pretendíamos disfrutar. A pesar de sentir un poco lastimada la piel por la insolada de ayer, Santiago y yo nos metimos en el agua. Nos fuimos tomados de la mano, aunque yo había soñado con que, en ese momento, él me llevara cargada para sumergirnos, pero en vista del dolor por

la quemadura de ayer, eso no iba a pasar, al menos no por unos días.

Pensaba que el señor Luis sabía lo que hacía al haber escogido este destino, era perfecto para las parejas. Por donde mirabas se respiraba amor, pero ninguno como el de nosotros, tan verdadero.

El agua estaba muy tibia, daban ganas de hacer muchas cosas no permitidas, pero todos nos veían o al menos era la sensación que teníamos, lo que no podíamos dejar de hacer, era besarnos. La conexión era única en ese momento, nos adentramos hasta que nuestros cuerpos flotaran y comenzamos a tocarnos debajo sin que se pudiera notar en el exterior. Con un lento acercamiento y la gente observando, hicimos ver que jugábamos mientras en realidad hacíamos el amor, suave, despacio.

Así transcurrieron los días de luna de miel, donde Santiago y yo salíamos a disfrutar del lugar, pero apenas teníamos la oportunidad, nos escapábamos para hacer el amor y de esa manera poder hacer el trabajo de buscar embarazarme. La dicha de la luna de miel en ese hermoso lugar había terminado y el día de regresar a la casa había llegado.

Fueron unos días mágicos que guardaré en mi memoria como un álbum fotográfico que describiré en la columna de la revista o en la próxima novela que decida escribir, será una historia genial, pensé.

Mientras estuvimos en el vuelo de regreso al pueblo, Santiago estaba totalmente relajado, su temor había terminado y eso era un motivo para alegrarme.

Después de un clima tan tropical, regresamos al frío que ya extrañaba. Mi madre se había ido, pero nos había dejado una linda nota de bienvenida. Después de una gran satisfacción, llegaba el momento más fastidioso del momento, desempacar.

—Anda mi vida, desempaca tú y yo preparo la cena, por favor. En el viaje a todo le decías que sí —le pedía a Santiago, tratando de quitarme la

responsabilidad de eso.

—Eso fue en el viaje mi vida —me dijo Santiago sonriendo mientras se iba a la cocina a preparar la cena.

Me senté en la cama y no tuve más opción si no la de desempacar, pero en cada ropa podía sentir el aroma del mar y de lo tropical como el coco y lo exótico de la piña. Cerré los ojos y podía escuchar el sonido de las olas del mar, era maravilloso dormir y despertar con la brisa, asomarse al balcón y observar el vaivén de las olas, pero sobre todo verlo a él, a Santiago dormir a mi lado como mi esposo.

Ya cuando estaba terminando de sacar todo, se acerca Santiago para traerme la cena a la cama.

—Mi vida, creo que ya logramos encargar a nuestro bebé porque tuve este antojo que preparé —y me muestra su sorpresa.

Había preparado unas tostadas francesas con unas fresas picaditas y chocolate caliente. Inmediatamente reaccioné a su comentario un poco incomoda.

—Mi vida, es demasiado pronto para saberlo. Ya deja de pensar en eso y deja que la naturaleza haga de lo suyo. No hagas presión mi vida —le dije haciéndole ver que ya el tema era muy incómodo para mí.

Santiago tampoco notó en mi voz la diferencia, él estaba concentrado en degustar lo que había preparado. Yo también me puse cómoda y olvidé el comentario del bebé. Estaban muy deliciosas las tostadas, algo muy diferente a lo que habíamos comido en la playa. Hacía falta el pueblo, hacía falta la casa.

La noche había llegado tan pronto, que no nos dimos cuenta de que el sol se había ocultado. Nos acostamos muy cansados por el viaje y nos quedamos dormidos rápidamente. En la mañana siguiente, todo había vuelto a la normalidad. Santiago en su oficina, yo escribiendo y el deseo de tener un hijo iba creciendo.

Después de una semana en la casa, salí a comprar un test de embarazo ya que tenía cuatro días de retraso. Eran pocos, pero para mí era una esperanza maravillosa porque nunca se me había retrasado la menstruación, pero cuando tomé la muestra, a pesar de que mis esperanzas estaban a flor de piel, los resultados tristemente dieron negativo y al día siguiente mi periodo bajó. Así pasaron los meses y el bote de la basura se llenaba de cajas de test con resultados que no eran favorables.

Santiago ya se estaba preocupando al ver que hacíamos el amor con más frecuencia y nada, no lográbamos concebir, ese embarazo no llegaba. Pero, él no me juzgaba, no me echaba la culpa, en todo momento me hacía sentir bien y siempre que veíamos los resultados, me abrazaba y me decía que para el próximo mes tal vez. Eso para mí era un alivio, porque sentía mucha presión, pero también me hacía sentir su apoyo.

Algo me decía que la culpable era yo, que algún defecto tenía dentro de mi útero, que no me permitía dar hijos y me entristecía porque sabía cuando Santiago lo anhelaba y para mí como mujer era muy importante lograrlo.

Los meses pasaron y nada, hasta que una decisión que no me fue consultada, casi me deja pasmada.

—Hola mi vida —me dijo Santiago cuando me llamó al móvil —me recomendaron a un especialista y ya pedí una cita para que vayamos juntos, Vitoria. Necesitamos saber qué está sucediendo —con mucha seriedad me hizo el comentario.

Tantas cosas pasaron por mi mente en ese instante que se me nubló todo, pero la insistencia de Santiago preguntando si lo estaba escuchando, me hizo reaccionar.

—Sí mi vida, te estoy escuchando. Qué buena noticia ¿Para cuándo es la cita con el especialista? —le pregunté, mostrando interés en lo que acababa de informar.

—Dentro de dos meses, porque tiene muchos pacientes, mi vida. Pero dentro de un mes pueden suceder muchas cosas y a los mejor Dios nos premie con ese bebé que tanto anhelamos —me dijo muy emocionado.

La conversación terminó en ese momento porque a Santiago se le había presentado una emergencia en la oficina y yo me quedé muy preocupada. Estaba muy cerca de saber qué pasaba conmigo, si es que era infértil y no podía nunca tener hijos. Llamé a mi madre para desahogarme y hacerle sentir que la preocupación y el desespero que había vivido con Alberto estaba de vueltas con Santiago.

—Ten fe hija, ten mucha fe. Los designios de Dios son incomprensibles, solo él sabe por qué hace las cosas —me decía mi madre, pero sus palabras me llenaban de más frustración porque ella sonaba a que tenía que resignarme a no ser madre.

Traté de hacerle ver que agradecía sus palabras, pero, por el contrario, no era lo que quería escuchar. Después de darme la bendición y dejarle saludos a Santiago, mi madre colgó la llamada. Yo quedé como huérfana, vacía, esperando recibir una palabra de aliento. Si tan solo existiera alguna pócima, pensaba, todo esto se solucionaría pronto.

Santiago y yo, a pesar de estar sólidos en nuestra relación, nos tambaleábamos en la búsqueda de un hijo que consolidara nuestro hogar. Ahora el miedo que tuve de perderlo al subirse en un avión había cambiado por el no poder darle un hijo y eso no me dejaba pensar. Busqué por internet muchas alternativas y comencé a tomar cada brebaje que recomendaban por todo un mes, pensando que iba a tener éxito, pero no logré nada más que descomponer mi estómago por cada mezcla rara que debía preparar. Solo quedaba esperar la consulta de ese especialista y aceptar la realidad que me había marcado la vida, la de no poder tener hijos. Mi mente ya se había resignado a seguir intentando, pero no podía dejar que la llama del amor se

fuera apagando y necesitaba refugiarme en Santiago y hacer que cada vez que hacíamos el amor, esa semillita iba a quedar implantada dentro de mí, entonces caí en cuenta que a fe aun seguía en mí.

Capítulo 9

Una semana después, Santiago tuvo que viajar a la ciudad para entrenar a un nuevo gerente y yo no quise acompañarlo porque estaba muy ocupada con la columna de la revista y la nueva novela que desde hacía un corto tiempo estaba escribiendo. Mientras estuve sentada frente a la laptop, tratando de inspirarme en plasmar en mi novela a cada rincón del lugar donde pasamos la luna de miel, llegó un e-mail a mi cuenta, pero estaba tan concentrada que no le di mayor atención.

Me levanté por un momento y tomé el móvil para saber si ya Santiago estaba de regreso al pueblo. Mientras hablábamos le pedía que me trajera las galletas de chocolate que tanto me gustaban, esas que preparaban en la pastelería de Javier, mi primo.

Santiago aprovechaba cada vez que hablábamos para recordarme lo mucho que me amaba y me recalca la importancia de que tuviéramos un hijo, por lo que me volvía la desesperación por colgar la llamada, cada vez que se ponía intenso con ese tema. Justo cuando me iba a despedir. Me senté nuevamente frente a la laptop y abrí el e-mail que había llegado e inmediatamente reaccioné.

—Mi vida, ya va. Espera, por favor —le decía a Santiago en alta voz, tratando de consentir lo que estaba leyendo —No lo vas a creer, yo no lo puedo creer —le repetía varias veces.

—Pero ¿qué sucede, Victoria? Me estás poniendo nervioso me estas preocupando —me decía Santiago.

Al ver que no reaccionaba, se molestó y comenzó a gritar mi nombre, hasta que logró sacarme del shock en el que me encontraba.

—Discúlpame mi vida, es que... es que me escribieron de la editorial. Me aceptaron la novela —le dije a Santiago mientras comenzaba a llorar.

Santiago no cabía de la alegría, en cambio yo no paraba de llorar, pero cualquiera que me estuviera observando, diría que no me alegraba la noticia, fue una forma extraña de reaccionar.

—¡Qué buena noticia mi vida! Te felicito, preciosa —me dijo Santiago.

Mientras me alababa, yo leía y releía el e-mail. Era difícil creer que después de tanto tiempo, alguien de la editorial logró leer mi novela y lo mejor es que le haya parecido un total éxito, como me lo había hecho sentir en el correo. Uno o dos años, no recuerdo el tiempo, solo sé que esta vez, estaba actuando a mi completo favor

¡Luces, cámara y acción! Es lo que iba a sonar para mí en adelante. Cuando se venda la primera copia, la segunda y así hasta convertirse en un bestseller. Estaba siendo bastante ingenua al pensar que todo iba a ser tan fácil, pero quien dijo que la vida era fácil, nadie. Unos minutos después que había llamado a mi madre para compartir mi felicidad y que ya me había calmado un poco la emoción, decidí responder.

Agradecí por haberse tomado el tiempo necesario para esta respuesta favorable y por supuesto que pedí instrucciones para los próximos pasos a seguir. Inmediatamente llegó la respuesta con las pautas y todo era tan rápido que no aguantaba las ganas que Santiago llegara para que me apoyara con eso.

Al fin una buena noticia en medio de tantas preocupaciones, no cabía de tanta emoción. En esa novela le hacía homenaje a un gran hombre, que había luchado entre la adversidad para salvar muchas vidas en cada rescate y por

supuesto hablaba en el capítulo final sobre las ironías de la vida, donde él no tuvo a nadie que lo salvara. Ese gran hombre, era Alberto, mi primer esposo.

Cuando Santiago llegó a la casa me trajo flores, rosas rojas, como ya me tenía acostumbrada y para completar la celebración, una excelente botella de vino y lo que le había pedido, mis galletas de chocolate.

—¿Dónde está mi escritora estrella? —llegó preguntando Santiago mientras me entregaba mis rosas, colocaba las demás cosas en la mesa y me levantó para girarme como lo hacía al sentirse feliz.

—¡Aquí estoy mi vida, estoy feliz! —le dije y dejé escapar algunas lágrimas por la emoción.

Nos sentamos a conversar y le mostré el e-mail que me habían enviado de la editorial. Santiago se sentía muy orgulloso de mí y me lo hacía sentir con cada palabra y con cada beso. El tema del bebé había pasado a un segundo plano, por lo menos esa noche era lo que pensaba.

Santiago y yo celebramos toda la noche. No me dejó beber más de dos copas de vino, tratando de cuidar mi dieta por si ya había un bebé dentro de mí. Era difícil sacar esa idea de su cabeza hasta que realmente supiéramos lo que estaba sucediendo en mi cuerpo. Pasamos la noche de ese viernes escuchando música y jugueteando a que había llegado el día del bautizo del libro.

Al día siguiente, cuando estábamos a punto de salir a compartir una tarde diferente como solíamos hacer los fines de semana, llaman a la puerta y es Santiago quien va inmediatamente a abrir, mientras yo terminaba de vestirme.

—¡Raquel! —gritó Santiago emocionado.

Raquel se había hecho una buena amiga de la familia. Habíamos logrado con consejos y su buena disposición que se convirtiera en una buena mujer. Pero por un tiempo largo, habíamos perdido la comunicación con ella. Terminé rápido de vestirme y salí rápido para recibirla con Santiago.

Ya la había hecho pasar, y estaba acompañada de un apuesto joven que presentó como su esposo. Me daba mucha alegría que su vida esté completa y limpia, se veía muy diferente, era la imagen de una mujer renovada y celebraba junto a Santiago su nueva vida.

—Amigos, gracias por recibirme. Vine a darles una noticia —nos dijo Raquel mientras tomaba de la mano a su esposo.

—¿Otra sorpresa? —pregunté sonriendo, ya que la primera había sido que se había casado.

—Sí, mi bella Victoria ¡Estoy embarazada! —gritó Raquel.

Santiago se levantó para abrazarla y felicitarla. A mí me entró una tristeza muy grande, que hizo que mi sonrisa se desdibujara sin poder ocultarlo. Sentí envidia y no podía describir si era mala o buena, solo era envidia. Las dos teníamos casi la misma edad y ella apenas se había casado y logró lo que yo he buscado por años. Santiago se dio cuenta de mi tristeza, y se hizo solidario con su mirada. Me levanté y la felicité, pero no con la euforia como quizás lo esperaba.

—¿Y ustedes, para cuando encargan al bebé? —preguntó el esposo de Raquel.

—No hemos podido embarazarnos todavía, pero seguimos haciendo el trabajo —le respondí sonriendo.

Santiago busco unas bebidas en el refrigerador y una taza de chocolate para Raquel, de esa manera brindamos por la buena nueva y yo aproveché de comentar sobre el lanzamiento de mi novela, de esa manera tendríamos un nuevo tema de conversación.

Finalmente decidimos quedarnos en casa para seguir compartiendo con la visita, pero no tardaron mucho porque habían venido al pueblo en coche y el camino era un tanto peligroso en la oscuridad.

Santiago al ver que me sentía muy susceptible, colocó una canción de las

que escuchábamos cuando recién nos casamos. Recordando viejos tiempos, nos pusimos a bailar como locos sin parar y esa noche, Santiago me hizo el amor sin mencionar que estábamos buscando un bebé, como desde hace tiempo lo venía haciendo. Fue sin presión, sin esperar nada, solo hicimos el amor como antes y así nos pasó el fin de semana.

—Mi vida, ya me voy a la oficina. Recuerda que mañana es la cita con la especialista —me dijo Santiago, mientras me daba un beso y se marchaba.

El especialista, lo mencionaba y no dejaba de darme vueltas en mi mente. Ya no podía poner excusas, yo también estaba preocupada y era el momento de saber qué pasaba. Decidí despejar mi mente, en lo que sabía hacer siempre, escribir.

Me senté en la laptop y me puse a redactar un artículo de ayuda para las parejas, cuando no han podido lograr embarazarse. Fue bastante largo, realmente plasmé mi historia como un desahogo, no hablaba de ninguna ayuda, solo de mi experiencia. Decidí borrarlo, pero me había servido como una terapia en la que logré sentirme un poco mejor.

Casi al final de la tarde, recibí una llamada del consultorio del especialista, notificando que se había cancelado las citas y por motivos ajenos a su voluntad y que pronto estarían contactándome para reprogramar una nueva fecha.

Era extraño todo, en dos oportunidades la vida me alejaba que fuera a verme con algún médico que me diera razones de mi mal. Y siempre sucedía cercano a la fecha de la consulta, pero como recordé las palabras de mi madre, en las que decía que tenía que confiar en los designios de Dios.

Apenas llegó Santiago, le comenté de la llamada que me hicieron, lo sentí triste con la noticia y nos sentamos a conversar.

—Lo lamento mucho mi vida. No he podido darte un hijo y eso me tiene frustrada. No sabes todo lo que he sufrido en este tiempo. Todos los meses me

hacía un test de embarazo sin que lo notaras y cada vez que miraba los resultados negativos me lanzaba en el piso a llorar. Estoy seca mi vida, estoy seca —le decía a Santiago mientras me abrazaba a su cuello y lloraba.

—No digas eso mi vida, no estás seca. Tú estás llena de amor. Si no podemos concebir un bebé, entonces vamos a adoptar, pero no quiero verte triste jamás. Nuestras vidas nunca se habían llenado de tristeza. No quiero que llores nunca, mi vida —me dijo Santiago, mientras lloraba a mi lado y me abrazaba y me besaba demostrándome su apoyo y solidaridad.

Decidimos ese día que ya no íbamos a tocar ese tema. Que cuando lo consideráramos necesario, buscáramos ayuda para una adopción y con eso completaríamos a nuestra familia soñada. Lo vi como una solución que no estaba en mi mente, pero me alegraba que haya sido Santiago el que lo propusiera.

El tema del bebé se había calmado, ya no le hacíamos ninguna mención. Lo que estaba vigente era el lanzamiento y bautizo de mi novela. Faltaban pocas semanas, la elección de la portada me había limitad un poco, todos los diseños eran realmente buenos y entre Santiago y yo tomamos la decisión que creímos que se identificaba con el título de la novela.

—Mañana es el gran día mi vida —le dije a Santiago ese domingo mientras preparaba el desayuno.

—Sí, preciosa. Lo tengo presente cada segundo Tienes todo listo, ¿verdad? —me preguntó Santiago.

—Sí, mi vida. El vestido, los zapatos, el discurso... todo está listo para mañana —le dije a Santiago.

Sentía mariposas en el estómago, los nervios comenzaban a apoderarse de mí. Me senté con Santiago para ensayar el discurso y las palabras se me olvidaban. Necesitaba sentirme segura, al final era mi novela y solo yo sabía de qué se trataba todo y cómo llegué a su principio y final.

En la mañana, Santiago me despertó con el desayuno en la cama. Era raro verlo un lunes temprano en la casa, pero había notificado en su oficina el motivo por el cual iba a aceptar, hasta algunos de sus compañeros que casi eran parte de nuestra familia, se habían comprometido a ir al evento.

Mi madre no había podido venir, pero como iba a ser televisado, ella estaría pendiente para verme y grabarme, al igual que mis primas. Ya desde temprano estaba recibiendo bendiciones por mensaje a través de mi móvil, me daban ánimo y valor. Tenía una mezcla de sentimientos encontrados, entre felicidad y temor a que las cosas no salieran como la editorial lo había planificado.

Llegamos al salón y todo estaba dispuesto como lo había enviado en la maqueta por internet. Rosas rojas, la foto de la portada de la novela en todos los tamaños y mi nombre en una gigantografía. Me sentía grande, como una de esas escritoras con mucho éxito y entré saludando a todos los presentes.

Las cámaras comenzaron a encenderse, uno de los representantes de la editorial me presentó ante los invitados y comenzaron con el resumen de la novela. Después de un largo recorrido por mi vida, me llaman para que diga mi discurso.

Todos comenzaron a aplaudir, era grandioso ver cómo se levantaban de sus asientos. Santiago no dejaba de grabar y estar con una sonrisa que me daba más valor. Cuando recuerdo que había dejado el papel con el discurso que tanto había ensayado sobre la mesa, pero ya no podía hacer más que asumir y hablar desde mi corazón.

Había casi cien personas, todo un éxito había resultado la convocatoria a través de las redes sociales. Cuando todos tomaron asiento, decidí comenzar.

—Buenas noches a todos los presentes —así comencé, con esa oración.

Cuando pronuncié esas palabras, se me nubló la mente. De tanto haber ensayado, las palabras las tenía todas desordenadas en mi cabeza. Pensé en

que todo había llegado hasta ahí. Tenía la presión de las cámaras y de los organizadores de la editorial encima de mí. Pero algo me salvó de caer en el ridículo. Tomé una copia de la novela y estaba la foto de Alberto, como lo había solicitado y gracia a él, las palabras llegaron a mí.

Después del saludo inicial, les conté parte de la historia que me inspiró a hacer la novela. Para todos, mis palabras eran muy conmovedoras, podía ver lágrimas en los rostros de algunos presentes. Continué sin improvisar, con mi verdad, con mi corazón hasta llegar al final, siempre resaltando el nombre de Alberto y su labor. Todos me aplaudieron y me felicitaban por lo que le estaba entregando al mundo. Puntualicé con la invitación para que todos compararan una copia y le llevaran a sus familiares con mi firma y pasamos casi todo el día ahí, compartiendo firmando y tomando las fotos.

Las cien copias se lograron vender, el representante de la editorial me felicitaba y no se extrañaba de la receptividad de los invitados. Conversamos y me habló de solicitar con mi autorización cien copias más para los pedidos que tenían por la página web y por supuesto que acepté.

El señor Luis me sorprendió al enviarme un gran ramo de flores al evento, felicitándome por la novela y solicitando una copia firmada por mí. Santiago le había comentado, pero nunca pensamos que iba a tener ese detalle tan bonito.

Todo había terminado ese día, llegamos a la casa muy cansados. Ya no podía con más entrevistas y la mano me dolía de tanto escribir dedicatorias y firmar, pero fue un momento único e inolvidable del que me tenía que acostumbrar.

Santiago no dejaba de abrazarme y decirme lo orgulloso que se sentía de mí. Mi madre llamaba como loca, pero estaba atendiendo varias llamadas a la vez, hasta que decidí poner orden y por atender por orden de preferencia, mi madre en primer lugar por supuesto.

Al día siguiente, Santiago me llevó la prensa a la cama antes de irse y en primera página estaba la reseña del evento de mi novela. No sabía cómo describir la emoción que estaba viviendo, pero era verdad y era mía esta realidad, pero no podía permitir que el ego se me subiera a la cabeza, así que continué mis días normalmente.

Seguí escribiendo capítulos de mi nueva novela, pero esta vez la historia era sobre mí y Santiago, de cómo habíamos regresado de la muerte y de cómo el amor había logrado el milagro de unirnos. Esa iba a ser mi sorpresa para él, se lo merecía.

Mi novela había recorrido el mundo, la editorial imprimió copias en diferentes idiomas y se había roto un nuevo record. Me llamaron para hacer una rueda de prensa con medios internacionales. Inmediatamente llamé a Santiago para darle la buena nueva, no podía dejar de compartir mi felicidad con el hombre que amo.

Tan solo en una semana se dio el otro gran evento, mi vida había cambiado en tan solo dos meses. Pasé de ser una escritora clandestina a ser una gran revelación. Le estaba dedicando demasiado tiempo a la editorial que me había distanciado un poco de mis labores del hogar.

Casi no tenía contacto con Santiago, él llegaba como siempre, sonriente y me dejaba la cena preparada en la mesa y en eso se habían convertido nuestras últimas semanas. A veces se despedía de mí para acostarse, como tratando de hacerme ver que me necesitaba, pero yo estaba metida de cabeza en el laptop con los ojos como hechizados y la mente en marcha para tratar de encontrar las palabras adecuadas que describieran el capítulo de turno de la reciente novela.

Terminaba muy en la madrugada y me iba en silencio a la habitación tratando de no hacer ruido mientras me metía en la cama y así no despertaba a Santiago. Casi no hacíamos el amor y cuando lográbamos intimar, realmente

no lograba disfrutar por tener en mi cabeza algún tema de la editorial.

De vez en cuando, Santiago me llamaba para saber si había comido porque a veces se me olvidaba hacerlo. Quería que la nueva novela expresara todo, sin que se escapara ningún personaje que haya estado involucrado en nuestras vidas y le puse el mil por ciento de mi atención y dedicación.

No sabía hasta qué grado me había descuidado con mi matrimonio. Una de las tantas noches, no he había dado cuenta que era tan tarde y cuando me levanté, vi la comida de Santiago tapada en la mesa y era porque Santiago no había llegado. Me preocupé y tomé el móvil para llamarlo. Cuando lo revisé, tenía tres llamadas perdidas de él y dos mensajes donde me avisaba que se iba a quedar hasta tarde en la oficina. Sentí mucha rabia conmigo por no haber escuchado cuando llamó. Le devolví la llamada y me respondió un poco molesto.

—Hola Victoria, ya ni estás pendiente del móvil, definitivamente la editorial te está consumiéndome —me dijo con un tono de voz irónico, como nunca lo había hecho.

Me disculpé con él, pero no tenía excusas, estaba haciendo mal, pero le pedía un poquito de paciencia, ya estaba por terminar y volvería a ser la misma Victoria de antes, pero Santiago estaba perdiendo la paciencia.

Así pasaban los días y Santiago y yo nos distanciábamos, discutíamos y cada uno estaba por su lado como si el amor se estuviera fracturando y lo peor de todo es que yo debía reconocer que la única culpable era yo.

Capítulo 10

Tres semanas después logré terminar la novela. En ese corto tiempo casi no había conversado con Santiago. Me quedé en el sofá esperando que llegara. Ya eran las once la noche y no me respondía las llamadas ni los mensajes. Me sentía frustrada y preocupada, hasta que al fin apareció.

Casi se caía de la borrachera, alguien debió haberlo traído hasta la casa, fue lo que imaginé porque en esas condiciones, por sus propios medios no pudo haber llegado.

Pasó directo a la habitación, ni si quiera se detuvo a mirar hacia los lados. Se dejó caer en la cama y así se quedó. Cuando fui a verlo, ya estaba profundamente dormido, con su ropa y calzado puesto. Me senté a su lado y comencé a llorar ante el escenario que tenía frente a mis ojos. Había dado lo mejor de mí para que fuéramos un matrimonio feliz, pero también le di mi espalda por el trabajo y él insistió hasta que su paciencia lo abandonó y no me di cuenta de que lo estaba perdiendo.

Lloré toda la noche, había sido uno de los viernes más tristes de mi vida. Con cada pensamiento me seguía lastimando por haber permitido ver al hombre de mi vida en esas condiciones. Santiago seguía siendo un hombre vulnerable y el que haya caído en el alcohol me lo estaba demostrando.

En la mañana, me levanté y me lavé la cara, pero las ojeras revelaban que no había pegado los ojos en toda la noche. Preparé un caldo de gallina y un

café fuerte para cuando despertara Santiago. Necesitaba ganarme su perdón, teníamos mucho que hablar.

Mientras estaba en la cocina, vi que Santiago había ido al baño y se regresó a la habitación. Me senté en el sofá a esperar que saliera, pero no fue así, se había vuelto a dormir. Las lágrimas llegaban nuevamente a mí, le había hecho daño a mi esposo, al hombre de mi vida y por lo tanto me dolía a mí también.

Al ver que no salía, fui hasta la habitación y me acosté a su lado abrazándolo. Sabía que estaba despierto porque conocía su respiración cuando estaba dormido. Aproveché para pedirle perdón por haberme distanciado y le juraba que no iba a volver a suceder. Después de oírme, se inclinó y se sentó a la orilla de la cama.

—Me siento muy mal, Victoria y no se trata de un dolor de cabeza a causa del licor ni de una gripe o cualquier otro malestar —me decía Santiago como si estuviera llorando.

Me rompía el corazón escucharlo así. Me bajé de la cama y me coloqué frente a él. Conversamos y le pedía perdón repetidas veces, hasta que confesó el verdadero motivo de su estado.

—Victoria, anoche estuve en un bar, con mujeres y estuve a punto de caer, de acostarme con una de ellas, pero no pude porque estabas en mi cabeza —me confesó llorando.

No podía reclamarle, sentí que hasta en eso tuve la culpa. Apenas puedo recordar cuando me gritaba desde la habitación que me fuera a acostar que me deseaba y quería hacerme el amor y yo sencillamente le decía que ahora iba. Así lo tuve no sé por cuantas semanas, hasta que se cansó de tanto esperar y yo me olvidé de lo importante que era para nosotros ese contacto, hasta el punto de que Santiago llegara a desear estar con otra mujer que no fuera yo.

Me levanté del suelo y me puse las manos en la cabeza, no sabía que

decirle, qué hacer, como asumirlo, pero estaba muy consciente de que yo había sido culpable. Lo único que quería en ese momento, es que todo volviera a la normalidad. Me sequé las lágrimas y le extendí la mano a Santiago.

—Ven, mi vida. Vamos para que comas algo —le dije para no seguir hablando del tema, aunque por dentro me estuviera muriendo de dolor.

Santiago se levantó y nos abrazamos. Lloramos como unos niños.

—No quiero que nos alejemos mi vida, no podría vivir sin ti —le dije.

—Jamás pensé que nos distanciáramos tanto, mi vida —me dijo Santiago dejando que el llanto terminara de hablar por él.

Así nos fuimos a la cocina y le serví primero una taza de café. Cuando quiso retomar el tema del bar, le callaba la boca con un beso, no quería saber más, lo único que me interesaba era recuperar el tiempo perdido con mi esposo.

—Mi vida, la sopa estaba deliciosa, muchas gracias por regresar —me dijo —Pensé que te habían secuestrado los extraterrestres —continuó alargando una carcajada.

Extrañaba a mi Santiago, ese que me hacía reír, ese que estaba viendo nuevamente. Quiso preguntar por la novela, pero no quise darle importancia, ya la había enviado y seguramente pasarían dos años más para que la editorial la leyera. Parecía mentira que la novela que había escrito de nuestra historia de amor juntos era la que estuvo a punto de separarnos para siempre. Santiago insistía en saber de qué se trataba la novela y se refería despectivamente por el hecho de que, por ella, yo lo había abandonado a él y yo evitaba retomar ese tema.

Nuestro fin de semana transcurría bien, tratábamos de tener más acercamiento y decidimos retomar el pase de los sábados. Se sentía un poco la distancia entre los dos, pero yo trataba de tomar su mano y hacer cosas graciosas de las que estábamos acostumbrados. La plaza, las ardillas, el

helado, todo ese recorrido lo hacíamos para que nuestro corazón no dejara atrás los recuerdos de todo lo bonito que habías vivido.

Decidí que era el momento de fortalecer nuestro matrimonio, así que le pedí a Santiago que adoptáramos a un bebé, como lo habíamos conversado hace algún tiempo y le pareció bien. Creíamos que al llegar un niño a la casa todo iba a ser mejor, habría más unión entre nosotros.

Cuando creíamos que habíamos resuelto nuestros problemas en casa, llaman a Santiago a su móvil. Era el señor Luis para informarle que había ocurrido otra tragedia de avión cercano al pueblo, así que el hospital ya estaba activando el plan de contingencia para recibir a los sobrevivientes.

Santiago me contó la noticia y me hizo regresar al pasado, cuando retomé mi profesión de fisioterapeuta y pude así cuidar de él por unos largos meses. Pero esta vez tenía las herramientas para sacarle provecho, ya que el día de mi boda, el grupo de amigas de carrera se habían puesto a la orden ante cualquier caso similar.

Inmediatamente las contacte en llamada en conferencia y Santiago activó un helicóptero de la compañía, bajo la autorización del señor Luis para que las trasladara hasta aquí. Se necesitaban muchas manos para ayudar a las pocas enfermeras que quedaban en el pequeño hospital.

Nos alistamos rápidamente y nos fuimos al hospital, de esa manera podíamos conocer que tanto había sido el impacto y hasta qué punto necesitaba ayuda. El director me reconoció y a Santiago también y nos abrazó por haber ido a colaborar. Cuando le comenté del grupo de fisioterapeutas que estaba por llegar me agradeció mucho, no paraba de hacerlo y ese era el mejor pago que he recibido.

Las enfermeras comenzaron a gritar, alertando a todos que las ambulancias estaban llegando. A Santiago le daba lástima ver cuando se suturaba a un paciente así que decidió colaborar con el traslado desde la entrada hasta la

emergencia. El hospital solo contaba con tres enfermeras y dos médicos, todos los demás habían renunciado por irse a la ciudad y mientras llegaba el otro grupo, Santiago y yo éramos los únicos testigos.

Siete u ocho horas, no recuerdo el tiempo que había pasado y hasta ahora los únicos voluntarios éramos nosotros, hasta que al fin entraron las amigas con varias cajas y donativos de medicina y otros de primeros auxilios.

Inmediatamente se integraron y se comenzaron a aliviar a los sobrevivientes. Me pareció curioso, que en la misma habitación donde estuvo Santiago por tanto tiempo, haya un joven sobreviviente que luchaba por su vida y se encontraba en coma. Una de mis compañeras de grado, estaba con él y me hizo recordar cuando encontré a Santiago.

Cuando me acerco, la veo llorando y casi le digo que, si le interesa, sería la segunda historia de un piloto, pero ella lo único que hacía era llorar.

—Belkis ¿estás bien? —le pregunté, mientras le colocaba mi mano en su hombro.

Ella se volteó y me abrazo y las lágrimas no la dejaban hablar de una forma clara que me permitiera entenderla. Hasta que logró calmarse.

—Es mi hermano, mi único hermano —me dijo y se me rompió el corazón por el solo hecho de haberse enterado tan trágicamente.

—Él va a estar bien, tan solo necesita mucho de ti —le dije y no encontraba más palabras que contarle mi propia historia.

Me senté con Belkis a tratar de calmarla. Su hermano presentaba las mismas características de Santiago cuando lo encontré en la misma habitación hace algunos años. Cuando Santiago entró, la recordó desde la boda y le comenté que el joven, era su hermano. En ese momento, tomó una de las sillas y nos dispusimos a hablarle de qué debía hacer en su caso.

Teníamos mucha fe de que el joven Andrés se iba a recuperar, aunque no estábamos en el deber de dar una falsa esperanza, quisimos esperar que

llegara el doctor. Mientras conversábamos, una de las enfermeras entró y notificó que ya el especialista estaba por llegar.

Al poco rato llegó y era Carlos, el especialista que pretendía que saliera con él mientras su esposa estaba en casa y Santiago en plena recuperación.

—¡Victoria, que gusto verte! —me dijo con descortesía ante los demás presentes.

Para ser un poco odiosa, porque realmente se lo merecía el muy pedante, le respondí:

—Carlos, ¿verdad? —le pregunté irónicamente para que se diera cuenta que no estaba seguro de su nombre y continué —¿Recuerdas a Santiago tu paciente? Es ahora mi esposo y ella es Belkis, hermana del paciente que está en esa camilla —le dije para que se ubicara en el tiempo y en el espacio.

Santiago lo miró con rabia, al recordar que estaba tratando de enamorarme y é sin poder hacer nada, moría de la impotencia al no poder hablar, hasta que lo logró gracias a los celos que sentía por mí.

—Ah, caramba, pero que buena noticia. Me alegra que estés bien, Santiago —respondió el descarado doctor, mientras se fue a evaluar al paciente.

Como la enfermera no estaba, me levanté para asistirle, de igual manera, estaba en ese lugar para ayudar como voluntaria, independientemente que sea la persona que sea.

Le preguntaba a Carlos sobre la posibilidad de que el caso de Andrés sea similar al de Santiago, como para saber si se le daba esperanza a su hermana y efectivamente, lo era.

Santiago no le quitaba la mirada de encima a Carlos, confiaba ciegamente en mí, pero no en él, pero lo único que esperábamos es que diera el diagnóstico final.

—Bueno, aunque faltarían algunos análisis químicos, puedo deducir que el caso es similar al de Santiago, por lo tanto, el pronóstico es muy bueno para tu

hermano —dijo e inmediatamente abandonó la habitación.

Sentía la necesidad de verlo despertar, no quería que Belkis ni otra persona viviera lo que yo con Santiago, o lo que vivió mi madre conmigo cuando también estuve en coma. Tantos meses de espera, de desilusión. Se necesitaría de un corazón lleno de mucha fe y, sobre todo, de amor por el paciente.

Le dimos las recomendaciones para él se recuperara. De pronto lo que tenía que hacer era hablarle todos los días y hacerle sentir que en verdad le importa.

La diferencia de esta tragedia a la anterior es que hoy se perdieron más vidas, la caja negra del avión había quedado desecha y realmente esas personas, sobrevivientes habían contado con mucha suerte de estar con vida.

Mientras dejábamos a Belkis en la habitación con su hermano, hicimos un recorrido por todas las habitaciones y las que se habían improvisado para la contingencia. El equipo de fisioterapeutas había hecho bien su trabajo, pero al igual que nosotros estábamos muy agotados. Apenas vieron que los pacientes estaban estabilizados y no requerían de terapia por el momento, decidieron volver a la ciudad.

Los acompañamos hasta el helicóptero y le agradecemos por su valiosa colaboración. Fuimos a buscar al director para que nos informara si debíamos continuar en el hospital o si podíamos retirarnos a casa, el día había estado muy difícil para nosotros y el director nos volvió a agradecer y nos puso su hospital a la orden, por nuestro buen corazón.

Cuando salimos del hospital, nos detuvimos y Santiago me abrazó frente a frente.

—Te amo, Victoria. Estoy muy orgulloso de ti —me dijo recordando al joven Andrés en la cama de aquella habitación.

Le respondí con mi te amo. Me hacía falta un beso y Santiago finalizó esas

palabras con un tierno beso, de esos que solo recuerdas en tu primera vez con un hombre, romántico. Pero el cansancio me invadía y necesitaba llegar a la casa.

Al llegar, sentía que la cabeza me iba a estallar del dolor y mi estómago estaba revuelto, pero no había comido nada, solo agua mientras estuvimos en el hospital, quizás sea por eso por lo que me encontraba así de agotada.

—Ven a la cama mi vida, te ves muy mal. Voy a prepararte algo. Ya regreso —me dijo Santiago, mientras me dejaba en la cama con un tierno beso.

Había vuelto a ser el de antes en tan solo unas horas. No podía permitir que nos distanciáramos otra vez, casi pierdo a mi esposo por la ambición del dinero, la fama y el prestigio.

Unos minutos después, todo me daba vueltas en mi cabeza, la sensación extraña en mi estómago me hizo ir al baño y ahí vomite lo poco que tenía en él. El dolor de cabeza cobrara más fuerzas y mi temperatura corporal estaba aumentando. En ese momento, Santiago entra para ayudarme y regresarme a la cama.

—Creo que me contagié con algún virus en el hospital, mi vida porque me siento fatal —le decía a Santiago con mi voz muy débil y mi rostro reflejando lo mal que la estaba pasando.

Pasaron los días y no había logrado reponerme del todo. El malestar iba y venía. No había querido volver al hospital a ver al hermano de Belkis, pero hablaba mucho con ella por el móvil o cuando me venía a visitar y Santiago pasaba frecuentemente para ver qué se les ofrecía.

A la oficina de Santiago le había llegado el rumor de que aerolínea iba a cerrar y como había la confianza suficiente, Santiago se comunicó con el señor Luis para saber qué estaba sucediendo.

—Así es, Santiago. Las autoridades emitieron un comunicado que, si no compraba un nuevo lote de aeronaves, la iban a cerrar y no tengo más dinero

para invertir, casi todo lo he dejado en las indemnizaciones de las víctimas de los dos últimos accidentes —le decía el señor Luis a Santiago, con su tono de preocupación.

Santiago hizo una pausa y más allá de ayudarlo por el aprecio que le tenía, le hizo una propuesta que no podía negarse a aceptar.

—Señor Luis, sé cuánto empeño usted le ha puesto a su empresa que también quiero como mía. Si las autoridades cierran las operaciones, muchas familias se quedarían sin empleo y muchas dependen de eso —le explicaba Santiago para que pudiera entender la gravedad de asunto y continuó —Yo tengo dinero ahorrado junto con mi esposa Victoria. Nosotros podemos comprarle la mitad de sus acciones y así le inyectamos ese capital que necesita para comprar una gran flota y las autoridades no se vean en la obligación de cerrar ¿Qué le parece? —Santiago se extendió un poco con la explicación.

Después de casi una hora de conversación, el señor Luis había aceptado que la propuesta era insuperable, pero ya no sentía las mismas ganas de cuando era joven y se había iniciado en ese mundo.

—Hagamos algo mejor. Voy a venderte todas las acciones por ese precio. Quiero que seas tú, quien con tu pasión se encargue de darle una nueva visión a la aerolínea —le decía el señor Luis a Santiago.

Santiago escuchaba cada detalle con suma atención. Él conocía muy bien el negocio y no podía dejar pasar esa oportunidad que la vida le ponía frente a él, así que decidió aceptar.

Esa tarde, Santiago llegó a la casa con flores y el vino. Sabía que era una ocasión especial por el vino, las flores siempre estaban presentes como un detalle romántico que siempre se mantenía entre nosotros.

—A ver, ¿qué vamos a celebrar hoy, querido esposo? —le pregunté, poniéndome coqueta ante él.

Santiago no hablaba, solo sonreía mientras descorchaba la botella. Inmediatamente fui a buscar las copas, pero al brindar por la buena noticia, con tan solo un trago, me fui al baño y vomité. Comencé a sentir la presión en el estómago, pero esa vez, le eché la culpa a un pedazo de pastel que tenía días en la nevera.

Ya se me estaba haciendo costumbre sentirme mal, era como si mi estómago se hubiera vuelto más delicado y solo aceptaba comidas ligeras, por lo que había optado por incluir más vegetales que se habían vuelto mi pasión y los destacaba en cada preparación.

Unos días después, nos enteramos de que Belkis iba a trasladar a su hermano a la capital, porque se le estaba haciendo muy costosa la estadía, a pesar de que le había ofrecido hospedaje en la casa. Esa tarde, esperaba la respuesta de los helicópteros de la cruz roja y al día siguiente ya se lo habían llevado.

Manteníamos la comunicación con ella sobre la evolución de Andrés y más cuando a los pocos días ya Santiago era el nuevo presidente y dueño de la compañía y, por ende, era él quien se estaba encargando de los gastos médicos del joven, que fue lo único que había dejado por pagar, el señor Luis.

En la aerolínea, todos habían tomado la noticia de Santiago de muy buena manera y festejaron la ocasión. Estaba trabajando ahí desde los dieciocho años y fue ascendiendo poco a poco y por su empeño y dedicación había logrado llegar hasta lo que era, el dueño.

Capítulo 11

A pesar de que Santiago tenía una nueva posición en la empresa, jamás cambió su forma de ser, seguía siendo el compañero de trabajo, pero ahora velaba porque todo a nivel nacional funcionara bien. Se había reunido con las autoridades y le aprobaron la flota de aviones que había comprado por lo que la amenaza de cerrar la compañía ya estaba disuelta.

La tranquilidad y felicidad había llegado a nuestro hogar. Mi malestar de salud desaparecía y volvía de repente, quizás mi cuerpo estaba somatizando todo el estrés que le había generado cuando me dediqué el cien por ciento a la segunda novela que escribí.

La editorial solo me escribía o alguien de ahí se comunicaba conmigo solo para decirme cuántas copias más se habían vendido de esa maravillosa historia en honor a Alberto.

Unas semanas después, me informan vía e-mail, que la segunda novela había sido aprobada y sentí como mi estomago saltó, todo me afectaba en el estómago, las buenas y malas noticias, pero me contuve y traté de ignorar ese malestar, aunque mi rostro reflejaba cansancio y debilidad.

Santiago y yo no teníamos secretos, pero sentía algo de temor porque el tema de la editorial en nuestras vidas era algo muy delicado, pero por mi culpa, porque no supe cómo equilibrar mi emoción y todo lo llevé al extremo de la ambición. Quise llamarlo para darle la buena noticia, pero preferí

tomarme las cosas con calma e iba a esperar que llegara a la casa para conversar.

Me puse en contacto con la editorial y todo estaba listo, el diseño, la edición, todo había sido muy rápido porque ya formaba parte de su platilla de escritores.

La mayor parte de mis días la pasaba acostada, la debilidad iba en aumento y el cansancio se hacía más frecuente. Estaba subiendo de peso y la única razón que consideraba lógica que le daba es el sedentarismo. Mi cuerpo solo me pedía dormir y me levantaba muy desgastada. Llamé a mi madre para comentarle lo que me estaba sucediendo y se sintió muy preocupada que me preguntó que por qué me había descuidado tanto y no había ido al médico.

—Eso es viral, madre. La vecina y su hijo duraron más de un mes así. Y estoy descansando y tomando mucho líquido —le dije a mi madre para tranquilizarla. En verdad no veía que fuera algo para preocuparse, y le pedí que por favor no le dijera nada a Santiago porque tenía muchas preocupaciones encima.

Logré tranquilizar a mi madre, aunque ella insistía mucho en que fuera al médico y le prometí que al terminar con el tema de la editorial y el lanzamiento de la novela lo iba a hacer por mi propio bienestar, no quería seguir descuidándome con eso.

Cuando llegó Santiago, no sabía si dibujarlo o escribirle una nota para darle la noticia. El tema de la editorial había sido un poco álgido entre nosotros por lo que necesitaba tener mucho tacto.

—Hola mi vida —le dije mientras me levantaba del sofá.

—Victoria, mi vida ¿Te ves mal? Vamos al doctor para que te evalúen —me dijo mientras tomaba su chaqueta nuevamente.

Lo halé por el brazo y lo senté conmigo en el sofá.

—Estoy bien, mi vida. Solo que he dormido todo el día y me imagino que

me veo un poco hinchada —le dije sonriendo.

Santiago comenzó a bromear con eso de la bella durmiente, que me iba a besar mucho para despertarme porque aun tenía la cara de estar dormida. Aproveché que estaba como siempre de buen humor y le solté todo lo de la nueva novela.

Hizo una larga pausa, de hecho, ni me contestó nada y se levanto para ir a la cocina por un vaso con agua. Se paró frente a la mesa y luego regresó hasta el sofá.

—Tú sabes que esa novela casi nos llega a separar, mi vida, pero nunca le daré la espalda a tus sueños y todo lo que has logrado como escritora te lo mereces —me dijo mientras me abrazaba y me felicitaba con un beso —Por cierto, no me comentaste de qué se trataba esa nueva historia —Santiago se interesó por saber.

—Esa será una sorpresa para el día de la presentación, mi vida. Sé que te va a gustar —le dije mientras le daba las gracias por ser el mejor esposo del mundo.

En tan solo una semana, todo estaba preparado para el lanzamiento de la novela. Con la primera iba el record de más de dos mil quinientas copias vendidas y habían tenido que habilitar el formato digital para aminorar las impresiones para llegarle a más público.

Ese día había amanecido radiante, ya casi ni había sentido el malestar en el estómago y gracias a los mimos de Santiago al hacerme el amor, podía conciliar el sueño rápidamente y toda la noche.

No quise preparar un discurso escrito porque había recordado que en aquella presentación casi me desmayó por el susto de no saber qué decir, después que me había aprendido letra por letra todo lo que quería expresar ese día.

Mi madre estaba feliz, había llegado la noche anterior y me había traído un

vestido muy bonito para el evento, solo que hubo un botón que no pude cerrar por el peso que estaba ganando, así que traté de cubrirlo con mi cabello que era bastante largo.

Santiago se había puesto una corbata azul, como mi vestido y nos veíamos muy elegantes todos. Ellos estaban más nerviosos que yo y se les podía notar.

—¿Cómo se sienten al estar al lado de una celebridad? —les pregunte mientras me reía a carcajadas —Es por eso por lo que están tan nerviosos, ¿verdad? —Y continué riéndome para tratar de liberar un poco de presión.

Santiago me miró, me conocía tan bien que mi risa era por los nervios que tenía, por lo que me abrazó y me dio un beso mientras me decía que todo iba a salir bien y que todo esto que estaba viviendo, me lo había ganado pulso a pulso.

Sus palabras me llenaron de valor y ya cuando estaba montada en la tarima, ante más de quinientas personas, entre el juego de luces y las cámaras, comencé mi discurso.

—En primer lugar, quiero agradecer a todos los presentes por haberse tomado el tiempo para acompañarme en este nuevo camino, con esta nueva novela que hoy pongo en sus manos. A la editorial, gracias por haber confiado en mí, nuevamente y a mi familia, en especial a mi madre y a mi esposo por estar siempre a mi lado apoyándome en esta aventura —inicié mi discurso con ese agradecimiento, mientras tomé un poco de agua para continuar —Esta novela, es mi historia —inmediatamente miré a Santiago y el puso cara de asombro.

Las luces de las cámaras no dejaban de iluminarme, pero yo solo tenía mi mirada puesta en él, en mi esposo. Así que no me importaba cuantas fotos me tomaban o si mis palabras eran las correctas, sentía que debía hablarle a Santiago, así que continué.

—Aquí podrán leer la historia de una mujer que regreso a la vida y con

esa oportunidad de Dios le daba, decidió cumplir uno de sus sueños de niña, ser escritora, pero quiso cambiar su mundo a raíz de su regreso y se mudó a un hermoso pueblo, con un clima romántico que le dio la inspiración que buscaba para comenzar su nuevo reto —le iba dando un resumen y todos estaban muy atentos —La vida premió a esa gran guerrera y le puso en su camino a un hombre excepcional que por coincidencia o causalidad, estaba pasando por lo que ella vivió hace un buen tiempo, debatiéndose entre la vida y la muerte para regresar.

En cada pausa que yo hacía, tomaba un sorbo de agua y podía mirar que Santiago secaba sus lágrimas y abrazaba a mi madre que estaba también muy conmovida.

—La vida los unió en medio de una gran tragedia. Ella dedicó su vida a él, apostando a su recuperación por meses en un hospital, donde nunca se apartó de sus sueños y continuó escribiendo —continué con mi discurso sin poder parar, me sentía tan conmovida que no hizo falta haber escrito nada.

Cristian me miraba y me hacía señas para que no diera muchos detalles, porque la idea era que las personas se interesaran en conocer la historia, así que decidí darle un toque gracioso para finalizar mi discurso.

—Y así fueron ocurriendo muchas cosas en su vida, la cual ustedes se encargarán de descubrir en cada capítulo de la novela ¿Cierto? —les pregunté.

Todos se levantaron para aplaudirme. Cristian se acercó al pódium para intervenir y sus palabras fueron muy halagadoras. Yo comencé a sentirme mal, sentía que me iba a desvanecer y decidí sentarme mientras él cerraba el discurso.

Trataba de sonreír, pero mi estómago nuevamente estaba revuelto y comenzó a dolerme. Aguanté hasta el final, que hizo muy largo por la cantidad de personas que habían asistido al evento. Santiago y mi madre me veían con preocupación, pero no podía dejar todo ahí tirado y tenía que mantenerme

como me describía en la novela, como una guerrera de la vida.

Cuando todos se estaban retirando, Cristian se acercó con otro señor que no conocía. Me traían un contrato directo con la editorial para ser editora. Santiago alcanzó a escuchar y se acercó. Se quedó mirándome y asintió con la cabeza para que aceptara.

A pesar de que me sentía tan mal, no podía dejar de sonreír de tanta felicidad. No sabía el alcance que tenía este sueño de ser escritora y de cómo Alberto me había abierto las puertas de alguna manera para lograrlo, porque fue a raíz de su muerte que me propuse hacerlo.

Estaba agradecida con la vida, acepté y firmé el contrato, pero no pude celebrar porque realmente estaba sintiendo muy mal. Nos fuimos del lugar y al llegar a la casa, fui al baño a vomitar y casi me caigo al suelo por la debilidad que sentía. Santiago estaba muy asustado, menos mal que mi madre estaba con nosotros y se hizo cargo de la situación.

Inmediatamente me preparó un caldo de gallina y vegetales, pero me insistió que si no mejoraba iba a ser necesario llevarme al médico.

Los dos estaban en la cama, mientras yo me quedé dormida, ellos conversaban de lo preocupado que se sentían por mi salud.

—Si no mejora, hay que llevarla al médico a como dé lugar, hijo —le decía mi madre a Santiago —así comenzó su tía Agustina y cuando la llevamos era muy tarde. Una terrible enfermedad la estaba consumiendo y murió —continuó mi madre y entró en llanto.

Santiago se alarmó ante semejante historia, ya por su mente pasaba lo peor. No se despegó de mí ni un solo instante, pero yo seguía durmiendo, me sentía tan débil que lo único que sentía era la necesidad de estar acostada y dormir.

Cuando desperté, el dolor de cabeza comenzaba a darme punzadas y repentinamente la nariz me comenzó a gotear agua. Mi madre dijo que era gripa y los síntomas apuntaban a eso, aunque yo creía que mis defensas habían

bajado mucho porque esos síntomas iban y venían.

—Seguramente la humedad le está haciendo daño, hijo —decía mi madre, mirando a Santiago —Sería bueno que pensarán en cambiar de casa en un futuro. Voy a prepararle a Victoria otro caldo, con eso va a mejorar —y se fue hacia la cocina.

—¿Cómo te sientes, mi vida? Me tienes preocupado —me decía Santiago, mientras me abrazaba con mucha sutileza y me daba un beso en la mejilla.

—Me siento mejor, entre el caldo mi linda madre y tus cuidados, ya pronto me voy a recuperar de esta gripe, mi vida. Solo queda el dolor de cabeza y un poco de debilidad —le dije, mientras me acurrucaba para que él me abrazaba.

Los días pasaron, mi madre no quiso irse para esperar si yo mejoraba, pero me cuidaba tan bien mientras Santiago trabajaba que pronto logré salir de la gripa. Así que se fue tranquila a la ciudad, aunque no dejaba de llamarnos para saber si había tenido alguna recaída.

Ya había comenzado mi trabajo en la editorial. Me habían asignado una gran oficina, pero casi siempre prefería trabajar en casa. Solo algunos casos los trataba por allá y era válido, estaba establecido en el contrato.

Cada día tenía mucho trabajo, me encanta ver cómo surgían nuevos escritores, de todas las edades y lo mejor es que sus historias eran realmente fascinantes. Podía pasar todo el día revisando cada borrador, pero logré conseguir el equilibrio necesario entre mi hogar y el trabajo.

Al día siguiente, la debilidad había vuelto, pero esta vez pensé que era porque no me estaba alimentando bien, prácticamente desayunaba cualquier cosa y cenaba porque Santiago llegaba a comer. Esa tarde, estuve pegada en la laptop, editando una novela que me parecía muy divertida, no me di cuenta de que había transcurrido tanto tiempo desde que había desayunado y quizás por eso me sentí muy mareada. Me levanté, tomé un poco de agua y me volví a sentar. Cuando miré a ver el reloj nuevamente, ya se acercaba la hora de que

Santiago llegara y yo me levanté exaltada porque no había preparado la cena. Cuando apenas había dado algunos pasos, caí al piso, desmayada y no supe más de mí.

A los minutos, llegó Santiago y al verme tirada en el piso, corrió a auxiliarme. Gritaba de desesperación y yo no respondía. Inmediatamente llamé a urgencias, pero estos demoraron un poco en llegar, hasta que unos minutos después estaban llamando a la puerta. Durante esos minutos, yo había logrado reaccionar, pero cuando apenas entraron con la camilla, me volví a desmayar.

Rápidamente me llevaron al hospital. Santiago pretendió entrar a urgencias, pero no se lo permitieron, el doctor le pedía que mantuviera la calma, que tenía que esperar afuera mientras me evaluaban y trataban de volverme en sí.

Lo primero que pasó por su mente fue llamar a mi madre, ella se había convertido en un gran apoyo para nosotros, era como una segunda madre para él. Mi madre se preocupó mucho y pensó lo peor. Llamé a mis primas y todos en tan solo una hora estaban en el hospital. Pero aun Santiago no recibía noticias de mí.

El doctor salió de urgencias y le avisó a Santiago que yo había recuperado el conocimiento, pero me estaban haciendo unos análisis que iban a tomar algo de tiempo porque necesitaban descartar algunas cosas.

—Si algo le sucede a Victoria, yo me muero con ella, mamá Carmen —le decía Santiago a mi madre, mientras rompía en llanto sin importar que todos lo estaban mirando.

Mis primas se sentaron y os convocaron a todos para orar, pedían a Dios porque no permitiera que nada malo me sucediera. Santiago se tocaba el pecho y decía que le estaba doliendo, una de las enfermeras lo vio y le pidió que respirara y tratara de calmarse que se le podía subir la tensión.

Mi madre solo recordaba aquel día que le avisaron que yo estaba en el

hospital agonizando por el accidente que había tenido con Alberto. Ella estaba viviendo nuevamente esa sensación de poder perderme en cualquier segundo y se derrumbó.

—Victoria esperó mucho tiempo, ella estaba muy mal con eso del estómago, solo le pido a Dios que no me la quite, que no me la quite por favor —decía mi madre llorando desconsolada.

Santiago se levantó y gritó en la recepción:

—¡Por qué se demoran tanto con mi esposa! ¿Qué está pasando? ¡Que alguien me diga por favor! —se ponía las manos en la cabeza como a manera de desesperación.

Al fin, el doctor salió a hablar con mi familia y pidió que lo acompañaran hasta la habitación donde me encontraba.

—¡Victoria! —gritaron todos al unísono.

Yo sonreí, como si nada hubiera sucedido. A pesar del mal rato que les había hecho pasar a mi familia, ellos se sentían muy felices de verme y yo no podía tener a una mejor familia.

Santiago me abrazó y mi madre lo siguió. Mis primas sonreían, hasta que el doctor entró para poner el toque de seriedad al momento.

—Pido un poco de atención, señores —entró muy serio el doctor y alzó un poco la voz para conseguir la atención de mi familia —Ya hemos analizados todos los exámenes de laboratorio de Victoria porque necesitábamos confirmar el diagnóstico —dijo el doctor.

—¿Qué tiene mi esposa doctor? Por favor deje los rodeos —le dijo Santiago un poco incómodo por lo que tardaba el doctor en informar qué sucedía.

—Cálmese, Santiago. Su esposa no está enferma. Está embarazada ¡Felicidades! —el doctor los abrazó a todos y sonrió al ver la cara de confusión que todos tenían —Ella no lo sabía y el bebé le estaba consumiendo

todos los nutrientes, por eso sentía tanta debilidad. En cuanto a los dolores de cabeza y vómitos, son síntomas normales que irán desapareciendo con el tiempo —el doctor iba hablando y se dirigía principalmente a Santiago.

Cuando dio las indicaciones y las entregó a mi madre, el doctor se retiró y la habitación quedó en silencio. Todos se sorprendieron con la noticia, era realmente un milagro. Años, muchos años habían pasado desde que inicié la búsqueda de un embarazo, desde que estaba con Alberto, fueron momentos muy difíciles para mí, como mujer.

Mis primas comenzaron a aplaudir y brincaron a felicitar-me. Mi madre abrazó a Santiago y luego se acercó a mí, me dijo unas palabras tan lindas y conmovedoras que jamás podré olvidarlas.

—Dios te ha bendecido con la dicha de tener a un hijo en tu vientre. Disfrútalo, hija, serás una excelente madre. yo estaré a tu lado para ayudarte en todo —me dijo mi madre y con lágrimas en los ojos me daba su bendición.

Santiago sonreía y se secaba las lágrimas. Mi madre les pidió a mis primas que nos dejaran a solas a él y a mí y en ese momento se sentó a mi lado, me tomó de la mano y me besó.

—Mi vida, hoy me has hecho el hombre más feliz del mundo. Esta noticia de que estas embarazada de nuestro primer hijo, jamás la voy a olvidar. Este día, como muchos otros tantos que hemos tenido, quedara grabado en mi memoria por el resto de mi vida. Sentí tanto miedo de perderte que ya no podía respirar. Gracias por esto, preciosa. Te voy a cuidar cada día más, los voy a cuidar por siempre —me decía Santiago, mientras me ponía su mano sobre mi vientre y se acercaba cuidadosamente para darme un beso.

Capítulo 12

Tuve que pasar algunos días en el hospital por mi estado de debilidad, necesitaba recibir algunas vitaminas y minerales que había perdido para poder mantenerme de pie. Cada día recibías flores de Santiago y muchos mimos y cuidados de la compañía de mi madre.

Un hijo en mi vientre, aun no había asimilado lo que me estaba sucediendo, desde que me enteré de mi estado, solo daba gracias a Dios, pero como no veía mi vientre nada abultado y no sentía nada más que malestar no podía sentirme embarazada. Apenas comenzaba el camino que debía recorrer.

Al fin, ya me pude ir del hospital a la casa. Santiago pretendía que me quedara en la cama las veinticuatro horas, pero yo quería continuar mi vida normal. Entendía su miedo por mí y el bebé. A pesar de que mi madre le había explicado que un embarazo no era una enfermedad, ella le había pedido que ante cualquier emergencia no dudara en llamarla y eso hacía. Por cualquier terquedad mía él se comunicaba con mi madre y nos reíamos de sus locuras. Hasta que logré convencerlo de que me sentía bien y que no había nada de qué preocuparse.

Cuando la temporada de lluvia llegó, Santiago comenzó a estresarse porque era la época en que ocurrían los accidentes aéreos. La venta de los boletos había bajado mucho a causa de la inseguridad de la gente en la aerolínea. Poco se había difundido en las redes sobre la nueva flota de

aviones que se había adquirido, así que le propuse que contratara a alguien que se encargara de eso para tratar de subir las ventas y generar más confianza en los clientes.

Así sucedió, Santiago pidió a su empleado de recursos humanos que contratara a un publicista y le explicó lo que se pretendía lograr con ese nuevo personal. En tan solo unas semanas le presentaron tres candidatos que cumplían con los requisitos exigidos por él.

Cuando la persona que contrataron retomó la idea que teníamos, las ventas se dispararon. Hubo muchos comentarios positivos de los usuarios de la aerolínea y con el pasar de los meses, se fue posicionando hasta llegar a la número uno a nivel nacional.

Nada podía estar mejor, como decían la mayoría de los escritores en sus capítulos finales, si solo puedes respirar, ya tienes una vida perfecta.

Mi bebé estaba creciendo dentro de mí y aun así no me quitaba la idea de la cabeza que en principio teníamos Santiago y yo, de adoptar a un bebé. Pensaba que, si la vida nos había dado tantas oportunidades, por qué no pensar en darle una segunda oportunidad a un bebé de darle una nueva vida. Me emocioné mucho al pensarlo y quise compartirlo con Santiago para conocer su opinión.

Cuando llegó Santiago a la casa, nos sentamos a cenar. Después que nos fuimos a la habitación, conversamos sobre lo que había pensado de la adopción y me apoyo en todo momento. Sabía que podía contar con su aprobación.

En vista de que nuestras vidas eran muy parecidas y habíamos contado con muchas personas a lo largo de ese camino que habíamos recorrido, quisimos tomar algo de dinero de nuestra fortuna para crear una fundación, con el objeto de ayudar a todas las personas que cayeran en estado de coma y no les alcanzara el dinero para mantenerlo activado en un hospital. Queríamos darle

un voto de confianza a su vida, porque confiábamos en que, si nosotros pudimos despertar, entonces ellos también lo podían lograr y en eso nos queríamos apoyar, sin importar el tiempo que demoraran y con el apoyo de sus familiares.

Dos planes a corto tiempo que habían surgido de momentos dolorosos, por eso nuestra idea principal es llevar al mayor número posible de familias un granito de alegría en medio de tanto sufrimiento.

Santiago se estaba encargando de toda la documentación necesaria para crear la fundación. Contrató a los mejores abogados de la capital para acelerar el proceso, por lo que, en tan solo dos meses, ya estábamos inaugurando la sede principal, aquí en el pueblo.

Contratamos a mucho personal y Santiago tuvo que viajar por casi todo el país y en cada hospital se instaló una oficina de la fundación para que ninguna familia quedara desasistida. Yo me quedaba en casa trabajando y mi bebé seguía su desarrollo normal dentro de mi vientre, no me daba ningún problema, se notaba que iba a ser un niño o niña muy tranquila.

Cuando Santiago llegó a la casa, trató de levantarme como siempre lo hacía, pero mi panza no dejaba y nos reíamos cada vez que sucedía. A pesar de que faltaban cuatro meses para ver la carita de nuestro hijo, mi pancita estaba un poco grande. Nunca quisimos conocer el sexo del bebé, preferimos que fuera una sorpresa y estuvimos siempre pendientes de que el doctor lo olvidara y en cualquier momento se le escapara. Para nosotros lo importante era que el embarazo estuviera muy bien y tratábamos de que así sucediera.

Salimos a caminar por la plaza, como siempre y esa vez nos sentamos a mirar a los niños que correteaban a las ardillas y todo en mí había cambiado. Ya no había tristeza, solo me provocaba salir corriendo a abrazarlos. Veía en cada uno de ellos a mi bebé ya crecido y la emoción me embargaba y las lágrimas se me salían por el sentimentalismo y por supuesto que mis hormonas

entristecían y alegraban en cualquier momento.

—Vamos por un helado, mi vida —me dijo Santiago, mientras me ayudaba a levantar.

—Sí, mi vida. Me leíste el pensamiento —le dije.

—Ah, pero eso es muy bueno, mi vida. A ver si tenemos conexión ¿dime qué estoy pensando en este momento? —me preguntó Santiago poniendo esa mirada sexy y pícara que tanto me gustaba.

Le hacía señas con mi rostro, movía mi cabeza hacia los lados para decirle de alguna manera que no lo sabía y me reía de la locura que me iba a decir.

—Estoy pensando, en hacerte el amor, en que tengo unas ganas inmensas de desnudarte, mi vida y besarte todo —me decía Santiago logrando que sus palabras me ruborizaran y también me llenaran de deseo.

—¡Qué divino! Vamos por ese helado y luego me haces el amor rico, mi vida —le dije mientras me paraba frente a él.

Santiago me tomo la cara con sus manos, con mucha delicadeza. Besó cada uno de mis ojos, con tanta ternura y luego bajó sus labios hasta los míos para darme un cariñoso beso.

Las personas que estaban en la plaza nos miraban y sonreían. Nuestro amor era como una brisa que te envuelve y que toca todo lo que está a nuestro alrededor y eso lo podíamos notar en los rostros de ellos.

Nos tomamos de las manos y nos fuimos hasta la heladería. Mis antojos de embarazada no pararon en hacerse sentir. Pedí una gran copa, con mucha crema y chocolate, Santiago me veía y me preguntaba si en realidad me lo comería todo y así hice.

—¡Lo logré! —grité como una loca —Me lo comí todo —y miré a Santiago riéndome.

Pero el solo estaba pensando en otra cosa y lo relacionaba con el sexo y se reía mientras me miraba.

Nos fuimos a la casa y ahí dimos rienda suelta al deseo que nos embargaba y terminamos en la cama haciendo el amor de una manera muy bonita porque Santiago me cuidaba de con cada caricia y me hacía sentir la mujer más hermosa a pesar de que mi cuerpo había aumentado un poco de peso.

Santiago y yo habíamos pensado en comprar una casa nueva por la llegada del bebé. Pero nos debatíamos en mudarnos a la capital o quedarnos aquí. Mi trabajo con la editorial podía continuarlo desde cualquier parte y la oficina principal de la aerolínea estaba en la capital.

Recientemente nos habíamos enterado de que Raquel se estaba mudando al pueblo y ambos coincidimos en que, si nos íbamos a mudar, necesitábamos a alguien de confianza que se encargara de dirigir las oficinas de aquí, pero era necesario trasladar la principal a la capital. No había una mejor persona para eso que Raquel. Ella, sabía lo que era recibir una ayuda y conocía de primera mano nuestra historia, así que nos comunicamos con ella y su esposo para hacerles una propuesta.

En la misma semana, organizamos una reunión en la fundación y convocamos a Raquel y su esposo quienes no se negaron ante la invitación.

Después de actualizarnos un poco sobre nuestras vidas y de recibir las felicitaciones y bendiciones de ellos por mi embarazo, iniciamos el punto por el cual los habíamos citado ese día. Ellos no tenían idea, por sus mentes no pasaba por nada del mundo la idea de lo que íbamos a plantear por lo que fue una gran sorpresa para ellos.

Nos comentaban muy conmovidos que, al mudarse, ambos estaban pensando en conseguir un buen empleo y que se habían mudado aquí buscando una tranquilidad para su hogar, por lo que terminaron aceptando felizmente.

Raquel tenía razón, este pueblo nos llenaba de paz y tranquilidad, así lo vivimos por mucho tiempo, pero los compromisos de las empresas nos obligaban a mudarnos a la capital. Además, que, al tener a nuestro hijo, iba a

necesitar el apoyo de mi madre, la quería tener muy cerca de mí.

Nos fuimos a la capital, aprovechando de que no tenía ninguna contraindicación médica y visitamos algunas casas. Ninguna llamaba mi atención por completo, cuando a una le faltaban habitaciones, a la otra le sobraban. No lograba conseguir ese equilibrio y Santiago pensaba igual que yo. Hasta que, al fin, dimos con una hermosa casa, no podía ser mejor, tenía todo lo que buscaba, desde la cocina hasta el número de habitaciones y baños. Esa era la casa, sin dudas, se hizo la negociación y en corto tiempo, ya estábamos viviendo en la capital.

Aprovechamos la estadía para ir al centro de adopciones. Quise comenzar con los trámites porque no sabía cómo iba a quedar después del parto, por lo que decían era muy doloroso y pensaba lo peor, que terminaría exageradamente en una silla de ruedas. Me reía cada vez que llegaban a mí esos pensamientos.

Mientras nos atendían, Santiago y yo veíamos por la vidriera a los bebés que había sido abandonado y llorábamos de la tristeza. Por eso nuestra premura de llevarnos a uno de esos pequeñitos a nuestra casa muy pronto.

La cosa no era tan fácil como pensábamos. Cuando lograron atendernos, nos entregaron toda una carpeta y en cada hoja ellos exigían demasiados documentos, que prácticamente hacían que la adopción fuera totalmente imposible. Salimos del lugar cabizbajos, pero Santiago me había prometido que se lo iba a entregar a los abogados para que ellos se encargaran de todo.

Un mes más y ya no me quedaban muchas energías, entre terminar la decoración del cuarto del bebé y comprar todas sus cosas, aunque mi madre siempre estaba ahí para mí cuando Santiago estaba en la oficina.

Cada vez que nos llegaba la información de algún paciente que ingresaba en estado de coma a un hospital, Santiago y yo íbamos a conocerlo y a ver a su familia, cuando nos era imposible por la distancia, le enviábamos una carta de

apoyo. A todos le hacíamos conocer nuestra historia y le dábamos la razón de ser de la fundación. No éramos unos ángeles, como muchos nos decían, solo dos personas que habían vivido una situación similar y querían darle el apoyo y que se sintieran como en una gran familia.

Cuando estábamos en casa, descansando, Raquel nos llama con mucha desesperación para decirnos que Pedro, su esposo había sufrido un accidente cerebro vascular que lo había dejado en coma, pero su pronóstico no era el mejor. Sentimos la desesperación de Raquel y aunque yo no pude ir por mi embarazo avanzado, Santiago tomo uno de sus aviones privados y salió a socorrer a Raquel inmediatamente.

Al final del día, con la ayuda de la cruz roja, habían trasladado a Pedro hasta uno de los hospitales de la capital para conocer otro diagnóstico, pero no hubo nada más que hacer. En esta oportunidad, las cosas no salieron como esperábamos, Pedro tuvo dos paros cardíacos y no superó la prueba, murió. Raquel lloraba desconsolada mientras abrazaba a Santiago. Él tomó el móvil para avisarme, mientras yo dormía a la hija de Raquel que me la habían traído por la premura. Fue una dura noticia, pensaba en los designios de Dios, en ese juego de la muerte como si se tratase de una ruleta rusa, donde pocos son los ganadores.

Hoy le había tocado a Raquel lo que Santiago y yo habíamos vivido hace unos años, perder al amor de tu vida, pero ella queda con un hermoso recuerdo que no permitirá que jamás se borre su recuerdo y es su preciosa hija.

Los familiares estaban llegando al hospital y Santiago después que dio todo su apoyo a Raquel, se vino a la casa y nos sentamos a conversar y a analizar lo sucedido, pero pocos minutos después de su llegada vinieron a buscar a la niña.

Cuando nos quedamos solos, comenzó a dolerme la cabeza y Santiago llamó inmediatamente a la doctora que me estaba tratando en la capital y ella

quiso que fuera a verla, que no era normal el dolor de cabeza después de una mala noticia.

Nos fuimos en el coche, pero mientras avanzábamos, comencé con un dolor muy fuerte en el vientre. Pero cuando la doctora me evaluó nos tranquilizó, todo estaba normal y necesitaba estar en cama por unos días.

Mientras estuve esperando la llegada de mi bebé, pensaba en la vida, en cada una de las personas que se encuentran dormidas, porque para mí, estar en coma es como permanecer dormida en un sueño que por más que desees no puedes despertar. Así la brisa intente golpear tu rostro o el agua más fría pretenda intimidar tu tranquilidad, no puedes despertar, cuando ni el llanto de tu madre te puede hacer regresar de ese viaje en el que una está. Solo una intervención divina es la que dirá si debes o no regresar.

Eso nos paso a Santiago y a mí, nos dieron la oportunidad de regresar, pero Alberto e Isabel no tuvieron esa suerte. Quizás hayan coincidido en el cielo, desde donde nos deben estar mirando, mientras nosotros aquí en la tierra, continuamos trabajando.

Alberto fue un gran luchador que salvó muchas vidas e Isabel fue una gran mujer que lucho contra una terrible enfermedad y la venció, pero la muerte la alcanzó en aquel viaje.

Dos meses después, la fundación continuaba haciendo sus donaciones, nos entristecíamos ante la noticia de cada muerte y nos alegrábamos cuando alguien más despertaba de un coma. La aerolínea estaba en su mejor posición en el mercado, la editorial continuaba muy contenta con mi trabajo y yo realmente lo disfrutaba.

Santiago y yo, cada día estábamos más unidos y felices, construyendo un muro donde la felicidad no se pudiera escapar y logrando que todo lo que estuviera dentro de él no se marchitara.

—Mi vida, creo que llegó el día —le dije a Santiago, mientras me sostenía

la panza por el dolor.

Santiago se levantó apurado de la cama. Entre el dolor que estaba sintiendo no podía dejar de reír al ver su reacción. Abrió el closet y tomó el bolso que estaba preparado y salió descalzo, con las llaves del coche. Se subió en él y se fue, sin mí. Moría de la risa, pero las contracciones cada vez eran más fuertes y no podía esperar que reaccionara y regresara por mí.

Tomé el móvil y llamé a mi madre. Ella también se aceleró al momento, pero le pedí que por favor lo tomara con calma y le conté como había reaccionado Santiago y no paraba de reír.

Estábamos relativamente cerca, por lo que mi madre llegó muy rápido. Me subí a coche y yo continuaba alternando la risa con el dolor, mientras mi madre me pedía que respirara profundo.

Cuando llegamos al hospital, Santiago estaba estacionando, pobrecito, pensé porque de paso se había desviado de la ruta por la conmoción. Inmediatamente nos vio y al bajarse del coche se dio cuenta que estaba descalzo y lo peor es que no me había traído a mí.

—Discúlpame mi vida, me olvidé de traerte, discúlpame —me decía Santiago.

Realmente sentía mucho dolor, pero verlo descalzo me hacía mucha gracia y lo menos que le importaba a él era eso. Los camilleros me trajeron una silla de ruedas pensando que no podía caminar, pero entré como toda una guerrera. Solo pasaron minutos y el llanto de una niña se oía por todo el quirófano.

—¡Ya nació! —decía Santiago y se abrazó con mi madre.

Todo había salido normal, cuando entraron a la habitación, yo estaba con mi hija entre los brazos y Santiago al verla la cargó entre sus brazos y lloraba de alegría.

La llamamos Milagros, sí, porque eso representaba para nosotros el nacimiento, la propia vida y el que Santiago y yo estuviéramos vivos,

disfrutando de este gran regalo de Dios, un verdadero milagro.

En pocos días, pudimos llevar a Milagros a la casa y nos contactaron de la agencia de adopción para informar que nos habían asignado a un niño de dos años. Apenas me recuperé fui con Santiago a terminar los recaudos. Y el niño estaba ahí, esperando su oportunidad de tener a una familia y esos éramos nosotros.

Teníamos a la familia completa, un hermoso niño llamado Jesús, una preciosa niña llamada Milagros y nosotros los dichosos padres.

A pesar de que la familia había crecido, Santiago y yo no habíamos cambiado nuestro amor. Siendo muy jóvenes, pudimos entender lo que era el amor. Cada uno se sentía orgulloso del otro y siempre manteníamos presente que, a pesar de los pesares, había que sonreír y amar.

Ámame para siempre

Capítulo 1

Mis amigos siempre pensaron que no tenía necesidad de estudiar ni de trabajar por todo el dinero que tenían mis padres, pero yo siempre iba en contra de los estándares y buscaba mi verdad hasta en mis propias decisiones. Al graduarme en la universidad pude haber hecho carrera en algunas de las empresas familiares, pero siempre quise mi independencia y de tanto buscar, por aquí y allá, estaba cada vez más cerca de lograrlo.

—¿Dónde dejaría mis llaves? Llevó un buen rato buscándolas y no quiero llegar tarde al trabajo, sería el colmo que el primer día me despidieran —iba gritando como loca por toda la sala, como si los muebles o algunos de los estantes de allí me fueran a responder algo.

Después de tanto tiempo de haberme graduado duré mucho para conseguir un empleo. Aunque no era el cargo de mis sueños, si me iba a generar algunos ingresos adicionales para terminar de seguir siendo una mujer independiente. No me esforcé mucho, lo que había hecho era poner mi hoja de vida y algunos cursos que había realizado y me llamaron, me entrevistaron y listo.

—Ya puedo ir en camino ¡Gracias por aparecer, llaves! —me dije, mientras besaba las llaves como una loca —Espero no llegar tarde ahora, por el tráfico de la ciudad.

Después de un torpe inicio de mi día, logré llegar sana y salva al banco. Estacioné el coche y me maquillé rápidamente para estar presentable.

—Buenos días señor, soy la nueva cajera, mi nombre es Amanda ¿Dónde debo colocar mi firma o alguna huella? Eso no me lo explicaron —le pregunté directamente al vigilante que muy cordialmente me estaba dando la bienvenida.

—Bienvenida señorita Amanda, pase usted —me dijo el vigilante con mucha amabilidad y ya me estaba haciendo sentir en un buen ambiente de trabajo.

Como en todo empleo nuevo, todos me miraban de reojos como cuando llegas al primer día de clases. Había muchas chicas jóvenes, que por su uniforme que vestían, parecían cajeras al igual que yo, pero estaba segura de que tenían menos de veintinueve años, lo que significaba que yo era la mayor. Mientras caminaba por el pasillo, pensaba en si me había colocado mucho maquillaje o si mi camisa estaba arrugada, porque todas al mirarme murmuraban, para mí, estaba siendo muy incómodo. Pero hubo uno de los hombres que se acercó a mí, como siempre al ataque, pensé, pero me hizo sentir bastante bien.

—Hola Amanda, ¿verdad? —me preguntó mientras caminaba a mi encuentro —¿Cómo estás? Mi nombre es Ángel. Bienvenida, yo voy a ser tu supervisor inmediato y voy a poner todo de mi parte para que tú aprendas muy rápido y seas una cajera bastante eficiente —me puso la mano en el hombro, mientras nos dirigíamos a su oficina —Vas a trabajar a la par conmigo, es decir, vamos a trabajar los dos durante toda esta semana y así te voy dando un entrenamiento para que veas cómo funcionan las cosas acá en el banco —continuaba diciéndome, como si no pudiera parar de hablar —Me dijeron que tenías una impecable hoja de vida, pero que realmente no tenías experiencia bancaria, así que no te preocupes, necesitamos al personal y cuentas con todo mi apoyo —me dijo Ángel.

Ángel, me hizo sentir bastante cómoda, sobre todo después del mal

recibimiento de las otras que estaban allí. Después de firmar un montón de papeles, pasé directamente a la caja que me correspondía. Me sentí un poco aterrada, pero ahí estaba Ángel, esperándome. Me ofreció un café que ya me tenía preparado y lo aproveché, porque ni tiempo había tenido de desayunar y lo bebí. Aún no habían abierto las oficinas del banco, con todo y el retraso que tuve al no encontrar las llaves, me beneficié de la suerte de que aún no habían abierto la agencia. Ángel me explicó cómo iba la cosa, inmediatamente, comencé a agarrar el hilo del trabajo que no estaba del todo difícil, simplemente se necesitaba un poco de atención y eso era lo que yo le ponía, bastante atención. Ángel, estaba muy guapo, pero yo sabía que necesitaba prestarle atención a lo que él me estaba diciendo.

Alas a las 9 en punto el banco abrió sus puertas al público, había mucha gente afuera esperando. Yo tenía los nervios de punta, pero Ángel en todo momento me hizo sentir que estaba a mi lado y me iba a dar todo el apoyo. Mi primera usuaria fue una señora mayor, cobrando su pensión, tuve toda la paciencia del mundo al escucharla y ella también tuvo paciencia conmigo. Ángel me felicitó por la buena atención y ya me estaba haciendo entrar en calor de trabajo.

Así pasé todo el día y en mi hora de almuerzo también Ángel me acompañaba. Siempre me hacía sentir su verdadero apoyo. Al momento de cerrar la caja, me preocupaba un poco porque me costó mucho, realmente me pareció bastante difícil. Así pasó toda la semana y Ángel estaba a mi lado apoyándome, siempre esperaba que yo llegara y yo me sentía súper emocionada por sentarme con él. Me parecía un hombre muy atento, en todo momento tenía mi café en mi puesto ya después una galleta, un chocolate y siempre tenía esas atenciones conmigo. Por supuesto eso causó más celos entre las demás compañeras y ya ni siquiera se dirigían hacia mí. En la hora del almuerzo, trataba de sentarme con alguna de ellas para establecer una

conversación, pero todas se alejaban de mí.

Ángel se daba cuenta de todo lo que sucedía a su alrededor y era como una especie de brujo, porque en ocasiones sabía lo que podía pasar entre los demás compañeros. Me decía que el secreto para triunfar en esa agencia era no tener tratos con nadie, que no hiciera amigos, y que sólo con su apoyo yo iba a estar bien.

Unos de los días en que más agotada estaba, Clara, una de las cajeras, se acercó y me dijo que tuviera cuidado con Ángel, que él no era la blanca paloma que aparentaba ser y que había metido en problemas a mucha gente, se enfocó en que por favor tuviera mucho cuidado, pero yo sólo pensaba que Ángel había sido el único que me había ofrecido su ayuda y una amistad sincera al llegar al banco y que gracias a él yo no había renunciado ese primer día. Por eso me pareció totalmente fuera de lugar todo lo que me había comentado esa mujer, me di media vuelta e hice como si no la estuviera escuchando.

Cuando pasaron quince días, no me hacía mucha falta la ayuda constante de Ángel, lo llamaba únicamente cuando tenía alguna duda o cuando se detenía el computador, pero ya me sentía bastante ágil con todos los temas de depósitos, transferencias, retiros y actualizaciones. Estaba a gusto con el empleo, a pesar de que me había graduado en otra área y mi hoja de vida daba para mucho más que un trabajo de cajera, pero por ahora no podía esperar más, lo necesitaba para no depender de mis padres, ese era mi oportunidad de ser independiente sin importar mi apellido de abolengo.

Cuando ya había cumplido el mes dentro del banco, Ángel me propuso salir a celebrar y pensé que, al ser una mujer soltera, no iba a tener ningún inconveniente y acepté salir a cenar. Esa noche, en el restaurante, estaban muchos de sus amigos, me parecieron un poco extraños, incluso ellos hacían bromas con Ángel sobre él, y hablaban acerca de su negocio extraño y

mencionaban que era mala conducta, pero realmente yo sólo podía pensar en que él era como su nombre un ángel en la tierra, porque haber sido la persona que me había ayudado en todo, yo no tenía ninguna queja sobre él.

Después de esa noche, me sentía muy apegada a Ángel, salíamos con frecuencia y me estaba atrayendo mucho como hombre. Algunas veces podía sentir que yo le gustaba y otras me hacía ver que solo era una amiga más, lograba confundirme con sus detalles.

Al mes siguiente, el banco estaba entrando en un aumento masivo de usuarios, había muchísima gente abriendo cuentas por varias promociones de productos que ofertaban. Inusualmente, atendí a una señora que estaba haciendo un retiro de una cantidad de dinero exorbitante, era muy raro ver a personas que retirarían tanto dinero en efectivo, y ese día me había tocado una de ellas.

Inmediatamente Ángel se acercó y me dijo:

—Amanda, cariño, necesito un favor urgente ¿Tú me puedes prestar tu móvil? Es para enviar un mensaje de texto. Lo que pasa es que mi móvil no quiere reaccionar y mi mamá me está llamando, pero no le puedo atender — me dijo desesperadamente, mientras yo estaba atendiendo a la usuaria en la caja, no podía negarme.

—Claro, cariño. Con mucho gusto te lo presto, apunta mi clave 22 25 por si se te llega a bloquear y no te preocupes, envíale un mensaje a tu madre y después me traes el móvil, por favor —le dije con toda la confianza del mundo, mientras le entregaba el equipo y terminaba de atender a la señora.

Después que logré gestionar la cantidad de dinero tan grande que estaba retirando la señora, Ángel regresó con su cara muy sonriente.

—Gracias Amanda, envié el mensaje, pero no hizo mucha falta esperar, porque mi móvil casualmente reaccionó y encendió —me dijo con una sonrisa muy resplandeciente en su rostro.

—Bueno cariño, ya sabes que está totalmente a la orden mi móvil —le dije con una mirada seductora porque realmente me estaba trayendo mucho Ángel y hacía lo imposible para que se fijara en mí.

Ese día para mí fue uno de los más largos, hubo muchos usuarios, terminé muy cansada, pero me fui de lo más tranquila mi casa como si nada hubiera pasado porque conocía muy bien mi trabajo. Generalmente cuando llegaba a mi casa le escribía a Ángel, pero porque él se preocupaba que llegara bien, aunque ese mismo día Ángel se fue temprano del banco, cosa que me pareció muy extraña porque se fue sin despedirse de mí.

Después que llegué a mi casa, como siempre llamé a mis padres y les dije que estaba bien, tratando de sobrevivir sin ellos y les dejé saber que cualquier cosa que necesitara les iba a pedir ayuda, pero que por favor confiaran en mí, porque yo necesitaba tomarme esto como un reto y a mis veintinueve años era importante hacerme una mujer libre e independiente.

Después de cenar, me recosté en el sofá a relajarme, pero como quería dormir temprano me levanté y preferí acostarme en la cama. Comúnmente no solía encender la televisión para ver un canal de noticias, pero a medida que iba pasando los canales llegué a una noticia que estaban comunicando. Algo de ella llamó mucho mi atención porque había ocurrido el robo de una de las personas que había estado en el banco, retirando una fuerte cantidad de dinero. El banco del que hablaban era en el que yo trabajaba y la persona muerta, era la clienta que yo había atendido. Me cubrí la boca con las manos por el asombro, me había causado un terror tremendo enterarme que a esa señora le habían quitado todo su dinero y no conforme con eso le había arrebatado su vida.

Tomé el móvil para llamar a Ángel, pero lo tenía apagado. Le envié un mensaje para que me regresara de manera urgente la llamada, pero nunca lo hizo. Hasta ese entonces no había sospechado nada, sólo me causaba mucho

pesar la noticia. De pronto, recibí un mensaje en el móvil y lo tomé rápidamente pensando que era Ángel, pero era la gerente del Banco pidiéndome que en la mañana estuviera a primera hora en la agencia, me recalaba que era importante que estuviera allí y que tratara de llegar al menos una hora antes de que abrieran al público. Después de esa noticia, me costó quedarme dormida, me despertaba sobresaltada.

Y así en la mañana siguiente me levanté más temprano de lo normal y me fui hasta allá. En el camino, iba pensando sobre esa reunión, quizás se trataba de un tema de dinero, o de algo que faltaba en la caja o que no cuadró en el cierre de la caja, muchas cosas se venían a mi mente.

Me tomé todo el tiempo dentro del coche y me arreglé muy bonita, me maquillé, me coloqué mi corbatín del uniforme y también tuve la oportunidad de desayunar. Imaginaba que iba a ser un día normal, pero cuando me bajé para ir hasta la entrada, observé que estaban unas patrullas de la policía en el estacionamiento.

—¿Qué estará pasando, por qué están esos carros de la policía? ¡Dios mío qué pasaría! —me preguntaba, mientras decidía entrar al banco y le preguntaba al señor Argenis, el vigilante —Buenos días señor Argenis ¿Y esas patrullas que hacen allá afuera?

—¡Ay, señorita Amanda, buenos días! Realmente no sé mucho, pero lo cierto es que el banco está metido en tremendo problema —me decía el vigilante con tono de preocupación —¿No vio la noticia anoche de la señora que asesinaron? Al parecer de aquí fue que salió el mensaje con la información del dinero que sacó la señora y por eso le robaron todo el dinero —me dijo el señor Argenis en forma de secreto.

Me detuve en la entrada y sentí ganas de irme, el miedo me invadió y sentí escalofrío. Esa información si me había caído de sorpresa no podía entender quien tuviera tanta maldad para impulsar el daño que le habían hecho a esa

señora, pero bueno, me hice la señal de la cruz, por ser muy católica y decidí entrar a la oficina de la gerente.

—Buenos días, aquí estoy temprano como usted me lo pidió, señora Isabel —le dije a la gerente mientras entraba su oficina.

Para más sorpresa, Ángel y dos funcionarios estaban con la señora Isabel, sentados con sus caras de preocupación. Apenas entré y ninguno me saludó, solamente uno de los policías dijo es ella y cuando me hizo mención, traté de entender lo que pasaba.

—¿Es usted Amanda? —me preguntó el otro policía.

—Sí señor agente, soy Amanda. Buenos días—le dije mientras le extendía mi mano para saludarle y él me la aceptó.

—Necesitamos interrogarla por unas cosas que han sucedido en las últimas horas y dónde la oficina de este banco está involucrada. Por favor permítannos estar a solas con la señorita Amanda —les pidió el policía.

Mientras la gerente y Ángel abandonaban la oficina, aproveché de tomar por el brazo Ángel y le pregunté qué está pasando, pero él me miró con cara de desprecio y siguió con la señora Isabel como si no le importara.

Inmediatamente me senté, confundida, pero sin ningún tipo de temor. Sabía que no había hecho nada malo, pero estaba segura de que me iban a preguntar sobre la atención que le había dado la señora. Todo estaba grabado en las cámaras, realmente yo no había hecho nada y por lo tanto no tenía nada que temer.

—Ciudadana me puede permitir su móvil —me dice uno de los policías, con un tono de voz bastante subido.

—Por favor ¿me puede explicar qué es lo que está pasando? —le pregunté mientras buscaba mi móvil dentro del bolso —Vi por las noticias que habían asesinado a una señora y era una de las usuarias que yo había entendido que, en la caja, me preocupa muchísimo que todo esto sea por eso —le dije al

policía.

—Un momento señorita, aquí las preguntas la haremos nosotros, por ahora límitese a entregar el móvil.

Me quedé muy intranquila, sólo mirando a los policías que revisaban mi móvil. Menos mal que no tenía fotos al desnudo ni nada por el estilo, porque me tomaron por sorpresa. Me mantuve en silencio, esperando hasta que uno de ellos decidiera hablar.

—Señorita Amanda, queda usted detenida como principal sospechosa y autora intelectual del robo y muerte de la señora Carmen Solórzano —dijo uno de los policías mientras el otro se levantaba y tomaba sus esposas para colocarla en mis manos.

—¿Pero de qué está hablando señor policía? No entiendo porque me acusan de un crimen que yo no cometí, simplemente atendí a la señora —le dije inmediatamente y muy nerviosa al policía.

—Tiene derecho a un abogado todo lo que diga puede ser usado en su contra, le recomiendo que llame a un abogado y si no lo tiene el Estado está en la obligación de facilitarle uno, pero por ahora está usted detenida— continuaba diciendo el policía con un tono amenazante.

Para mí, era un momento de mucha confusión no sabía qué hacer buscaba a mi alrededor a Ángel, que era hasta ahora mi único Salvador, pero ni él ni la señora Isabel se acercaron, hasta me hizo un gesto con su rostro en forma de negación como preguntando por qué lo había hecho. Todas las demás personas me miraban y yo realmente no sabía qué hacer.

Pensaba en mis padres, en lo que dirían al ver todo esto que me estaba pasando, pero no quería avisarles, sabía que pronto iba a salir de toda esta situación, para mí esto era sólo una confusión y de igual manera no puse ninguna resistencia y me subí en la patrulla con ellos. Me dije a mí misma, que esto iba a salir bien que esto sólo era un malentendido.

Cuando llegué a la comisaría me pusieron a firmar un gran libro y mientras me reseñaban, comencé a sentirme muy mal. Me pidieron que me despojara de mis prendas y me tomaron fotos con un gran cartel que disponía de una cifra de números. Había unas personas allí, un hombre y una mujer, quienes me señalaban y decían que era yo y también se encontraban esposados, pero en mi vida los había visto.

Después de todo el proceso de mi ingreso, me llevaron a una celda y una de las funcionarias se acercó para decirme que podía hacer una llamada, pero no quería llamar a mis padres, yo sabía que todo era una confusión y esperaba que en cualquier momento se aclarara todo y pudiera salir e irme a casa.

—Disculpe —le dije a la funcionaria —¿Usted me puede decir por qué estoy detenida? —le pregunté, reflejando mucha confusión en mi rostro.

—¡Ay mujer! ¿No sabes que eres la autora material de un crimen? En tu móvil está la prueba, ni siquiera borraste el mensaje que le enviaste al que robó y asesinó a la señora. Dejaste la evidencia, por novata —me dijo la mujer mientras se retiraba riéndose.

Miré hacia los lados, buscando un sitio donde sentarme, me sentí mareada de repente, pero solo había un colchón tirado en el suelo. Me senté ahí, pensativa, analizando cada palabra de esa mujer policía y me quedé inmóvil mientras recordaba la palabra, mensaje.

—Por un mensaje de texto en mi móvil me estaban implicando como autora material de un crimen. Pero ¿cómo pudo suceder algo así? Si yo... —pensaba sobre lo que había escuchado y me levanté rápidamente al recordar algo que no esperaba —¡El único que pudo haber enviado ese mensaje fue Ángel! —grité sin importar que me oyeran.

No sabía si era imprudencia, pero algo dentro de mí me decía que detrás de esta confusión había algo más. Inmediatamente llamé a la funcionaria.

—Disculpe ¿Aun puedo hacer la llamada? —le pregunté.

—Sí, deja que abra la celda —me dijo mientras sacaba un grueso llavero y sin titubear dio con la llave y abrió de un solo golpe la reja.

Pensé que ya estando ahí, no habría necesidad de colocarme nuevamente las esposas, pero no era así, me esposó y me llevó hasta el escritorio donde estaba un viejo teléfono.

—Ahí tienes, puedes llamar —me dijo la mujer de una manera muy despectiva.

Comencé a temblar de los nervios, dentro de mí, rogaba porque Ángel atendiera la llamada. Tomé el auricular y marqué. Después de cinco repiques, hubo una respuesta.

—Hola ¿Ángel? Es Amanda —le dije con un tono de voz muy seco.

—No tengo nada que hablar contigo —me dijo e iba a colgar la llamada.

—No cuelgues, te interesa hablar conmigo ¿Fuiste tú el que envió el mensaje? —le dije bajando la voz.

Trataba de que fuera sincero conmigo, necesitaba conocer la verdad y me sentía algo confundida. No podía comprender cómo alguien estaba lleno de tanta maldad, pero en mi corazón, pedía a Dios que fuese mentira y que Ángel tampoco haya sido esa persona capaz de ese acto tan ruin.

Cuando le hice ese comentario, lo sentí atento a escucharme.

—Amanda, cariño. Disculpa, pero no entiendo de qué hablas. Al salir de la oficina paso a verte en la comandancia —me dijo, cambiando mucho su actitud despectiva —En este momento no puedo hablar —culminó la conversación y colgó la llamada.

Me quedé aún más confundida y pensativa. Había algo de verdad en lo que le pregunté a Ángel y lo deduje por su cambio repentino en su forma de tratarme. En ese momento llegó la funcionaria y me pidió que si ya había terminado la llamada, que me levantara para irme nuevamente a la celda, sin ningún tipo de educación.

Me tomó por el brazo y casi a los golpes me arrastró y me lanzó contra el colchón. Sentía mucha impotencia, pero me también muy fuerte al saber que pronto se iba a terminar esa pesadilla.

Me había quedado sin reloj, no sabía qué hora era y a medida que pasaba el tiempo me entraba más la desesperación esperando ver llegar a Ángel. Hasta que, al fin, la esperada visita había llegado.

—Tienen diez minutos —dijo la funcionaria mientras abría la reja y golpeaba con el garrote de madera que tenía en una de sus grandes manos.

Me levanté para abrazar a Ángel, pero él me rechazó como si tuviera miedo de que se dieran cuenta de nuestra cercanía. En ese instante, supe que algo más estaba sucediendo.

—¿Tú sabes por qué estoy detenida? —le dije, pero ya con un tono bastante molesta —Estoy aquí porque alguien envió un mensaje de texto desde mi móvil, a unos delincuentes que robaron y le quitaron la vida a una de las clientas que atendí ayer y que, de paso, había retirado una fuerte suma de dinero —le dije con ironía.

No tenía mucho tiempo, así que necesitaba que Ángel me explicara lo que tanto anhelaba escuchar.

—Sí, fui yo quien envió ese mensaje. Pero, eso nunca se va a saber —me dijo al oído y me amenazó con hacerle daño a mi familia si yo hablaba y decía la verdad.

No podía creer lo que estaba escuchando, se me había caído la imagen que tenía de sus alas, literalmente para mí él era como su nombre.

—No puedo creer lo que estoy escuchando, Ángel —le dije mientras se me salían las lágrimas por dolor y decepción —¿Cómo puedes hacerme esto? Estas arruinando mi vida —le grité mientras lo sostenía del brazo.

Él comenzó a gritar para que le abrieran la reja y decía que yo le estaba haciendo daño. Fue peor, porque se hizo la víctima delante de las funcionarias

que cuidaban mi celda.

Capítulo 2

Ángel, antes de salir, me dijo que las cosas se habían escapado de las manos y que no esperaban que la señora muriera pero que, si yo colaboraba, todo iba a salir bien y no tenía por qué pasar mucho tiempo en la cárcel. Se fue sin dejar de recordar la amenaza que me había hecho con mis padres y me quedé muy asustada.

No sabía cómo reaccionar ante tanta injusticia, pensaba en mis padres, en que, si les sucedía algo, yo no me lo iba a perdonar. Me quedé en silencio por unos minutos, tratando de tranquilizar mis pensamientos y así lograr llegar a una solución. Lo primero que me llegó a la mente, fue hablar con la señora Isabel, la gerente. Pedí una llamada y logré contactarla. Al parecer, ella se encontraba cerca y se acercó a hablar.

—Gracias por venir, señora Isabel —le dije mientras me secaba las lágrimas que con mucho dolor brotaban de mis ojos.

Traté de explicarle cómo habían ocurrido las cosas y de que creyera en mí, que no era culpable de tan horrible crimen, pero me llevé la sorpresa del siglo cuando me dijo que tenía que echarme la culpa de todo para que a mis padres no les ocurriera nada malo.

—Es mejor que aceptes los hechos, Amanda. Si realmente te importan tus padres, deja que todo siga su curso y te garantizo que no pasarás mucho tiempo aquí —me iba diciendo, mientras salía de la celda con una sonrisa en su

rostro.

Me quedé atónita, pasmada y sin aire, como si tuviera la cabeza dentro de una gran caja de madera que me impedía respirar. Me di cuenta de que estaba envuelta en una mafia de bandidos que estaban abanderados por la gerente del banco y yo me convertí en su conejillo, es su tonta que, sin experiencia, contrataron en un banco tan prestigioso.

Ahora si estaba segura de que iba a necesitar a un abogado, así que decidí aceptar la opción de que el gobierno me asignara uno, mientras trataba de no dar la terrible noticia a mis padres, pero era inevitable que no se enterarán si los noticieros estaban muy atentos al desarrollo del caso. Así que pedí mi tercera llamada, a mis padres.

Cuando marqué a casa de Lalita, como le decía cariñosamente a mi madre, ella contestó rápidamente.

—Lalita, es Amanda ¿Estás sola? —le pregunté, tomando en cuenta su edad y que no le fuera a dar un shock emocional por la noticia.

—Hija linda, estoy con tu padre —me dijo cariñosamente —¿Dónde estás? Se oye mucho silencio como para estar en tu oficina —me preguntó al notar que nadie más hablaba.

—Madre, escucha atentamente —le dije porque no tenía mucho tiempo para la llamada y no le comenté mucho para que no se preocupara demasiado.

Le pedí calma, que todo era una confusión y que por favor me trajeran ropa cómoda y comida, que de lo demás me encargaba yo. No quería involucrarlos mucho en el tema, pero necesitaba saber que estaban cerca de mí.

Pocas horas después, me llegó un recipiente con comida de mi Lolita, pero no pudieron entrar a verme porque era muy tarde y le negaron el acceso. Comí con desesperación, no se me había quitado el apetito, necesitaba estar muy fuerte. Traté de dormir y pensaba en Ángel, en cómo me había envuelto en su magia de hombre atento, protector y seductor y de cómo fui tan tonta para

dejarme envolver.

La peor noche de mi vida, no pude pegar ni un solo ojo entre cucarachas, ronquidos de las celadoras y mi preocupación por cómo salir de toda esta maraña de mentiras.

Al día siguiente, a primera hora estaban mis padres afuera esperando que los dejaran pasar a verme. Cuando al fin lo lograron, fueron los cinco minutos de mi vida más conmocionados que pueda recordar en todos estos años. Entre abrazos y bendiciones, mis padres me hicieron sentir esos minutos, la mujer más protegida del mundo. Mi padre me decía que iba a buscar los mejores abogados del país y que no quería verme encerrada en una cárcel, pero mi orgullo no me dejaba aceptar.

—Acepté la ayuda de un abogado del gobierno, padre. No te preocupes que todo va a estar bien —le dije, esperando tener de ellos un voto de confianza por todo este desastre que involuntariamente ocasioné.

Fueron los minutos más cortos, la celadora llegó con su ironía y sacó a mis padres groseramente. Mi Lolita se fue llorando y mi padre bastante preocupado, por mi parte, me quedé llorando de tristeza. Me senté en el viejo colchón a comer el desayuno, para tener más fuerzas y al momento de terminar, estaba llegando un señor, bastante mayor, con un maletín. Supuse que era un abogado, pero bastante ortodoxo por su manera de vestir. Me levanté y me quedé a la expectativa.

—Tienes visita, tu abogado del ministerio público acaba de llegar —me dijo la celadora mientras cerraba la reja una vez que pasó el señor.

Me volvió el alma al cuerpo cuando escuché que era mi abogado defensor. Esperaba poder contarle cómo habían sucedido las cosas y como si estuviera en un confesionario, necesitaba decirle que había sido Ángel en complicidad con la señora Isabel, pero todo cambió.

—Señorita Amanda, me entregaron su caso y estuve a punto de no tomarlo

—me dijo el abogado con un tono de indignación que me causó mucha preocupación —Su caso es indefendible, solo estoy aquí por cumplir, pero todas las pruebas la acusan —continuó hablando sin permitirme la oportunidad de contar mi versión.

Mi mundo se estaba derrumbando, mi abogado defensor prácticamente estaba emitiendo el dictamen de mi juicio, en el que según él, yo era la culpable. Ni había tomado la molestia de preguntar ni nada, para ese señor yo había enviado el mensaje que asesinó a la señora Carmen. Así que mis ilusiones de salir de aquí se habían nublado por completo. Simplemente me hizo firmar un documento en el que yo aceptaba la visita y se retiró.

Me quedé sola en la celda, me puse las manos en la boca y grité y grité, pero internamente. Lo único que me quedaba era aceptar la ayuda de mi padre, era la pieza que me faltaba por tocar y la esperanza de poder salir de aquí.

Otro día más, en una ratonera, sin poder dormir, bañarme y con mis pensamientos puestos en todas las pruebas que me acusaban. La celadora entró y me sacó de la celda, me llevaron a una habitación donde estaban esa mujer y ese hombre que decían que era yo, justo cuando llegué a la comandancia. Estaban esposados y él estaba bastante golpeado. Nos pusieron frente a frente, a los tres y nos dejaron solos en esa pequeña habitación.

—¿Por qué dicen que soy yo? —le pregunté tratando de que me sostuvieran la mirada. Pero ninguno de los dos hablaba —Ustedes saben que yo no fui, no los conozco, por favor digan la verdad —les pedí.

Pero era imposible, ellos no decían ni hacían nada más que mirar hacia el suelo. Ellos eran otra de esas pruebas falsas que me incriminaba más. Después de un largo rato, yo me había cansado de preguntar y de pedir que se apiadaran de mí, pero todo fue inútil. Las celadoras entraron y a mí me llevaron nuevamente a la celda.

Al día siguiente, muy temprano me sacaron en una patrulla, no tuve tiempo

de esperar que llegaran mis padres ni de comentarles que me buscaran a un abogado de confianza. Yo les preguntaba a las funcionarias y ninguna me respondía, era tanta mi impotencia, que comencé a gritar, pero dentro del coche había un cristal y una reja que no me dejaba interactuar con ellas, así que mi voz solo podía escucharla yo.

Me preguntaba por qué a mí, por qué tuve que ser yo, por qué Ángel me había escogido para arruinar mi vida, si yo lo tenía todo y quise dejar atrás todo mi dinero para ganarme la vida por mis propios medios.

El camino se hizo largo, llegamos a una gran muralla de concreto y ahí me entregaron, junto con un documento en el que me daban treinta años de cárcel por el asesinato de la señora Carmen. Cuando escuché que leían esa sentencia, mi mundo se nubló, resultó que mi abogado defensor del ministerio público había emitido su informe notificando que mi caso era indefendible y que yo era culpable de todo lo que se me acusaba, ya no tenía derecho a nada, solo debía conformarme con una nueva vida impuesta por una mafia de delincuentes de banco.

Me obligaron a entrar y me entregaron un uniforme, pero no era como el del banco, éste era una braga de cuerpo completo, la cual vestiría la gran cantidad de años de mi vida.

Pensé en mis padres, en cómo se sentirían al saberme aquí y se me desgarraba el corazón por imaginarlos sufrir. Ellos irían con la esperanza de verme a la comandancia, pero la sorpresa de sus vidas iba a ser que ya me habían condenado en un abrir y cerrar de ojos.

Después de entregar mis pertenencias, me hicieron cambiar la ropa y me llevaron por un largo pasillo en el que había muchas mujeres de mal aspecto que me gritaban como si yo fuera una presa y ellas unas perras rabiosas que anhelaban comerme. Me sentía aterrada, esta vez no podía ocultar mi miedo, no sabía con lo que me iba a topar estando dentro de esa cárcel.

—Esta será tu nueva casa —me dijo una de las celadoras, mientras me empujaba para que entrara —A las cinco se desayuna, a las doce el almuerzo y a las seis la cena. La ducha solo a las ocho de la mañana. Mucho juicio y sin pelear —me iba diciendo al mismo tiempo que cerraba la reja de máxima seguridad.

Yo parecía un ave que recién entraba a una jaula, bloqueada, atrapada pero no estaba sola. Cuando me giré, había tres mujeres más una muy joven y las otras mayores, con muchas cicatrices y las dos últimas se acercaron a mí. Comencé a temblar porque temía por mi vida.

—Por favor no me hagan daño —le dije con voz muy bajita —Yo soy inocente y no debo estar aquí —y comencé a gritar pidiendo ayuda.

—¡Cálmate! —me dijo una de ellas—Aquí estás segura —y me pidió que me sentara y les contara mi historia.

Ya no podía confiar en la gente, sentía mucha desconfianza de todo, pero me encontraba en un momento en el que no podía escoger. Así que me senté y llorando les comenté la injusticia que se había cometido conmigo. La mujer más joven también había sido producto de una injusticia y las mayores también resultaron ser inocentes, al menos era lo que quisieron que yo creyera.

Me comentaron como sucedían las cosas ahí dentro y me aterró, sabía que lo que decían en las películas sobre esos sitios tenían algo de verdad, por eso mi preocupación aumentó y mi desesperación por salir pronto, también.

Al parecer ellas tenían como una alianza en la que se mantenían juntas para evitar que alguien les hiciera daño y yo no tenía más opciones que amoldarme a lo que ellas me pedían. Esa noche no dormí, comencé a rezar, de alguna manera trataba de mantener a Dios de mi lado, aunque por segundos pensaba que me estaba abandonando.

Al día siguiente me avisaron que tenía la visita de un abogado e inmediatamente pensé en la ayuda de mi padre. Sabía que no me iba a

abandonar. Mis compañeras de celda aplaudían y me abrazaban para celebrar mi felicidad, pero traté de dosificarme un poco, aun debía desconfiar.

Me fui con la celadora hasta una sala muy grande, con sillas de aluminio que se veía que estaba muy frías, como todo lo que rodeaba a ese lugar.

—Aquí está la mujer, abogado. Estaré por aquí cerca —dijo la celadora y se alejó para darnos un poco de privacidad.

Yo quedé a espaldas del abogado, no podía negar que el temor me invadía, no sabía si abrirme y confiar o dejar que el destino me marcara una vida que no era para mí. En ese momento donde mis pensamientos volaban, el hombre se levantó de la silla y se dio media vuelta quedando frente a mí.

No podía creer lo que estaban viendo mis ojos. Casi me caigo por la impresión que me causó el conocer el rostro del abogado que había enviado mi padre.

—¡Carlos! —le dije mientras me abracé a su cuello —No puedo creer que estás aquí.

—Amanda, mi vida. Cómo me duele verte aquí. Tu padre llamó al mío anoche y le contó sobre lo que te estaba pasando. Yo llegué anoche de ese largo viaje. Recuerdas, te dije que iba a regresar, pero nunca pensé que estarías en estas condiciones.

Al fin, una luz después de tanta tempestad. Carlos, mi único y gran amor. Nos habíamos separado hace un par de años cuando él decidió ir a hacer un postgrado en el exterior, pero llegué a pensar que no volvería y decidí terminar la relación a distancia que últimamente sosteníamos. Mi esperanza de que él volviera seguía latente, pero pensé que tardaría un año más. Ya no éramos novios formalmente, pero nuestros corazones seguían unidos.

Carlos no dejaba de abrazarme, me hizo sentir tan protegida, que no podía detener las lágrimas. Nos sentamos y lo puse al tanto de todo, le comenté desde el primer día que comencé a trabajar en el banco y de cómo Ángel me

había envuelto para ganarse mi confianza hasta el extremo de pedirme el móvil prestado y yo haberle dado mi clave de todas las demás aplicaciones.

Era evidente la trampa que me habían tendido y eso me lo hizo saber Carlos de la mejor manera en la que un abogado defensor podía hacerlo.

—Voy a sacarte de este horrible lugar, Amanda. Este no es un lugar para una mujer como tú —me dijo mientras tomaba mis manos y las besaba.

Con el pasar de los días, mis padres lograron venir a verme, gracias a un permiso especial que consiguió Carlos en la fiscalía. Su padre tenía el mejor bufete de abogados del país y su apellido era muy conocido. Cuando Ángel y la señora Isabel se enteraron de que habían reabierto mi caso, trataron de irse del país, pero ya Carlos con los adelantos de la apelación había hecho que emitieran una orden de no poder salir del país a todos los que habían sido llamado como testigos e involucrados.

Después de un largo tiempo, comenzó un juicio, el que realmente tuvo que haber tenido lugar porque pasé a treinta años de cárcel sin que un juez me viera la cara. Después de cuatro largas audiencias, donde Carlos aclaraba más la situación, el juez determinó que había sido enjuiciada injustamente y pude salir de la cárcel después de unos meses.

Cuando puse un pie fuera de esa prisión, mis padres estaban en el coche esperando y Carlos en la entrada de ese horrible lugar. Nos abrazamos, pero mis piernas me fallaron e hicieron que me desvaneciera, desmayada en los brazos de mi amado.

—¡Amanda, hija! —gritaron mis padres al unísono, mientras bajaban del coche muy desesperados.

Carlos se veía muy preocupado, pero mantuvo la cordura para evitar que mis padres se exaltaran mucho más. Me cargó entre sus brazos y me llevó hasta el asiento trasero del coche. Cuando desperté me encontraba en el que era mi cuarto en casa de mis padres y el doctor Ruiz estaba a mi lado.

—¿Cómo te sientes, Amanda? —me preguntó el doctor muy amable como siempre —Sufriste un desmayo por tantas emociones juntas. Necesitas descansar y reponerte de toda la presión que has tenido. Ya pronto te podrás ir a tu casa —me dijo mientras se levantaba y se retiraba de la habitación.

En ese momento, Carlos entró con un hermoso ramo de rosas de un color rosado tenue que resaltaba entre los largos tallos y las verdes hojas de cada una de ellas.

—Bienvenida a tu nueva vida, Amanda —me dijo Carlos, cubriéndose la cara con el ramo.

Sonreí al verlo, era casi imposible que después de haber sido sentenciada a treinta años de cárcel, en pocos meses me encuentre respirando aire fresco y abrazando un hermoso ramo al lado del hombre que siempre he amado, mi primer y único amor.

—Mi vida, gracias por esto. Están hermosas las flores y el color es maravilloso —le dije mientras trataba de sentarme en la cama para abrazar el presente que me estaba entregando.

Carlos se sentó a mi lado y me tomó sutilmente el rostro para darme el beso que desde hace tanto tiempo anhelaba. Fue mejor que antes, más adulto, más maduro. Con las ganas a flor de piel, que iban aumentando al ritmo de las caricias, pero todo se interrumpió cuando mis padres entraron.

—¿Cómo te sientes, hija? —preguntaron al ver que estaba abrazada con Carlos.

—Ya me siento mejor y más sabiendo que estoy con los seres que más amo en esta vida —le dije mientras extendía mis brazos para que se acercaran.

Fueron momentos muy difíciles los que viví en la cárcel, pude ver cómo se peleaban y se hacían daño y en el juicio me lastimó mucho ver nuevamente la cara de Ángel y aunque sé que era el culpable, me dio mucho sentimiento que le dieran cadena perpetua por todo el daño que había hecho junto con la

señora Isabel, la gerente. Cada uno se ganó lo que realmente se merecía y yo no tenía por qué haber estado encerrada. Carlos se había convertido en mi salvador, gracias a él había vuelto a nacer.

Una semana después, me regresé a mi casa. Ya extrañaba la privacidad de mi hogar, aunque mis padres me hicieron mucha falta todo el tiempo que estuve recluida. Carlos y yo nos dedicamos a recuperar el tiempo perdido y cada día nos disfrutábamos al máximo.

Un día, Carlos recibió una llamada del exterior y se levantó de la mesa donde estábamos cenando y se alejó para hablar.

—Seguramente necesitaba un poco de privacidad por la algarabía del lugar —fue lo primero que pensé.

Unos minutos después, regresó y en su rostro reflejaba mucha preocupación.

—Debo volver al exterior, mi vida —me dijo sin mirarme a la cara.

—Pero ¿qué sucede, mi vida? Me preocupa cómo te pusiste después de esa llamada ¿Pasó algo? —le pregunté con asombro, al ver su cambio tan repentino.

Pero él no me respondía, solo tomaba desesperadamente el vino como si se tratara de agua. Cuando pasaron unos minutos, me quedé observándolo y creo que la presión de mi mirada lo obligó a decirme algo.

—Me llamó un compañero de postgrado, mi vida. Debo volver a presentar la tesis para poder recibir la titulación —me dijo.

—Pero mi vida, eso no es un motivo para que te pongas así —le dije porque no veía la gravedad para que se haya comportado de esa manera —Ve y regresa mi vida o ¿quieres que te acompañe para que no me extrañes? —le dije con un tono de picardía.

Eso no fue suficiente para calmar la inquietud de Carlos, por el contrario, logré ponerlo más nervioso hasta el punto de que comenzó a sudar.

—No, no hace falta mi vida. Yo resuelvo eso y regreso para estar juntos — me dijo mientras llamaba al mesero y pedía la cuenta sin que nos termináramos la botella de vino.

No comprendía mucho lo que estaba sucediendo, pero mi confianza al cien por ciento estaba puesta en Carlos. Después de haber pasado por la inseguridad de haber confiado en Ángel, mi confianza en las personas había vuelto definitivamente cuando Carlos llegó nuevamente a mi vida para darme la dicha de sentirme amada.

Unos días después, Carlos me llama para decirme que esa misma noche se iba de viaje, que ya le habían confirmado el vuelo. Me cayó de sorpresa, esperaba que al menos me avisara con días de anticipación para poder prepararme nuevamente para separarnos. Ya había pasado por esa tristeza, pero me quedaba un poco más tranquila al saber que solo iban a ser unos meses.

Estaba muy confiada en que, a su regreso, íbamos a formalizar nuestra relación y nuestro compromiso sería un hecho, lo cual pondría muy felices a nuestras familias.

Decidí darle la sorpresa a Carlos y lo fui a buscar para llevarlo al aeropuerto y se sorprendió tanto que botó algunas lágrimas por la emoción. Cuando ya estaba a punto de abordar el avión, Carlos me miró y me dio un beso en la frente, como si se tratara de una despedida para siempre, había mucha tristeza en su mirada.

—Gracias por todo, Amanda. Siempre estarás en mi corazón —me dijo al mismo tiempo que me abrazaba.

—Pero, mi vida. Me hablas como si más nunca nos fuéramos a ver ¿Te estás despidiendo para siempre? —le pregunté sonriendo.

—Claro que no mi vida, nada es para siempre —me dio un beso y tomó su equipaje para acercarse a la puerta de embarque.

Me dejó parada en el centro del salón. Realmente sus palabras me llenaron de confusión, pero el amor que sentía por Carlos no me daba ninguna acción para dudar. Quizás las preocupaciones por no querer dejarme lo llevaron a tomar esa actitud conmigo, pensaba para no lastimarme imaginándome cosas que no debía pensar.

Me subí al coche e iba en el camino llorando, después de cada día inseparable que permanecíamos juntos. Era imposible no extrañarlo, dese ya sentía que me faltaba su olor, su respiración, pero su amor lo sentía cerca y al mirar la foto nuestra que tenía en mi coche.

Carlos había sido mi primera vez y estaba segura de que se convertiría pronto en el último hombre de mi vida cuando me pidiera que fuera su esposa y eso sería a su regreso, era lo que más deseaba.

A medida que pasaban los días, sentía miedo de salir sola, me encerraba en mi casa y en ocasiones visitaba la casa de mis padres. Compraba muchas revistas de novia y me imaginaba como sería la mía con Carlos. Teníamos poca comunicación porque Carlos me decía que necesitaba concentración para terminar su tesis y yo lo comprendía perfectamente.

Me aislé por un tiempo para planificar mi boda en secreto, aunque aún no me había pedido matrimonio, pero no había nada que impidiera que eso sucediera a su regreso.

Para ejercer mi profesión, había publicado mis servicios de contaduría a empresas privadas y llevaba algunas semanas trabajando con una empresa desde mi casa, llevaba sus cuentas y de verdad que había resultado muy rentable. No me hacía falta nada más que Carlos para completar mi tranquilidad.

Capítulo 3

Me preocupaba mucho que Carlos ya llevaba semanas sin actualizar sus redes sociales, pensaba en todo lo que pude haber ayudado con sus trabajos si me hubiera ido con él, pero no se pudo y con tanto que hay por hacer con un trabajo de tesis. Pero, ya me sentía alarmada porque en toda una semana, no supe nada de él.

Dejé de preocuparme un poco y acepté la invitación de grupo de mi grado, estuvimos de acuerdo en hacer un reencuentro. Esa noche, todos me hicieron como una especie de rueda de prensa para hacerme preguntas sobre mi experiencia en la cárcel y me sirvió de terapia para drenar y sacar muchas cosas que aún tenía guardada dentro de mí. Nos reímos con todas las anécdotas y con todo lo que pasé en ese horrible lugar, pero les dejé saber que después de toda esa aventura de terror, logré reencontrarme con el amor de mi vida, mi héroe. Todos aplaudían en mi honor y me llenó de mucha satisfacción haber estado esa noche con todos mis ex compañeros de universidad.

Cuando comenzó la música a sonar, muchos de los que habían ido con sus parejas, se levantaron para bailar. Yo me quedé sola en la mesa y pensaba que Carlos pudo haber estado ahí conmigo, acompañándome, pero ni noticias tenía de él. Unos minutos después, se acerca el primo de Carlos a mi mesa, habían pasado muchos años sin saber de él. En su familia, solo los más cercanos estaban enterados que habíamos retomado nuestra relación.

—¡Amanda, que gusto verte! —me dijo muy emocionado por el encuentro.

—¡Beto, que bueno verte! —me levanté de la mesa para saludarlo.

Beto es uno de los primos de Carlos que más viaja, casi nunca se encontraba en el país, por eso todos se emocionaban cuando apenas pasaba unos días por estos lados.

—¿Qué es de tu vida? —me preguntó y cuando iba a responder, me interrumpió para darme una gran noticia —¿Supiste del matrimonio de Carlos? Se nos casa el muy granuja, va a ser papá —me dijo muy emocionado con la noticia de su primo.

Comencé a parpadear rápidamente, al mismo tiempo que abría al máximo mis ojos sin poder ocultar mi asombro.

—¡Vaya, que gran noticia de Carlos! —le dije —¿Cómo te enteraste? Yo llevo algún tiempo sin saber de él —le comenté, tratando de obtener más información.

—A mí me hubiese gustado que ustedes dos terminaran juntos, su relación fue muy bonita. Bueno, anoche envió un video desde la cuenta de su prometida en el exterior y anunciaron que se van a casar y que están esperando un hijo —me decía sin notar mi expresión de ira —Se les veía muy felices y orgullosos —continuó, pero recibió una llamada y tuvo que retirarse de la mesa.

Me levanté de la mesa y tomé mi bolso y el abrigo y salí literalmente corriendo hasta mi coche, para no dar tiempo a que alguien me detuviera. Llegué a mi casa y encendí la laptop para revisar las redes sociales y entré a la de Beto. Efectivamente ahí estaba el video de Carlos y su prometida.

Se veían y se escuchaban muy felices y ese era el motivo de su ausencia, de su incomunicación conmigo. Después de haberse convertido en mi héroe, Carlos me había destruido por completo mi vida, me liberó del encierro de la prisión, pero ahora me hundía en la cárcel de la mentira.

Comencé a llorar, repetía una y otra vez ese video, tratando de aceptar que

lo que estaba viendo era real, que Carlos tenía otra vida y que me había engañado. Miré a mi alrededor y las revistas de boda estaban regadas en toda la casa. Me había hecho tantas ilusiones con el regreso de Carlos porque estaba segura de que íbamos a formalizar nuestra relación ¿Cuál relación? Si lo único que hizo fue estar conmigo por lastima, mientras su vida ya estaba hecha en el exterior.

Tomé cada revista y la hice pedazos, descargué mi ira en cada foto impresa, de cada vestido, de cada pastel que había tachado como opciones para mí celebración. Después me llevé todos los pedazos hasta mi pecho y comencé a gritar, pero esta vez no fue hacia adentro, grité a todo pulmón. Una vez más me preguntaba por qué Dios me estaba sacudiendo tanto mi vida, qué era lo que necesitaba aprender de tanta tristeza, no podía comprender por qué mi vida se llenaba de dolor.

Después de algunas semanas, me había encerrado en mi casa, no quería ni atender llamadas, salvo que mis padres me dejaran alguna nota de voz, en ese momento les devolvía la llamada. Ellos se habían quedado muy tristes y decepcionados con Carlos cuando les conté de su mala jugada y se sentían muy preocupados por mí.

En ocasiones, trataba de reponerme, pero el hecho que Carlos no me diera la cara, que tan solo haya decidido desaparecer como un fantasma, me llenaba de indignación. Le estaría agradecida de por vida, porque gracias a él logré obtener mi libertad, pero, por otro lado, gracias a él me hundí en la soledad.

Mi laptop estaba siempre encendida, esperando de algún modo que Carlos respondiera mis mensajes por algún medio, pero eso no sucedía. Una mañana, cuando al fin había logrado levantarme con algo de ánimo para salir a comprar, tomé las llaves para salir de la casa, pero me devolví a apagar la laptop. Mi corazón saltó cuando vi un e-mail de respuesta, para mi sorpresa, era de Carlos.

Dejé las llaves en la mesa y me senté. Cuando abrí el mensaje, no podía creer lo que mis ojos estaban leyendo. Carlos muy descaradamente se despedía de mí, como si nada entre nosotros hubiera sucedido, como si a su regreso entre nosotros no hubiera pasado nada, si hasta nuestros padres apostaban por nuestro compromiso.

“Querida Amanda, lamento que sea por esta vía que deba darte esta noticia que para ti no será la mejor, pero es necesario que te enteres por mí. Desde hace algún tiempo, había comenzado una relación afectuosa aquí en el exterior, pero cuando regresé allá y te vi nuevamente, un sentimiento de confusión me invadió. No estaba seguro de a cuál de las dos amaba con profundidad, por eso no te mencioné nada de lo que me estaba sucediendo, hasta que me avisaron que un hijo mío estaba por llegar, por eso tuve que viajar tan de pronto.

Lamento que todo haya sucedido de esta manera, pero como comprenderás, los designios de Dios son muy extraños y me han puesto nuevamente en el lugar que desde hace tiempo había decidido estar.

Estoy a punto de casarme, no te niego que en su momento pensé que tú eras esa mujer con la quisiera pasar el resto de mi vida, pero hoy en día es Lucía quien ocupa mis pensamientos y mi corazón, al igual que mi hijo que está por nacer.

Espero que no me guardes rencor, te deseo que Dios te premie con un buen hombre y puedas retomar tu vida como la Amanda que siempre recordaré, una mujer feliz.

Te deseo lo mejor del mundo, eres una persona súper especial y así te recordaré siempre.

Un abrazo,

Carlos.”

Quizás me sentía un poco bruta o no quería entender las palabras que cada

vez se alejaban de lo que pretendía leer. Esperaba de alguna manera que todo fuera una mentira, pero era tan real como las lágrimas que caían de mis ojos en ese momento ¿Cómo se podía ser tan bueno y malo a la vez? ¿Cómo se podía amar y luego romper el corazón al mismo tiempo? No entendía, era Carlos mi único y gran amor, mi sueño de construir un futuro y verlo ahí en esa foto de su nuevo perfil con su nueva familia, me partía en corazón en miles de pedazos.

¿Y ahora, qué? Era la pregunta que rondaba mi cabeza y lo peor de todo, es que no lograba conseguir una respuesta o no quería aceptar que ya la vida que imaginaba con Carlos se había quedado en solo una ilusión.

Los días pasaron y yo perdía tiempo revisando las redes para seguir la felicidad de Carlos, mientras él vivía momentos maravillosos, yo solo me torturaba con cada foto que publicaba, lleno de felicidad y regocijo y yo viviendo su vida. Me descuidé tanto, que me olvidé del trabajo con la empresa privada. Casi no me bañaba, caí en una depresión absoluta que estaba acabando con mi vida.

Mi Lolita, se sentía muy preocupada y al ver el estado en que me encontraba, decidió contactar a Azucena, mi mejor amiga que se había ido a vivir a otra ciudad. Manteníamos el contacto, pero por su trabajo muy poco coincidíamos para hablar.

Una tarde, que ya no tenía nada que comer, me acosté en el sofá, esperando que de algún modo mi depresión acabara con mi vida. Pero de pronto, el timbre de la entrada sonó. No quería levantarme, mi debilidad solo me permitía dormir, era lo único que hacía en los últimos días, pero la insistencia me obligó a levantarme.

Me dolía mucho el estómago y mi visión estaba borrosa, casi doblada caminé hasta abrir la puerta. Para mi sorpresa, era mi amiga de toda la vida, a quien tenía mucho tiempo sin ver y no le respondía los mensajes para no caer en la lastima ni de mi mejor amiga.

—¡Amanda, por Dios! Amiga, ¿Qué has hecho de ti? —me dijo Azucena inmediatamente que abrí la puerta.

Sin decir alguna palabra, me lancé a los brazos de mi amiga, llorando desconsoladamente. Ella me abrazó y comenzó a llorar conmigo mientras me acompañaba al sofá. Pacientemente, Azucena esperaba que mis lagrimas cesaran, para que de alguna manera me pudiera desahogar, pero en tantas semanas el dolor no había pasado.

Azucena me buscó una cobija y una almohada y me acostó cómodamente en el sofá, mientras recogía todo el desastre que tenía regado en toda la sala. Me quedé dormida, no sabría decir cuánto tiempo tenía sin dormir, me sentía muy débil. Cuando desperté, mi amiga estaba a mi lado.

—Ven, Amanda. Debes comer, amiga, te prepararé este caldo. Ya tendremos tiempo para hablar. Vine aquí para quedarme un tiempo, hasta que sepa que has recuperado tu vida, amiga —me dijo mientras me abrazaba.

Me senté con la ayuda de Azucena y comí tan solo un poco, mi estómago estaba bastante reducido por los días que pasaba sin alimentarme. Miré a mi alrededor y la casa estaba arreglada, limpia como antes. Después de comer, mi amiga me llevo al baño y me ayudó a ducharme, como si fuera una niña. No me reprochó, solo me ayudaba sin decir nada, esperando que yo tomara la iniciativa de hablar.

—Gracias por estar aquí amiga —le dije a Azucena, mientras comenzaba a llorar.

Sentía miedo, porque las personas que me habían ayudado a superar o a salir de los problemas, me habían traicionado de una manera muy vil, sin compasión alguna y no quería que mi amiga se convirtiera en una de ellas.

Tenía tanto miedo de la vida, que no sabía cómo recuperar la confianza que había perdido en mí misma. Después de unas horas, que ya me encontraba limpia y Azucena me peinaba, comencé a contarle todo lo que me había

sucedido en los últimos meses, con cada historia, ella buscaba siempre el lado positivo y me lo hacía ver.

Necesitaba entender que estaba equivocada con mi reacción. Me estaba dejando morir mientras Carlos vivía cada vez más, si remordimientos y para mí, el mundo se había terminado. Me armé de valor y le hice caso a Azucena.

Al día siguiente nos fuimos al salón de belleza, pedí un cambio de color de cabello y corte actualizado. Me compré ropa nueva y ya con eso iba trabajando mi fachada mientras mi interior estaba en plena recuperación. Acepté la sugerencia de Azucena de ir a ver a una psiquiatra y me ayudaba mucho con sus terapias.

Con el tiempo, volví a recuperar mi personalidad y mi seguridad como mujer, dejé atrás lo que viví en la cárcel y lo que me hizo sentir Carlos. Amanda, había vuelto a nacer de la mano de una gran mujer, mi mejor amiga, Azucena.

Me mudé a la otra ciudad con Azucena y renté mi propio apartamento. Comencé a trabajar en su empresa, llevándole toda la parte administrativa de su productora. La vida e había cambiado por completo, me sentía una mujer útil nuevamente y capaz de lograr todo lo que me propusiera, lo único que para mí era intocable e imposible, era el amor.

Ese tema no quería volver a tocarlo, a pesar de toda la seguridad que sentía internamente, le había puesto un candado a mi corazón, tenía una coraza incapaz de ser traspasada para no volver a sufrir, por eso trataba de mantenerme ocupada al máximo con el trabajo.

—Amanda, hay una reunión importante, pero no puedo asistir ¿Crees que puedas ir con Mariano? —me dijo Azucena al entrar a la oficina.

—Claro que sí ¿Ya le avisaste a tu novio? —le pregunté mientras terminaba de guardar un documento.

—Sí, ya Mariano está al tanto. No se vayan tan tarde para que lleguen a

tiempo —me dijo mientras me daba un abrazo para que todo saliera bien.

Tomé mi portafolio y salí hasta el estacionamiento para esperar a Mariano, nos iba a llevar el chofer de la empresa, pero no veía el coche por ningún lado.

Cuando Mariano llegó, nos quedamos esperando al chofer, pero estaba demorado con el tráfico en la autopista, así que decidimos irnos en su coche. Durante el camino, íbamos hablando del proyecto que presentaríamos, no estaba muy enterada de toda la parte de producción porque eso lo manejaban Mariano y Azucena, pero él se encargó de ponerme al tanto y me sentía preparada para responder ante cualquier duda de los demás empresarios.

La presentación se dio y todo salió como lo habíamos planificado, inmediatamente nos comunicamos con Azucena para darle la buena noticia, estaba muy complacida con el dúo perfecto que hicimos Mariano y yo.

—Me emociona escuchar que hicieron un gran equipo. No se olviden comer, que, conociéndolos, sé que no tienen nada en el estómago —nos dijo a manera de orden.

Azucena nos había alertado que estaba lloviendo muy fuerte allá y donde estábamos, ya comenzaban a aglomerarse las nubes que daban miedo. Entramos a un restaurante bastante sencillo y cada uno ordenó un menú y después una gran taza de café para Mariano y de chocolate caliente para mí. Cuando nos disponíamos a salir, la lluvia estaba muy fuerte y los vientos nos obligaron a permanecer un poco más en el restaurante. Solicitamos una nueva mesa y nos sentamos a conversar.

La conversación se hizo muy amena, dejamos el trabajo a un lado y hablábamos cada uno de nuestras vidas. Entre anécdotas y chistes, se nos iba la noche con las risas. Nunca habíamos compartidos más allá que en la oficina. A pesar de que había cambiado mi vida, no compartía mucho con las amistades y cuando salía, lo hacía a solas con Azucena, pero Mariano me

hacía sacado de mi foco.

Azucena comenzó a llamar a Mariano, no nos habíamos dado cuenta de la hora, era bastante tarde y ya había dejado de llover.

—¿Dónde están? —le dijo Azucena a Mariano, mientras éste muy apenado, le quitaba el altavoz al móvil.

Mariano se levantó de la mesa, pero a lo lejos se podía observar por sus gestos, que discutía fuertemente con Azucena. Mi amiga no era nada fácil de carácter, pero jamás pensé que en su relación se pudieran llevar así de mal. No le di mayor importancia y esperé que Mariano regresara para irnos.

Mariano aparentaba ser un hombre muy dulce y mediador, pero, sobre todo, muy inteligente, quizás por eso tenía tanto tiempo de relación con Azucena, que era todo lo contrario a él.

Al día siguiente, cuando llegué a la oficina, Azucena estaba muy seria conmigo, le pedí que nos bebiéramos un café en el jardín y conversáramos.

—Amiga, espero que no estés molesta conmigo por haber llegado tarde ayer —le dije tratando de evitar una confrontación.

—Tranquila, Amanda. Sé que no fue tu culpa, es el inútil de Mariano que no sirve para nada —me dijo con un tono de voz muy molesta.

Se extendió y me hizo ver que el concepto que yo estaba haciendo de Mariano era equivocado. Azucena hablaba de su novio como si le estorbara y yo pensando que se llevaban muy bien. No quise hacer un juicio y cambié el tema para hablar del éxito de la reunión y el contrato millonario que se había logrado.

—Estoy segura de que fue gracias a ti que se logró eso, amiga. Te voy a pedir que me sustituyas en cada reunión que tenga que asistir con Mariano, así nos terminamos de alejar —me dijo muy decepcionada.

—Pero, si tan mal te sientes con él ¿Por qué no se separan? —le pregunté al ver que la relación le causaba un gran descontento.

—Lo he pensado, pero no se la voy a poner tan fácil Amanda, esperaré que él se obstine o que yo finalmente le diga que dejemos todo como está y no continuemos más —me dijo mientras se reía para demostrarme que era una mujer muy fuerte de carácter, cosa que yo sabía con propiedad.

Me quedé pasmada con lo que estaba escuchando, no quise emitir un comentario más, los temas de parejas y amores para mí estaban cerrados. Acepté el acompañar a Mariano en todas las reuniones, para mí era un gran compromiso porque se trataba del novio de mi única amiga a quien debía ver como a ese inútil que ella describía.

Cada semana, Azucena me entregaba una copia de su agenda y para no separarme de mis ocupaciones administrativas, Azucena preparaba la presentación y luego me correspondía discutirla y ensayarla con Mariano. Con cada reunión, nos conocíamos un poco más y me costaba mucho entender cómo Azucena hablaba de él como un inútil, si cada una de las brillantes ideas, salían de su parte y eso era un punto a favor para lograr que los empresarios firmaran nuestros contratos.

La temporada de eventos estaba llegando para los meses finales del año, era necesario hacer algunos viajes para los contratos en el interior. Yo no quería tener ese compromiso de viajar con Mariano para no causar ningún tipo de problemas con mi amiga, pero ella se empeñaba en que no le fallara y que no olvidara que le había prometido ir a cada reunión con su novio hasta que él se cansara de la situación y decidiera dejarla. Era difícil negarse a una petición de Azucena y además a ella le debía prácticamente el haber vuelto a la vida y prácticamente le debía todo lo que era hasta ahora.

Tres ciudades, tres reuniones, tres viajes en un mismo mes con Mariano, en representación de la empresa. En todo momento trataba de mantenerme enfocada, pero ese hombre tan atento, se compenetraba tanto conmigo que parecíamos uno solo cuando estábamos defendiendo a la empresa.

Mariano se había convertido en mi compañero de viaje, ése que me hacía reír y me sacaba de mi zona de confort haciéndome recordar mis travesuras de infancia y otros recuerdos que me hacía reír. Al finalizar cada evento, terminábamos en el bar del hotel, nos tomábamos unos tragos y la noche terminaba en risas y cantos que me hacían sentir viva nuevamente, pero para Mariano, era una tortura cuando Azucena lo llamaba y él se retiraba para discutir con ella, demostrando con sus gestos que cada pelea se hacía más intensa.

Pero Mariano, era tan caballero que jamás hablaba de lo que estaba sucediendo, después de cada discusión, se sentaba como si nada en la mesa, porque su procesión, su trauma iba por dentro. Yo sabiendo lo que sucedía, me daba un poco de indignación al ver que Mariano era un buen hombre y muy valioso y que Azucena, no tenía derecho a desprestigiarlo de esa manera.

No debía estar pensando en ellos, mi vida estaba enfocada en el trabajo, pero cada vez me involucraba más con Mariano y no me disgustaba. Sabía que estaba mal, porque al ver a mi amiga, apoyaba que ella siguiera con su plan, aunque no estuviera de acuerdo, pero a ella le debía fidelidad.

En el segundo viaje, nos teníamos que ir por tierra. Acordé con Mariano para que cada uno se fuera en su coche y así lo dejamos claro. Nos íbamos un domingo para hospedarnos en la noche y salir temprano a la reunión en la mañana del lunes. Cuando estaba sacando el equipaje del edificio, Mariano llegó tocando la corneta de su coche.

—Buenos días, Amanda. Quise venir por ti, no hay mejor manera de viajar que acompañado. Vamos en mi coche —me dijo mientras se bajaba de su coche para abrir el maletero, sin esperar al menos que le diera una respuesta con un sí o no.

Me pareció un poco atrevido, pero muy elocuente de su parte. Había aprendido a conocer a ese hombre encantador y no vi ningún problema en irme

con él. Así que me subí a su coche y emprendimos el viaje de negocios.

Capítulo 4

Mientras íbamos en la vía, me sentía tan en confianza con Mariano que nos deteníamos en cada lugar para comprar algún dulce o souvenir que vendían los lugareños.

—Mariano, tómame una foto junto a este árbol —le pedí mientras me colocaba en una pose muy sexy.

Mariano tomó mi móvil y mientras yo me arreglaba, él se quedaba mirándome, como si no se encontrara en el mismo lugar, yo le gritaba que estaba lista, pero Mariano solo sonreía y su mirada se iluminaba, hasta que al fin lograba reaccionar y para tomarme varias fotografías.

Yo disfrutaba de cada lugar, Mariano me hacía sentir muy bien ante cualquier situación, tanto que estaba despertando en mí, algunos sentimientos que no pensé llegar a sentir nunca más. Cuando nos subimos al coche, nos miramos y ambos llegamos a sentir la misma sensación de cercanía, pero nos dimos cuenta y lo conversamos.

—¿Quieres hablar tú o me dejas comenzar a mí? —me preguntó Mariano, mientras encendía el coche para continuar el camino.

Yo hice silencio, no quería tocar un tema que quizás nos traería confusiones y había una situación muy difícil porque Azucena era mi única amiga. Mariano, al ver que no tenía palabras y estaba tratando de evadir la conversación, decidió tomar la iniciativa y comenzó a hablar.

—¿Te has dado cuenta de que cada vez nos sentimos más cómodos juntos? Me haces volver a soñar, eres como una niña grande, que por más que trates de hacerte la dura con esa coraza que te has puesto, eres la mujer más dulce del mundo, Amanda y eso me gusta y mucho —me dijo Mariano con mucho sentimiento.

Inmediatamente reaccioné, necesitaba poner un freno a todo lo que estaba a punto de pasar porque yo también estaba sintiendo lo mismo por Mariano, me había devuelto la sonrisa y las ganas de estar cerca de un hombre. No sabía si lo que estaba sintiendo era afecto, pero me gustaba estar a su lado, teníamos tantas cosas en común que me daba miedo seguir compartiendo más con él.

—Creo que no debemos confundir el trabajo con otra cosa Mariano, te recuerdo que eres el novio de mi mejor amiga, de mi única amiga —le dije muy seria para que se diera cuenta que no buscaba ni iba a permitir que pasara nada más.

Después de una larga conversación, ambos llegamos al acuerdo de que solo nos íbamos a comportar como compañeros de trabajo nada más, lejos de compartir un trago como lo hacíamos antes en el bar.

Cuando llegamos al hotel, los dos nos hospedamos en habitaciones en distintos pisos. Había un gran temor en que nuestra cercanía nos llevara a algo más y era evidente que había un gusto que crecía cada vez más con cada momento que pasamos juntos.

Cuando entré a la habitación, me senté en la cama y puse mi cabeza en la almohada. No podía creer la locura que pasaba por mi cabeza sobre Mariano, era descabellado que me estuviera gustando ese hombre que debería estar prohibido para mí. Justo en ese momento de reflexión, entra la llamada de Azucena a mi móvil.

—Amiga, me imagino que ya estás en la habitación. Estoy llamando al inútil de Mariano, pero no me responde —me decía Azucena con mucha rabia.

—Hola, Azucena. Sí, ya estoy en la habitación. No se dé Mariano, pero ya estamos hospedados —le dije —Amiga, te pido que ya no me mandes más de viaje, esto agota. Puedes reemplazarme con alguien de la oficina para que también aprenda —le dije, casi que rogando que por favor me alejara de su novio.

—¿Pasa algo con Mariano? ¿Te hizo algo ese bruto? —me preguntó con indignación.

Lo único que pasaba por mi mente era que ella no me siguiera acercando más a su novio.

—No amiga, solo que me siento agotada y siento que estoy descuidando un poco la oficina —le dije.

—No te preocupes Amanda, ya falta poco para que Mariano se decida a dejarme y así no tendré que cederle ninguna de mis acciones en la productora. Te pido que aguantes un poco más, hazlo por mí, por favor —casi que rogaba.

Para mí era una situación muy incómoda, porque no podía confesarle que entre Mariano y yo estaban comenzando a pasar cosas que no se habían materializado físicamente pero emocionalmente ya estaban activándose. Mientras yo trataba de alejarme, Azucena me pedía que me mantuviera con pie firme y aún faltaban viajes de trabajo por realizar. Pero no podía negarme ante una petición de ella, quien confiaba mucho en mí.

Me propuse no fallarle y hacer lo necesario para no involucrarme sentimentalmente con Mariano. Después de terminar la llamada con Azucena, me di un baño con agua tibia y me dispuse a dormir temprano, pero Mariano llamó a mi móvil para pedirme que bajara hasta el lobby para afinar algunos detalles de la presentación que debíamos hacer a primera hora de la mañana. No pude poner ningún tipo de excusas, así que me vestí cómodamente y bajé con mi laptop.

—Hola Mariano, hagamos esto rápido, me siento muy agotada y quiero

descansar —le dije tratando de acelerar la pequeña reunión.

Sabía que él quería que tocáramos nuevamente el tema sobre nosotros, pero yo debía mantenerme firme en todo momento.

A pesar de nuestro acuerdo, no podíamos dejar de reírnos con cada locura que se nos venía a la mente al tratar de imitar a los empresarios en cada reunión, parecíamos dos niños, pero no podíamos olvidar que la distancia entre los dos era necesaria.

Cuando nos fuimos a despedir, Mariano me dio un beso en la mejilla, muy cerca de la boca y realmente me hizo vibrar. Casi que salí corriendo a mi habitación, tratando de huir de ese beso que había acelerado a mi corazón. Mariano se quedó parado, como esperando que yo me regresara, pero mi amistad con Azucena era mucho más fuerte de lo que pudiera sentir por cualquier hombre.

Esa noche, di muchas vueltas en la cama. No podía dejar de pensar en ese beso, en esa cercanía que cada vez más se hacía inevitable. Tenía muchos remordimientos en mi conciencia, aunque no había hecho nada malo, con el solo pensamiento ya le estaba faltando a mi amistad con Azucena.

Podía entender a Mariano, llevaba una relación de mucho conflicto y quizás por eso se refugiaba en mí, pero necesitaba entender que yo era la mujer equivocada para él.

En la mañana, me despertó el teléfono de la habitación. Era Mariano, despertándome porque se estaba haciendo tarde y ya estaba en el lobby esperándome. Cuando miré el reloj, eran casi las ocho. Me levanté en un santiamén y me duché rápidamente. Prácticamente en quince minutos estaba como una reina.

Cuando bajé, no veía a Mariano por ningún lado, pensé que se había ido, pero me dejó un mensaje en la recepción que decía que me esperaba en el restaurante del hotel para desayunar ¡Está loco! Pensé, porque era muy tarde,

al menos eso fue lo que me hizo saber al despertarme con la mañana.

Entré al restaurante y él estaba con una sonrisa de oreja a oreja, reía como loco. Se levantó de la mesa para rodarme la silla y me invitó a tomar asiento. No entendía muy bien el juego que pretendía hacer Mariano y traté de aclarar la situación.

—Mariano, me llamaste a la habitación porque se estaba acercando la hora para ir a la reunión y ahora me citas en el restaurante para desayunar ¿A qué juegas? —le dije bastante molesta por su actitud infantil.

—Me llamaron para correr la reunión dos horas, por eso el desayuno, Amanda. No estoy jugando a nada, todo es una simple casualidad —me dijo Mariano.

Sentí mucha pena por haber tratado mal a Mariano, no era mi forma de ser. A pesar de todo lo que había pasado en mi vida, mi carácter no había cambiado. Seguía siendo la misma mujer dulce con ilusiones, pero sin el ánimo de buscar una relación, eso no estaba en mis planes después de la traición de Ángel y Carlos.

—Disculpa, Mariano. No fue mi intención tratarte de esa manera. Debí preguntar qué había sucedido antes de emitir algún juicio —le dije mientras tomaba asiento.

Mariano inmediatamente pensó en lo diferente que era yo, alejada de las discusiones, todo lo contrario, a Azucena. Para él, yo era como esa necesidad de adentrarse a vivir una aventura llena de risas y viajes. Paradójicamente, él no sentía ningún temor a que Azucena se enterara, solo buscaba la manera de acercarse más y más a mí.

—Olvidemos eso, por favor —me dijo con una sonrisa —¿Puedo obsequiarte algo? —me preguntó.

—Sí, claro —le respondí con mucha curiosidad.

Mariano movió la silla que tenía a su lado y sacó una rosa y me la entregó.

Sentí que se me bajó la presión, pero la tomé y traté de ocultar mi alegría, pero por más que pude, no lo logré y dejé salir una sonrisa mientras admiraba la belleza de la flor. La coloqué en la mesa después de un ataque de sinceridad interna y le pregunté a Mariano:

—¿Por qué haces esto? Sabes que esto no está bien. Si Azucena se entera me voy a sentir muy mal, no está bien —le dije mientras me colocaba las manos en la cara apoyando los codos sobre la mesa.

Traté de levantarme para tomar aire fresco, pero Mariano se sentó a mi lado y me tomó de las manos.

—Esto no lo hago yo, Amanda. Yo no te busco, tú vienes a mí como si el destino quisiera mantenernos cerca. Esto es inevitable, Amanda yo me estoy enamorando de ti y siento que tú también estas igual —me decía mientras me buscaba la mirada que yo trataba de ocultar.

Él tenía razón, yo también estaba sintiendo lo mismo, ese sentimiento de enamoramiento, de alegrarme cuando lo iba a ver o cuando lo escuchaba o esa emoción al escuchar su nombre. Todo se me hacía bonito con él y su sonrisa me daba energía para hacer de mi día uno maravilloso. Pero, cómo podía volver a confiar y menos en un hombre que pretendía engañar a Azucena con su mejor amiga.

—Sé lo que estás pensando. Quizás en tu mente no cabe la idea de que yo quiera engañar a Azucena contigo, pero quiero que sepas que entre ella y yo no hay nada desde hace varios meses y si en verdad son las mejores amigas, tú tienes que saberlo ¿o me equivoco? —me dijo Mariano.

—Lo sé, pero de igual manera es una traición de nuestra parte. A mí me han fallado mucho y he sufrido, estuve a punto de perder mi vida, me estaba dejando morir por la traición de mi ex novio, por tonta, pero así fue y la que me llevó de su mano y me sacó del hueco donde estaba fue Azucena y le estaré agradecida de por vida —le dije a Mariano para que entendiera el nivel de

compromiso que tenía con mi amiga.

Sin esperar que terminara mi argumento, Mariano se fue acercando muy lentamente y sin darme cuenta, nos estábamos besando en la mesa, sentados y frente a todos los presentes en el restaurante. No podía seguir evitando ese beso, llevaba meses evitando lo que estaba sintiendo por el novio de mi amiga, a pesar de que tenía presente que no debía ser, el corazón se apoderó de mis actos y no pude resistirme a esa emoción.

Fue un beso muy sutil, pero no estuvo lleno de entrega, al menos no de mi parte. No por falta de gusto, solo que no me sentía bien besando al novio de Azucena, aunque era obvio que me estaba muriendo por él.

—No sigas, por favor. No está bien —le repetía a Mariano para que se detuviera, en medio de mi lucha interna por lo que estaba bien y lo que no.

Mariano al ver que no le correspondía, se detuvo y se quedó mirándome como si hubiera descubierto algo que le rompió el corazón.

—Entonces, no sientes lo mismo que yo ¿Verdad? Por eso no me besaste —me dijo mientras se levantaba de la silla y se sentaba en el puesto dónde lo encontré al llegar.

No quería mentirle, tampoco merecía que lo engañara, así que decidí abrir mi corazón y decir la verdad.

—No es eso, Mariano. Siento mucho por ti, pero el remordimiento no me dejará nunca disfrutar de un beso nuestro, así, a escondidas. No me quiero dejar llevar por un arrebato y arriesgar una amistad de años por un beso, una noche o un rato. No soy así, no soy ese tipo de mujer que estás pensando —le dije para dejar muy clara mi posición.

—Sé qué tipo de mujer eres, Amanda. Eres esa mujer que ha pasado por mucho sufrimiento y a quien quiero llegar a amar por siempre. Pídeme que deje a Azucena y te juro que mañana mismo le pongo fin a esa relación —me decía y podía notar que su tono de voz inspiraba mucha sinceridad.

Había algo en esa relación que no terminaba de entender. Azucena me hablaba de que debía esperar que Mariano se obstinara y la dejara para que ella no tuviera que entregarle parte de sus acciones y por lo visto, Mariano también estaba buscando lo mismo. Necesitaba saber, porque Azucena no me lo iba a comentar, ella era muy reservada con su vida privada en ese sentido.

—¿Por qué si entre ustedes no hay nada desde hace mucho tiempo, no se han separado? —le pregunté de manera muy irónica.

Mariano se colocó la mano en la frente y guardó por unos minutos algo de silencio, mientras tomaba un poco de agua.

—Tenemos mucho dinero de por medio, Amanda. Cuando nos hicimos novios, todo marchaba bien. Luego decidimos conformar una empresa y por los celos de Azucena, le pedimos al abogado que colocara una cláusula donde establece que, si alguno de los dos decide terminar la relación, el otro se queda con todas las acciones a manera de indemnización —me respondió muy apenado.

Ahora podía entender por qué Azucena había dado tantas largas al asunto y por qué Mariano se aguantaba tantos malos tratos de su parte. Era un tema bastante complicado, pero que, sin acuerdo mutuo, ninguno de los dos iba a dar su brazo a torcer.

El fuerte tema de conversación hizo que termináramos por desayunar muy rápido. Dejamos muchas preguntas sin respuestas, pero debíamos volver a la normalidad del día y enfocarnos en la reunión, así que decidimos retomar la propuesta de la presentación mientras íbamos en el coche. Justo cuando estábamos a punto de bajar del coche, Mariano recibió una llamada de Azucena y como siempre terminó en discusión. Ya se hacía insoportable estar presente ante esas discusiones y más aún después de haberme enterado el motivo por el cual los dos se estaban haciendo daño.

Me bajé del coche y dejé a Mariano con su discusión. Me quedé

esperándolo en la entrada de la empresa, mientras buscaba el informe en mi portafolio. Esperaba que todo saliera bien, porque este era uno de los contratos que más le interesaba a Azucena y en él nos pidió mayor empeño en concretarlo. Pero, realmente quería irme a mi casa y olvidarme ya de los viajes con Mariano y de toda esta situación en la que estaba inmersa por la manipulación de Azucena en pretender que todos los favores los hiciera por ella. Ya no toleraba más como trataba y le gritaba a Mariano y tampoco la pasividad de él ante tanta desidia.

Estaba dispuesta a llegar y renunciar a la empresa y retomar mi vida apartada de tanto problema, ya era suficiente con todo lo que había tenido en mi vida.

—Vamos Amanda, tenemos mucho por hacer hoy —me dijo Mariano, mientras entraba y me dejaba parada en la entrada.

La reunión transcurrió bajo un tenso ambiente. Mariano se enredó todo con la explicación del informe, así que los empresarios pidieron otra reunión para mañana para poder discutir bien los términos.

Otra noche más que debía esta en este lugar. Decidí llamar a Azucena y comentarle para darle el parte del día. Ella confiaba ciegamente en mí y yo sentía que le estaba fallando, no me lo podía permitir.

Cuando llegamos al hotel, Mariano pretendía que retomáramos la conversación que había quedado abierta, pero no me sentía con ánimo. Así que decidí encerrarme en mi habitación y pedir la cena para comer desde ahí.

Me recosté un rato a esperar, ya estaban tardando demasiado con mi pedido hasta el punto de quedarme dormida, cuando de repente, tocaron a la puerta anunciando el servicio a la habitación.

Me levanté casi dormida, tanto que ni vi quien estaba en la puerta, solo le pedí que dejara la bandeja y cerrara la puerta mientras yo me lanzaba nuevamente a la cama.

Cuando me giré para ver si se había ido, Mariano estaba parado frente a mí.

—Mariano ¿estás loco, qué haces aquí? —le dije mientras me cubría con la bata de baño.

—Disculpa que haya entrado de esta manera, pero me moría de ganas por hablarte y necesitaba besarte nuevamente para sentir que en verdad no me correspondes —me dijo mientras se sentaba en mi cama.

—No voy a permitir ningún beso entre nosotros, espero que respetes mi decisión, Mariano —le dije muy seriamente.

Mariano no me escuchaba y en un descuido mío, se acercó y estando frente a frente, jugaba a ver si yo era muy fuerte para resistirme a tenerlo cerca sin poder besarlo. Me contuve hasta cuando pude, pero apenas rosó sus labios con los míos y me derretí completamente en su boca.

Olvidé por completo de quien se trataba y solo tenía presente que ese hombre me gustaba, que con cada una de sus locuras y su apacible carácter me había enamorado en silencio. Esta vez sí le correspondí, hubo esa entrega que faltó en el primer beso, fue inevitable tenerlo tan cerca sin poder sentirlo.

Me había quedado ciega de tanto sentir, sus besos eran como un hechizo del que no podía salir, me sentía embrujada, plácida y no lo detuve, no podía.

Bajó su boca hasta mi cuello, y sus manos apretaban mis hombros como si quisiera hacerme sentir su fuerza y su deseo. Me quitó la toalla que cubría mi cabello mojado y poco a poco iba desnudando mi cuerpo. Mariano sabía cómo tocar a una mujer o al menos sus caricias tenían el toque perfecto y la sensibilidad que me merecía en ese momento. Sus besos me hicieron sentir mujer, me dejé llevar sin que lo pidiera con sus palabras, solo sus labios y sus manos me lo pedían a gritos y mi cuerpo deseoso lo anhelaba. Mariano se fue quitando poco a poco la ropa, hasta quedar desnudo sobre mí, frente a frente y no dejaba de acariciarme como si esperara de mi parte que le diera el permiso

para continuar.

—No, no te detengas por favor —le pedí susurrando a su oído —Hazme el amor, Mariano —le dije mientras plácidamente me disponía a disfrutar.

Con un juego de caricias y besos, nos demostrábamos que nos complementábamos hasta en el sexo. Después de tanto tiempo sin estar así, con un hombre, Mariano me hizo sentir muy cómoda, sus movimientos tan suaves me elevaban al máximo de excitación y luego los aceleraba y nos preparábamos para el momento final, donde nuestros gemidos fueron la clave para definir el éxtasis que vivimos hace escasos segundos.

Mariano me besó en la frente, mientras se acomodaba a mi lado, abrazándome. En mi rostro no había confusión, solo una sonrisa que no podía ocultar. Después de Carlos, no había besado a ningún otro hombre, no me había desnudado ante ningún otro hombre y menos había pensado en la posibilidad de hacer el amor con otro que no fuera Carlos y aquí estaba, desnuda y abrazada, extasiada después de unos largos minutos de placer, quizás enamorada, pero, era un imposible.

En ese momento, pensé en Azucena y comencé a Llorar. Sentía temor de que se enterara de lo que había sucedido entre Mariano y yo, aunque entre ellos no había nada, yo era su amiga y le debía respeto y le fallé.

—Le fallé a Azucena —le dije a Mariano mientras comenzaba a llorar.

—No, no mi vida. No digas eso, el amor no es arrepentimiento. Tú no hiciste nada malo, entre ella y yo ya no hay nada —me dijo Mariano para consolarme un poco.

Me abrazaba para hacerme sentir que él estaba conmigo y que no me iba a dejar sola, pero yo no podía dejarme llevar por las pasiones y permitir que mi amistad se perdiera por un hombre.

—¿Qué sientes por mí? —me preguntó Mariano.

Lo miré a los ojos y tenía muy claro lo que iba a decirle, lo que en mi

corazón albergaba desde hace algunos meses, en silencio por el solo hecho de que era un amor prohibido.

—Siento que me alegras la vida, que complementas mi ser, pero también sé que lo nuestro es un imposible, no puede ser Mariano —le dije, pero me reservé decirle que lo amaba por miedo y desconfianza a que jugaran nuevamente con mis sentimientos.

—Como no me preguntaste a mí, yo te lo voy a decir —me dijo mientras se sentaba y se colocaba frente a mí —Yo, siento que, en mi vida, he podido conocer a una mejor mujer que tú. Que eres la viva imagen del amor que quiero para siempre y con la que siempre soñé tener a mi lado. Es tan difícil no amarte, Amanda, que hasta cuando estás molesta eres la mujer más dulce del mundo. Tu mirada es tan sincera como tus palabras y tu amistad con Azucena te da ese sentimiento de fidelidad que sé que no eres capaz de arruinar. Eres la mujer que quiero para mí y no quiero dejarte ir —me dijo Mariano, mientras se lanzaba a mí y me abrazaba fuertemente como si tuviera miedo de que me fuera de su lado.

Fueron hermosas sus palabras, para mí, Mariano era el hombre más dulce del mundo, con el que me gustaría despertar todos los días, pero no podía sacarme de la cabeza a mi amiga.

Capítulo 5

Yo seguía llorando, pero no me apartaba ni un segundo de Mariano. Necesitaba detener el tiempo para que este momento no terminara.

—Mariano ¿Qué vamos a hacer? Esto no se puede saber, debemos guardar el secreto de lo que pasó esta noche. Azucena no puede enterarse, por favor — le pedí a Mariano, casi rogándole que no perdiera la cordura.

—¿Quieres que seamos amantes? —me dijo a manera de propuesta.

A mi mente no había llegado esa posibilidad, ser la amante del novio de mi mejor amiga me alejaba de mis valores. Me debatía en un entramado de confusiones. Mariano quería contar todo, no le importaba perder las acciones de la empresa por mí y eso me daba mucha seguridad y hablaba muy bien de su sinceridad y sentimientos hacia mí. Pero, yo no podía, las palabras de Azucena daban vueltas en mi cabeza cuando me pedía que no le fallara.

Entre tantas dudas y muchas preguntas sin respuestas, nos quedamos nuevamente en silencio. Mariano con sus ocurrencias, siempre buscaba la manera de hacerme reír, de pronto saltó de la cama, desnudo y buscó la bandeja de la cena que él mismo había traído como servicio a la habitación, se colocó una toalla doblada en su brazo y se acercó a la cama como si fuera un mesero de lo más elegante.

—Señorita, espero que disfrute de su cena —me dijo con mucha gracia, mientras hacía una reverencia como si estuviera tratando a una princesa.

Me hizo reír y por un momento logré alejar mis sentimientos de culpa. Nos sentamos a comer la deliciosa cena que había traído que resultó ser muy romántica.

Después que degustamos todo, nos quedamos mirando, como esperando que algún directo o guionista nos dijeran qué debíamos hacer, pero no, esos personajes no existían más que en nuestra mente y la realidad era que nosotros debíamos decidir.

—¿Quieres que me vaya? —me preguntó mientras me miraba fijamente a los ojos, buscando envolverme con su mirada para obtener la respuesta que él quería escuchar.

Si le pedía que se quedara, entonces daba riendas sueltas a que fuéramos los amantes que Mariano me había propuesto, pero si le decía que tenía que irse, daría por entendido que no podíamos continuar. En esas respuestas no había un intermedio, era un sí o no, así que me aseguré de pensarlo bien.

—Creo que lo mejor es que te vayas, por ahora Mariano —le dije sin mirarlo a los ojos para no arrepentirme de lo que le estaba diciendo.

—¿Por ahora? Estás segura de eso —me dijo, poniendo en dudas lo que le estaba pidiendo.

—Necesitamos pensar, Mariano. Para mí, es muy difícil toda esta situación. Apenas pienso en cómo voy a ver a Azucena a los ojos, le estoy fallando con su novio. Sé que ustedes no tienen ya una relación, pero ante los ojos de los demás, ustedes siguen con su relación. Espero que me entiendas —le pedí con mucha firmeza.

Mariano se sentó y colocó sus manos sobre su cabeza, como tratando de entender y aceptar lo que yo le estaba pidiendo.

—Pero, mi vida. Vamos a disfrutar de esto, es nuestro. Ya mañana veremos qué pasa. Azucena no está aquí, no permitamos que arruine lo que estamos viviendo en este momento —me pidió casi llorando, lo que me hizo ver que

tenía toda la razón.

Asentí con la cabeza para aceptar que tenía la razón al decir esas palabras. Ya habíamos hecho el amor y ninguna decisión podría borrar lo que había sucedido entre nosotros. Ni la culpa podría borrar la divina sensación que sentí con cada beso, cada caricia y cada movimiento de Mariano.

Consentimos que debíamos olvidarnos del mundo, al menos por esa noche y seguir disfrutando de esa relación clandestina que no sabíamos a donde iba a parar.

La noche transcurrió entre besos y caricias, nuestros cuerpos húmedos se juntaban cada vez más, para bailar al ritmo de los movimientos de Mariano. El romanticismo se hacía presente con cada susurro al oído, con sus palabras de amor, de deseo.

Las promesas de Mariano me hacían soñar con un presente juntos y la construcción de un futuro no muy lejano. Regresaron a mí las ilusiones de un nuevo amor, una nueva esperanza de ser una mujer con sueños de tener una familia, de querer casarme como lo había pensado con Carlos.

En la mañana, el sol nos sorprendió, entró como un ladrón a través de la transparente cortina que cubría el ventanal de la habitación, robándonos el sueño que plácidamente concebimos después de una larga noche de amor. El reflejo llegó hasta mi rostro, como si quisiera que despertara para iniciar el largo día que nos esperaba y así fue, inmediatamente abrí los ojos, despertando con el sabor a amor que me dejaron los besos de Mariano. Cuando volteé hacia un lado, pude ver como dormía, sonreí al ver lo plácido que se veía, pero la magia tenía que terminar porque nos aguardaba mucho trabajo. Con mucho pesar, tuve que despertarlo.

—Buenos días dormilón, despierta —le dije a Mariano mientras le daba un beso.

Se sentía muy extraño, pensé que no iba a repetir nunca más un momento

similar, después de todo lo que me había ocurrido en mi pasado. Pero, ahí estaba, en la cama con un nuevo hombre, quien se había encargado de hacerme sentir que seguía viva y que los sentimientos no morían, como yo lo había pensado en todos estos años.

—Buenos días, Amanda, mi vida. ¡Qué alegría ver tu rostro al despertar! —me dijo mientras despertaba y se abrazaba a mí, como un niño quiere permanecer en su cama y le pide a su madre que no lo haga levantarse.

Mariano me abrazó y me llevo hasta debajo de las sábanas y comenzó a hacerme reír, mientras me tocaba con sus manos por todas las partes e mi cuerpo. No podía parar de reír, pensé que me iba a orinar de tanta risa. Fue un momento que no había vivido en mucho tiempo. Traté de escaparme para levantarme, pero sus brazos me envolvieron de tal manera, que terminamos iniciando el juego previo, la antelación para volver a juntar nuestros cuerpos en uno solo, compenetrándonos de tal manera que los besos y caricias nos llevaron nuevamente a hacer el amor.

La energía del sol nos invadía, la nostalgia por esa despedida que al final de la tarde iba a ser inevitable, nos dio más fuerzas para enloquecer de amor, como si fuera el final, como si hasta esa mañana pudiéramos disfrutar, era una despedida, una despedida a la manera de dos amantes que no querían separarse.

Ya no había culpa, el remordimiento no existía entre nosotros, solo la gran verdad de querer que ese sentimiento no terminará quedándose en las cuatro paredes de esa habitación del hotel. Hicimos el amor con tantas ganas que ni el reloj nos hizo presión para detener el momento. Terminamos a nuestro ritmo, nada nos detuvo, ni el sonido del móvil de Mariano. Sabíamos que el momento iba a ser arruinado con tan solo ver quién llamaba, y después de unos minutos la magia de rompió al ver que con tanta insistencia el teléfono seguía sonando de tal manera que terminé llorando.

—Pero cálmate mi vida por favor. No llores Amanda, me parte el corazón al escucharte llorar. No dejemos que Azucena rompa nuestro momento. Es nuestro momento no el de ella —me decía Mariano tratando de calmarme, pero nada podía quitarme la culpa y el remordimiento que nos iba a perseguir por siempre si decidíamos continuar con esta relación clandestina.

El móvil de Mariano continuaba sonando y entre mensajes de texto y llamadas perdidas, Mariano por fin decidió contestar. Se levantó para ir hasta el balcón y poder atender la llamada de Azucena sin que pudiera escucharlo, pero los gritos llegaban hasta mi cama, por más que cubrí mis oídos para no escuchar. Cuando Mariano regresó, su cara lo decía todo, me daba mucha indignación el trato que tenían, pero sólo ellos sabían hasta dónde podía llegar y lo que más rabia me causaba era verme envuelta en esa situación de tres que en todo momento traté de evitar.

Me levanté de la cama molesta, sin querer escuchar las excusas que siempre pretendía darme y le pedí que por favor se retirara de la habitación y le recordé que tenía que alistarse, que ya los empresarios nos tenían que estar esperando y era importante cerrar este contrato. Mariano trató por todos los medios de calmarme y de hacerme ver que no sucedía nada más y que pronto iba a terminar con esa situación entre Azucena y él, pero yo sabía que eso no iba a ser así tan fácil.

—No lo sé Mariano, en este momento no puedo pensar en nada más que en Azucena, tanto tú como ella han decidido estar envuelto en esto y no sé hasta cuándo lo van a resolver. Ya estoy cansada de escucharlos discutir y de escucharte a ti como si fueras un hombre sin valores, sin principios, como si solamente te importara el dinero, no lo hagas por mí, hazlo por ti —le dije con lágrimas en los ojos, tratando de hacerle ver que no estaba bien la situación que los dos se habían impuesto.

Me encerré en el baño, y llorando esperé que él se fuera, hasta que

escuché cuando cerró la puerta. Me duché un buen rato, tratando de borrar con el agua mis pensamientos de impurezas, de pecado, de traición. Pero el gusto no me lo podía quitar ni con el agua, tan sólo recordaba las caricias y los besos de Mariano y me daba fuerzas para enfrentar lo que fuera, por un momento. Entré en una crisis de depresión momentánea porque yo había sufrido tanto a causa de la traición de Ángel y Carlos y yo estaba cayendo en lo mismo traicionando y no quería ver sufrir a mi amiga.

Me vestí muy rápido y bajé al restaurante sin avisarle a Mariano. Me senté en la mesa y ordené el desayuno, a los pocos minutos él bajo y se sentó en la mesa donde yo estaba, como siempre de caballeroso me dio un beso en la mejilla, muy sentido y cargado de amor. Me hizo sonreír al entregarme una rosa y decirme que era la mujer más hermosa del mundo, como si hablara en forma de prosa, no podía negar que Mariano me hacía sentir la mujer más feliz. En muchas ocasiones había llegado a pensar que la mujer que un día fui había muerto que yo la había sepultado con la traición de Carlos, pero aquí estaba más viva que nunca y Mariano me lo recordaba a cada momento.

Después del desayuno, nos fuimos en el coche hasta la empresa donde desde ya, esperaban por nosotros. Cuando llegamos al salón de reuniones, nos aguardaba un gran agasajo y a pesar de que habíamos desayunado en el restaurante, no desaprovechamos la comida, eran tantas las energías que habíamos desgastado en la noche y en la mañana por hacer el amor que de igual manera terminamos degustando toda la comida que nos tenían preparado, como si fuéramos unos niños hambrientos de la calle que teníamos tiempo sin comer, nos mirábamos y nos reíamos.

La reunión fue bastante amena y productiva, logramos la firma del contrato y nos fuimos muy alegres. Ya en la noche, al llegar, Mariano me dejó en mi casa y mientras estacionaba su coche e hicimos las veces de despedirnos.

—No quisiera despedirme nunca de ti mi vida. Hoy te dejo aquí frente a tu

casa, Amanda, pero quiero que sepas que mi corazón se queda contigo, que mi mente está contigo y que te amo, que no quiero separarme nunca más de ti y qué voy a hacer lo imposible porque tú y yo hagamos una vida juntos —me dijo Mariano, secándose unas lágrimas que corrían por su rostro.

Nos abrazamos y las palabras no me salía, sólo las lágrimas se asomaron para responder y hablar por mí. Estaba cargada de muchos sentimientos encontrados porque Mariano me había devuelto esas ganas de amar, esas ganas de luchar, esas ganas de volver a vivir y soñar una vida al lado de un hombre tan maravilloso como él.

—No sé qué va a pasar con nosotros de hoy en adelante, Mariano. Lo único que tengo presente en este momento, es que estos días no los voy a olvidar. Va a ser muy difícil para mí verte en la oficina, sin poder besarte, sin poder abrazarte y ver sobre todo cómo sufres con esa relación tan alocada que tienes con Azucena —le dije secándome las lágrimas que no se detenían.

Tardamos mucho dentro del coche, despidiéndonos entre besos y abrazos, entre varios no te vayas por favor y entre muchos quédate conmigo, como dos adolescentes enamorados, tratando de despedirse pero que no querían separarse nunca, hasta que tomé la iniciativa, me hice la fuerte y me bajé del coche sin mirar atrás.

Entré al edificio y subí las escaleras corriendo, sin esperar el elevador, hasta llegar a mi departamento. Apenas me pude asomar por la ventana y todavía Mariano estaba allí en el coche, como si estuviera esperando a que yo me regresara y nos perdiéramos en la vía para seguir amándonos sin separarnos jamás. Después de unos minutos, volví a mirar y ya el coche de Mariano no estaba, se había ido.

Me senté en la cama y mientras sacaba la ropa del equipaje, mi móvil sonó y era Mariano para decirme que me extrañaba. Sentí un aleteo en mi estómago y no por hambre, eran esas mariposas que solo quien ha estado enamorado, las

puede distinguir. Fue demasiado lindo escucharlo, fue muy tierno, pero ya mi realidad estaba cambiando al entrar la llamada en espera de Azucena.

—Hola, amiga. ¿Cómo estás? Ya te iba a llamar, estoy llegando al apartamento —le dije para adelantarme porque seguramente ella estaba llamando a Mariano y él no le contestaba por estar hablando conmigo.

—¡Qué bueno, amiga! Pero te escucho diferente Amanda ¿Estás bien, te sientes bien, pasa algo? —me preguntaba insistentemente al escuchar el tono de mi voz acelerado.

—No amiga, son ideas tuyas seguramente es el cansancio. Me siento agotada, la verdad —le dije, para que se diera cuenta que estaba cansada y de esa manera pudiera a cortar la llamada.

—Entiendo Amanda. Oye, discúlpame por tantos viajes que te he hecho hacer al lado del inútil de Mariano, pero ya no va a hacer falta que hagas más viajes con él, solo queda uno por este año y es muy importante, pero para ese voy a ir yo, creo que ya es el momento de finiquitar las cosas con él y este viaje va a servir de mucho —me dijo muy segura de su decisión.

Me quedé sorprendida con lo que estaba escuchando porque ya no me molestaba viajar con Mariano por el contrario era lo que más anhelaba, nuestra única manera de estar juntos. Por mi mente estaban pasando muchas cosas, desde alguna reconciliación que quería buscar Azucena con él o si tan sólo iba a terminar la relación en ese viaje. No sabía qué hacer ni qué decir, pero me sentí muy inquieta y traté de indagar un poco más con Azucena.

—¿Alguna reconciliación tienes en mente, Azucena? —le pregunté con mucha curiosidad.

—No Amanda, para nada. De hecho, había estado preparando algo desde hace mucho tiempo y creo que está dando resultado, ya es mi momento para concretar. Sabes amiga, me gustaría que tuviéramos una conversación sobre Mariano, quiero contarte muchas cosas y me gustaría escuchar tu opinión —me

dijo Azucena con mucha picardía.

Mientras escuchaba a Azucena, noté que había algo extraño en el tono de voz de mi amiga que me hizo pensar que ella tramaba algo, quizás porque todo me hacía sentir culpable y por eso estaba especulando más de lo normal. Era imposible que ella supiera lo que pasó entre Mariano y yo ese fin de semana, pero me costaba mucho no pensar en esa posibilidad.

En la mañana cuando desperté no lo podía negar, sentí algo de susto, ese miedo de que algo sucediera, un temor que sólo se me quitaría después de la conversación que tendría con Azucena. Me sentí como si fuera la universidad, a presentar un examen final, tan difícil y que de paso no había podido estudiar, pero mi verdad estaba por encima de todo y sabía que lo iba a pasar con la mejor nota, así que me armé de valor me subí al coche y me fui hasta la oficina.

Cuando llegué, Mariano estaba estacionando su coche y volví a sentir esas mariposas en el estómago. Tenía esa necesidad de querer salir a abrazarlo, pero a su vez me contuve porque a su alrededor estaba un muro una gran muralla que se llamaba Azucena.

Los dos nos miramos desde lejos y fue un momento muy bonito porque queríamos lo mismo, pero ante los ojos de los demás debíamos mantenernos como dos extraños o tan sólo dos compañeros de trabajo que compartíamos únicamente dentro de la empresa.

Me adelanté para que no coincidiéramos en el elevador. Entré a la empresa muy sonriente y todos lo notaron. Cuando fui a abrir mi oficina, Azucena me sorprendió.

—¡Amanda, cariño! Qué bueno verte, necesito que vengas a mi oficina por favor —me dijo muy sonriente.

No sentí ninguna preocupación, después de haber visto a Mariano todo mi mundo había cambiado y mi mañana había mejorado, hasta el miedo se había

ido.

Sin dejar mi portafolio, me fui con Azucena y entramos a su oficina. Encima de su escritorio nos esperaban dos cafés, se notaba que tenía todo preparado y que la conversación iba en serio. A pesar de la intriga por la sorpresiva reunión, no podía ocultar mi felicidad.

—Amanda, estás muy sonriente. Si no fuera porque te conozco tanto y sé que desde la traición que viviste con Carlos y antes de eso, lo que te hizo Ángel no te has vuelto a enamorar, diría que el fin de semana alguien flechó tu corazón —me dijo Azucena, con sus palabras siempre punzantes que llegaban a donde ella siempre quería, era muy directa con sus palabras y esta vez había logrado intimidarme.

—Sólo venía escuchando música amiga, música romántica y quizás por eso me ves fresca y tienes razón he pasado por tantas decepciones que dudo mucho que me vuelva a enamorar —le dije con mucha serenidad.

Ante las insistentes preguntas de Azucena, ella prefirió que le comentara cómo me había ido en el viaje y como habíamos logrado que la firma del contrato con esos grandes empresarios se lograría.

Ella hacía preguntas muy atinadas tanto que me preocupaba porque era como si hubiese instalado algún espía en nuestros móviles o en nuestro coche, hasta en el hotel o en cada habitación. En todo momento me hizo sentir si estuviera al punto de descubrir y de sacarme una gran verdad que me estaba doliendo en el alma.

—Amanda, tú te has pasado tanto tiempo con Mariano ¿Qué opinión me puedes dar de él? —pregunto como si le importará mi opinión.

—Prefiero no dar ninguna opinión, Azucena. Creo que no debo involucrarme en la relación de ustedes dos —le dije con mucha seriedad, no pretendía que ese fuera el tema principal de la conversación, pero Azucena insistía en sostener el asunto.

—Estuve pensando bien. Anoche después que terminamos la llamada y después de haberte dicho que iba a hacer este último viaje con Mariano, decidí que ya no iba, prefiero quedarme a terminar unos asuntos que tengo pendiente acá en la oficina. Es mejor que vayan ustedes, amigas. Además, se la han llevado muy bien en temas de negocio y este es el último contrato que debemos firmar por el año. Así que lo dejo en sus manos ¿Tienes algún inconveniente con eso? —me pregunto envolviéndome en sus palabras y dejándome una vez más sin la opción de decir que no. Era el último viaje del año y no podía negarme a la oportunidad de volver a estar a solas con Mariano, con mi amor, con ese hombre que me estaba enamorando a sabiendas que se trataba del novio de mi amiga.

—Bueno amiga, sabes que lo estoy haciendo por ti, pero creo que lo correcto es que ustedes conversaran. Si realmente ves que es necesario que viajes con él, estás en todo tu derecho y en cualquier momento, me puedes cancelar el viaje para que así tú vayas con él —le dije sin ningún tipo de malicia, para mí era importante que los dos aclararan su situación.

Azucena se traía algo entre manos pareciera como si tuviera una carta debajo de la manga algo pasaba por su mente, podía intuirlo, la conocía muy bien. di por terminada la conversación al ver que ella estaba respondiendo unos e-mails, por eso me levanté de la silla y cuando iba a salir de su oficina, vi un gran ramo de flores que estaba en una esquina, en uno de los rincones de su oficina, lo que me causó mucha impresión y me volteé sonreída para preguntarle.

—¿Azucena y ese ramo tan hermoso? ¡Amiga, es bellissimo! —le dije muy asombrada mientras, me acercaba admirar cada detalle de las flores tan diferentes y exóticas que adornaban el hermoso ramo.

—Recuerdas que anoche que te dije que había muchas cosas por contar, bueno ese ramo uno de ellos. Estoy saliendo con alguien amiga, pero quiero

que lo mantengas en secreto todavía, hasta que al fin logré definir ese final de mi relación tortuosa y tormentosa que llevó con Mariano, te pido discreción amiga, ya después tendremos tiempo de sentarnos a conversar, mira que ya no hemos salido más a solas, necesitamos realmente sentarnos como antes y actualizarnos de todo lo que nos está pasando. Te conozco y sé que esa sonrisa tuya oculta algo más que una simple música que escuchaste esta mañana, detrás de esa sonrisa hay un enamorado, te conozco mucho más de lo que crees amiga —me dijo Azucena muy emocionada al comentarme de su enamorado secreto, pero también bastante intrigada por conocer el verdadero motivo de mi felicidad.

—Me alegra mucho por ti amiga, mereces ser feliz y tener todo lo mejor del mundo porque eres una mujer maravillosa y me has ayudado tanto, que te estoy eternamente agradecida amiga y perdóname por todo por favor perdóname —le dije con mucho sentimiento de culpa mientras me acerqué hasta a ella para abrazarla.

—No tengo nada que perdonarte amiga, ya en su momento tú me perdonarás a mí, te quiero —me dijo mientras me abrazaba.

Capítulo 6

Salí de la oficina confundida porque en la noche anterior, Azucena me había informado que iba a viajar con Mariano, porque necesitaban finiquitar la relación, mientras yo me quedé pensando que se trataba de una reconciliación, pero resulta que ahora ella tenía un nuevo amor. Me desencajó un poco, pero también me alegré mucho por ella. De igual manera sabía que, aunque ella se casara con otro hombre y tuviera con él miles de hijos, jamás iba a aceptar mi relación con Mariano, por lo tanto, debíamos mantenerlo en secreto.

Me tranquilizó mucho escuchar que nuevamente Mariano y yo íbamos a hacer un nuevo viaje, juntos. Quise darle la sorpresa, cerré la puerta de mi oficina y me senté en el computador para enviarle un e-mail. Aproveché para decirle que teníamos nuestro primer viaje de una semana, juntos al exterior y era el sueño de cualquier enamorada. Era nuestra oportunidad para dar rienda suelta, sin miedo sin temor a que nos vieran, como en este último viaje.

Inmediatamente Mariano me respondió, diciendo que se sentía muy feliz y que Azucena a primera hora de la mañana, ya lo había puesto al tanto, así que me pedía que comenzáramos a planificar que íbamos a hacer en las noches al terminar de trabajar.

Aparte de hacer el amor sólo se me ocurría comer y me reía de esa ocurrencia, pero sabía que podíamos hacer otras cosas que marcaran nuestros recuerdos.

Los días de esa semana se nos fueron literalmente volando con tanto trabajo, pero ya teníamos todo listo para el viaje. No tuve tiempo de reunirme con Azucena porque no tenía más espacio en mi agenda, solo para preparar los informes y las presentaciones, pero siempre me reunía con Mariano al finalizar la noche para discutir algunos puntos, los cuales Azucena consentía en todo momento y todo por el dinero de la empresa. Era increíble ver cómo perdía sus años por el simple hecho de abonar más dinero a sus cuentas bancarias.

Al finalizar la semana, la misma Azucena nos me fue a despedir al aeropuerto. Cuando llegamos, ahí estaba el Mariano esperándome con una sonrisa, pero al verme llegar con Azucena, su expresión cambio inmediatamente.

Azucena nos dio las últimas acotaciones y se despidió de mí con muchísimo amor y a Mariano le dijo que a su regreso necesitaban sentarse a conversar, cosa que no me pareció extraño porque siempre lo amenazaba con eso. Mariano le respondió caballerosamente que no tenía problemas y que cualquier novedad, se mantuvieran en contacto por email porque su teléfono lo había dejado o que se comunicará conmigo. Yo lo miré y abrí los ojos con cara de perturbación. Me aterraba el hecho de que Azucena se fuera a comunicar conmigo en todo momento como la hacía con él, pero no pude evadirme de esa responsabilidad y le dije que no había ningún tipo de problema.

Nos subimos al avión e inmediatamente me asomé por la ventanilla y ella seguía ahí. Cuando logró verme desde abajo, la saludé y se despidió hasta que al fin se retiró. Apenas Mariano vio que lo que el avión estaba despegando, me abrazó con aquella felicidad, como si fuera un niño que tiene tiempo sin ver a su madre, fue muy especial el momento, como si tuviéramos tiempo sin vernos y nos extrañábamos cada día más.

El viaje fue bastante largo y las ganas de estar a solas nos invadían, tanto que cuando llegamos al hotel lo primero que hicimos fue decidir en cuál habitación, si en la suya o en la mía. Cualquiera de las dos era perfecta para desbordar nuestra pasión y nuestro amor.

No me sentía muy contenta con lo que estaba pasando, con la clandestinidad del amor que estábamos sintiendo, pero era la única oportunidad que teníamos para estar a solas. Pensaba en que, si mi madre se enterara, lo primero que me preguntaría sería por qué el novio de mi amiga con tantos hombres que existían en el mundo, pero al final uno no decide de quién se enamora, el corazón no tiene cerebro, sólo siente y es lo que estaba haciendo el mío, sintiendo y sintiendo mucho por Mariano que me hacía vibrar y parecer la mujer más especial del mundo.

Al final de la tarde, después de cada reunión, Mariano y yo nos íbamos a disfrutar al cine, al parque o al lago en las afuera de la ciudad y pasamos las noches más maravillosas siempre juntos, hablando de nosotros, soñando con un futuro, riéndonos de cada anécdota y yo enamorada de cada una de sus locuras.

Mariano, era como un niño grande, ese que no te daba espacios para la tristeza que sólo te hacía sonreír y ver la vida de un modo hermoso, tanto que te hace olvidar todos los malos momentos, que trataba de olvidarlos, seguían ahí, pero él me hacía ver siempre el lado positivo y era nuestra forma de compenetrarnos, de unificarnos.

Al llegar la noche, estando en el hotel, en mi habitación era el momento mágico, la unión nuestros cuerpos hablaban por sí solos.

Cada mañana recibía las llamadas de Azucena y me pedía que le pasara a Mariano. Sus discusiones continuaban, yo sólo me levantaba y me retiraba, me alejaba para no escuchar, ya la situación se había convertido en parte de un ritual que era parte de nosotros y ya estaba tan acostumbrada a eso que

realmente no me importaba, sólo lo único que pedía era estar al lado de Mariano.

Me consolaba la idea de que habíamos terminado todo el trabajo un día antes y al menos el viernes lo pudimos tener libre sólo para nosotros y decidimos pasar todo el día en habitación del hotel. Mariano había ordenado fresas con chocolate, hasta una botella de champán, era un loco empedernido, pero muy romántico.

Nos había extrañado mucho que el jueves por la noche Azucena no haya llamado, porque le había escrito para informarle que todo estaba marchando bien y que habíamos cerrado todo el trabajo y que solo quedaban unos pendientes para poder justificar la estadía del viernes en el hotel. Fue muy extraño, pero a su vez tranquilizante porque nos hizo pasar una noche genial y sin remordimientos.

Los dos estábamos embriagados de tanto licor, estábamos celebrando desde la mañana. Pretendíamos pasar nuestro fin de semana encerrados porque quizás era el último fin de semana, juntos, ya los viajes se habían terminado. De pronto, llaman a la puerta. Mariano se levantó mientras se colocaba una toalla en su cintura, pensando que era alguno de los meseros con un servicio a la habitación, aunque ninguno de los dos habíamos ordenados nada. De igual manera no nos extrañó, estaba muy sonriente por las bromas que hacíamos en la cama y cuando abrió la puerta se llevó la gran sorpresa del siglo.

Lo menos que íbamos a imaginar era que Azucena estaba en la puerta. Sí, mi amiga parada en la puerta de mi habitación viendo a su novio en toalla y yo estando desnuda en mi cama.

Sin decir una sola palabra, Azucena entró y colocó su bolso en la peinadora, se sentó en uno de los muebles que estaban dentro de la habitación. Mariano estaba en shock, cerró la puerta y ambos nos quedamos sin palabras. Azucena mediatamente cruzó los brazos como esperando una explicación, lo

que más me dolía era que no decía nada, su expresión en el rostro decía mucho más y dolían mucho más que lo que pudiera hacer sentir con unas palabras o gritos. Yo me senté en la cama y cubrí mis pechos con la sabana y esperaba que alguno de los tres, pronto pudiera romper el silencio.

La vergüenza se apoderó de mí, la rabia conmigo misma y el temor de verla tan molesta no tenían comparación con lo que le habíamos hecho a mi amiga, me sentía la peor mujer del mundo. Había traicionado a mi amiga y verla sentada allí, con su mirada fija frente a mí, porque no miraba Mariano, sólo a mí como si sus ojos tuvieran flechas que se clavaban en mi cabeza y en mi corazón para asesinarme lentamente.

Mariano inmediatamente se sentó a mi lado, como protegiéndome de la reacción de Azucena y fue el primero que logró romper el silencio.

—El único culpable de lo que ha pasado aquí, soy yo Azucena. Si tienes a alguien a quien gritar, a quién golpear, con quién descargar tu rabia, ése soy yo. Amanda no tuvo culpa de nada —le dijo Mariano, dirigiéndose Azucena como si sus palabras lo protegieran de las balas que estaban a punto de salir de la boca de Azucena.

—Yo contigo no quiero hablar, Mariano. Mi silencio, mi rabia, mi decepción, es con Amanda, no contigo. No consigo una palabra para definir lo que estoy sintiendo en este momento. Es una emoción muy fuerte, es una carga muy pesada, Amanda —me decía Azucena con una cara de decepción que me hacía dar más vergüenza de la que ya tenía.

Comencé a llorar, era mi única forma de demostrar mis sentimientos de frustración que tenía en ese momento me cubrí la cara con la sabana y solamente dejé que las lágrimas hablarán por mí, mientras Azucena no dejaba de mirarme.

—¡Lárgate, Mariano! Y déjame a solas con Amanda —le gritó Azucena, mientras Mariano volteaba a mirarme.

Asentí con la cabeza, confirmándole que estaba bien, para que me dejara sola con mi amiga, que ya no sabía si podía seguir llamándola así. Mariano no quería irse no quería dejarme sola. Para él, Azucena era la mujer más agresiva del mundo, pero para mí era una hermana y los hermanos no se hacían daño, no sentía temor por lo que me fuera a decir, solo temor en el alma. No por los golpes que me pudiera dar sino por los golpes en el alma que iba a sentir.

Mariano tomó su ropa y se vistió el baño, inmediatamente salió de la habitación y Azucena se sentó en la cama y seguía mirándome. Me sentía en un cajón rodeada de cuatro paredes de madera, en las que no podía respirar. Era una sensación que había tenido antes y no era más que miedo a enfrentar la realidad.

—¡Perdóname Azucena! No me alcanzará la vida para ganarme tu perdón, no tengo palabras para esto que te he hecho —le dije llorando.

—Hace algunos años, ayudé a levantarte, te ayude prácticamente a recuperar tu vida y hoy tú me rompes la vida a mí y no porque sienta amor por Mariano, sino por la lealtad que pensé que nos teníamos. En el viaje anterior, desde que llegaste a la oficina y te vi sonriendo, sabía que entre Mariano y tú estaba pasando algo más. A ti te conozco Amanda, te conozco tan bien que no sabes disimular. Me rompe el alma ver cómo a quién quería como mi amiga, como mi hermana, se está acostando a mis espaldas con mi novio. Así tú sepas que no tenemos nada, esto se llama traición no tiene otro nombre Amanda — me dijo Azucena, secándose algunas lágrimas que brotaban de sus ojos. Lágrimas de decepción y de rabia.

Azucena tenía razón, cada palabra era como un puñal que me clavaba en mi alma y ver su dolor reflejado, no por la traición de Mariano, sino por la traición de una amiga, de una hermana, era muy duro. No soportaba verla de esa forma y eso fue lo que siempre quise evitar, hacer sufrir a mi amiga.

Azucena comenzó a recordarme cómo me encontró en el apartamento aquel

día en que prácticamente estuve a punto de morir por la traición de Carlos y las primeras palabras que recuerda, eran aquellas donde yo no le deseaba lo que sentía en ese momento ni a mi peor enemigo, ahora yo se la estaba haciendo a mi mejor amiga.

—Quizás yo fui la culpable, no te voy a echar toda la culpa a ti, ni al inútil de Mariano. Soy culpable por haberlos mandado ustedes en ese viaje, porque viéndolo bien, son muy parecidos. Yo los junté sin querer. La nobleza de los dos quizás los unió, pero eso no te quita el que me hayas traicionado —me dijo Azucena mientras se levantaba y abría la puerta para irse.

La dejé ir y sin palabras me quedé. Estaba muda, lo único que podía hacer era llorar. Debí haberla detenido y más que un perdón, implorarle que no se molestará conmigo ¿Cómo pedirle a mi amiga que me entendiera? ¿Cómo hacerle ver que me dolía que su corazón se rompiera? Ya no sabía qué podía hacer para recuperar su amistad, sólo lloraba.

Mariano entró a la habitación al ver a Azucena salir. Había dejado la puerta abierta y me encontró ahí en la misma posición en la cama, sentada y llorando.

—Perdóname Amanda, perdóname. Yo no debí insistir, sé que tú no querías, mi vida. Sé que tú no querías esto, sé que no querías causarles daño Azucena y no por mí sino por ustedes, por la relación de amistad que tenían —me dijo Mariano, tratando de calmar mi sufrimiento.

—¿Y ahora qué ahora qué sigue Mariano? Me he quedado sin amiga y como la peor mujer de este mundo. Todo por un hombre, por ti, que no sé cómo me vas a pagar al final, no quiero verte más —le dije a Mariano, al ver que me causaba tanto dolor la separación con mi amiga.

No era el mejor momento, pero por la ira, le había pedido a Mariano que saliera de mi vida. No podía concebir que otra persona sufriera por mi culpa. Azucena era muy importante para mí y le había fallado. Me sentía morir,

decepcionada con mi actitud, con la moral por el piso, pero que no había puesto en una balanza mientras disfrutaba los días y las noches con Mariano.

Por más esfuerzo que hizo Mariano de mantenerse a mi lado, fue en vano. Mientras más lo veía, más recordaba que por mi debilidad sentimental y por no haber puesto un freno a lo que estaba sintiendo por él.

Mariano logró entender que necesitaba mi espacio, que nada de lo que dijera en ese momento iba a cambiar cómo me estaba sintiendo, ni me iba a devolver la amistad de Azucena y se fue de la habitación.

Me quedé en la cama por un buen rato, pensativa. A mi mente llegaban todos los malos momentos que había pasado. Desde la cárcel hasta Carlos y ahora, Azucena. Fui a caer en el peor de mis miedos, que alguien sufriera por mi causa y Azucena no se merecía tal traición.

Me levanté con un gran dolor en el pecho. Comencé a recoger toda mi ropa y a guardarla en la maleta, pero lo único que entraba ahí era mi gran verdad y no era más que mi amor por Mariano. Un amor que me había causado la pérdida de una hermana, por eso, no podía ser. Desde un principio debí oponerme, pero fui débil y es algo que no me perdonaré jamás.

Llamé a la recepción y pedí que llamaran a un taxi para ir al aeropuerto, me coloqué unas gafas oscuras y cuando llegué, logré cambiar el boleto y pude llegar hasta mi casa.

Mariano me llamaba y como no atendí en ningún momento, me envió varios mensajes, preocupado porque había abandonado la habitación del hotel. Pasé el peor fin de semana en mucho tiempo, después que habíamos planificado que sería el mejor en años. Sentí temor porque habían regresado a mí, esos pensamientos depresivos y la recaída estaba latente.

Me fui hasta mi habitación y en la cama, comencé a analizar muchos aspectos de mi vida y en cada uno de ellos, la nostalgia y melancolía siempre estaban presentes. Mis momentos de felicidad eran contados, el amor me

duraba muy poco, todo en mi vida era intermitente.

Traté de llamar a Azucena, pero no atendió, de igual manera no hubiera sabido qué decirle si me hubiese contestado. Tenía muy presente que a la empresa ya no podía ir y a Mariano no quería volver a verlo, aunque mi corazón se rompiera en mil pedazos.

Decidí lo más fácil, huir de mis verdades. No tenía el suficiente coraje para defender mi amor con Mariano y enfrentar al mundo como él me lo pedía. Sí, me sentí cobarde y decidí aislarme una vez más. Dos semanas pasé encerrada en casa y Mariano no dejaba de insistir ni un solo día en que habláramos. A veces tomaba el coche y me acercaba a la empresa para desde lejos ver si podía ver a Azucena, pero mi sorpresa fue muy grande al ver que Mariano seguía yendo de lo más normal. Ni siquiera el que Azucena nos haya descubierto juntos fue el detonante para que ellos decidieran terminar su relación laboral. Quizás ella lo hacía por venganza y él por su debilidad de tomar una decisión. Mas decepcionada regresé a mi casa y fue en ese entonces que quise volver a la ciudad que me había visto nacer.

No quería dejar huellas, así que hice todo completamente rápido para que Mariano no pudiera enterarse de mis planes, porque ya eran un hecho.

Decidí tomarme un tiempo y hacer uso de la fortuna que también era mía. Viajé por un tiempo por varios países, conociendo nuevas culturas y recargándome de cada persona positiva que conocía a mi paso. Aun así, Mariano siempre estaba presente en cada sonrisa, en cada gesto de felicidad que tenían cada pareja, per la imagen de Azucena llorando y hablándome de mi traición, me borraban momentáneamente el bonito de recuerdo de un bonito amor que no podía ser.

Mi única verdad era el amor que sentía por Mariano, un amor que no busqué, que llegó a mí después de que había tomado la decisión de cerrar mi corazón ante cualquier posibilidad sentimental.

Después de mi más reciente viaje a tierra santa, recibí un e-mail de Azucena. Me llegó primero al móvil, pero no quise abrirlo desde ahí, me senté a comer y luego encendí mi laptop. Pensé que quizás era alguna publicidad promocional, como a veces me llegaba de su empresa productora, pero al leer el asunto, me sorprendió.

“Asunto: Necesito que hablemos, por favor”

Tan solo con leer esa línea, en mi mente estaba comenzando un sorteo con tan solo dos fichas, sí o no, un algoritmo que no me daba buena impresión con ninguna de las dos posibilidades. Necesitaba saber que contenía el cuerpo del correo, pero a su vez sentía temor. Había pasado mucho tiempo sin que Azucena me escribiera, tanto que ya había dejado de escribirle para pedirle que habláramos y que me perdonara, en cambio Mariano no dejaba ni un día en insistir y yo lloraba cada vez que lo leía porque extrañaba todo de él.

Me armé de valor y decidí abrir el e-mail, para mi sorpresa, no había insultos, pero me preguntaba si había algo oculto tras esa petición de que habláramos.

“Amanda, después de tanto tiempo he decidíó escribirte. Siento que no tomé las cosas de una manera adulta, pero espero que en algún momento podamos hablar. No aplaudo el cómo sucedieron las cosas, pero considero necesario que nos veamos.

Por favor, responde este e-mail apenas lo leas. Estaré esperando tu respuesta.

Azucena.”

¡Oh Dios! Leí el correo muchas veces para ver si estaba leyendo bien, y así lo confirmé. Recuperar mi amistad con Azucena y aclarar cómo se habían dado las cosas entre Mariano y yo, era muy importante para mí. Mi autoestima no era la misma, así que le respondí a Azucena para aceptar su invitación a hablar.

Cuando envié el e-mail, me quedé esperando la respuesta, como si supiera que ella estaba del otro lado de su computador esperando lo mismo. De pronto, en tan solo minutos, me respondió con el nombre de un café y la hora de encuentro, pero le respondí que ya no me encontraba viviendo en el mismo lugar, que aceptaba la invitación, pero para el día siguiente, así me daba tiempo de tomar un vuelo para ir hasta allá, me era más cómodo que llegar en coche. Ella se sorprendió un poco al conocer la noticia, pero se sintió a gusto que no me haya negado a verla. Coordinamos el encuentro tranquilamente y cerramos la conversación.

Los sentimientos se removieron dentro de mí, hubo momentos de mucha confusión y Mariano cada vez se hacía más presente en mi mente, como si él tampoco pudiera dejar de pensar en mí. Había una conexión que no pasaba desapercibida.

Al día siguiente, al mediodía me fui hasta el aeropuerto para tomar el vuelo, preferí esa hora para no dar muchas vueltas y estar en el momento exacto en que nos habíamos citado. Tenía mucha incertidumbre, la comunicación entre Azucena y yo se había roto por completo. Ni en las redes sociales podía verla, me había sacado de su vida en todo sentido.

El sentimiento de culpa no había pasado, seguía ahí latente gracias a la traición que yo le había hecho, era algo imperdonable y ese gesto de ella al escribirme el e-mail, hablaba muy bien de sus sentimientos.

Llegué al café y estando en la entrada, las piernas comenzaron a temblarme. Los nervios me atacaron como si se tratara de un juicio, donde Azucena sería la que me diera el veredicto. Cuando miré a través del cristal de la ventana, ella estaba ahí, mirándome. No pude seguir parada ahí por lo que no tuve más opciones que continuar y entrar.

Me detuve frente a la mesa donde estaba Azucena y las lágrimas nos invadieron a ambas. Ella inmediatamente se levantó y nos abrazamos, como

cuando se extraña a una persona que se quiere mucho.

—Siéntate Amanda, por favor —me pidió Azucena con mucho cariño —
Deja que hable, desde hace mucho tengo guardados tantos perdóname, que ya
no sé si los merezco de tu parte —continuaba hablando como si se tratara de
un libreto aprendido en el que si la interrumpían se le podía olvidar el
parlamento.

Capítulo 7

Azucena pidió dos cafés, mientras continuaba hablando sin quitarme la mirada de encima.

—Siempre supe que, al enviarte de viajes con Mariano, entre ustedes podía surgir el amor. Mariano no es un mal hombre, solo que la guerra que teníamos por las acciones de la empresa me impulsaba a hablar mal de él — me dijo con mucho sentimiento.

—¿Es necesario que hablemos de Mariano, en este momento? —interrumpí para preguntarle lo que tanto temía.

—Sí, es muy necesario hacerlo Amada —me dijo para tranquilizarme — ¿Recuerdas cuando te dije que, con el tiempo, yo te iba a pedir perdón? —ella seguía hablando, con lágrimas en los ojos, que hacían cada vez más conmovedor el momento —Ese día ha llegado, Amanda. Necesito que me perdones, amiga —me dijo mientras me tomaba las manos.

Yo me sentía muy confundida, si la que había traicionado era yo. Recordaba claramente cuando en aquella oportunidad ella me dijo esas palabras, pero no entendía por qué debía pasar.

—Yo planifiqué que Mariano y tú se enamoraran. Pero cuando los vi juntos, me dio celos de que tú si lo habías logrado lo que yo no pude, tú si lograste enamorar a Mariano porque son muy parecidos. No debí reaccionar así, porque yo estaba iniciando una nueva relación, pero mi mal carácter me

traicionó y la rabia que sentía hacia Mariano, me cegó. Pero, te juro Amanda, que, si Mariano no fuera un mal hombre, no hubiese planificado nada ¡Perdóname por favor! No he podido vivir tranquila en todo este tiempo. No sabía cómo resarcir el dolor que te había causado —me decía Azucena en su desespero.

Cada palabra me lanzaba más hacia el limbo, me encontraba perdida en una trama de confusión. Sabía que Azucena estaba preparando algo para ese último viaje, pero sus ganas de destruir a Mariano la cegaron y se le olvidó pensar en mí. Solo pensó en que, si lo veía siendo infiel, podía ganar el cien por ciento de esas acciones. Ahora es ella, la que estaba quedando muy mal.

La traición de mi parte no la podía negar, pero Azucena también tenía mucha o más culpa. Yo fui débil al no darme cuenta en la trampa que estaba cayendo y por haber pensado que mi amiga sufría con lo que hice, eché a un lado la posibilidad de tener un amor verdadero, como el que Mariano y yo sentíamos. No era un amor de un día, fue construyéndose poco a poco, como siempre lo había soñado.

Azucena fue muy malvada ¿Quién traicionó a quién? Me preguntaba a cada momento. Pensaba en Mariano, en cómo se sentiría al enterarse de esa noticia que, a mí, me estaba destruyendo por dentro. Todo este tiempo me había sentido como la peor de las mujeres, mientras Azucena tardó tanto para decirme una verdad que, en su momento justo, me hubiese cambiado la vida.

—¿Cómo me hiciste eso? —le dije con mucha rabia —Me usaste, quisiste hacerle daño a Mariano y terminaste por dañarme a mí. Ahora, ¿quién es la mala en toda esta historia? No sabes todo el remordimiento que he tenido, noches sin poder dormir, a punto de recaer en la depresión que una vez tú me sacaste, por solo pensar que era una sucia ¡Me hiciste daño! Y por tu egoísmo no pensaste en que me había enamorado de Mariano, me enamoré como nunca de un hombre tan bueno como él —le dije mientras lloraba sin importar que

las demás personas nos estuvieran mirando.

Azucena trataba de calmarme, pero como se tranquilizaba a un corazón herido por la mentira de una mujer despiadada que solo pensó en su dinero.

—¿Y qué, ya debes ser millonaria? Pero seguramente la soledad no te deja en paz ¿Verdad? —le dije con mucha ironía, tratando de que se sintiera tan mal como yo lo había hecho.

—Mariano me dejó las acciones, Amanda y me contó que se había enamorado perdidamente de ti. Trató de buscarte en todos lados y sentí envidia, mucha envidia por la manera como te amaba. Pero después reaccioné y en un principio, cuando planifiqué todo, quise verlos juntos y ese iba a ser tu premio por ayudarme sin saber ¡Por favor, perdóname! No puedo con la culpa de que no seas feliz por mi egoísmo, amiga —me decía mientras lloraba.

Ángel, Carlos y ahora Azucena. Tres personas que habían sido muy importantes en mi vida y las tres me habían fallado, después de haberme ayudado tanto, me hicieron sentir la mujer más infeliz del mundo.

—¿Qué puedo hacer para que me perdones, Amanda? No he tenido ni un solo día en que no me arrepienta de tanto daño que he causado por mi adicción por el dinero. Me hace mucha falta amiga, mi ambición me ha llevado a padecer de una terrible enfermedad y he aprendido que el dinero no lo compra todo —me dijo, dejándome muy sorprendida.

—¿Estás enferma? —le pregunté, un poco desconfiada.

—Sí, Amanda. Tengo una enfermedad incurable que, a pesar de tener todo el dinero del mundo, poco a poco irá acabando con mi vida y todo me lo causé yo, por no descansar y solo dedicarme a hacerle la vida imposible a un hombre tan bueno como Mariano, pudiendo aprovechar cada minuto al lado de aquel hombre que se preocupaba por mí y lo alejé de mi lado por mi mal carácter y ambición —me dijo sin parar de llorar.

Me conmovieron mucho sus palabras, aunque al principio dudé de todo lo

que me estaba diciendo. Azucena estaba condenada a morir en su soledad y yo a morir sin amor. Con todo eso, no me importaba sacrificar mi orgullo para verla feliz, como antes de que todo en su vida girara en torno al bendito dinero.

Me levanté de la mesa y me senté al lado de Azucena, la miré a los ojos tratando de buscar sinceridad en sus palabras y así fue. Me sentí muy conmovida con todo lo que me estaba diciendo y pude entender que sí estaba muy arrepentida.

Comenzamos a hablar, ya sin rencor y sacó de su bolso el diagnóstico escrito de varios médicos especialistas que se habían encargado de su caso y efectivamente, tenía cáncer terminal. Ya no había nada qué hacer, al menos no medicamento y me partía el alma pensar que en cualquier momento ya no la volvería a ver más.

Todo el rencor y la ira habían quedado atrás, por mi parte solo quería recuperar el tiempo perdido y darle los mejores días a Azucena. Ella, sacó su móvil y me envió un mensaje, inmediatamente lo vi y era el número y la dirección de Mariano.

—Búscalos y no dejes que esta vez se te vaya el verdadero amor, amiga — me dijo Azucena con una sonrisa muy sincera dibujada en su rostro.

Sonreí, me emocioné al ver que ella aprobaba que Mariano y yo estuviéramos juntos, pero después de todo el tiempo que había pasado, seguramente ya él tendría un nuevo amor, aunque nunca dejó de escribirme a mi e-mail.

Me fui con Azucena a su casa y recordé cuando ella se mudó a la mía porque la estaba necesitando. Los padres de Azucena estaban bastante mayores y ella no tenía hermanos, por eso nuestra amistad era más una hermandad por ser hijas únicas. Decidí quedarme con ella hasta sus últimos días.

Arreglé un poco la sala, tal y como ella lo había hecho un día en la mía, me trajo muchos recuerdos, pero ahora la tristeza me invadía porque estaba frente a una agonizante mujer que se debilitaba poco a poco.

Al día siguiente, la dejé un poco tranquila y decidí tomar su coche para ir a buscar a Mariano. Necesitaba salir de la duda, después de tanto tiempo esos recuerdos estaban intactos en mi mente, pero no sé hasta qué punto él también me recordaría.

Me bajé sigilosamente, como un felino que fuera detrás de su presa. Llamé a la puerta y él estaba ahí, frente a mí. Se colocó la mano sobre su pecho, como si le doliera el corazón, aunque muchos dicen que no duele, esa fue mi impresión. Se echó a un lado buscando apoyo en la pared, pensé que se iba a caer, bastante fue la sorpresa que se llevó conmigo que no sabía si estaba llegando en un buen momento.

Yo no estaba distante de su reacción, pero lo que pensaba era en escucharlo decirme que me amaba, como aquella vez en el hotel, esa última vez que hicimos el amor.

Después de unos momentos, se acercó nuevamente a mí y como si se tratara de un fantasma, comenzó a preguntarme:

—¿Amanda, eres tú? —mientras me tocaba.

Sin esperar una respuesta de mi parte, Mariano se lanzó a mis brazos y yo estaba deseando tanto ese momento que me aferré a sus brazos ciegamente porque las lágrimas me nublaban la mirada.

No recuerdo cuanto tiempo había pasado desde aquella última vez en la que no quise escucharlo y lo eché de mi vida sin esperar que buscáramos alguna solución, pero juntos, unidos por el amor que estaba naciendo entre los dos.

—Mi vida, no sabes cómo he soñado con este momento. Le pedía a Dios todos los días que me diera la oportunidad de demostrarte que vale la pena

sentir amor y esto que siento por ti, es un amor sincero y esta es mi verdad — me decía Mariano, mientras no podía dejar de abrazarme.

Nos separamos por un momento y quedamos frente a frente.

—Perdóname, Mariano. Perdóname, mi vida. Soy tuya, mi vida te pertenece. No sabes todo lo que he sufrido sin ti, sin tenerte, sin tu sonrisa, sin tu mirada, sin tus locuras —le dije mientras pasaba mis manos por su cabello.

Mariano estaba muy sorprendido, no podía dejar de admirarme y de tocarme para creer que en verdad se trataba de una realidad.

—Te perdono todo, mi vida, pero por favor no vuelvas a privarme de ti. No te vuelvas a alejar nunca más, te lo pido —me decía mientras me besaba con mucha ternura.

Después de esos minutos, parados en la puerta de su casa, reconociendo nuestros besos y caricias, enamorándonos con nuestras palabras, Mariano me hizo pasar hasta su sala. Me sirvió una copa de vino y comenzamos a hablar de todo lo que habíamos hecho en todo este tiempo.

Un rato más tarde, toqué un tema bastante álgido entre nosotros, comenzamos a hablar de Azucena.

—No quiero que hablemos de ella, mi vida. Nos hizo sufrir mucho con su plan de venganza en mi contra. No le voy a perdonar que, por querer hacerme daño a mí, te haya perjudicado haciéndote pasar por la mujer más infiel del mundo, cuando en realidad eres la mujer más dulce que he conocido —me decía Mariano, dirigiéndose con rencor al mencionar a Azucena.

—Mariano, mi vida, ayer me reuní con Azucena. Después de mucho tiempo, ella decidió buscarme y pensé que era el momento perfecto para pedirle perdón. Pero resultó que la que me pidió perdón fue ella —le decía a Mariano, mientras él se mostraba asombrado por todo lo que estaba escuchando.

Le conté todo con detalles y lo peor fue cuando se enteró que Azucena

tenía una enfermedad incurable que la podía llevar a la muerte en cualquier momento.

—Azucena es tan mentirosa que es capaz de mentir con eso para mantenerte a su lado, no le creas, mi vida. Te va a manipular, es una mujer sin escrúpulos —me dijo con mucha seguridad.

—Vi los diagnósticos de diferentes médicos, mi vida. Es cierto, Azucena está condenada a muerte. Ella misma me dio tu número y dirección y me pidió que te buscara y fuera feliz contigo —le dije con mucha seriedad.

Mariano se puso las manos sobre su cabeza y parecía estar muy preocupado por la noticia. A pesar de conocer el lado malo de Azucena, en algún momento fue una buena mujer y lamentaba que estuviera pasando por algo así.

—¿Qué vas a hacer? —me preguntó, sabiendo lo involucrada que estaría en todo el tema de salud de mi amiga.

—Estar con ella hasta el final de sus días, mi vida. Espero contar con tu apoyo en todo esto —le dije esperando una buena receptividad de su parte.

—Cuenta conmigo, Amanda. Los seres humanos necesitamos aprender de cada experiencia y sé que Azucena debe estar muy arrepentida de todo el daño que no hizo y que se hizo a ella misma —me dijo mientras me abrazaba al verme llorar por lo conmovida de la historia.

Comenzamos a planificar nuestros días, pero en todos buscamos la manera de involucrar a Azucena. Quisimos darle unos días llenos de armonía y sobre todo que sintiera que el perdón lo cura todo.

Definitivamente, no tenía dudas de Mariano, era el hombre perfecto, con unos sentimientos tan nobles que me daban la certeza de que con él iba a ser la mujer más feliz.

Esa tarde, aprovechamos el encuentro para recordar las caricias y los besos que a escondidas en un hotel nos dábamos, pero esta vez, no había nada

que ocultar e hicimos el amor con más dulzura, con más calma, con más tranquilidad sin sentir que nos estábamos despidiendo como en aquellas oportunidades.

Me sentía tan dichosa que quise quedarme para recuperar el tiempo perdido, pero eso era lo que nos iba a sobrar, así que tuve que irme por el compromiso que tenía con mi amiga Azucena. Necesitaba que viera en mí, a esa amiga que siempre estuvo, en las buenas y malas como ella me había enseñado.

Llegué a la casa muy sonriente, en el camino había comprado algunas frutas para consentir a Azucena. Cuando entré, la vi tirada en el piso solté las bolsas y salí corriendo a auxiliarla. Estaba inconsciente, no sabía qué hacer, hasta que tomé el móvil y llamé a urgencias.

Tomé su cabeza y la apoyé en mis piernas, ella abrió sus ojos y me miró, pero tan solo pudo pronunciar una palabra que no alcancé a oír y volvió a perder el conocimiento. Yo estaba entrando en pánico, hasta que minutos después escuché el sonido de la ambulancia. Se llevaron a mi amiga y yo los seguí en el coche de Azucena, en el camino, llamé a Mariano y le conté con desesperación lo que había sucedido.

En el camino, iba pidiéndole a Dios que nos diera la oportunidad de hacerle ver a Azucena que podía existir una vida bonita sin necesidad de comprarla con el dinero. Quería recuperar el tiempo perdido con ella y no podía superar que mi amiga se fuera con la idea de que solo se podía disfrutar trabajando, había muchas cosas que necesitaba mostrarle del mundo y lo más importante era que me viera feliz, como ella quería.

El tráfico de la noche me detuvo por no haber seguido a la ambulancia de cerca. Cuando llegué a la clínica, ya estaban evaluando a mi amiga. Pensaba en aquella oportunidad en que me salvó de morirme con la depresión y en esta oportunidad yo no podía salvar su vida. Me inundé de impotencia y las

lágrimas no las podía contener por la rabia.

El tiempo pasaba y los médicos no me daban respuesta. Mariano llegó a la clínica y al verme tan conmovida me abrazó y sus palabras de aliento me dieron fuerzas para creer que todo iba a salir bien, pero cuando el doctor se acercó, mi corazón comenzó a latir con mucha rapidez por el miedo a lo que me pudieran decir.

—¿Familiares de Azucena? —preguntó inmediatamente, dirigiéndose directamente a nosotros.

—Sí, doctor —le dijo Mariano al ver que a mí no me salían las palabras por los nervios —¿Cómo está ella? —continuó.

—La situación con Azucena es muy grave —nos dijo el doctor, con un tono de voz muy alarmante —Temo decirles que ya no hay nada qué hacer. La mantendremos en la clínica hasta que ya sus órganos no funciones y eso sucederá en cuestión de días u horas. Lo siento mucho —nos dijo el doctor, mientras colocaba sus manos en mi hombro —Pueden pasar a verla — culminó, mientras se alejaba para ir a la recepción.

Volteé a mirar a Mariano y mientras cubría mi boca con mis manos para no ponerme a gritar, él me abrazaba fuertemente. Esa mujer que se encontraba muriendo en esa habitación había estado vinculada afectivamente con Mariano y conmigo. Su situación había borrado cualquier momento de rabia y tristeza que pudo haber ocasionado algún dolor en nuestras vidas. Le quedaba poco tiempo, pero Dios le había dado la oportunidad de recapacitar y de pedir perdón.

Mariano y yo, nos debatíamos en decidir quién iba a llamar a los padres de Azucena, era mucho el compromiso de dar una terrible noticia a esos dos señores tan mayores, sin saber cómo lo iban a tomar. Ambos decidimos hacer la llamada y nos llenó de mucho sentimiento escuchar el llanto de desesperación de su madre y su padre. Mi corazón se rompía a mil pedazos al

estar rodeada de tanto dolor.

Mientras llegaban los padres de mi amiga, nos acercamos a la habitación. Azucena estaba entubada, conectada a muchas máquinas que hacían sentir que estaba viva, pero que cada segundo la hacía ver mucho más lejos de la vida.

—A...miga —fueron las primeras palabras de Azucena al despertar.

—No te exaltes amiga, no hables por favor. Mira, aquí está Mariano, conmigo, como tú lo planificaste. Nos amamos, amiga —le dije entre sonrisas y lágrimas.

Azucena como pudo volteó a mirarnos y sonrió, como aprobando la relación que ella misma propició un día. Mariano le tomó su mano y le dijo:

—Estoy aquí contigo, Azucena. No hay nada que perdonar. Dios nos bendigo con tu presencia porque nos has enseñado mucho y gracias a ti, Amanda y yo nos estamos amando ¡Dios te bendiga! —le dijo con mucho cariño, con su mirada nublada por las lágrimas que intentaba detener.

Su respiración cada vez se hacía más corta, sentía mucho miedo de que el temible momento llegara y ella sin poder despedirse de sus padres. Las horas pasaban y eran como si se detuviera el tiempo, la espera era eterna y el final era inminente.

La puerta se abrió y entraron los padres de Azucena, cada uno sosteniéndose con un bastón. Se acercaron hasta la cama y comenzaron a llorar mientras sostenían su mano. La escena fue muy conmovedora. Azucena movió su cabeza para mirarlos y con una sonrisa suspiró, tan hondamente que ahí quedó mientras cerraba sus ojos.

Me asusté mucho y me acerqué, la moví con fuerzas mientras gritaba su nombre, pero no me respondía, no reaccionaba. Mariano salió corriendo a buscar a una enfermera y regresaron corriendo, ella revisó sus signos vitales y fue a buscar al doctor de turno. Esté regresó rápidamente, nos hizo salir de la habitación y después de unos minutos, abrió la puerta.

—Lo siento, Azucena ha fallecido —y salió de la habitación esperando que las enfermeras continuaran con el proceso que continuaba en esos casos.

Mariano y yo nos abrazamos mientras los padres de Azucena entraron apuraditos para cerciorarse de que la noticia era verdad. No podía entrar a verla, las piernas se me paralizaron, era una emoción muy fuerte. Mariano me consolaba y me daba fuerzas para avanzar. Otros familiares de Azucena estaban llegando, pensando que no se trataba de algo serio, pero se llevaron la gran sorpresa de sus vidas al ver que ya había fallecido.

Mi amiga estaba en esa cama, tan delgada y tan fría. Después de haberme vuelto a la vida, ella se había despedido de la de ella, sin luchar, todo lo contrario a lo que me había enseñado a mí, a no dejarme vencer. Sentía rabia por no haber tenido la oportunidad de mostrarle junto a Mariano lo bonito del amor, lo bonito del mundo como lo había aprendido yo en mis últimos viajes, pero solo Dios tiene la respuesta a todo el dolor que estábamos sintiendo en ese momento.

Ya no podía seguir ahí, me fui con Mariano hasta su casa, me sentía devastada, pero con la alegría de que mi amiga y yo habíamos hecho las paces y se fue estando más unida de corazón conmigo y Mariano y yo nos quedamos con su bendición para continuar nuestra relación.

En casa de Mariano, me tomé un té para relajar mi cuerpo de toda la tensión. No podía descifrar como la vida nos tenía escrito nuestro destino. Azucena decidió pedir perdón justo en el momento en su vida se extinguía, como si alguien divino le hubiera puesto una fecha exacta para reivindicarse y poder irse en paz.

Para sus padres, el dolor era muy fuerte porque los padres no deberían enterrar a sus hijos, ellos sí por ley divina.

Azucena se había ido, pero nos dejó a Mariano y mí la libertad de continuar, si no hubiera sido por ella, él y yo no estuviéramos en este

momento, juntos porque pudo haberse llevado todo a su tumba, mientras Mariano hubiera seguido insistiendo, yo iba a ser incapaz de responder a uno de sus mensajes. Pero la enfermedad de ella, la había hecho recapacitar y le devolvió su corazón noble como en principio de nuestra amistad.

Mientras hablábamos de Azucena en el sofá, Mariano acariciaba mi rostro y ambos dejábamos que, con las lágrimas, se limpiaran nuestros corazones de tanta tristeza. Él contaba sus anécdotas con Azucena y yo le replicaba con una de las mías y terminábamos riendo, hasta que de tanto llanto me quedé dormida sobre sus piernas.

La dulzura de Mariano equilibraba mi desespero. Mientras yo dormía él me miraba y contemplaba mi tristeza. En su mente quisiera borrar con un pincel todo este momento y pintar un hermoso paisaje donde aparezcamos riendo, sin que el tiempo haya transcurrido. Traté de despertarme en varias ocasiones, pero sus caricias hacían que me volviera a dormir, como una niña a quien un ángel cuida sus sueños.

Capítulo 8

En la madrugada, sentí un frío que comenzó a recorrer mi cuerpo, desde mis pies a la cabeza. Desperté asustada y lo primero que hice fue mencionar a Azucena. Fue muy extraño, como si mi amiga se estuviera despidiendo con un abrazo, fue como el destello de una estrella que me hizo ir hasta el balcón y pude ver cómo caía del cielo una gran estrella de esas que dicen fugaz.

Mariano se levantó y me comentó que él también sintió lo mismo, quizás era la forma que tuvo Azucena para abrazarnos y se fue al cielo dejándonos una estela de luz. Nos abrazamos y nos fuimos hasta la habitación de Mariano, me sentía tan cansada que no pude detallar bien cada rincón. Me recosté junto a su pecho y me quedé profundamente dormida.

Entre tanto menester, soñaba con un ancho riachuelo, lleno de muchos peces de colores, yo lucía un sencillo vestido blanco y a lo lejos estaba Azucena, con una gran cesta de margaritas blancas. Yo traté de cruzar para alcanzarla, pero ella cada vez se iba alejando y me dejaba a su paso las lindas flores que hacía un camino hasta un altar. Yo trataba de llamarla, pero la voz no me salía, solo podía extender mis manos y me desesperaba al tener esas ganas de abrazarla. Cuando creía que estaba a punto de tocarla, ella se levantó y apartó la cesta, hizo un gesto de agradecimiento y señaló hacia la hermosa capilla, donde estaba Mariano, quien también vestía ligeramente de blanco. Yo sonreí al verlo y giré mi cabeza para ver a Azucena, pero su imagen se

desvanecía y se iba entre las mariposas hacia el cielo. Mariano se acercó y me extendió su mano, haciéndome llegar al altar y ahí nos juramos amor eterno, mientras miles de mariposas elevaban la gran cesta de flores y la volcaban sobre nosotros como una lluvia de pétalos que nos bañaba de bendiciones.

Cuando estaba a punto de besarme, en medio de una dulce voz que nos decía que lo que une Dios, no lo separa el hombre, desperté de mi sueño, gracias a una tediosa mosca que se había parado en la punta de mi nariz.

Sacudí mi cabeza y abrí los ojos con mal humor, porque era la parte más hermosa después de haberme casado en sueños con el amor de mi vida. Mi incomodidad se hizo sentir, por mis bruscos movimientos tratando de matar al bicho que había arruinado mi boda de ensueños. Mariano despertó asombrado ante mi actitud, cubriéndose el rostro pensando que lo iba a golpear con la almohada.

—¿Qué sucede, mi vida? —gritó preocupado al verme tan enfadada.

—¡Una mosca, mi vida! Arruinó nuestra boda —le dije mientras lloraba por la rabia de haber matado a la mosca que se había escapado por la ventana.

—¡Ven acá, bobita! —me dijo Mariano, mientras se reía burlándose de mí —¿Cómo es eso que una mosca arruinó nuestra boda? —me preguntó mientras me abrazaba como si me pusiera una camisa de fuerzas.

Reaccioné rápidamente y me puse a reír. Le conté a Mariano todo el sueño maravilloso que había tenido, donde Azucena hacía las veces de hada madrina que hizo una hermosa antesala a nuestra unión ante Dios. Mariano me escuchaba con atención, como si estuviera anotando cada detalle en su mente para en algún momento llegar hacer realidad ese sueño que no supe cuál era su final, gracias a la bendita mosca.

Después de un amanecer tan inusual, le pedí a Mariano que fuéramos a la casa de Azucena para buscar mi maleta y así poder cambiarme para ir al funeral. Desayunamos muy ligero, no tenía nada de hambre, solo las ganas de

ver a mi amiga, aunque fuera por última vez.

Cuando llegamos a la clínica, aún no habían entregado el cuerpo. Una de las tías de Azucena estaba muy indignada por la mala atención. Mariano fue a mediar para acelerar el proceso y lo logró. Inmediatamente llegó el coche funerario para retirar el cadáver y nos fuimos detrás de ellos para seguir a mi amiga hasta el final.

Después de algunas horas, ya la habían sacado en su ataúd y pude acercarme para despedirme. Para mi sorpresa, estaba con un vestido blanco, como el de mi sueño y en su rostro se dibujaba una tierna sonrisa.

—Mariano, ven —le dije a mi novio para que se acercara —Mírala, así estaba vestida en mis sueños —le susurraba muy conmovida.

Era como si Azucena tratara de darme un mensaje, uno muy lindo en el que sabía que la recordaría por siempre. Mariano me miró y me dio un tierno beso en la mejilla y luego me abrazó al ver que las lágrimas comenzaban a caer de mis ojos.

Me acerqué a sus padres, quienes estaban muy desconsolados y por ellos, los demás familiares aceptaron adelantar el sepelio. Ver como bajaban a mí amiga en esa caja hasta el profundo hueco, fue indescriptible. Lo que sentí fue desgarrador, pero me quedaba tranquila porque ella había logrado con nosotros lo que un día planificó, y no era otra cosa que vernos juntos.

La lluvia comenzó a caer sobre todos los presentes, algunos se resguardaban debajo de los árboles mientras los otros iban corriendo a buscar sus coches para subirlos. Mariano y yo, nos quedamos un rato más y dejamos que la lluvia nos bañara con las lágrimas representativas de mi amiga Azucena. Unos minutos después que estuvimos de pie, orando por el eterno descanso de Azucena, nos fuimos hasta el coche y nos subimos, empapados. Ya en casa de Mariano, nos duchamos, pero si noté que él se estaba sintiendo mal, comenzó a estornudar si parar y estaba temblando de frío. La lluvia no le

sentó nada bien y cayó en cama por un fuerte resfriado.

Me dediqué por tres días a cuidarlo, a consentirlo con unos caldos y mimos que eran la mejor medicina para el alma y para el cuerpo. Así nos fuimos conociendo en otras facetas que no habíamos explorado y con cada una, nos enamorábamos cada vez más.

Cuando ya Mariano se sintió mejor, recibimos la notificación de un abogado, pero la información era para mi novio. En la que pedía que se presentara en un juzgado para asistir a la lectura del testamento de mi amiga Azucena.

Nos quedamos boquiabiertos, porque no estábamos seguros de lo que se trataba. Azucena siempre se salía con la suya y cuando planificaba algo, raramente no se le daba como ella quería.

Sorprendidos, Mariano me pidió que lo acompañara, no sabía con lo que se podía encontrar ese día, había algo de susto en sus palabras y por eso decidí ir con él. Tratamos con antelación de ubicar al abogado para que nos adelantara de qué se trataba, pero la comunicación fue imposible y solo quedaba esperar.

Una semana después, había llegado el día de la lectura del testamento. Mariano y yo, nos fuimos muy temprano, solo por la curiosidad del asunto. Los familiares comenzaron a llegar, mientras acompañaban a los padres de Azucena quienes nos saludaron con mucho afecto.

Cuando estábamos en la sala, el abogado se presentó y nos pidió que tomáramos asiento y ahí, en ese momento comenzó la lectura.

Azucena había dejado todo preparado, había logrado hacer una gran fortuna en tan poco tiempo, gracias a su esfuerzo, dedicación y sacrificio que la llevó al grado de padecer una terrible enfermedad. Muchas propiedades que, a mi juicio, fueron bien distribuidas y cuando llegaron a la empresa, esa productora que ella había fundado junto con Mariano, el abogado se detuvo.

—¿Se encuentra presente en la sala, el señor Mariano Pizzolini? — preguntó el abogado con un tono de voz altivo.

Mariano me miró a los ojos, estaba bastante sorprendido, pero con los nervios de punta, se levantó y le hizo saber al abogado que si estaba presente. El abogado le pidió que tomara asiento para poder continuar.

—“Yo, Azucena Barazarte, en plena facultad mental, dejo el cien por ciento de mis acciones la productora al señor Mariano...” —iba leyendo el abogado.

Si palabras estaba Mariano, yo comencé a sonreír. Me dio mucha alegría que Azucena haya tomado en cuenta a Mariano, quien había trabajado tan duro como ella para sacar adelante esa empresa, que al final, se convirtió en la razón por la cual mi amiga había cambiado tanto. Todos en la sala aplaudieron por el noble gesto, pero Mariano y yo, únicamente sabíamos la verdad de cómo habían sucedido las cosas, que quisimos enterrar el mismo día que despedimos a mi amiga.

Después de toda la repartición, salimos de ese salón con una sonrisa dibujada en la cara, con eso se iban a dar muchos cambios en la vida de Mariano, pero en todo momento, me iba a mantener a su lado.

Con el pasar de los días, el noviazgo entre nosotros crecía. Yo había decidido comprar un nuevo apartamento cerca de donde vivía Azucena y creé una empresa de administración para empresas privadas, así le daría oportunidad a los que recién se estaban graduando en las universidades públicas, era mi forma de contribuir con la motivación del primer empleo. Mariano había regresado a trabajar en la productora, pero, aun así, siempre tenía tiempo para compartir conmigo, cosa que le agradecía mucho porque yo sabía que el trabajo ahí era muy fuerte.

Nos conocíamos muy bien, era difícil ver a Mariano molesto, su carácter era muy dócil pero cuando se trataba de tomar una decisión, realmente era muy

radical con los temas de trabajo. Ya me había comentado que estaba teniendo problemas con la ejecutiva de negocios, que era la que hacía el trabajo similar al de Mariano y yo cuando viajábamos juntos para cerrar los contratos con los grandes empresarios. Hasta que decidió prescindir de sus servicios y se estaba tardando mucho en conseguir un reemplazo satisfactorio. Ese día en la tarde, me llamó desesperado. Cuando lo noté así, le pedí que nos viéramos para tomarnos algo y así drenar un poco.

—Mi vida, no he podido contratar a una nueva ejecutiva. Hay mucho trabajo y creo que voy a enloquecer —me dijo mientras se ponía las manos en la cabeza, haciéndome ver que se sentía realmente preocupado.

—No te preocupes, cariño. Ya pronto vas a conseguir a alguien —le dije mientras le daba un beso y después me tomaba un trago.

—Voy a tener que retomar los viajes, hay tres contratos por firmar y no los puedo seguir postergando —me dijo tratando de buscar una solución a su problema.

Inmediatamente puse una cara que ni yo misma conocía. Los celos hicieron que mis cejas se elevaran un poco, haciendo ver mis facciones como la de una mala mujer.

—¿Y con quién irías? —le pregunté al saber que en las tardes después del trabajo había mucho tiempo libre para un buen coctel, por ejemplo.

Mariano notó rápidamente mi cambio, pero entre nosotros había mucha confianza y abiertamente me respondió:

—Con Samanta, mi vida. Recuerda que ella es la otra ejecutiva y para estos viajes, son necesarias dos personas, si no, créeme que la enviara sola.

Sentí que mi cabeza había girado como lo hacen los búhos, tratando de mover un poco mi cerebro y así tratar de comprender que era un viaje de negocios. Pero ante las traiciones que me habían hecho, no podía dejar de aceptar que Mariano también podía fallarme en cualquier momento.

No estaba bien que pensara eso de mi novio, pero la realidad no la podía ocultar. Me moría de celos con solo imaginar a Mariano con otra mujer y hasta el momento él no se había dado cuenta de mi actitud, solo estaba pensando en el bienestar de su empresa.

En otro momento, pude haberme ofrecido para acompañarlo, para revivir los viejos tiempos, pero también tenía grandes compromisos con mi empresa y no me podía ausentar. No sabía cómo hacerle ver mi preocupación a Mariano, porque quizás iba a sonar bastante egoísta.

Terminamos de tomarnos el trago y me fui a casa de Mariano para pasar el fin de semana, como siempre lo hacíamos. En esos días, trataba de retomar el tema del viaje, pero Mariano con sus atenciones y el amor que me daba en todo momento, hacía que me olvidara del tema y en mi mente terminaba por dejarlo para una próxima vez. Entre tanto posponer mi conversación, había llegado el día del viaje de Mariano con Samanta.

Mariano se veía tan emocionado porque los recuerdos conmigo invadían su mente, solo que esta vez no era yo quien lo iba a acompañar, era Samanta, una mujer a la que cualquier hombre daría todo por llevar a su cama, pero también tenía que asumir que era una persona muy profesional, por eso se había ganado la confianza de Mariano para ese cargo tan importante.

Quise ir al aeropuerto para despedir a mi novio y Samanta estaba ahí. Pensé verla semidesnuda, pero estaba muy recatada al vestir, cosa que me dio tranquilidad porque así era como estaba acostumbrada a verla en su oficina. Después que Mariano entregó su equipaje, se acercó a mí de lo más cariñoso y yo estaba muy celosa, pero realmente me estaba haciendo una película en mi cabeza.

—Por favor, mi vida, llámame cuando puedas y sé un buen novio —le dije al oído mientras me abrazaba a su cuello.

Mariano me miró con una expresión de asombro y pudo notar que había

algo de inseguridad en mis palabras. Sentí pena, porque era la primera vez que yo actuaba de esa manera y traté de disimular.

Samanta al ver que estábamos muy serios, se despidió de mí y se subió al avión. Mariano me abrazó y me besó y se despidió, pidiéndome que por favor me quedara tranquila. Sus palabras me hicieron sentir muy mal, estaba quedando como una novia celosa y la confianza que habíamos construido en nuestra relación, la estaba lanzando por la borda.

Me fui en mi coche hasta mi casa y ahí encendí la laptop para trabajar un rato y despejar un poco la mente. Cuando miré el reloj, habían pasado dos horas y Mariano no me había escrito, aun cuando el vuelo era de tan solo 45 minutos. Me preocupé, pero no tanto porque le hubiera sucedido algo malo, solo pensaba en que él estaba cómodo con Samanta.

Intenté llamarlo, pero me enviaba a buzón y mi desconfianza continuaba aumentando. Una hora más había pasado y nada, no había señales de Mariano, hasta que decidí llamar a la aerolínea y me notificaron que el vuelo estaba retrasado por un problema en la pista y que los pasajeros llevaban tres horas en el avión.

Por causas de la suerte, no había escrito ningún mensaje dejándome llevar por la ira, pero de igual manera al encender el móvil, Mariano iba a ver las diez llamadas que le había realizado. Tenía una excusa y era que no sabía nada de él y me había preocupado, cosa que no era mentira, salvo por el motivo de la preocupación.

Una hora más y hasta que al fin, mi móvil sonó dejándome escuchar la voz de Mariano.

—Mi vida, me tenías preocupada ¿Cómo estás? —le pregunté, muy emocionada al escuchar su voz.

—Amanda, mi vida. Estoy bien, hubo un retraso en el vuelo, por eso no te había llamado, cariño. Pero, moría de ganas por escuchar tu cálida voz. Ya te

extraño, mi vida —me dijo Mariano, haciéndome sentir la mujer más amada del mundo.

Hablamos por un largo rato hasta que yo decidí que debíamos cortar a llamada al escuchar a Mariano muy agotado y no era para menos con esas tres horas de retraso en el vuelo. Cuando estaba a punto de despedirme, escuché la voz de Samanta en el fondo y me llené de mucho coraje.

—¿Dónde estás, Mariano? ¿Por qué escucho la voz de Samanta junto a ti? —le grité con mucha rabia por los celos que me invadían al momento.

—Estoy en el lobby del hotel, Amanda. Te estoy llamando desde aquí, porque acabamos de llegar. No me vuelvas a gritar por favor, me trae muy amargos recuerdos. Hablamos mañana, feliz noche y descansa —me dijo Mariano con un tono de voz bastante luego de incomodidad que reflejó claramente su molestia, mientras colgaba la llamada.

Me senté en el sofá y me puse las manos en la cabeza, no podía creer por qué había reaccionado de esa manera, hasta el punto de que Mariano me haya comparado con Azucena, cuando ellos estaban en esa relación tormentosa y ella lo llamaba para gritarle. Desconfié, lo hice a ciegas y no me lo podía perdonar, me dejé llevar por los recuerdos del pasado, aun cuando Mariano me había demostrado que él daba todo por mí. Le estaba fallando a la relación y a mis propios sentimientos.

No podía dejar de pensar en lo que estaría pensando Mariano de mí. No nos habíamos alejado desde que iniciamos la relación y quizás esa fue la causa de que mi inseguridad se hiciera presente, aún no tenía excusas para la desconfianza. Me sentí muy mal esa noche, pero también Mariano debía entenderme y no debió colgar la llamada sin terminar de escucharme, ni siquiera me dio la oportunidad de disculparme. Ahora yo también me encontraba molesta por la actitud de Mariano.

Me quedé hasta tarde, trabajando y a cada rato revisaba mi móvil, como si

él me fuera a escribir. Quizás por el cansancio ya se encontraba dormido. Era nuestra primera noche que dormiríamos disgustados, sin un mensaje bonito de buenas noches y eso me estaba rompiendo el corazón.

Me acosté casi en la madrugada, entre el trabajo y el análisis de mi mente no podía dejar de pensar en él. Me quedé dormida y cuando desperté, el móvil estaba a mi lado, sin un mensaje o una llamada de Mariano.

Me senté en la cama, y traté de ser imparcial en mis pensamientos y llegué a la conclusión de que debía escribirle pidiendo disculpas, a pesar de que él se había comportado de una manera grosera, yo había sido la que faltó a la desconfianza y de paso le había gritado.

Tomé el móvil y le escribí un lindo mensaje y también le envié una canción que expresaba cómo me estaba sintiendo y en la que al final, la cantante le pedía perdón a su galán.

Al rato, me respondió con una de sus frases que lograban enamorarme cada vez más y me hacían dar cuenta que era el hombre de mi vida.

“No tengas miedo del amor, esto es real mi vida. Tú y yo estamos destinados a estar juntos y te lo he demostrado, te amo. “

Le respondí inmediatamente, antes que se fueran a trabajar, diciéndoles que lo amaba, solo eso. Pero en el transcurso del día, no recibí ni una llamada o un mensaje y me volví a sentir vulnerable a mis celos. Me quise escribir, realmente no quería perder a Mariano. Me estaba convirtiendo en una mujer diferente o que quizás estaba dormida. Me sentía poseída por los fantasmas del pasado, necesitaba confiar en Mariano, así que, en la tarde, me fui a mi oficina para sumergirme en todos los documentos que tenía por firmar, dejando a un lado mi móvil.

La estrategia me había funcionado, era tantos los pendientes que tenía por resolver, que ni cuenta me había dado de todas las llamadas y mensajes que tenía de Mariano. Cuando le regresé la llamada, me respondió tan amable y

amoroso como siempre, diciéndome que se había preocupado, pero no fue una explosión de celos como lo había hecho yo. Su madurez en la relación me hacía sentir bastante infantil en mi actitud y sentí vergüenza por la confianza que él me tenía.

Hablamos sin recordar el incidente de anoche, era muy bonita la manera en cómo Mariano me hacía sentir Amada, ya no podía contar las horas para tenerlo nuevamente junto a mí. Se había convertido en mi todo en mi vida, después de tantas mentiras, su amor era mi verdad.

La semana pasó muy lenta, quizás por mi desespero en verlo llegar, aproveché mi terapia anti pensamientos negativos, para adelantar parte del trabajo que tenía y de esa manera podía apartar la ira de mi mente.

Al fin, había llegado el gran día en que Mariano regresaba de su largo viaje. Aproveché para hacer un pedido por la internet de unas hermosas rosas azules ¿Quién dijo que los hombres no reciben flores? Me dije y se las envié a su oficina.

Al mediodía, ya me estaba llamando para agradecerme y decirme que se sentía muy especial al recibir sus primeras flores de parte del amor de su vida. No podía sentirme más feliz al escuchar que a Mariano le había gustado el detalle, con eso le dejaba claro que me importaba y mucho. Quise hacer algo aún más especial y para la noche tenía toda una celebración planificada. Mientras estaba en mi oficina, mi secretaria me ayudaba con las compras necesarias y sobre todo con mi traje sexy que me quería poner para complacer a mi novio en la cama.

Mariano pasó a buscarme a mi oficina si avisarme, al menos me había dado tiempo de guardar las cosas en el maletero de mi coche, así que aún podía mantener la celebración en secreto.

—Mi vida, pasé un momento para verte. Debo llevar unas cosas a la casa. Te compré algunos detalles y gracias por las espectaculares rosas ¡Me

encantaron! —me dijo mientras me abrazaba y me daba un rico beso.

—Ve cariño, pero este fin de semana, nos quedamos en mi casa —le dije con mucha seguridad para que no tuviera ninguna oportunidad de decir que no.

—Ya lo tenía pensado, mi vida —me dijo sonriendo, mientras se despedía con un beso.

La noche se tornaba perfecta. Extrañaba tanto a mi Mariano que necesitaba tenerlo solo para mí, como antes, como siempre. Tenía en mente tantas cosas, no solo de comida, necesitaba viajar con él, ya quería que diéramos un paso más en la relación, pero si algo había aprendido, era a no forzar las cosas. No podía volver a pasar por las revistas de novias que compré, mientras esperaba que algún día Carlos llegara a comprometerse conmigo.

Capítulo 9

Cuando todos se estaban yendo de la oficina, mi secretaria me recordó lo de mis planes en la noche. Miré el reloj y vi que aún estaba a tiempo de llegar a preparar las cosas. Me fui muy rápido y noté que Mariano aún no había llegado.

Preparé la cena rápidamente y luego me di un baño, relajante y espumante. Me coloqué una crema de vainilla como le gustaba a Mariano y me coloqué un traje muy pequeño como ropa interior, encima, un corto vestido que, si me agachaba a recoger algo, se me iba a ver hasta lo prohibido y esa era la idea.

Vi las luces en el estacionamiento y me asomé, era Mariano llegando. Como él tenía llave, me despreocupé por salir a abrirle la puerta y terminé de peinarme y colocarme un labial rojo en mis labios.

Apenas escuché que las llaves las había colocado en la mesa, salí a su encuentro y su cara de sorpresa me hizo ver que mi plan estaba funcionando.

—Te ves hermosa, Amanda. Me hace muy feliz tenerte a mi lado, mi vida. Gracias por todas las sorpresas que me has dado en el día —me dijo mientras nos abrazábamos y nos dábamos un tierno beso de bienvenida.

Me sentí muy complacida por todo lo que estaba logrando, necesitaba borrar definitivamente ese episodio en el que, ante los ojos de Mariano, yo había quedado como una celosa empedernida. Mientras me fui a la cocina a calentar la cena, él se fue a la habitación para ducharse y ponerse una ropa

cómoda.

Cenamos de lo más divino, era una cena romántica pero muy a nuestro estilo. Nada de velas, ni música clásica, solo las luces de las lámparas y nuestras risas que hacían de la velada una noche muy nuestra. Después de recoger la mesa, nos fuimos al sofá y mientras tomábamos unas copas de vino, comenzamos a tocarnos y besarnos con mucha intensidad.

Mi meta era que termináramos en la cama, pero el calor de nuestros besos y caricias hicieron que mis planes se adelantaran. Traté de quitarme el vestido de la manera más sensual, buscando en mi mente algún ritmo que me hicieran contonear y seguir las notas con mis movimientos. Mariano me observaba con ternura y yo estaba tratando de poner un poco de malicia en su mirada para que se diera la explosión de emociones que había planificado para esta noche.

A medida que mi baile se calentaba con cada movimiento, Mariano se iba quitando una pieza de su ropa, hasta que se levantó del sofá y comenzó a besar mi cuello mientras me pedía al oído que continuara bailando. Él, jugaba con mi cabello mientras yo giraba y lo miraba hasta que decidió tomarme en sus brazos, haciendo que mi baile terminara. Comenzó por acariciar mi espalda, mientras tocaba mis senos aun cubiertos por el pequeño sujetador rojo. Sus manos fueron bajando hasta mis muslos, presionándolos junto a él con mucha fuerza, aprovechando que estaba a mi espalda para sentir como en su parte íntima se despertaba, reaccionando ante la emoción del momento. Así comenzaba nuestro juego previo a la danza del amor, donde nuestros cuerpos se convertían en protagonistas de una novela en la que solo existíamos él y yo.

Mi trajecito rojo había sido un éxito, había logrado en Mariano la sensación que buscaba, pasión. La noche fue muy complaciente y el cielo estrellado sirvió de telón para que hiciéramos el amor debajo de su lienzo hasta terminar en la cama, donde nos quedamos dormidos, plácidamente.

Nuestros fines de semana continuaron así. Nos alternábamos entre una casa

y otra, pero siempre hacíamos cosas alocadas y diferentes, nunca caíamos en la rutina.

Semanas después, la empresa de Mariano estaba entrando en una recesión económica bastante fuerte y tuvo que hacer un recorte de su personal. Yo traté de rescatar a algunos para mi empresa y de esa manera colaborar para que no perdieran el empleo, pero eran muchos y otros se quedaron sin la oportunidad.

Fueron unas semanas muy duras para Mariano, tanto, que nuestra vida sentimental se estaba viendo afectada por el exceso de trabajo.

Mariano se aferró mucho a su escritorio. Había fines de semana que no nos veíamos por el solo hecho de que también trabajaba esos días, como si algún empresario le fuera a firmar algún contrato a distancia. Se encerró tanto en sí mismo, retándose que él solo podía levantar la productora que, por momentos, se olvidaba de mí y hasta de él mismo, porque dejaba de comer y a mí ya me estaba preocupando.

En poco tiempo, había logrado establecerse, pero cada vez quería más y más dinero, llegando a parecerse a Azucena en sus buenos tiempos, cuando solo pensaba en ser una máquina de hacer dinero. En muchas ocasiones, trataba de planificar una noche especial para tratar de bajar un poco su estrés, pero Mariano no llegaba, solo un mensaje de texto en el que me decía que tenía mucho trabajo y que lo disculpara. Ya parecía un mensaje guardado, porque siempre, siempre llegaba el mismo mensaje.

Su carácter se había modificado tanto, que cuando me presentaba de sorpresa en su oficina, me decía que no volviera a ir sin avisar y después se excusaba porque si no avisaba, él no podía planificarse para atenderme y le daba pena que estuviera sentada en una silla sin hacer nada más que mirar el entorno que se convertía en pesado.

Mariano no se daba cuenta que me estaba perdiendo que con su afán de seguir trabajando se alejaba más y más de mí por eso yo me estaba sintiendo

muy sola y me refugié también en mi oficina en el trabajo.

Ya no existía el hombre que velaba por mí, que me enamoraba. Sólo existía el empresario que se preocupaba únicamente por su dinero y me hacía recordar tanto Azucena que me daba miedo que se enfermara por su ambición por la riqueza.

Comencé a aislarme de él y empecé a asistir a convenciones en las que conocí a muchísima gente, por supuesto no dejaba de preocuparme por Mariano. Pero, qué podía hacer si él se encerraba cada día más en su trabajo. En una de esas convenciones de altos empresarios, conocí a Julián un hombre muy encantador y a su prima Esmeralda. Ambos tenían una empresa similar a la mía, de administración que fungía más como una fundación, como lo que yo tuve en mente al inicio de todo. Nos compenetramos mucho y al conversar con Esmeralda nos hicimos muy buenas amigas en todo momento les hablaba a los dos de Mariano, pero en cada evento siempre asistía sola y será tanta la confianza que teníamos que se burlaban de mí, pensando que les estaba hablando de mis amores con un fantasma.

De todos los fines de semana que Mariano y yo pasábamos juntos, se había reducido a tan sólo uno o dos al mes y no todos los días o era un sábado o un domingo que nos podíamos. Ya nuestra danza de amor no existía y hacíamos el amor de forma rápida, hasta el juego previo lo habíamos dejado atrás.

Por mi parte el amor no había muerto, seguía intacto, tan sólo estaba dormido, esperando que Mariano despertara de ese sueño ambicioso de seguir consiguiendo dinero.

Comencé a hacer una nueva vida social, ya no solo eran convenciones, ya habían llegado los tragos con Julián y Esmeralda. Disfrutábamos mucho y nos reíamos mientras nos contábamos las anécdotas. Esmeralda y yo habíamos pasado por situación similar, aunque cuando llegué a mencionarles lo que me había sucedido en aquel banco, que hasta en la cárcel había parado, no podían

creerlo y decían que era una mujer demasiado fuerte, pero muy dulce como decía mi Mariano. Así pasaban algunas de mis noches en las últimas semanas.

En uno de esos días en los que Mariano trataba de ser el enamorado que era antes, lo invité a uno de esos encuentros de empresarios que se iban a celebrar en la noche, en un importante hotel capitalino. Pensé en aprovechar la ocasión para que Mariano se involucrara con mis eventos y de esa manera me pudiera acompañar, porque en todo momento ponía excusas con el exceso de trabajo. Aun así, me arreglé muy elegantemente para estar a la altura de la noche.

Cuando se acercaba la hora, comencé a ponerme nerviosa y a mirar el reloj y mi querido novio, nada que aparecía, no llegaba. Mi móvil no sonaba y me preocupaba que tampoco me había avisado que vendría, hasta que decidí llamarlo.

—Mi vida ¿Dónde estás? Llevo rato esperándote, vamos a llegar tarde ¿Dónde estás, Mariano? —le decía dulcemente tratando de tener una respuesta que me tranquilizara.

—Amanda, mi vida, no voy a poder acompañarte. Se me presentó un inconveniente con unos músicos y necesito solventarlo, seguiré aquí en el trabajo, pero no te preocupes, seguramente estarás ahí en la madrugada y yo paso por allá, conozco a tus amigos y te recojo para ir a tu casa —me dijo muy tranquilamente.

No le quise responder, realmente me sentía indignada ya no se preocupaba porque yo me sintiera a gusto, no se atrevía ni a avisarme cinco minutos antes de que comenzará la celebración. Era imperdonable el comportamiento de Mariano, jamás pensé que nuestra relación se convertía en un tormento y no podía entender como el trabajo lo había absorbido tanto y cómo estaba siendo tan débil ante esa situación, teniendo a todo un personal que pudiera encargarse fácilmente de todo.

Me molesté mucho y no quise responder a su estúpido mensaje. Lo único que me faltaba era echar humo por la nariz para terminar de darme cuenta de que ya esto me estaba afectando. Por más que trataba de comprenderlo, le daba vueltas a mi cabeza y no podía entender cómo había cambiado tanto y en tan poco tiempo.

Decidí ir sola, así que tomé mi coche y me fui hasta la celebración. En ese momento vi cuando llegaba Esmeralda con su hermano Julián, y nos saludamos con mucho cariño. Inmediatamente Julián pregunto:

—¿Y Mariano, no te acompaña esta noche? —me dijo Julián mirando hacia los lados, pensando que quizás Mariano estaba estacionando el coche.

—No, no pudo venir. Tiene mucho trabajo, pero no hablemos de Mariano por favor. Sigamos adelante—le dije para que no se empeñara en el tema, mientras le hacía señas para que por favor entráramos al salón

La decoración estaba espectacular, el ambiente se hacía sentir muy agradable. Uno de los anfitriones nos acercó a nuestra mesa y ahí estaban los nombres de los asistentes: Mariano y Amanda, Julián y Esmeralda, pero obviamente Mariano no iba a llegar.

Apenas Julián se levantó un momento para ir al baño, Esmeralda me preguntó que, si estaba pasando algo más con Mariano, aproveché la oportunidad para desahogarme y le expliqué todo. Ya no podía seguir ocultándolo y excusando su ausencia, como si se tratara de un médico que siempre está de guardias en un hospital. Mientras le contaba a mi nueva amiga, las lágrimas se me salían de mis ojos y no podía ocultar el dolor que estaba sintiendo porque se estaba perdiendo el amor que con tanto esmero habíamos construido Mariano yo.

Una vez más el dinero me estaba apartando de los seres que amaba. En primer lugar, de Azucena que por su terquedad prefirió la enfermedad a entregarse al amor y, en segundo lugar, Mariano estaba siguiendo sus pasos y

por más que trataba de sacarlo de su error no me dejaba y me echaba a un lado, como si fuera algún objeto que le estuviera estorbando. Eso me tenía desgastada, muy triste sin saber qué hacer o cómo ayudarlo.

Julián había regresado y se estaba reincorporado con nosotros a la mesa. En todo momento traté de que no se diera cuenta de mis lágrimas y le pedí a su prima Esmeralda que tuviera discreción. Cuando comenzó a sonar la música, uno de los invitados se acercó a la mesa y sacó a bailar a Esmeralda, era otro de los empresarios que habían asistido también con nosotros a una de las convenciones. Se veía que disfrutaban mucho en la pista, no podía para de verlos y aplaudir. Mientras ellos bailaban, Julián y yo nos quedamos solos en la mesa y comenzamos a hablar de la vida y de las relaciones de las parejas. Sentí que estaba indagando mucho sobre mí, pero al rato pensé que lo hacía por curiosidad.

Cuando inició la otra canción Julián me tendió la mano para sacarme a bailar y no me opuse, después de haberle confesado que era mucho el tiempo que tenía sin hacerlo y apenas dimos los primeros pasos al ritmo de la música, él con su voz tan varonil, comenzó a elogiarme muy descaradamente.

—Bailas muy bien, Amanda. Dicen que las mujeres cuando bailan bien es porque cocinan cómo bailan y si tú bailas muy bien significa que cocinas muy bien, o algo así —me dijo muy picaron.

Yo sabía de qué se trataba el populoso refrán y hasta se le había enredado la lengua mientras lo decía, pero me sentía tan a gusto que lo vi a manera de chiste. Me agradaba mucho la forma de ser de Julián, era como ese tipo de hombres que parecía un muñeco, como los que le ponen a la torta encima, pero también era muy atrevido y eso le quitaba mucho mérito de caballero y no le quedaba nada bien.

A pesar de que me llamaba la atención como hombre, en mi mente sólo existía Mariano, como pareja y como mi todo, aunque me están estaba

apartando totalmente de su vida.

Julián y yo no sólo bailamos esa pieza fueron más de tres, pero sentí por un momento que se estaba aprovechando de mi soledad, cuando con sus fuertes brazos intentó rodear mi cintura y agarrar mi cuello con su otra mano, como pretendiendo besarme. Hubo una especie de forcejeo, al darme cuenta del abuso, porque fue como si tratara de buscar algo más y ya no se era un simple abrazo de amigos como lo llegué a pensar por un momento.

Creí que en ese instante era el ideal para huir. Al ver la hora me di cuenta de que Mariano tampoco llegaría y tenía que evitar algún acercamiento con Julián que me hiciera arrepentir más adelante. No podía dar pie a ninguna relación de traición. No podía traicionar a Mariano porque significaría traicionar mis sentimientos.

Julián se dio cuenta de inmediato que había cambiado mi forma de ser y se molestó porque pensó que a mí también me estaba gustando y se comportó como un patán con su actitud.

Busqué mi coche y me fui a mi casa bastante aterrada, por lo que había vivido. Era muy difícil encontrar a un hombre como Mariano, alguien que era capaz de tratarte como un caballero, pero recordaba que hasta él había perdido su armadura y también estaba perdiendo a su princesa por ambición.

Mariano ni siquiera me llamo en la madrugada, como había dicho. Mintió al decir que me iba a pasar buscando, eso también se le había olvidado. Apostaba ciegamente, a que, si yo llamaba a su oficina, él iba a estar y pegado al computador, pero no quería seguir forzando la barrera.

Realmente me sentía muy sola y comencé a llorar de tristeza mientras me recostaba en la cama. Me quedé dormida, profundamente dormida y en la mañana cuando desperté miré al lado de mi cama y estaba Mariano acostado con una cara de cansancio increíble. Había entrado y seguramente al verme dormir se acostó sin hacer ningún ruido para no despertarme.

Me quedé mirándolo, como antes lo hacía, admirándolo y velando sus sueños. Permanecí ahí, esperando que despertara para ver si en esa oportunidad pudiéramos hablar y que se diera cuenta que lo nuestro se estaba terminando y que si seguíamos así no podíamos a llegar a tener un final feliz.

Unos minutos más tarde Mariano despertó con un gran dolor de cabeza que a mí me asustó mucho porque eran los síntomas de un estrés crónico que le podían causar hasta una enfermedad terrible cómo le pasó a Azucena.

El dolor de cabeza fue constante y se hacía más fuerte. Durante todo el día tuvo de estar acostado porque el dolor no lo dejaba ni abrir los ojos y los analgésicos que teníamos en casa lo ayudaban a mejorar y no cesaba. Cuando le llevé la comida a la cama lo noté bastante mal.

—Mi vida, por favor, vamos al médico. Te ves muy mal me preocupa verte así —le pedí mirando de los ojos.

En el momento en que se disponía sentarse, Mariano comenzó a sangrar por la nariz. Fue un momento aterrador para mí. Salí corriendo al baño a buscar unas compresas para detener el sangrado y se las coloqué, pero la sangre no se detenía. Traté de mantener la calma y lo primero que hice fue armarme de valor y llamé a urgencias. En todo momento me estuvieron diciendo cómo lo tenía que auxiliar mientras ellos llegaban y le coloque su cabeza hacia atrás, pero aun así la sangre no paraba.

El dolor de cabeza aumentaba, pero Mariano estaba consciente y eso era lo importante en todo momento. Apenas llegaron los paramédicos abrí la puerta y cuando terminaron de evaluar a Mariano inmediatamente se miraron y dijeron que tenían que llevarlo a una clínica, por un episodio crítico de hipertensión y era necesaria una evaluación exhaustiva para ver si los daños podían llegar a otros órganos como era el caso del corazón.

Me asusté mucho con el pre diagnóstico de los paramédicos me coloqué una ropa rápidamente y me fui con ellos en la ambulancia. No abandoné a

Mariano en ningún momento y mientras él se cubría la nariz con la compresa, me pedía con la voz muy bajita que no lo dejara solo. Mi corazón se rompía en miles pedacitos con el solo hecho de pensar que a mí Mariano le podía suceder algo que lo apartará de mi vida. Si ya con el exceso de trabajo que él mismo se había impuesto, estaba logrando que me alejara de él y eso me estaba causando un gran daño, por eso no podía imaginar el dolor que sentiría por perderlo definitivamente.

La sangre no se detenía y era lo que más me preocupaba. El paramédico trataba de tranquilizarme durante el camino hacia la clínica, pero Mariano comenzaba a sudar y su dolor de cabeza seguía en aumento. Cuando llegamos a la clínica, las enfermeras y los doctores recibieron a Mariano muy amablemente y a mí me pidieron que me sentara, que en tan sólo unos minutos ellos saldrían a avisarme para que entrara a verlo y así fue. No recuerdo exactamente cuánto tiempo pasó, sólo le pedía a dios que no me lo quitará y prometí que iba a buscar la manera de que las cosas entre nosotros funcionarían bien. Estaba entendiendo que los designios de Dios eran muy sabios, y si una vez nos unió por intermediación de Azucena era porque realmente quería que estuviéramos juntos y así lo iba a mantener.

Traté de calmarme, ya no me gustaba estar en una clínica necesitaba que mi vida continuará con la racha de buena suerte que había mantenido por un tiempo. Tenía muy presente que esto no debió pasar y pensaba en todo momento que se pudo haber prevenido. Con una mezcla de coraje y preocupación, me levanté de la silla para acercarme a la sala de emergencia, pero no hoy no hizo falta caminar hasta allá porque la enfermera salió y me informó que ya podía ver a Mariano.

No había pasado sino de un susto, uno que si no se detenía podía llegar a unas terribles consecuencias. Mariano estaba comenzando a sufrir de hipertensión, a causa de su acelerado ritmo de trabajo y el sangrado en la nariz

lo ayudó a que su cerebro drenara y de no haber sido así, hasta un accidente cerebrovascular le hubiese dado dejándolo quién sabe en qué condiciones por su dura cabeza, pero no podía ser fuerte con él en este momento, Aunque el verbo allí me provoca para decirle que él mismo se lo había ocasionado, pero nada iba a ganar con eso.

Me sentía con rabia y a la vez como vida era una confusión no podía entender cómo una persona pudiera amar tanto el dinero como para hacerse daño a sí misma. Yo nací con mucho dinero y aun así había decido hacer el mío propio, pero no dejando de vivir. El dinero para mí no lo era todo o quizás lo estaba pensando así porque siempre lo tuve. Mientras analizaba como siempre mi vida y la de todos los que me rodeaban, buscando de alguna manera una respuesta de justificación, Mariano despertó y en medio de mis lágrimas me acerqué hasta él.

—¿Cómo te sientes mi vida? Me has dado el susto de mi vida, un susto tremendo y llegué a pensar lo peor. Sobre todo, cuando comencé a verte sangrar y más aún con el dolor de cabeza tan fuerte que no se te quitaba —le dije mientras lloraba desconsoladamente y por más que trataba de no hacerlo, pero era imposible no llorar del dolor por el temor a perder lo era más fuerte que yo, el amor.

—Perdóname, Amanda. Perdóname mi amor, no sabía el daño que me estaba causando, pero más aún el daño que estaba causándote a ti fui un egoísta —me decía mientras se colocaba sus manos en su cabeza como si comenzará nuevamente el dolor.

Salí corriendo llamar al doctor muy preocupada, para mí algo más estaba sucediendo algo más de la hipertensión, pero qué podía ser peor que eso, si se trataba de un asesino silencioso del cual debíamos de tener mucho cuidado. Entré con el doctor a la pequeña y fría habitación de la sala de emergencia y Mariano se quejaba mucho del dolor de cabeza. El doctor me explicaba que

necesitaba que se cuidara mucho para no tener una recaída y me hacía entender que la hipertensión era una enfermedad de la cual había que tener mucho cuidado. Ya le habían evaluado el corazón a Mariano y no había ninguna afectación por ahora. Inmediatamente llama la enfermedad y ordenó que le colocará un fuerte analgésico para el dolor de cabeza y ahí estuvimos esperando hasta que se quedó nuevamente a dormido.

Capítulo 10

Ya en la tarde Mariano comenzó a sentirse mejor y yo estaba menos preocupada, pero necesitaba que se comprometiera a descansar. El doctor llegó con las indicaciones y las dijo en voz alta para que Mariano estuviera consciente de su situación de salud y le explicó que un hombre tan joven como él no se justificaba que tuviera tanto estrés y que necesitaba ponerle más atención a su vida y sobre todo a su corazón, si no quería regresar a la clínica a causa de un infarto. Cuando el doctor dijo esa palabra, infarto, estuve a punto de derrumbarme, un sentimiento de vacío me inundó, para mí era una palabra mayor que me causaba un gran temor.

Mariano me miró y pude ver en su rostro que el susto lo invadió por las palabras del doctor. Se sentó en la camilla y tomó las indicaciones, al mismo tiempo que le decía al doctor que de ahora en adelante su salud iba a estar de primero.

Ya saliendo de la clínica, con un Mariano convaleciente, tuvimos que tomar un taxi para llegar hasta la casa, porque yo no estaba en condiciones de manejar cuando los paramédicos lo fueron a buscar. En el camino, Mariano me abrazaba y no paraba de pedirme perdón por su descuido. Cuando llegamos a la casa, inmediatamente se fue a la habitación a recostarse y yo me senté en el sofá a pensar.

Pasaron los días y su recuperación se hizo evidente. El susto me había

devuelto al Mariano de antes, se había convertido en ese hombre dulce y romántico del que me había enamorado. Nuestras semanas pasaban como al inicio de nuestra relación, pero después de un corto tiempo, nuevamente Mariano se estaba entregado a la empresa por otra falla administrativa. Su dolor de cabeza comenzaba a manifestarse, sobre todo en las noches y en las mañanas. Por más que yo trataba de que fuéramos al especialista, él nunca quiso evaluarse para ponerse en tratamiento por la hipertensión. Yo todos los días le recordaba que necesitaba cuidarse, así que decidimos estar más tiempo juntos, por lo que ya no sólo nos quedábamos los fines de semana, también lo hacíamos entre semana o en su casa o en la mía, para poder cuidarlo y atenderlo. No me gustaba la idea, pero también me asustaba que, al no ver el empeño de su parte, verlo recaer.

En ocasiones me mentía cuando le daban los fuertes dolores de cabeza, pero me daba cuenta cuando yo iba al baño, ahí podía ver los pedazos de papel ensangrentados dentro de la papelera y salía corriendo a mirar cómo él estaba y lo veía dormido en la cama, como si nada. Cada vez más me preocupaba, aunque ya no se quedaba de madrugadas en la oficina, pero se traía trabajo hasta la casa y eso es lo que le estaba generando mucho estrés. Mariano casi no estaba durmiendo y debido a eso yo tampoco lo estaba haciendo. De tanto pensar durante toda la noche, había planificado una rutina de ejercicios para cambiar nuestro estilo de vida.

—Buenos días mi vida despierta por favor. He decidido que a partir de hoy nos vamos a caminar al parque —le dije muy emocionada mientras abría las cortinas de la habitación para que entrarán los rayos del sol.

Cuando volteé a mirar a la cama, Mariano estaba sentado con sus manos en el pecho y me decía que no podía respirar y que le dolía mucho. Yo no reconocía sus síntomas, era algo nuevo para mí. Antes solo le dolía la cabeza, así que me lo senté un poco inclinado y le comencé a dar golpecitos en la

espalda pensando que eran unos gases, pero el dolor se iba intensificando hacia su brazo izquierdo.

Para descartar, preferí llamar a su doctor que se había puesto a la orden las veinticuatro horas del día.

—Buenos días, doctor. Disculpe la hora estoy aquí con Mariano que siente un dolor en el pecho —le dije al doctor tratando de describir un poco la escena que estaba presenciando.

—Tráelo inmediatamente a la clínica, voy saliendo para allá—me dijo el doctor con una voz de preocupación que me causó mucha alarma.

Hasta ese entonces no había entrado debido a lo que estaba sucediendo, era algo por lo cual debía preocuparme e inmediatamente lo ayudé a vestir y nos fuimos hasta la clínica, esta vez en mi coche. Cuando llegamos, el doctor había alertado a todas las enfermeras que era un posible caso de infarto y yo me quedé paralizada, pasmada, porque pensé que se infarto nunca podría llegar a un hombre de tan solo treinta y dos años.

Me sentía culpable por no haber puesto carácter en la salud de Mariano, pero él tenía la mayor responsabilidad. Comencé a llorar de preocupación a pesar de que él entró caminando, se encontraba bastante delicado. Después de varias horas de estudios, el doctor se acercó a mí diciéndome que, en efecto, Mariano había sufrido un infarto. Yo pensé lo peor, pero, me puso la mano en el hombro y me dijo que él iba a estar bien, pero que todo iba a depender de él y que ya podía pasar a verlo.

Entré a la habitación y Mariano estaba consciente. Era extraño ver cómo una persona le había dado un infarto y seguía normal físicamente, pero internamente sus órganos estaban afectando y principalmente el corazón. Él necesitaba más que un compromiso de su parte para poder vivir una vida tranquila y sin preocupaciones. Esta vez estuve más cerca de perderlo de lo que él se había imaginado.

Varios días tuvimos que pasar en la clínica mientras lo evaluaban y le analizaban el corazón a Mariano, era necesario que saliera bien de todo, yo no podría darme el lujo de llevarlo a la casa y que el continuará con su presión en el trabajo que le generara más estrés, porque podía recaer y esta vez sería peor. Cuando le dieron de alta nos fuimos hasta el coche y dejé que mi silencio hablara por mí.

—Sé que estás preocupada, mi vida y qué estás molesta conmigo, Amanda. Ya no voy a prometer más nada, voy a actuar porque no quiero perderte. Eres lo más importante que tengo en esta vida, más importante que mi empresa y que el dinero que pueda obtener de ella —me dijo mientras me tomaba la mano y me da un tierno beso.

La terquedad de Mariano ya me estaba haciendo dudar de lo feliz que podía llegar a ser a su lado. Él se estaba haciendo daño y por ende me hacía daño mí también. Su estado de salud se estaba deteriorando y él no lo podía entender. Semanas más tarde, Mariano me pidió que me mudará a su casa, pero sentí que de la forma que estábamos íbamos bien, necesitaba estar segura de que él iba a poner de su parte, porque no era un niño pequeño para estar cuidándolo y yo tampoco me sentía su mamá, para mí era necesario ver que él estaba cambiando antes de tomar cualquier decisión.

Semanas después, Mariano me invitó a cenar. Evitamos a toda costa tomar algún tipo de licor y comer comidas pesadas durante la noche, pero acordamos que una copita de vino no le hacía mal, así que nos fuimos a un restaurante, de esos que nos gustaban mucho y uno de los que había sido testigo del principio de nuestra relación y de cómo iba creciendo nuestro amor.

Estaba segura de que había alguna buena noticia, porque era uno de los restaurantes donde sólo se iba cuando había una ocasión especial. Entre halagos y besos de parte de Mariano para conmigo, me dio una muy buena noticia que quizás iba a cambiar el rumbo positivamente de nuestra relación.

—Mi vida, he contratado a un gerente de operaciones, así que ya no hará falta que vaya constantemente a la oficina. Solo revisaré con el contador la parte financiera de vez en cuando y ya tengo todo el tiempo del mundo para ti. Te pido por favor que hagas lo mismo y así nos podemos dedicar a nosotros, a nuestro amor, a no abandonarnos ni a cuidarlo y estar juntos por siempre —me dijo tomándome de la mano al mismo tiempo que me entregaba una de las rosas del centro de mesa que había escogido para mí.

Me sentía como una niña con un chupetón, casi saltaba de alegría. Yo no podía con la noticia tan maravillosa que Mariano me estaba dando. Sabía que me iba a costar mucho desprenderme de mi empresa porque era el momento que tenía para desahogarme, pero por él era capaz de todo. Tenía gente muy preparada y no me iba a pesar dejar la empresa bajo las manos del gerente de operaciones que ya desde hace algunos meses tenía porque cuando a Mariano le dio el infarto, yo había tomado las precauciones conmigo, porque necesitaba también cuidar mi salud.

Después de una semana entrenamiento con su nuevo gerente de operaciones, Mariano me llamo para decirme que todo estaba listo para dejar la empresa. Fue un momento de mucha conmoción tanto para él como para mí. Esa misma noche Mariano regreso muy sonriente y a mí me tenía sorprendida de cómo había cambiado a trescientos sesenta grados su vida desde que el infarto lo atacó. Cada vez más estábamos más unidos y era inevitable que no nos vieron felices.

Después de eso, Mariano había tomado en cuenta todo lo que le había dicho y realmente había sido como una amenaza que si no ponía de su parte la relación se iba terminar. Una tarde, llegó con dos boletos aéreos que marcaron el inicio de un ciclo de viaje en el que podíamos unificarnos más como pareja y desde entonces nos dedicamos a recorrer el mundo y a recargarnos de energía.

Todo se trataba de tomar las cosas de una manera tranquila y aprender de cada situación. Ángel me enseñó a no confiar demasiado en la bondad de las personas, Carlos a no ser codependiente en una relación y a no esperar más de lo que tú puedes dar, Azucena me enseñó a ser fuerte y a levantarme como el ave fénix y Mariano me dio las herramientas para construir el verdadero amor.

Cada vez que podía, me sentaba a analizar mi vida, siempre buscando el lado positivo de cada situación. En cada viaje me reconfortaba ver como Mariano se esmeraba en hacerme sentir bien y yo a él.

Conocimos muchos lugares, desde playas hasta montañas. Visitamos algunas cuevas donde podíamos apreciar lo maravilloso de la naturaleza y todo lo dejamos plasmados en fotografías que serán parte de mis recuerdos.

Cuando estábamos a punto de regresarnos, el exceso de sol estaba afectando mi salud. Comencé a vomitar producto de la deshidratación, lo asumimos de esa manera por la información de los síntomas que estaban en el folleto turístico. Aún quedaban algunos días, pero yo no podía más, el cansancio se había apoderado de mí, mientras Mariano se veía cada vez más rozagante.

El malestar bajaba en la noche y así pudimos salir a ver el cielo estrellado, que nos recordaba todos los momentos que hacíamos el amor debajo de ese hermoso lienzo. Nos fuimos hasta la orilla de la playa y con un coctel, de esos exóticos que te incitan al placer, comenzamos a recordar. Mientras nuestras miradas se cruzaban, Mariano y yo iniciábamos ese juego previo que nos mantenía viva esa llama del amor. Nuestras caricias eran el complemento para despertar las sensaciones de la piel. Las luces en el cielo eran testigo de estos dos amantes desnudos que se iban adentrando en las cálidas aguas. Mariano me quito lentamente el bañador y quedé a su merced para que sus besos iniciaran la excitación que daría lugar a los movimientos intensos que producían sus caderas cuando hacíamos el amor.

Fue tan intenso, que a pesar de ver las luces de las linternas alumbrando hacia la playa, tratando de ver si había alguien sumergido, no nos detuvimos ni un solo instante. La oscuridad fue cómplice de que pudiéramos alcanzar el éxtasis sin ninguna presión y hasta tiempo nos dio de darnos un buen chapuzón sin que nadie lo notara.

Entre risas y palmaditas en las nalgas, salimos los dos desnudos, corriendo a colocarnos las toallas que habíamos dejado tiradas en la arena. Nos fuimos en secreto hasta la cabaña y ahí regresaron los síntomas de la deshidratación. El médico del lugar me recomendó mucho reposo y que me mantuviera alejada del sol, así que lo que hicimos en esos dos días restantes fue admirar el lugar desde el balcón de la cabaña.

Mariano y yo estábamos cada vez más compenetrados, a mi modo de ver las cosas, todo lo que nos había ocurrido, era necesario para estar así de enamorados.

Ya estábamos listos para regresar, después de un mes de ausencia. En el avión, se me intensificaron los síntomas y no paraba de vomitar, me afectó mucho el vuelo. Al llegar al aeropuerto, me sacaron de emergencias y Mariano y yo estábamos muy preocupados, ya el malestar pasaba de una simple deshidratación porque llevaba dos días alejada del sol.

En la clínica, una de las doctoras que me atendió, comenzó a hacerme muchas preguntas que no estaban asociadas a la playa. Me parecía extraño que todo lo enfocaba a mi proceso de fertilidad, pero yo sabía que no podía estar embarazada porque hace algunos años me había colocado el implante en el brazo que me daba protección anticonceptiva.

Mariano se asomaba a cada rato y le pedía que esperara afuera, sentado. Se veía más preocupado que yo cuando le había dado el infarto a él. Se veía muy gracioso tratando de hacerme señas con sus gestos para preguntarme cómo me sentía y estaba qué me estaban haciendo.

En ese momento, una de las enfermeras llegó para tomarme una muestra de sangre tal y como se lo había solicitado la doctora que me estaba atendiendo. Yo me sentía muy sensible, pero estaba muy segura de que no me encontraba embarazada. Después del pinchazo en el brazo, me dieron un recipiente para que también tomara una muestra de orina y quizás así podían ver qué se trataba de una deshidratación. Me deje hacer los exámenes sin ningún tipo de problema hasta que al fin dejaron pasar a Mariano hasta la pequeña habitación donde me tenían.

—Me tienes preocupado, mi vida. No quiero que te pase nada malo —me dijo casi llorando.

—Tranquilízate, mi vida. Vas a ver que es solo una deshidratación o una simple intoxicación por alguna comida de esas exóticas que comíamos en cada lugar que visitamos —le dije para que no se preocupara.

Mientras esperamos los resultados, Mariano se sentó a mi lado y comenzó a preguntarme por qué hablaba tanto con la doctora. En ningún momento quise decirle lo del embarazo, para no causar una falsa alarma, además porque sabía que eso era algo imposible, así que preferí esperar a que llegara la doctora con los resultados. Mariano estaba muy amoroso conmigo y también muy preocupado. No sabía que me veía tan mal, pero si me sentía bastante extraña. Mientras me pasaban la hidratación por mis venas, las náuseas se iban alejando y una hora después llegó la doctora y con una cara sonriente nos da la noticia de que estamos esperando un bebé.

—¡Un bebé! Grité bastante asombrada.

Si voltear a mirar la cara de Mariano, pensé que estaba bromeando, pero al tratarse de una doctora sabía que no era así, ella hablaba muy en serio.

—Sí, sus resultados de la prueba de embarazo arrojaron resultados positivos —me dijo —Tan solo tienes ocho semanas, así que aún queda un largo camino por recorrer antes de que llegue la dulce espera —me dijo

mientras nos daba las felicitaciones a ambos.

La doctora muy amablemente se quedó un rato con nosotros y nos explicó que el anticonceptivo que estaba usando ya estaba vencido, por eso el efecto lo había perdido de inmediato.

Me quedé pensado y evidentemente ella estaba en lo cierto, con todos los problemas de salud de Mariano antes de viajar, había olvidado mi consulta anual y era hace tres meses que debí haberme cambiado ese implante. Un sentimiento de culpabilidad me invadió y comencé a llorar. La doctora antes de salir le pidió a Mariano que me tuviera paciencia que en mi caso me iba a encontrar más sensible de lo normal.

Mariano se acercó y me abrazó, tratando de consolarme. Él estaba muy feliz con la noticia, mientras yo me encontraba muy preocupada porque no lo habíamos planificado.

—Mi vida, me haces el hombre más feliz del mundo. Mírame, por favor — me decía Mariano, tratando que yo levantara mi mirada, pero la culpa no me dejaba —Por favor, termina de hacerme el hombre más dichoso y cástate conmigo —me dijo mientras se arrodillaba.

Las enfermeras estaban mirando todo desde lejos y aplaudieron en el mismo momento que Mariano me hacía la propuesta. Yo no cabía de la emoción, después de Carlos, mis pensamientos de casarme se habían enfriado, era muy feliz así con Mariano, pero el que me haya pedido que fuera su esposa, me llenaba de emoción y felicidad.

Lo único que faltó en ese momento fue un anillo para continuar con la tradición, pero sobraba el amor y eso suplía cualquier otra cosa material. Apenas pude, me senté en la camilla y le di mi mano. Mariano se levantó y le grité que sí aceptaba ser su esposa. Todos nos felicitaron y nos desearon lo mejor de mundo. Ante tanta algarabía, necesitaba decirle a mi prometido unas palabras que salían de mi corazón:

—Solo puedo decir dos cosas, que espero logren sellar este momento: te amo —le dije al mismo tiempo que le daba un tierno beso.

Después de la celebración en la clínica, ya me había terminado de correr la hidratación que me estaban colocando. La doctora me dejó algunas indicaciones y nos fuimos con el equipaje hasta mi casa.

Mariano me trataba como a una reina, prácticamente no me dejaba hacer nada. Contrató a una señora muy dulce que me ayudaba en mis quehaceres, pero aun así no podía dejar de salir y visitar la oficina.

Los primeros meses del embarazo, nos dedicamos a visitar a la familia y a planificar nuestra boda, aprovechando que no se me notaba la pancita. Yo lo único que aporté fue mi lista de invitados, porque Mariano quiso hacer mi boda una sorpresa. Confiaba plenamente en él, era un excelente organizador de eventos, así que estaba segura de que con el nuestro se iba a destacar mucho.

Mi madre se había vuelto su cómplice en todo y hasta el vestido iba a ser una sorpresa para mí, solo lo iba a ver el mismo día de mi boda. Mi madre se encargó de tomar hasta mis medidas para que la modista lo realizara justo como Mariano lo había pedido. Siempre había soñado con casarme, pero por causas del destino, ese sueño una vez se apagó. Ahora estaba viviendo un sueño, del que no quería despertar jamás.

La noche antes del gran evento, me dormí muy tarde tratando de escribir las líneas perfectas para mi discurso de bodas. Necesitaba plasmar las palabras ideales que describieran todo lo que mi corazón sentía por Mariano. Cuando desperté, mi madre estaba guindando una gran bolsa en el cuarto, dentro de ella estaba un vestido que no alcanzaba a detallar. Mis primas y demás mujeres de la familia estaban ya en la sala. Ni cuenta me había dado de toda la algarabía que habían formado allá afuera.

En mi móvil, tenía un mensaje de Mariano agradeciendo el maravilloso día que estaba por comenzar y pidiéndome que disfrutara de cada sorpresa que

estaba por vivir. Inmediatamente sonreí al ver que el tiempo no había borrado las locuras de Mariano que me hacían tan feliz. Salí hasta la sala y todas comenzaron a aplaudir y después de algunos minutos de conversación, había llegado la hora de prepararnos.

Mi madre me había preparado un baño en la tina, con muchos pétalos de flores, todos blancos, simulando la pureza del niño que traía en mi vientre. Cuando salí, logré sentirme renovada, mientras todas estaban casi listas, solo faltaban sus vestidos.

La estilista las había dejado hermosas, a mí me realizó un peinado muy hermoso, con unas diminutas flores blancas que resaltaban en mi negra y lacia cabellera. Cuando el momento final llegó, me sentí muy nerviosa. Todas me dejaron a solas en mi habitación para que me vistiera con calma y lograra la conexión con mi vestido, como toda novia lo desearía.

Bajé el cierre de la bolsa y coloqué el vestido en mi cama. Fue un momento realmente mágico el que estaba viviendo. El vestido era como aquel sueño en el que estaba Azucena, lo recordaba como si lo tuviera fotografiado en la memoria, esa mañana al despertar se lo había descrito a Mariano. Comencé a llorar, pero me contuve para no dañar el maquillaje tan hermoso que me habían realizado.

Me coloqué mi vestido con mucha ilusión y todas gritaban que saliera para verme. Cuando abrí la puerta, la magia se derramaba en cada una de ellas. Parecían ninfas de un elegante bosque, estaban todas hermosas y mi madre parecía esa hada madrina y yo un hada que estaba a punto de cumplir uno de sus más hermosos sueños.

El coche que nos iba a trasladar había llegado hasta la puerta. Me subí junto con mi madre y nos fuimos hasta el misterioso lugar de la boda. Cuando llegamos, pude escuchar el sonido de un riachuelo en medio de tanto silencio. Me sentía abrumada porque no había nada que me dijera que ese era el lugar,

cuando de pronto como por arte de magia giré mi cabeza y la pequeña capilla de aquel sueño estaba esperando por nosotros.

Mariano estaba vestido de blanco, a la orilla de un riachuelo artificial que tenía muchos peces de colores. Por un momento pensé que la mosca de aquella mañana iba a aparecer para hacerme despertar, pero no era así porque este era mi sueño hecho realidad.

Las flores en la canasta y las mariposas blancas pusieron el punto final a esta historia, donde las mentiras no tenían cabida porque, ante todo, el amor es mi verdad.

Un amor para la eternidad

Capítulo 1

Agatha contempló los objetos que habían pertenecido a su madre dentro de la caja, la dejó un instante en el suelo para llevarse las manos al rostro y poder secarse las lágrimas que corrían a raudales por sus mejillas. Enfrentarse a las pérdidas era algo a lo que había estado acostumbrándose recientemente, aunque esta vez era muy diferente. Su madre había sido lo más importante para ella durante toda su vida y ahora se había ido.

Un infarto de miocardio le arrebató la alegría de sus días, habían pasado ya un par de meses desde esa terrible noche, pero apenas ese día había reunido fuerzas para limpiar la casa, sacar sus pertenencias, transportarlas en cajas... No era como había esperado pasar su verano.

Agatha recogió de nuevo la caja y la llevó hasta el desván donde estaba almacenando todas las pertenencias, la depositó de nuevo en el suelo junto a otras grandes cajas donde había guardado los vestidos de su madre, se acercó hasta la más grande y se sentó encima de ella. Apenas hubo hecho esto, rompió en un mar de llanto, como si sus ojos estuvieran precipitando un diluvio de proporciones bíblicas.

El corazón le dolía, a su mente llegaron todos los recuerdos felices de su infancia y cómo se había divertido tanto en la pastelería de su familia. Se sintió transportada a esa época dorada donde todo resultaba dulce y

placentero, una vida despreocupada, como la que toda niña desea tener. Allí aprendió todas las habilidades que necesitaría alguna vez en el futuro para hacerse cargo del negocio familiar, y es que Agatha era parte de una estirpe de magníficos cocineros. Bakersville, la pastelería que había sido fundada por su abuela era uno de los negocios más prominentes de todo el pueblo, o al menos así había sido antes de la recesión.

Pero ahora todo era distinto, primero había venido la muerte de su padre, cinco años atrás cuando las cosas en el pueblo empezaron a tornarse peligrosas, estaba impidiendo que un grupo de agitadores revoltosos saquearan la pastelería, dos disparos en el pecho le arrancaron la vida. En aquella ocasión Agatha entendió que no había mucho futuro para ella en un pueblo como aquel, la violencia y la tensión racial era el pan de cada día en ese lugar. Después las cosas empezaron a empeorar cuando su madre se vio forzada a encargarse ella sola de Bakersville, a pesar de la dificultad que conllevaba atender a una hija adolescente y al mismo tiempo manejar el negocio familiar, pudo mantener la situación bajo control durante unos cuantos años, pero a pesar de que por instantes surgía un poco de esperanza, la situación no haría más que empeorar.

Su madre empezó a ponerse enferma, el banco las amenazaba con embargar la pastelería si incumplían con los pagos de la hipoteca que ya había sido renegociada un par de veces. Agatha se encontraba para ese entonces estudiando gastronomía en la academia de alta cocina de New York, estaba cumpliendo no solo el sueño de su madre, si no el de ella misma. Pero recibió un durísimo golpe de realidad. Cuando apenas había culminado su acto de graduación, recibió la terrible llamada donde le informaban que su madre acababa de fallecer, lloró durante todo el camino y ni aun así pudo drenar toda la tristeza que sentía.

Ahora, después de lo que había parecido una eternidad de luto, le tocaba a

ella tomar las riendas de Bakersville y hacer algo no solo con el negocio, sino también con su propia vida. Se secó las lágrimas de los ojos y se levantó de encima de aquella caja, dio un último vistazo a la oscura alacena donde dejaría guardadas las pertenencias de su madre, debía seguir hacia delante por mucho que aquello le doliera.

Suspiró y cerró la puerta tras de sí.

“Estimada Señora: Agatha Rivers.

El departamento de control de hipotecas le informa que dispone aproximadamente de un periodo no mayor a treinta días para cancelar de forma íntegra el total de su deuda hipotecaria, la cual ya ha sido refinanciada en dos ocasiones anteriores.

Estamos al tanto de que ha solicitado un nuevo aplazamiento del pago, siendo esta vez imposible para nosotros poder acceder a cumplir su petición. Debe entender que nuestros ejecutivos de negocios califican a su negocio como una inversión de alto riesgo, bajo tal precepto estamos más que dispuestos a recuperar algún beneficio del mismo, por lo tanto, a fin de cumplir con este requisito, hemos decidido poner su propiedad en subasta pública si no es capaz de realizar el pago antes de los 30 días antes mencionados.

Tratándose este de uno de los casos primordiales en nuestro departamento, hemos asignado al señor Clark Braulitz para que se encargue personalmente de supervisar la situación financiera en la que actualmente se encuentra su inmueble y que tome las medidas que considere pertinentes según su criterio.

Le solicitamos de forma cordial que por favor colabore con él en los asuntos inherentes a esta situación.

Banco Central de Wellington.

Agatha se llevó las manos a la cabeza después de leer por tercera vez

aquella carta de sobre rojo que había encontrado en su buzón esa misma mañana. Si la situación con la pastelería ya era bastante mala, ahora solo podía ponerse peor. ¿Por qué lo habían designado justamente a él para que llevara su caso? Existían siete billones de personas en el mundo y el maldito banco había elegido a su ex novio para terminarla de hundir en la miseria. Perfecto.

Agatha no tuvo duda alguna de que el mismo Clark había metido la mano en todo aquello para ser precisamente él quien se encargara de llevar el caso de Bakersville, y es que desde que habían terminado su relación, hace cinco años, no había dejado pasar una oportunidad para acercarse a ella, y nunca de la forma correcta.

—Supongo que esto era justo lo que faltaba...

Suspiró pesadamente y dobló nuevamente la carta, la guardó en el sobre y la dejó sobre la pequeña mesita de caoba.

Recordó su relación con Clark...

Ciertamente no se podría decir que hubiera sido del todo mala, de hecho, incluso en lo profundo de su corazón aún guardaba algo de cariño por ese hombre, o al menos por aquel a quien ella había conocido en un principio. Guapo, inteligente, elegante y con una magnífica habilidad para conversar, ese era el sueño de toda chica, y así había sido para ella, antes de que se diera cuenta quien era Clark Braulitz realmente. Él la había tratado con extrema delicadeza y caballerosidad durante su relación de aproximadamente un año, hasta esa triste noche de noviembre.

—¡Suéltame, Clark! Debo ir a ver cómo está mi papá

—¿Es que acaso estás loca o qué rayos te pasa? ¡Hay una maldita carnicería de negros ahí afuera! Qué importa si tu papá...

Clark entendió de inmediato que había cometido un error, así que se calló, pero ya el daño estaba hecho. Sus palabras habían sido más filosas

que cualquier cuchillo.

—¿Qué acabas de decir?

Inquirió Agatha visiblemente herida por las palabras inesperadas de su novio.

—Lo siento, yo no...

—No quisiste decir que era una maldita carnicería de negros y que no importaba si moría mi padre...

Clark se llevó la mano a la cabeza y apartó el cabello mojado de su rostro, estaba lloviendo a cántaros y apenas habían alcanzado a refugiarse en aquel pequeño almacén de carga mientras que en la calle se desataba el caos y la anarquía.

—¡Está bien! Sí, lo dije, y sí, realmente no me importa... ¡No sé ni por qué estamos teniendo esta conversación, Agatha! Tenemos que salir de aquí, lo mejor es que nos escabullamos hasta mi coche y vayamos a mi casa, te apuesto a que...

La expresión de Agatha, en ese momento, reflejaba el mismo asco que estaba sintiendo por Clark después de escucharlo hablar de esa manera. Jamás hubiera pensado en que él pudiera resultar tan frío y poco compasivo por la vida de los demás.

—¡Estamos teniendo esta conversación porque no imaginé que fueras un racista! Las vidas de esas personas que se están matando en las calles importan, la vida de mi padre importa. ¿Sabes por qué? ¡Porque todos somos humanos y el maldito color de la piel no tiene nada que ver con eso!

El rostro de Clark se contorsionó por la ira, dio un pisotón en el suelo de forma agresiva y escupió en la misma dirección. Apretó con más fuerza el brazo de Agatha e intentó jalar de ella para llevársela de aquel lugar, pero su única respuesta fue una fuerte cachetada que dejó su mejilla marcada con los dedos de la mujer.

—¡Y si tú no quieres ayudarme, entonces te sugiero que me sueltes de una vez!

Clark soltó el brazo de Agatha y la miró de forma despectiva, el odio que emanaban sus ojos era desconocido para ella, supuso que era apenas cuando estaba viendo el verdadero rostro de su novio.

—Haz lo que sea que te dé la gana. Pensé que serías diferente, solo eres una más de esos malditos sub humanos. ¿Y sabes otra cosa? Espero que se maten todos, los unos a los otros a ver si así nos libramos de ellos.

Agatha sintió cómo se le arrugaba el corazón al escuchar el tono de rencor que usaba para referirse a las personas que estaban muriendo en la calle, el aprecio y la admiración que había llegado a sentir antes por Clark acababa de morir. Se dio la vuelta y echó a correr de aquel lugar donde habían decidido refugiarse de la lluvia, salió a buscar a su padre sin importarle con lo que pudiera encontrarse...

Un amargo sentimiento de nostalgia retumbó desde su pecho mientras recordaba aquel último momento con Clark, a partir de esa ocasión ella había decidido apartarse de él, aunque no por eso le resultaba menos doloroso. Y ahora ese fantasma del pasado venía a atormentarla de nuevo, aunque esta vez, al parecer, pretendía llevarse con el algo más que su corazón.

Dio unos cuantos pasos por su sala de un lado a otro, necesitaba pensar qué iba a hacer para solucionar el problema de la pastelería, realmente les estaba yendo muy mal desde incluso antes que su madre falleciera, necesitaba hacer algo con urgencia o de lo contrario ya no sería capaz de mantener Baskerville, y eso sí que sería una verdadera tragedia, esa pastelería había pertenecido a su familia por generaciones y habían pasado por situaciones difíciles, pero tal vez nunca como esa.

Agatha se detuvo frente al gran espejo de la sala y se contempló por un minuto. Su figura era la de un guitarra, una que volvía locos a los hombres que

tenían el privilegio de poder tocarla. Su piel de seda era otro de sus grandes atractivos, el color de la misma era una mezcla del de su madre y el de su padre, se podía decir que la mezcla racial le había proporcionado lo mejor de los dos mundos, además de unos ojos color gris que hacían un contraste perfecto con todo, poseía una belleza en extremo exótica y muy poco común, sin embargo, cualquier encanto físico pasaba desapercibido ante su más importante don, la inteligencia.

Y era justo ese don el que necesitaba explotar ahora, debía idear una solución lo más pronto posible para poder salvar la pastelería, o de lo contrario, su ex novio se aseguraría de que terminara en una subasta pública donde cualquiera pudiera hacerse con las escrituras y acabar así con el legado de su familia. No podía permitirlo.

—Si tan solo pudiera... ¡Eso es!

A Agatha acababa de ocurrírsele una idea brillante, si lograba ponerla en práctica, tal vez tuviera una oportunidad de salvar la pastelería, se recogió el cabello en un moño, cogió su cartera y las llaves, iba a abrir Baskerville justo en ese momento y reunirse con la única persona que podría darle un consejo para salvar la pastelería.

—Eres mi última esperanza...

Dijo Agatha antes de iniciar su cruzada para salvar el legado de su familia.

Capítulo 2

Agatha bajó rápidamente de su coche y buscó las llaves de la puerta por un segundo, introdujo su mano en la cartera y se topó con objetos de todo tipo, excepto con las llaves, después de un par de segundos de frustración, al fin extrajo el pequeño manojito de llaves que daban acceso a la pastelería. Metió la llave en la hendidura haciendo que los mecanismos del cerrojo se movieran, giró el picaporte y la puerta cedió.

Apenas puso un pie dentro de Bakersville, se sintió transportada a otro lugar, mucho más feliz que cualquier otro. Tenía casi dos semanas que no había abierto la pastelería, demasiado ocupada con el funeral de su madre como para poder ocuparse de otra cosa, incluso ya había olvidado aquel dulce aroma que estaba impregnado en el ambiente del lugar, el olor a canela, azúcar quemada, el olor a dulce que tanto amaba.

Suspiró profundamente al constatar el estado de zozobra en el que ahora se hallaba la pastelería, telarañas adornaban la pared y el polvo se asentaba sobre las sillas y mesas. Agatha se sentó en una de las butacas que estaban frente al gran mostrador de caoba que antes había sido atendido por su madre, ahora se encontraba vacío, como su vida. Al parecer la felicidad se había decidido a resultarle esquiva sin importar cuanto lo intentase, el amor para ella se había convertido en apenas un vago pensamiento que asolaba su mente

antes de ir a dormir. A veces llegaba a la conclusión de que se preocupaba por todo excepto por ella misma y que por eso se sentía tan miserable, a pesar de que intentaba ser fuerte para seguir adelante, era obvio que muchas veces terminaba cayendo.

Agatha se encontraba sumida en sus pensamientos cuando de pronto escuchó la puerta de la entrada abrirse, ni siquiera se molestó en mirar, solo una persona sabía que se encontraría en Baskerville, se había encargado de decírselo por un mensaje de texto cuando venía de camino.

—Cuando dijiste que esto era un desastre, nunca me imaginé que fuera tan grave. ¿Telarañas? Tienes que estar bromeando, este sitio ha tenido menos “actividad” que tú en los últimos cinco años.

Agatha sonrió al escuchar la voz de Caprice y al darse cuenta de que su mejor amiga no perdía su característico sentido del humor ni siquiera en frente de situaciones tan adversas como aquella. Hacía falta alegría y optimismo para poder afrontar problemas como aquellos, después de todo, Caprice siempre había estado a su lado dispuesta ayudarla en cualquier cosa.

—Es apenas la punta del iceberg.

Respondió Agatha dándole espacio a Caprice para que tomara asiento junto a ella, la chica se sentó justo a su lado y la abrazó por unos segundos.

—No te preocupes, nena, vamos a salir de esta. Siempre lo hemos hecho. Confías en mí, ¿verdad?

Agatha asintió lentamente,

—Voy a ayudarte a que este sitio vuelva a ser lo mismo que cuando tu mamá se encargaba de él...

—No es tan fácil como crees, esta vez el banco no ha aceptado darnos más tiempo, además amenazaron con poner a Baskerville en subasta pública si en treinta días no hemos reunido el dinero para pagarle al banco. Te lo juro, ya no sé qué hacer.

—¡Entonces pongamos este lugar a trabajar, nena! ¿Cuánto debes reunir?

—Cincuenta...

Caprice puso una expresión de superioridad y empezó a buscar algo en su bolsa.

—... mil dólares.

Caprice dejó el bolso de nuevo sobre la mesa y miró a Agatha con una mezcla de irreverencia y asombro.

—Bueno... Siempre existe la posibilidad de que puedas vender tu cuerpo.

—Caprice...

Respondió Agatha mirando a su mejor amiga de forma severa.

—¡Era solo una broma! Está bien... Bueno, supongo que tendremos que reabrir la pastelería y recuperar clientes.

—Es un excelente plan, salvo porque vivimos en Wellington.

—Sí... Pero quién sabe, quizás esta vez podremos hacer lo que tu madre no pudo lograr.

—¿Hacer que la pastelería sea rentable?

—Sí, y también hacer que te sientas a gusto con encargarte de esto.

La voz de Caprice ahora se había tornado seria y su expresión también había cambiado. Ella estaba en lo cierto, por mucho que no quisiera admitirlo, a Agatha no le encantaba la idea de tener que hacerse cargo de Bakersville, había pasado tanto tiempo estudiando gastronomía en aquella academia tan grandiosa y ahora debía echarse al hombro el negocio familiar, le hacía sentirse frustrada y desgastada. Ella esperaba cosas mejores de sí misma y de su vida.

—Ya sabes lo que opino de eso...

—Sí, y por lo mismo es que tengo que decírtelo, tu madre amaba este lugar, casi tanto como te amaba a ti, cuando estabas estudiando en New York hizo hasta lo imposible por mantener a flote este lugar... Incluso en un barrio

como este ella se esforzó. ¿Sabes por qué? Porque creía en la gente... Creía que todos merecíamos un lugar decente en este pueblo, ella nos ayudó mucho y pensaba que cuando ella no estuviera, tú harías lo mismo.

—Ya ¿Entonces solo por eso mi sueño tiene que ser el mismo de mamá? ¿Estudiar en una escuela reconocida a nivel internacional para terminar con una pastelería en el gueto? Tengo metas más grandes.

—¡Y eso es genial, Agatha! Pero no por eso debes olvidarte de tus raíces. Recuerda que tu niñez y adolescencia fue en este lugar, la mía también, y a pesar de que no es el negocio de mis padres, le tengo mucho cariño a este lugar, al igual que a ti.

—Caprice...

Agatha guardó silencio por un instante pensando en lo que su mejor amiga acababa de decirle, ella tenía razón. A pesar de que quizás encargarse de Bakersville nunca había sido el sueño de su vida, era algo que tenía que hacer. El legado de su familia estaba en riesgo, no se trataba de una simple pastelería en un gueto de afroamericanos, era el resultado del duro trabajo de tres generaciones de su familia, su padre y su madre habían trabajado arduamente por ello, no iba a dejar que todo resultara en vano.

—Gracias...

Caprice se acercó de nuevo hasta Agatha y la reconfortó en sus brazos con un cálido abrazo de esos que borran las penas y sin sabores y te dejan con la sensación de estar siendo arrullado en una nube, esos que solo los verdaderos amigos pueden dar.

—Ahora solo tenemos que arreglar este lugar y ponerlo nuevamente a funcionar.

Agatha asintió nuevamente.

—Bien, yo limpiaré el suelo y tú encárgate de la cocina.

Las dos jóvenes se dedicaron entonces a realizar una limpieza extensa de

todo el lugar, estuvieron durante un par de horas desempolvando las sillas y mesas, deshaciéndose de la gran cantidad de telarañas que había en las paredes y todo lo demás... Agatha ya había terminado en la cocina y ahora estaba pasándole un trapo húmedo al mostrador mientras que Caprice se encargaba de reorganizar las sillas y mesas para darle un aspecto más moderno a la pastelería cuando de repente escucharon abrirse de nuevo la puerta.

—¿No le echaste el cerrojo de nuevo?

—No, yo...

Agatha y Caprice cesaron de manera abrupta su charla al ver al inesperado visitante, se trataba de un hombre, uno extremadamente atractivo, a simple vista se sabía que aquel hombre no era nativo de Wellington o sus alrededores.

Apenas cruzó el umbral de la puerta, ya había capturado la atención de las dos jóvenes, ninguna podía quitarle los ojos de encima al atractivo extraño. Para Agatha aquella situación pareció correr en cámara lenta, con cada paso que daba el hombre, un latido de su corazón retumbaba con fuerza en su pecho. Aquel tipo tenía algo especial, místico o simplemente poco común, de cualquier forma, se trataba de algo que Agatha no podía definir, pero que se adueñaba de la atención de quienes le rodeaban. Llevaba una enorme mochila colgada en uno de los brazos y un pequeño sombrero Fedora sobre su cabeza, daba el aspecto de ser un extranjero.

Las dos chicas lo miraban de forma fija y sin poder apartar sus ojos ni un instante, la expresión de sus rostros debió ser lo suficientemente extraña como para hacer que aquel tipo, que hasta ese momento sonreía, hablara por primera vez.

—¿Pasa algo malo?

Inquirió el hombre dejando la mochila sobre el suelo y tomando asiento en uno de los bancos frente al mostrador. A Agatha le pareció que tenía la voz de

un ángel.

—Dis... Disculpe, es que...

—Pasaba frente a este lugar y pensé en tomar una limonada, vengo muerto de sed y además...

—Es que estamos cerrados por mantenimiento.

La expresión del hombre se tornó desconcertada y confusa.

—Oh, por favor, discúlpeme, no tenía idea de que estuviera cerrado.

Su acento era obviamente extranjero, era bastante exótico. Agatha empezó a balbucear intentando explicarle al recién llegado pero las palabras simplemente no le salían.

—¡Sale una limonada!

Dijo Caprice apresurándose a la cocina, dejando a Agatha con un palmo de narices, intercambiaron una mirada antes de que la chica atravesara la puerta de la cocina, dejándolos a solas.

El hombre se quitó el sombrero y lo dejó sobre el mostrador, revelando una ondulada melena hasta los hombros, le dedicó una cálida y amplia sonrisa a Agatha que la hizo sentir cómo su piel se erizaba. De cerca era mucho más atractivo.

—Me llamo Collin. ¿Cómo te llamas? ¿Es tu nombre tan bonito como tu rostro?

La chica se sonrojó apenas escucho esas palabras provenientes del hombre frente a ella.

—Agatha.

—Agatha... Realmente es lindo. Va muy bien contigo.

Collin volvió a sonreír revelando una hilera de perfectos dientes blancos, como perlas, la chica desvió la mirada rápidamente para evitar que se diera cuenta de que lo miraba con mucha atención.

—¿Así que están cerrados por mantenimiento? Parece más como si

estuvieran remodelando o algo por el estilo...

—Oh, sí, bueno, es una muy larga historia...

—Historias largas... Creo que todos tenemos una, te contaré la mía si me dejas escuchar la tuya.

—Mmm... Quizás en otro momento. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto, dispara.

—No eres de por aquí, ¿verdad?

Preguntó Agatha de forma tímida, como si aquello supusiera un crimen, aunque probablemente solo estuviera apenada de hablarle tan de cerca de un hombre tan atractivo como aquel.

Collin sonrió de forma traviesa y se mantuvo en silencio por unos segundos antes de responder

—No, no soy de por aquí. Ni siquiera soy de América, pero supongo que mi acento me ha delatado. Vengo de Sídney, en Australia.

—¿Sídney? ¿No estás un poco lejos de tu hogar?

Inquirió Agatha sorprendida por la revelación de Collin.

Ahora su aspecto físico tenía más sentido, viéndolo bien, tenía un look de surfista y extranjero, una mezcla bastante extraña para lo que estaba acostumbrada a ver en Wellington. Volvió a echarle una mirada fugaz al rostro de Collin, era precioso. Su piel era bronceada, probablemente por efecto del sol en la región austral, le daba una apariencia saludable y atractiva, tenía los ojos azules como el reflejo del mar, además, su cara estaba decorada por unas hermosas pecas marrones justo bajo sus ojos sobre sus mejillas. Cada vez que sonreía era como ver el alba desde la orilla de una playa.

—Puedes decir eso... Estoy en este pueblo por otro asunto, pero ya te enterarás de él con mi historia.

—Es un trato.

Agatha sonrió de forma dulce y estaba a punto de hacerle otra pregunta al

guapo australiano cuando fueron interrumpidos por Caprice, quien venía con la tan ansiada malteada prometida.

—Disculpen, disculpen, una limonada lista para tomar.

Dijo la joven dejando la copa sobre el mostrador frente a Collin.

—Caprice, él es Collin, Collin, ella es Caprice.

Dijo Agatha presentando a ambos.

—Es un placer conocerte, gracias por la limonada.

—No tienes que agradecerme, te daría lo que quieras...

Dijo Caprice de forma coqueta antes de recibir un leve codazo por parte de Agatha.

Collin se limitó a sonreír y empezó a beber la limonada como si hiciera años que no hubiera probado algo de beber. Caprice y Agatha lo miraban de forma atenta, el hombre era simplemente fascinante.

—Es muy bonito este sitio, realmente están haciendo un buen trabajo con su “mantenimiento”.

—Oh bueno, ya era tiempo de hacer algo por este lugar, estamos preparándolo para reinaugararlo.

Contestó Caprice mientras señalaba con dirección a la cocina.

—¿En serio? ¡Eso es maravilloso! Espero seguir por aquí para cuando lo inauguren, me encantaría volver a probar una de estas.

Dijo Collin alzando la copa de limonada y sonriéndole nuevamente a las chicas.

—¿Seguir por aquí? ¿Estás en un viaje o algo así?

—Algo así, de hecho, acabo de llegar apenas esta mañana, tengo que buscar un hotel y...

La charla fue interrumpida nuevamente por el sonido de la puerta al abrirse.

—¿Por qué demonios nunca le echamos el cerrojo a esa puerta?

Preguntó Agatha exasperada.

Un hombre atravesó el umbral de la puerta, pero a diferencia de Collin, la presencia de la inesperada visita solo causó un escalofrío y un sentimiento de repentina seriedad en las dos mujeres. El sujeto vestía con un fino y muy elegante traje de tres piezas de color gris, era alto, como de un metro ochenta y su aspecto, si bien era atractivo, exhibía un de superioridad y arrogancia que causaba desprecio. Su rostro era fino y alargado, como el de un águila que estaba en busca de su presa, apenas miró a las dos chicas, sonrió de forma maliciosa y se encaminó hacia el mostrador en dirección a ellas.

—*Maldición... Justo ahora.*

Pensó Agatha mientras veía acercarse a ese hombre de aspecto arrogante y villanesco.

Caprice miró al hombre con el mismo asco de quien está viendo un enorme montón de excremento, lo que causó que Collin se distrajera sobre lo que estaba contando y se centrara en aquel tipo que acababa de entrar a la pastelería. El recién llegado ni siquiera reparó en Collin, se detuvo justo en frente del mostrador en el mismo lugar donde se encontraba Agatha.

—No me imaginaba que abrirías este sitio tan rápido de nuevo... Agatha.

La voz de aquel hombre era en extremo fría, como si contuviera resignación en exceso, al menos con ella.

—Supongo que eso sería ideal para el banco, y para ti. Clark. ¿Has venido por algo importante o solo estás de camino a tu reunión del “Klan”?

Remató la chica de forma sarcástica. Caprice se rio solo para hacer enojar al sujeto.

Se trataba de Clark Braulitz, el capullo ex novio de Agatha que tenía complejos de superioridad y aires racistas, todo un patán de primera clase.

—Si no tuviera asuntos de vital importancia, debes tener por seguro que ni siquiera me acercaría a este nido de ratas al que tú y vuestra amiga llaman

“pueblo” ...

Clark arrojó un sobre encima del mostrador.

—...Es el edicto donde el banco me designa como encargado de este caso, ¿sabes qué significa eso?

Agatha miró el sobre de reojo, era idéntico al que había recibido esa misma mañana en su casa.

—¿Que vas a ser un dolor de cabeza por un buen rato?

Volvió a replicar Agatha con un tono más sarcástico que antes, Clark sonrió fríamente.

—Sí, puedes llamarlo de esa forma si lo deseas. Y puedes seguir actuando como una niña también, eso no cambiará el hecho de que ahora tú y este... lugar, están en mis manos. Son cincuenta mil dólares y apenas en un plazo de treinta días. No sabes el placer que voy a sentir cuando consiga deshacerme de él en una subasta pública.

Collin, que hasta ese momento solo había sido un espectador silencioso, se mostró ahora más preocupado por la conversación que estaba manteniendo el tipo de traje con Agatha, no le gustaba para nada el tono de su voz ni las cosas que estaba diciendo.

—Pues te tenemos noticias, vamos a reinaugarar Bakersville y a reunir el dinero que el banco está pidiendo, así que ya puedes irte olvidando de esas ridículas ideas de subastar la pastelería de Agatha, ¿por qué mejor no buscas un mapa y te pierdes de nuestra vista?

Interrumpió Caprice rematando su sarta de palabras con un chasquido de dedos en la cara de Clark, quien simplemente se limitó a observarla con odio. Se hizo el silencio por un segundo antes de hablar.

—Pensé que tu esclava estaba entrenada para no interrumpir a sus amos.

Dijo el hombre de forma despectiva. Provocando que Caprice se abalanzara sobre él, pero fuera detenida justo en el momento exacto por

Agatha, quien también estaba visiblemente molesta por las hirientes palabras de su ex novio. Collin se levantó de golpe y empujó a Clark, haciéndolo caer sobre su trasero, pero levantándose de inmediato para encarar al australiano.

—Oye, amigo, no sé quién demonios seas, pero de donde vengo, esa no es forma de hablarle a una mujer, será mejor que te disculpes con ella.

—¿O qué vas a hacer? Extranjero de pacoti...

Antes de que Clark pudiera terminar con sus insultos, el enorme puño de Collin se estrelló de lleno contra su rostro, enviándolo de nuevo al suelo con el suficiente ímpetu para hacerle rodar un par de veces.

—Te lo advertí, amigo.

Agatha soltó a Caprice y se acercó hasta Collin para evitar que siguiera enzarzándose en la pelea con Clark. Rodeó al australiano con sus brazos para limitar sus movimientos, pero le fue difícil debido a la bien formada musculatura de Collin, su torso no tenía que envidiarle al de cualquier atleta profesional.

Clark se levantó echando pestes y queriendo abalanzarse sobre Collin, pero después de un segundo, pareció pensárselo mejor. Recogió su portafolios y se acomodó la corbata.

—Acaban de cometer un gran error... Me aseguraré de que este lugar sea vendido por un centavo... Nadie pagaría más por una maldita guarida de negros e inmigrantes. Reinaugar el lugar, que pérdida de tiempo.

—¿Ah sí? Pues ya verás que reinaugararemos el lugar y haremos una tonelada de dinero para que ti y el maldito banco, ya que tanto están pidiendo. Vamos a reunir los cincuenta mil en un santiamén. Yo mismo me encargaré de eso.

Replicó Collin con fuerza mientras aún era sostenido por los brazos de Agatha, Clark se limitó a mirarlo con odio y escupir en el suelo.

—¿Cincuenta mil? ¿Te refieres a lo que pedía el banco antes de que les

informe que esta es una inversión de alto riesgo? Cien mil en quince días.

—¡Tú no puedes hacer eso!

Reclamó Agatha gritando a todo pulmón, reaccionando ante aquella injusticia.

—Suerte con su maldita pastelería.

Dijo Clark de forma socarrona antes de salir de Bakersville, azotando la puerta.

—Ese bastardo desgraciado...

Caprice apretó los dientes que rechinaban, aún enojada por lo que Clark le había dicho, realmente se había pasado de la raya esta vez.

—¿Cien mil dólares? ¿Qué voy a hacer?

Dijo Agatha de forma desconsolada, dejándose caer sobre una de las sillas.

—Querrás decir qué es lo que vamos a hacer...

Dijo Caprice acercándose hasta su mejor amiga y tomando su mano entre la suya.

—...Estamos juntas en esto, no lo olvides.

—Sí, sé que parece extraño y todo eso, pero me gustaría ayudarlas también, ese tipo es un idiota. ¿En serio el banco piensa quitarte este lugar?

Agatha asintió.

—Lo peor es que este negocio ha pertenecido a su familia por generaciones y ahora quieren arrebatárselo, así como así.

—Eso no está nada bien... Agatha, quiero ayudarte a que salves este lugar.

—¿Por qué? Apenas acabamos de conocernos, no tienes que tomarte esa molestia por mí, en serio...

—Sí. Pero no te molesta que lo haga, ¿verdad?

A Agatha le brillaron los ojos al escuchar a Collin ofrecerse de forma desinteresada para ayudarla a salvar la pastelería.

—Estaría en deuda contigo. ¿Cómo podría pagarte?

—¿Acaso no dijiste que tenías que buscar donde hospedarte? Tú tienes una habitación extra en tu departamento no, ¿Agatha?

—No quisiera ser una molestia.

Se excusó Collin de inmediato

—No te preocupes, no lo sería, además sería lo menos que podría hacer por ayudarnos y defendernos de Clark.

—Bien...

Dijo Collin sonriendo.

Agatha también sonrió, no necesitaron decir nada más, las palabras no podían expresar lo mismo que se estaban diciendo con la mirada en ese justo momento.

Y aunque no lo supieran, en ese momento, algo mágico acababa de comenzar.

Capítulo 3

Agatha dejó las llaves de nuevo sobre la mesa junto con su bolso, se giró y le dedicó una dulce sonrisa a Collin.

—Sé que no es muy llamativo o elegante, pero es mi hogar.

—Yo creo que es muy bonito. Al parecer todo lo que está relacionado contigo siempre es atractivo a los ojos.

Agatha se sonrojó y se dio la vuelta para evitar que el australiano la viera así, abrió la puerta de la habitación de huéspedes y empezó a acondicionarla para que Collin pudiera instalarse en ella, encendió la luz y empezó a mover los chismes que había dejado allí.

—Toma asiento o da un vistazo al lugar si quieres, siéntete como en casa.

Dijo la chica mientras continuaba con sus tareas de limpieza en la habitación, Collin, sin embargo, entró en el cuarto de huéspedes y empezó a imitar a Agatha.

—No tienes que molestarte, en serio, yo puedo hacerlo sola, además, eres mi huésped.

—No es una molestia, para nada, no estoy acostumbrado a sentarme mientras veo cómo los demás hacen todo el trabajo.

Agatha estaba levantando un cajón de madera que parecía ser muy pesado para ella hasta que Collin se hizo cargo del pesado mueble, los músculos de sus brazos se tensaron revelando unos enormes bíceps que sobresalían de las

mangas de su camisa. La joven no pudo evitar dar una mirada de deleite a la maravillosa musculatura de aquel hombre, ciertamente estaba en una condición física envidiable. Cargo el cajón como si este no pesara en absoluto y lo colocó justo en el sitio donde Agatha le indicó.

—Vaya, eres muy fuerte.

Collin sonrió en respuesta al cumplido de la chica antes de seguir moviendo cachivaches de un lado a otro para desocupar el mayor espacio posible, si quería quedarse en ese lugar, debía asegurarse de que estuviera lo más limpio y ordenado posible.

Después de un par de horas distribuyendo nuevamente la ubicación de los muebles y la cama, Agatha y Collin por fin terminaron, el australiano había decidido quitarse la camisa por el calor que tenía. Agatha tuvo que sostenerse de la pared para evitar caer apenas vio el torso desnudo de aquel hombre, parecía que había sido tallado de roca pura, era el cuerpo que cualquier dios griego hubiera tenido.

Collin jadeaba mientras que unas perladas gotas de sudor resbalaban por sus pectorales y terminaban cuesta debajo de sus abdominales, le daba a su bronceada piel el aspecto de estar reluciente.

—Bien... Ya... esto... Terminamos.

Dijo Agatha de forma nerviosa al ver cómo los músculos de Collin subían y bajaban al ritmo de su agitada respiración, ella también empezaba a sentirse agitada así que pensó que lo mejor sería cambiar las tornas de la situación.

—Acompáñame a la cocina por algo de tomar, me parece que lo necesitas.

—Ah, esto no es nada, aunque nunca me niego a una buena bebida.

Los dos salieron del cuarto y Collin tomó asiento frente a la pequeña mesa de mimbre mientras Agatha servía un par de vasos repletos de lo que parecía ser zumo de fresa. Le ofreció uno a su apuesto huésped y se quedó ella con el otro.

Collin dio un buen sorbo del vaso y miró a través del gran ventanal de la cocina, le permitía observar el paisaje de afuera, las calles llenas de gente y coches, risas, aplausos, ruidos de todo tipo, la típica imagen de un barrio como Wellington. Agatha también se permitió dar un vistazo afuera antes de reparar nuevamente en Collin, todavía le parecía surrealista el hecho de que un sujeto como él estuviera tan lejos de su tierra, al otro lado del mundo, en un sitio como ese pueblo, y lo que era más difícil de creer, en su casa. Decidió preguntarle un poco acerca de él y sobre la razón por la que había viajado hasta allí desde Australia, lo vio tan inmerso en lo que sucedía afuera que no quiso sacarlo de sus pensamientos, sin embargo, la duda la estaba matando, iba a preguntarle de todos modos, trataría de no parecer tan brusca.

—¿Qué hace un lugar como tú en un chico como este?

Collin rio divertido y Agatha se llevó las manos al rostro apenada por su fallido intento de hacer una pregunta, aún le costaba un poco controlarse cuando estaba frente a él.

—Lo siento, quise decir...

—¿Qué hace un tipo como yo en un sitio como este?

—Sí, eso.

Collin suspiró y dejó de ver a través del ventanal para mirar fijamente a Agatha, la chica soportó la mirada y tragó saliva, expectante a lo que él pudiera decirle, por la expresión en su rostro parecía que se trataba de algo sumamente importante.

—¿Crearías que estoy loco si te dijera que aún no estoy seguro de por qué viajé?

Agatha parpadeó con incredulidad, como si pensara que le estaba mintiendo.

—Estás de broma, ¿verdad?

Collin volvió a sonreír, era tan hermoso cuando sonreía.

—No, es en serio. Es algo curioso... Creo que deberías sentarte, es un cuento un poco largo.

—Bien.

Agatha acercó una de las sillas y se sentó frente a Collin, mirándolo fijamente para hacerle saber que toda su atención estaba centrada solamente en él.

—Toda mi vida había vivido en la ciudad de Melbourne, en un pueblo llamado Adelaide. Tenía un buen trabajo, una hermosa casa a orilla de la playa, todo lo que un soltero de mi edad podía querer... La vida era buena conmigo, de hecho, incluso estaba preparándome para abrir un pequeño negocio allí, tenía los ahorros de mi vida y eran suficiente para eso...

—Suena a como que no tenías preocupaciones, aunque discúlpame si me equivoco.

Dijo Agatha de forma tímida.

—En absoluto, realmente no las tenía. Pero, así como tenía lo que algunos pudieran definir como éxito o prosperidad... Me sentía... vacío, ¿sabes? Desde la forma en que yo lo veía, estaba levantándome todos los días solo por inercia, tenía la misma rutina de siempre una y otra y otra vez... Yo no estaba viviendo.

Agatha escuchó con atención cada palabra que salía de la boca de Collin, lo entendía perfectamente, era lo mismo que ella había estado sintiendo desde hace mucho tiempo atrás.

—Estas metido tan de lleno en un círculo vicioso donde lo único que haces es subsistir porque es lo que se espera que hagas, puedes estar rodeado de personas...

—Pero aun así te sientes en soledad y no hay forma de remediarlo...

Añadió Agatha, era increíble, eso era exactamente lo mismo que ella pensaba por las noches antes de dormir. Collin asintió.

—Y es cuando más te hundes en ese pozo de soledad y solo quieres salir...

—Pero es imposible, porque a cada segundo te vas dando cuenta de que tu existencia es apenas nada en un continuo y degradante circo de melancolía. Las sonrisas son escasas y las lágrimas abundan... Yo... Yo sé a qué te refieres.

Collin volvió a darle la razón y la chica se sorprendió todavía más, nunca hubiera imaginado que el australiano fuera un hombre tan profundo, había cometido el error de juzgar un libro por la portada y se había llevado una sorpresa, parecía como si estuvieran conectados mentalmente.

—Entonces una noche, hace dos semanas, me desperté en medio de la madrugada, me faltaba el aire, salí de mi casa y me dejé caer sobre la arena de la playa y miré al cielo... Fue en ese momento cuando vino a mi esta idea, era una auténtica locura, sí, ¿pero no son locuras todas las grandes aventuras? Quería vivir la vida a pleno, eso fue lo que entendí. Me levanté de golpe y regresé corriendo adentro de mi casa, le di un manotazo al mapamundi de globo terráqueo que tenía en la sala y decidí que iría al siguiente lugar en donde se detuviera.

—¿Y fue Wellington?

Collin asintió.

—Al día siguiente puse en venta todas mis cosas y una semana después ya me encontraba comprando mi billete de avión a Estados Unidos. No sabía nada acerca de Wellington y creo que ahí es donde radica lo maravilloso de esta aventura, me embarqué en un viaje donde no tenía la menor idea en si sería algo bueno o un absoluto desastre y terminé sorprendiéndome... Fíjate, en mi primer día ya me topé con una chica guapa y un truhan de patas cortas.

Collin sonrió ampliamente para Agatha haciendo que esta volviera a sonrojarse al escuchar que el australiano la llamaba guapa.

—Sí, Clark... Lo siento mucho, no hubiera querido que presenciaras una escena como esa.

—No tienes que disculparte, si alguien debe hacerlo es ese tipo. ¿Qué es lo que tiene contra ti y la pastelería?

Agatha suspiró profundamente, creía que necesitaba inhalar todo el oxígeno del ambiente y llenar sus pulmones para hablar acerca de eso, realmente ella nunca había sido del todo comunicativa, no era de aquellas que se abrían con todo el mundo y contaban cada una de sus vivencias, sin embargo, con Collin se sentía diferente, en confianza. Era como si pensar de forma similar le hubiera ayudado a establecer un vínculo mucho más rápido. Hablar de Clark nunca era fácil, ni siquiera con Caprice, pero haría un esfuerzo esta vez.

—El rubio con ínfulas de ario que conociste en la pastelería es Clark Braulitz, mi ex novio, y uno de los seres más detestables del planeta. Creo que está de más que diga que es un cerdo racista...

—Oh sí, me di cuenta por la forma en como le habló a tu amiga, no debes decirlo...

—Bien, el punto es que desde que rompimos se ha convertido en un verdadero dolor de cabeza... Baskerville... La pastelería ha sido de mi familia desde que la fundaron, hace casi cincuenta años atrás y ahora estamos en graves problemas financieros, normalmente el banco siempre nos refinanciaba, pero desde que Clark empezó a trabajar para ellos, se ha puesto a la tarea de quebrarnos... Y ahora sí parece que pueda conseguirlo.

Agatha se cruzó de brazos y se reclinó hacia el frente sobre la mesa, volviendo a suspirar.

—Tranquila... No te preocupes, yo las ayudaré. No dejaremos que ese tipejo se salga con la suya. No me imagino la presión que debe sentirse estar a punto de perder el negocio de tu familia. Supongo que es muy importante para

ti.

—Bueno... Es... Es complicado.

—¿Por qué?

—Es una pregunta complicada, Collin...

—Bien... No pasa nada.

Dijo Collin casi como si estuviera disculpándose, pensó que lo mejor era no insistir, había sido un día duro y era entendible que Agatha no estuviera de humor para contarle más. Quizás ya tendrían más tiempo para discutirlo ahora que serían compañeros de piso.

—¿Y qué tienes en mente para que la pastelería sea rentable de nuevo? Aparte de la reinauguración...

—Eso es otro tema... Creo que lo mejor será discutirlo mañana con Caprice, ahora estoy cansada. Solo quiero tomar una buena ducha e irme a dormir... Imagino que tú debes sentirte igual, ¿o me equivoco?

—Sí, eso suena como un buen plan.

—Genial... Entonces, si me disculpas, voy a ducharme, luego de eso tendrás el baño para ti. Y recuerda, siéntete como en tu propia casa, Collin.

Agatha le guiñó un ojo al australiano antes de levantarse y dirigirse hacia el baño.

—Agatha, espera...

—¿Si, Collin?

—Eres genial,

Agatha sonrió y se sonrojó de nuevo. Este chico la sorprendía cada vez más.

—Gracias...

Y diciendo esto, se retiró a darse una ducha, sin poder apartar de su mente a este simpático huésped. Collin había resultado una inesperada felicidad, no sabía la palabra para definir lo que estaba sintiendo, solo sabía que era algo

especial.

Agatha se despertó en medio de la noche con la garganta reseca, se estrujó los ojos para ver mejor en medio de la oscuridad, caminó hasta la sala y entonces vio a Collin de espaldas, parado frente a la ventana y mirando hacia fuera. No quiso interrumpirlo, parecía muy concentrado en ello, un vistazo más detallado le indicó que lo que Collin estaba viendo eran las estrellas.

—¿Collin? ¿Estás bien?

Collin salió de sus absortos pensamientos y se giró en dirección a donde había provenido la voz de Agatha.

—Agatha... Sí, tranquila.

—¿Eres sonámbulo o algo?

Collin sonrió y, aún en la penumbra de la oscuridad, Agatha pudo ver sus perlados dientes blancos, esa sonrisa era hermosa, no importaba cuántas veces la viera.

—No, no es nada de eso... Solamente quería ver las estrellas. Ven, acércate.

Agatha se acercó hasta Collin y se paró junto a él frente a la ventana, ambos miraron el firmamento y se deleitaron con el soberbio espectáculo de estrellas que brillaban en medio de aquel cielo azabache. Agatha no recordaba cuándo había sido la última vez que se había tomado el tiempo suficiente para admirar debidamente las estrellas, incluso había olvidado lo especial que resultaba contemplarlas. Brillaban en el cielo como si de diamantes se tratasen, como si Dios las hubiera colocado intencionalmente para iluminar aquel momento especial que estaba compartiendo con Collin.

—Dios mío... ¡Son hermosas!

Exclamó Agatha maravillada por la hermosura de esas estrellas.

—¿Verdad que sí? Sin embargo... Te sorprenderías, conozco algo que es mucho más hermoso que esas estrellas. Son nada comparadas con eso...

—¿En serio? ¿Qué es?

—Se trata de ti.

Dijo Collin de forma dulce y justo después le dio un suave beso en la mejilla a Agatha, se hizo a un lado y regresó a su habitación. Agatha permaneció estática en el mismo sitio, sin poder creerse lo que acababa de pasar, su respiración se volvió rítmica y acelerada a medida que los latidos de su corazón se volvían más frenéticos. Pudo sentir cómo la piel se le erizaba y un escalofrío leve recorría su cuerpo de arriba abajo.

Se llevó la mano y acarició suavemente el lugar en donde el australiano la había besado, miró de nuevo a las estrellas en el cielo y ahora le parecieron más brillantes que nunca. ¿Eran así de brillantes antes del beso? Fuera cual fuese la respuesta, Agatha no podía pensar en ello, regresó a su habitación y se metió de nuevo en su cama.

Ese recuerdo de Collin besándola en la mejilla sería el material del que estarían hechos sus sueños esa noche.

Capítulo 4

Agatha se despertó con un leve rayo de sol dándole de lleno en la cara, la chica se desperezó y se refregó los ojos antes de levantarse a abrir completamente la persiana, dio un vistazo hacia fuera y se quedó pensativa por un instante, había tenido un sueño maravilloso la noche anterior. Soñó que había conocido a un tipo extremadamente apuesto y con un acento exótico y genial, era un australiano que parecía haber sido sacado de la portada de GQ, soñó también que este apuesto hombre había venido desde muy lejos para ayudarla a salvar Baskerville y protegerla del patán de su ex novio.

La chica suspiró y sonrió por un instante. Aquel había sido el mejor sueño que había tenido en muchísimo tiempo.

—Dios... Se sintió tan real...

En su mente volvió a revivir los compases finales de ese sueño, en el que se había topado con ese hombre justo en su casa, ambos miraban las estrellas a través de la ventana y luego de eso la besó en la mejilla con extrema dulzura. Agatha acarició la mejilla en donde había recibido el beso, de nuevo sintió cómo su piel se erizaba al recordar el suave tacto de aquellos labios contra su piel.

Estaba perdida en medio de sus ensoñaciones cuando el aroma de deliciosa comida llegó hasta su nariz, alguien estaba en su cocina. En ese momento, Agatha empezó a cuestionarse si el sueño había sido real. Una voz

que solo pudo considerar angelical luego hasta sus oídos en forma de canción mientras alguien amenizaba la mañana con una canción que conocía bastante bien. Salió de su habitación y se dirigió a la cocina para descubrir de qué se trataba todo aquello.

—*Wouldn't it be nice if were older, then we wouldn't have to wait so long, and wouldn't it be nice to live together, in the kind of world where we belong...*

Agatha no pudo hacer más que sonreír al ver a Collin cocinando con el torso desnudo y unos pantalones, con un delantal y cantando a todo pulmón aquella canción de los Beach Boys, él pareció no darse cuenta de que la chica había llegado hasta la cocina y ella estaba mirándolo sonriente, detrás de él.

—Vaya, no sabía que te apasionara la cocina y la música. Qué bohemio.

Dijo Agatha de forma alegre haciendo que Collin se sobresaltara al escuchar su voz, el australiano tropezó con una de las esquinas de la cocina y chocó con la encimera, volcando unos cuantos platos sobre el suelo.

—¡Dios! ¡Lo siento si te desperté! Yo... Esto...

Collin estaba visiblemente apenado mientras intentaba recoger lo que había tirado, Agatha se acercó hasta él y empezó a ayudarlo.

—Quería darte una sorpresa, estoy preparándote el desayuno, por favor, toma asiento. Espero que no te moleste que haya usado tus cosas...

—¿Qué? ¿En serio? No tenías que molestarme...

Replicó Agatha tomando asiento frente a la mesa de la cocina.

—Oh, no es una molestia en absoluto, es lo menos que podría hacer para agradecerte por dejar quedarme en tu casa. Además, disfruto mucho el cocinar... Lo encuentro relajante.

Collin dio los últimos retoques a su plato y un par de minutos después estaba sirviendo dos grandes platos con tostadas, huevos y tocino. Agatha contempló maravillada aquel plato y pensó en que el chico realmente se había

esforzado. Iba a darle el primer bocado a su comida cuando Collin la frenó.

—¡Espera! Aún falta otra cosa.

Agatha dejó el tenedor justo en su sitio y vio cómo Collin traía una pequeña botella de cristal con forma alargada y la dejaba sobre la mesa con una margarita dentro de ella. La chica levantó la mirada y se encontró con la radiante sonrisa del australiano.

—No es tan hermosa como tú, pero de seguro es buena decoración... *Bon Appetit.*

Agatha sonrió también y se sintió especial, era la primera vez que alguien se tomaba la molestia de tener un detalle como ese para con ella, Collin estaba resultando una maravillosa caja de sorpresas.

Desayunaron juntos y hablaron por un buen rato de varias cosas que tenían en mente y Collin le contó que el clima era mucho más fresco al de Adelaide, además Agatha le contó acerca de su infancia y los recuerdos que tenía en Baskerville cuando era administrado por sus padres. En un momento de la conversación, sintió la curiosidad de preguntarle a Collin acerca de lo que había pasado la noche anterior, cómo habían visto juntos las estrellas y aquel beso que le había dado en la mejilla, probablemente él lo hubiera hecho solo como un gesto de amabilidad, pero algo en ella le hacía sentir que era algo más.

—Collin... ¿Puedo...?

—¿Qué pasa?

La chica lo pensó por un segundo antes de hablar de nuevo, quizás fuera un error hacerlo, mejor esperaría un tiempo más para preguntarle, no quería parecer una loca desesperada.

—Nada, olvídalo, era una tontería de todos modos...

—No, dime, por favor.

Agatha abrió la boca para contestarle, pero antes de poder pronunciar

palabra alguna, un sonido estridente desde afuera los hizo saltar de sus sillas. Primero escucharon unos cristales romperse, como si alguien hubiera roto una botella a propósito y luego una pequeña explosión.

—¡Poder blanco!

—¡Tomen eso, negros de mierda!

Escucharon el sonido de unos neumáticos chirriando contra el suelo a medida que aceleraban con velocidad sobre él, después un coro de gritos de quejas se alzó por encima del ruido mientras pedían ayuda desesperados.

Agatha se levantó de inmediato y se asomó a la ventana seguida de Collin, justo a tiempo para ver alejarse a un coche sin placas a toda velocidad, un par de sujetos sacaban sus cabezas por las ventanas de los asientos traseros mientras gritaban una gran cantidad de maldiciones a los transeúntes que casi arrollaban. Buscaron con la mirada tratando de comprender qué era lo que acababa de ocurrir, entonces vieron lo que se encontraba del otro lado de la calle sumido en las llamas.

—Un coctel molotov.

Dijo Collin por lo bajo como si estuviera asimilando la situación tan inesperada que acababa de ocurrir.

—Esos desgraciados...

La gente de alrededor se reunía en un pequeño grupo que trataba de apagar las llamas, aunque sin resultado.

Agatha volvió a tomar asiento; visiblemente molesto, Collin se unió a ella sin decir una palabra, como si estuviera esperando que ella le explicara qué era lo que había sucedido.

—Esa es una de las razones por la que no puedes tener una vida tranquila en un pueblo como este... No entiendo cómo en pleno siglo veintiuno aún existan intolerantes descerebrados como esos tipos... Las tensiones sociales en este lugar están a flor de piel... Lo lamento, pero es algo a lo que vas a

tener que acostumbrarte si vives en Wellington.

—¿Tensiones sociales?

—Sí, supongo que en Australia no tienen problemas como estos... Pero sí, no es algo nuevo para mí. Tuve que crecer viendo como cada dos por tres estallaban disturbios, saqueos, manifestaciones de todo tipo... La miseria y la frustración son cosas con las que debes lidiar si creces en un sitio como este.

Collin puso expresión seria, era una situación muy grave la que Agatha le estaba contando.

—Aunque parece que todo se ha recrudecido en el último año: matanzas indiscriminadas, brutalidad policíaca, asfixia financiera... Es como si de alguna bizarra manera, alguien estuviera llevando a Wellington al borde del colapso.

—¿Asfixia financiera?

Preguntó Collin confundido.

—El banco, el mismo para el cual está trabajando Clark, hace unos cuantos años atrás comenzaron a comprar las hipotecas de la mayoría de los negocios en el pueblo, aquellos que se negaban a financiar con el banco recibían la visita de unos matones que se encargaban de “convencerte” por la fuerza de que era el trato correcto, si a pesar de eso aún se negaban, entonces cerraban tu negocio bajo cualquier pretexto.

—¡Eso es injusto! ¿Por qué permitieron que eso pasase?

—No tenían opción alguna, el banco controlaba todo a nivel financiero, además existen rumores de que la alcaldía estaba trabajando de forma encubierta para ayudar al banco... La telaraña de corrupción en Wellington probablemente sea mucho más grande lo que cualquiera pueda imaginar.

—Dios... ¿Pero las personas?

—Oh, se revelaron. Créeme, no fue nada bonito... Sin embargo, solo fue un arma de doble filo, terminaron haciéndonos más daño a nosotros que al

banco o la alcaldía, hubo una fuerte ola de disturbios y saqueos... Las pérdidas fueron...

Agatha hizo silencio por un segundo y desvió la mirada, como si hablar de eso le resultara en extremo doloroso.

—Lo siento. No tienes que hablar de ello si no quieres.

Se excusó Collin.

Agatha sonrió débilmente.

—Esa es una de las razones por la que estamos tan jodidos en la actualidad. Con lo que pasó aquella vez, el banco determinó que Wellington era un sitio de riesgo extremo para los inversionistas, por lo tanto, las hipotecas se dispararon hasta el techo, la gente ya no tiene forma de pagar sus deudas y por eso el ambiente en las calles es cada vez peor... Eso que acaba de pasar es algo que se está volviendo cotidiano...

—En tiempo de elecciones todo vale, es como la guerra.

Dijo Collin de forma filosófica como si hubiera dicho en voz alta algo que solo estaba en su mente, Agatha lo miró con cautela por primera vez.

—Yo no dije nada de que estuviéramos en tiempo de elecciones.

—Oh, ¿en serio dije eso? Lo siento, supongo que solo lo adiviné, perdona, es que me distraje un poco.

Aquello le pareció por lo menos... extraño, Collin acababa de mencionar algo que era un tema taboo, incluso entre los mismos habitantes de Wellington. ¿Adivinar? Había sido demasiado exacto para tratarse solo de una mera casualidad.

—Bien... Como sea, tiene razón lo que dices. Estamos en año de elecciones, lo que significa que, por primera vez en mucho tiempo, los habitantes de Wellington tenemos una pequeña esperanza de que todo mejore, sin embargo, también está la posibilidad de que se vaya al traste... Uno de los candidatos se cree que está promovido por el banco y su red de corrupción.

Sabes lo que eso significa, ¿no?

—Que de esa forma el banco se asegura de seguir controlando los intereses financieros del pueblo... Malditos.

Agatha asintió.

—Es por eso por lo que Clark esta tan interesado en Bakersville, mientras más negocios controlen los del banco, mayor va a ser su probabilidad de controlarlo todo. Además, digamos que tiene un interés más “personal” ...

Collin guardo silencio al escuchar eso y desvió su mirada hacia un lado, como si aquello le resultara difícil de escuchar.

—Collin...

—¿Qué pasa?

Agatha extendió su mano sobre la mesa y estrecho la del australiano entre la suya, lo miró directamente a los ojos y le dedicó una sincera y muy cálida sonrisa.

—Gracias... Gracias por todo lo que hiciste ayer, gracias por defendernos de Clark. Y por ofrecerte a ayudarnos en la pastelería, nadie haría eso por alguien a quien apenas conoce. Realmente eres un ángel.

Collin agachó la mirada como si estuviera apenado, después de unos segundos, volvió a levantar el rostro y devolverle una sonrisa tan especial como la que ella le había dado. Acarició los dedos de Agatha suavemente y sostenía su mirada.

—No tienes por qué agradecerme. No sé cómo explicarlo, pero estoy seguro de que hice lo correcto. Y haré todo lo que esté a mi alcance para poder ayudarte a salvar el negocio de tu familia. ¡Ya lo veras! Derrotaremos a esos imbéciles del banco en su propio juego...

—Quisiera que fuera tan fácil... Pero aún tengo esperanzas de que podamos hacer algo.

Collin se levantó de su silla y se acercó hasta donde estaba sentada

Agatha, se acuclilló frente a ella, quedando a sus pies.

—Te prometo por mi vida, querida Agatha, que no voy a descansar hasta ver esa pastelería repleta de clientes y a ti con una enorme sonrisa pintada en la cara atendiendo ese lugar.

—¿Estás seguro de eso?

—Nunca he estado más seguro de algo en mi vida.

Las miradas de ambos se conectaron por un instante, era como si les fuera imposible mirar otra cosa que no fuera el otro, el ritmo cardiaco de Agatha se disparaba con cada segundo en que se adentraba en los magníficos ojos azules de Collin y a ella le pareció escuchar incluso los latidos del corazón del australiano. Había electricidad en el ambiente y sus labios temblaban ligeramente expectantes de la situación, Agatha estaba sintiendo algo que no había sentido en mucho tiempo, Collin, de igual manera, también estaba viéndola de una forma especial, Agatha recordó lo que había pasado la noche anterior y pensó que este era el mejor momento para preguntarle por ese beso que le había dado.

—Collin... ¿Quieres saber qué era lo que iba a preguntarte antes?

—Por supuesto.

Sus voces ahora habían bajado de nivel hasta convertirse casi en un susurro, por un instante todo lo demás pareció no importar.

—Collin... ¿Por qué me diste un beso en la mejilla?

—¿En serio quieres saber eso?

—Sí. Quiero saberlo.

Collin sonrió y para Agatha el mundo se detuvo. Quería permanecer ahí toda la eternidad contemplando aquella magnífica sonrisa que hacía contraste con la piel bronceada y los profundos ojos azules del australiano.

—No quería perder la oportunidad de besarte bajo las estrellas, a pesar de que solo fuera en la mejilla.

Agatha se sonrojó a totalidad apenas escuchó esas palabras, su corazonada había sido verdad, ese beso no fue un simple gesto aleatorio de afecto. Collin lo había deseado y, aunque le costara admitirlo, ella también lo había hecho. Sintió cómo su respiración se agitaba y el pulso aumentaba considerablemente, estaba pasando de nuevo. Se levantó de golpe de su silla y salió disparada hacia su habitación, disculpándose con Collin en el trayecto. Antes de entrar en su habitación, se giró y miró a Collin, quien permanecía casi arrodillado frente a la silla donde antes había estado sentada.

—Collin...

—¿Qué pasa?

—Espero que aún nos queden millones de estrellas más por ver.

Dijo la chica de forma decidida mientras sonreía.

—Las veremos, pero puedo apostarte lo que quieras a que nunca veremos una que sea más hermosa que tú.

—Pareces muy seguro de tus palabras. chico listo, ¿qué apostarías?

—Digamos que solo quiero una sola cosa...

—¿Y eso es?

—Un beso. Un beso es lo único que apostaré contra ti.

La sonrisa de Agatha se hizo mucho más amplia de lo que ya era antes. La chica asintió levemente y se metió a su habitación, cerrando la puerta tras de sí. Se dejó caer en su cama y abrazó una de sus almohadas, sentía que, si no lo hacía, saldría flotando hasta el cielo. Quería reír a carcajadas, bailar, dormir, suspirar, cantar... Quería demostrar lo que estaba sintiendo en ese justo momento, pero no tenía idea de cómo hacerlo. No había sentido algo igual a eso hacía demasiado tiempo, cuando Clark le había arrebatado los pocos sentimientos que tenía.

Se dio la vuelta y contempló el techo de su habitación, como si aquel contuviera todas las respuestas de la sabiduría universal. Estaba feliz, casi

eufórica, en un pleno estado de gracia que hacía latir su corazón exageradamente. Le resultaba todavía difícil creer que Collin fuera capaz de provocarle tales sentimientos con tanta facilidad, era como si el australiano hubiera nacido justo a la medida para hacerla feliz.

Suspiró, por un momento, un instante, apenas un segundo, se permitió tener esperanza en el amor de nuevo.

A partir de ese momento en adelante, la palabra AMOR se escribiría COLLIN.

Capítulo 5

Un buen rato después de haber tenido el idílico momento en la cocina, Agatha y Collin se dirigían a Baskerville en el coche de la joven. Tenían que ponerse manos a la obra si querían idear un plan lo suficientemente bueno para poder salvar la pastelería y, aunque le doliera admitirlo, hasta el momento no se les había ocurrido nada bueno. A medida que avanzaban por las repletas calles de Wellington, Collin contempló la mezcla de personas caminando por las aceras, antes de eso pensaba que ese era un barrio donde solo vivían personas de color.

—¿Si viven tantas personas de razas distintas no deberían aprender a llevarse bien?

Inquirió Collin.

—Lo intentan, créeme, de hecho, todas esas personas son muy amables...

Agatha frenó justo a tiempo para compaginarse con la luz roja del semáforo, frente al sitio donde se detuvieron había un enorme cartel en donde varios hombres blancos de aspecto muy mayor estaban sentados discutiendo algo, podía leerse la palabra “Walker” rotulada bajo el cartel.

—...Sin embargo, siempre existen manzanas podridas que intentan echar a perder la cosecha, como esos tipos, por ejemplo. Los Walker son una familia de abogados que ha trabajado toda su vida de mano con la alcaldía, esos tipos

y la familia de Clark quienes son casi dueños del banco siempre han sido los que promueven el odio racial... Aunque ninguno de ellos se atreva a admitirlo, así es como es aquí.

La voz de Agatha se tornó más fría y seria al hablar de esas personas mientras que su mente se nublaba nuevamente con aquellos tristes recuerdos de la noche en la que había muerto su padre, a pesar de que los delincuentes tenían piel negra, el odio había sido su verdadero asesino.

Arrancó nuevamente el coche mientras Collin seguía pensativo mirando por la ventana, como si estuviera internalizando un debate moral en extremo complicado, Agatha pensó que quizás todo esto era demasiado para él, probablemente aún le parecía sumamente bizarro como unas personas podían aborrecer a otras solo por el color de su piel. Esperaba que Australia fuera un lugar más civilizado donde la gente fuera comprensiva y tolerante para con sus prójimos, era lo mismo que soñaba algún día pudiera ser Wellington.

Siguieron en el camino por unos minutos más hasta que por fin llegaron a la calzada donde estaba Bakersville, lo primero que vieron los hizo sonreír ampliamente a ambos. Caprice se encontraba pintando la fachada de la pastelería junto a un grupo de jóvenes, le estaban dando un buen retoque a las paredes y según la extensión que llevaban cubierta, probablemente habían madrugado para comenzar con el trabajo. Agatha aparcó el coche y se bajó seguida de cerca por Collin.

—¡Al fin llegas, nena! Quería que fuera una sorpresa y tener esto listo para cuando estuvieras por aquí, pero bueno... ¡Sorpresa!

Dijo Caprice de forma alegre mientras con sus manos señalaba hacia la pared que los chicos estaban terminando de pintar, Agatha sonrió aún más ampliamente, su expresión era de verdadera alegría, Collin también sonrió, complacido por lo que veía.

—¡Caprice! ¡Esto es maravilloso! ¿Pero cómo...?

—Ah, cuando le conté a mis primos de que estábamos tratando de salvar la pastelería, ellos se ofrecieron voluntariamente a ayudarnos a pintar la fachada.

—¡Gracias, chicos, sois los mejores!

Los felicitó Agatha dándole una palmadita en la espalda a uno de los jóvenes que se encontraban dándole nuevo aspecto a la cara exterior de Baskerville.

—Dulzura, haría lo que fuera por ti y por lo que fuera me refiero a...

—Cállate, Malik.

Dijo Caprice antes de darle un pequeño cate en la frente al joven que se había girado para hablar con Agatha, se trataba de Malik, el primo mayor de Caprice y uno de los muchos jóvenes del pueblo que se desvivían por la exótica y sublime belleza de Agatha.

—Eres un amor, Malik, gracias por todo esto.

La chica le dio un pequeño beso en la frente al chico y le guiñó un ojo.

—Tienes que ver lo que hicimos del otro lado de la esquina, te va a gustar mucho.

—¡No le digas, tonto! Se supone que era una sorpresa...

—Demonios, Caprice puede fingir que está sorprendida y te apuesto a que le gustará igual.

Caprice torció los ojos en señal de descontento con la terquedad de su primo, pero ya no había nada que pudiera hacer, lo mejor era mostrarle a Agatha, quien ya parecía estar sucumbiendo a la curiosidad acerca de que estaban hablando.

—¡Prometo sorprenderme! Lo juro.

Agatha levantó su mano en señal de promesa.

—Pues eso es todo lo que necesito, nena.

Malik le ofreció su brazo para que esta se agarrara a él y poderla guiar hasta la otra sorpresa que los chicos tenían preparada para ella, no tenía idea

de qué podía ser, pero estaba segura de que no la decepcionarían.

Caprice acompañó a Collin, quien estaba bastante divertido con la actitud de donjuán del joven primo de Caprice, le parecía genial.

—Me han llamado de muchas maneras en esta vida nena, ¿lo sabías?...

Empezó a decir Malik.

—¿Ah sí? ¿Cómo cuáles?

—“Romeo”, “Don Juan del barrio”, “Malik Mr. Mayhem”, y por último “El Picasso Negro”.

Agatha empezó a reír divertida por lo que el joven acababa de decirle, no se podía negar que era bastante ingenioso con las palabras.

—Te ríes, sí, todas lo hacen al principio, por eso es por lo que quise demostrar que estoy diciendo la verdad, por favor, nena, cierra tus ojos y ábrelos cuando yo te diga.

—¿Es en serio?

—Sí. Te va a gustar, créeme.

Agatha cerró los ojos a regañadientes, los demás chicos murmuraban por lo bajo diciendo que le iba a encantar cuando viera eso. Dieron los últimos pasos para doblar la esquina, justo aquella que daba de frente a la avenida principal, una de las vías más concurridas del pueblo.

—Ahora... Por favor, abre los ojos y dale un vistazo al verdadero arte de la calle.

Agatha hizo caso de lo que Malik le había pedido y abrió los ojos lentamente, cuando por fin vio de qué se trataba la sorpresa, tuvo que llevarse las manos a la boca para no gritar de la emoción.

—Santo wallaby...

Exclamó Collin sorprendido.

En toda la pared de la esquina estaba pintado un hermoso mural que Agatha solo podía definir como arte en su estado más puro: se trataba de un

dibujo a base de grafiti, los rostros de sus padres, quienes habían atendido Baskerville en tiempos anteriores, formaban lo que parecía ser cada uno la mitad de un globo terráqueo, dentro de ese estaba el rostro de Agatha pintado de forma idéntica, le parecía estar viéndose en una fotografía, además estaba decorado con una multitud de mensajes positivos y contra el odio. Si se veían desde la distancia adecuada, formaban la palabra “BASKERVILLE”.

—¿Te gusta? Caprice me contó lo que tus padres significaban para ti y...

Agatha abrazó a Malik con tanta fuerza que casi le cortó la respiración, impidiéndole hablar, mientras secaba las lágrimas sobre su hombro.

—¡Me encanta! Es... ¡Es perfecto!

Dijo Agatha sonriendo ampliamente y repartiendo abrazos y besos a todos. Caprice se acercó hasta ella y ambas se fundieron en un abrazo fraternal.

—Gracias... De verdad... No sabría cómo pagarte todo lo que has hecho por mí.

—¡No tienes que agradecerme, cariño! Eres como mi hermana y haría hasta lo imposible por ayudarte.

Collin, quien se había mantenido extrañamente al margen de la situación, contemplaba fijamente el mural sin decir ni una palabra.

—¡Sois los mejores, en serio, chicos!

—Realmente lo son, creo que se han ganado todos ustedes una de mis malteadas especiales. ¡Vengan conmigo!

Añadió Caprice mientras invitaba a sus primos a que la siguieran y le guiñaba un ojo a Agatha antes de señalar a Collin. Dieron media vuelta y se dirigieron al interior de la pastelería, dejando solos a la chica y el australiano, quien todavía contemplaba el mural de forma seria.

Agatha se acercó hasta él y le dio otro vistazo a la obra de arte que Malik había pintado sobre la pared de Baskerville.

—Es maravillosa... Realmente ha sabido captar tu verdadera esencia.

—¿Enserio? ¿Qué quieres decir con eso?

—En que nunca pensé que alguien fuera capaz de replicar la perfección de tu rostro. Y, sin embargo, este chico... Malik, lo hizo. Además, consiguió plasmar tus ideales, tu forma de pensar... Es lo primero que he visto en mucho tiempo a lo que realmente considero arte... Aparte de ti, claro.

Agatha agachó la mirada antes de responder, le pasaba lo mismo cada vez que Collin decía cosas como esas acerca de ella.

—Gracias... Es curiosa, ¿sabes? Su historia... La de Malik.

Collin giró hacia ella y la miró con curiosidad.

—Cuéntamela.

—Malik siempre ha sido uno de esos chicos a los que nada parece afectarles, esos que a pesar de cualquier problema ponen una sonrisa y siguen adelante con todo. Pero, incluso alguien como él puede sufrir cuando el dolor es tan grande... Sus padres murieron en la última ola de disturbios raciales que azotó Wellington, él era apenas un niño. Desde entonces se dedicó a tirar su vida a la basura, drogas, armas, se juntaba con pandillas... Estaba en camino a dormir tres metros bajo tierra...

Collin sintió un nudo en la garganta al escuchar eso, al parecer la vida de los jóvenes que vivían en Wellington estaba marcada por una terrible predilección a meterse en problemas, aunque ellos no lo buscasen. Se preguntó si todo eso era culpa de las tensiones raciales.

—...Estuvo en la cárcel un par de meses, pero después de eso todo se volvió más turbio. Tuvo una fortísima recaída y se volvió un alcohólico sin remedio... Creo que es una de las peores formas de morir, ¿sabes? Quitarte un poco más de vida con cada botella...

Collin guardó silencio y sintió una pequeña puntada en el pecho al escuchar aquello... Lo que más le dolía en ese momento quizás era el hecho de sentirse identificado con esa historia y no poder contarle a Agatha la verdad.

—... Entonces mis padres lo ayudaron, lo inscribieron en una clínica para que se rehabilitara y después de eso pagaron por una plaza en la escuela de arte. Así como lo ves, siendo tan bromista y todo eso es uno de los mejores estudiantes de su clase. Es el poder de transformar las situaciones realmente jodidas en algo bueno, ¿no crees?

—Por lo que dices, ahora entiendo por qué la gente de este lugar está tan encariñada con la pastelería... Tus padres eran ángeles.

Agatha sonrió al escuchar aquellas palabras por parte de Collin, realmente así lo sentía ella también. No importaba la situación, ni de quién se tratase, sus padres siempre habían hecho lo posible por ayudar a todo aquel que lo necesitase. Eso mismo era lo que le habían enseñado a ella durante su infancia y fue algo que jamás pudo borrar de su alma.

Collin la miró nuevamente a los ojos y apretó su mano entre la suya.

—Agatha, ¿crees en la redención de las personas?

Esa pregunta tan inesperada la sorprendió, no entendía por qué Collin estaba actuando de esa manera justo después de escuchar la historia de Malik.

—Por supuesto... Creo que todas las personas merecen al menos una segunda oportunidad, no somos quienes para juzgar...

—¿Sin importar lo malo que hayan hecho?

—¿Por qué me preguntas eso, Collin?

—Respóndeme, por favor, es importante.

—Sí.

—Bien...

—Ahora dime... ¿Por qué preguntaste? ¿Estás tratando de decirme algo?

—Es complicado... Sin embargo, no creo que sea el momento adecuado para hablar de ello, Agatha. No quiero arruinar este momento.

Collin acercó su rostro hasta el de ella y le dio un suave beso en la mejilla, justo como la vez anterior cuando habían estado contemplando las

estrellas de noche.

—Collin...

—¿Puedo decirte algo?

—Dime.

Agatha miraba expectante los labios del australiano, como si en su mente esperara escuchar las palabras que anhelaba.

—Venir a Estados Unidos ha sido la mejor decisión de mi maldita vida.

Collin levantó la mano de Agatha y la besó de forma caballerosa.

—No importa el motivo, ni siquiera importa cómo llegue a acabar esto... Solo quiero que sepas que ha sido maravilloso conocerte y estar contigo durante este tiempo. Y que, sin importar lo que pase a partir de este momento en adelante, no voy a cambiar de opinión con respecto a eso.

A Agatha se le aceleró el corazón al oírlo hablar de esa forma, era extraño, ¿por qué Collin le estaba diciendo todas estas cosas? ¿A qué se refería con “sin importar lo que pasara a partir de ese momento”?

La cabeza le daba vueltas, quería preguntarle el porqué de esas declaraciones. Pero algo en su interior le decía que este no era el momento oportuno. Decidió seguir esa corazonada, ya le había sido de mucha ayuda antes, esperaba que esta vez también volviera a ser igual.

Sonrió y asintió levemente mientras apretaba con fuerza la mano del australiano. Ya llegaría el momento perfecto para que sus palabras tuvieran sentido, sin embargo, ahora tenían que volver adentro y empezar a planear su estrategia para salvar la pastelería.

Agatha contempló el hermoso y artístico mural una última vez, sintió cómo la esperanza nacía de nuevo en su pecho al ver el rostro de sus padres, su mundo, ya ellos habían sido la esperanza del pueblo en su momento, esa responsabilidad ahora recaía sobre ella, pero no estaba sola, tenía a Caprice, y a Collin, y a todos los ciudadanos que sentían cariño por la pastelería y que

estarían dispuestos a ayudar si así fuera necesario.

No estaba sola, en absoluto.

Uno de los mensajes más bonitos que formaban el collage del mural.

“Aún en la oscuridad de la noche, brillan las estrellas”

Se sintió renovada al leer eso.

Determinación, era su nuevo lema de vida.

Los primos de Caprice estaban sentados alrededor de una mesa tomando sus malteadas y viendo algo en la televisión. Agatha entró seguida de Collin quien se dirigió hacia la barra y se colocó detrás del mostrador, a Agatha le encantó la iniciativa que demostraba el australiano, era el tipo de personas que le gustaban, aquellos que no permanecían quietos y que siempre buscaban la forma de ayudar, por mínima que fuera su contribución.

Caprice se encontraba limpiando la cocina en otro de los cuartos del local. De repente, una noticia de última hora interrumpió la programación habitual de la tv, se trataba de una entrevista a uno de los hombres más importantes en la reciente elección. Agatha subió el volumen para poder escuchar mejor, incluso Collin pareció interesarse en lo que estaba pasando.

—Buenas tardes, espectadores, esta es una emisión especial de Noticias Wellington, en esta ocasión estaremos conversando con el Sr. Braulitz, presidente ejecutivo del banco estatal y coordinador de campaña del partido demócrata para las elecciones regionales de este año. Es un placer conversar con usted, Sr. Braulitz.

—El placer es todo mío, un verdadero honor poder tener la oportunidad de hablar un poco más acerca de nuestra campaña.

Agatha puso cara de asco al ver a ese sujeto en televisión, se trataba del padre de Clark, un hombre que era incluso más despreciable que su propio hijo, algo bastante difícil de superar, pero que para ese tipo no representaba un reto. La chica sintió un ardor en el estómago al verlo en pantalla, durante

mucho tiempo había albergado la sospecha de que Braulitz había estado implicado en aquel estallido de violencia hace cinco años que había cobrado la vida de varios habitantes del pueblo, entre ellos su padre.

—¡Caprice! Ven a ver esto.

La chica salió de la cocina sonriente con un bol en la mano donde estaba preparando una mezcla cuando levantó la mirada y vio la pantalla de la televisión.

Algo extraño sucedió en ese momento.

Caprice abrió los ojos de par en par, enormes, como platos. El bol que estaba sosteniendo se resbaló de sus manos y se estrelló contra el suelo, derramando todo su contenido. Agatha miró extrañada a Caprice. ¿Qué había provocado que su amiga se sorprendiera de tal manera?

—¿Nena, estás bien?

Preguntó Agatha al momento que se agachaba para ayudarla a recoger el bol, sus primos la miraban también con expresión confusa.

—¡Nada! No... No es nada... Por favor, disculpa... Voy... Voy a buscar un trapo para limpiar eso... Ya regreso.

Agatha quedó con un palmo de narices al ver a su mejor amiga darse la vuelta y meterse de nuevo a la cocina en busca de algo con que limpiar el suelo, intercambié miradas con Collin, quien se encogió de hombros sin entender bien qué era lo que había sucedido.

—... *Es por eso por lo que nuestra propuesta es la que mejor resultados y beneficios puede traerle a este pueblo. Desde hace unos cinco años atrás, el índice delictivo, de violencia, y las deudas han tenido un aumento significativo en el pueblo. Es obvio que la actual administración no es capaz de lidiar efectivamente con lo que está ocurriendo en Wellington.*

Nos proponemos a eliminar todas las olas de violencia y el bajísimo comportamiento de los dueños de pequeños negocios, buscando como

siempre, un mayor beneficio general... Fortaleceremos la aplicación de leyes que regulen el comportamiento violento de las continuas manifestaciones que tienen lugar en la ciudad, de una forma u otra, somos el cambio.

—Hay quienes tildan al partido demócrata en Wellington de ser partícipe de una de las mayores redes de corrupción financiera y, peor aún, fomentar la división racial entre los habitantes. ¿Qué podría decirnos acerca de esto?

—Patrañas. Roxanne, puras patrañas... Esas no son más que mentiras infundadas por un mínimo sector descontento de la población que sufre los estragos causados por sus propios e ineptos dirigentes. Yo. Principalmente. soy uno de los más preocupados por alcanzar un mayor nivel de fraternización entre los habitantes del pueblo, a mi parecer. las razas y el color de la piel es algo que no tiene cabida en una sociedad libre y democrática como la que planeamos establecer en Wellington...

—¡Basura!

Se escuchó al unísono desde la mesa en donde estaban sentados los primos de Caprice.

—Ese tipo no es más que un mentiroso de pacotilla.

—Los negros no le importan a ese idiota.

—Puedes apostar tu negro trasero a que es así Johnny, todos los blancos son iguales, quieren hipnotizarte con sus palabras elegantes y. todo eso, pero en el momento en que te das la vuelta te apuñalan. Eso fue lo que le paso a mi tío y...

La charla de los jóvenes fue interrumpida por el sonido de la puerta abrirse.

—Vaya... Miren lo que tenemos aquí. Un grupo de... “fanáticos” de mi padre.

La arrogante y fría voz de Clark sacó a todos de lugar de forma inesperada, los primos de Caprice se giraron todos al mismo tiempo y se quedaron mirándolo con cara de muy pocos amigos, aunque no le importó en lo más mínimo. Vestido, como siempre, con su elegante traje negro de diseñador, se acercó hasta la barra y tomó asiento frente a ella.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí?

Preguntó Agatha visiblemente molesta por la inesperada y nada deseada visita de su ex novio pensó que después de lo que había pasado la vez anterior no se atrevería a poner un pie en ese lugar, a menos que fuera para cobrar el dinero del banco.

—¿Es esa la forma correcta de saludarme, preciosa? Estoy aquí vigilando los intereses del banco... Además, quería ver que tal marchaba su recaudación de fondos... Aunque por la clientela de allí, dudo que hayan reunido al menos un solo dólar.

Dijo Clark de forma despectiva refiriéndose a los primos de Caprice quienes no tomaron para nada gracioso aquella burla.

En ese mismo momento, Caprice volvió a salir de la cocina llevando un trapeador en sus manos, su cara al ver a Clark sentado frente a la barra fue más de asco que de cualquier otra cosa.

—Negro... ¿Qué rayos estás haciendo aquí? ¿No te bastó un solo puñetazo en la cara?

Dijo Caprice increpándolo.

Collin permanecía mirándolo con seriedad, de brazos cruzados desde el otro lado del mostrador.

—¡Ah! Pero si no es otra más que la muñeca de trapo... ¿Qué tal si sirves para algo y vas y me traes algo de beber?

Clark sacó un enorme fajo de billetes de su bolsillo y extrajo un billete de cien dólares que dejó sobre el mostrador.

—¿Muñeca de trapo? ¡Si dices otra mierda como esa te juro que...!

—No te preocupes, yo lo atiendo.

Interrumpió Collin de forma calmada tomando el billete y guardándolo en la registradora.

—¡Un cóctel especial saliendo!

Dijo antes de guiñarle un ojo a Agatha y meterse a la cocina para preparar la bebida.

—Así me gusta, ¿ves, muñeca de trapo? Podrías aprender una o dos cosas de Cocodrilo Dundee.

Añadió Clark de forma despectiva provocando otro estallido de ira por parte de Caprice que tuvo que ser calmada de nuevo por Agatha.

—Mira, Clark, no sé realmente cuales sean tus intenciones con nosotros o por qué simplemente solo parece venir hasta aquí, pero te aseguro que nada de lo que hagas va a afectarnos a mí o a la pastelería.

Respondió Agatha de forma desafiante colocándose frente a él al otro lado del mostrador.

—¿Es muy difícil de creer que solo estoy aquí porque quiero asegurarme de que no incumplan el pago con el banco?

Inquirió Clark de forma maliciosa.

—Dios... ¡Ni siquiera tú podrías creerte una mentira como esa! Solo estás intentando hacerme la vida imposible porque no superas el hecho de que decidí cortar contigo por ser un bastardo racista.

Un coro de abucheos y burlas estalló desde la mesa donde estaban sentados los primos de Caprice, Clark giró a mirarlos lleno de ira.

—Creo que juntarte con este tipo de gente ya está haciendo que involuciones, Agatha, ni siquiera pisaría este lugar de no ser por el negocio que mantienen con el banco, no debes creerte tan importante... No vales ni siquiera tomarme la molestia... No eres diferente a cualquiera de los

malolientes y repugnantes ne...

—¡Cóctel especial listo!

Interrumpió Collin al acercarse trayendo la malteada que había ordenado, el australiano se paró detrás de Agatha de forma sonriente y la abrazó por la cintura de forma sensual poniendo la bebida justo en frente de Clark. El ex novio de Agatha no pudo ocultar los celos y su molestia al ver como ese tipo extranjero sujetaba a la chica por la cintura y ella parecía disfrutarlo. Llevó sus manos hasta la copa para darle un sorbo, pero antes de poder cogerlo, Collin volvió a arrebatársela.

—Lo lamento, olvidé ponerle la cereza, solo un segundo, por favor...

Dijo Collin sonriendo nuevamente y agachándose bajo el mostrador buscando una cereza, Agatha pudo ver cómo el australiano sacaba una cereza y a la misma vez escupía en el cóctel antes de levantarse para devolvérsela a Clark. Tuvo que controlarse para no reírse a carcajadas, no iba a negarlo, aquella artimaña le había encantado, el idiota de su ex novia se merecía eso y algo peor.

—Ahora sí, extra especial saliendo. Disfrútala, amigo.

Collin puso el cóctel frente a Clark y siguió abrazando a Agatha por detrás. Clark dio un profundo sorbo dejándose un bigote que limpió con una servilleta, Collin y Agatha sonreían como idiotas.

—¿Descubrieron un centavo en el suelo o qué es lo que pasa?

—Estoy feliz de servir al cliente amigo, eso es todo.

Respondió Collin provocando que Agatha dejara escapar una risita aguda que no hizo más que molestar aún más a Clark, quien se levantó de golpe de su silla, incapaz de soportar mirar por un segundo más a su ex novia recibir los mimos de parte del australiano.

—Espero que la próxima vez que venga a este lugar hayan hecho algo con su plaga de negros.

Dijo Clark de forma hiriente mientras cogía su maletín y se preparaba a irse, pero aquello había sido demasiado, los primos de Caprice se levantaron todos al mismo tiempo y rodearon a Clark, quien se vio superado numéricamente por los jóvenes.

—¿Qué mierda dijiste, hombre? ¿Cómo nos llamaste? ¿Plaga?

—Les sugiero que se aparten de mi camino si no quieren tener problemas muy graves.

Respondió Clark de forma desafiante.

—Pues yo quiero tener problemas, adelante.

Malik se paró frente a él y lo miró directo a los ojos lleno de furia asesina, no soportaba a los tipos como aquel que se sentían superiores a los demás y se ocultaban tras la fachada del dinero y el poder. Era hora de que alguien le enseñara unos cuantos modales a Clark.

—No dudo que quieras tenerlo, los de tu clase se sienten tan a gusto con ellos, así como también siendo abusados sexualmente en prisión.

—Oh, mierda, está muerto, hombre.

Dijo uno de los primos de Caprice y empujó con fuerza a Clark haciendo que se chocara con una de las mesas, Malik tenía el rostro contorsionado por la ira y parecía estar a punto de lanzarse sobre Clark para reventarlo a golpes, pero lo que pasó fue mucho peor.

Preso de furia y en el calor del momento, Malik se llevó una mano a la cintura y sacó un pequeño y reluciente revolver, los demás se apartaron al ver el arma y empezaron a reclamarle que la soltara, pero Malik hacía caso omiso de sus palabras, se acercó hasta Clark y colocó el cañón del arma contra su sien.

—¿Qué mierda fue lo que dijiste? ¡Repítela!

Caprice corrió hasta donde Malik estaba amenazando a Clark con la pistola y empezó a pedirle que tirase el arma al suelo.

—¡Qué rayos estás haciendo, Malik! ¡Dijiste que ya no tenías esa arma! ¡Tírala al suelo en este instante!

—¡Y una puta mierda, Caprice! Voy a darle su merecido a este bastardo, si lo mato ahora, dejará de joder con el dinero que le deben al banco. ¡Voy a cargármelo!

Agatha y Collin saltaron por encima del mostrador y también se acercaron hasta él, buscando mediar la situación para impedir que sucediera una tragedia.

—¡Malik, no lo hagas, por favor! ¡Tú eres mucho mejor que él! ¡Si lo matas, no lograras nada bueno, baja el arma, por favor!

Agatha le suplicaba al joven que bajara el revólver, Malik la miraba con nerviosismo a ella y a los demás, por un segundo parecía que iba a liberar a Clark.

—¡Vamos, aprieta el gatillo! ¡Dispara si es que eres tan hombre! No puedes hacerlo... No tienes las agallas. No eres más que un negro bocazas y fanfarrón igual que todos... Solo hablas y hablas como una radio, pero eres incapaz de actuar... Nunca serás nadie... Vamos, dispara, dispara y gánate tu boleto de por vida a la cárcel.

Clark instaba a Malik a que le disparara, pero el joven estaba sumido en una crisis nerviosa, miraba a los lados y veía las expresiones de temor en el rostro de todos y luego volvía a apretar con fuerza el revólver y poner el dedo en el gatillo, una fría gota de sudor resbaló por su frente.

—¡Dispara de una maldita vez, negro asqueroso!

—¡Aaaaaaahhhhh! ¡Te vas a morir!

Malik gritó preso de furia y miedo al momento que ponía el dedo en el gatillo y lo apretaba varias veces.

Todo el ruido de lugar desapareció dejando el mundo alrededor en un estado mudo, el tiempo pareció correr en cámara lenta, todos se quedaron en

silencio esperando escuchar el impacto de las detonaciones, pero estas nunca llegaron.

En vez de eso, solo escucharon el sonido del martillo repicando contra el metal del arma.

Collin se apresuró a arrebatarse el arma de las manos a Malik y apartarlo de Clark, quien se levantó de inmediato y sin decir apenas una palabra se marchó de la pastelería azotando la puerta tras de sí.

Caprice se acercó hasta Malik quien estaba respirando agitado y se abrazó contra él y empezó a llorar.

—Bien... Bien... Calmémonos todos.

Agatha se dejó caer de rodillas al suelo mientras intentaba asimilar lo que acababa de ocurrir. Collin puso una mano sobre su hombro, reconfortándola. Se arrodilló junto a Agatha y le susurró algo en el oído, la chica asintió y se tomaron de las manos contemplando la escena.

A pesar de que su corazón latía con fuerza lleno de miedo, él la tranquilizaba.

Capítulo 6

Me despierto con los sonidos de alguien cocinando, me desperezo y salgo para encontrarme a Collin con mi delantal de flores de acá para allá sujetando un sartén en la mano.

— Buenos días, nena. – Me dice mientras se acerca a la mesa para servir un poco de huevos revueltos humeantes en cada uno de los platos dispuestos en ella.

Al observar detalladamente, veo el florero del centro lleno con unas flores frescas que asumo que habrá comprado súper temprano. Además, se encuentra servida una cantidad de comida que no podría ingerir ni en dos días. Sin embargo, el gesto me encanta y le hago señas con las manos mientras salgo corriendo hacia el baño a lavarme los dientes, al terminar con ellos, me miro en el espejo y no puedo reprimir el impulso de colocarme un poco de maquillaje, así que abro la alacena tras el espejo y tomo el polvo compacto, la máscara de pestañas y un brillo pálido que aplico rápidamente.

Salgo del baño y Collin se encuentra de pie al lado de una de las sillas, asumo que es para mí y en efecto al acercarme la abre y me permite sentarme. No puedo evitar sentir una sensación extraña en el estómago, Clark muchas veces había tenido este gesto conmigo, pero en este momento me resulta tan placentero.

Me quedo en silencio mientras él toma asiento frente a mí, no sé qué decir, todo se ve hermoso y delicioso, así que me limito a mirarlo. Su sonrisa deslumbra más que mil soles y su felicidad fácilmente se para a mí.

—Bueno, Collin, todo se ve genial. Ahora necesito saber. ¿A qué se debe todo esto?

Mientras espero que me responda, me pellizco un poco la palma de la mano, hay muchas cosas que quisiera escuchar de él, o muchos motivos que le den sentido a este desayuno sorpresa, sin embargo, decido recordarme que solo somos amigos y así mi mente deja de dar volteretas en ideas que no deberían.

— Principalmente, nena, necesito que pruebes todo esto y me digas si por lo menos una cosa te gustó, así que adelante, luego de que hayas comido por lo menos la mitad de lo que hay en el plato podremos hablar del resto.

Miro mi plato y luego lo miro horrorizada, hay una montaña de panqueques enchumbados en miel con dos millones de fresas y arándanos, a un lado hay tres tostadas con mantequilla de maní, una ruma de huevos revueltos y por lo menos seis trozos de tocino bien tostados. La boca se me hace agua, sin embargo, no podría, ni aunque quisiera, comerme todo eso.

— Collin, creo que ni tú podrías comerte todo esto. — Sin embargo, al mirar su tamaño, llegué a la conclusión que ciertamente sí podría comerlo todo.

— Jajaja, bueno, nena, sabes que, si podría comerlo todo y si te incluimos a ti en el postre, aún mejor. Sin embargo, no sabía que te gustaba así que agregué al plato todas las cosas que he visto en las películas que comen los americanos.

No pude evitar sonrojarme ante lo que había dicho sobre comerme a mí como postre, ciertamente este australiano sexi me ponía como ningún hombre en toda mi vida lo había hecho, pero, considerando que lo más lejos que había hecho era besarme, debía dejar mis pensamientos carnales ahí. Al pensar tal

palabra exploté en un ataque de risa, puesto que la palabra me recordó a la primera charla de sexo que tuve con mi mamá. Me ardían las fosas nasales ya que me salió zumo de naranja por ahí, al darme cuenta de ello me puse aún más roja por la vergüenza del espectáculo que estaba dando.

— No sé por qué, Agatha, he llegado a la conclusión que no quiero saber por qué estás riendo tanto que el zumo de naranja te escurre por la nariz. Así que tranquila, nena, haré como si no ha pasado.

Me río y me dispongo a comer, pico un poco de los panqueques y están tal cual como me gustan, húmedos y esponjosos. Tras el primer bocado se me despierta el apetito, así que me lanzo por una de las tostadas, están deliciosas, están untadas con miel y tostadas y la mantequilla de mi es mi delirio. Cuando presto atención, he metido dentro de mi cuerpo la mitad del plato y realmente no puedo más. Me siento súper hinchada, pero con tanto dulce en el sistema que la energía me impulsa a levantarme y darle un pequeño pico en los labios a Collin, tanto el como yo nos sorprendemos por mi arrebató, sin embargo, hago como si nada y me dedico a recoger mi plato y el suyo medio vacío.

Después de unos segundos, él también se pone en marcha, recogemos las sobras; preparamos una vianda para Caprice y colocamos el lavavajillas en un cómodo silencio. Desde que Collin vive conmigo, duermo más tranquila estoy más relajada y por primera vez en mucho tiempo me siento feliz.

Vamos juntos en mi coche a la pastelería y aparco en un sitio cerca de la puerta. No salgo de una, me detengo y miro el negocio en el que mis padres colocaron tanto esfuerzo, siento que hoy será un buen día, ya es hora de que me dé un poco de crédito a mí misma, siento que me he esforzado tanto con el transcurso de los años. Mi plan jamás fue volver a este pueblo lleno de gente mala y repleta de odio. Siempre quise viajar y convertirme en la mejor pastelera, para eso me esforcé tanto en la universidad y por primera vez desde que volví para el funeral de mi madre, sentí que tanto de lo que estaba dejando

a un lado, por fin valdría la pena.

Suspiré y sonreí porque sabía que lo iba a lograr, esa jodida pastelería la heredarían mis hijos. Con una sonrisa en los labios, me dispuse a bajarme del auto, al poner el pie izquierdo en el suelo sentí la mano de Collin en mi brazo, me gire y lo miré algo confundida, su rústico se mostraba inexpresivo mientras me tendida una caja blanca que no se dé dónde diablos había salido.

— Espera, no dormí anoche preparando esto, tengo días pensándolo y aunque el motivo por el que llegué hacia ti no es este, no puedo ir en contra de mi naturaleza. — Se detuvo, suspiró y se pasó la mano por la hermosa melena mientras pensaba para seguir hablando. — Dentro de esa caja, está lo que considero la solución para la pastelería, yo te voy a ayudar a llevarlo a cabo, sin embargo, es probable que no vea como lo logres. Espero que en el momento preciso puedas entenderme.

Duro unos segundos en shock mientras intento buscar un equilibrio entre mis emociones, acaba de darme lo que él considera la solución para este gran problema, sin embargo, me dice que se irá, o sea que motivo resulta tan grande que yo no pueda entender, si es un hombre encantador y lo único malo que ha hecho de malo es ser tan perfecto que es probable que me enamore de él.

—Antes de abrir esto, Collin, quisiera saber por qué has dicho todo eso.

Sentí eterno el tiempo eterno mientras esperaba que respondiera, tras un largo suspiro se aclaró la garganta para comenzar a hablar.

—Agatha, de verdad, no voy a decirte que puedo contarte todo en este momento, porque realmente no me siento preparado. Sin embargo, te ruego que me des el tiempo necesario y cuando considere que sea la mejor ocasión lo haré. Prométeme que vas a esperar, ¿sí?

Cuando terminó de hablar sentían nudo enorme en la garganta, tenía miedo y la felicidad que me había proporcionado en la mañana rápidamente perdía su espesor. Quería imaginarme que no sería algo tan malo, sin embargo, mi

subconsciente me decía lo contrario.

Hice de tripas corazón yforcé una sonrisa, iba a confiar en él. Podría ser malo, pero también estaba el hecho de que me había dado una solución para la pastelería y, a pesar de que aún no sabía cuál era, tenía la impresión de que sería la idea adecuada.

Con manos temblorosas por los nervios, empecé a arrancar el papel blanco que cubría la caja, sentía una presión enorme en el pecho, estaba emocionada, con el mismo impulso de adrenalina, saqué la tapa superior y me encontré con una especie de cuaderno cuya carátula tenía impresa una foto de la pastelería y las palabras “Plan A” en mayúscula.

Dentro del cuaderno estaba descrito de forma detallada un festival en el que la protagonista sería la pastelería. Collin planteaba enviar invitaciones a todas las casas de pueblo, colocar afiches y hacerle propaganda. Además, tendría como atracción festival un concurso de cocina de pasteles, algo así al estilo del programa de televisión Master Chef; con esto buscaríamos unir a las personas y tratar ese jodido odio que tenían entre sí, puesto que el concurso sería con inscripciones individuales y de los participantes se crearían grupos de cuatro personas.

La competencia estaría dividida en 3 partes, así los participantes podrían mostrar sus habilidades con tres postres diferentes. Además, las recetas serían proporcionadas por cada una de las personas que asistieran al festival, se les pediría que las escribieran en una tarjeta y luego serían depositadas todas en una caja dispuesta para eso, así, al iniciar la competencia, la oradora que sin duda alguna sería Caprice sacaría tres papeles para cada una de las etapas de la competencia.

La idea realmente me encantaba, el odio de esas personas asesinó a mi padre, sin embargo, consideraba que merecían algo diferente, pues odiarse entre sí era lo único que sabían, aprendí que no se puede juzgar a quienes se

les inculcó algo y es lo único que conocen como lo bueno.

— Collin, de verdad no tengo palabras para expresar cómo me siento, eso aparte de ser lo que necesito, es genial, ¿sabes? Creo que jamás se me hubiese ocurrido. Sin embargo, creo que organizar esto llevará mucho dinero.

Él me miró con una sonrisa de autosuficiencia y no pude evitar sentirme igual de confiada.

—Nena, te invito a pasar a las siguientes páginas, cuando digo que no dormí, es que de verdad no lo hice. Creo que pensé en todo.

Ciertamente en la siguiente página me encuentro con un presupuesto detallado para poder llevar a cabo desde la propaganda hasta al festival como tal, también hay una lista de los postres y malteadas más vendidos en la pastelería, seguido de cuanta cantidad deberíamos preparar y cuánto nos costará, según sus cálculos el evento nos generará la cantidad ideal para pagar la deuda y una cantidad que servirá como fondo para volver a proporcional material a la pastelería.

— Yo, diablos, estoy impresionada, esto es perfecto. Todo está pensado, yo solo sé cocinar jaja. Jamás me hubiese percatado de tantas cosas.

Collin ríe.

— Bueno, nena, cinco años en la escuela de economía tenían que valerlo.

Cuando termina de decirlo, su rostro se ensombrece y me doy cuenta de que es una de las pocas cosas que ha dejado entrever de su pasado. Decido dejarlo pasar y se lanza a abrazarlo.

Collin baja del coche; pero a mí se me ocurre algo que debo hacer. Así que le hago saber que abra la pastelería con Caprice y enciendo el motor sin darle tiempo a que pregunte tanto.

Salgo a la carretera y me voy rumbo al cementerio, necesito, de verdad lo hago, hablar con Mamá. Al llegar, salgo prácticamente corriendo a donde se encuentra su tumba, me detengo un segundo a leer el epitafio que yo misma

escribir.

“Aquí descansa aquella que vivió su vida de forma desinteresada, con calma y una paz que contagiaba a quienes le rodeaban”.

Me senté sobre la grama de su tumba y empecé a llorar, lloraba porque estaba feliz, porque gracias a un extraño me sentía capaz de salvar los sueños de mis padres. Tenía tantas ganas de lograrlo y hasta ahora me daba cuenta. Le conté entre lágrimas todo a mi mamá y me sentí aún más feliz imaginando su sonrisa desde algún lugar. La extrañaba tanto que dolía, pero me quedaban todos sus recuerdos y las ganas de salvar su legado.

Estuve ahí hasta que me hube calmado y me sentí tranquila. Ya estaba preparada para ir a por todas.

Cuando me disponía a irme, vi a Clark caminar hacia los mausoleos y por algún motivo me resultó extraño, miraba hacia todos lados de forma sospechosa, a mí no podía verme porque estaba tras un grupo de árboles, de igual manera me escondí aún más para poder observar adónde se dirigía.

Lo vi entrar a uno de los mausoleos más alejados que reconocí como el de la familia Walker, una de las más antiguas de la zona. Sin pensarlo dos veces, me fui tras él, tenía la sospecha que el mal nacido de Clark tenía algo grande que esconder, así que no desaprovecharía la oportunidad de descubrirlo.

Seguí el camino de árboles en el que me encontraba oculta y conté hasta doscientos, cuando estuve frente al lugar donde vi entrar a Clark, lancé una plegaria silenciosa y salí corriendo hacia la puerta de entrada, por cosas del destino no la había cerrado bien y pude empujarla para entrar, chirrió un poco, pero después de un punto se detuvo el sonido.

El mausoleo era mucho más grande de lo que me imaginaba, había unas escaleras que llevaban a un nivel inferior, caminé hacia ellas asumiendo que Clark había tomado esa dirección puesto que en ese nivel no había nada más que pinturas de personas que no conocía, al llegar al último escalón, me

encontré con un amplio pasillo perpendicular a las escaleras, se escuchaban voces a la derecha y me fui caminando lo más silenciosa que pude, el lugar era oscuro y frío, no había manera de que una charla sin fines negativos pudiera llevarse a cabo aquí abajo.

El pasillo daba cabida a una sala como de unos ocho metros cuadrados, en la que había una mesa redonda como de reuniones, en ella se encontraban sentados todos los hombres de gran influencia en el pueblo, con Clark en la punta de pie y hablando, estaba de espaldas a mí, por lo cual no podía verme, el resto de personas que lo acompañaban, si estuviesen prestando atención a algo más que no fuese lo que Clark decía, podrían haberme visto, o la sombra que reflejaba en el suelo.

No sé qué me llevó a sacar mi teléfono móvil y hacer un video de lo que mi ex novio decía. Algo e mi interior me gritaban que en esas paredes se trataban cosas dantescas.

— Bueno, señores, principalmente les agradezco por reunirse esta mañana conmigo, sé que están realmente ocupados, pero tengo cosas importantes que contarles y ofrecerles. Todos acá sabemos que aspiro postularme a la candidatura para la alcaldía de Wellington. También saben que la cantidad de negros haciéndose comerciantes y empresarios cada día es más grande. Los negros están para servirnos y a pesar de todos los cambios que ha habido en el país a través de los años, dentro de nuestro territorio siempre se dejó claro quienes estaban por encima. No puedo pensar y mucho menos permitir que sus hijos y en algún futuro, los míos compartan en condiciones igualitarias con las personas que siempre han sido la mano obrera de todas nuestras empresas.

Clark hizo una pausa teatral y ensayada para dejar su punto claro, mientras la retahíla de focas a su alrededor observaba y asentían con la cabeza. Estaba realmente asqueada y las ganas de saltarle encima y estrangularlo eran enormes, sin embargo, mantuve la calma, debía saber todo lo que ese bastardo

tenía para decir.

— Lo que les he dicho anteriormente, sé que todos los reunidos aquí lo pensamos, he estado atacando Bakersville durante los últimos cinco años, son una traba en el camino, no solo en el mío, esa mezcla entre razas resulta asquerosa. Agatha y su familia eran los únicos con la capacidad de llegarle a las personas y promover la unión. Por ese motivo mataron al padre, por ser tan crédulo y bueno. Una combinación dantesca debo alegar.

Casi vomito al escucharlos a todos reír, pero por la memoria de mis padres mantuve la calma, llegaría el momento en que Clark pagara ante dios y ante mi todo lo que estaba haciendo y diciendo.

No iba a permitir por ningún motivo que se hiciera con el poder de Wellington.

—Mi plan, —Continuó Clark. — es el siguiente, por un motivo u otro desapareceré la pastelería, todos saben que el banco ha pertenecido por generaciones en mi familia, así que le corté la posibilidad de que le dieran una prórroga para su hipoteca, es imposible que en los treinta días que se le proporcionaron consiga la cantidad requerida y aún menos tomando en cuenta los gastos del funeral de su mamá. Yo he pagado a un grupo bastante organizado para que se realizaran los robos y ataques a las empresas emergentes de los negros. Tengo planificado atacar también sus casas y dejar saber que quiénes están haciendo esas fechorías son personas de color como ellos. Eso crearía debilidad entre dicha clase y promovería entre los de peor nivel continuar con la cadena de desastres.

— Con ello pretendo presentarme ante la gente de color como su salvación, ya que sabemos que ellos son la mayoría. Ahora, el punto de que todos ustedes se encuentren aquí es que inviertan dinero en mi campaña y yo les prometo liberar el mercado de estos nuevos empresarios. Finalmente... ¿Qué dicen, cuento con su apoyo?

La sala se volvió un bululú de opiniones, yo corté la grabación de mi móvil y me dispuse a salir corriendo de ese maldito lugar. Estaba impresionada, triste y destruida. Me sentía como una basura por pasar tiempo de mi vida con alguien como Clark, o sea siempre me odió y yo llegué a pensar una vida junto a él.

Me monté en mi coche y arranque poseída por una determinación y venganza más grande de la que pude imaginarme sentir nunca.

Tenía dos cosas por hacer, la primera, salvar el negocio de mi familia. Y la segunda, destruir a Clark, la forma estaba en un archivo en mi teléfono, solo tenía que encontrar el momento perfecto y adecuado. Hice una copia y se la envié a Caprice. Había que tener un respaldo.

Alguien iba a caer y esa no sería yo.

Capítulo 7

Los días posteriores al descubrimiento sobre los planes de Clark trascurrieron como un borrón, estuvimos tan ocupados con los planes de festival que ni siquiera tuve tiempo de contarle a Caprice y a Collin lo que sucedía, al volver a la pastelería aquella mañana me encontré con más personas de las que habían ido en los últimos años y como ese día fueron los siguientes. Todo estaba siguiendo su rumbo.

Me levanté de mi cama y me sentí un poco decepcionada a saber que no me encontraría con Collin esa mañana, puesto que habíamos acordado que el iría a la radio del pueblo, así tendríamos mayor alcance con nuestro festival.

Sin embargo, utilicé la ocasión para arreglarme un poco y así cuando me viera estuviese linda, los últimos días me había limitado a usar pantalones pitillos, franelas anchas y las deportivas raídas que me oponía a abandonar.

Luego de salir de una ducha rápida y secar mi melena, decidí optar por un vestido. Busqué uno floreado que resaltaría mis curvas y los acompañe con unas sandalias doradas de gladiadora que no había tenido la oportunidad de usar. Me rocié con un poco de loción, revisé mi reflejo en el espejo y estuve de acuerdo con el resultado.

Me dirigí a la cocina y me encontré con la cafetera ya hecha, así que me serví una taza y me fui al auto, no tenía ganas de desayunar, ya tomaría algo

más tarde.

Llegué a la pastelería y ya estaba abierta, el olor dulce del chocolate caliente y los pasteles recién hechos impregnaba hasta el estacionamiento del frente, me sentí completa, no había un lugar en el mundo en el que me sintiera tan feliz como en aquel.

Entré con una sonrisa en los labios que no tardó en desaparecer al ver la escena que se desarrollaba al frente de mí.

Caprice estaba en los brazos de Collin mientras este le peinaba el cabello y le susurraba cosas al oído, sentí como mi corazón se destruía. No entendía nada, desde el principio creo que estuvo claro que me gustaba, sin embargo, ahí estaban, y cuando me vieron no parecía importarles el hecho de que los había encontrado de aquella forma tan comprometedora.

Hice de tripas corazón murmuré un “Hola” y me dirigí como una posesa detrás del mostrador, pronto empezarían a llegar los clientes y no tenía tiempo para más dramas. ¿Ellos querían iniciar algo? Que lo tuvieran entonces no tenía tiempo para esas cosas. Sin embargo, no podía dejar de sentir que mi pecho se incendiaba, fui tan tonta que puse mis esperanzas en él, en un jodido australiano sexi que llegó de forma intrusiva a mi vida, Era lógico que le gustara alguien como Caprice, ella era tan perfecta, llena de vida, energía, positividad y un millón de cualidades más me rehusaba a pensar. Mucho mejor que yo, en fin.

Estaba tan molesta, ellos seguían hablando de forma amena e íntima como si yo nunca hubiese llegado. Yo me sentía traicionada y para ellos no importaba. ¿Qué pretendía Collin? Tenernos a las dos, porque él me besó, eso no fue un producto de mi imaginación, sus labios colisionaron con los míos y de una forma impresionante y que me dejó sin sentido.

Me resultaba imposible calmar las olas de pensamientos e mi mente. Yo pensé que lo que sentía era proporcional a lo que había dentro de él. Ahora

podía darme cuenta de que no era así.

Por mi bien los ignoré toda la mañana. Me llené de trabajo y cuando no hubo a quien más atender, me fui a la cocina a preparar una red velvet innecesaria. Todo el choque de energía que tenía lo descargué con el pastel.

En algún momento de la tarde, se abrieron las malditas puertas de la pastelería y entró Clark con una sonrisa de oreja a oreja, realmente mi día no podía empeorar. O bueno, quizás sí, porque si de mi ex novio se trataba, siempre podía hacer que mi día fuese peor.

— Hola, querida.

Dijo Clark con ese tonito de él que derrochaba arrogancia.

— Ya me enteré del circo que estas montando para recolectar el dinero. Una idea encantadora cabe resaltar, sin embargo, debo cortar tus alas y decirte que intentes con otra forma. Puesto que como sabes, mi familia son los dueños del banco y yo soy el próximo aspirante a la alcaldía de Wellington. Así que te informo que para realizar dicho festival requieres de la aprobación de la junta de ancianos del pueblo, así que te sugiero que te vayas olvidando de eso.

El jodido Clark disfrutó de decirme eso y yo no supe que responder, tenía razón, no podía hacer el festival sin la aprobación de los putos ancianos y solicitar eso me llevaría más tiempo que el que me dieron para pagar la deuda. Mi ex novio, se levantó del taburete de la barra con una sonrisa triunfante, se detuvo en medio de la sala y miro a Collin con desprecio.

—Ah y lo olvidaba australiano, no olvides cuál es tu trabajo, pues veo que te estas alejando ligeramente de él.

Con eso último dicho, salió del lugar, dejando una ola de destrucción y duda tras sí, Collin miraba a la puerta pálido como un papel, Caprice me miraba a mí con una mueca de horror en el rostro y yo... yo, sin embargo, no sentía nada. Había perdido tanto que perder la esperanza no dolía tanto como debería.

Tras un largo suspiro, me quité el delantal y lo doble sobre el mostrador, tenía que salir cuanto antes de ahí, estaba tan molesta y llena de odio con todo el mundo, mi destino y hasta con Dios.

— Bueno, tortolitos, les toca a ustedes hoy cerrar, por favor.

Dije eso sin pensarlo y solo atajé un poco de la mirada llena de dolor que me dedicó Caprice, sé que había sido un comentario toxico y que no lo merecía, sin embargo, ella, mi mejor amiga, me había dado parte del dolor que sentía en el pecho, así que de forma inconsciente quería que lo supiera.

Salí como alma que lleva el diablo y abandoné el estacionamiento de la pastelería prácticamente derrapando. Apagué el teléfono cuando comencé a recibir llamadas de Caprice y me fui rumbo a la salida de pueblo, quería poner la mayor distancia entre ese lugar de mierda y yo. En algún punto comencé a llorar. ¿Qué diablos había hecho para merecer todo lo malo que me pasaba? Tenía tanta fe en el festival y ahora resulta que no se podría hacer, me permití pensar que lo lograría, que tendría la pastelería y eso dolía, mucho en realidad.

No sé cuánto tiempo llevaba conduciendo, pero me había alejado bastante de Wellington, así que cuando vi un bar abierto en las cercanías de algún otro pueblo de mierda, no dudé y entré. Apenas abrí la puerta el olor a alcohol y sudor impregno mis fosas nasales, era realmente desagradable, más estaba e tan mal momento que realmente no me importaba.

Me senté en la barra y le pedí un whisky doble al sujeto enorme y lleno de tatuajes que se encontraba ahí.

—Una bebida un poco fuerte para una niña de su tamaño.

Me dijo con una sonrisa que dejaba entrever un diente de oro, no me había percatado de que estaba en lo que era posiblemente un bar de moteros vestida como una niña salida de Disney. En mi mente se encendía una gran alarma que me decía que conmigo pidiendo Whisky en un lugar como aquel, el día podía

empeorar. Pero también estaba el punto en el que no me importaba, quería estar entumecida y no sentir nada. En eso, solo podía ayudarme mi querido amigo Jack Daniels.

— Fuerte para mi tamaño, pero necesaria para lo que siento, señor.

Al decir eso, me lanzó una sonrisa que desencajaba completamente con su aspecto de tipo rudo.

— Un corazón roto no se sana con Whisky, pero con tantos años tras este mostrador he aprendido, que, aunque no sirva de ayuda a uno tampoco le importa. Ten disfrútalo. – Me dijo mientras me extendía un vaso rechoncho con el líquido ambarino dentro. – Mi nombre es Bear, por cierto. ¿Cuál es el tuyo, pequeña? – Preguntó mientras me estrechaba la mano.

— Agatha, y es un placer conocerte, Bear. Gracias por el Whisky, creo que esta tarde necesitaré unos cuantos vasos.

Bear rio y asintió lentamente, me entendía y no preguntaba mucho, cosa que me encantaba porque por ahora no tenía ganas de hablar de lo miserable que se había vuelto mi vida. Le di el primer sorbo al baso y este quemó mi garganta, realmente nunca me había gustado el Whisky, pero sabía que era fuerte y con eso me bastaba.

El bar se fue llenando con tipos realmente aterradores y desagradables, pero ninguno se me acercó puesto que todos eran advertidos con una mirada de Bear. Con él me sentía segura y tras mi tercer vaso de whisky estaba riendo agradablemente con el enorme cantinero.

Me contó que tenía una esposa llamada Lacey y dos hijos, Brandom de 16 y Tiffany de 17. Sacó la cartera del bolsillo trasero de sus pantalones y me mostró una foto de ellos cuatro. En el retrato estaban en una barbacoa con un lago de fondo, su esposa era una rubia despampanante y sus hijos, ambos tenían los ojos azules. Tiffany era idéntica a su madre y Brandom asumo que era tan guapo como su papá si ignorabas todos aquellos tatuajes, también era

enorme. Bear me contó que era el defensa en el equipo de futbol americano de su instituto y Tiffany porrista. El prototipo de familia perfecta, pero con un papá súper diferente.

Mientras él atendía a otras personas, pensé un poco en la capacidad que tenemos todos para juzgar, Bear a pesar de ser tan agradable, jamás imaginé que pudiera vivir una vida normal, solamente por ser físicamente diferente

Me sentí feliz por él, por ser diferente entre tantas personas que estamos cortados con la misma tijera y, sin embargo, hacer las cosas bien. Cuando me disponía a irme, me prometió acercarse hasta Wellington e ir a visitarme en la pastelería, no pude evitar que se me hiciera un nudo en el pecho puesto que era probable que cuando fuera no hubiese pastelería, quedaban solamente cinco días para que se cumpliera el plazo. Decidí no pensar en eso.

Al salir del bar, me di de frente con el pecho de alguien, casi caía al suelo, pero unos brazos fuertes me retuvieron y no caí. Al alzar la mirada e encontré con la mirada furiosa de Collin.

Tras de él estaba una Caprice de brazos cruzados y una cara de mala leche. La escena me dio risa y estallé en carcajadas, o sea resultaba inaudito, ellos me traicionaban y tenían el descaro de parecer molestos, reí tanto de las lágrimas me escurrían por las mejillas. Pensándolo bien, estaba un poco borracha, así que reaproveché eso para arremeter contra Collin y salir tambaleándome hasta mi auto, que le diera al puto australiano.

No alcancé a dar dos pasos cuando me sentí volar del suelo, Collin me tomó entre sus brazos y se dispuso a llevarme hasta mi coche mientras le ladraba órdenes a Caprice.

— Vuelve tú en tu auto, mañana ya hablaremos, yo llevaré a esta borracha a casa.

— ¿Borracha? Yo no estoy borracha, solo tomé como unos dos vasos de mi querido Jack. Jajaja mi querido Jack, él me cae muuuucho mejor que tú.

— No voy a discutirlo, pero que quede claro que si intentas mostrar dos dedos para decir “Tomé solo dos vasos” y terminas con cuatro dedos extendidos. Estás borracha. Además, acabas de llamar a una botella de licor tu amigo, así que sí mujer, estás borracha. No quiero ni imaginarme cómo pretendías volver a casa.

Resulta tan sexi cuando me reclama, no puedo evitar sentir un delicioso calor en el vientre, este hombre me pone demasiado.

— No seas bruto, australiano, obviamente pretendía volver conduciendo. Yo estoy bien, muy bien.

Collin suspiró estresado y eso me pareció lo más gracioso del mundo. Un australiano molesto encantador, realmente encantador

— Mira, Agatha, de verdad te ruego que te calles porque si no, te voy a abandonar en una cuneta de esta carretera, estaba tan preocupado, te busqué por todos lados, fuimos por cada pueblo cerca de Wellington mientras tú estabas en un bar de moteros poniéndote hasta la frente de alcohol, lo que más odio en esta vida es el alcohol y no te esperaba encontrarte como una cuba. De todos modos, gracias al cielo estás bien, porque tú vestida como una niña de Disney en ese lugar, dios, no quiero ni imaginarme si hubieses tomado un poco más.

De todo su discurso solo retengo la parte de una niña de Disney, lo mismo dijo Bar y me resulta gracioso. Que le den de verdad, yo ahora solo quiero dormir y eso hago.

Me despierto cuando siento que el coche se detiene. Nos encontramos frente a la casa y tengo la mente más despejada, aunque no quiera admitirlo si estaba un poco ebria. Sin embargo, no me importa, eso no le da derecho a regañarme como si fuese su hija.

Abro la puerta y me bajo lo más decente que puedo del auto, Collin me sigue de cerca y sin decir nada, es lo mejor realmente no lo quiero escuchar.

Dentro de la casa, lo ignoro cuando me pregunta si estoy hambrienta y me dirijo a mi habitación.

Me recuesto en mi cama aun vestida, no tengo ganas ni fuerza de nada. Después de un rato y cuando ya empiezo a adormecerme, entra Collin.

— Ten, Agatha, tomate estás tabletas, mañana me lo vas a agradecer. Y no intentes refutar mujer, que no tenemos tiempo para que estés mañana malhumorada y con resaca. Tenemos una pastelería que salvar.

— ¿Una pastelería que salvar, Collin? Será que no te has dado cuenta de que ya no hay más que hacer. Bueno, claro, como ibas a saberlo si lo único que estabas haciendo era relacionarte íntimamente con mi Caprice.

— Relacionarme con Caprice, mujer. Oh, claro ahora todo tiene sentido. Por eso estuviste así toda la mañana, Agatha, yo solo la estaba consolando. Le dije que no te lo contaría, pero considero que por ahora es lo mejor.

Después de escuchar eso, me sentí realmente apenada, el alcohol me dio las fuerzas para hacer la escena que tanto me había imaginado, quería decir algo, pero ahora solo me interesaba saber que le acongojaba a mi amiga.

— Bueno, nena, cuando llegaste hoy a la pastelería yo estaba consolando a Caprice porque me la encontré llorando desconsolada en el piso de la cocina, al principio no quería contarme, asumo que por vergüenza. Lo que le pasa a tu miga es que está enamorada y sufriendo, sin embargo, digamos que ese no es el problema, el problema, nena, es de quién.

No pude evitar sentir una presión en el estómago, cuando dijo eso, era tan egoísta que aun sentía que podía decir que Caprice estaba enamorada de él y ante eso no iba poder hacer más que alejarme. Lo único que hice fue asentir y me preparé mentalmente para escuchar lo que tuviese que decir.

—Caprice está enamorada, — continuó Collin— de un hombre casado, llevan ya meses viéndose y por más que lo intenta... no puede alejarse de él, ella dice que está cansada y que ha buscado la manera, pero aún no la

consigue. Asumo que en su momento ella te dirá los detalles de cómo lo conoció el resto porque yo realmente no indagué tanto. Lo que Agatha es que Caprice tiene seis meses saliendo con un hombre llamado Callum Braulitz.

Al escuchar ese nombre mi corazón se detuvo, Callum era el padre de Clark y por ningún motivo me llegaba a la mente que pudo haberle gustado a mi amiga de ese hombre.

— Un segundo, Collin, ¿me estás diciendo que mi Caprice mantiene una relación con el papá de mi ex novio? Y no solo eso, sino desde hace seis meses.

Por unos momentos me encuentro en estado de shock, creo que se ha vuelto mi estatus habitual en los últimos días, no soy quien para juzgar a mi amiga, pues conozco de propia mano lo encantadores que pueden llegar a ser los Braulitz. Sin embargo, nunca imaginé a Caprice capaz de algo así, realmente debe estar enamorada.

Después de unos minutos, Collin continuó hablando.

— Lo otro que quería decirte, nena, es que espero que hayas disfrutado de tu borrachera por que la próxima que tengas será cuando salvemos la pastelería y para eso vas a tener que trabajar bastante.

Tras eso lo miré un poco confundida, después de lo de hoy no había salvación para la pastelería. ¿O sí?

— Vale, Collin, demasiada información, cuéntame de que me he perdido. Porque realmente no entiendo nada.

Collin me miró con una sonrisa de superioridad. Así que me erguí en la cama, me preparaba para las buenas noticias que sabría que estaba por darme. Realmente este hombre era un sol.

— Nena, Caprice es una mujer enérgica y vengativa, su enamoramiento ya está en la fase de odio y me dijo que convencería al padre de Clark para conseguir el permiso de los ancianos. Así que, de una forma u otra nena, el

festival va.

No había terminado de hablar cuando ya yo estaba saltando a sus brazos. Nos besamos y lo hicimos con locura, desesperados, buscando más, necesitaba tocarlo, necesitaba conocerlo todo. Su camiseta se reunió con mi vestido en el piso y rápidamente estuve desnuda frente a él.

Collin estaba tan desesperado como yo, llevó su boca a uno de mis pechos descubiertos puesto que no llevaba sujetador, no pude frenar el gemido que escapó de mis labios y me aferré a su cabellera. No quería que parara.

Rápidamente se deshizo de sus pantalones y bóxer, estábamos tan desesperados que no le dimos cabida a los juegos previos, él quería esto tanto como yo, así que no importaba nada más.

Con un movimiento certero, se colocó el preservativo y me abrió las piernas, se posicionó en medio de ellas y se hundió en mí con un movimiento brusco mientras me besaba.

No tengo palabras para describir lo que sentí a continuación, solo puedo decir que ese australiano sexi me hizo sentir como nunca.

Capítulo 8

Varios días después de que descubriera lo de la relación que Caprice había mantenido con el padre de Clark y de que hubiéramos hablado de forma extensa acerca de esa situación, ya habíamos preparado todos los pormenores para poder llevar a cabo el festival.

El gran día había llegado.

Me levanté llena de mariposas en el estómago, eran los nervios porque todo saliera como habíamos planeado, tenía que ser así. No había otra posibilidad en mi mente, si no lográbamos recaudar los cien mil dólares entonces tendría que despedirme de la pastelería y de todo lo que representaba el legado de mi familia en Bakersville. No podía permitir eso, por mi madre y por mi madre tenía que hacer hasta lo imposible por salvar el negocio.

Collin y yo no hablamos mucho mientras que nos preparábamos en casa, podía sentirlo igual de tenso que yo, y no era para menos, él había puesto mucho esfuerzo de su parte para poder lograr que el festival se diera. Era un esfuerzo en conjunto y yo no podía estar más encantada de tener un compañero como él para poder salvar Bakersville.

—Bien... Repasemos, primero Caprice abrirá el festival y dará inicio a los concursos y todas las demás actividades, tú te encargaras del área de las donaciones y yo estaré coordinando en ambos lugares a la vez para

asegurarme de que todo marche bien.

—Exacto. Vamos, nena, relájate. Te aseguré que todo va a salir bien.

—Eso espero... Realmente no sabes cuánto deseo que podamos reunir el dinero y quitarnos de encima a Clark y los idiotas del banco de una vez por todas.

Agatha aceleró el coche para unirse a la caravana de tráfico que ocupaba toda la calle, al parecer el festival había atraído a más gente de lo que esperaban en principio así que tuvieron que aparcar el coche e irse caminando hasta Baskerville.

Casi veinte minutos después estaban llegando frente a la pastelería, Agatha quiso pellizcarse para ver si todo aquello era real. La gente abarrotaba las calles y aceras del lugar, allí tenían que haber por lo menos cinco o seis mil personas, la chica tomó la mano de Collin entre la suya para que no se separaran, pidieron permiso a medida que avanzaban para llegar hasta el lugar donde estaba preparada la tarima a la espera de que el festival diera comienzo.

—¡Hey, por aquí!

Caprice le hacía señales a ambos para que subieran hasta la plataforma donde ella estaba, con un poco de esfuerzo se treparon en la tarima y se unieron junto a la alegre mujer que estaba preparando los últimos detalles para dar comienzo al festival.

—¡Esto es una locura! ¿Estás viendo cuantas personas están aquí? Vamos a reunir ese dinero de seguro.

—¿Qué hora es?

Preguntó Collin extrañamente nervioso, Agatha pensó que no era más que los nervios por comenzar con el festival lo que le tenían así.

—Ya son las once, es hora de que empecemos. ¿Están listos?

Preguntó Caprice quien era la que parecía estar más activa y preparada de

los tres.

—Sí.

—¡Por supuesto!

—Bien... ¡Entonces empecemos esta fiesta!

Caprice sonrió ampliamente y le hizo una señal al tipo encargado de la música quien en seguida empezó a tocar un ritmo bastante funk que era capaz de poner a bailar hasta a los esqueletos.

—¡Bienvenidos gente de Wellingtonooooooooooooon! ¿Cuántos de ustedes están listos para formar parte del reventón más grande que ha tenido esta ciudad?

La gente estalló en júbilo al escuchar las palabras de Caprice.

—Rayos... Ella es muy buena.

Dijo Collin sorprendido al escuchar la reacción de la gente abajo, las cosas habían iniciado de forma sensacional.

—¡A partir de este momento queda inaugurado el primer festival de la unión! ¡Disfruten, bailen, y donen por una buena causa! Vamos a empezar con los concursos al mejor postre...

La gente seguía aplaudiendo y vitoreando llena de alegría. Agatha contempló la situación y se permitió tener un poco de esperanza en que iban a lograr reunir el dinero. Sin embargo, había algo que la estaba incomodando en ese momento, tenía un presentimiento de que algo malo iba a pasar. No podía explicarlo, pero lo sentía.

Collin tomó del brazo a Agatha y la llevó con él hasta un sitio alejado de la tarima, miraba en todas direcciones y parecía estar algo nervioso. Su actitud estaba preocupando a Agatha y haciéndola sospechar que quizás el supiera algo que aún no le hubiera contado.

—¿Qué pasa? ¿Por qué estas actuando de esa manera, Collin?

—Agatha, no tenemos mucho tiempo... Hay algo que necesito decirte...

¿Recuerdas lo que te pregunté hace unos días cuando estábamos viendo el mural que pintó Malik?

A la mente de la llegaron los recuerdos de aquel momento maravilloso, pero que también había hecho que surgieran las dudas acerca de Collin.

—Sí, si lo recuerdo... ¿Pero que tiene esto que ver con todo? De verdad Collin creo que ahora no...

—¡Lo sé! Sé que es extraño y que ahora mismo probablemente no sea el momento, pero necesito advertirte de algo.

—¿Advertirme?

—Agatha, por favor... Necesito que me hagas caso en lo que voy a pedirte, aunque parezca muy raro, ¿lo harás?

—Dios, Collin, me estás matando con la curiosidad, dime de una vez por todas qué es lo que está pasando...

—Si las cosas llegan a ponerse feas... Prométeme que te protegerás y no te expondrás al peligro.

—¿Qué?

—Promételo, Agatha, sé que ahora no tiene sentido lo que estoy diciendo, pero por favor... ¡No quiero perderte!

A Collin se le escapó una lágrima que empezó a bajar por su mejilla y fue entonces cuando Agatha empezó a preocuparse en serio. ¿Qué podía ser tan grave como para que el australiano se comportara de esa manera? ¿Acaso estaban corriendo algún tipo de peligro en el festival?

Sin decir una palabra más, Collin atrajo a Agatha en sus brazos y la beso profundamente y de forma apasionada, un torbellino de emociones se apoderó de su cuerpo en ese momento, se sentía confundida y excitada a la misma vez, al tiempo que era sostenida por los fornidos brazos del australiano. Sus lenguas bailaron una apasionada danza donde se enzarzaban la una con la otra, las manos de Collin acariciaban su rostro y su espalda, aquello simplemente la

estaba volviendo loca.

—Tienes que cuidarte... Por favor...

Dijo Collin al separarse de ella y darle un tierno beso en la frente que la chica interpretó como una señal de preocupación por parte del australiano.

—Está bien.

Fue lo único que alcanzó a decirle antes de se diera la vuelta y se marchará con dirección a la zona de las donaciones, donde sería el responsable de todos los voluntarios que se encontraba allí. Agatha se giró y se puso en marcha a cumplir con su rol de supervisora del festival. Sin embargo, el palpito que había tenido antes acababa de convertirse en algo mucho más grave y preocupante después de escuchar las palabras de Collin.

Lo que no sabía era que lo peor estaba por venir.

Las horas habían pasado y el festival estaba transcurriendo con total tranquilidad, era una maravilla que todo estuviera marchando según lo habían planeado, los concursos habían sido un éxito y muchísimas personas se habían inscrito para participar, con ese dinero y todo lo que habían reunido hasta ahora en el área de donaciones sus cálculos reflejaban que habían reunido casi ochenta mil dólares, una suma magnífica si tomaban en cuenta que Wellington no era precisamente un pueblo de gente acaudalada, pero sí de personas que estaban aprendiendo a apoyarse mutuamente.

Una de las cosas más bonitas que había visto aquel el día era la amistad que estaba naciendo entre los habitantes, no hubo ni una sola muestra de racismo y Agatha sintió que más que recaudar dinero estaban haciendo algo más importante, de esta manera tanto las personas de color como los que no lo eran compartían los unos con los otros y empezaban a borrar los dolorosos recuerdos de épocas pasadas cuando la tensión social y el racismo era predominante.

Estaba dirigiéndose hacia uno de los puestos de comida cuando se topó

con el mural de grafiti que Malik había pintado. Más sorprendente aún fue verlo a él junto al director del museo de arte moderno que tenía sede en el estado, al parecer según pudo enterarse luego, Caprice lo había invitado con la esperanza de que Malik pudiera conocerle y mostrarle su trabajo.

Agatha se detuvo por un momento a unos cuantos metros de ellos para poder escuchar la conversación que estaban manteniendo.

—¿Y esto lo pintaste solo con latas de pintura en aerosol?

—Sí, señor, solo con eso.

—¡Dios mío! Pero esto es magnífico... Exuda sentimiento artístico por todos lados. ¿Has pensado en hacer algo como esto en cuadros muchacho? Es el tipo de arte que está marcando la pauta a nivel internacional. Estaremos más que encantados de poder exponer alguna de tus obras en el museo si decides pintarlas.

—¿Está hablando en serio, señor? ¡Eso sería genial! ¡Tengo muchas más ideas!

Malik le dio un efusivo abrazo al anciano director que solo pudo echarse reír ante el gesto, luego de eso intentó hacer un saludo de puños con Malik, pero no le salió del todo bien.

Agatha no pudo hacer más que sonreír al contemplar aquella escena, al parecer el festival había sido un éxito para todos. Si todo seguía marchando de la misma forma, antes de que terminara habrían reunido el dinero suficiente para poder pagarle al banco. Ahora solo necesitaba encontrar a Collin para que pudiera contarle los progresos que habían hecho durante el festival. En gran parte él había sido el responsable del éxito del festival, y era el de la idea, por lo tanto, sintió que debía agradecerle de nuevo por ayudarla a salvar Baskerville.

Volvió a retomar su camino en dirección hacia donde Collin se encontraba, se detuvo por un segundo. Volvió a sentir aquel pinchazo en el pecho y le dolió

al respirar. Miró en todas direcciones como si estuviera buscando algún indicio de que habría problemas, pero no vio nada, solo personas felices divirtiéndose por doquier. Quizás se había equivocado y no era ningún presentimiento. Sonrió de nuevo y siguió adelante.

El Cadillac negro se detuvo justo en el límite de donde se encontraba el gran tumulto de personas, los cristales ahumados estaban completamente subidos impidiendo que algún curioso pudiera ver que era lo que estaba sucediendo adentro del auto.

—Bien... ¿Están preparados ya tus hombres?

—Solo esperan sus órdenes, señor.

—Entonces háganlo... Asegúrense de que queden testigos que puedan decir que los atacantes son negros. ¿Comprendido?

Clark hablaba de forma fría y seria, ni siquiera se preocupaba por echar un vistazo hacia fuera y darse cuenta de que la mayoría de las personas que estaban en el festival eran mujeres y niños, blancos y negros por igual, juntos. El solo hecho de que unos estuvieran mezclados con otros le causaba repugnancia.

—Es muy importante, no lo olvides, busquen el sitio donde están guardando el dinero, tus hombres pueden quedárselo si lo desean, no nos interesa. Solo importa que causen el mayor caos y revuelo posible. ¡Vamos a hacer que esto salga incluso en las noticias nacionales!

Callum Braulitz hablaba con voz de trueno sentado al lado de su hijo. Habían venido a presenciar de primera mano los resultados de su tan esperado plan para dar jaque mate a Baskerville y el resto de los demás obstáculos en su carrera política. No les importaba en lo más mínimo que murieran personas inocentes si con eso lograban acercarse más a su tan esperado sueño de hacerse por fin con el control de la alcaldía.

—Ahora... Empiecen con el plan. Asegúrense de que lo lamenten esos

subnormales. ¡Sin piedad!

El hombre que estaba frente a Clark asintió e hizo una llamada por su móvil, un minuto después los disparos empezaron a sonar.

Agatha estaba casi llegando hasta el sitio donde Collin estaba con los demás voluntarios recibiendo las donaciones para la pastelería, de pronto un sonido la hizo sobresaltarse.

—¡Bam!

Había sido un disparo, de eso no cabía duda alguna. Inmediatamente después los gritos de las personas corriendo de un lado a otro en busca de refugio no se hicieron esperar. Agatha giró justo a tiempo para ver a un grupo no menor de treinta personas, todos ellos afroamericanos levantando sus armas y disparando a mansalva contra todo aquello que encontraban en el camino.

—¡No! ¡No hagan eso! ¡Deténganse!

Agatha intentó de manera infructuosa hacer que los asaltantes se detuvieran, pero ni siquiera la vieron, solo estaban descargando sus armas contra todo, disparaban a diestro y siniestro, la chica vio cómo un par de hombres caían heridos producto de las balas, se acercó hasta ellos intentando ayudarlos, pero era demasiado tarde, habían muerto en el acto al recibir los balazos.

Las lágrimas empezaron a correr por sus ojos a medida que se alejaba de aquella situación, todo se había transformado en un caos, las personas corrían de un lado a otro intentando resguardarse de la violencia.

—¡Dios mío! ¡Caprice!

Agatha recordó que Caprice había estado hace unos minutos justo en el sitio desde donde habían provenido los disparos, ella estaba sirviendo de juez en uno de los concursos. Tenía que ir hasta allí de inmediato y asegurarse de que su amiga estuviera bien.

—Pero Collin...

La chica se mordió el labio con impaciencia, ir en búsqueda de uno significaba abandonar al otro, y no estaba en humor de perder a ninguno de sus amigos. Miró en ambas direcciones y suspiró, ya no había vuelta atrás.

Agatha corrió en contra del mar de gente que intentaba escapar de la zona donde ocurriendo los disparos, sentía miedo, pero aun así algo la impulsaba a seguir adelante, necesitaba asegurarse de que estuviera a salvo. Nunca se perdonaría si algo malo le hubiera pasado, ahora era cuando las palabras que le había dicho Collin al principio del festival cobraban más sentido que nunca. Ahora no le cabía duda alguna de que él sabía algo, y se lo ocultó. Cuando toda esa pesadilla terminara iba a tener una extensa discusión con él, pero por ahora tenía otra cosa de que preocuparse.

La chica se movió con todo el ímpetu que aún tenía a pesar del miedo y el cansancio, la adrenalina era suficiente para impulsarla a llegar hasta ese sitio que parecía inaccesible. A lo lejos, unos cuantos metros más delante de donde ella se encontraba, vio a dos personas, un hombre estaba de pie mientras que lo que parecía ser una mujer en posición fetal estaba tirada en el suelo. Aquel pinchazo que había sentido antes y que había descartado creyendo que se trataba de una tontería volvió a causarle dolor.

El hombre que se encontraba de pie era Collin, estaba de espaldas por lo que no podía verla acercarse hasta su posición, se apresuró lo más que pudo, el aire que entraba en sus pulmones solo la quemaba, carente de oxígeno como para llevar a sus músculos estaba moviéndose con las últimas fuerzas que le quedaban, llegó casi arrastrándose por eso cuando vio a Caprice tirada en el suelo escurriendo un charco abundante de sangre y a Collin sosteniendo una pistola y con sangre manchando su camisa y su rostro, casi no tuvo fuerza suficiente para gritar.

Aun así, un desgarrador quejido se escapó de su boca y rompió el silencio pesado que había caído sobre ellos.

—¡Caprice! ¡Noooooooooooo! ¡¿Qué fue lo que hiciste, Collin?! ¡¿Por qué?!

Collin la miraba lleno de terror, aquellos ojos azules que antes le había parecidos tan encantadores ahora solo eran la ventana del alma de un potencial asesino a sangre fría. Dejó caer la pistola al suelo y se llevó las manos a la cabeza.

—No es lo que parece, Agatha... Tienes que escucharme, yo...

—¡Asesino! ¡Maldita sea, Collin! ¿Por qué lo hiciste?

—¡No fui yo!

Unas sirenas de policía empezaron a escucharse acercándose a medida que los demás sonidos de disparos se alejaban en la dirección contraria. Collin la miró lleno de tristeza y empezó a correr con dirección hacia el sur, no dijo nada, ni una sola palabra, solo corrió con todas las fuerzas de sus piernas. Agatha lo vio alejarse sin atreverse a decir nada tampoco.

—Agatha... Agat...

La débil voz moribunda de Caprice luchaba por hacerse escuchar sobre las sirenas de policía y las patrullas que empezaban a llegar al lugar de los hechos para atender la emergencia, pero era demasiado tarde.

Una vez más la visión que tendría el pueblo sería corrompida por un acto de maldad y cobardía, nadie recordaría que ese mismo día se llevó a cabo el festival de la unión, por el contrario, todos estarían hablando durante semanas, tal vez meses, de la masacre perpetrada por un grupo violento de afroamericanos.

El corazón le dolía con tanta fuerza que pensó que le daría un infarto, pero se dio cuenta que más que un dolor físico, se trataba de uno emocional, una herida que no podría sanar con ningún medicamento más que con el paso del tiempo. Miró a su alrededor y vio cómo el lugar estaba repleto de manchas de sangre en el suelo, casquillos de bala, los tarantines y puestos donde habían ocurrido los concursos y demás actividades estaban desparramados en el piso,

destruidos.

No le hizo falta nada más en ese momento, se había dado cuenta que había perdido a Bakersville.

Un día, solo un día era todo lo que le restaba, estuvo tan cerca de conseguir su meta y ahora todo estaba acabado.

—Agatha... Se... Llevaron... Se llevaron... Todo.

Dijo Caprice con una voz cada vez más débil intentando incorporarse. Tenía un agujero de bala a la altura del abdomen y se estaba desangrando a una velocidad impresionante. Agatha sostuvo la cabeza de su mejor amiga sobre sus rodillas e intentó calmarla.

Los sonidos de las ambulancias se hicieron más cercanos y un minuto después se encontraba en la parte trasera de una viendo como los paramédicos hacían todo lo posible por salvar a su mejor amiga.

Todo se volvió negro y se desvaneció.

No todas las historias tenían finales felices.

Capítulo 9

Agatha se despertó en medio de aquel cuarto de hospital, con la televisión presentando un reportaje de lo que había ocurrido el día anterior. Sacudió su cabeza por un instante como obligándose a recordar cómo había llegado hasta allí, todo le parecía muy confuso. En la tele la reportera estaba hablando de treinta muertos y cientos de heridos en lo que se conoció como una de las peores escaladas de violencia en Wellington.

—Hey. nena... Al fin despiertas. ¿Cómo te sientes?

La voz de Caprice nunca le había parecido tan dulce a Agatha quien giró su cabeza a un lado para poder ver a su mejor amiga sonriéndole, aunque con aspecto bastante débil aún, sin embargo, algo era seguro, ya no estaba al borde de la muerte.

—¡Dios mío! ¡Caprice... estás viva! ¡Gracias a Dios! ¡Estás viva!

Agatha intentó ponerse de pie para abrazar a su amiga, pero el cuerpo le pesaba demasiado.

—No te compliques, nena, estarás mareada por un rato. La enfermera que vino hace un rato me dijo que te habían puesto unos sedantes ayer, así que probablemente estés todavía un poco débil.

Dijo Caprice recostándose de nuevo en su cama.

—Pero... ¡Collin escapó! Hay que llamar a la policía y denunciarlo por lo que te hizo...

—No... Collin no hizo nada malo, nena. Su único delito fue golpear a uno de esos tipos y quitarle la pistola para defendernos a él y a mí... Estábamos buscándote cuando uno de esos sujetos disparo contra nosotros. Él solo estaba socorriéndome...

—Dios... Él me dijo la verdad... Y yo... No le creí.

Los ojos de Agatha se tornaron acuosos antes de que un par de gruesas lágrimas empezaran a bajar por sus mejillas. Había cometido un error, todo ese tiempo Collin había estado intentando protegerla y ella lo había desestimado. Incluso había puesto en peligro su vida junto a Caprice por ir a buscarla... Ahora el australiano había huido. Sintió cómo el corazón se le arrugaba al imaginar todo tipo de cosas horribles que pudieron haberle pasado.

—Él está bien...

—¿Qué?

—Collin. Collin está sano y salvo... Ahora mismo debe estar rumbo a Australia o cualquier otro lugar donde tengas que cazar tu propia comida... No lo sé, algo así dijo que haría.

Caprice rio por su propio chiste y luego se quejó de dolor en la zona donde había recibido el disparo.

Agatha sintió como si el mundo se le venía abajo. ¿Había escuchado bien? ¿Collin había regresado a Australia? El único hombre que había amado en mucho tiempo había hecho lo mismo que todos hacían, abandonarla. Otra vez gruesas lágrimas de tristeza y amargura cayeron por sus mejillas.

—¿Caprice?

Preguntó Agatha a punto de llorar con todas sus fuerzas.

—No llores, nena... ¿Qué pasa?

—Perdimos todo el dinero del banco, ¿verdad?

—Sí... Hasta el último centavo. Lo siento mucho.

—Nos embargarán... Van a subastar Baskerville.

De nuevo sintió cómo su corazón se rompía en cientos de pedazos, no solo se trataba de haber perdido al hombre que había empezado a amar, sino que también había fallado en su intento por salvar el legado que le habían dejado sus padres. Había intentado y fracasado rotundamente a pesar de todos sus esfuerzos por proteger la pastelería.

Lloró por un par de minutos, lo necesitaba, necesitaba desahogarse del mar de sentimientos que estaba conteniendo en su interior. Se sintió llena de impotencia y frustración, odiaba a la gente del banco y peor aún odiaba a Clark Braulitz. Sabía que todo había sido su culpa y de no haber sido por el nada malo habría ocurrido.

—¡Clark!

—¿Qué pasa?

Preguntó Caprice sobresaltada.

Agatha acababa de tener una idea tremenda, si Clark era un bastardo que no jugaba limpio no había nada que la obligara a ella a hacerlo. Tenía un As bajo la manga contra Clark y era momento de utilizarlo. Buscó su teléfono móvil y marcó rápidamente el número de su ex novio.

—¿Hola? ¿Quién habla?

Contestó la fría voz a través de la bocina.

—Tu juez y verdugo, hijo de perra.

—¿Agatha?

Era la primera vez que lo escuchaba asustado.

—Voy a ir directo al grano, sabemos que todo lo que paso ayer fue culpa tuya. Tú fuiste quien planeó sabotear el festival de la unión y mandaste a tus matones a que destruyeran todo y se robaran el dinero de Baskerville. Ahora, por tu culpa, no tenemos el dinero para pagarle al banco...

—Ja, es una lástima...

—Sí, lo sé, como también será una lástima que todos los televidentes a nivel nacional vean el hermoso video donde sales planeándolo todo en el mausoleo de los Walker, también será una pena que gracias a eso te lleven a prisión y te enjuicien por corrupción y asociación para delinquir. Si, lo sé todo, y tengo pruebas visuales de ello.

—Agatha, nena... Por favor... Piensa bien lo que estás diciendo.

—¿Está asustado, cariño? Pues conozco una forma de que puedas quitarte el miedo. Vas a pagar hasta el último centavo al banco y asegurarte de que no vuelvan a joder con nuestra pastelería. ¿Entendido?

—¡Eso es chantaje!

—Bien, supongo que no quieres negociar... Suerte en la prisión.

—¡Espera! Está bien... Lo haré, voy a pagar... Solo no hagas una locura de la que puedas arrepentirte.

—Bien... Apresúrate con el pago, o de lo contrario no me comprometo a no enviar el video a la televisión

Agatha cortó la llamada y respiró profundamente. Sintió que inhalar el aire de esa forma la hacía sentir renovada.

—¡Demonios, nena! ¡Estás que ardes! ¿Cómo se te ocurrió eso?

Dijo Caprice celebrando la inesperada solución que había conseguido su mejor amiga para equilibrar la balanza.

—Él jugó sucio... Yo solo le devolví la jugada. Y de hecho...

Busco el archivo en su móvil y escribió unas cuantas letras.

—Acabo enviarlo al correo electrónico de la televisión, me imagino que les encantará conseguirse con una noticia como esa. Clark y su familia pagaran por todos los crímenes que han cometido... Se hará justicia.

Caprice asintió en silencio.

—Por cierto, no te lo he dicho, pero ¿ves ese pequeño sobre que esta sobre aquella mesita a tu lado? La escribió Collin, cuando dijo que volvería a

Australia... Estabas sedada, no pudiste sentir nada. Él te besó en la frente y dejó esa carta, dijo que ahí explicabas todo lo que debías saber.

Agatha suspiró de nuevo y cerró los ojos. Su aventura había comenzado por querer salvar el legado de sus padres, y aunque al principio no se sentía tan seguro de lograrlo, todo lo que había tenido que atravesar la había hecho mucho más fuerte. Su corazón había tenido que soportar unos cuantos golpes y la partida del australiano más sexy que hubiera conocido alguna vez. Y ni siquiera había empezado a descubrir todo lo que se ocultaba en la figura de Collin.

Dos semanas después...

Agatha cargó el pesado bolso de viaje en su hombro, se giró hacia Caprice y le entregó el manojito de pequeñas llaves plateadas. La joven miró las llaves y luego la miró a ella. Las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas.

—¿Estás segura de esto? ¡Me vas a hacer mucha falta!

—Sí, si lo estoy. Voy a extrañarte cómo no tienes idea... Pero debo hacer esto... Necesito encararlo... Necesito cerrar este capítulo.

Caprice asintió en silencio y se secó las lágrimas.

—¡Mira eso, Agatha!

La joven señaló hacia el televisor, cogió el mando y le dio un poco más de volumen necesitaba escuchar eso.

—...En ultimas noticias nos informan que en el desenlace del juicio por corrupción y otros delitos que fue abierto contra la famosa familia de banqueros y políticos, los Braulitz han sido declarados culpables por cientos de casos de corrupción y crímenes de odio, esta mañana el juez Silver ha dictado una sentencia que los llevaría a pasar de veinticinco a treinta años de prisión, tendremos más información en breve...

Ambas chicas intercambiaron una mirada y no hizo falta que dijeran ni una palabra. Ahora por fin se había hecho justicia, Clark y Callum Braulitz, hijo y

padre pagarían por todos sus crímenes. Un nuevo amanecer de justicia y esperanza se asomaba sobre Wellington, era el momento de aprender de los errores del pasado y hacer las cosas bien.

—Ahora es cuando vamos a necesitar de gente como tú, Agatha, tú eres la indicada para encargarte de Bakersville ahora. Todos confían en ti y aunque nunca lo sepan, apuesto que agradecen en silencio por habernos liberado. Blancos, negros, no importa el color de la piel. Todos somos humanos. Eso lo aprendí de ti...

Agatha miró a Caprice y se sintió llena de orgullo.

—Te equivocas... No soy la única que puede encargarse de Bakersville ahora... Por favor, comparte esas ideas con todos. Confío en ti.

Las dos mejores amigas de toda una vida se fundieron en un abrazo fraternal que pareció volverse eterno, a pesar de que ninguna quería decirlo, estaban muy conscientes de que aquello era un adiós.

Agatha miró por la ventana y se maravilló con el inmenso mar azul, era tan amplio, tan profundo, tan claro... Le recordó irremediamente a los ojos de Collin. A pesar de que ya había superado la decepción inicial de leer esa carta por primera vez, aún no había terminado aceptar el hecho de que se hubiera ido sin atreverse a despedirse cara a cara.

Sacó la hoja de papel que ya se había arrugado después de tanto leerla.

Agatha, mi dulce Agatha.

Entiendo bien si después de leer esta carta decides no volver a pensar en mí en lo que te resta de vida, yo no puedo prometerte lo mismo.

Te mentí. Desde el principio estuve mintiéndote de la manera más descarada posible...

No, nunca existió esa casa en la playa en Adelaide, ni tampoco una vida acomodada que me permitía soñar con independizarme y comenzar mi

propio negocio. Nunca me desperté de noche para ver las estrellas y descubrir que mi destino se hallaba del otro lado del mundo, en un pequeño pueblo llamado Wellington. En realidad, no soy más que un ex alcohólico, mis problemas con la bebida fueron tan graves que me costaron mi familia, mi trabajo y mi vida, sumido en la desesperación reuní el poco dinero que me quedaba y compré un billete de avión a los Estados Unidos.

A este punto podrías odiarme y pensar que no puede ponerse peor... Te equivocas.

El hecho de que llegara hasta Baskerville no fue mera casualidad. Un tipo como yo, extranjero, sin dinero y caído en desgracia no tiene oportunidades con mucha frecuencia... Así que cuando los Braulitz me contrataron para ayudarlos en sus planes de causar problemas en Wellington y en especial de arruinar la pastelería desde adentro, no lo pensé dos veces.

Era dinero fácil y yo lo necesitaba. Solo tenía que hacerme pasar por un extranjero buscando trabajo, me dijeron que no me lo negarías porque tu corazón era noble, a pesar de que se reían y burlaban mientras lo decían, me alegró constatar que era verdad.

Pero todo cambio cuando te vi por primera vez, desde ese primer momento algo dentro de mí se conmovió y empecé a quererte sinceramente. Todo lo que paso a partir de ese momento fue real y sincero, salvo los encontronazos con Clark, los cuales ya teníamos preparados para hacer que ustedes confiaran más en mí. Aunque todo cambió cuando Malik lo apuntó con la pistola...

Sabía que iban a tratar de sabotear el festival de la unión, intenté oponerme, pero me amenazaron con hacerte daño, así que tuve que guardar silencio. Ahora es cuando más me arrepiento de ello.

He decidido volver a mi tierra natal, Sidney, sin embargo me voy

dejando mi corazón entero en Wellington, estará en el lugar donde tú estés, porque desde ahora en adelante mi corazón y mi alma te pertenecen.

Te quiero, Agatha, con la pasión de mi alma, y con el deseo de mi cuerpo. Te quiero como nunca, como a nadie.

Tuyo ahora y siempre.

Collin.

PD: Aún te debo un beso bajo las estrellas.

Agatha camino apresurada hasta la gran puerta de madera, un anciano de aspecto muy simpático se encontraba alimentando a un grupo de gatitos que se reunían frente a él.

—Tranquilos, tranquilos, pequeñitos, hay comida para todos...

—Disculpe, ¿este es el teatro de la ópera?

El hombre se sobresaltó un poco y se acomodó la gorra de vigilante.

—¡Sí! Este es el famosísimo y reconocido a nivel mundial teatro de la ópera de Sídney, señorita... Sin embargo, estamos cerrados el día de hoy por mantenimiento. Tendrá que volver mañana.

La decepción se dibujó en el rostro de Agatha y el guardia debió darse cuenta porque en seguida le preguntó qué era lo que había ocurrido.

—Es que solo estaré en la ciudad el día de hoy... Me hacía mucha ilusión poder echarle un vistazo por dentro a este lugar, es que había escuchado que ustedes los australianos eran unos maravillosos constructores... Además de guapos, claro está.

El simpático anciano sonrió de forma tímida mientras seguía alimentando a los gatitos.

—Sabe... No debería hacer esto, pero usted me ha caído muy bien... Puede entrar. Si el otro guardia le pregunta que está haciendo, dígame que es amiga de Noah. Además ha venido otro muchacho y él lo dejó pasar, así que creo que no exista problema con usted.

—¡Muchísimas gracias! ¡Es usted un sol!

Agatha le dio un beso en la mejilla que hizo sonrojar al abuelo.

Cruzó el umbral de la enorme puerta de madera y recorrió el amplio pasillo que la llevaría hasta el gran auditorio. Agatha se maravilló de la enorme cantidad de sillas vacías que había allí. Estaban desocupadas todas, a excepción de una. En la primera fila, frente al enorme escenario sobre el cual estaban colgadas unas grandes decoraciones que simulaban ser estrellas, probablemente las hubieran colocado para algún espectáculo y luego habían olvidado quitarlas.

Caminó todo el trayecto que la separaba de ese solitario espectador de una ópera que no estaba presentándose, no le hizo falta pensar demasiado para saber de quién se trataba. Era una cosa del destino.

La chica tomó asiento justo al lado del solitario. No volteó a mirarlo, ni el a ella. Desde algún lugar llegaba la voz de alguien tarareando una canción de los Beach Boys, probablemente se trataba del otro guardia que estaba de turno aquella tarde.

Agatha sintió cómo el ambiente se relajaba y todo parecía hacerse idílico, era casi como estar en un sueño. ¿Quién podría decirlo? Probablemente no era más que un sueño...

—Te perdono.

Fueron las únicas palabras que se escucharon en aquel enorme auditorio casi vacío. Palabras de compasión, llenas de nostalgia, tristeza y amor. Palabras que eran un sueño dentro de otro sueño.

Al final de todo, solo de eso se trataba.

Las estrellas de plástico y aluminio volvieron a brillar levemente, a pesar de no estar conectadas a ninguna fuente eléctrica, su brillo nacía de una energía más poderosa, la del amor.

Brillaron entonces, durante un buen tiempo.

Y debajo de ellas, dos almas que estaban destinadas a estar juntas habían comenzado a besarse, cumpliendo así un trato de amor que habían sellado en una noche de estrellas. Dando por cerrado el sueño de dos corazones y su tacita promesa de encontrarse de nuevo.

De nuevo el eco de aquella canción de los Beach Boys resonaba con fuerza, desde algún lugar que Agatha no podía discernir, recordó que así era como sonaba su radio despertador, pero no le importó. Quería seguir besando a Collin por un rato más, probablemente no tuviera otra oportunidad como esa y quería aprovecharla al máximo, quería estar con su inalcanzable amor australiano, los miles de kilómetros que los separaban se habían reducido solo a milímetros, la distancia que había entre su boca y la suya.

Iba a amarlo, hasta que tuviera que despertar.

Fin

Mi gran amor

Capítulo 1

Sus **ojos verdes** fue lo que la convenció que de todos los enamoramientos platónicos que había tenido, el de él era diferente, de no conseguirlo en alguien cercano y no tan inalcanzable como él, el hombre de unos hermosos **ojos verdes**.

En su vida muy pocos chicos/hombres, que se había topado con ellos en vivo y directo, le había llamado la atención de ese modo. A lo sumo cinco o menos, y nunca tuvo nada con ellos, no porque no quisiera ya que la realidad es que era como subirse a un autobús y que el chico de tus sueños se suba en el. Lo miras se miran, el mundo deja de girar y luego a uno de los dos le llega su parada en segundos.

Mi nombre es Mermaid, Mer. Me lo puso mi abuelo paterno. Cuando era una niña me hacían burlas por llamarme así, por lo tanto, prefiero “Mer”, lo más patético es que no sé nadar. La alusión a la sirenita no va conmigo.

Vivo en Miami y hablo dos idiomas, español e inglés. Tengo 19 años y aunque trabajo desde los 15 años, aún vivo con mi mamá y su esposo. Tengo dos hermanos mayores, varones. Uno tiene 35 años y el otro 30. Viven en Europa. Al terminar la secundaria me dedique casi 2 años a trabajar duramente o al menos eso creo, ya que tengo una meta, comprarme una casa en

Europa. Desde los 15 años lo he deseado. No pude trabajar tan duramente como dije anteriormente, por eso pifíé. A esa edad, con la secundaria encima de los hombros, me consumía. Solo logre tener trabajos menores, como ser canguro o mesonera en algún evento o restaurant. Mis ahorros apenas llegan a 5.000 dólares. Cuatro años trabajando, eran más de 5.000 pero también gastaba en cosas básicas y una que otra necesidad.

Mi papá murió cuando yo tenía un año de vida. Nací en Argentina. Después de la muerte de mi papá, mi mamá vendió la casa y alquilo un apartamento pequeño en Miami. Cuando yo tenía 5 años, conoció a su actual esposo Felipe. Mamá aún tiene la mitad del dinero de la casa de Argentina, dice que es para emergencias, nunca lo toca. Nos mantuvo con su trabajo de paisajismo. Mi hermano Rodrigo el que me lleva 16 años, consiguió una beca en España y se fue a los 17 años para estudiar historia y Benjamín mi otro hermano se fue con un grupo de amigos para Irlanda y se casó cuando tenía 25 años con una chica de allá de 20 años. Benja tenía 21 años cuando se fue de Miami.

Soy Acuario, cumplo años el 10 de febrero.

Rodrigo se fue después que mi papá muriera, casi tres meses después. Lo he visto al menos dos veces en mi vida. A los 7 años, cuando mi mamá se casó con Felipe y a los 10 años, cuando se fue Benjamín.

Cuando entré a la preparatoria engorde y al entrar en secundaria conocí a Cristina y me volví bulímica. Toda la secundaria lo fui, casi terminando mi mamá me obligo a ir a un especialista y logré recuperarme. Peso 59 kilos y mido 1.58.

Fui muy rebelde en secundaria, experimente el sexo como me dio la gana. No me arrepiento, fue una etapa de descubrimiento. Bueno lo de ser rebelde para no decir perra, no es algo que me enorgullezca. Supongo que, como yo,

muchas lo habrán hecho y sé que eso no justifica lo que hice. Al menos estoy clara en lo que hice, hago y en lo que quiero hacer.

Cuando tenía 13 años, los **ojos verdes** más impactantes que he visto en mi vida me flecharon. Sin embargo, no enloquecí como las demás adolescentes, lo dejé estar, lo vi en una revista, el chico es un modelo. Tengo tiempo que no supe más de él, ya que no le seguí el paso. Solo lo vi en la revista y en vallas publicitarias. No soy una chica de revistas y farándula.

Hasta el día de hoy que me cree una página en “Facebook” a petición de mi grupo selecto de amigos.

Ojos verdes en 6 años se ha convertido en un modelo profesional. Su nombre es Eric Ed Stuart, y tiene 21 años. Nació el 20 de octubre. Supe eso por Facebook.

Nacido en Irlanda y criado en Inglaterra.

Por mi cumpleaños mi hermano Benja me regaló el pasaje para ir a Irlanda por un mes. Nunca he viajado, bueno de bebé. De Argentina a Miami, pero por supuesto de eso no me acuerdo.

Me voy el 3 de febrero, en 21 días y el 5 de marzo me regreso.

Para dejar en claro algo, yo soy realista y jodida. Detesto tener amores platónicos con chicos famosos o del medio. Lo bueno es que cuando me sucedía me duraba poco. El problema es que, con él, no. Me he regañado por mucho tiempo mentalmente por eso. Volver a verlo me hizo desearlo con una intensidad sexual como nunca. Cuando lo vi en una entrevista y escuché su voz, quedé extasiada.

Con el único chico que estado en una relación formal, si se le puede decir así es con Steve. No tiene mucho sentido del humor, no es muy hablador y anda metido en sus asuntos, ¡ah! Y le encanta el sexo. Es indiferente al terminar (correrse) es caliente del 1 al 10 (5). Para mí eso varia, depende de su actitud. Lo que más me gusta es que con él experimento y puedo ser manipuladora. Si

me jode se la devuelvo, enloqueciéndolo, es un jodido arte que se me da muy bien.

He hecho muchas cosas sexuales, como dije anteriormente.

Steve tiene 23 años. Un cuerpo formado, le gusta ejercitarse de vez en cuando, tiene tatuajes y uno que otro pircing. Uno en la oreja derecha y otro en la ceja izquierda. Tiene el cabello liso, color negro, corto pero abundante y sus ojos son marrones oscuros, más que los míos. Fuma María y bebe regularmente es de buen beber, al menos que tenga un mal día. Somos amigos el forma parte de mi grupo rompe reglas, por más ridículo que se vea. No besa mucho, solo al principio cuando se excita. A mí me encanta besar.

—Mer ¡hey! Llamado a Mer al a tierra — dice Cristina lanzándome un bastoncito de zanahoria.

Cierro mi laptop.

—¡ah! — digo sonriendo.

—¿Qué tanto escribías? — suelta con una sonrisa burlona.

—¡he! Nada — miento.

Ella frunce el ceño.

—Te conozco, a ver, dime — dice caminando hacia mi cama, ya que estaba sentada en la silla de mi escritorio. Estamos en mi habitación—, Mer, estos días antes de irnos a Irlanda, tenemos que irnos de compras.

—Voy a invitar a Steve.

Veo desde mi cama, apoyada sobre mi barriga y codos la cara de Cristina parada enfrente de la cama.

Su mandíbula se abre, me mira con ojos de sorpresa.

—¿Qué? — digo.

—¿Estás loca o qué? — dice y se sienta en la cama.

Muevo mi cabeza en un claro ¡no!

—Necesito divertirme, Cris — digo y me levanto y camino a mi closet.

—Pero la idea del viaje es esa, Mer, en Irlanda hay un montón de chicos lindos para eso.

Saco una mini falda de jeans color negro y una franelilla rota en varias partes.

—Me voy a bañar — digo y salgo de la habitación. Oigo a Cristina gritar.

—Estás loca de remate, Mer.

Me miro en el espejo de cuerpo entero del baño. Mamá no me dejaría salir así, si me viera. Sonrío a mi reflejo. Me coloco los botines negros que había guardado en el mueble del baño. Me quito la delgada pantaleta negra y la guardo en mi bolso de mano.

—No la voy a necesitar — me digo a mi misma y sonrío con malicia y picardía. No la voy a necesitar para mi plan de convencimiento.

Tocan a la puerta del baño y pego un brinco por el sobresalto.

—¡sí! — digo

—Soy yo, Mer — dice Cris.

Respiro aliviada y le abro la puerta.

—¡wow! Nena — dice sonriendo ampliamente y recorriéndome con los ojos el cuerpo.

—Pareces un tío mirándome así — me burlo.

—¿Ya estás lista? — pregunta con emoción.

—Sí, ya me peiné y maquillé.

—¡Hehe! ¡Sí! Claro, si a eso llamas maquillarse — dice y rueda los ojos.

—Déjalo estar, Cris — digo fingiendo enfado—, no quiero llegar a los 30 años como una uva pasa por el exceso de maquillaje.

—Lo que tú digas — dice Mer rodando los ojos.

En los peores momentos no hubo brazos que me contuvieran, no escuche todo va a estar bien, no hubo una distracción que me hiciera reír y olvidar el dolor. Lo que me caracteriza, por lo cual jamás pediré perdón, ya que es parte

de mí, lo use para manipular y sentirme mejor y caí una y otra vez, no me lleno solo me acerque al fuego malo, me refiero a mi pasión, mi personalidad, la picardía natural, el fuego de la vida. Traté incluso de ser mala persona y me perdí, entre pequeñas luces que nunca dejaban de iluminar. Pero saber lo que te revelaban al iluminar la oscuridad hacía que el dolor se agudizara. Crecí sin un padre. Mis hermanos estuvieron ausentes, y mi mamá decidió seguir adelante sin dar explicaciones. Pero como dije esta historia no se trata de mí. Es de **ojos verdes**.

Capítulo 2

La piel se vuelve más fría. Todo se apaga y luego tropezar con muchos “Steve”

Todos tenemos un héroe, tenemos ídolos, somos fans de alguna banda o cantante, artista, *etc.*

En lo que no estoy de acuerdo es en la obsesión por alguien, eso da miedo...

Aún no he comenzado la universidad, estoy pensando estudiar psicología, pero me encanta la fotografía, sin embargo, creo que estudiare psicología para aprender más sobre la mente humana y hare alternamente cursos de fotografía.

Son casi las 9 de la noche, mamá y Felipe salieron a cenar y a divertirse con unos amigos. Esta noche me dijeron que no dormirán en casa, aunque a veces cambian de parecer. En 20 minutos me encontrare con Steve en su casa de playa.

—Hola pequeña sirena —dice Steve con una media sonrisa, sentado en un sofá mecedora en el porche de su casa.

—Hola — digo encaramándome en su regazo y besándolo con deseo.

—Joder — dice pegado a mi boca, mientras sus manos bajan de mi cintura a mis caderas.

Ya podía sentir lo duro que estaba al rozar mi sexo con el suyo, ya que no

estaba usando pantaleta y al estar posicionada muy bien encima de él. Es una sensación muy placentera.

Sigo besándolo y suelto un gemido al sentir su mano en mi sexo. Lo miro a los ojos y le sonrío con malicia.

—Pensé que te gustaría — digo

—¡hmmm! Pues, sí — dice y me besa con más intensidad. Mueve los dedos, pero para mí mala suerte, no sabe usarlos. Al principio al tomarme desprevenida me excité, pero ahora es todo lo contrario. Me levanto.

—¿Qué haces? — pregunta frunciendo el ceño.

Cris tiene razón, es mala idea invitarlo a ir.

Me mira con cara de comenzar a irritarse.

—Ven — le digo teniéndole mi mano.

La acepta, pero me dice: — ¿Estas cabreada? — pregunta con indiferencia.

¡Sí! Pienso.

—No — respondo.

—¿Entonces?

Suspiro.

—Nada, ven vamos, que te daré algo rico — digo y su cara se relaja.

Típico de Steve, sonrío satisfecho sin preguntar más. A él no le interesan mis sentimientos, solo uno, si estoy molesta. De ser así se daría media vuelta y se iría. Yo no quiero irme, necesito distraer mi mente y sentirme deseada por más patético que sea. Me sirve para subir mi autoestima.

Entramos en la casa. Yo no reparo en detalles, al menos que me sienta mal en el sitio. Vamos directo a su habitación. Apenas entramos, lo empujo a su cama y le desabrocho el cinturón de sus jeans holgados los cuales no me gustan, ya que le quedan grandes. Su miembro se nota erecto bajo la fina tela del bóxer. Sin perder tiempo se lo saco y comienzo a tocarlo con mi mano.

—Sirena, métetelo en la boca — dice con una expresión en su rostro, muy desagradable.

Odio con todo mí ser que me llame sirena y me da asco que sea tan vulgar, últimamente lo ha sido. Algo que no entendía es que cuando leía mi saga favorita, el protagonista tiene la boquita sucia y entonces me di cuenta de que lo vulgar y lo erótico son dos cosas distintas, además mi saga favorita tiene amor y la imparable atracción física. Sin embargo, va más allá del atractivo del protagonista.

Steve es un pobre diablo. Toda mi vida me han desagradado los hombres como él. Lo sé, no entiendo por qué sigo enredándome con tipos así. Puedo hacer una lista de las cosas negativas de Steve y aún no sabría si es la clase de hombre que tiene algo bueno para salvar. Mi mente me genera una imagen violenta, un Steve iracundo. Intento no pensar en eso y salgo corriendo de la habitación de Steve, dejándolo aturdido con el miembro descubierto y erecto.

Lista de cosas que me desagradan de Steve o tipos como Steve.

Prepotencia

Arrogancia

Desagradables en general.

Creo que es más fácil describir la sensación que queda en mí cuerpo y mente, que señalar lo que odio de los hombres como Steve y de Steve.

—Mer, ¡pero qué diablos!

Dejo de escribir y cierro la laptop.

—¿Qué? — pregunto rodando boca arriba sobre mi cama.

—¿Cómo que qué? — Dice Cris con los brazos como jarras—, Steve me llamó furioso...

La interrumpo tan cabreada o más que ella.

—¿Y por qué diablos te llamo?! — pregunto ahora sentada en la cama.

—¿Estás bien? — pregunta bajando la voz, aunque estamos solas en la casa. Cris tiene una copia de las llaves de la casa.

—Sí, estoy bien.

Se sienta a mi lado y me da un codazo amistoso.

—Lo dejaste echando humo ¿Qué le hiciste?

La miro de reojo. Cris es buena amiga, pero en el fondo sé que no me puedo fiar de ella.

—Nada, me aburrí de él — digo y me levanto para buscar un pijama en los cajones de la cómoda.

—¡eh! ¿Hablas en serio? — pregunta con voz sorprendida. Aunque le estoy dando la espalda, sé que está sonriendo ya que a Cris le encanta Steve.

Pongo mi mejor cara y me volteo para mirarla.

—Sí, se terminó.

—Eres una perra — dice riendo.

Me estremezco, pero le sonrío con diversión, aunque no tengo ni una pizca de humor en mi sistema.

—Lo sé, es todo tuyo.

Su mirada es de malicia, no como las mías fingidas, casi siempre las finjo, rara vez son genuinas.

—¡oh sí! Mer, hoy me follara — dice sin nada de vergüenza.

Una hora después, estoy sola en mi casa. Son la 1 de la madrugada. Acurrucada en el sofá de la sala viendo televisión o más bien pensando en qué coño había estado pensando, todas las veces que me comporte como una puta... La respuesta es obvia y patética, quería distraer el dolor y sentirme mejor conmigo misma o al menos eso me decía.

—¡wtf! — Digo al regresar mi concentración al televisor—, Eric ¡También baila!

Alguien hizo un video montaje de él, bailando en diferentes escenarios y

aparentemente con micrófono en mano.

Con más de cuarenta millones de vistas en “YouTube” (dice el reportaje)

No quiero admitirlo, pero en los veinte días restantes que faltan para irme a Irlanda, descubrí que Eric no solo es una cara bonita. No es que antes lo creyera, solo que no sabía lo real que es y toda la mierda que él tiene que calarse de la prensa sobre su vida privada. Preguntas como ¿Con quién sale? O no.

Las fans lo ven como un Dios sexual.

Aunque a él no le causa gracia lo que dicen de él los medios. Él sabe cómo comportarse y sabe el efecto que causa en millones de fans, cosa que lo hace aún más sexy de lo que ya es.

No es arrogante, en su grupo de amigos, hay uno que si se ve así a primera vista. Claro que yo no podría afirmarlo, ya que no lo conozco personalmente y detesto juzgar sin saber.

¡Por Dios! Ya me dije antes, que me cabrea pensar en él. No quiero ser una más del montón, además ¿Por qué tengo que pensar en un chico que no sabe que existo?

Pronto volaré a Irlanda, ya estoy más que suficiente de investigar sobre Eric.

Me miro una vez más en el espejo del baño. Mi cabello es largo y se me forman ondulaciones, ya que la mayoría del tiempo lo llevo recogido en una cola de caballo. Me llega un poco más debajo de los hombros. Gracias al sol de Miami, el color es casi igual como cuando era niña. Era color marrón oscuro, ahora esta aclarado.

20 días después.

—El gran día llego — dice con entusiasmo, Cris.

—Sí, mi mamá casi me asfixia al despedirse por quinta vez — digo poniendo los ojos en blanco.

—Bueno, madre al fin — dice con una amplia sonrisa.

Capítulo 3

Es muy tarde para ir a pasear a la plaza del pueblo, está tan nublado que casi no se distinguen las casas vecinas. Katrin asomada por el ventanal de su habitación, suspira por aburrimiento. Esta noche sus hermanos tomaron la decisión de marcharse a Nueva York. Ella vivirá un tiempo sola, ya que su mamá está de viaje con su pareja. Por otro lado, el papá de Katrin trabaja en Dublín desde hace tres años y también tiene residencia por estos lares. Kenmare es un pueblecito costero.

Son casi las dos de la madrugada. Suena su celular, se sorprende ya que solo tiene una amiga en el pueblo y casi toda su vida se ha acostado a las diez de la noche a excepción de los sábados, ya que es muy perfeccionista.

Un mensaje de texto entra al móvil de Katrin.



**Hola, Clara. No entiendo una mier... un comino, la
¡dirección!**

Número desconocido.

—Aja, Clarita ¿Quién es esta persona? Y ¿Por qué tiene mi número? —

dice Katrin en voz alta.

Mientras hace esa reflexión, llega otro mensaje del mismo número.



**Disculpa la hora, Clara, pero es que estoy exhausto
¿Dónde está el hotel?**

—¡así que es un chico! y está en el pueblo — dice y sonríe con diversión.



Nena, apúrate ¿Por qué no respondes?

—¿Y qué hago? — dice levantándose de la cama, ya que se había recostado boca abajo a leer los mensajes de texto—, ¡ya sé! — dice y comienza a marcar un numero de teléfono en el celular—, Vamos a tienda — dice con frustración.

Después de un rato de repicar, sale la contestadora: —Soy Clara, ahora no puedo...

Katrin cuelga la llamada. De nuevo suena el timbre de mensaje de texto.



! ¡Che! Clara, me llenas las...

Katrin no puede evitar sonreír. El tío está escribiendo en inglés, pero al

poner “Che” a pesar de que Katrin no sabe español, reconoce esa expresión, gracias a series de televisión.

—Eres argentino y estás cabreado — dice aguantando la risa.



Llamada entrante. Número desconocido.

—¿Sera que le respondo? — se pregunta mordiéndose las uñas.

Su tono de llamada es un tono de unas campanitas, que siempre dice que lo va a cambiar y lo olvida.

—Aló — dice intentando no sonar nerviosa.

—¡Clara! ¡por fin! ¿Qué te paso? — pregunto el chico, con una preciosa voz masculina.

— ¡eh! No soy Clara, soy la amiga ¿Quién eres?

—¡eh! ¡uh! Discúlpame... ¿Te desperté? — pregunta con voz de apenado.

Ella se ríe.

—No, tranquilo, estaba despierta, veo que tienes un problema para llegar al hotel.

—¡sí! No sabes cuánto. Clara, no sé ¿Qué le paso? Creo que sin darse cuenta me dejo plantado.

—Dime una cosa ¿ella te dio mi número?

—¡ah! Me lo envió con el otro móvil de ella.

—¡ah! Ok, ya con razón. Sí, eso le pasa mucho, Clara es algo despistada — dice y se ríe suavemente.

—Y ¿Con quién tengo el gusto de hablar?

—¡ah! Soy Katrin — dice sonrojándose.

—Encantado yo soy Danilo. ¿Crees que me puedas si no es molestia ayudarme un poquito aquí?

—¡Eh! Sí, claro, ¿En qué parte exactamente estás?

—En una plaza, así parece, hay una muy horrible estatua, creo que es una fuente.

Katrin se ríe.

—Sí, tienes buen ojo. Es horrible es un supuesto caballo de la suerte del pueblo, que colocó el alcalde.

—¡ah! No creo que dé suerte, ¡eh! De espantapájaros si queda.

Más risitas por parte de Katrin.

—Bueno, Danilo, estás bien encaminado. El hotel queda una calle bajando por donde está el poste de la barbería. La tienes a mano derecha, sigue la cola del caballo y veras casi oculto detrás de un pequeño local de zapatos, el poste de la barbería.

—¡Ah! Sí, cierto. Ahí está a Clara no le entendía. Me decía que, a la derecha de la barbería, pero solo veía una pastelería con su poste de luz en forma de pastel.

—Ves, sí da suerte el caballo — dice sonriente Katrin.

—Sí — dice él y ríe suavemente—, bueno muchas gracias por tu ayuda, tienes una voz muy linda, por cierto.

—¡ah! Gracias, que descanses, tranquilo no es nada. Chao.

—Hasta pronto — responde él.

Katrin se acuesta boca arriba con el celular en las manos sonriendo y con una intriga de cómo, Clara conoce a tan agradable chico, Danilo.

Debido a que se acostó muy tarde, está profundamente dormida, hasta que un mensaje de texto la despierta.



Hola Katrin, buenos días. Gracias por ayudar anoche a Danilo.

—¡hey! Hola, buen día, justamente te iba a preguntar sobre eso.



Te cuento en la cafetería Kati ¿Te parece?

—Sí, dale nos vemos en una hora.

¡Ah! Una hora, se arrepiente de haber dicho eso. Tiene tanto sueño por la desvelada.

Deja caer la cabeza entre las almohadas y con un quejido de lamento. Deja el móvil encima de la mesita de noche.

—Hola Kati — beso en ambas mejillas— ¿Y esos lentes de sol? — pregunta Clara.

—¡ah! Es porque me desvele — risita.

—Amig...

La interrumpe la voz de un chico.

Capítulo 4

—Buenos días — dice el chico sonriendo.

Clara se levanta y le da un abrazo y un beso en ambas mejillas al chico.

—Katrin, este es Danilo, Danilo, Katrin — dice haciendo las presentaciones.

Katrin se queda muda por unos segundos, sorprendida. No se esperaba conocerlo en este momento.

—¡ah! — da un pequeño brinco y se levanta a tenderle la mano.

Danilo, le sonríe ampliamente.

—Encantando — dice y retiran la mano un poco rápido por la entrada exagerada de otro chico.

—Hola, hola, chicas, muy buenos días. Tú debes de ser, Clara y ¡oh! pero que ven mis ojos — dice quitándose los lentes de sol con una mano e inspeccionando a Katrin de arriba abajo.

—Él es...

—Clara, linda, yo me presento. Soy Rocco — dice mientras sonríe sin dejar de mirar a Katrin—, así que anoche, quien no me contesto ningún mensaje ¿fuiste vos? — pregunta mirando a Katrin.

Katrin confundida.

—Pensé que con quien hable fue...

—Sí — interrumpe rápidamente Danilo—, yo era al teléfono, pero los mensajes te los dejó Rodrigo.

—¡hey! Es Rocco, ¡che! Pero bueno ¿Qué se hace en este pueblo para divertirse? — dice Rocco.

—Rodri...

—¡eh! — dice Rocco mirando en modo protesta a Clara.

—Rocco, deja al menos terminar las presentaciones, dale la mano a Katrin — dice Clara regañándolo.

Katrin se incomoda.

—¡eh! Sí, un placer — dice dándole la mano a Rocco, quien no le basto con solo estrecharla, sino también la beso.

—Bueno, don juan — dice Danilo—, sentémonos.

Katrin agradece con una sonrisa la intervención de Danilo y se pregunta si el tal Rocco, estuvo presente mientras ellos hablaban anoche.

—Bueno, bueno, cierto, basta de saludos — dice Rocco — ¿Qué tal si terminamos de hablar y comemos? — pregunta y se lleva una uva de un tazón de la mesa de las chicas.

—De hecho, Katrin y yo, ya terminamos de comer, vamos a cambiarnos.

Clara mira confidencialmente a Katrin esperando a que ella responda...

—¡sí! Ciertó, ya vamos, tenemos que...

Rocco interrumpe.

—Ponerse más hermosas, eso es imposible.

Katrin lo ignora con gracia.

—Irnos — dice y ve como Clara se acerca a la cara de Danilo y le besa la comisura de la boca.

—Nos vemos en la piscina del hotel — le dice a Danilo.

Rocco no deja de mirar a Katrin y a pesar de la atención de Clara fija en

Danilo. Danilo mira unos segundos de reojo a Katrin, ella lo nota y trata de no prestar atención.

—Buenos, nos vemos en una hora — dice Clara.

—Sí, nosotros desayunaremos e iremos al hotel por los bañadores — le responde Danilo.

Mientras las chicas caminan hacia la casa de Clara.

—¿Y? ¿No vas a decirme nada de estos chicos?

—Tú sabías, yo te hable de este chico — dice Clara con tranquilidad.

—¡nooo! Tú me mencionaste un estudiante francés que practicaba contigo el idioma por internet y que tenía planes de conocer el mundo, no que vendría un argentino con su amigo Rocco a nuestro pueblo aquí en Irlanda.

—Bueno, es que era secreto — dice Clara encogiéndose de hombros.

—Ya va, espera — Dice Katrin deteniéndose en la entrada de la casa de Clara—, Eres mi mejor amiga y siempre nos hemos contado nuestros sueños o bueno lo que nos motive.

—No me lo tienes que recordar... Ka...

—Sí, tengo que — la interrumpe—, yo no te pido que me cuentes todo exactamente, no soy así, no soy esa clase de persona que tiene fama de chismosa, pero ¿No entiendo que secreto es que traerías a un argentino y no un francés?

—¿No te aguantas? ¿No qué no quieres saberlo todo? — pregunta con seriedad.

—No puedo creer que te molestes, después de que te perdone ¡Clara por Dios! Me estas usando para que este con Rocco. Estoy cien por ciento segura.

—Pero... — comienza a decir cabizbaja. La interrumpe.

—Tranquila, vamos, señorita perfeccionista — dice Katrin sonriendo con diversión —te estoy jodiendo.

—¡ah! Gracias, muy graciosa — dice y la abraza.

—Ya va, ya va. Con una condición — suelta Katrin.

—Y yo pensando que la aburrida soy yo — replica poniendo los ojos en blanco.

Katrin sonrío a su amiga.

—Iba a decir, que no gracias con Rocco y que ok con lo demás.

—Bueno, tú eres la creativa... —se detiene al mirar la cara de Katrin—, espera no me pongas esa cara, no me refiero a...

Katrin la interrumpe.

—Sí, lo sé, tranquilízate, sé que no vas a ese tema.

—Han pasado cuatro años desde eso — dice con cautela Clara.

—Vamos a entrar — la evade Katrin.

—Está bien — dice medio decaída Clara y abre la puerta.

—Son la 1 de la tarde — dice Katrin tumbada boquiarrriba en la cama de Clara— ¿Cuánto te falta? ¡Clara! — grita ya que su amiga no responde.

—Voy — responde con un grito y aparece en la habitación— ¿Vas a ir así? Katrin se queda mirando el techo, realmente estaba pensando en...

—¡hola! Katrin a tierra.

—¡ah! Disculpa ¿Qué dijiste?

—¿Qué sí vas a ir vestida así? ¿En dónde tienes la cabeza?

—En ningún lado, es que tengo sueño ¿Qué tal si vas...

—¡AHHH! No, no, no — dice levantando a Katrin de la cama.

—Clara, es mala idea, yo no quiero andar con ese chico Rocco y menos ser lamparita de Danilo y tú.

—Por fis, por fis, Kati, no me digas que no — ruega con ojos de corderito.

—No pongas esa cara.

—¡AH! Gracias, gracias — dice abrazándola con emoción.

—Yo no he dicho que...

—Gracias, gracias ¿Qué te vas a poner? — pregunta ignorándola y

saliéndose con la suya.

Katrin pone los ojos en blanco y suspira en derrota.

—¡ay! Ya es tarde para ir a mi casa para buscar un traje de baño — dice victoriosa.

—Yo te presto uno.

—¡hehe! Pero yo soy...

Clara agachada buscando en un cajón distraídamente dice: — voluminosa.

—¿Por qué tienes este traje de baño aquí y no en el vestier?

Clara sonríe.

—Lo sé, soy una compulsiva con el orden, pero es que este traje de baño me quedó grande, lo iba a regalar, por eso lo guardé ahí. Ya no puedo cambiarlo.

Katrin lo agarra y dice exaltada.

—¿Grande? Esto no es grande.

—Bueno, bueno, lo pequeño para ti es la parte del busto nada más.

—¿Y te parece poco?

—¡ay! Vamos, Kati, te quedara un poco ajustado nada más — dice y comienza retocarse el maquillaje.

Pasa media hora.

—Vamos, Katrin, se nos hace tarde.

Katrin se queda sorprendida frente al espejo de cuerpo entero del vestier. Tenía unos cinco meses que no se miraba desnuda.

—Me muro de hambre — se queja Rocco.

—Desayunamos hace poco — le responde Danilo.

Rocco se levanta de una silla junto a la piscina.

—Hay que esperarlas — le dice Danilo.

—Mientras no vengan, voy por unas tapas.

Danilo se queda mirando a las personas en el área de la piscina y divisa a

Clara hablando con el personal del hotel.

Sigiloso se levanta para sorprenderla, pero la pierde de vista, distraído tropieza con alguien y siente en el pecho algo pegajoso y frío.

—Lo lamento tanto — dice una dulce voz ¡Katrin!

—Tranquila, es mi culpa, estaba distraído — dice ayudándola a levantar los vasos de plástico con jugo de naranja regados en todo el suelo.

Un empleado se acerca y les ofrece limpiar.

Katrin se sonroja, da las gracias junto con Danilo y se alejan del desastre jugoso.

—Tu franela, cuanto lo siento — dice apenada.

—La tuya también sufrió las consecuencias — dice sonriendo y las mejillas de Katrin se ponen más rojas.

—Cierto — dice ella mirándosela.

—Vida ¿Qué te paso?

Danilo y Katrin reaccionan y habla Danilo.

—Choqué con Katrin mientras quería sorprenderte.

—Sí, ya voy por otras bebidas — dice Katrin incomoda repentinamente.

—No hace falta — dice Rocco casi gritando ya que viene corriendo—, pedí bebidas y cosas ricas para comer.

—Perfecto, vamos — dice Danilo.

—Espera, ven déjame sacarte esto, estas mojado — le dice Clara.

Katrin no puede evitar ver en cámara lenta como Clara le remueve la franela a Danilo y Rocco la saca del espectáculo en vivo diciéndole:

—¿Y tú jovencita?

—Cierto, debes estar toda pegajosa como Danilo — dice Clara agarrando con asco la franela de Danilo.

—Yo me la quito cuando vaya a meterme a la piscina — dice intentando que no se le note la incomodidad.

—Bien, bueno entonces vamos a la piscina — dice con entusiasmo Rocco.
Katrin se incomoda y esta vez sí se le nota.

—Rocco, bájale un poco — le advierte Danilo con seriedad.

Se hace un silencioso incómodo.

—Bueno, tengo hambre — dice Clara y los guía a todos.

Katrin le agradece con una sonrisa a Danilo, sonrisa que él solo nota.

—¿Qué les parece si vamos a un pub esta noche? — sugiere Rocco.

—Sí, a mí me parece genial — dice Clara con emoción.

—¿Qué piensas tu Katrin? — pregunta Danilo.

—¡eh! Bueno yo la verdad estoy viviendo sola y estaba pensando hacer una fiesta, ya que es la primera vez que me quedo sola.

—¡vaya! — Dice Rocco— ¿Qué edad tienes?

—Rocco, no seas tan imprudente — lo regaña Clara.

—Tengo 20 años — dice Katrin mirando a Danilo.

—¡wow! Pensé que eras menor de edad — continúa diciendo Rocco.

Katrin niega con la cabeza.

—Yo tengo 22 y Danilo 23 — dice Rocco y se lleva a la boca una papa frita.

—Yo tengo 22 también — dice Clara jugando con la mano de Danilo.

—¡así que la más jovencita eres tú! — dice con entusiasmo Rocco.

Katrin se sonroja.

—Sí, supongo — contesta y se lleva a los labios una copa con agua.

Danilo la mira a los ojos deleitado. Katrin está sentada frente de él. Clara al lado de Danilo y Rocco al lado de Katrin. Se sentaron así debido a Clara.

—Bueno, yo quiero meterme en la piscina — anuncia Clara levantándose y caminado hacia la piscina. La piscina está bajo techo.

Rocco se le queda viendo y Katrin mira a Danilo que no está viendo a Clara ni a Rocco sino a ella.

—Si no te importa hermano, acompañare a tu chica.

—Tranquilo, ve, después voy, quiero revisar mis mensajes.

Rocco mira a Katrin.

—Yo, todavía no quiero entrar — dice ella.

—Bueno, espero que quieras después — dice y le guiña el ojo.

Katrin asiente con la cabeza y Rocco se va.

—Disculpa a Rocco, es muy intenso — dice Danilo apenado.

—¡eh! No descuida, no me molesta — dice Katrin jugando con su servilleta de tela— ¿Clara y tu son novios? Disculpa la pregunta tan personal, es que ella... no me ha dicho nada — dice y mira hacia la piscina donde Clara y Rocco están conversando.

Danilo suspira.

—No, no somos novios todavía, pero si tenemos tiempo conociéndonos. Esta es la tercera vez que nos vemos y la más larga, ya que Rocco y yo nos quedaremos un tiempo aquí.

—Entiendo — dice Katrin y vuelve a mirar a su amiga pasándola bien.

—¿Y tú tienes novio?

Katrin ve a Danilo, quien la está mirando de esa manera que hace que Katrin se sienta compenetrada con él.

—No, no tengo — dice y baja la mirada.

—Eres hermosa — dice Danilo y luego se aclara la garganta y Katrin sube la mirada y abre levemente la boca por la sorpresa de oírlo — ¿Desde hace cuánto conoces a Clara?

—¡ah! Desde toda la vida, desde el jardín de niños.

Danilo iba a decir algo y la voz de Clara lo interrumpe y la mira.

—Danilo, ven — lo llama con entusiasmo Clara desde el agua.

Danilo niega con la cabeza.

Katrin suelta una risita.

—Debes de estar pensando que no debería gritar así, estamos en un hotel.

—Sí, Clara podrá ser perfeccionista, pero es un poco imprudente — dice con una sonrisa de lado—, mejor voy, o gritara más — dice sonriendo.

—Sí, ve, tranquilo — dice Katrin y por dentro siente un deje de tristeza, estaba tan a gusto conversando con el casi novio de su mejor amiga. Katrin se queda estancada en ese pensamiento.

—¿Vienes? — pregunta Danilo a su lado.

Katrin lo mira y no puede evitar decirle que Sí.

Danilo sonríe ampliamente, y Katrin le regresa la sonrisa contenta de que Danilo le está dando la espalda a Rocco y Clara. Katrin se regaña mentalmente, por estar contenta por una sonrisa que los demás no pueden ver. Sacude la cabeza y dice:

—No, yo los alcanzo después.

Danilo frunce el ceño, pero asiente con la cabeza y se reúne con Rocco y Clara.

Capítulo 5

—¡Aquí estamos! Hola Irlanda — dice Cristina emocionada.

—¿Sabes que dijiste eso cuando te subiste al avión y cuando viste un folleto del pueblo y lo estás diciendo de nuevo? — me burlo de mi amiga que pone los ojos en blanco.

—Es 4 de febrero, no podemos perder tiempo — Continúa Cristina diciendo emocionada.

—No seas exagerada, no perdimos tiempo ayer, el vuelo estuvo bien esas 8 horas, y las casi 6 horas en carro fue genial, ver el paisaje, pararnos a comer.

—Dormimos en el carro, eso no es cómodo, en el avión sí — dice con voz quejosa.

—Corrección, dormiste en el carro, yo no, en el avión, sí logre dormir — digo con una gran sonrisa. La emoción de por fin estar en Irlanda es suprema.

—¿Cuándo viene tu hermano?

Miro mi teléfono, son las tres de la tarde.

—Me dijo que lo esperaríamos en un restaurante que se llama The Mews Kenmare.

—Bueno, vamos, hambre tengo.

Me río.

—Sí, yo también, vamos.

Comimos y mi hermano apareció cuando pedimos postre y café.

—Hermanita — me saluda mi queridísimo hermano Benjamín.

—Hola — digo y lo abrazo.

—¡vaya! Como has crecido — dice Benja con una sonrisa que llega a los ojos.

—Sí y tú has envejecido — digo chinchándolo y se ríe.

—Te presento a mi amiga Cristina — digo y miro a Cristina que se le cae la baba por mi hermano.

—Hola, mucho gusto — dice ella y mi hermano le da un beso en cada mejilla ya un abrazo.

Mi amiga parece un flan. Suelto una risita.

—¿Y tu esposa Alana? — pregunto.

—En la casa, te tenemos una sorpresa — responde con un brillo en los ojos que me hace sonreír de emoción.

Asiento con la cabeza. Terminamos los cafés y el postre y Benja nos lleva en su carro a su casa.

Alana la esposa de Benjamín, es una hermosa pelirroja. Hoy en día de 25 años. La conoció cuando tenía 24 años y ella 19. Mide 1.78 metros. Es esbelta, tiene una hermosa cabellera de rulos. Se conocieron en un Pub, él jugando pool. Le sorprendió que tan hermosa mujer supiera jugar mejor que él. En menos de un año le robó el corazón y la hizo su esposa.

Llegamos a la casa de mi hermano.

—¡wow! Que casa tan bonita — digo yo.

—Sí, es bonita pero modesta — responde mi hermano.

—¡vaya! Es hermosa ¡Me encanta! — dice Cristina admirando la casa como una niña pequeña.

Mi hermano con orgullo nos invita a pasar.

—Mi amor ya llegué ¿Dónde andas?

—Estoy en la cocina — responde una voz alegre de mujer.

La casa huele divinamente a torta y sale a la sala una pelirroja muy simpática con un delantal con patitos.

—¡Holaaa! Tú debes de ser la hermanita de Benja. Encantada — dice caminando hacia a mí y extendiendo los brazos. Me fusiono en un abrazo con ella. Le presento a Cristina y nos invita a sentarnos y a tomar el té. Sin embargo, Cristina y yo acabamos de tomar café con postre, pero me da vergüenza decir que no.

—Mi vida, ellas ya tomaron el postre.

Me sonrojo y les doy las gracias.

—No te preocupes están en su casa, si me disculpan tengo que sacar la torta del horno — dice sonriendo cordialmente y retirándose a la cocina.

—Que bella tu esposa, Benja — digo

—Gracias ¿Quieren ir a descansar? Supongo que deben de estar cansadas por el viaje — pregunta mi hermano con amabilidad.

—Sí, yo por lo menos necesito una siesta — digo riéndome.

—Y yo quisiera darme un baño — dice Cristina con timidez.

—¡claro! Por supuesto, síganme para mostrarles su habitación que tiene el baño incluido.

Entramos a la habitación muy acogedora con dos camas preciosas en madera de pino. Como ya son las cinco de la tarde se puede apreciar por la ventana de la habitación el bello atardecer.

—Bueno las dejo para que se pongan cómodas — dice Benja sonriendo y nos deja solas.

Apenas mi hermano se va me lanzo en la cama izquierda como una niña pequeña.

—¡que graciosa! elegiste la cama sin mí.

—Vete a bañar que te hace falta — digo chinchándola.

Cristina pone los ojos en blanco y me saca la lengua. Pone una de sus maletas en la cama de al lado y comienza a sacar sus cosas para bañarse.

—¡no lo puedo creer! ¡Por fin estamos aquí! — digo un mar de contenta.

—¡sí! Espero ya mañana conocer chicos guapos irlandeses y follar con todos ellos — dice con una expresión muy perversa en su rostro.

Al rato Cristina se va a bañar y yo me quedo dormida. Sueño con Eric Ed Stuart, que estamos bailando en una discoteca cuando siento en el rostro algo frío y me despierto de un brinco. Escucho una risa, más bien una carcajada. Me froto los ojos y veo de pie a mi lado a Cristina doblada de la risa.

—¿Qué te pasa, estás loca?! — pregunto.

—No, la que está loca eres tú. Hablando dormida y repitiendo el nombre de Eric — dice con cara de burla—, ¡Oh Eric! — se dobla de la risa.

Yo pongo los ojos en blanco y me paso la mano por la cara.

—¿Me mojaste?!

—Sí — dice y continúa riéndose como una boba.

—¿Qué hora es? — pregunto notando la habitación oscura.

—Son las 7:30 de la noche ¡Vaya siestita te echaste! — dice con tono de burla.

—¿Y tú que hiciste todo este tiempo?

—Estuve con tu hermano y Alana. La tía hace unas tortas ¡Madre mía! Divinas. De seguro en este viaje voy a ganar peso. Estoy muy full, no me cabe más nada. Bueno mentira, podría comerme a tu hermano.

—¿Qué?! ¿Estás bromeando?! Él está casado — digo incorporándome en la cama cabreada.

Cristina rueda los ojos.

—Tranquila, tranquila. Estoy bromeando. Está muy guapo y todo, pero yo no me enredo con hombres casados ¡Vaya! A ti no se te puede hacer un chiste

— dice y se sienta en su cama.

—Es que tus chistes son de mal gusto. Casi haces que me arrepienta de traerte — digo y me levanto para ir al baño.

—¿Qué vas hacer?

—Darme un baño. Tranquila, tampoco es para tanto fue cabreo momentáneo — digo y le sonrío.

Cristina se relaja me regresa la sonrisa. Entro en el baño y automáticamente me siento relajada al encontrarme con una bañera de gran tamaño que pareciera que dijera “úsame” sonrío porque este viaje desde el principio está siendo muy satisfactorio. No veo el día de tener mí casa propia en Europa.

Después de un baño exquisito entro en la habitación que compartimos Cristina y yo la encuentro profundamente dormida. Me causa gracia verla dormida, pero a cambio de ella, yo no le hago ninguna maldad. Me pongo mi pijama y me meto a la cama. Cojo mi móvil, me coloco mis auriculares y le doy a reproducir a mi lista favorita de música y así me quedo dormida.

Capítulo 6

Katrin a la final no se bañó en la piscina con los demás. No se sentía cómoda con la insistencia de Rocco y se sintió opacada por su mejor amiga, Clara. Sumándole la intensa atracción que había nacido de la noche a la mañana hacía Danilo ¡Vaya lío! ¿Qué va hacer ahora con lo que siente con relación a Danilo? Está muy arrepentida de haber aceptado el favor de Clara. Primero porque, Rocco es un tío muy pesado e insistente. Katrin no se siente a la altura de Clara y Danilo a pesar de hacerla sentir con esa compenetración que aparentemente es de ellos dos. Ella sabe en el fondo que eso es imposible, ya que su mejor amiga tiene más oportunidad de brillar al lado de él.

Katrin se retiró temprano del hotel donde se hospedan Danilo y Rocco con una excusa palurda sobre que no estaba segura si dejó las luces encendidas de su casa. Por suerte la creyeron. A pesar de la insistencia de Clara, Katrin logró irse sola a su casa y no quería salir más, pero Danilo le recordó el comentario que ella hizo en la mesa antes de que ellos fueran a nadar a la piscina. Dicho comentario que está más arrepentida que cuando aceptó la idea de su amiga. Esto es peor, lo de hacer una fiesta en su casa motivada, porque es la primera vez que se queda sola en su casa por un tiempo indefinido. Ni modo que no tuvo excusa y la fiesta se hará mañana a partir de las 4 de la tarde, tiempo suficiente para darse golpes en la cabeza.

Katrin se despierta por el molesto timbre de las campanitas de su móvil a las 7 de la mañana. De mala gana contesta casi gruñendo ya que pasó en vela toda la noche.

—Diga.

—Hola, muy buenos días.

Katrin se cae de la cama al darse cuenta técnicamente que le acaba de gruñir nada más ni nada menos que a Danilo.

—¡Danilo! Qué vergüenza, disculpa, pensé que eras Clara — dice sonrojada a más no poder.

Escucha la risa más hermosa y sincera de su vida.

—Descuida, eres adorable gruñoncita — dice tiernamente—, quería saber ¿Cómo te encuentras? Ya qué ayer te fuiste muy apagada y me preocupaste.

Katrin no daba cabida a lo que está escuchando. Su corazón comenzó a latir rápidamente y enterró su cabeza en la almohada que se cayó junto a ella. Danilo no se la está poniendo fácil.

—¿Katrin estás ahí? — pregunta preocupado.

—¡sí! Sí, disculpa estoy medio dormida, pero estoy bien, gracias por preocuparte.

—¿Te gustaría desayunar conmigo? Y me refiero solos tú y yo.

Katrin se queda muda y se pellizca. Tal vez está teniendo el mejor sueño de su vida. Cómo también puede ser una pesadilla.

—Por favor no me vayas a decir que no — dice él con tono de voz casi de ruego.

—Está bien pero no creas que Clara es tonta. Si se entera me va a odiar. No me vayas a decir que no ves el problema que supone desayunar juntos.

—Descuida eso lo vamos hablar durante el desayuno, precisamente por eso quiero estar a solas contigo.

Después de colgar la llamada Katrin corre a bañarse y sigue sin creer que

Danilo la acaba de invitar a desayunar. Mientras se baña reflexiona sobre lo que está bien y mal de lo que va hacer.

Después del baño veloz, saca toda la ropa de su armario y por fin se decide por unos sencillos jeans a la cadera y una blusa manga larga color azul cielo, su color favorito. A diferencia de Clara, Katrin es muy sencilla, nunca en su vida ha usado maquillaje, tan solo es amante de buenas fragancias y de toda clase de bisuterías. A las 8 y media recibe un mensaje de texto de Danilo.



Hola, estoy en una cafetería cerca del hotel ¿Creo que debes saber cuál es? Ya que yo no estoy seguro del nombre...

—Sí, yo sé cuál es — responde Katrin.

Katrin va a la cafetería, muerta de nervios.

—Hola, gracias por venir — dice Danilo y la sorprende dándole un abrazo y un beso en cada mejilla.

Eso le da fuerzas y le quita la timidez que siente. Toman asiento uno frente del otro.

—¿De qué quieres hablar? — pregunta Katrin, esta vez con más seguridad que antes.

—Me di cuenta desde que hablamos la primera vez, que me gustas demasiado. Lamento estar con la chica equivocada, pero a su vez gracias a ella te conozco a ti — dice mirándola directo a los ojos con intensidad.

Katrin no puede creer lo que está sintiendo nada más al oír esas palabras. No sabe si reír o llorar.

—Pero ¿Qué va a pasar con Clara? No puedo destruirla por lo que yo

sienta o por lo que tú sientas.

Danilo niega con la cabeza y la mira con pesar.

—Sí, es cierto, pero así es la vida. Créeme que, si yo dejo pasar esto, más daño le voy hacer a Clara a ti e incluso a mí. Clara y yo no somos novios. No te niego que nos vimos, nos hemos besado... afortunadamente no hemos tenido relaciones sexuales. Comenzamos como amigos, ya que nos conocimos estudiando en línea. No te niego que me pareció interesante, pero más como material de amiga que de novia. Jamás imagine que te conocería.

Katrin no puede evitarlo y se le salen las lágrimas que estaba acumulando con cada palabra de Danilo. Danilo se acerca rápidamente al ver las primeras lágrimas derramadas.

—¿Estas bien? — pregunta poniéndose a la altura de Katrin.

Ella asiente con la cabeza y se enjuga las lágrimas con el reverso de la mano.

—De todas maneras, no podemos estar juntos, porque sabes que destruiremos a Clara. Me va a odiar. Es mi mejor amiga. Esto es un maldito cliché.

La mano de Danilo acaricia la mejilla de Katrin y ella llora más. Él hace que ella se levante y la abraza con fuerza. No hablan, se funden en un abrazo.

Después de un rato, Danilo logra que Katrin desayune.

—Escúchame, has la fiesta, y déjame a mí, ver como hago con Clara, el tiempo que pasare aquí será más que suficiente para hacerle ver que solo la quiero como amiga. Sé que te estoy pidiendo que llevemos esto en secreto, pero no puedo estar aquí e ignorarte, no mirarte, no tocarte... Eso es imposible.

Katrin lo vuelve a abrazar, y Danilo hace algo que le roba el corazón. La besa. Un beso dulce, pero un beso que promete más. Katrin no cree en el amor a primera vista, ahora sí.

Así que la fiesta se pone en marcha. Después de desayunar, Danilo regresa a su hotel y Katrin a su casa.

—Hola — dice Clara dándole un susto de muerte a Katrin—, ¡tía! Tranquilízate, no me viste sentada aquí en tu porche ¿En qué pensabas?

—En la fiesta — dice sintiendo el martilleo de su corazón en el pecho. Ya había comenzado a mentirle a su mejor amiga. Eso se siente como clavarle un puñal de a poco. Tan sólo de pensar en eso hacía que su estómago quisiera devolver el desayuno.

—¡bueno! Comencemos a preparar la gran primera fiesta de sola en casa — dice Clara con tanto entusiasmo que hace que Katrin muera de dolor lentamente.

La mañana avanza rápidamente y cada vez son menos los preparativos que hacer para la fiesta.

—Bueno ahora lo que falta es lo más importante, ponernos guapas — dice con entusiasmo Clara.

—Sí — responde con pocos ánimos Katrin.

—¿Y a ti que te pasa, por qué esos ánimos?

—No dormí bien anoche, y sinceramente no quiero hacer la fiesta.

—¿De verdad?! Ha quedado excelente la decoración, la comida, los pasapalos y las bebidas. Solo faltamos nosotras. Por favor te suplico no eches para atrás la fiesta, es injusto trabajar tanto para que, a última hora, botes todo por la borda.

—Estoy cansada de complacerte, no eres mi jefa — dice irritada Katrin.

Clara queda impactada por la manera en que su amiga le acaba de responder. Normalmente Katrin es pasiva, muy rara vez explota. La última vez fue hace cuatro años debido a un terrible secreto de Clara.

—¿Estás segura de que no te pasa algo más? — pregunta con cautela Clara.

—Lo siento — dice y se retira a su habitación.

Clara suspira y ve como su amiga se va. Lo deja estar mientras tanto, y se comienza preparar para la fiesta.

Capítulo 7

Después de desayunar con mi hermano y Alana, Cristina y yo fuimos a turistar. Compramos ropa, accesorios y para mi hermosa suerte vi una valla de Eric, mi emoción es tan grande que chillo.

—¿Qué te pasa? — pregunta Cristina mirándome como si me hubiese salido dos cabezas.

Le miento y le digo que estoy muy contenta por estar en Irlanda. No quiero que me chinche toda la vida al enterarse que me gusta un modelo. La tarde nos entra, almorzamos en una cafetería y decidimos ir a un Pub muy concurrido, sugerido por el dueño de la cafetería donde almorzamos, pero antes de ir, pasamos por casa de mi hermano para alistarnos. Llegamos al Pub a las 5 de la tarde.

—¡wow! Esto es genial — dice Cristina admirando al lugar.

—Sí, es muy cool — digo yo.

—¿Crees que podemos beber?

—No lo sé, no sé cuál es la edad aquí legal para beber.

—Bueno, siempre podemos conseguir a un chico mayor que nos dé una mano — dice Cristina con malicia.

Ruedo los ojos.

—Sí, pero no vamos a beber todavía, son apenas las 5 de la tarde.

Cristina rueda los ojos.

—Tú no, yo sí. Créeme que vine a Irlanda a divertirme.

—Está bien — le digo para no comenzar a discutir.

Fiesta de Katrin.

—Danilo y Rocco, ya están por llegar — dice ansiosa Clara.

Katrin asiente con la cabeza.

—Por cierto, estas preciosa vestida — dice Clara admirando la ropa de Katrin.

Katrin se siente peor. Quiere decirle, que no la elogie, que está enamorada de Danilo. Lllaman al timbre.

—Ya están aquí — dice Cristina y se aleja dejando en pedazos a Katrin.

—Aquí estamos, bañados, perfumados, vestidos y con alcohol — anuncia con emoción Rocco.

Katrin se emociona por la palabra alcohol, ella no es de beber, pero ahora lo necesita bastante. Solo ha bebido una vez.

Danilo la mira y ella evita su mirada.

—Pongamos música — sugiere Clara, más emocionada al estar en presencia de Danilo. Es imposible que Katrin no note el cambio de su amiga.

—Yo seré el dj — dice Rocco.

—Danilo ¿quieres algo de beber? — pregunta Clara, sacando unas cervezas de la cava.

—Sí, por favor, gracias — responde él.

Katrin va a la cocina y busca algo más fuerte. ¡Bingo! Consigue lo que necesita y se lo lleva a la sala donde están todos.

—¡vaya! Pequeña, te gusta el vodka — dice Rocco en voz alta.

Danilo frunce el ceño.

—¡verdad! Qué raro, Katrin, tu no bebes — dice con sorpresa Clara.

—Bueno, lo hice una vez, es que no me provoca beber cerveza — dice

intentando quitar la atención de ella.

—Bueno, yo también quiero — dice Rocco sonriendo con malicia.

—Ok — contesta Katrin y sirve dos vasos— ¿lo quieres con refresco o solo?

—Solo, nena — dice Rocco y le guiña el ojo.

Katrin le regala una pequeña sonrisa que no le llega a los ojos.

La fiesta se siente lenta. Katrin desea pronto relajarse con la bebida, pero sabe que, si bebe rápido, tendrá las miradas encima de ella.

Pub.

—¡Vaya! Qué buenas bebidas hay en Irlanda — dice achispada Cristina.

Yo ruedo los ojos.

—Te dije que fueras despacio, hace una hora atrás.

—Bueno, bueno, ya son las siete de la noche — responde Cristina con voz ofendida.

—Sí, tienes rato bebiendo, no quiero tener que arrastrarte luego.

Cristina pone mala cara, pero luego sonrío y me saca la lengua.

—No seas mojigata, iré a bailar, ya vengo — dice y se va.

Me sorprende de que sea domingo y el lugar tenga vida. Está full. Algo llama mi atención. Alguien, mejor dicho, alguien que tiene que ser una ilusión.

—¡no puede ser! Me estoy volviendo loca — digo en voz alta, pero nadie me oye, ya que tampoco es que estoy gritando, y si lo estuviese, la música taparía mis gritos. En la barra esta... ¡no puede ser! Eric... el modelo.

Me froto los ojos y vuelvo a mirar y ahí está, Eric sentado riéndose con un grupo de gente. Mis pies me llevan hasta él. Cuando estoy lo suficiente cerca. Mi corazón comienza a latir tan deprisa, que creo que se me va a salir del pecho.

—Necesito un trago — digo mirando al barman. El barman no me pide identificación.

—¿Qué te pongo?

Respiro profundo. Estoy al lado de Eric, puedo oír su voz, su risa, oler su olor.

—¡hey! Chica te estoy hablando — dice el barman.

Eric me mira, y yo regreso mi atención al barman.

—Vodka con soda de limón. Por favor.

—Hola — las piernas me tiemblan. ¡Acaba! Acaba de decirme hola, Eric.

Lo miro con mi mejor cara. No quiero parecer una loca. Eric me sonrío tan bello como siempre. Pero verlo en persona, es demasiado. La gente alrededor de él, le da espacio y lo dejan solo.

—Hola — logro decir.

—No quiero ser grosero ¿Pero supongo que me conoces?

—No, no estas siendo grosero, y sí, te conozco, pero, discúlpame no era mi intención quedarme mirándote, yo...

—Descuida — dice Eric con una sonrisa, si es posible más radiante que la anterior—, de todas maneras, me presento soy Eric Ed Stuart, encantado ¿Tú eres? — dice tendiéndome la mano.

—Mer, Mermaid, pero me dicen Mer y mi apellido es Gómez.

—Interesante nombre, pero hermoso — dice regalándole una sonrisa enseñando los dientes.

Sus ojos, sus ojos verdes. Es fascinante. No puedo dejar de mirarlo a los ojos. Gracias a Dios no está incómodo.

—Gracias — digo—, disculpa, normalmente no soy tan lenta — digo sonrojándome.

—Tranquila, créeme que yo también soy tímido. Lo sé, la gente no me cree — dice con sinceridad y me río—, que risa tan linda.

¡Oh por Dios!

—Gracias, tú tienes unos ojos hermosos — digo y estoy segura de que me

mande a matar. Eric me sonríe sensualmente y yo tomo un buen trago de mi bebida. El calor del licor me llega y comienzo a relajarme.

—¿No eres de aquí?

—No ¿Cómo te diste cuenta? — pregunto con diversión.

Eric se ríe y yo me derrito ¡Joder! Si esto es un sueño espero terminar en su cama.

—Tienes acento — dice mirándome con tanta intensidad, que lo que deseo con todo el corazón es subirme a horcajadas de él y besarlo.

—Sí, soy argentina.

Eric abre los ojos como platos.

—¡vaya! déjame decirte que tienes un inglés perfecto. No digo que los argentinos no sepan hablar inglés — dice apenado.

Le toco la mano y la retiro rápidamente.

—Lo lamento — digo ahora yo apenada.

Eric me sonríe de vuelta con esa sonrisa sensual y me toma de la mano, la mano que retire.

—No te disculpes. Espero no abrumarte. Me encanta esto, hablar y que seas tan genuina. Por ser quien soy, no consigo mucho de esto.

Tengo que hacer auto control de mi cuerpo, y no besar a este hombre.

—La que está encantada soy yo — digo mirándolo de los ojos a la boca.

—¿Estas acompañada?

—Sí — digo y busco con la mirada a Cristina. La miro estaba bailando con dos tíos.

Eric sigue mi mirada.

—No quiero ser imprudente, pero... ¿Tienes novio?

Miro a Eric y mi boca se abre ligeramente por esa pregunta.

—No, no tengo y solo vine acompañada de mi mejor amiga.

—Entiendo, te pregunto porque no quiero interrumpir.

—No, no para nada, más bien ella esta absorta en su mundo — digo y vuelvo a reír.

—Eres muy agradable.

—Gracias, créeme que tu también — digo y me no puedo evitar como mi cuerpo gravita hacia él. Él lo nota ya que le está sucediéndole lo mismo.

La canción “Love me down easy” de Oriana Sabatini comienza a sonar.

—Adoro esta canción — digo y comienzo a mover la cabeza al ritmo.

—Primera vez que la escucho, pero tiene buen ritmo — dice y me copia.

Ni en mil años imagine este momento.

Fiesta de Katrin.

—Deberías tomar un poco más despacio, y no has comido nada — Le dice Rocco a Katrin.

—¡vaya! Me lo dices tú que llevas más que yo — responde ella con una risita.

—Yo estoy comiendo, y yo soy de buen tomar, tengo resistencia, pequeña.

—Bueno, lo que importa es que es una fiesta, hay que divertirse — dice y se toma el medio vaso que le queda.

Mira en dirección a Clara y nota a su amiga seria hablando con Danilo.

—Quiero otro trago — dice y Rocco la sujeta por la cintura.

—Espera, yo te lo traigo — dice le guiña el ojo y la suelta.

—Ok, gracias — responde ella y vuelve a mirar a Clara, que ahora parece estar discutiendo con Danilo.

—Aquí tienes — dice Rocco y le da la bebida.

—¿Qué sucede ahí? — le pregunta ella mirando a Clara y a Danilo.

—Están discutiendo — responde Rocco.

—Deberíamos ir a un pub que está abierto hoy hasta tarde — sugiere ella sintiendo que la casa la está asfixiando.

—Bien, iremos en el coche de Clara, que maneje Danilo — dice Rocco y

se acerca hacia ellos.

Clara se retira y camina hacia Katrin. Katrin se bebe medio vaso de la impresión.

—¡hey! Despacio Katrin — dice Clara frunciendo el ceño.

Katrin rueda los ojos.

—Tú también me vas a decir que no beba — dice mareada, pero disimulando el mareo.

—No, pero me preocupas, has bebido mucho en estas horas.

—Estoy bien, no soy una niña. Gracias por preocuparte — dice Katrin intentando manejar su temperamento. Beber ayuda a sacar todo lo que se siente.

—Chicas, vámonos — dice Rocco y se acerca a Katrin.

Katrin mira a Danilo y nota el semblante de preocupación que tiene.

Se suben al coche. Clara con Rocco atrás. Katrin y Rocco se sorprendieron. Pero nadie dijo nada. Katrin se sienta adelante con Danilo.

Pub.

—Ahora te pregunto yo a ti ¿tienes novia?

—No, hace un tiempo que estoy soltero — me contesta Eric.

—Debe de ser abrumador, tener tanta atención encima de ti — digo y no puedo creer que este teniendo esta conversación. Nunca me imaginé hablando con él. Es irreal.

—Sí, pero te acostumbras. Por lo menos en este pub, y en este pueblo, estoy tranquilo. Cuando vengo hay más gente mayor que jóvenes y es fácil pasar desapercibido.

—Excepto con los turistas — digo y sonrió con diversión.

—Sí, exacto, pero si los turistas son como tú, no me abruma — dice y me mira la boca.

Me acerco un poco y el me copia, estamos tan cerca.

—¡Mer! — dice Cristina y empuja mi banquito hacia delante para no caerme, me apoyo en los muslos de Eric. Él me sujeta por la cintura— Cristina se ríe como tonta ¡Genial esta borracha! Se tambalea—, lo...siento — dice e hipa.

—Descuida — le responde Eric con diversión.

—¡vaya! ¿Y tú quién eres?

—Soy Eric un amigo de Mer — dice y me mira a los ojos de una manera tan sensual, que siento un cosquilleo que baja por mi vientre.

—Yo soy Cristina, casi hermana de Mer, encantada — dice y se acerca y le da un beso en cada mejilla, pero tomándose su tiempo.

—Ok, Cristina —digo porque casi que trepa sobre el cuerpo de Eric. La sujeto por el brazo y hago que se siente—, te voy a pedir un vaso con agua.

—¡no! Quiero otro trago.

Suspiro.

—Descuida — me dice Eric en voz para que escuche yo sola—, yo ¿Si quieres, puedo hacer que la lleven al hotel donde me estoy hospedando y así descansas?

—Gracias, pero me da vergüenza...

Eric me interrumpe.

—No es problema, créeme, no sería un caballero. Además, me gustaría, pasar más tiempo contigo, hablar, tal vez comernos algo ¿Solo si tú quieres?

—¡claro! Eso suena genial. De hecho, me gustaría continuar con la conversación, más tranquilamente sin preocuparme por Cristina — digo con sinceridad y tan emocionada, que intento controlar los latidos de mi corazón.

—Llegamos — dice Danilo aparcando.

—Bien — dice Katrin como si toda la felicidad del mundo estuviese corriendo por su cuerpo.

Entraron al pub y la canción de Selena Gomez “Bad Liar” comenzó a

sonar.

—¡por Dios! Ese es Eric Ed Stuart — dice Clara con una emoción desbordante. Casi que se pone a dar brinquitos y a chillar.

Rocco se burla.

—¿Quién es ese?

—Un modelo famoso — responde Katrin tranquila—, Clara lo ama — dice y se ríe. Katrin no tiene nada en contra de Eric, le parece guapo, pero su amiga es fanática.

—Bueno ¿quieren beber algo? —pregunta Danilo sin inmutarse por el éxtasis de Clara.

—Yo, yo iré a pedirle un autógrafo y una foto — dice Clara ignorando a Danilo.

Katrin se sorprende y al mismo tiempo se alegra, de cómo Clara se olvida de Danilo.

Rocco pasa su mano por la cintura de Katrin y ella se retira y se acerca a Danilo, le toca el brazo y lo mira a la cara con una seguridad que nunca en su vida ha experimentado.

—¿Estas bien? — le pregunta Danilo mirándola a los ojos.

—Sí, ahora sí — dice Katrin y le toma la mano.

Danilo la mira con sorpresa, pero entrelaza su mano con la de ella. Katrin mira a Rocco que está frunciendo el ceño, pero se da cuenta, que Rocco está entendiendo la situación. Este mira a Clara que está hablando con su ídolo.

—¡No puedo creerlo! — dice por quinta vez, la rubia irlandesa, chillando. Eric le sonrío y le firma una libreta rosa que ella le da.

—¿Puedes tomarnos unas fotos? — me pregunta la rubia.

—¡claro! — le respondo y doy Gracias a Dios no ser así como ella tan obvia.

—¡gracias! — chilla tan duro que arrugo sin querer la nariz, pero la rubia

me ignora. Tiene ojos solo para Eric. Quien está siendo muy amable con ella.

La rubia abraza por el torso a Eric y junta su mejilla con la de él.

—Cuando quieras — dice Eric sonriéndome.

—Por supuesto — digo y con una cámara que me proporciona la rubia, tomo una foto.

—Espera ahora una así — dice y coloca sus labios muy cerca de la boca de Eric, pero él se queda tranquilo. Mientras yo me pregunto ¿Qué haría él, si ella lo besa en la boca? Me quito esa pregunta y tomo la foto.

—Una más y ya lo prometo — dice la rubia a punto de desmayarse.

—Sí, de acuerdo — le responde Eric.

—¿Puedes abrazarme por la espalda, dejando tus manos en mi vientre? Sabes como un abrazo amoroso.

Mi cara debe de ser todo un poema por la impresión, de que una desconocida pida una foto tan... atrevida. Eric me mira a los ojos y me sonríe, una sonrisa confidencial, que hace que mi corazón se acelere más de lo normal.

Eric no le responde al a rubia, se posiciona. Y esta hace algo que pondría a cualquier novia celosa o ¡joder! A cualquier mujer que le encante este hombre.

Capítulo 8

La rubia saca el culo en pompa. La cara de Eric muestra incomodidad, la rubia no lo está viendo. Técnicamente la chica le está pegando el culo en su miembro.

Me apresuro y tomo la foto. La rubia se da vuelta y se le lanza a los brazos de Eric, pasando sus brazos por el cuello de él.

—Disculpen — dice una chica con voz dulce. Se ve mucho menor que la rubia, incluso menor que yo. Tiene las mejillas rojas. Se le nota que ha estado bebiendo. Pero se ve hermosa no como mi amiga Cristina—, ¡eh! Clara, ven, ya tenemos mesa.

—Sí — dice la amiga llena de entusiasmo y ¡por fin! Libera a Eric.

—¿Tú quieres una foto? — pregunta Eric amablemente y con paciencia.

—¿Yo? —pregunta con timidez la chica.

Eric se ríe.

—Sí, tú.

—¡ah! Bueno sí, no te pedí nada, no quise importunarlos — dice mirándome con vergüenza. La chica me cae bien. En eso pensamos igual. Por más que tengas un ídolo, y ganas de tomarte una foto, hay maneras de acercarse. Sin duda la tal Clara, abuso de su suerte.

Unos chicos se acercan y se presentan con Eric y conmigo.

Eric les da la mano.

—¿Quieren que les tome una foto grupal? — sugiero.

—Bueno, sí, será un buen recuerdo de Irlanda — dice un chico que se presentó como Rocco. Tiene pinta de ser Roquero.

El otro chico, se coloca detrás de la chica de voz dulce de nombre Katrin. Rocco junto a Clara y por supuesto Clara junto a Eric abrazada, ignorando por completo a Rocco.

—Esperen — dice Cristina yo también quiero salir en la foto — dice tambaleándose y Rocco la sujeta por la cintura antes de que mi amiga caiga y hago un papelón.

—Gracias, guapo — le dice Cristina y no le importa que el chico, Rocco siga sujetándola por la cintura y así tomo la foto más loca de mi vida.

—Gracias nos dicen los chicos.

Rocco y Cristina hacen conexión. Clara está a punto de tener un infarto. Danilo y Katrin intercambian miradas tiernas y se siente que algo se está cocinando entre ellos y Eric me mira a mí. ¡Joder! Si esto es un sueño ¡vaya! Soy buena creando caras, nombres, casi que parece una puta novela. El sueño más nítido y vivido de mi vida.

Eric da las gracias y se despide, me da la mano para irme con él.

—¿Vienes, Cristina? — pregunto frenándome.

—No, me quedo con ellos, están hospedados en un hotel. Descuida, ve a casa de tu hermano. Estaré bien.

Eric me mira y me pregunta en voz baja:

—¿Estás segura? No es problema que la hospede en mi hotel.

—Sí, dame un segundito, ya te alcanzo — digo y le doy un apretón en la mano. Asiente con la cabeza y camino hacia Cristina, pero me dirijo a Danilo que se ve que no ha bebido nada.

—Te daré mi número, se ven gente seria, pero uno nunca sabe — le digo.

—Descuida, entiendo tu punto. Puedo asegurarte dándote una prueba de seguridad en el hotel que estamos, y las casas de las chicas.

—Bien — digo relajándome. Le tomo foto a todos, anoto sus nombres, me dan sus números y le doy mi número, más el de la casa de mi hermano—, cuídate Cristina.

—Sí, sí, saludos a tu hermano — dice y agradezco que no se diera cuenta que me voy con Eric.

—Un gusto — les digo y me voy.

Katrin y su grupo.

—¡Dime Cristina! — Le dice Rocco—, ¿Qué quieres hacer?

—Bailar toda la noche — responde ella muy cerca de él, sentada en el asiento trasero del coche de Clara.

—No puedo creer, que fotos más guaias — dice Clara también sentada en el asiento trasero.

—Sí, quien lo iba a decir, lograste tener fotos y un autógrafo de uno de tus ídolos favoritos — dice Katrin, siéndose como Clara, pero gracias a Eric, no debido a un chico famoso.

—¿Vamos a ir al hotel o a tu casa? — le pregunta Danilo a Katrin.

—Al hotel, me gustaría nadar un rato — dice Katrin y se muerde una uña.

La cara de Danilo es de sorpresa. La inocente de Katrin no se da cuenta lo sexy y atrevida que se ve, su inocencia mezclada con su belleza hace que Danilo se ponga loco por ella. El pobre chico traga saliva, y siente ajustado el frente de su pantalón.

La noche es joven. Un aire de sensualidad, de inocencia, de ternura, de sensualidad, todo se puede oler y sentir en el aire de Irlanda.

—¡vaya! Que hermoso hotel — digo admirándolo.

Eric se está hospedando en el “Sheen Falls Lodge” un hotel cinco estrellas.

—Sí, es hermoso, excelente servicio. Me gusta quedarme en casa de mis amigos cuando vengo es más informal pero no me puedo quejar del hotel — responde con sinceridad.

—Entiendo — digo y entramos al hotel.

—¿Qué te gustaría hacer? — me pregunta Eric.

—Me gusto cuando sugeriste comer, el licor necesita ser absorbido — digo sonrojándome.

Eric se ríe y yo me derrito como un helado en un desierto. Caminos guiados por alguien del personal de hotel hasta una terraza abierta con vistas al río.

—Esto es sencillamente precioso, me sobran palabras.

Eric me mira con una amplia sonrisa.

—Lo sé, nunca me deja de sorprender la belleza de Irlanda — dice y toma asiento al lado mío.

—Pero es abrumador. Es decir, ahorita has logrado pasar desapercibido, sin embargo, hace rato la chica que te reconoció, alboroto el avispero, vi como un grupo de personas jóvenes del lugar puso su atención en ti.

Eric me sonrío con gracia.

—Sí, hasta había un par de fotografías.

Mi cara es de asombro.

—¿Quieres decir qué? — no pude finalizar la pregunta ya que Eric me miraba con esa intensidad única de él. Ya no podía derretirme más.

—Descuida, no soy tan nuevo manteniendo perfil bajo. Tomaron fotos, sí, pero nada importante. Si te preocupa salir en fotos conmigo, te verán como una fan. Disculpa si sueno pedante o frío. No quiero comprometerte. Por eso salimos de esa manera.

Me quedo pensando como salimos. Después del pub, Eric no me tomó más de la mano, se subió solo a una camioneta y yo fui en otra.

—Entiendo y para nada, no me molestaría salir contigo en fotos... ¡claro! No te miento que sería algo extraño, tener tanta atención encima. Pero no me avergüenza, lo único que no quiero es generarte problemas — digo con sinceridad.

Una vez más no puedo creer que de verdad este teniendo esta conversación.

—Mer, no me generas problemas. Me encanta haberte conocido. Más bien siento la necesidad de protegerte. Este mundo no es sencillo de manejar y como bien dices, es abrumador. Imagínate para ti, que desconoces como es por dentro.

—Si te sigo siendo sincera. Ni en mi más loco sueño, me imagine teniendo una conversación no solo con un artista... sino contigo. Sí, sé quién eres, por medio de una pantalla, revistas, *etc.* Lo gracioso es que no soy farandulera, pero tus ojos me cautivaron y quise saber ¿Quién era ese chico con tan espectaculares ojos verdes? Heme aquí, sentada un 5 de febrero a pocos días para mi cumpleaños número 20; hablando contigo. No estoy obsesionada por ti, ni nada que ver. Fan no me considero, creo que para ser fan hay que ser dedicada — digo y pego mi espalda al respaldar de la silla.

La sonrisa de Eric se expande.

—Eres sorprendente — dice mirándome a los ojos y alternando con la boca.

Esta es la parte donde digo o grito ¡POR FAVOR ALGUIEN PELLIZQUEME! Eric me besa, un beso ¡Madre mía!

Capítulo 9

Katrin necesita un café y como por arte de magia le leen la mente.

—Toma, esto te va ayudar — dice Danilo tendiéndole un humeante café.

—Gracias — dice ella y lo toma entre sus manos.

—¿Cómo te sientes?

—Bebí bastante, pero me siento bien, creo que el café y comer algo de a poco me pondrá como nueva.

Danilo acomoda con su mano un mechón de cabello que le está tapando la frente a Katrin y ella rompe a llorar. Danilo la abraza.

—¿Qué sucede? ¡shhh! — dice y la toma con delicadeza por la cara.

—Lo siento... — dice sorbiendo por la nariz.

—No te disculpes ¿Es por Clara? Ya hablé con ella y descuida estamos solos, ella no vendrá a mi habitación. Esta con Rocco y la chica.

—Pero, ella ahora está feliz por conocer al chico famoso, pero cuando sepa que estamos juntos... me odiara — dice y llora con más fuerza.

Danilo la abraza con fuerza.

—No, Katrin, no sufras. Ella no está afectada como crees, o no se afectará como estás pensando. Solo está molesta. Entiendo que es tu amiga, pero te quiero a ti. Estas cosas pasan más de lo que crees.

—Lo sé, Danilo... no soy una bebé — dice molestándose.

Danilo le sonríe.

—No te veo como un bebé, sino no har a esto — dice y le da un beso dulce.

Katrin lo sorprende y se sorprende a ella misma. Están sentados en un sofá. Katrin se le sube a horcajadas a Danilo y lo besa con intensidad. Desconecta su cerebro de lo que siente.

—Katrin... — dice Danilo cuando se sintió como una eternidad después.

Katrin no podía creer lo que su cuerpo está sintiendo.

—Dime — dice respirando con agitación.

—Me encantas, cada vez más, pero estas bebida y preocupada por Clara, si te dejo avanzar, me voy a dar golpes de cabeza contra la pared, más tarde...

Katrin lo mira con los ojos abiertos como platos.

—¡Jo! Katrin no me mires con esos ojos tan tiernos y llenos de inocencia — dice sonriéndole con amor—, eres preciosa  lo sabes?

Katrin se sonroja. Danilo le da un dulce beso en los labios.

—Créeme que habr a tiempo para esto — dice y la coge por la cintura y la sienta a su lado y coge con disimulo un cojín del sofá.

Katrin no se da cuenta. No es una niña, pero desconoce mucho. Es una virgen en toda regla.

Al día siguiente Katrin se despierta con un tremendo dolor de cabeza debido a todo el licor que ingirió anoche. Amanece en el sofá de la habitación de Danilo. Se levanta y comienza a buscar su móvil.

—Hola, buenos días — la saluda Danilo saliendo del baño.

—Hola, buenos días  Has visto mi móvil? — pregunta y se lleva las manos a la cara.

—S , está encima de la mesita de noche  Quieres algo para el dolor de cabeza?

Katrin asiente con la cabeza. Danilo camina hacia la mesita de noche abre

la gaveta y saca un frasquito. Coge un vaso lo llena con agua y le da las dos pastillas.

—Tómalas que te harán bien y aquí tienes tu móvil — dice entregándoselo.

—Gracias ¿Qué hora es? Por favor.

—Son las 8:15 de la mañana ¿Clara dónde está?

—Ella pasó la noche con Rocco y Cristina, pero no he hablado con ninguno de ellos todavía.

—¿Qué pasó anoche? Ya que no me acuerdo.

Danilo sonrío con gracia.

—Después de besarnos y de hablar un poquito. Caíste dormida encima de mi regazo, así que te arrojé y te deje dormir. Te iba llevar a la cama, pero te vi muy cómoda y no quise molestarte.

Katrin se sonroja y le da las gracias.

—¿No hice nada vergonzoso? — pregunta con mucha vergüenza poniéndose más roja todavía.

—No y tranquila que no vomitaste y tampoco roncas. Eres una muy buena compañera de cuarto — dice con una amplia sonrisa.

Mientras tanto en el hotel de Eric.

—Muy buenos días — dice un espectacularmente guapo Eric.

Simplemente o me estoy volviendo loca o la opción dos éste es el sueño más largo que he tenido en mi vida o la tercera opción la más pesimista de todas. Estoy en coma y nada de esto es real.

—¿Estás bien? — pregunta frunciendo el ceño.

—¡eh! Sí, disculpa es que soy lenta en las mañanas — digo y un empleado del hotel trae el desayuno a la mesa de la terraza que estuvimos anoche, Eric y yo.

—¿Cómo dormiste? — pregunta sentándose al lado mío.

—Muy bien gracias ¿Y tú? — pregunto sonriendo ampliamente. Sigo sin

creer todo esto.

—Dormí como un bebé. Tú compañía es excelente. Tenía mucho tiempo que no conversaba así con nadie. Me hubiese gustado, no lo puedo negar, dormir contigo — dice mirándome con intensidad a los ojos.

No sufro del corazón, pero con este hombre siento, que si mi corazón sigue latiendo así tan desenfrenadamente me lo va a degastar. Ciertamente conversamos hasta altas horas de la noche en esta misma terraza sin que nadie nos interrumpiera. Después del único beso que nos dimos durante la conversación, se repitió cuando me acompañó a una magnífica habitación en este hotel, que él insistió en pagarme. Ahora me encuentro nuevamente en presencia de él, nada más y nada menos que desayunando como si fuese la cosa más normal del mundo. Como si nos conociéramos de toda la vida.

—Bueno, tengo que irme. Creo que no desayunaré como tal, no me da chance. Apenas y lograré tomar este delicioso café. Mi hermano mayor se decepcionará si me tardo más.

—¿Quieres que te lleve con él?

—No quiero incomodarte, yo puedo ir sola, gracias — digo sonriendo ampliamente.

—No me incomodas, por favor permíteme hacerlo. Esa es la perfecta excusa para pasar más tiempo contigo. Créeme que hoy no tengo ningún compromiso importante.

Me quedo muda y asiento con la cabeza, y sé que se me está olvidando algo ¿Qué será?

Nos fuimos del hotel a casa de mi hermano. Esta vez juntos en la misma camioneta. Fue el mejor viaje en carro de mi vida. Corto, pero no lo cambio por nada. Cuando llegamos.

—Aquí estamos, gracias.

—¿Quieres que te acompañe?

—¿De verdad, quieres conocer a mi hermano y a su esposa?

Eric se ríe con ganas.

—¡por supuesto! Aquí no hay, que yo sepa ningún fotógrafo. Relájate ¿Al menos que tú no quieras? No pasa nada.

—¡no por Dios! Me encantaría que conozca parte de mi familia — digo sonriendo desbordada de emoción.

Yo no sé qué se siente ganarse la lotería y todavía no he logrado tener mi sueño meta, el cual es tener mi propia casa en Europa. Esto se siente como si tuviese eso y más.

Entro en la casa con Eric detrás de mí. Su gente lo espera en la camioneta.

—Hola, ya llegué — digo entrando a la sala.

—¿Eres tú, Mer? — pregunta Alana la esposa de Benja.

—Sí, estoy en la sala.

La cabellera roja de Alana se asoma por la puerta de la cocina.

—Ya voy, permítanme un momento por favor.

—No hay problema — digo sonriéndole—, tomemos asiento — le digo a Eric.

A los segundos sale Alana con su característico delantal de paticos llevando una bandeja con ponquesitos.

—Buenos días, les traigo estos deliciosos ponquesitos que acabo de hornear — dice amablemente sonriendo y colocándolos sobre la mesa del café enfrente de nosotros.

—Alana, te presentó a Eric Ed Stuard — digo de pie junto a Eric que le tiende la mano.

—Encantado de conocerla, gracias por la hospitalidad.

Tomamos asiento, Eric y yo en el sofá y Alana en un sillón. En ese instante llega mi hermano Benjamín.

—Buenos días ¡Mer! Disculpen, pero necesito hablar un momento con mi

hermana.

Capítulo 10

Miro a mi hermano y aunque no lo conozco mucho sé que está molesto y preocupado. Es más que obvio la razón, a pesar de que le informe donde me encontraba anoche. Yo había quedado con él, regresarme del Pub con Cristina al finalizar la salida. En cambio, hice algo no esperado, sin avisarle con tiempo. Yo soy su responsabilidad ¡Por Dios! ¡Cristina! La olvidé. No puedo creer que en mí momento de gloria haya sido tan irresponsable. Tampoco es que sea un ejemplo de responsabilidad, pero nunca he ido tan lejos. Si le llega pasar algo a Cristina, perderé la confianza de mi hermano. Estoy segura de que se arrepentirá de haberme invitado. En pocas palabras se me va acabar él mambo ¿No sé cómo solucionar esto?

Mi hermano me lleva a la habitación de huéspedes y cierra la puerta y comienza hablarme en español. Cosa que es mala señal porque cuando lo hace es porque está realmente furioso.

—¿Dónde está Cristina?! — pregunta con un semblante de seriedad que acojona.

Lo miro y pienso bien mis palabras.

—Ella está en un hotel con un grupo de personas que conoció anoche.

Si mentía iba hacer peor. Que más me queda. Mi hermano niega con la cabeza.

—¿Dime exactamente el nombre del hotel?

Le doy la dirección.

—Quédate aquí que no he terminado contigo — dice y sale de la habitación sin mirarme.

Me quedo sentada en la cama que usa Cristina, pero me levanto rápidamente porque deje a Eric en la sala y voy en busca de él. Cuando llego a la sala está solo y me ve.

—Lo lamento mucho — digo con pesar.

Eric se levanta y se acerca a mí.

—¿Estás bien? ¿Te puedo ayudar en algo?

—Debí haber aceptado llevar con nosotros a Cristina, más no dejarla ir con esos chicos — digo en voz baja —, mi hermano está muy decepcionado de mí y está más decir que molesto.

Eric me abraza y hago un esfuerzo por no llorar.

—Disculpen — dice Alana interrumpiéndonos.

Eric y yo nos separamos.

—Yo me voy, pero por favor mantenme informado — me dice Eric dándome un apretón en las manos. Le sonrío apagadamente y lo acompaño a la puerta.

Me da un beso en la mejilla y un abrazo y se sube a la camioneta.

—¿Podemos hablar? — me pregunta Alana amablemente.

—Sí, por supuesto.

Entramos a la casa y nos sentamos en el sofá de la sala.

—Tu hermano, no está molesto contigo, pero sí muy preocupado. Ya que a pesar de que no ha estado presente en tu vida eres muy importante para él. Él pobre no pego un ojo anoche. Tiene que tenerle paciencia y entenderlo. A pesar de que yo no te conozco, Benjamín no ha hecho más que hablarme de su pequeña hermanita. Entiendo que te criaste sin ningún padre y ambos hermanos

buscando su camino te dejaron atrás. Te cuento todo esto porque amo a tu hermano y me importa no solo él sino también lo que él ama. Con esta invitación que te hizo no solo es un regalo de cumpleaños, sino también el comienzo de conocerte y conocerse. Me gustaría que esto quedara entre nosotras.

—No sé qué decirte, lo cierto es que lo más probable, Benjamín me envíe de regreso a Miami — digo con tristeza.

Alana niega con la cabeza y me sonrío comprensivamente.

—No, él no hará tal cosa.

—¿Cómo estás segura?

—Porque nunca lo ha hecho.

—Cierto, pero mis demás familiares lo han hecho...y lo peor que es cosa de una vez. En pocas palabras cortan lazos conmigo.

Alana me comprende y me asegura que esto no será así como el resto de mis familiares. Después de unos minutos de conversar cosas triviales, Alana se retira a la cocina para preparar el lunch. Mientras yo mato tiempo arreglando las cosas de mi maleta.

—Hola ¿Puedo pasar? — pregunta Benja dentro de la habitación.

Suspiro.

—Ya estás adentro — digo sin volverme.

—Sí — se ríe suavemente—, Alana me envió a decirte que ya está listo el lunch. Cristina la está ayudando a poner la mesa. Me doy vuelta y siento que me vuelve el alma al cuerpo de alivio.

—Lo lamento mucho, de verdad — digo mirándolo con tristeza. Mi hermano se acerca y me da un abrazo de oso y un beso en la coronilla.

—Te quiero pequeña hermana.

Después de ese momento emotivo nos reunimos con Alana y Cristina.

Antes de sentarme a la mesa le hice seña a Cristina y fuimos a la cocina.

—¿Dónde diablos estabas?! — pregunto sin subir la voz e irritada.

Cristina frunce el ceño.

—Debes de tener Alzheimer, porque anoche a pesar de que estaba borracha sé que anotaste los números de los móviles de los chicos con que me fui, y sabías también el nombre del hotel y la dirección del mismo — dice cruzándose de brazos.

—Bueno, pero de todas maneras no es que sufra de Alzheimer, fue una pésima idea dejarte ir. Sí queremos continuar en Irlanda hay nuevas reglas. Te digo esto porque lamentablemente no solo yo soy responsabilidad de mi hermano, y no me vayas a decir que eres mayor de edad porque eso no aplica aquí.

Cristina me mira con mala cara, pero no protesta. Eso lo tomo como un está bien. Después del Lunch Cristina se va a bañar y yo le escribo a Eric.



Hola, soy Mer. Estoy bien, disculpa lo malo.



Mer, deja de disculparte tanto. Me alegro de que estés bien ¿Podemos vernos para cenar?



No sé, pero yo te aviso cerca de la hora de cenar.

Envío el mensaje y me recuesto boca arriba en mi cama. Mientras espero que Cristina se bañe. La cara me duele por tanto sonreír.

Danilo lleva a Katrin a su casa.



Hola Clara ¿Cómo estás? Voy camino a

mi casa. Creo que hoy me quedare en casa.

Capítulo 11



No. Necesito urgentemente hablar contigo hoy. Voy a tu casa por la tarde después del Lunch.

Katrin se queda mirando la pantalla de su móvil y va en el carro que alquilo Danilo.

—¿Estás bien? ¿Sucede algo? Antes de dejar el hotel. Rocco me llamó. Me dijo que el hermano de la chica de anoche del Pub, la amiga de Cristina. Que el tío la fue a buscar. Fue un papelón ya que Rocco y Cristina amanecieron juntos en la habitación de él, y la pobre chica salió avergonzada. Por supuesto que el vago de Rocco siguió durmiendo como si nada, hasta que se dignó aprender el móvil y llamarme.

—¡vaya! que incómodo para la chica. Lo que me sucede respondiendo a tu pregunta es que Clara me acaba de escribir. Me dijo que necesita hablar urgentemente conmigo.

—Descuida yo voy estar contigo ¿A qué hora irás a tu casa? Por qué supongo que irá a tu casa, ¿no?

—¡no! Eso es muy mala idea...

Danilo la interrumpe.

—Clara, no me va a ver. Me interesa saber que te va a decir. Como te dije ayer no podemos dejar que esto se vuelva un drama. Somos adultos — dice con seriedad.

Katrin suspira y no dice más nada. Llegan a su casa.

—¿Quieres que te haga el desayuno? — le pregunta a Danilo.

—No tienes porque hacerlo, gracias. Yo lo que quiero es darme una ducha caliente.

Danilo suspira

—Katrin, tienes que acostumbrarte a que haré siempre cosas para ti. Además, báñate y yo voy hacer el desayuno porque necesitas comer. — dice y se va a la cocina dejando a Katrin en la sala. Katrin sonrío con una sonrisa tan grande que no le cabe en el rostro y se va a bañar.

Después de bañarse sale en toalla hacia su habitación y suelta un grito ahogado al encontrarse en su cama a Clara.

—¿Y a ti que te pasa? — pregunta frunciendo el ceño.

—Se supone que vendrías en la tarde después del Lunch — dice Katrin caminando hacia su comoda y dándole la espalda a Clara.

—Bueno, quise venir ahora ¿Cuál es el problema? — pregunta un poco irritada.

Katrin se pone nerviosa y se pregunta ¿Dónde está metido Danilo?

—Estoy cansada, bebí mucho anoche ¿Qué esperaba? — responde a la defensiva Katrin.

—Estás muy cambiada. Nunca has sido tan misteriosa y volátil.

Katrin comienza a cabrearse.

—Púes te informo, Clara que la gente cambia y se cansa.

Clara se levanta de la cama.

—Oye, tranquila, no es mi intención molestarte y mucho menos alterarte.

Estoy hecha un lío, porque Danilo me está rechazando ¿No entiendo por qué?

Katrin se siente embotada y muy culpable. Sin embargo, le responde a la defensiva ya que se siente aludida.

—¿Y qué quieres que yo haga?! La que invitó a Danilo y compañía fuiste tú. Además, me has arrastrado a esto, me has obligado a aguantarme al pesado de Rocco. También estoy cansada de que las personas me traten como una bebé y crean que no sé nada de la vida, y con respecto a ti, en esta amistad yo siempre he sido tu soporte y jamás de tu parte yo he recibido algo así. En pocas palabras siempre te pongo a ti de primera. Entérate de algo, ahora me toca a mí. Nunca lo dije por preservar nuestra amistad, pero todo en la vida tiene que tener un equilibrio, no se puede estar inclinado de un solo lado de la balanza. Casualmente siempre está inclinado hacia el lado tuyo. Querida amiga.

Clara se queda con los ojos abiertos como platos y la boca, casi la mandíbula toca el suelo.

—¿Por qué me dices todo esto? ¿No entiendo nada? ¿Qué está pasando contigo? Siento que hay algo que no me estás contando.

Katrin ni siquiera se viste, sino que sale en toalla para la sala. Clara la sigue.

—¿Y ahora me vas a evadir? Después de decirme todo eso ¡Pues no! Katrin la vida no funciona así — dice alterada Clara, subiendo la voz.

—No grites — dice aturdida Katrin.

—¿Qué no grite?! ¿Hablas en serio!? Comportate como una adulta.

—Mejor hablemos luego de que estemos más calmadas — dice Katrin bajando la voz.

—¡NO! Ya tú soltaste la bomba.

Katrin comienza a sentirse mal y se sienta en el sofá. Clara comienza a atacarla verbalmente y Katrin no responde.

—¡BASTA! — dice Danilo apareciendo.

—¿Qué haces tú aquí?! — pregunta sorprendida Clara.

—Déjala en paz, no ves que la estás aturdiendo.

—¿No me has respondido, que haces tú aquí?!

Katrin se levanta.

—Él me trajo a casa, eso es todo — dice Katrin nerviosa.

—¿No te pregunte a ti, le pregunte a él?! ¿O es que no tienes boca para hablar?! — dice dirigiéndose a Danilo.

Danilo suelta la sopa para la mala suerte de Katrin.

—¡sí! Sí, tengo boca. Ya me cansé de esto. La verdad es que me gusta Katrin, y lo lamento mucho, pero ella no tiene nada que ver y tú te estás comportando horriblemente con ella.

La pesadilla de Katrin se vuelve realidad. Su mejor amiga desde el jardín de infancia le da un ataque de histeria. Comienza a gritarle a Danilo y a decirle cosas muy hirientes a Katrin. Tanto es el meollo que Danilo tiene que sujetar a Clara y alejarla de una Katrin en shock.

Katrin se siente de nuevo en el sofá y no puede creer lo que está ocurriendo ante sus ojos. La realidad es que acaba de perder a su mejor amiga por el chico más grandioso que ha conocido en toda su vida. Lo más triste de la situación es que Danilo no vive en Irlanda.

Katrin no sabe cuánto tiempo ha pasado en estado de shock.

—¡Katrin! — Dice Danilo cogiéndola por los brazos y levantándola del sofá—, ¿Katrin, estás bien? Clara ya se fue ¿Me estás escuchando? — pregunta preocupado.

Katrin entra en sí lo mira a los ojos y rompe en llanto. Tanto así que se le doblan las rodillas y se desploma ambos terminando en el piso con ella en sus brazos llorando a moco tendidos.

—¡shhh! Ya está todo bien, tranquila, estoy contigo. No te voy a dejar sola.

Después de un rato. Danilo lleva a su habitación a Katrin.

—Vístete, por favor linda — dice Danilo con voz suave.

Katrin asiente con la cabeza.

—Iré a calentar el desayuno ¿Vas estar bien? — pregunta con cautela.

Katrin asiente con la cabeza nuevamente.

Primer encuentro sexual de Eric y Mer.

Después de convencer a mí hermano Benja para salir con Cristina. Quien no me preguntó nada. Ya que quedó cautivada por Rocco. Cada una tomó su camino. La condición de Benja fue que nos recogería en su coche a las 11 de la noche en el hotel donde Cristina estará con Rocco.

—Hola — digo y casi suspiro al ver de nuevo a Eric.

—Hola — dice y me abraza. Al separarse me mira a los ojos y yo de sus ojos a su boca y lo beso.

—Lo lamento — digo separándome, pero Eric me coge por la cintura y pega nuestros labios en un beso tan genial como los dos anteriores.

Estamos en el hotel que se hospeda Eric. Nos encontramos ahora en el área de una de las piscinas del hotel. Cuando noto que estamos completamente solos, pregunto: — ¿Y las personas?

Eric se ríe.

—Pedí privacidad — dice un poco avergonzado—, son virtudes.

Le sonrío, pero mi cara es de sorpresa.

—La verdad me gustaría saber ¿Qué te gustaría hacer? — pregunta con ese magnetismo sensual, sexual... ¡Concéntrate Mer! Me regaño mentalmente.

Capítulo 12

—La verdad, es que estar contigo es muy genial y sí te soy honesta, en todos los lugares que hemos estado juntos, han sido geniales. No conozco Irlanda. No sabría qué lugar sugerir — digo y sonrío con timidez.

—Me encantaría ser yo el que te hago el tour por Irlanda, pero, no gozo de pasar tan desapercibido. De hecho, ya mis fans saben que estoy en el país — dice con vergüenza.

—¿Por qué te da vergüenza? — no puedo evitar preguntarle.

—Porque, a veces extraño, ser normal. Es decir, no digo que soy anormal, pero...

—Te entiendo — digo interrumpiéndolo y le sonrío.

—Disculpen — dice acercándose una empleada del hotel con un carrito de comida.

—Gracias — le dice Eric. La empleada hace un gesto con la cabeza de cortesía y nos desea buen provecho.

—No sé qué te gusta. Así que ordené varias cosas — dice con entusiasmo, y yo lo que deseo es comérmelo es a él ¡Joder! Mis hormonas jamás estuvieron así con ningún chico.

Eric comienza destapar los platos, y hay distintos platos. Calientes, fríos.

—¿Quieres nadar primero? — pregunto y Eric me mira con una guapa

sonrisa mostrando los dientes.

—¡claro! Eso suena genial. Permite hablar con la empleada y ella te guiara para que puedas ponerte un traje de baño.

Asiento con la cabeza. Unos diez minutos después regreso al área de la piscina en una bata que me proporcionó el hotel ¡Madre de todas las madres! Eric esta sin camisa, en bermudas. Me olvido de respirar y estoy segura de que mi boca se cayó unos 14 pasos atrás. Eric nota mi presencia y me sonrío con entusiasmo. Esto debe de ser un cliché, estoy segura de que esta frase la habrán dicho muchas mujeres, pero “este tío tiene tantas sonrisas distintas” y todas hacen el mismo efecto, perdón corrijo, cada una hace que me derrita más.

—¿Lista? — pregunta y salta al agua.

Luego sale a la superficie y el agua hace magia en él o es que yo lo veo como si él fuese la mejor creación de Dios.

—¡eh! Sí ¡Claro! Voy — digo y retiro la bata que cubre mi cuerpo.

La cara de Eric es como un orgasmo para mí. Me recorre con su mirada de una manera que nunca en mi vida se me olvidara. El traje de baño que tengo es de cuerpo entero. Debo de acotar que es de color negro y sencillo.

—Lánzate, si gustas — dice y se relame los labios. Eso es suficiente para que mi cuerpo entre en ebullición.

Y me lanzo. Cuando salgo a la superficie. Eric está muy cerca de mí y me sujeta por la cintura y me alza.

Comienzo por reírme y él comienza a bajar, hasta que quedamos cuerpo a cuerpo, pegados.

Mi corazón va a mil por hora. Eric me estudia con sus ojos y me besa con ansias.

¡Es oficial! Estoy enamorada o demasiado feliz ¿De verdad se puede ser así de feliz? O ¿es una ilusión? Mejor desconecto a mi cerebro. Nos besamos

y al detener el beso los dos. Quedamos jadeando.

—Eres preciosa — dice con la voz ronca y aferrado a mi cintura.

—Tú... no tengo palabras. Ni siquiera sé sí decir algo. No quiero sonar como una idiota. Digamos que, mi cerebro se desconectó ahora.

Eric se ríe y mi cuerpo vibra.

—Me gusta tu sentido del humor — dice y me da un beso y yo lo intensifico y escucho como su respiración vuelve se acelera más que antes.

—Mer... Ahora el que no quiere decir algo que me haga quedar como un idiota soy yo... jamás estado con una latina. Espero no estar sonando como un idiota — dice con vergüenza.

—No, no. Es como que yo te diga que nunca estado con un europeo.

Eric me sonrío con gracia.

—Touché — dice y me acaricia el rostro—, ¡eh! ¿Ya tienes hambre? — pregunta sonrojado.

—Lo siento ¿Tú debes de tener? — digo sonrojándome.

Eric me aprieta ligeramente la cintura.

—Sí pero no te disculpes. Créeme que me encanta esto — dice y mueve sus manos en mi cintura y me olvido de mi nombre.

Nos salimos de la piscina por la escalera de la misma, Eric detrás de mí. Cuando lo miró veo que retira su mano de la parte frontal de sus bermudas y me muerdo el labio.

Eric me mira con picardía y me sonrío mostrando los dientes. Decidimos comer ligero, unos camarones, ensalada de lechuga con pollo y unos espárragos. Mientras comemos hablamos y reímos.

—Todo estuvo delicioso — digo limpiándome la comisura de la boca con una servilleta de tela—, gracias.

—Me encanta que te guste — dice y se levanta, me tiende la mano, se la acepto y me levanto— ¿Quieres ver una película?

—Sí. Me encantaría.

—¿No te importa si la vemos en mi habitación? — pregunta sonriendo con vergüenza.

—Para nada, mientras tengas palomitas, gomitas — digo y me río.

Eric me sonríe y asiente con la cabeza.

—Dalo por hecho — dice y nos encaminamos a su habitación.

—¡vaya! Disculpa que me impresione tanto. Pero este hotel es hermoso — digo mirando la habitación.

—No te disculpes, lo haces mucho y por favor ponte cómoda — dice sonriendo con diversión—, voy a pedir las golosinas para ver la película. Por cierto ¿Te gusta Bambi?

—Sí, aunque tengo años que no lo veo — digo con sinceridad sentada en un muy cómodo sofá.

—Bueno, es un clásico, me encanta — dice y llama para pedir las golosinas.

Nos ponemos a conversar hasta que llegan las golosinas. Eric se sienta junto a mí, y pone a reproducir la película. Más que la película sea un clásico. Lo que estamos haciendo es un clásico. Cena ligera, película. Dicho y hecho. No podemos concéntranos en la película estando tan cerca. Nuestro cuerpo gravita del uno al otro. Su mano se entrelaza con la mía, y comenzamos a besarnos. No sé en qué momento ya que estamos tan compenetrados, sus manos me cogen por la cintura y me sienta a horcajadas de él. Los besos son tan intensos que se me escapa un gemido y escucho su respiración acelerada y sus manos se aferran a mis caderas. Siento en mi sexo lo duro que comienza a ponerse él, eso me hace gemir. Eric me recuesta boca arriba del sofá y se acomoda entre mis piernas. Los besos suben la temperatura de la habitación.

Mi boca se adapta a la de él. Voy girando mi cara y mi boca conoce el camino y distancia hacia la de él. Mis manos lo acarician por la espalda y

suben hasta su cabello. Mis dedos se enredan entre ellos y tiro suavemente. La respuesta es un gemido de Eric y mi cuerpo en sintonía responde. Estamos haciendo música, hay audio, baile, luces. Una divina coreografía, tan perfecta que podría repetirla toda mi vida. No tengo con que compararlo, porque es lo mejor del mundo. Si estoy muerta y este es el parecido pues ¡Madre mía! Al final de todo, sí, estoy libre de pecados, pero la pregunta es ¿Cómo se hace para no pecar con Eric?

Sus manos continúan con el espectáculo. La ropa va en descenso. Hasta mi olfato está feliz ¡Huele divino! Mi mente puede que está en el éxtasis más grande de mi vida, pero mi cuerpo es un receptor que funciona ¡Muy bien! Todo está llegándome en perfecta sincronía. Nada se me escapa.

Ninguno habla ¡Ufff! Pero los sonidos que salen de placer de nuestras bocas es un excelente remplazo temporal de las palabras.

Eric me deja en ropa interior y se levanta conmigo sujetándome con sus manos por mi culo con mis piernas cerradas en su cintura. Besándonos camina hacia la cama y su cuerpo cae encima del mío. Alguien nos sube el volumen todo está ¡Muy intenso! Su boca hace un recorrido de besos por mi vientre y sus manos retiran mi pantaleta. Eric me mira y ¡Joder! Gimo con solo verlo. Veo su miembro erecto que pide a gritos salir de un muy ajustado bóxer. Me siento en la cama y paso mis manos por su dureza. Eric gime, me besa y desabrocha mi brasier. Se baja el bóxer y me lo como con los ojos. Lo sujeto con mi mano izquierda y Eric gime y no para, cuando comienzo a subir y bajar la mano. Mientras me deleito con sus gemidos, sus manos se cierran en mis senos y no podemos más me besa, suelto su delicioso miembro. Su mano acaricia mi sexo tan calientemente que comienzo a gemir como loca. Toma su pene erecto y lo introduce en mi sexo. Miles de fuegos artificiales iluminan mi mente. Comenzamos a bailar la melodía más sonada en el mundo.

Quiero llorar, quiero gritar, quiero decirle al mundo ¡Gracias! Mi cuerpo

está lleno de vida. Por favor que no se termine. El volumen sube, nuestros gemidos y sus embestidas, sus manos acariciándome, mis dedos tirando de su cabello, mis manos sobando su espalda, mis manos tocando su culo para que entre más y no pare.

¡Jamás en mi vida olvidare esta primera vez de felicidad pura!

Capítulo 13

—Katrin, me preocupas, nos has querido comer mucho hoy y te has movido muy poco del sofá, si acaso para ir al baño — dice muy preocupado Danilo.

Katrin está sentada en el sofá con las piernas hasta el pecho.

—Clara, nunca me va perdonar. Tiene razón soy una bebé — dice y sus ojos se llenan de lágrimas.

—No digas eso, no eres un bebé. Mírame — dice arrodillado enfrente de ella.

Katrin obedece y las lágrimas siguen corriendo.

—Eres un ser humano muy bueno, bondadoso. Eres alegre, no eres perfecta, nadie lo es. Como mujer eres preciosa, me pones el mundo al revés. Sé que es pronto para que escuches esto, pero ni yo mismo entiendo lo que sucede. Capaz y hay millones de personas en el mundo con tus cualidades, pero no hay dos como tú — dice y le acaricia la cara.

Katrin frunce el ceño.

—¿No entiendo?

Danilo sonrío con gracia y ternura.

—Que todos podemos parecernos, pero somos únicos al mismo tiempo. Yo no quiero a Clara, yo te quiero a ti. Y sí, es cierto vivimos en distintos países,

y tengo que irme, pero no se acabara, no te dejare ahora que te encontré.

Katrin abre los ojos como platos y se lanza en sus brazos.

10 de febrero cumpleaños número 20 de Mer.

—¡Feliz cumpleañossss! Mer — gritan varias voces. Me incorporo en la cama y veo a Benja, Alana y Cristina parados enfrente de la cama que ocupo. Benja tiene en las manos una pequeña torta con una vela en forma de 20.

Después de mi primera vez con Eric, esa noche, nos quedamos desnudos en la cama hablando. Hablamos de su trabajo, de nuestras vidas y me hablo de mi cumpleaños. Tuve que contenerme de no besarlo hasta gastarle los labios. Me hablo de su agenda, al día siguiente de nuestra primera noche juntos, estaría en distintas entrevistas. Hasta mi cumpleaños estuvo ocupado, pero no por esa razón dejo de llamarme y escribirme. No pudimos vernos, pero llenó ese vacío estando presente a parte de las llamadas y mensajes de texto, enviando pequeños presentes a casa de mi hermano.

Lo primero que recibí fueron hermosas flores. Chocolates. Un oso de peluche y una pulsera con algo que hizo que mi corazón casi deja de latir. Su inicial “E” La pulsera con la inicial en plata y con ella una carta escrita a mano por él.

Creo que flores y chocolates, cualquiera puede regalarlo, incluso el oso de peluche. Sé que es agradable, pero yo te quiero dar algo más, esta pulsera. Lo pensé mucho, no quería que fuese oro, diamantes. Amo el cuero, y la plata. Pienso que, si te obsequio algo que tenga valor y sentido para mí, con eso te estoy demostrando que lo que hemos hecho ha sido real. Tampoco quiero abrumarte. Ya que no nos conocemos, solo lo poco que hemos vivido y experimentado. Créeme ha sido fantástico y por eso hago todo esto. Te veré en tu cumpleaños, como te dije esa noche mágica.

Gracias, E.

—Gracias — respondo con una sonrisa enorme.

Cada uno me da un abrazo.

—Esta es tu primera torta, la simbólica — dice Cristina—, apaga la vela, tu primer deseo.

Sonrió y pido mi deseo mentalmente. La verdad solo pido que no se acabe lo que estoy viviendo con Eric.

—Bueno, hermanita, Alana te hizo tu desayuno favorito.

—Gracias, Alana — digo sonrojada.

—No es nada — dice ella con alegría.

—Te esperamos allá —dice Benja saliendo con Alana de la habitación.

—Ok, gracias, ya voy.

Cuando se van, Cristina se sienta rápidamente en mi cama con una sonrisa a más no poder.

Frunzo el ceño.

—Es tu cumpleaños, eso es igual ¡Fiesta! — dice y da brinquitos en la cama, estando sentada.

Me río con ganas.

—Todavía no sé cómo se desenvolverán los hechos — digo con sinceridad.

—¡ah! No, no, no. Primero —dice y se levanta y con la mano hace el número uno—, el guapísimo modelo es técnicamente tu novio, segundo estas de vacaciones, tercero cumpleaños y cuarto tu mejor amiga, está muy feliz con un bombón irlandés de nombre Rocco.

¿Se lo digo o no se lo digo? Rocco es argentino. Me muerdo el labio para no reírme.

—Primero, Eric no es mi novio — digo y me cuesta decirlo, pero es la verdad, aunque no dejo que eso me afecte, porque lo que está haciendo ¡vaya! sí, sin ser mi novio hace eso ¿Cómo sería siendo mi novio? —, segundo, no

son vacaciones. Tercero, ciertamente es mi cumpleaños, pero no es como si este día me da poderes y cuarto y no menos importante, me encanta que estés feliz con tu bombón... que, por cierto, no es por ser corta nota, pero no es irlandés es argentino como nosotras. Sabe hablar inglés, eso es más que obvio ¿Él te dijo que es irlandés? — pregunto y veo como Cristina frunce el ceño y su cara se pone roja lentamente.

¡Joder! Ya se cabreo.

—¿Cómo sabes que es argentino?! — me pregunta en español. Somos argentinas, pero hablamos más en inglés que en español. En ocasiones necesarias hablamos en español y en mi caso cuando mi mamá o un amigo le dan por hablar. Ella más que yo porque viaja a Argentina. Sin embargo, nunca olvidare el español.

—Bueno, el nombre es más que obvio y la rubia...

Cristina me interrumpe.

—Clara, ella es muy buena onda.

—Sí, bueno te decía, que estos días me escribió. La pibita tiene un interés por mí, debido a Eric. Ni siguiera se molesta en disimular — digo rodando los ojos.

—¿Te cae mal? — pregunta con sorpresa.

—No, pero tampoco me cae bien. Es muy falsa, hay algo que no me cierra con ella y ¡no! Ya te estoy analizando la cara, no tiene nada que ver Eric. Pero el punto es, que le pregunté de donde es. Es obvio que ella es de aquí, pero los pibes, Danilo y Rocco, no tienen pinta de irlandeses. Así que me respondió que son argentinos.

Cristina pone mala cara, pero me sorprende.

—No me importa. Rocco es sarcástico y bebiendo uno puede pasarse de gracioso. Me sabe a mierda si es o no es irlandés. Me encanta.

—Ok, sí tú lo dices — digo y me estiro en la cama para comenzar el día.

El móvil de Cristina suena.

—Diga. Hola, justamente estaba hablando de ti — dice y me mira con una sonrisa enorme.

Yo frunzo el ceño ya que no sé si es Rocco o la rubia.

—Mi amiga cumpleaños hoy. Estaba pensando, que recuerdo que tu amiga, que comienza por K... sí, exacto ¡Katrin! ¡Aja! Sí ¡Excelente! Ok, bien, hablamos luego — dice y finaliza la llamada.

—¿Se puede saber?! ¿Qué rayos acabas de hacer?! — pregunto con frustración.

—Cálmate, hablé con la rubia — dice burlonamente—, y su amiga tiene casa sola, por no sé cuánto tiempo, en fin. Podemos ir y celebrar tu cumpleaños allá ¿Qué te parece?

—¿Me estas jodiendo?! Te olvidas de mi hermano, te olvidas también de...—me detengo no quiero mencionar a Eric—, de lo que quiero — termino la frase así.

—No te cabrees, es una fiesta — dice con tranquilidad y me irrito más.

—Se supone, Cristina que se consulta con la cumpleañera, antes de decirle a una extraña nada — digo muy cabreada.

—Descuida, tu tranquila — dice relajada cosa que me irrita más.

—¡para! Deja de ignorarme.

—Mer, es tu cumpleaños, no voy a discutir contigo, sabes que, en condiciones normales, suelto la lengua, pero me estoy aguantando ¿No entiendo por qué te cabreas? Así que antes de que me respondas, date una ducha caliente, despeja la mente, desayuna y hablamos luego, adiós — dice sin que me dé tiempo de responderle.

¿Qué acaba de suceder? Cristina ahora es amiguita de Clara. Sale con Rocco un tipo, pesado a mi parecer. Los que me caen bien, son el pibe ese Danilo y la chica tímida y dulce, Katrin.

Y ahora, mi amiga decide hacer una fiesta en casa de personas que no conozco y sinceramente no quiero conocer. Estoy segura de que a los que excluí piensan igual que yo. Es decir, Katrin y Danilo.

Capítulo 14

—¿Estás seguro? — pregunta por segunda vez Danilo a Rocco.

—Sí, Clara me llamo me dijo que hoy su nueva amiga y mi chica — dice Rocco con expresión picara—, celebraran aquí la fiesta de la chica, de Mer.

—¿Te estas escuchando?! Esta es la casa de Katrin — dice Danilo señalándola cabreado.

Katrin está sentada en la mesa y suspira. Estaban desayunando ella y Danilo cuando llego Rocco.

—Ya — dice Katrin y Rocco y Danilo se quedan en silencio—, que vengan, sí, Clara quiere hacer una fiesta que la haga — dice se levanta y se va a su habitación.

—¡mierda! ¿Qué le sucede? Parece un zombi — dice Rocco en voz baja.

Danilo niega con la cabeza.

—Esto no me gusta. Te tengo que contar lo que ha sucedido.

Mientras Danilo le cuenta a Rocco.

En casa de Benjamín, Cristina convence a Mer para al menos hacer la fiesta de noche.

—Es viernes, es un día perfecto — me dice Cristina mientras miro mi ropa.

—El lunch, lo tomaremos con Alana y Benja en una hora, un restaurante —

digo y selecciono un conjunto sin estrenar.

—¡exacto! Tomamos el lunch con ellos. Supongo que Eric, también querrá hacerte algo después, eso es aún mejor todavía, le dices que en la noche tienes fiesta en casa de un grupo muy pequeño de personas y lo llevas contigo. No es un hotel, no es nada que un fotógrafo le interese. Nadie lo sabrá, eso es perfil extra bajo — dice con una sonrisa triunfante.

Suspiro.

—Ok, Cristina. Pero no me quedaré horas en la fiesta, haré acto de presencia y luego me iré con Eric.

Cristina chilla de emoción y yo siento que hay algo que no me termina de hacer click. Pero ignoro esa sensación para no amargarme.

El lunch se da genial. Mi hermano Benja me regala un álbum de fotos de él, y se me aguan los ojos. Toda su vida en fotos, momentos con mi mamá, mis hermanos y mi padre. Alana me regala un hermoso dije de cristal en una cadena de oro blanco. Me explica que el cristal está protegido por si por error se llega a caer al suelo. Cristina me regala una de mis fragancias favoritas y una pulsera con pequeñas hojas de otoño talladas en madera.

No tengo ningún mensaje de Eric. Pero no me pongo triste, porque siento en mi pecho que algo grande está cocinando.

—Bueno, por favor, ya sabes, es tu cumpleaños. Tu hora máxima la dejare a tu criterio, pero por favor, mantenme informado, no importa la hora, los mensajes son válidos — dice Benja y me da un abrazo.

—Sí, gracias — digo y le sonrío en agradecimiento.

Me despido de Alana y Benja. Nos deja en el hotel donde se hospedan Rocco y Danilo.

—¿Qué haremos aquí? — pregunto colocándome la mochila donde guardé todos mis presentes.

—Hablar con los chicos para la fiesta de esta noche — dice con emoción.



Feliz cumpleaños. Lo primero que quise hacer desde que abrí los ojos fue, llamarte, pero te tengo una sorpresa. Sin embargo, heme aquí, escribiéndote porque no me aguanto. No sé cuáles son tus planes hoy, ya que me dijiste la última vez que hablamos de que no sabías que harías hoy. Me encantaría saber ¿Qué harás hoy, en lo que queda del día?



Gracias. Mi amiga Cristina, técnicamente me va arrastra esta noche a casa del grupito que conocimos la noche que te conocí en el Pub. Pero yo le dije que no quiero estar mucho, ya que no me siento cómoda.



Me parece excelente, ya que así me das tiempo. Es decir, no me molesta ir ¿Solo si tú quieres ir a la fiesta? Supongo que estarás un rato, yo te acompaño. Si no me dices donde buscarte. Sí decides

ir envíame la dirección de la fiesta, por favor.

Mi corazón comenzó a latir irregularmente. Nunca en mi vida he sonreído tanto.

—Cris, por favor dame la dirección — digo sin poder evitar mi felicidad.

—¡sí! Estoy segura de que Eric tiene que ver con tu decisión — dice chillando de emoción.

—¡Cristina! Baja la voz. No podemos entrar al hotel gritando — digo mirando hacia los lados.

—Ok, ok — dice y nos sentamos en el recibidor a esperar a los chicos, pero solo baja Rocco.

—Hola, nena hermosa — dice Rocco y le da un beso arrebatador. Cristina se derrite en sus brazos.

—Hola, Mer ¿Cierto? — pregunta guiñándome el ojo.

—Sí, hola — digo con una media sonrisa.

—Nene, dame la dirección de tu amiga — dice Cristina en español y Rocco sonrío con diversión.

—Ya lo sabes — dice en inglés con tranquilidad, afirmándolo.

Cristina le da un golpe en el estómago, pero en modo juego.

—¡Che! Pegas duro — dice en español y se ríe.

Cristina lo besa, pero de una manera más candente que él.

—¡Rocco! — dice y carraspea el otro pibe, Danilo que llega acompañado de la chica dulce.

—Hola — me dicen ambos.

—Hola — saludo.

—Feliz cumpleaños — me dice Katrin.

Mi cara es de sorpresa.

—Gracias — digo sonriendo.

—Sí, feliz cumpleaños — dice Danilo y lo copia Rocco.

—Te debemos los regalos — dice Rocco haciéndose el gracioso.

—Disculpa al payaso de mi amigo — dice Danilo.

Y yo me río con ganas.

—Descuida — digo.

La chica dulce suelta una risita y Danilo la mira con amor.

—Bueno, como ya estamos todos aquí, y todavía falta para la fiesta ¿Qué quieres hacer? — me pregunta Cristina abrazando a Rocco.

—Me gustaría hacer algo al aire libre.

—Aquí hay un club de golf ¿Te gusta el golf? — pregunta Katrin y Danilo le coge la mano.

—Sí, tengo años que no juego — digo con interés.

—Bueno, entonces vamos — dice Danilo sonriendo.

Vamos en el carro de alquiler de Danilo. Al Ring of Kerry Golf Club.

—¡vaya! esto es precioso — digo admirando el lugar. No me canso de Irlanda.

—¡wow! La verdad que sí, dicen en coro Rocco y Danilo.

Katrin sonrío.

—Qué bueno que les gusta — dice y su cara está llena de paz. No puedo evitar sentirme feliz por ella. Parece una persona que estuvo sufriendo recientemente. Siento empatía por ella.

—Bueno, juguemos golf — dice Rocco y va de la mano con Cristina.

Cuando vamos por el equipamiento. Me doy cuenta de que la chica rubia no está.

Me acerco con disimulo a Cristina.

—¡hey! ¿Ya la rubia? — le pregunto en voz baja.

Cristina se encoje de hombros.



¿Cómo estás pasando tu día?

Capítulo 15

—Esas sonrisas la sacan los chicos — me dice Rocco y todos voltean a mirarme.

—Gracias por la atención — digo en modo sarcástico y Danilo se ríe.

—Rocco, conociste a alguien que te puede dar una paliza — dice Danilo y Katrin se ríe.

—Touché — dice Rocco y me guiña el ojo.

—¡uy! Se me ocurre una excelente idea, juguemos en parejas, Danilo y Katrin, Rocco y yo, y la cumpleañera, llamemos a Clara — dice Cristina y se forma una tensión repentina.

—Ella, creo que está ocupada hoy — dice sin ánimo en la voz Danilo.

Cristina no lo nota.

—¡qué va! La voy a llamar, ella es muy cool.

A Danilo no le hace gracia, pero no dice nada. Miro a Katrin y su alegría se esfuma ¿Qué está sucediendo? Decido detener a Cristina, pero esta se aleja y comienza a hablar con Clara.

—Voy por algo de comer — dice Rocco dejándonos a Danilo, Katrin y a mí solos.

Cuando voy a decir algo, regresa Cristina.

—Listo, ya viene.

Katrin se aleja sin decir nada.

—Disculpen — dice Danilo y la sigue.

—Cristina, creo que fue mala idea, hay algo que está ocurriendo con Clara y ese par — digo mirando hacia Danilo y Katrin que se van alejando de nosotras.

—¿De verdad? — me pregunta con sinceridad.

—Sí, es muy obvio — digo yo impresionada.

—La verdad es que no me he dado cuenta. Ya la llame — dice encogiéndose de hombros.

Niego con la cabeza.

—Cristina, porque no te importe, no significa que este todo bien — digo decepcionada.

—¿De qué hablas? Solo por qué no noté nada de lo que dices, no quiere decir que yo haya hecho algo malo ¡Joder! Hoy estás intensa — dice cabreada y se aleja de mí.

Rocco regresa.

—Aquí se puede comer en una terraza abierta ¿Gustas cumpleaños?

—Hace poco comí el lunch — digo y veo a lo lejos a Cristina que está chateando con alguien.

—Bueno, yo sí quiero, les preguntaré a los demás — dice y se aleja. Con su buena onda y noto que él está intentando de aplacar la tensión.

—Podemos irnos — le dice Danilo a Katrin.

—No, no puedo evitarla, escuchaste a Cristina, de todas maneras, ya el daño está hecho.

—¡eh! Chicos ¿Tienen hambre? — pregunta Rocco.

—No — dice Danilo irritado por la interrupción.

—¡che! No tienes que ser mala leche — dice Rocco en español. Katrin le soba el brazo a Danilo. Aunque ella no entiende español, ve a Rocco

cabreado.

—Lo lamento, Rocco — responde Danilo en inglés—, yo no tengo hambre ¿Tu Katrin? — pregunta mirándola con preocupación.

—Sí, me gustaría comer algo — dice y le regala una sonrisa pobre.

—Bien, falta preguntarle a Cristina, aunque Mer, me dijo que ellas ya comieron el lunch, pero bueno. No se tarden mucho, es en la terraza — dice y se va.

Katrin pasa al lado de Danilo, y él la sujeta por la cintura y le roba un beso.

—¡vaya! — dice Katrin sonrojada. Siente una chispa que le recorre toda la columna vertebral.

Danilo le sonríe con sensualidad, amor y gracia.

—Vamos — dice y pasa su mano por la espalda de Katrin quien esta extasiada por el beso.

No veo la hora para estar con Eric. Pienso mientras miro comer a todos, incluso Cristina está comiendo de la comida de Rocco. La miro a los ojos y evita mi mirada y Frunzo el ceño ¿Ahora que le sucede?

No debí aceptar venir, me hubiese ido a turistar y dejarla a ella con su chico.

Carta a Eric Ed Stuart.

10 de febrero.

Esta carta creo que es más para mí que para ti. Ya qué todavía no lo

*puedo creer. Tú eres algo que me sucedería solo uno en un millón. Me siento como el millón. Como si hubiese ganado un millón de cosas buenas. No sé muy bien cómo explicarme. Esto se verá como un cliché, pero no me importa tu fama, ni tu dinero. Me gustas tú, y ya sabes que tus **ojos verdes** fue lo que me cautivó. Luego vino lo demás, tu personalidad, tus cualidades, tu belleza. Ahora que te conozco en persona, hablo contigo, comparto contigo e hicimos magia esa noche. Lo siento como la cosa más increíble que me ha pasado en la vida. Da miedo. No espero abrumarte con esto. Tampoco por favor, creas que eres una extraña obsesión. Tú eres el chico del autobús. Eres ese extraño que miras dentro del autobús. Subo yo y estas ahí, o subes tú y estoy ahí, o subimos los dos y nos encontramos. No importa el orden en que suceda, lo importante es el instante en que nuestras miradas se encuentran, en lo que le haces al tiempo, a mi cuerpo, a mi alma, a todo mí ser. Las miradas hablan y se crea una conexión, no se trata de uno de los dos. Se trata de dos, de los dos. Es como que el universo conspiró para que subiéramos al mismo autobús. No hablamos, no dejamos de vernos, pero nos decimos todo en ese eterno mirar. Ahora entiendes lo que significas para mí. Eras el chico del autobús y luego te bajaste cuando llegaste a tu destino. En tu caso era un autobús ficticio, hasta que te conocí, y hablamos. No puedo creerlo. En mi mente pasaron como películas muchos escenarios, todos lógicos y uno que otro exagerado y negativo. Uno de ellos es que pensé que estaba loca, el otro es que caí en coma y comencé a fantasear contigo.*

*Disculpa si me estoy extendiendo. Solo te digo, me encantó conocerte, me encanta en presente conocerte más y me encantaría seguir conociéndote. Si esto no es real, gracias igual, por más absurdo que se vea. Sí es real, pellízcame. Eres la coincidencia más hermosa de mi vida. Gracias Eric Ed Stuart por estar en Irlanda y coincidir conmigo esa noche en el Pub. Chico de los **ojos verdes**.*

Atentamente: Mermaid Gómez. La chica del autobús de la vida...

La carta se la entregaré cuando tenga que partir de Irlanda. Busqué el sobre más bonito que conseguí entre mis cosas. Un sobre de una tienda muy linda en Miami. Le roseé mi perfume favorito. Escribí su nombre en letras plateadas con una preciosa pluma y guardé la carta dentro del primer libro de mi saga favorita. “After” de Anna Todd.

Perdí a mi papá cuando no todavía no tenía uso de razón. Sin embargo, estoy agradecida con la vida. Dije que esta historia no es mía. Pero esta parte de la historia me genera felicidad. No puede creer las ganas que tengo de entregarle la carta. Es irónico, ya que quiero que suceda, pero a su vez, es desear que mi tiempo se agote con él y en Irlanda con mi hermano, Benja y su preciosa y amable esposa, Alana.

Estoy comprendiendo que vivir en Europa, no es por una casa, es por mi familia. Un año más de vida, me ha revelado cosas que no conocía de lo que deseo en mi interior.

Siento tanto, que tengo miedo de hacerlo. Es como que dentro de mi cuerpo hubiese una estrella fugaz. Yo soy la estrella. Ya que mi brillo esta intenso. Tengo ganas de llorar. Hay música en mi interior ¡Qué loco no! Una estrella fugaz con música. Ser muy feliz asusta. Lo genial y más hermoso de todo que cuando estoy con el chico de los **ojos verdes** más fantásticos del mundo, el miedo no se acerca.

—Mer ¿Segura que no quieres un té o algo? — pregunta Danilo.

—Lo lamento, bueno, sí, un té no estaría nada mal — digo apenada.

Danilo me sonrío con comprensión.

—Luego iremos a jugar, quiero patearles el trasero — dice Rocco con una sonrisa maliciosa.

Capítulo 16

—Hola — dice Clara tomándonos por sorpresa. Saluda con un beso en la mejilla a cada uno. La tensión se puede cortar con un cuchillo cuando se acerca a Katrin, que la mira con nervio.

—Hola — respondo y veo un empleado del lugar acerca una silla para que se siente.

Clara se sienta cerca de Cristina.

—Feliz cumpleaños, toma — dice y coloca enfrente de mí una pequeña caja de terciopelo.

—¡vaya! gracias, pero no tenías que regalarme nada... — digo con timidez a su vez sorprendida.

—Descuida, ahora somos amigas, ya que Cristina la considero como una gran nueva amiga, entonces la amiga de mi mejor nueva amiga es mi amiga — dice y le toca el hombro con aprecio a Cristina y se ríe.

—¡awww! Que linda, gracias — le responde Cristina—Ábrelo — me anima Cristina.

Lo abro y me encuentro con un anillo sencillo de fantasía económica, pero muy bonito. El anillo tiene un camafeo de princesa en color blanco como el de una estatua de mármol.

—¡vaya! esta precioso, gracias — digo con sinceridad.

—De nada — dice ella satisfecha.

—Bueno, nosotros nos vamos adelantar — dice Danilo, levantándose con Katrin.

—Sí, vayan, yo esperaré que Mer termine su té — dice Rocco.

—Sí, y yo quiero un café — le dice Clara a Rocco.

—Por supuesto — dice él.

—¿Te puedo hacer una pregunta? — se dirige a mi Clara.

—Claro, por favor — digo y guardo en mi mochila su regalo.

—¿Eres amiga de Eric Ed Stuart? — Pregunta directo a la yugular y me quedo sorprendida—, lamento si te estoy incomodando — dice, pero se nota que está siendo falsa.

—No, solo soy una fan, al igual que tú — digo mintiendo.

Clara frunce el ceño.

—¿De verdad? Qué raro, tengo entendido que ira a la fiesta — dice y le traen su café, que le pidió Rocco.

Miro a Cristina que se sonríe nerviosa.

—Creo que entendiste mal — digo y sueno borde.

Clara me sonríe con autosuficiencia.

—Tal vez, pero oye, no es nada malo que seas amiga de una celebridad — dice y le brillan los ojos.

¡Joder! La tipa es una oportunista. La prefería como una fan y ya.

—Yo soy modelo — comienza a decir.

Cristina me mira.

—No me odies, Mer. Quiero ayudarla — dice Cristina y es la que más me sorprende. Pudo esperar para hablar en privado conmigo, pero en vez se expone delante de una completa extraña.

—¿En qué puedo ayudarte? — le pregunto directamente a Clara ignorando a Cristina, a quien no puedo ni mirar.

A Clara le brillan los ojos.

—Me gustaría, hablar con Eric. Por favor, tráelo al a fiesta.

¡Mierda! Esta tía va sin anestesia.

—Cómo te dije, solo soy una fan. Pero entiendo que Cristina dio a entender que soy una amiga de él — me encojo de hombros—, me encantaría ayudarte, pero no sé cómo.

Cristina se le cae la mandíbula y queda como una idiota enfrente de su nueva mejor amiga.

—Entiendo — dice Clara y hace un esfuerzo para sonreír—, bueno vamos a jugar — dice y le da un solo sorbo al café y se levanta.

Rocco la sigue, cuando me levanto Cristina me sujeta por el brazo.

—¿Pero qué coño, te pasa?! — pregunta cabreada.

Me suelto de su agarre.

—¿Qué coño te pasa a ti?! Yo no tengo porque hacerles favores a extraños. Hazlo tu sola a tu nueva mejor amiga — digo y sigo a los demás.

No sé porque siento que este será el juego de golf más largo e incómodo de mi vida. Todos están de acuerdo conmigo menos Clara.

Comenzamos a jugar.

—¿Qué haremos luego? — pregunta cogiendo un palo de golf.

—En la noche haremos la fiesta en casa de Katrin — dice Rocco ya que los demás evaden la pregunta.

No digo nada. Sería tonto de mi parte decir que no durare nada ahí.

—Me refiero al salir de aquí, ya que seamos sincero el golf se pone aburrido después de una hora — dice y ve como la pelota de golf se aleja.

—Turistear, supongo — vuelve a intervenir Rocco—, perdón, digo al menos que Mer quiera — dice mirándome avergonzado.

—Bueno ¿Sí te parece bien?, Mer. Se me ocurre usar estas horas, para buscar alcohol y otras cositas — dice Clara sonriendo.

Frunzo el ceño.

—Es decir, todos pondremos dinero para que la fiesta quede genial — dice y mi irritación y mi sorpresa por su comportamiento, crecen.

—Sí, exacto, Mer, así turisteamos, compramos cosas y nos vamos a casa de Katrin — dice Cristina.

Ya veo lo que está haciendo. Es sí o sí. Ganar o ganar para Clara.

—Ok, me parece bien — digo yo, esta tía no me va a joder mi cumpleaños. Total, no estaré más de unos escasos segundos en su fiesta.

Después de la hora más molesta de mi estadía en Irlanda nos vamos a buscar las cosas para esta noche.

A Las 7:04 minutos de la noche llegamos a casa de Katrin.

—Bienvenida a mi casa — dice ella con una sonrisa que no le llega a los ojos.

—Gracias — digo y observo el lugar.

—Cristina y yo nos refrescaremos ¿Si quieres puedes venir con nosotras? — dice Clara con una sonrisa tan hipócrita como su personalidad.

—No, gracias estoy bien — digo y me quedo con Katrin, Danilo y Rocco.

—Nosotros iremos arreglando todo — dice Danilo mirando a Katrin y a mí.

—Ok — respondemos las dos al mismo tiempo y nos reímos.

—Tienes una casa muy bonita — digo yo para no caer en un silencio incómodo.

—Disculpa, lamento mucho lo de Clara, ella es insoportable — dice Katrin en voz baja impresionándome.

—No te preocupes, no me quedare mucho. Danilo y tú me caen muy bien — digo sintiéndome un poco avergonzada por Rocco, el tío es pesado, pero no es mala onda.

Katrin me regala una sonrisa sincera.

—Rocco no están malo, si un poco pesado — dice y suelta una risita.

—Eres muy preciosa, tienes que sonreír más — digo con sinceridad.

Katrin se sonroja.

—Gracias. Tú también eres muy hermosa — dice mejorando su semblante.

Le doy una mano.

—Ven ¿te parece si salimos un instante al porche?

Katrin asiente con la cabeza con entusiasmo.

Una vez solas.

—Mira, apenas y te conozco. Lo que he notado de ti, es que eres una chica muy dulce, tienes una inocencia muy bonita. Pero sé que no eres una niña, y creo que la gente te ve así. Con respecto a Clara, siento que hay algo turbio que está sucediendo entre tú, ella y Danilo. Tal vez estoy equivocada.

Katrin abre los ojos como platos y eso es más que respuesta suficiente para mí.

—No, no estas equivocada — dice y comienza desahogarse conmigo.



Hola, hermosa, ya voy saliendo para allá.

Capítulo 17



Ok, te espero.

No puedo decirle que no a Eric. Me costó mucho entender el lio que tiene esta gente.

Katrin y yo regresamos a la casa.

—Tomen chicas — nos entrega Rocco a Katrin y a mí un coctel.

—Gracias — digo y le doy un sorbo.



Ya llegué.

Miro mi celular y me disculpo. Salgo a recibir a Eric. Pero no veo el carro.



Te estoy viendo ¿me ves?

Comienzo por intentar ver donde se encuentra cuando siento una mano en mi cintura me doy vuelta.

—Feliz cumpleaños — dice Eric con un ramo precioso de frutas cubiertas

de chocolate.

—¡vaya! Gracias — digo y le doy un beso rápido en los labios.

—¿Sucedo algo? — pregunta estudiándome el rostro.

—Sí, no quiero estar aquí mucho tiempo ¿Espero no te importe?

—Para nada, hermosa — dice y me sonrío. Su sonrisa borra todo lo incómodo del día.

Entramos a la casa. Rocco y Danilo le estrechan la mano con naturalidad. Katrin lo saluda de igual manera. Cristina si pierde un poco el control y cuando Clara lo saluda. Todos esperamos su reacción.

—Hola — dice y le da un abrazo de oso.

—Hola, gracias por invitarme — dice amablemente Eric.

Miro a Clara y detallo, que no solo se refresco. Se vistió con una minúscula mini falda, y una blusa que apenas la cubre. Unos tacones muy lindos, cabe acotar. Ropa cara, pero con tan poca tela. Que el pobre de Rocco no podía evitar mirarla.

—¿Quieres beber algo? — pregunta Clara con entusiasmo.

—Sí, por favor, gracias — responde Eric.

Clara como la aparente anfitriona del lugar. Le da una cerveza a Eric.

—¿Quieres que guarde ese hermoso arreglo frutal en la nevera? — me pregunta Clara, sonriendo.

—No, gracias, de hecho, si gustan sírvanse — digo y miro a todos.

—Gracias — responde ella y coge una fresa con chocolate y se la lleva la boca con erotismo y casi ruedo los ojos.

La canción de Hurt de Cristina Aguilera comienza a sonar y se me encoje el corazón. No conocí a mi papá, pero lo culpé por irse antes de poder conocerlo.

Me retiro sin decir nada, de pronto necesito aire. Cuando salgo al porche rompo a llorar. Siento una mano en mi espalda me doy vuelta y abrazo a Eric.

No dice nada, solo me abraza, y yo sollozo en su pecho.

—Ven, demos una vuelta — dice después de unos segundos y me sube a una camioneta. Abre la guantera y me da un pañuelo desechable.

—Gracias — logro decir y me seco las lágrimas.

Eric se pone en marcha y nos vamos.

—¿Estas mejor? — me pregunta a los pocos minutos de alejarnos de la casa.

—Sí, gracias. No sabía que manejas — digo sonriéndole.

—Sí, es que pierdo la costumbre, por la mala costumbre de que me lleven a todos lados — dice y se ríe y me hace reír.

Eric hace algo que casi me vuelve hacer llorar, entrelaza su mano libre con la mía sobre mi pierna.

—¿A dónde quieres ir?

—Esto es agradable solo que manejes y ya — digo y aprieto su mano.

—Ok, eso haremos daremos unas vueltas — dice y besa mi mano.

Mientras tanto en la fiesta.

—No sé qué le paso a Mer — dice Cristina con su móvil en la mano. Se escucha un timbre de móvil.

—Dejó el móvil aquí — dice Rocco.

—Gracias por decirnos lo obvio — dice con mala leche Clara.

—Bueno la fiesta se acabó — dice con alivio Katrin.

—Claro, por ti es así — la ataca Clara.

—¡Basta! Clara — le advierte Danilo.

—¡Eh! Chicos tenemos una invitada — dice Rocco mirando a Cristina que se pone incomoda.

—Deja de ser tan perra, ya cansas — dice Katrin sorprendiendo a todos.

—¡Por fin! Katrin, ya sacaste las garras, ya era hora — dice aplaudiéndole Clara.

—Sí, ya me cansé. Siempre tengo que aguantarte y tapar todo tu veneno — dice Katrin con un esfuerzo.

—Así que me vas a sacar todo, bien. Porque no sacamos lo de hace cuatro años ¿A que no sabes Danilo? Tu pequeña inocente, fue una pequeña zorra. Mi papá tiene amigos un poco más jóvenes que él. A tu pequeña e indefensa Katrin, le gustaba uno de ellos. El alcohol es mala idea cuando no sabes beber. A Katrin le gustó tanto ese amigo de mi papá un tipo de 53 años hoy en día y se le insinuó. Me dijo usa tu imaginación, como en los libros prohibidos para adolescentes, saben los de adultos jóvenes ¡Total qué! Me convenció y yo también me fije, pero no en un amigo de mi papá sino en el hijo del tipo en que se fijó Katrin, de 22 años. Pero todo salió mal.

—¡SALIO MAL POR TU CULPA! — Grita a todo pulmón Katrin—, ¡TE ACOSTASTE CON LOS DOS! Y YO TUVE QUE CUBRIRTE. Me dijiste usa ahora tu imaginación y arregla todo esto. Lo hice porque me comprometiste ¡HICISTE VER QUE ME TOMÉ UNA FOTO DESNUDA! La excusa fue que la mandaste por error a su hijo... Que estabas borracha y confundiste la foto con una tuya. Me la tomaste tú y que para demostrarme que tenía un cuerpo bello, me tomaste una foto de mis senos. ¡CONFIE EN TI Y ME JODISTE! — dice y rompe a llorar destruida.

Danilo la consuela.

—¡NO! Te equivocas ¡SÍ! Me acosté con los dos, pero tú te le insinuaste al tío lo más triste es que sin beber, bebiste fue cuando supiste que envié la foto ¡Y SÍ LA ENVIE PORQUE TENIAS MÁS BUSTO QUE YO Y LE GUSTASTE A AMBOS MÁS QUE YO! PERO POR SER UNA POBRE GORDA, CON SENOS GRANDES — escupe con odio Clara.

—¡basta! Rocco, sácala de aquí, por favor — pide Danilo y se lleva a Katrin a su habitación.

Eric detiene el carro en un mirador y por fortuna estamos solos.

—¿Cómo te sientes? — pregunta y prende la radio.

—Mejor, gracias. No sé qué me paso... he tenido días pensando en mi papá y esa canción...

—Entiendo — dice cuando me quedo callada—, no tienes que explicarte — dice y vuelve a besar mi mano.

La canción de Rihanna “Don't stop the music” comienza a sonar.

—Me gusta esta canción, esta estación de radio es genial — dice y le sube un poco más.

No puedo más y lo sujeto con ambas manos por el rostro y lo beso. Eric me ayuda a subirme a horcajadas de él. Nos besamos al ritmo de la canción.

—Katrin ¿Quieres que salgamos? — le pregunta Danilo a Katrin que camina de un lado a otro en la habitación.

—Escúchame, detente. Abrázame — dice y la abraza con fuerza—, abrázame fuerte — dice con su cabeza enterrada en el cabello de ella. Katrin lo hace y comienza a calmarse.

—Bien ¡shhh! No te voy a soltar, todo está bien.

Esas palabras. Son mágicas.

—Sí, por favor, vamos a tu hotel — dice de Katrin.

Capítulo 18

Danilo la mira a los ojos y asiente. Y salen de la habitación.

—¡Che! Clara se fue echa una fiera, junto con Cristina, que la acompaño para contenerla — dice en español Rocco a Danilo.

—Sí, descuida, yo me voy a llevar a Katrin al hotel. Por favor si puedes, cierra la casa y bueno, hermano, gracias —dice en inglés.

Rocco asiente con la cabeza y Danilo le da unas copias de la casa de Katrin.

—Gracias — dice Katrin y sale cogida de la mano de Danilo.

Narra Katrin.

Creo que nunca en mi vida he tenido voz propia. No me importa admitir que al conocer a Danilo me animé a tenerla. Me animé y la tengo. Nadie me conoce como soy. Solo sé que me dicen que soy muy buena y sencilla. Cada vez que me subía la autoestima, Clara se encargaba de bajármela. No puedo creer lo ciega que estado todo este tiempo. Pensaba que sí intentaba salir de su sombra, le haría daño. Siempre he sido callada, solo hablaba cuando era necesario y pocas veces lograba expresarme. Mis padres son personas ocupadas cada uno en lo suyo. No son malos padres, pero les gusta más estar

ausentes y exigirme cosas. Por eso mis hermanos se abrieron su propio camino. Mi papá dice que eso hacen los hombres. Nunca me he enamorado, y creo que es la primera vez, de Danilo. Admito que ahora es que estoy dándome cuenta ¿Qué pasara luego cuando se vaya? toda la situación con Clara no me dejó pensar. Ahora que ya las máscaras se rompieron estoy sintiendo muchas cosas al mismo tiempo.

—¿Cómo estás? — me pregunta Danilo sujetándome la mano con la mano libre mientras maneja.

—Bien, estoy pensando.

—¿Qué piensas? — me dice con ternura.

—En que te quiero mucho... — digo y me sonrojo. Danilo me da un apretón amoroso en la mano.

—Yo te quiero mucho también a ti. No sabía que podía querer a alguien tan rápido.

Mi corazón da un brinco por esas palabras. Llegamos al hotel y subimos a su habitación.

—¿Quieres comer algo o beber algo? — pregunta y se quita los zapatos.

—Sí, tomar agua, por favor — digo y agradezco solo a haberme bebido un coctel.

Observo como Danilo saca el agua y camino hacia él. Se da vuelta y me lanzo a sus brazos y lo beso. Danilo reacciona al beso y me toma por la cintura me alza y enrosco mis piernas a su cintura. Su respiración se acelera y siento una sensación de placer que viaja hacia mi zona íntima.

Danilo me recuesta en la cama y los besos llenan de vida mi cuerpo.

—¿Estas... segura? — pregunta con voz ronca Danilo. Y mi cuerpo se estremece de placer.

Lo beso con devoción en la boca.

—Sí — digo y se entrega en cuerpo y alma a mí.

Mi cuerpo nunca se sintió así. Dejo de pensar. Sus manos saludan los rincones jamás explorados de mi cuerpo. Esta noche se despertó la mujer que soy.

—¡wow! — dice Eric vistiéndose. Primera vez que hago esto en un carro — dice sonriéndome.

—La verdad, lo mismo digo — y me rio.

—¿Qué te gustaría hacer? — pregunta y me muerdo el labio.

Eric me mira con asombro y picardía al mismo tiempo.

—Eres terrible — dice y se relame los labios.

Me sonrojo y miro la hora en mi reloj de mano.

—Es media noche. No quiero abusar de la tarjeta libre que me dio mi hermano — digo con sinceridad.

—Bueno, dama, la llevare a su casa — dice y me un beso en los labios que envía electricidad a todo mi cuerpo.

—Hemos llegado — dice un tiempo después. Veníamos conversando y escuchando buena música.

Cuando apaga el coche, noto a alguien esperando en el porche. Pienso que es mi hermano Benja y recuerdo que dejé el móvil en casa de Katrin. Cuando veo quien es.

—¡Pero que rayos! — suelto.

—¿Qué sucede? — pregunta con preocupación Eric.

—Ese tío que está ahí, es mi ex novio. Se supone que debería de estar en Miami y no aquí. Cristina — digo más para mí que para Eric.

—¿Quieres que te acompañe hasta la puerta?

—No, eso será incómodo. Steve es muy molesto. Gracias — digo y le doy un beso en los labios. Beso que Eric intensifica y mi corazón grita de emoción.

Lo que sucede a continuación es tan patético. Eric se va. Steve me abraza e

intenta besarme, pero yo me alejo. Mi hermano Benja sale, y me saluda y ve a Steve. Le pregunta ¿Quién es? Steve se presenta como mi novio y yo lo desmiento ya llamando ex o, mejor dicho, un amigo nada más, pero omití esa parte y lo dejé en ex. Mi hermano me dice que cualquier cosa lo llame. Entramos a la casa con Steve. Mi hermano se retira y yo enfrento a Steve. Quien me dice que lo siente, como terminaron las cosas. Me dijo que Cristina lo invito. Que era una sorpresa. Le digo que ya sé que Cristina y él tuvieron sexo, y me miente en la cara. Le digo que no me interesa, ya que es la verdad. Me ruega como un pobre diablo que vuelva con él. Le digo que no, que deje de rogar, por Dios. Me dice que al menos recuerde que somos amigos. Pero no le doy esperanzas. Se cabrea y sube la voz. Mi hermano lo bota de la casa. Lo irónico es que, soy feliz, pero como así es la vida, me pasa este drama con Steve y Cristina. Me llega la frase a la cabeza “Dime con quién andas y te diré quién eres”

Le explico a mi hermano que Cristina esta con Rocco y que mi móvil se quedó en casa de Katrin. Le cuento sobre Katrin. Que es una nueva amiga al igual que Danilo y que incluso el mismo Rocco. Por suerte me traje conmigo el bolso con mis presentes de cumpleaños. Sin más llamé a Cristina de casa de mi hermano para decirle que estoy con él y que por favor guarde mi móvil y que no haga nada imprudente y se cuide. Le recuerdo que no estamos en Miami.

Me acuesto en mi cama temporal y pienso ¿Ahora Steve esta en Irlanda en el mismo pueblo que yo? ¿Buscará que lo perdone? Eric ya sabe de su existencia. Espero que la felicidad dure bastante y el universo no me haga un chiste de mal gusto.

Por otro lado, me encanta tener una amistad con Katrin y su creo que novio Danilo. Es innegable la atracción de esos dos.

Al día siguiente me despierto temprano. A las seis de la mañana. Miro la

cama que usa Cristina y sigue vacía.

Llaman a la puerta.

—Adelante — digo y me incorporo en la cama.

—Hola — dice mi hermano con un semblante de seriedad.

—¿Qué sucede? — pregunto levantándome de prisa.

Alana llega detrás de Benja.

—Mer, Cristina... tuvo un accidente anoche con una chica de nombre Clara.

Me quedo muda, pero reacciono.

—¿Esta bien?

Mi hermano me ve con pesar. Lo lamento ella... falleció.

Falleció. De pronto las piernas se sienten como gelatina y los brazos de mi hermano me contienen.

—¡Shhh! — escucho como si estuviese muy lejos de mí.

—No, esto es solo un mal sueño — comienzo a decir y las lágrimas corren por mis mejillas.

Alana entra y se acerca y me abraza, pero mis piernas se niegan a cooperar y estoy en el suelo con Benjamín abrazándome con fuerza e intentando calmarme.

—Katrin, despierta — siento como me sacuden suavemente abro los ojos y miro a Danilo que esta vistiéndose de prisa.

—¿Qué sucede? — pregunto asustada.

—Clara tuvo un accidente anoche con Cristina... Cristina ella, falleció.

El estómago me da un vuelco y corro al baño y vomito. Danilo entra y me sujeta el cabello. Me enjuago la boca con agua y comienzo a llorar.

Danilo me abraza con fuerza.

—¿Cómo está? ¿Cómo esta Clara? — pregunto entre el llanto.

Capítulo 19

—No lo sé, está viva eso es seguro, pero no sé el estado en que esta. Vamos — me dice y me ayuda a salir del baño.

Llegamos a la clínica casi 20 minutos después de enterarnos. Vemos a Rocco sentado en la sala de espera. Demacrado.

—Rocco — lo llama Danilo. Rocco se levanta y Danilo lo abraza. Rocco llora como un niño pequeño—, lo lamento tanto — dice Danilo con voz de dolor.

Yo ya estoy llorando desde que entre.

—¿Qué fue lo que sucedió? — pregunta Danilo secándose las lágrimas que no había notado.

—Cuando... se fueron — dice Rocco secándose las lágrimas e intentando hablar—, iban en el coche de Clara. Ella manejando y no sé al parecer no tomó bien una curva y se estrellaron y Cristina... — Rocco rompe a llorar de nuevo y Danilo lo abraza.

Se acerca un doctor.

—¿Ustedes son familiares de la paciente Clara Ryan? —pregunta un doctor.

—Yo soy su mejor amiga, desde el jardín de infantes — digo secándome las lágrimas.

El doctor me compadece.

—La paciente está en coma, pero está estable — dice el doctor y siento que puedo respirar de nuevo. Pero escúchenme — dice mirándonos—, necesitamos que contacten de inmediato a sus familiares, no hemos podido dar con ellos.

—Sí, por supuesto — digo yo.

Saco mi móvil y le marco a su madre.

—Mer, bébete esto, por favor — me dice Alana.

Las palabras se escuchan como ecos. No entiendo. Duele demasiado. Cristina, Cristina ya no está.

—Mer, alguien quiere verte — dice la voz de Benjamín.

Alzo la vista y veo a Steve y el mundo se me termina de romper. Steve corre y me abraza y esta tan destrozado como yo. Alana y Benjamín nos dejan solos. No sé cuánto tiempo transcurre, pero me niego soltar a Steve. Él y Cristina se hicieron amigos un tiempo después de que yo conociera a Cristina. El dolor es tan grande como los años de amistad.

—Esto no puede estar pasando — dice Steve con los ojos hinchados de tanto llorar.

—Lo sé... — digo yo automáticamente.

Lo que paso después es en modo inercia. Nos regresamos a Miami hoy. El funeral de Cristina será en una semana. Alana y mi hermano se encargaron de empacar mis cosas, y aparte las de Cristina.

—Mer, alguien quiere hablarte antes de que subas al avión — me dice Alana. Estábamos cerca de abordar el avión.

Me llevaban hacia una oficina, el dolor que tengo me nubla cuando veo a Eric rompo a llorar. Alana nos deja a solas. En la oficina solo estamos él y yo y me abraza con fuerza.

—Lo lamento, no tienes idea — dice sin soltarme.

No puedo creer cuantas lágrimas puedo derramar. Lloro tanto que siento que en cualquier momento me desmayare.

—¿Qué puedo hacer? — pregunta con preocupación.

No puedo hablar. Lo abrazo e intento tranquilizarme.

—¿Si quieres vamos en un vuelo privado te llevo a Miami a tu amigo y a ti? No quiero dejar sola, me entere hace poco...

Eric arregla todo con el aeropuerto y nos regresan los reales de los boletos. Benjamín no dice nada, ni Alana y mucho menos Steve. Nos subimos al avión privado y viajamos a Miami.

Me quedo dormida abrazando a Eric.

—Mer... no estés triste... lo lamento tanto... Mer

—¡Cristina! Cristina — comienzo a llamarla, pero se desvanece.

—¡shhh! Mer, despierta, es una pesadilla — escucho la voz de Eric. Abro los ojos y estoy llorando a moco tendido.

—Tome señorita — dice una aeromoza y me entrega un té ¿Quiere que llame al médico? — le pregunta a Eric.

—No — digo y le doy las gracias.

La aeromoza me entrega una caja de pañuelos desechables.

—Bébetelo el té, te hará bien — dice Eric acunándome entre sus brazos.

Le hago caso y comienzo a tranquilizarme.

—¿Steve donde esta? — pregunto mirando alrededor.

—Descuida, está dormido, el doctor le dio una pastilla para ayudarlo a descansar — dice y me retira un mechón de cabello de la frente.

—Gracias, por todo.

—No, Mer, no me agradezcas. Créeme que quiero con todo mí ser quitarte el dolor.

No puedo hablar más, sigo bebiendo el té.

Día del funeral.

Toda la semana antes del funeral Eric se quedó hospedado en Miami y luego voló con nosotros a Argentina, donde enterramos a Cristina.

Mi mamá y Felipe me consolaron y Eric me visito cada día.

El último adiós para Cristina fue la cosa más dura que he hecho en mi vida.

6 meses después.

Alana y Benjamín anuncian su embarazo por medio de una postal. A mi mamá le causo gracia. Que no llamaran por teléfono o enviran un Whatsapp.

En 6 meses han sucedido muchas cosas. Clara salió del coma casi dos semanas después. Volvió a nacer, gracias a Dios no tuvo lesiones de gravedad. No es la misma desde el accidente se refugió con Rocco, él la invito a Argentina. Katrin y Danilo se hicieron novios y se casaron, Danilo vive ahora en Irlanda.

Eric y yo. Yo no he ido más a Irlanda, no creo poder en un largo tiempo. Eric estuvo viajando y desde que nos conocimos somos inseparables, ya sea mediante internet, por cualquier medio. En 6 meses ha venido a Miami cuatro veces y se ha quedado, su estadía más larga medio mes. Somos novios oficiales desde hace un mes. Pero somos novios desde que nos conocimos. Es complicado de explicar, por eso no lo hacemos. La prensa se enteró. Lo está llevando muy bien. Eso me distrae un poco del dolor por la pérdida de Cristina. No he vuelto a ver más a Steve desde el funeral...

Benjamín y Alana.

—Quiero mudarme a Miami, extraño a mi hermana — digo mirando a Alana cocinar. Huele divino.

—Sí, haces eso le darás el mejor regalo de su vida. Se nota que necesita una figura paterna. Es decir, eres su hermano, pero me di cuenta de que ella no habla mucho de Felipe, tu padrastro.

—Felipe es buen tipo, pero Mer, nunca lo tomó en cuenta como figura paterna, porque sentía que iba a traicionar a mi papá. Bueno ese es el análisis de mi mamá.

—Pero ¿cómo? Si no conoció a tu papá — pregunta frunciendo el ceño.

—Exacto, no tiene lógica. El problema no es Felipe. El problema somos Rodrigo y yo. Que fuimos egoístas y la dejamos sola, sin papá y sin nosotros —digo con rabia.

—No mi vida, no digas eso — dice Alana rodeándome por el cuello y sentándose en mi regazo—, tú no tienes la culpa, de hecho, te quedaste en su vida un tiempo.

—Sí, pero no pensé... nunca me involucré realmente en su vida... la quiero mucho, es mi hermanita. Ahora con la perdida de Cristina...

—Sí, pero tu mamá dice que esta superándolo con ayuda de Eric.

—Sí, el tío no es malo, pero está ausente por su trabajo. No puedo quedarme aquí en Irlanda sabiendo que mi hermana esta inestable. Cristina fue como una hermana para ella.

—¿Crees que tu hermana podría cometer una locura? — pregunta asustada.

—No, no creo que llegue a tanto, pero ella fue bulímica, y mamá me ha dicho que estos meses ha perdido mucho peso.

—Entiendo. Bueno vamos a Miami — dice y me da un beso en la mejilla.

La miro y no puedo creer la suerte que tengo.

—Te amo, eres la mujer más comprensiva que he conocido — digo y coloco mi mano en su vientre —, y ahora me harás padre, no puedo estar más feliz.

Alana me da un dulce beso en los labios y yo quiero más. Le regreso el beso tiernamente, y ella me sonrío con dulzura. Eso causa un efecto en mí. La beso con tiento y siento como su respiración se acelera. Mis manos desatan el nudo del delantal que tanto ama de patitos. Se lo saco y lo dejo en la mesa sin

detener los besos que comienzan a tornarse intensos.

Sujeto las caderas de mi esposa y ella se frota encima de mi duro pene. Dejo escapar un gemido al sentir como gime en mi boca.

—Alana... — digo y llevo una mano a su zona caliente y me doy cuenta de que no tiene pantaleta —¡Joder! No llevas nada y estas muy mojada.

Alana me come la boca y se frota deprisa en mi pene. Eso es más que suficiente para hacerme perder la cabeza de deseo, la sujeto por el culo y la recuesto en la mesa de la cocina, le abro las piernas, me bajo el pantalón y el bóxer y se la meto y me lleno de su lubricación.

—¡Ahhhh! Ben... ¡Sí! — Dice mientras la embisto—, más rápido — dice sujetándome por el culo.

Gruño por escucharla hablar así e intento no correrme tan deprisa. Tengo una semana que no descargo. Llevo mis manos a sus senos y desato el nudo del vestido y sus senos voluptuosos me saludan.

—¡joder! — digo admirándolos.

—Estarán más grandes dentro de poco — dice y escapa un sonido gutural de sexo cuando mi mano acaricia su clítoris.

—¡AHHH! — grita cuando siento como se corre en mi pene. No aguanto más y me corro seguido de ella, gimiendo como loco.

El reloj de la cocina suena.

—El pollo está listo — anuncia jadeando mi hermosa esposa.

Me río y la ayuda a levantarse.

—¿Entonces nos vamos en dos semanas? — pregunto mientras la ayudo a cerrarse el delantal.

—Sí — dice y me da un beso rápido en los labios.

Dos semanas después estamos en Miami. Alquilamos un apartamento cerca de donde vive mi madre.

—Sabes ya tengo un mes de embarazo — dice Alana saliendo de la ducha.

Mis ojos la recorren antes de cubrirse con la toalla.

—No se te nota todavía, amor bello — le digo y ella abre la toalla y se toca el vientre.

Me acerco a ella y coloco mis manos en su vientre plano.

—Bueno no es tan rápido — dice con una hermosa sonrisa.

—Lo sé, y te voy a amar igual o más que antes — le digo y me besa. Mi pene cobra vida.

—¡hey! No, no — dice zafándose de mi agarre—, Hoy es nuestro segundo día aquí, se supone que hoy tendremos de visita a tu familia. Ya que ayer no nos vieron.

—Bueno, un rapidito no estaría mal ¿No crees?

—Créeme, el embarazo me activado las ganas, pero — dice cuando vuelvo a tomarla por la cintura—, pero no quiero quedar mal enfrente de tu familia.

Frunzo el ceño.

—Nada que ver, mi vida, les encantas, mi mamá esta fascina con que ¡por fin! Sera abuela — digo sonriendo.

—Tenemos que vestirnos — dice y se quita la toalla.

—Eso es injusto, no quieres un rapidito, pero te quitas la toalla enfrente de mí y así tan sensual — digo como un niño pequeño pidiendo helado.

Alana se da vuelta se acerca a mí y me sorprende sujetándome el pene que comienza a palpitar en su mano.

Voy a decirle algo, pero me detengo ya que comienza a subir y bajar rápidamente la mano en mi erecto pene.

—¡joder! ¡ufff! Alana — digo con la voz entrecortada. En pocos minutos termino gimiendo como loco.

—Vida, tenías tiempo que no me hacías una manual — digo y me lavo el pene.

—Bueno, ese es tu rapidito — dice con satisfacción—Ahora vistámonos.
A la media hora llega mi familia.

—No, mamá — escucho que dice molesta Mer, antes de que abra la puerta para recibirlos.

—Hola, hijo — dice mamá y me da un abrazo de oso.

—Hola — dice Felipe tendiéndome la mano y luego dándome un abrazo.

—Hola, pequeña — le digo a mi hermana y la alzo en el aire con el abrazo que le doy.

—Hola — dice y la miro ¡Por Dios! Está muy delgada. Sigue preciosa como siempre, pero su cuerpo y su felicidad no es la misma.

—Pasen por favor — digo. Felipe me da una botella de vino—, gracias.

—Hola — saluda Alana a mi mamá quien chilla de emoción la abraza y le toca el vientre.

Felipe la saluda con un abrazo y un beso en la mejilla y la felicita.

—Hola — dice Mer en modo automático y le da un abrazo. Me duele ver a mi hermana así de cambiada. Quiero que recupere su luz.

Mi mamá le entrega una torta a Alana.

—Gracias, la guardaré en la nevera.

—Por favor, siéntense — digo y toman asiento en la sala.

Mamá comienza a señalar que el apartamento es hermoso. Felipe pregunta si ya estaba amoblado. Le respondo que sí.

Alana aparece con una bandeja de comida, la ayudo.

—¿Necesitas ayuda? — pregunta mamá.

—No, gracias, ustedes son los invitados — responde Alana amablemente.

—Esto está delicioso — dice mamá probando un bocadillo de salmón.

—Gracias — responde Alana.

El móvil de Mer suena.

—Disculpen — dice y se retira para hablar en privado. Saliendo del

apartamento.

—Mamá dime algo ¿Has notado algo distinto en Mer?

Mamá me mira y analiza la pregunta.

—No, la verdad a parte de estar más delgada, no.

Me levanto y me excuso un segundo. Alana se encuentra en la cocina.

—¿Qué sucede mi vida? — pregunta sirviendo unos champiñones en un bol.

—Me preocupa Mer, no creo que sea de nuevo bulímica, creo que hay algo más.

Alana me mira con horror.

—Tranquila voy a ayudarla — digo y la abrazo. Regresamos a la sala con el bol lleno de champiñones al ajillo.

Mer está sentada y mi mamá le ofrece probar algo de la comida.

—Estoy bien, gracias — responde Mer mirando su móvil.

—Hija, puedes dejar un rato el móvil — le dice mamá con voz suave.

—Necesito es aire, daré una vuelta — dice se levanta y se va. Dejando a todos sorprendidos, menos a mí.

—Mer, espera — digo alcanzándola en la calle.

Mer se da vuelta y frunce el ceño. Tira al suelo un cigarrillo.

—¿Desde cuándo fumas? — pregunto con dolor.

Mer rueda los ojos.

—No sé, tal vez desde hace tres meses — dice con indiferencia.

—¿Te gustaría pasar un tiempo conmigo y Alana?

—Estas de coña. Si mamá me controla a su manera. Tú eres peor. Además, pronto me iré.

—¿De que estas hablando? — pregunto frunciendo el ceño.

—Tengo dinero reunido, alquilaré algo, trabajaré y listo.

—Mer, tienes que comenzar en septiembre la universidad.

—¡no! No tengo que. Viviré sola y luego veré que hacer.

—Escucha, pequeña. Todos estamos preocupados por ti...

Mer me interrumpe.

—Solo te mudaste a Miami, fue por lastima ¡¿Crees que soy estúpida?! —
dice cabreada.

Niego con la cabeza.

—Lo hice porque quiero formar parte de tu vida. Vas hacer tía y...

Me vuelve a interrumpir.

—No entiendes, que no me importa. Déjame en paz, Benjamín. Soy una adulta. Lamentablemente tuve que vivir todo este tiempo con mamá y Felipe, pero ya me voy.

—Escucha, yo te voy a ayudar a buscar un lindo apartamento, hasta puedo ayudarte con el alquiler y así no usas tus ahorros — digo y le regalo una sonrisa.

Mer se burla.

—Benjamín, yo no quiero ayuda, yo puedo sola. Entiéndelo. Gracias, pero no gracias — dice se da media vuelta y se va.

Regreso al apartamento.

Alana está sentando a la mesa a mamá y a Felipe.

—¿Y Mer? — pregunta Felipe con preocupación.

—Está bien, está dando una vuelta. Mamá puedo hablar un segundo contigo, por favor. Disculpa Felipe.

—Descuida, por Dios, es tu mamá, no hay problema — dice y me sonrío con compresión.

—Dime hijo — dice mamá entrando a la habitación que compartimos Alana y yo.

—¿Tienes algún número de teléfono para contactar a Eric o sabes cómo localizarlo?

Mamá se sorprende con la pregunta.

—Sí, él me lo dio, la última vez que fue a casa ¿Qué sucede Benjamín? — pregunta asustada.

Niego con la cabeza.

—Nada, quiero intentar algo — digo para tranquilizarla.

—Está bien, mi móvil está en la sala en mi bolso, lo voy a buscar.

—Ok, te acompaño.

Al llegar a la sala Mer regresa. Mamá saca su móvil y yo me siento en la mesa para no llamar la atención de Mer. Entiendo lo que hace mamá no me mira y usa su móvil. Mi móvil vibra en mi pantalón, nadie lo nota ya que lo tengo sin sonido. Veo a mi mamá que me hace un gesto con la cabeza y luego se sienta junto a Felipe. Mer está absorta en su móvil. Alana aparece con chuletas de cordero. Después de la comida. La cual Mer comió muy poco. Compartimos un poco más y llega la hora de despedirnos.

Al quedarnos Alana y yo solos. Le escribo un Whatsapp a Eric y ayudo a lavar los platos a Alana. Al poco tiempo de terminar de lavar. Me entra un Whatsapp de Eric.



Hola Eric ¿Cómo estás? Soy Benjamín Gómez, el hermano mayor de Mer. Necesito urgentemente hablar contigo. No es una emergencia, pero sí, es de suma importancia.



Hola Benjamín. Todo bien, gracias ¿Tú como estas? ¿Qué sucede con Mer? ¿Si gustas podemos vernos? Ya qué en una semana viajaré para Miami, pero puedo adelantar el viaje, y verte a ti antes que a Mer.



Perfecto, tú dime ¿Dónde y cuándo?

Eric me manda el nombre de un hotel y la fecha y hora para vernos.

Llega el día para hablar con Eric.

—Hola — se acerca Eric y me da la mano.

—Hola ¿Cómo estás? Gracias por reunirte conmigo — digo.

—No, por favor. Todo bien ¿Cómo estás tú, tu esposa?

—Bien, gracias, me convertirte en padre — digo con orgullo.

—Enhorabuena — dice y me da una palmada en el hombro y nos sentamos en el bar de un restaurante del hotel.

—Gracias. Eric, de verdad que nunca en mi vida he hecho esto, sabes. Reunirme con un novio o amigo de Mer, pero ella me preocupa mucho.

Eric asiente con la cabeza y su rostro es de preocupación.

—Sí, desde lo de Cristina, no es la misma, es decir nos va bien, pero la Mer alegre de antes, se apagó. Lo que me da rabia es que en estos 6 meses no he podido estar mucho con ella por mi trabajo — dice con irritación—, y acepté reunirme contigo porque la amo y quiero aprovechar que estas aquí por ella para pedirte por favor, que créeme se lo pediré a su mamá y a su padrastro, pero siento la necesidad de hacerlo contigo primero.

—Tranquilo — le digo al chico que está nervioso, pero tiene agallas—, dime — le digo sonriendo.

—¿Aceptarías que me la lleve un tiempo a Londres?

Mi cara es de sorpresa. No me lo esperaba.

—¡vaya! Bueno, me impresionas. Justamente me mude hace poco para Miami por ella, para estar cerca y ayudarla. Aunque me di cuenta de que no es tan sencillo. Si te la llevas, obviamente no la veré, pero, siento que tú eres la clave para ayudarla y tampoco puedo prohibirle que lo haga, es mayor de edad, sin embargo, no está sola tiene una familia que la ama y quiere lo mejor para ella, y una persona que esta con ese cuadro requiere urgente atención, no puede estar sola. Eric mi hermana no está bien de salud, lo de Cristina le ha hecho mucho daño. Si el remedio eres tú y Londres. Bueno que sea así, pero

con una condición. Necesito que me tengas informado todo el tiempo. Me quedaré en Miami y cualquier cosa volaré hasta Inglaterra, porque tengo decidido, ayudar a mi hermana con todas las herramientas que tengo.

Eric asiente con la cabeza.

—Por supuesto, y espero que me aceptes otra cosa. El dinero no es problema para mí. Amo a tu hermana, no me importa gastar en ella o en su familia. Es decir, con todo respeto, pídemelo lo que necesites. Pondré a tu disposición mi avión privado y lo que se requiera.

Este chico me impresiona.

Le sonrió con diversión.

—¡hombre! Tranquilo, que ames a mi hermana y la protejas es lo mejor que puedes hacer, lo demás, gracias es un gesto muy impresionante y más de un chaval tan joven, eso es muy humano y habla bien de ti, pero descuida, no te diré que no, y tampoco que sí, al menos que lo requiera.

Eric sonrío con comprensión y con vergüenza. Le doy una palmada en el hombro.

Narra Mer.

Mi vida ha cambiado por completo. Mi mamá y Felipe están todo el tiempo encima de mí para que coma. Ahora mi hermano Benjamín se mudó a Miami con su esposa Alana, voy hacer tía, pero nada de eso me genera felicidad. Eric mi chico de los **ojos verdes**, me robó el corazón desde un principio, lo amo, pero cuando no estoy con él, el dolor me consume, la pérdida de Cristina es demasiado. Busco hacer acallar el dolor, pero no hay manera. Tengo más días malos que buenos.

—Hola — me dice y me abraza Eric.

Lo abrazo con fuerza y pego mi cara a su pecho y disfruto el aroma de su perfume.

—No sabes cómo necesito este abrazo — le digo y lo miro a los ojos.

—Te tengo una sorpresa — me dice sonriendo ampliamente.

Yo frunzo el ceño.

—Hoy no quiero hacer nada... discúlpame — digo y lo vuelvo abrazar.

—No, no vamos a salir, te voy a llevar en tres días a Londres. Estaremos un tiempo allá.

—Eso es imposible... mi mamá esta insoportable.

—Descuida, yo hablare con ella, déjame a mí, estaremos juntos todos esos días. Quiero curar tu dolor.

Esas palabras hacen mella en mi interior, pero no canto victoria porque las cosas no son así de sencillas.

—No lo sé — digo y me alejo de él.

Mi mente es un caos. Estos meses estado haciendo cosas destructivas. Eric me ama y quiere protegerme. Se decepcionará de mí, y no quiero, pero tampoco puedo decirle que no, porque quiero estar con él.

—¿No sabes que, amor? — pregunta acariciándome la cara.

—Que las cosas no son tan sencillas — miento.

—No, no lo son, pero lo serán — dice y me da un dulce beso en los labios.

Mi mente deja de pensar y lo beso con intensidad. Eric me levanta por el culo y se sienta en el sofá conmigo a horcajadas. Le quito la ropa con apremio y me deleito con su respiración y su tacto. Por lo menos me olvido del mundo un rato ¿Todavía tengo solución? No quiero pensar en eso. Quiero borrar mi tormento.

No puedo creer que estemos viajando a Londres. Estoy mirando por la ventana y no lo puedo creer. Veo mis manos que están temblando y las sujeto.

—¡hey! ¿Todo bien? — pregunta con emoción Eric.

—Sí — miento. La ansiedad por beber me tiene mal ¡Dios y por fumar!

—¿Quieres algo de beber o comer? — pregunta sentándose a mi lado.

—De hecho, me gustaría para celebrar tomar algo fuerte — digo

intentando no sonar ansiosa.

Eric me sonríe enseñando los dientes.

—Claro, ya traigo algo — me da un beso y se levanta.

A los segundos regresa con sidra. Eso es muy suave, pero algo es algo.

—Gracias — digo cuando me sirve una copa.

—Eric, disculpen — dice su manager.

—Ya vuelvo — me dice Eric y deja la botella.

Cuando regresa me ya me he tomado toda la botella, pero aún estoy comenzando.

— vaya! hermosa, hiciste una fiesta sin mí — dice con gracia, pero noto en sus ojos preocupación.

Sin embargo, estoy relajada y me rio.

—Tranquilo ya pedí otra, siéntate — le digo. Al sentarse me siento en su regazo y le acaricio el cuello y le doy un beso en el cuello que lo hace estremecer.

— C mo te sientes? — me pregunta mirándome a los ojos y su mano sube y baja por mi espalda.

Nunca me he enojado con él, pero me está comenzando a irritar que me pregunte todo el tiempo como estoy, como si fuese una desequilibrada mental pero como lo amo y estoy cachonda y relajada, lo beso con pasión.

—Eso responde a tu pregunta — le digo con picardía.

—No, s  lo que est s haciendo, buscas distraerte, pero me importa Mer — dice y me cabreo. Me levanto de su regazo.

Eric frunce el ceño.

—No te molestes, me preocupas...

—Le preocupo a todo el mundo, por eso me quiero largar de casa de mi mamá y Felipe, necesito que todo el mundo deje de preocuparse. Es decir, lo lamento — digo mirándolo—, me siento saturada, te amo, me encantas, pero

no tienes que estar todo el tiempo tan... atento — digo y las manos me tiemblan.

—¡hey! Amor, mírame — me dice acariciándome la cara—, lo lamento no quiero abrumarte.

—No, no, Eric. Discúlpame, siento que todo lo que hago, le hace daño a los que amo... — digo y necesito otra copa.

Como por arte de magia llegan con la otra botella.

—Escucha, lo que necesito es este viaje y a ti. Creo que el tiempo curara todo — digo mirando la botella.

—Ok — dice y me da un beso en la frente.

—Bebamos — digo y le sonrió.

—No quiero sonar como un padre... pero por favor, comamos algo, no me importa que bebas todo lo que quieras. Sin embargo, como te amo, quiero que comas, Mer...

—Sí, sí, está bien — digo porque no tengo energías para escuchar un sermón sobre la comida.

Eric relaja el rostro y pide comida. Traen distintas cosas. Cosas que normalmente me gustan, pero ahora solo me interesa la sidra. Sin embargo, me llevo a la boca una mini pizza.

Unas copas después estoy borracha y cachonda, pero me quedo dormida. Cuando llegamos a Londres, amezco en una suave cama.

—¿Qué ha sucedido? — pregunto incorporándome asustada.

—¡shhh! Descuida, está todo bien. Dormiste el resto del viaje en avión. Cuando llegamos a Londres seguías durmiendo, así que uno de mis guardaespaldas te cargo hasta la habitación. Lo quise hacer yo, pero hay demasiados paparazzi y mi manager me aconsejo que lo dejara estar.

—He dormido, demasiado — digo con vergüenza.

—Sí, pero eso es bueno, has recuperado sueño perdido.

—¿Qué hora es?

—Bueno, llegamos a las 8 de la noche, y ahora son las 12 de la noche.

—Necesito, mucha agua. Lo bueno es que no me duele la cabeza — admito frotándome los ojos—, ¡uy! Y una ducha caliente no me iría nada mal.

Eric me sonrío con ternura.

—Toma — dice entregándome una botellita de agua— te preparare el baño.

Me tomo el agua y aún tengo sed. Me levanto y me mareo y me caigo.

Eric entra me ve y corre a ayudarme.

—¡Mer! ¿Estás bien? — dice y me levanta con facilidad.

—Sí, me maree, eso es por el alcohol — digo y me siento como una idiota.

—Mer, no puedes seguir así, lo lamento, pero no puedo ignorar esto.

Mañana iremos al médico.

—No, estoy bien, solo necesito tiempo — digo irritada.

—Mer, han pasado 6 meses, yo sé que el dolor no puede medirse, pero el dolor te está destruyendo. No comes nada, apenas y pruebas un bocado y lo dejas a más de la mitad. Estas bebiendo en cantidades impresionantes, y ahora estas a punto de desmayarte. Te amo, pero no veré como te destruyes. Sé que me amas y me dices que te ayudo, pero la verdad es que no dejas que te ayude. Hacer el amor, divertirnos, y amarte, no es suficiente.

—Entonces ¿Qué quieres? — pregunto con ganas de llorar.

—Que vayas al médico, estaré a tu lado, quiero que comiences a comer, te rehabilites, tienes que dejar el alcohol, hasta que te sientas bien. Me di cuenta de que estas fumando, eso es pésimo. Tengo amigos que lo hacen, tuve novias, a todas les hice la guerra. Sé que odias el cigarro, pero te estas escudando en el. No quiero que me veas como alguien que te controla, yo no pienso controlarte.

—Lo siento — digo y rompo a llorar.

Eric me abraza y nos quedamos así un rato.

Al día siguiente voy al médico. Pero salgo abrumada. Me espera un largo camino. Eric se ve contento por mi avance. Yo solo deseo beber hasta quitarme toda la ansiedad y el estado de abrumación.

—Hoy tengo que ir a una premier ¿Quieres venir conmigo?

Lo miro con sorpresa.

—Lo sé, es la primera vez que te invito, pero eres mi novia y tampoco sabía cómo involucrarte más en mi vida — dice sonriendo con un poco de vergüenza.

—¡vaya! Sí, pero no tengo idea de ¿Cómo funciona? ¿Qué se viste?

Eric me sonrío con gracia.

—Descuida yo te enseñare y tendrás a tu disposición personas que te vestirán, si así lo deseas.

—Ok, sí, me parece bien, gracias — digo emocionada por asistir por primera vez como su novia a un evento de su vida del medio artístico.

La premier es en la noche. El estreno de una película.

—¡wow! — Dice Eric asombrado mirando mi vestido—, eres hermosa y estas deslumbrate — me dice haciendo que me sonroje.

—Tú estás muy guapo — digo mirándolo. Nunca dejó de sorprenderme al verlo vestido tan formal.

Llegamos al evento a las siete de la noche.

—Ok, esto será intenso, al bajarnos, flashes nos cegarán, nos harán preguntas ¿Estás lista?

—Sí, descuida he practicado mucho con tu manager — digo y me rio.

Eric me sonrío ampliamente.

—Pero esto no será como las otras veces, que paparazis nos tomen fotos en la calle, o fans me pidan autógrafos, esto es más movido — me advierte y aprieta mi mano para infundirme valor.

Asiento con la cabeza y mi ansiedad por beber se activa. Nos bajamos de la limosina y lo que dijo Eric cobra vida. Después de lo que pareció una eternidad lograr entrar. Todo se desenvuelve bien, hasta que llega la fiesta después de la premier. Mi ansiedad es desbordante. Conozco a gente famosa, y Cristina me hace falta más que nunca. Cada famoso que reconozco y que llego a conocer, me recuerda que Cristina estaría fascinada por estar acompañándome en tan genial momento.

El lugar de la fiesta es un club vip exclusivo. Eric esta en todo momento conmigo. Cuando entramos a la fiesta nos ofrecen licor y yo no dudo. Eric me mira, pero no me dice nada ¡Excelente! Pienso ya que si no bebo... necesito sacarme a Cristina de la cabeza.

La noche se vuelve borrosa. Hasta el día siguiente. Amanezco en la habitación del hotel donde nos estamos quedando Eric y yo. Esta vez al abrir los ojos no está a mi lado.

Veo una nota en su sobre en su almohada.

Mer.

Anoche fue un desastre, un escándalo, bebiste toda la noche. No te estoy reclamando nada, ni te juzgo. Entiendo por lo que estás pasando, créeme que te entiendo. Tuve que salir temprano a reunirme con mi gente. Ya que salimos en primera plana. Los paparazis hicieron su fiesta anoche con nosotros. Es mi culpa, no debí de invitarte en el estado que estas. Estas cosas pasan todo el tiempo en mi mundo, los escándalos. Lamento una vez más haberte involucrado. No sé cuánto tiempo tardare. Siente libre de hacer lo que quieras.

Te amo. Eric.

Mis ojos se llenan de lágrimas ¡La cagué! ¡Lo jodí todo! Mi única oportunidad de curarme. Me levanto de la cama y vomito en la poceta del

baño. Me doy un baño rápido, empaco mis cosas y me voy.

Me hospedo en el hotel más barato que encuentro. No puedo quedarme en Londres y tampoco puedo ir a Miami, pero necesito desaparecer ¡Katrin! No ella está en Irlanda... a Argentina no quiero ir, pero o es Irlanda o Argentina. Me decido por Argentina. Mis ahorros se incrementaron porque mi mamá, Felipe y mis hermanos les di lastima y me dieron más plata. Compro de inmediato un vuelo para Argentina y salgo.

Querido Eric.

Lo lamento, te decepcioné, pensé que podrías curarme y te jodí. Te amo, creo que nunca he amado así a ningún hombre, de hecho, eres el primero... pero no quiero causarte más problemas. Me voy, necesito comenzar desde cero. Mi familia no puede ayudarme y tú me has ayudado más que ellos, aunque sea egoísta decirlo. Estoy agradecida tanto con ellos como contigo. Gracias por enamorarte de mí. No te merezco. No puedo creer que estoy haciendo esto, pero tengo que intentarlo. Me duele mucho alejarme de ti, siento que mi corazón se rompe en tres. Cristina se llevó un pedazo y ahora yo te entrego otro y solo me queda uno. No voy a regresar a Miami, tampoco iré a Irlanda. No te diré hacia donde voy. Dile a mi familia que no me busque. Que estoy bien. Dejaré la bebida, y buscaré la manera de seguir adelante. Todo me recuerda a Cristina. Te amo y creo que siempre lo hare. Tuya Mer.

Dos meses después.

Mer puso de cabeza a la familia. Pensó erradamente que, si desaparecía de nuestras vidas, no nos lastimaría. Mi mamá estaba desesperada cuando nos enteramos por Eric que Mer dejó Londres y se fue sin paradero. Gracias a Dios nos enteramos por la velocidad de Eric y gastando dinero que no tenemos, que gasto él por culpa de Mer. El aeropuerto nos informó que Mer viajo a Argentina sola.

Me fui solo a Argentina. La enfrente, admito que le grite. Después de hacerla llorar y de hacerle ver el infierno que nos hizo pasar. Acepto que tenía que entrar en un lugar para que la ayudaran. Todo eso sucedió gracias a Eric. Mer lleva dos meses ahí es otra persona. Esta avergonzada con Eric. Eric acepto darle un tiempo, porque la ama. Me mude a Argentina con Alana ¡Dios! Alana ya tiene tres meses de embarazo y la he arrastrado conmigo en todo esto. Mi hermana me decepcionó, pero logré entenderla, fui duro con ella, pero ¡Joder! Soy ser humana y lo que hizo fue muy grave pero la pesadilla termino.

Le queda un mes más en el centro de rehabilitación.

Un mes después.

—Gracias — digo despidiéndome de la gente del centro.

—¿Y bien? ¿Qué te gustaría hacer? — pregunta Benja junto con Alana.

—Quiero llevarle flores a papá — digo sonriendo.

Benja asiente con la cabeza.

Maneja hasta el cementerio. Cuando llegamos, me tapo la boca.

Mi mamá, Felipe y ¡Rodrigo! Están esperándonos en la tumba de mi papá. Corro hacia Rodrigo y lo abrazo con fuerza y rompo a llorar. Después de llorar sin parar, me explican que Rodrigo siempre estuvo pendiente de mí. Solo que no sabía si era buena idea reaparecer en mi vida.

Ver a toda mi familia reunida, me llena mucho.

—Hice un pícnic — dice Alana regresando del coche junto a Benja. Benja lleva en las manos dos grandes cestas con comida. Alana lleva un mantel y unas bolsas. Le ayudamos y preparamos todo.

El cementerio donde está enterrado mi padre es precioso. Pero estoy segura de que tuvieron que pedir un permiso para poder hacer esto. Nos ponemos al día comemos charlamos. Después de un rato, me levanto para visitar la tumba de Cristina.

—¿Te puedo acompañar? — me pregunta ¡Eric! Acercándose cuando ya me queda poco para llegar a la tumba de Cristina. Mi familia me da espacio se quedan conversando en la tumba de mi papá.

No respondo me lanzo en sus brazos y lo beso.

—Mi vida, estamos en un cementerio — dice y sonrío.

—Lo lamento — digo avergonzada.

—Estoy bromeando ¡Dios! Como te extraño — dice y me abraza con fuerza.

—Gracias, al final me curaste — digo y lloro de felicidad.

Eric me seca las lágrimas y me da la mano.

—¿Quieres que te acompañe?

Niego con la cabeza.

—No, gracias, por favor espérame aquí — digo y respiro profundo—, tengo que hacer esto sola.

Me acerco a la tumba de Cristina y me arrodillo, las lágrimas fluyen solas.

—Cristina, no sabes cuánto lo lamento, es la primera vez que vengo, desde del funeral... te traje una pulsera. La hice yo. Sé que me estás viendo desde algún lugar, allá arriba. Esto es un cliché — digo y me río sin parar de llorar —, lo sé, te siento tan cerca. No me pidas que no llore y que no este triste, porque, aunque me rehabilité, el dolor siempre estará. Perdí a mi mejor amiga y hermana. Lamento nunca habértelo dicho... lamento haber dicho tantas cosas sin sentido o pensar que no me podía fiar de ti. Es irónico lo que dicen de valorar a las personas en vida, que cuando se van... es cuando nos damos cuenta de su valor... Lo lamento yo sí te valoré en vida... pero no te lo dije. Me está sucediendo que he borrado tantas cosas, el dolor ciega. Así que decidí de a poco. Mantenerte viva en mi memoria. Alana y Benja tendrán una bebé, y decidieron llamarla, Cristina. Alana Cristina Gómez — digo sonriendo —, te amo y te extraño, algún día estaremos juntas, no me importa si suena

estúpido... hasta luego — digo y acaricio la lápida.

Eric me abraza con fuerza.

—Sé que me pediste que me quedara atrás, pero no pude — dice y yo le agradezco sollozando en su pecho.

Diciembre.

Eric compra una propiedad en Miami y nos mudamos juntos. Se toma dos años libres de su carrera. Alana ya está de casi 6 meses de embarazo. Katrin y Danilo nos dan la sorpresa de visitarnos para navidad y pasar anoche nuevo con nosotros. Rodrigo igual se quedará en navidad, anoche nuevo y se ira en enero.

Clara y Rocco se hicieron novios. De ellos supe gracias a Katrin. No le guardo rencor a Clara, ya que ella perdió a su nueva amiga y era Clara la que iba manejando ese terrible día. Todavía no se ha perdonado eso. Rocco la está ayudando. Steve me contactó vía Gmail y me contó que entró a la universidad y es otro hombre. Bromea que ahora es un hombre de bien, me alegro mucho por él.

Yo entraré a la universidad el año próximo. Mi felicidad está regresando, gracias al amor de mi familia, amigos y al chico de los **ojos verdes** más fascinantes que he visto en mi vida.

FIN

Eres todo para mí

Capítulo 1

Era de las que se pasaban la vida pensando, imaginando y soñando. Veía una flor y pensaba horas y horas en ella, me pasaba algo y lo rememoraba mil veces en mi mente intentando replicar las sensaciones. Bueno, por lo menos aún sigo siendo esa chica. Solía pensar que era feliz, ¿Quién siendo joven y sin preocupaciones podría no serlo? No era una adolescente complicada, no, ¿Por qué lo sería? No tenía nada, pero tampoco podía quejarme.

Mi nombre es Virgil, tengo 22 años y en éste preciso instante estoy sentada en la mesa de un café de alguna ciudad de América, frente a mi ordenador portátil, con lágrimas en los ojos después de tocar fondo y finalmente, voy escribir sobre ello, porque eso es lo que hacemos las chicas inteligentes, escribimos cuando algo se acaba.

No sé a quién estoy escribiendo, pero joder, me importa una mierda quién lo lea o no. Ésta, la que leerás a continuación es la historia de mi vida. De la vida de una prostituta.

Limé por segunda vez mis uñas y quité el residuo de lápiz labial de las comisuras de mi boca.

—Virgil, ¿puedes apresurarte? Te están esperando.

—No me llames por mi nombre— reclamé, cerrando la hebilla de mis

tacones rojos.

—Lo siento, Vir. Ahora apresúrate.

Lancé una mirada molesta y Pierre sonrió.

Caminé haciendo sonar contra mi pecho el collar que tenía puesto y entré al auto.

No era fan de hacerlo a domicilio. No me gustaba dejar marcas a donde iba.

El taxista me dedicó una sonrisa y yo se la devolví cordialmente en cuanto me bajé.

Encendí un cigarro y me lo llevé de una vez a la boca. Empujé la puerta del hotel, y el aire acondicionado me pegó como una fuerte oleada. Hacía mucho calor allá afuera.

Me acerqué a la recepcionista y arrugó las cejas al verme.

—Señorita... aquí no se puede fumar—el humo le voló a la cara.

— ¿Es en serio?

Ella asintió, apenada. Menuda tocaculos.

Tomé un frasco de vidrio que estaba cerca de la computadora, en la que reposaban sus manos de manicure perfecta, su cara pasó de la vergüenza a la sorpresa.

— ¿Entonces por qué hay un cenicero?

—Eso es un tazón, no un cenicero, adorna el lugar, señorita— contestó, subiendo un poco el tono.

La miré con suficiencia y sacudí la cabeza. Con un movimiento rápido apagué el cigarro en el mismo “tazón” para luego devolverlo a su sitio.

—Creo que está ahí para provocarme— reí en ironía fingida— Necesito pasar a la habitación 23, ¿puedes, por favor llamar para que así me atiendan?

Moví mis dedos con impaciencia en la mesa y ella en el teléfono.

Miré a mi alrededor y resoplé al ver la manera en que todo estaba

ordenado, extremadamente ordenado. Todos los hoteles a los que había ido tenían el mismo aspecto immaculado. Los mismos sillones, pero de diferente color y en diferente posición. Las mismas alfombras, el mismo piso. Todo era igual.

—El señor Clint la está esperando, sea bienvenida— dijo frunciendo los labios, con algo parecido al reproche. Típica moralista.

Quitó mis codos del mesón con rapidez, no soportaba estar un segundo más siendo escrutada por la mirada de aquella recepcionista sosa, la miré por última vez y le guiñé un ojo.

Metí las manos en los bolsillos del blazer gris que cubría mi cuerpo y subí las escaleras. Odiaba los ascensores de una forma inexplicable, no soportaba hallar encerrada en una caja de metal que subía y bajaba por un túnel oscuro, me resultaba repugnante solo el pensarlo. Ya en el piso seis, me detuve frente a la habitación veintitrés y la puerta se abrió sin que yo si quiera hubiese tocado, salió a la vista el que imaginé que sería el señor Clint. Ya había tenido de estos, pensé en cuanto lo vi, ni muy mayor pero tampoco para decirse que era joven. Usaba el cabello como lo usaría un jovencito, del mismo color que mi blazer, sonreí no resultaba desagradable.

Me invitó a pasar, con un asentimiento de cabeza y al quitarme el blazer extendí la mano, como era de costumbre. Sus ojos azules me miraron sorprendido.

—Cobro por adelantado.

Soltó un bufido y dejó la copa de vino que tenía en las manos en la pequeña mesa de caoba para sacar el dinero, todos eran iguales, llamaban para pagar por sexo y se molestaban cuando se les cobraba, patanes.

— ¿Y si resulta no gustarme?

Mi boca se tornó en una sonrisa burlona y descarada, pequeño iluso, le callaría la boca, lo sabía.

—Por supuesto que le gustará señor— aseguré y me acerqué lentamente mientras contoneaba las caderas.

Desabrochó su pantalón con una mano y con la otra me pasó el fajo de billetes. Al recibirlo lo conté, como solía hacer todo el tiempo.

—Bien— los sacudí antes de meterlo en mi bolso— está completo.

—Lo sé— gruñó, ya impaciente— ahora desvístete. - desagradable, parecía que nunca me acostumbraría.

—Hace años que no sabía que era sentir placer— gimió, extasiado con una cara que estaba lejos de ser sexi.

Me levanté de la cama ya asteada de luchar con la ropa que había intentado ponerme acostada. Tomé el blazer y me metí en él cerrándolo de una vez, mi trabajo ahí estaba hecho.

— ¿Tiene esposa? —pregunté acercándome al espejo.

—Sí, si tengo— lo sentí levantarse también— pero no sabe lo que es el buen sexo— pasó una de sus manos por dentro de mi brasier, estaba lo suficientemente cerca como para escucharlo ronronear en mi oído— no como lo sabes tú.

Tomé su mano y la llevé a mi boca, el sabor a óxido de su anillo de casado abriéndose paso en mi lengua, jamás me casaría, eso lo tenía claro, no podía ser unas de esas que esperan en casa mientras el esposo está en una habitación de estas, con una como yo.

—Le aseguré que le gustaría— le dije y sonreí, con altanería— pero ya tengo que irme, señor... Clint.

Le eché un último retoque de maquillaje a mi cara y acomodé mi cabello, casi ni se notaba lo que había estado haciendo.

— ¿Volveré a verte?

—Si así lo desea y vuelve a llamar— guardé el dinero por dentro de mi blusa— podrá verme de nuevo.

—Llamaré— dijo, acompañándome hacia la puerta.

—Lo sé, casi todos lo hacen— dije y cerré la puerta tras de mí, con un golpe seco y de inmediato una sonrisa de suficiencia llenaba mi rostro.

Mastiqué un chicle y bajé las escaleras tatareando, me sentía tranquila, había sido un cliente realmente fácil y sin extrañas peticiones.

—Adiós Samantha— dije, así se llamaba según lo dictaba la solapa de su uniforme— siento lo de tu tazón, ten un buen día— grité en cuanto pasé por la recepción.

No tenía ganas de tomar un taxi así que decidí caminar y así disfrutar el clima. Agradecí ponerme short, a ver si mis piernas se bronceaban un poco, este trabajo no me dejaba mucho tiempo libre que quisiera invertir en algo que no fuese dormir. Saqué mis lentes de sol de uno de los bolsillos y entré a la cafetería.

Escogí la mesa más cercana a la ventana, no sin antes pedir algo de beber. Solía venir a esta cafetería por sus batidos y por la bonita librería que tenían cruzando el estante de chucherías. No por el café porque de verdad odio el sabor del café.

¡En la radio que tenían solían pasar canciones viejas, y Rude de Magic! había empezado a sonar. Sonreí tristemente en cuanto recuerdos vinieron a mi mente y moví la servilleta que estaba puesta en la mesa.

El mesero, Mike, se me acercó con el batido y lo colocó cerca de mis manos junto con un papel escrito a mano, atrayendo mi atención.

— ¿Mucho trabajo hoy? —preguntó.

—Solo uno— respondí sacando la pajita del vaso— no tenía muchas ganas de trabajar hoy ¿Qué es esto?- Pregunté refiriéndome al papel.

— ¿Segura? —miré directo a su bolsillo y mostró el dinero discretamente.- Una nota que dejó alguna chica enamorada, pensé que te gustaría leerla.

Bajé la cabeza y sonreí.

—No Miki, de verdad no tengo ganas hoy.—Miré a la nota en mis manos. Esperando para leerla, la letra se veía intrincada y apurada, dos gotas marcaban y corrían la tinta, quien la escribió había estado llorando.

—Te pagaré más Virgil, vamos— insistió.

Volteé los ojos y me eché hacia atrás en la silla.

—Por favor— volvió a decir.

—Está bien— resoplé y vi mi reloj— ¿a las siete estás libre?

—A las siete ya he salido— dijo acomodándose el delantal— ¿te espero en mi casa?

—Sip— culminé— Solo no vuelvas a llamarme por mi nombre.

Se fue y no agradecí por el papel que me entregó, yo sabía que él era de buen corazón y el que hubiese guardado esto para mí, no tenía nada que ver con mi trabajo.

Abrí el papel en mis manos y comencé a leer.

“Dicen que a lo largo de nuestra vida tenemos dos grandes amores; uno con el que te casas o vives para siempre, puede que el padre o la madre de tus hijos... Esa persona con la que consigues la compenetración máxima para estar el resto de tu vida junto a ella...”

Y dicen que hay un segundo gran amor, una persona que perderás siempre. Alguien con quien naciste conectado, tan conectado que las fuerzas de la química escapan a la razón y les impedirán, siempre, alcanzar un final feliz. Hasta que cierto día dejará de intentarlo... Se rendirán y buscarán a esa otra persona que acabarán encontrando.

Pero les aseguro que no pasarán una sola noche, sin necesitar otro beso suyo, o tan siquiera discutir una vez más...

Todos saben de qué estoy hablando, porque mientras estaban leyendo esto, le ha venido su nombre a la cabeza.

Se librarán de él o de ella, dejarán de sufrir, conseguirán encontrar la paz (le sustituirán por la calma), pero les aseguro que no pasará un día en que deseen que estuviera aquí para perturbarlos.

Porque, a veces, se desprende más energía discutiendo con alguien a quien amas, que haciendo el amor con alguien a quien aprecias”

Recuerda:

“UN HILO ROJO INVISIBLE CONECTA A AQUELLOS QUE ESTÁN DESTINADOS A ENCONTRARSE, SIN IMPORTAR TIEMPO, LUGAR O CIRCUNSTANCIAS. EL HILO ROJO SE PUEDE ESTIRAR, CONTRAER O ENREDAR, PERO NUNCA ROMPER”.

Respiré, sí, claro que se me vino un nombre a la cabeza, pero lo eché a un lado, las putas no tenían grandes amores.

A eso de las seis y cincuenta y cinco retoqué mi labial, la verdad no sé para qué y toqué el timbre.

Mike me abrió y encendió la luz de la cocina.

— ¿Quieres algo de comer?

—Al grano Miki, debo volver a casa— “casa”

Hizo una mueca y caminamos hasta su cuarto.

Mike era uno de los pocos que se esforzaba por tratarme bien y porque me sintiese cómoda. Era lindo, pero hoy no tenía ganas, así que todo lo que hiciera por mí en este momento sería ignorado, sin embargo, él parecía no darse cuenta.

Dejó el dinero entre mis cosas porque ya sabía cómo yo funcionaba.

Solté mi cabello y me quité de una vez el vestido que tenía puesto. Miki se me acercó y sin rodeos «por fin» me besó mientras tomaba uno de mis pechos delicadamente. Fui directo a su pantalón y lo desabroché, pasando mis dedos por la liga de su bóxer, tentándolo, buscando terminar esto de una vez por todas.

Lo tiré a la cama y terminé de quitarle lo que le quedaba de ropa. Besé su cara y comencé abajar hasta su cuello y luego llegar a su abdomen. Lamí mis labios y luego su miembro erecto, hice saliva como sabía que les gustaba a todos los hombres y me lo metí todo a la boca, y de una vez lo oí gemir. Pasé la lengua de arriba abajo y su mano fue a dar directo a mi cabello. No tenía ni idea de cuantas veces había hecho esto, pero aún seguía gustándole como el demonio. Lo chupé lo suficiente hasta que me cansé y esta vez sí me haló.

Pasé todo mi cuerpo por él y Mike tomó mi cintura. Me balanceé encima hasta que entró y gemí, sin placer. Como ya era de costumbre.

El sexo era y sería una rutina para mí a estas alturas.

Me moví sosteniéndome de la cama, adelante y atrás, arriba y abajo, una y otra vez. Lo único que se escuchaba era el sonido del colchón y los múltiples gemidos de Mike. Suspiré y mordí su oreja.

— ¿Vas a correrte ya? —pregunté después de un tiempo. Me sentía cansada.

Asintió con los ojos cerrados.

Contoneé mis caderas una vez más y al echar su cabeza atrás me le quité de encima. Es cierto que tomaba pastillas y usaban condón, pero nunca dejaba que me acabaran adentro, más que por precaución era por asco.

Tomé aire y Mike se volteó a verme jadeando. Me sonrió y acarició mi cara. Mike era muy bonito, su apariencia era como la de un niño, tenía pecas por todas las mejillas.

Fruncí los labios para darle un pequeño beso me levanté.

— ¿Ya te vas?

—Te dije que tenía que volver a casa.

— ¿Quieres que te lleve?

Sonreí de medio lado.

—Está bien Miki, puedo irme a casa sola.

“Casa” una vez más esa palabra.

Hice sonar contra la piel de mis caderas la ropa interior y dejé caer el vestido sobre mi cabeza. No había traído tacones, así que fue fácil el solo meter mis pies en los zapatos y ya.

Amarré mi pelo en una coleta y abrí las puertas para salir, la de su cuarto y la de su casa como tal. Tomé mis cosas y al despedirme de Mike, salí.

Conté mi dinero bajando los escaloncitos que había en la entrada y al asegurarme de que estaba completo los guardé.

Podía irme caminando, pero preferí tomar un taxi. Cosa que era estúpida, pero de verdad tenía flojera hasta de caminar unas cuadras, sin embargo, no era habitual en mí. Miré por la ventana mientras el auto se movía. La luz de la luna alumbraba la ciudad junto con los fuegos artificiales. Varias parejas estaban sentadas juntas cuando pasamos por la plaza y por segunda vez en el día, sonreí tristemente, una sensación extraña embargo mi cuerpo, no era envidia, pero si algo que me oprimió un poco el corazón.

Al llegar, le pagué al señor y bajé del taxi directo al bar. Lugar que se suponía que era mi “casa”.

Pierre estaba en la entrada y de una vez le pasé parte del dinero que había ganado hoy. A él no le gustaba que le diera el dinero que se suponía que era mío por mi “trabajo”, pero él me conseguía algunos de los clientes así que se merecía una parte, quisiera o no iba a dárselo. Y no, no era un proxeneta, ni mi proxeneta. Lo hacía por cortesía, porque él no lo necesitaba. Pero como era de esperarse, estaba borracho y perdía la cordura.

— ¿Esto es todo?

—Casi no trabaje hoy— dije por encima de la música— hoy no tengo ganas, quiero dormir, trata de que nadie me moleste.

Miró hacia abajo no muy convencido, con una mueca molesta, y asintió.

Saludé con la mirada a algunos de los clientes que estaban y que conocía.

Con paso rápido pasé directo a la parte de atrás del bar donde estaba mi “cuarto”. Hice un papel de «No disponible» y lo pegué a la puerta, de todos modos, me tomé unos segundos trancándola para asegurarme. Corrí al baño y luego directo a la ducha, me desvestí y dejé caer el agua sobre mí. Lavé mi boca con énfasis como siempre hacía y después al salir me acosté sin más nada que una camisa de Pierre, que tal vez había dejado allí el día anterior. Intenté dormir con el sonido de la música y los gritos de los borrachos, me concentré hasta que por fin cerré los ojos.

—Virrrgiil— escuché ronronear a una voz entre la oscuridad, conocía esa voz, claro que lo hacía, como la palma de mi mano.

Despegué mis ojos lentamente y Pierre se me tiró encima, chocando con mi cuerpo con un sonido seco.

Metió sus manos por dentro de la camisa que cargaba puesta y acarició con sus pulgares mis pezones. Ladeé la boca.

—Maldición Pierre, hueles asqueroso.

—Shhhh shhhh— utilizó una mano para taparme la boca.

Pasó su lengua por todo mi vientre y moví mis pies para alejarlo.

—Tendría sexo contigo Pierre, pero en serio hueles asqueroso.

Dios, odiaba cuando se ponía así.

Haló con rudeza mi cabello para luego hacer cosquillas en mi cara, y se tumbó en la cama atrayéndome hacia su cuerpo. Me dio un beso en la mejilla y dijo cosas que no pude descifrar. Cerré los ojos con dificultad aguantando la respiración hasta dormirme.

Las pesadillas llenaron mi mente y no se fueron en el resto de la noche, odiaba el olor de alcohol, traía a mi memoria más cosas de las que podía soportar.

La verdad no pude descansar, así que me levanté dejando a Pierre como un cadáver tendido en la cama. Eran como las 6 de la mañana, y el bar estaba

vacío, sucio, pero vacío.

Busqué entre las gavetas una caja de cigarros y encendí uno. Inhalé hasta que mis pulmones ardieron y le día una cálida bienvenida a la sensación de mareo en mi cuerpo, lo sostuve suavemente entre mis labios, fui a buscar la escoba y barrí las colillas que quedaban cerca de la puerta. Encendí la radio y pasé las emisoras a ver si se escuchaba algo bueno. Alarm de Anne Marie fue lo primero decente que se presentó. Nuevamente y al ritmo de la música inhalé el humo del cigarro como si mi vida dependiera de ello, cosa bastante irónica. Al acabarlo lo tiré. Moví mi cabello al ritmo de la música y bailé con la escoba como pareja. Me movía de aquí a allá, saltando y barriendo, recordando lo mucho que en sus tiempos me gustaba esa canción. Canté a gritos, destrozando la letra porque ya la había olvidado, pero disfrutándola. Cerré los ojos y eché mis caderas hacia atrás haciendo mover mi cintura alzando una mano.

—Que hermosa te ves— escuché decir a Pierre y solté la escoba del susto.

Detuve la música y fui a buscar otro cigarro, me sentía un poco molesta por cómo se había colado en mi habitación anoche.

Lo tomé con una mano, pero antes de que pudiese moverme y darle una calada, se había atravesado en el camino. Boté las cenizas que se le habían formado y parte le cayó en la camisa.

—Lo siento Vir, perdóname por lo de anoche.- Dijo realmente apenado.

Asentí y aspiré un poco de nuevo, seguir molesta tampoco iba a ayudarme de nada

—De verdad, odio ponerme borracho de esa manera, lo siento, de verdad lo siento, fui un asqueroso, perdóname, sabes que nunca te haría algo como eso en mis cabales— pasó su dedo por mi oreja y plantó un beso en mi boca, nada pasional, solo amor puro y sincero, así era Pierre, amándome sin condiciones ni barreras.

Me gustaban sus besos, que no eran de mala manera, ni algo grosero, solo un beso pequeño, de esos que nadie salía darme nunca y que así quisiesen no los dejaría.

—Está bien Pierre— tiré el cigarro al piso— no es como si no estuviese acostumbrada— bufé y lo pisé— voy a bañarme, tu deberías hacer lo mismo.

Sonrió y arrugó la nariz al oler su camisa. Asintió, sabía que tenía razón.

Crucé la puerta, pero acto seguido me devolví.

—Ah, y avísame si hay trabajo hoy.

Pasé la toalla por mi cara al terminar de enjuagarme la boca y salí del baño. Sentí la puerta abrirse y me volteé.

—Virgil, dos personas ya me llamaron, ¿quieres que vengan o prefieres domicilio?

—En realidad.- Comencé algo astuada.- Quiero que dejes de llamarme Virgil— resopló riendo— domicilio, hoy prefiero salir, no tengo ganas de ver tu cara que grita resaca.

—Okay, avísame cuando estés lista.- Dijo y torció los ojos, para luego empezar a reír, no pude evitar sonreír yo también.

Me metí en un suéter que me apretujaba hasta las ganas de vivir y una falda corta. Ropa de puta, perfecto. Me maquillé lo suficiente como para que no se notaran mis ojeras y salí corriendo con los tacones en la mano.

—El taxi te está esperando Vir, vamos.

—Dios, eres un caso perdido y un grano en el culo— dije, tomando lo que había quedado de la caja de cigarrillos que estaba encima de la mesa, refiriéndome al hecho de que siguiese llamándome Vir.

Encendí uno antes de entrar y el taxista vio con rareza mis pies descalzos. Alcé la cabeza en su dirección y sonrió apenado, haciendo rugir el motor. Me puse rápidamente los tacones y al inhalar por última vez lo que faltaba, alcé mis manos para acomodar mi cabello. Rocié un poco de perfume para que no

se notara tanto el olor a humo y me recosté completamente en el asiento.

— ¿Siempre haces esto? —escuché decir al taxista.

No había sido el mismo de ayer, pero si era conocido. Ya me había montado en su auto antes. Todo el tiempo cargaba una gorra negra y un pullover, soso.

—Siempre es una palabra muy grande, más de lo que crees, pequeño amigo que conduce el taxi— respondí cerrando los ojos— la mayoría del tiempo, sí.

— ¿Te gusta tu trabajo?

—Es mi trabajo, tiene que gustarme, o no tiene que hacerlo realmente, pero es lo que hay por ahora. Es como ser taxista, igual de aburrido, solo que con menos preguntas.- Sonrió apenado y cuando vi por el retrovisor, en su cara se formó una mueca.

— ¿Es lo que quieres hacer?- Volvió a preguntar, no se rendía un tipo duro.

—Es fácil, sólo eso— fueron mis últimas palabras en la conversación, las dije en un tono duro así que lo entendió.

Agarró con más fuerza el volante y se concentró nada más que en la carretera. Cerré los ojos de nuevo, pero los abrí de inmediato en cuanto me di cuenta de que se había estacionado.

Dejé el dinero en el asiento de adelante, inclinándome completamente y dándole una visión V.I.P de mis tetas, antes de volver a estar sentada recta parte de atrás y preparándome para salir del auto, él lo tomó el pequeño fajo de billetes y me lo devolvió.

Lo miré confundida y él me sonrió asintiendo.

—Está bien, puedes quedártelo.

—Pero...— Empecé a decir y me interrumpió.

—Ve, te están esperando— sentí ganas de dejarlo e irme rápido, pero fue como si hubiese leído mi mente— No me lo des de nuevo, porque no lo voy a

aceptar, es más fácil que lo tomes de vuelta chica.

Fruncí los labios y me bajé lentamente del auto, confundida, nadie nunca solía darme nada y a eso debía sumarle que nunca nadie me devolvía algo. Pellizqué mi boca y me devolví antes de cerrar la puerta. Eso de la psicología inversa funcionaba así que lo intenté.

— ¿Le gusta su trabajo?

—Es mi trabajo, tiene que gustarme— respondió sin mirarme y sonreí. Me gustaba el tipo.

Me separé de la acera y arrancó mirándome por el retrovisor lateral, lo saludé con la mano, tenía cara de rick, así lo llamaría si volvía a verlo.

Volteé y el gigante edificio se hizo presente en frente de mí. Atravesé la entrada y fui directo a la recepción.

Seguí los mismos pasos que había aprendido con la práctica. Mientras más breve y rápida fuera, más rápido saldría de esto. Llamar, asegurarse, caminar, habitación.

Había venido a este motel varias veces, las escaleras eran realmente matadoras, más empinadas delo razonable. Parecía un castigo, como si los constructores y posteriormente los dueños supiesen que me dan miedo los ascensores. Me mentalizo y comienzo el ascenso, tengo que subir más de 5 pisos a pie.

De alguna manera y por una parte era divertido esto de no saber a quién te ibas a encontrar. Podía ser un hombre, una mujer, alguien mayor, alguien joven. Casi nunca lo sabía, me gustaba el misterio, lo único bueno que me quedó de mi infancia. Sonreí amargamente ante los recuerdos, de mí, como una pequeña niña, de piel pálida y dos trenzas largas, esperando frente a una enorme casa, sin saber con qué me encontraría en ese momento.

Toqué la puerta de la habitación y pasaron varios minutos antes de que me abrieran.

Me sorprendí bastante al ver una cara conocida, y sentí mi cara ponerse un poco roja. A su vez, a él se le fueron los ojos al piso.

— ¿Profesor Daniels?

No respondió, seguía estupefacto, menuda sorpresa.

— ¿Vir...gil?

Crucé mis brazos y asentí, esto se pondría bueno.

«Dios santo» lo escuché susurrar.

Vestía nada más que una franelilla y pantalones de vestir, tenía los pies descalzos, sus pantalones mostraban una erección que empezaba a desaparecer. Solía ser mi profesor de biología en secundaria los primeros años, pero dejó de darnos clases después. Nunca mantuve una conversación de más de 5 oraciones con él, pero me recordaba, así que tal vez estuviese incómodo.

— ¿Puedo pasar ya o...? — pregunté mirándolo directamente. Pero él no cruzó sus ojos con los míos y su mirada era desviada. No me miraba a mí, ni a mi cara, ni a mi cuerpo, era como si no aceptase el hecho de que era yo la que estaba ahí, menudo choque.

Asintió sin decir una sola palabra y al entrar me recosté en la pared con la mano extendida.

Esta vez sí me miró, y yo sonreí, ya estaba superando el encontronazo.

—No sé si le dijeron que cobro por adelantado.

—Sí... lo sé— medio lo escuché, fue muy bajo su tono. Me estaba haciendo molestar, era una prostituta y él un hombre que busca de sexo, las moralidades porque me conocía era momento de que las dejara a un lado.

Tardó en sacar el dinero y cuando lo hizo lo mantuvo entre sus manos.

—No puedo hacer esto.

— ¿Por qué? —ladeé la boca en una mueca de fastidio, me estresaba perder mi tiempo.

—Porque, Dios, eres como mi hija...- Su voz salió e un jadeo y yo hice caso omiso de su drama personal.

Me acerqué con un contoneo leve, como solía hacer y dije e un susurro llegando a lo sexi.

—Las prostitutas de ahora son de esta edad, ¿Qué esperaba conseguir?

—Pero es diferente, fui tu maestro, es extraño...—negó con la cabeza—no es lo correcto.

Volteé los ojos y me paré erguida.

—Sin importar cuál sea nuestra percepción acerca de “lo malo o lo bueno” todo en este mundo es no permanente. ¿Le suena conocido, señor?

Yo sabía que lo recordaba perfectamente, así como yo, fue una de las pocas cosas de beneficio que aprendí en su clase.

Podría jurar que escuché el sonido de la saliva pasando por su garganta, y por fin, aunque lentamente, alargó el brazo y me pasó el dinero. Lo conté y lo puse en la mesita de noche que había en la habitación.

Dejé caer la falda hasta mis pies, deshaciéndome de mis tacones y me quité el suéter.

El señor Daniels, jadeó una vez más y no pude evitar que un escalofrío recorriera mi cuerpo ante el choque moral que se mostrar en sus ojos color miel

« Todo en este mundo es no permanente » Mmm, mentira no era.

Se quedó acostado un rato en la cama, viéndome mientras me vestía de nuevo.

— ¿Estuvo mal? —pregunté amarrándome el cabello.

—El hecho sí, el acto no.

Bufé y reí un poco, siempre tan conceptual.

—Qué bueno que haya sido de su agrado— tomé el dinero y lo metí en mi brasier — Tengo que irme ya Profesor Daniels, un placer verlo de nuevo.

—No me llames así, me haces sentir aún peor.

Sacudí la cabeza y abrí la puerta.

—Siento hacerlo sentir peor, pero saludos a su esposa.- Reí ante su mirada y le lancé un beso al aire, antes de cerrar la puerta lo vi reír un poco.

Los tacones rechinaron contra las escaleras al bajar y me detuve en el segundo piso para descansar. Me senté y de inmediato sentí el teléfono vibrar.

— ¿Pierre?- dije al contestar. Sin duda alguna era él.

—Olvidé darte la dirección del segundo que me llamó, te la envió por WhatsApp hermosa.

— ¿Me llamaste para decirme que ibas a enviarme algo?

—No sabía si estarías pendiente del celular o de chillar con un pene dentro. Ups, muy gráfico, ¿cierto bebé?- dijo y rio.

—Estúpido, hazlo llegar rápido.- dije entre una carcajada acuosa que lleno mis ojos de lágrimas y corrió un poco mi maquillaje.

Y así hizo.

Arrugué la nariz al ver la dirección, porque nunca había pasado por allí, pero si me habían hablado de él, ninguno de los comentarios había sido buenos, maldito Pierre.

« ¿No podías conseguirme un lugar más lindo? » le envié, esperando una respuesta afirmativa y que opacara un poco mi ansiedad.

«Dios Vir, si te quejas»- Bravo, esperaba una mejor respuesta.

«Si muero, es tu culpa. Tendrás que vivir con eso por el resto de tu vida. Y con el remordimiento de que me llamaste Vir»

«Que estúpida eres, estarás bien »

Detuve un taxi y le indiqué hacia donde iba. Se volteó a verme con una cara confundida.

— ¿En serio va hacia allá señorita? —preguntó juntando sus cejas, cada vez me parecía menos la idea.

—Si...—hice lo mismo, estaba empezando a asustarme— ¿Por qué?- esperaba no recibir otro comentario tenebroso del lugar, pero esa no fue mi suerte.

—No lo sé, es extraño y feo... ya sabes, el lugar y eso.

— ¿De verdad es tan malo como dicen?- No quería que me dijera que sí.

—Nunca he ido, pero de por si su apariencia, no es buena.

Puse cara de frustración y el conductor rio, no sabía qué hacer, algo dentro de mí, me decía que no fuera, pero como muchas otras cosas, lo ignoré,

El camino fue largo, pero prefería que lo hubiese sido más. El motel solo tenía dos pisos y de lejos se veía en buen estado, sin embargo, no parecía que estuviese habitado. Le pagué al taxista e insistió en si quería, devolverme a mi casa, pero lo rechacé y le sonreí a modo de despedida.

Respiré profundo y al empujar, escuché como la puerta de entrada se abría con fuertes crujidos. Miré hacia lo que se suponía que era la recepción y no se encontraba nadie, eso me puso de los nervios y un escalofrío recorrió mi cuerpo. Arrugué las cejas y caminé hasta la escalera oyendo nada más que el eco de mis tacones. Subí el primer escalón, dudosa y vi una sombra en la parte de arriba. No sé porque avancé, sabiendo que no encontraría nada bueno aquí y tal vez solo le hubiesen jugado una broma a Pierre.

— ¿Hola? — dije lo suficientemente alto como para que ese alguien me escuchara.

La sombra se movió, así que esto empezó a asustarme aún más. Maldición, debí haber aceptado oferta del taxista, tenía que salir de aquí. El pulso se me aceleró y me quedé inmóvil. Pasaron solo segundos antes de que viera un cuerpo abalanzarse hacia mí, mis cejas se alzaron en sorpresa y mi cuerpo se puso alerta. Los otros dos que estaban detrás, se movieron al unísono y en seguida el miedo recorrió mi cuerpo. Un pie se me resbaló y caí sentada en uno de los escalones.

Me levanté lo más rápido que pude, pero sentí como una mano se aferraba a mi brazo para alarmé hacia atrás. Mi primera reacción fue mover el codo directo a la cara de la sombra que me había tomado. Lo escuché quejarse y aproveché de correr. Oía los pasos de otros dos y se me erizaron todos los vellos de la piel. Mientras corría escuchaba las cosas que decían cosas, pero no alcanzaba a entenderlos. Uno de ellos me agarró con fuerza, pasando sus manos desde mi cintura, hasta arriba a mis pechos. Como pude, giré y pegué mi rodilla contra su entrepierna. El último estaba demasiado lejos como para lograr hacerme algo, parecía mantenerse distante observando y disfrutando la escena, esperando a que le dieran espacio, pero no me quejaba. Gritaba en mi interior del miedo, pero como una campeona no deje salir ni una sola palabra, sabía que no sería de ninguna utilidad pedir ayuda en este lugar, así que me esforcé en intentar escapar.

Mientras corría hacia la puerta me torcí un pie cuando estaba por llegar, pero sin prestarle la más mínima atención al dolor, la empujé con lo que me quedaba de fuerzas, gracias a algún ser divino seguía abierta y la luz de la libertad chocó con mi rostro, en ningún momento paré de correr, no me sentiría segura a menos de que estuviese a kilómetros del lugar. El viento pegaba directamente a mi cara y el sol estaba empezando a ocultarse, intentaba con fuerzas, pero no podría relajarme. Tenía gotitas de sudor en la nariz y las respiraciones entrecortadas que salían de mis pulmones en carne viva, perturbaban mis oídos.

La falda que llevaba estaba rota en una de las orillas por culpa de uno de los degenerados que me agarró y el suéter, estaba manchado de grasa, imaginé que provenía de las manos de alguno. Cuando deje de sentir que el corazón se me saldría del pecho, miré hacia atrás y me detuve lentamente al ver que ninguno me seguía. Se notaba que hacía rato que había dejado el asqueroso motel ya lejos, lo siguiente que embargó mi mente fue que no sabía en donde

me encontraba.

Me recosté a la pared que se encontraba a mi lado, intenté terminar de calmarme y respiré profundo. Tenía la garganta seca y el pulso aún seguía igual de apresurado, sentía como la parte sensible en el lateral de mi cuello latía y el pum pum de mi corazón forzando la sangre retumbaba en mi cabeza. Puse las manos en mis piernas y exhalé fuertemente, me dolía tanto la garganta que empecé a toser, ese lugar era horroroso, el clima patético y lleno de contaminación, no me sentía bien. Ya no corría como antes, maldito cigarro. Limpié mi cara con la manga del suéter y arrugué las cejas cuando el dolor del tobillo se hizo presente. Me agaché para revisarlo, pero afortunadamente sólo era una torcedura. Estaba rojo y un poco maltratado, pero no era un dolor que no pudiese soportar.

La cabeza se me puso más caliente en cuanto me di cuenta de que necesitaba dinero para volver a casa y no tenía, lo había perdido mientras corría. Saqué mi teléfono para marcarle a Pierre y estaba muerto, completamente descargado, todo empeoraba a cada momento. Maldije todo y caminé un poco. Cuando volviera, si es que volvía, iba a matarlo.

Ni siquiera sé porque acepté, clientes no me faltaban. No necesitaba venir a un lugar de mala muerte a buscar que una cuerda de psicópatas me violaran. Y de la manera más estúpida.

¿Ahora, que se suponía que hiciera? Se hacía de noche y si con luz este lugar era una locura, no lo imaginaba en la oscuridad.

No era buena para nada, me sentía frustrada. Y ya casi se acercaba la maldita noche.

Visualicé un bar, la solución se planteó en mi mente y me apresuré para llegar hasta él. Solo esperaba que no fuese como el motel o aún peor, un bar de moteros.

El humo se coló en mi nariz apenas entré, respiré tranquila, el olor que

emanaba el lugar me hacía sentir como en casa. Había bastante gente, así que no debía ser tan difícil conseguir lo que necesitaba, que en este caso era conseguir dinero. Lo único en que medio servía.

Me moví entre la gente hasta el baño y sentí ganas de vomitar. Había suciedad por todas partes. Me las arreglé para llegar hasta el espejo y acomodé mi cabello, limpié mi cara y le eché un vistazo a mi falda a la que le colgaba la tela. Como supe que no tenía remedio, solo terminé por quitarle el pedazo completo. No se veía mal, solo más corta. Alcé mis pechos, y salí de allí.

Necesitaba dinero, ya, ahora.

Me moví, meneando con sensualidad las caderas, hasta llegar a un hombre que estaba cerca de una pequeña tarima y le pedí un cigarro. Mi caja debió de haberse caído en el forcejeo, al igual que el resto de mi dinero. El hombre, al que me dirigí, tenía alrededor de cuarenta y cinco años, una vestimenta de chico de veinticinco y un aire despreocupado, miró de arriba abajo y sonrió coquetamente pasándomelo, los hombres eran seres realmente fáciles. Sonreí, me acerqué a su oído, le pregunté algo y el asintió, sin quitar la sonrisa de su cara. Era el tipo de sonrisas a las que estaba acostumbrada, sonrisas pervertidas, sin ningún tipo de dulzura.

Había un viejo equipo de sonido y al cambiar lo que se estaba escuchando (que no tenía la menor idea de que era) todos voltearon a verme, magnífico, era lo que necesitaba.

Tal vez, si esto hubiese pasado hacía unos años cuando estaba más joven me hubiese dado pánico escénico, pero ya no era algo de lo que padecía. El pensar en eso, me dio nostalgia por muy extraño que suene.

Otra canción empezaba sonar y para mi suerte conocida, lenta pero después rápida, justo como la quería.

Hice sonar mis tacones en la tarima, con fuerza, llamando más la atención

y sin decir una sola palabra empecé a bailar. Seré sincera, era sordísima para esto de bailar y no tenía ni una pizca ritmo, pero en serio quería salir de aquí. Muchos de los que estaban atrás se vinieron hacia adelante, para observar mi espectáculo y me acerqué a un muchacho que estaba de frente, con delicadeza metí mis dedos en su camisa sacándole el dinero que tenía allí. No se quejó, ni refunfuñó, solo rio y gritó al son de la música, perfecto no necesitaba una escena.

Los hombres solo necesitaban ver un cuerpo moviéndose para que sus hormonas se alborotaran y como toda mujer inteligente, me aproveché de ello.

No había un tubo o algo con el que pudiese ayudarme, bailaba sola o bailaba sola, si algo tenía en ese momento, no eran opciones.

La barra estaba cerca, así que pegué un salto y me monté encima. Escuchaba los gritos de los hombres, jóvenes y mayores. Todo el bar estaba conmocionado por mi arrebato, veía el dinero salir de sus carteras y detenerse a mis pies, por lo que no dejé de bailar. El cigarro que tenía en la mano se estaba acabando y le di una última calada para no perderlo completamente, exhalé en humo hacía el cielo y sonreí cuando lo tiré.

Mis manos iban desde mi cuello hasta mi abdomen, lento, acompañaba el movimiento con una cara de placer y se hacían escuchar piropos obscenos.

Di una vuelta levantando mi suéter hasta más arriba del ombligo, cuando sentí que la canción terminaría y los silbidos y aplausos oprimieron mis oídos, recogí lo que habían tirado y me lo metí en el brasier. Hice un gesto de beso con los dedos, una reverencia y muchos gritaron por otro show.

El tobillo me dolía más ahora, así que rechacé las peticiones. Se hizo presente la decepción y la gente se dispersó. Me senté en la barra para descansar y el que estaba encargado se me acercó, ofreciéndome un tequila. Acepté y lo tragué de un solo tirón.

Al dejar el vaso en la mesa, lo sentí acercarse más, para susurrarme algo.

Puso su boca en mi oído y sonreí, porque era justo lo que necesitaba. Besé con delicadeza su oreja y acaricié su bolsillo. No tardó en poner lo que quería en mis manos. Bajé de la mesa y él tiró el delantal que cargaba puesto a otro muchacho de la barra para llegar a mi lado. Tomó mi cintura con una mano y me condujo por todo el bar hasta que una puerta se abrió en el camino. Echó un vistazo hacia los lados y la abrió, dejándome pasar primero.

Ropa por el suelo, besos, gemidos, toqueteos, sexo.

Era como un código. Un código que funcionaba muy bien a la hora de conseguir algo.

Al terminar me estaba quedando dormida, pero reaccioné rápidamente y me levanté. El muchacho si estaba en un sueño profundo y lentamente aproveché sin hacer ruido para salir de allí.

Había menos gente en el bar y ya casi era de mañana. Caminé dando saltitos hacia la entrada que en este caso para mí sería la salida y el aire frío me pegó fuertemente en la cara. Un taxi pasó al instante y silbé casi que atravesándome en la carretera.

Se paró y suspiré corriendo hacia él. Me subí y le dije la dirección tan rápido como me recosté en el asiento. Me miró por el retrovisor y luego siguió con su vista en el camino. Debía de lucir horrible, pero la verdad era lo que menos me interesaba.

Capítulo 2

El tiempo voló o estaba tan cansada que perdí la noción de él. Antes de que pudiese cerrar los ojos ya habíamos llegado, así que como pude, le pagué y me bajé.

Se escuchaba ruido adentro como si hubiese gente y abrí la puerta con rudeza haciendo que las miradas se dirigieran hacia mí. Pierre estaba sentado en su sillón con dos mujeres y se levantó en cuanto me vio con el ceño fruncido. Se levantó molesto y me tomó por el codo escupiéndome las palabras.

— ¿Dónde estabas? Me cansé de llamarte, te dejé mensajes y...— lo interrumpí empujándolo y trastabilló sin caerse— ¿Qué? ¿Qué carajos te pasa?

No tenía ganas de explicarle nada, ni decirle lo que había pasado y menos con espectadores.

— ¡Hey!— me gritó en cuanto me vio caminando hacia mi cuarto.

—No puedo creer que lo primero que hayas hecho al verme fuese molestarte— le respondí gritando también— podías preguntarme, aunque sea si estaba bien o algo— abrió la boca para hablar, pero antes de que lo hiciera lancé una bebida hacia su camisa. Explotó, lo sé. Pero yo ya había explotado desde que entré así que no me importaba— Vete a la mierda Pierre.

Sentí sus pasos detrás de mí y le cerré la puerta en la cara.

—Maldición Virgil.

Maldita sea, sabía lo mucho que me molestaba.

—Vete— fue lo único que dije sin siquiera dirigirle la mirada cuando entró por completo.

Me tomó del brazo de nuevo y me solté al instante.

—Deja de actuar como una niña malcriada Virgil— estaba enojado, mucho. Y borracho, lo que no hacía una buena compenetración.

— ¿Cómo una niña malcriada? ¿Crees que yo me comporto como una niña malcriada? —Bufé— Yo no soy la que está estúpidamente molesta porque no le fue respondida una maldita llamada

—No sabía dónde carajos estabas, me quedé esperando como un estúpido a que llegaras, había gente esperándote aquí, no solo yo. Tienes un trabajo aquí. Y sabes perfectamente cuál es.

Exploté al doble.

— Lo siento Pierre, discúlpame por hacerte quedar mal —escupí las palabras, tal y como lo había hecho él conmigo — yo estaba divinamente, disfrutando la estadía en ese asqueroso motel con unos asquerosos tipos con divinas intenciones— arrugó las cejas y su expresión cambió— quise decirles que tenía a alguien esperándome en “casa” pero lamentablemente tuve que salir corriendo antes de que hicieran lo que sea que se les ocurriera hacer conmigo, que ni me quiero imaginar. Y si estás descontento porque se supone tengo un trabajo aquí, y es precisamente de dejar que los tipos hagan lo que quieran conmigo, pues esa no resultó— desabroché mi brasier por debajo de la camisa e hice caer todo el dinero que allí tenía guardado— o si estás interesado en cómo lo conseguí pues no afecta, porque al fin y al cabo es mi trabajo y es lo que importa— me agaché para recogerlo y al asegurarme que todo estaba en mis manos los puse en las suyas— puedes quedártelo, gracias.

Lo soltó y meneó la cabeza alargando sus brazos hacia mí intentando

tocarme con delicadeza.

—Vir...

Salí corriendo de allí, con un pie en un tacón y el otro descalzo. Ni siquiera me había cambiado y podía escuchar cómo me llamaba caminando tratando de alcanzarme.

Nadie se dio cuenta de cuándo me fui y corrí hasta la esquina del bar. Sentía ganas de llorar por la impotencia, pero caminé rápido hasta que se hubiesen pasado.

Estaba cerca de la casa de Mike y sin pensarlo dos veces me apresuré a llegar.

Toqué el timbre y pasaron segundos hasta que abrió la puerta. Estaba en una camiseta y bóxer con un cepillo de dientes en la boca. Debían de ser como las diez de la mañana así que posiblemente se acababa de despertar. Me miró confundido y le sonreí.

—Hola Mike

—Hola Virgil— lo interrumpí.

—Si no quieres decirme de otra forma, dime, aunque sea Vir, no me llames por mi nombre completo.

—Está bien Vir— sonrió de medio lado— ¿Por qué estás hoy aquí?

—Ahm, es tu día libre y pensé en visitarte, ya sabes...

— ¿Sin zapatos y con la mitad de tu ropa rota y sucia?

Fruncí los labios, un tanto apenada apenada y bajé la cabeza escondiendo una pequeña sonrisa.

Resopló riéndose.

—Pasa tonta.

Entré y un chico moreno de contextura gruesa estaba sentado en el mueble portando lo mismo que Mike, solo un bóxer, medias y una camiseta. Me sorprendí, pero al verme me sonrió y yo le devolví la sonrisa cariñosamente.

Mike lucía un poco incómodo y como pude pasé entre medio de los dos y me quedé en la cocina. Se escuchó el sonido de la puerta de su cuarto cerrándose y en minutos Mike había entrado a acompañarme.

— ¿Desayunaste?

Negué con la cabeza.

Sacó del gabinete de arriba cereal y abrió la nevera para conseguir leche. Me sirvió una taza y su amigo moreno se unió a nosotros.

— ¿Tú eres Virgil? —me preguntó recostándose en el mesón.

—Llámame V —dije incómoda porque supiese mi nombre — ¿y tú?

—No, Virgil no, Paul, si— sonreí, era agradable— mucho gusto.

—El gusto es mío.

Le tendí la mano, pero la obvió para ir a mi mejilla y darme un beso. Alcanzó a Mike y le plantó uno también, pero en la boca.

Alcé las cejas por el impacto y Mike se puso rojo de la cabeza a los pies, de todas las cosas que podía hacer, esta no me la imaginaba.

—Hasta luego bonito, tengo que irme— dijo tomando su teléfono de la mesa del comedor y haciendo énfasis en una mirada que recorrió todo el cuerpo de Mike— no vuelvas a cogerte a mi hombre V.

No pude evitar reír y él sonrió despidiéndose. Cerró la puerta y de inmediato me fui encima de Mike buscando preguntas, necesitaba saberlo todo cuanto antes.

— ¿Cuándo pensabas contármelo? —le pegué en el brazo y salte en busca de más, mi tobillo dio un pinchazo, pero lo ignoré.

—Auch— se quejó, pero siguió sin decirme nada y mirando al suelo con una cara roja y apenada.

—No te quejes, dame explicaciones

Rio y se sentó conmigo.

— ¿Eres gay? —le pregunté.

—Bisexual, es un mejor término—contestó tragando un poco de su café y sin mirarme realmente a los ojos.

Abrí la boca y volví a pegarle.

— ¿Por qué no me lo contaste?

—Perra entrometida— dijo entre dientes y se volvió a quejar— quería estar seguro, no es algo fácil de aceptar.

— ¿Paul es tu novio?

—Algo así, lo veo desde hace unos meses-

— Ah, dios, lo ves desde hace unos meses, menudo canalla ¿Sabe que coges conmigo?

—Le conté de la última vez y se molestó un poco—ladeó la boca en una mueca— pero él también lo había hecho, así que lo dejamos pasar, era lo mejor.

— ¿Él te gusta?

—Sí, eso creo.- Por como lo decía, podía entender que le gustaba bastante.

—No puedes volver a hacerlo, o sea, no puedes volver a estar conmigo, apagar por mí, quiero decir, lo arruinarás.

—Lo sé—hizo puchero— voy a extrañarte.

— ¿A mí o al oral? - Pregunté para aligerar el ambiente.

Rio y me atrajo a su pecho dándome un pequeño y cálido beso en la frente. La verdad quería a Mike, era uno de los pocos cariños sinceros que recibía a estas alturas de mi vida, en realidad el cariño que recibía se resumía a Mike y Pierre, no podía perder eso. Lo había conocido porque me la pasaba en la cafetería, era como mi refugio, en el momento en el que se enteró de lo que hacía, quiso saber más de mí y una noche empezó a llamar, yo lo vi como un trabajo más, pero llegamos a esto, podría decirse que nos conocimos más.

—Cuéntame la historia de tu no zapato—dijo después del silencio. Sonreí y me recosté más sobre él.- Y de tu falta que está mucho más corta que lo de

que tu aura de puta viste regularmente.

—Es larga ¿estás seguro?- Pregunte eso un poco cansada, realmente no quería rememorar todo lo que había pasado.

—Soy todo oídos— dijo dándole otro sorbo a su café y moviendo las cejas en forma sugerente.

—Bueno— limpié mi frente— ayer estaba haciendo un servicio — desde que empecé en esto pensé que ese término lo hacía sonar bonito— en el motel más asqueroso del universo, y allí fue que empezó todo—asintió— No tengo idea de si Pierre no sabía que era así o me mandó solo para molestarme. Al entrar creí que no había nadie y así era efectivamente, no se encontraba nadie en la recepción, llamé varias veces y todo, pero ni un alma se acercó. De repente empezaron a salir personas de la parte de arriba y noté que eran hombres, tres. No se veían amistosos, y me asusté. Salieron corriendo hacia mí, pero como pude me escapé— sus cejas se alzaron y su cara de una vez pasó a preocupación.

— ¿Te lastimaron?

—Un poco solamente— le mostré mi brazo derecho y la parte de arriba de mi pierna— no llegaron a otra cosa, me fui lo más rápido que pude y en una de esas me torcí el tobillo— tomó mi pie y lo acarició, pero como igual dolía me quejé. Hizo una mueca de dolor también y me soltó con delicadeza— llegué a un bar, no tan asqueroso como el motel, y me metí a ver si conseguía algo de dinero.

— ¿Estás loca?

—Tenía que volver aquí Mike

—Podrías haberme llamado—subió su tono de voz.

—Mi teléfono estaba muerto, de no ser así hubiese podido llamar también a Pierre

— ¿Y cómo hiciste?

—Bailé y me acosté con el mesero— hizo una mueca, algo enojado— lo siento Mike, pero al menos conseguí bastante, más de lo que tenía planeado conseguir ese día.

—Vir— refunfuñó.

—Es lo que hago Mike, tú lo sabes— suspiró y seguí— me vine a casa en un taxi, molesta, y lo primero que hice fue encontrarme con Pierre, dos mujeres a su lado y soberana fiesta en el bar. No hizo más que gritarme, porque no había llegado a tiempo, porque no sabía dónde estaba, porque se había cansado de llamarme y exploté. Le tiré una cerveza encima, sabiendo que lo iba a empeorar porque estaba borracho, pero en serio estaba molesta.

—Tú en serio no quieres muerte natural— reí un poco cuando enfatizó el en serio a mi tono.

—Siguió gritándome, pero cuando le dije parte de lo que había pasado y le tiré el dinero se calmó— limpié mi nariz— incluso intentó disculparse conmigo, pero él y sus disculpas pueden irse a la mierda.

—Orgullo y Virgil— se levantó y me pasó una galleta— él no tenía por qué tratarte así.

—Lo sé, es un—me interrumpió.

—Pero tú tampoco tenías que actuar de esa forma.

—Mike—volvió a interrumpirme.

—La mayoría de la culpa de esta situación la tiene él, está claro. Ni tenía porque tratarte así, ni gritarte y mucho menos reclamarte, no dejes que nadie nunca te hable de esa manera— intenté decir algo, pero no me dejó— pero, estaba borracho y Pierre borracho no es él y tú lo sabes. Lo empeoraste tirándole la bebida y eso estuvo mal.

Odiaba que Mike fuese tan neutral. Tenía razón y por eso lo odiaba.

Hice una mueca y él me sonrió.

Se paró y rebuscó entre unas cajas un bolsito pequeño.

—Deberías, aunque sea escuchar sus disculpas, humillarlo y después darle un abrazo—volteó a verme en cuanto me reí— lo de humillar es broma, no te emociones.

Rodé los ojos y él se acercó de nuevo hasta donde yo estaba con el bolsito que había conseguido.

— ¿Qué es eso? — pregunté.

—Primeros auxilios— me fui en risa por segunda vez.

— ¿En serio tienes eso en tu casa? Pensé que eso solo existía en los programas de televisión.

—Uno siempre tiene que estar preparado Vir— dijo con tono de niño de caricaturas— no se sabe cuándo puede llegar una amiga a tu casa con la mitad del brazo morado y el tobillo a punto de quebrarse.

Mordí mis labios para no reírme de nuevo y él sacó varias gasitas y vendaje del bolso.

—Ve a bañarte primero, después te las pondré.

—No tengo ropa Mike, vine aquí sin nada.

—En mis cajones hay bastante—me tiró una toalla— ve y relájate un poquito en la ducha.

Sonreí y fui directo al baño que quedaba en su cuarto. Agradecí que el agua estuviese caliente y suspiré de paz en cuanto cayó en mi cabello. Dejé bajar el jabón líquido sobre mi cuerpo y me estregué con rudeza. Realmente estaba cansada y los ojos ya me habían empezado a pesar.

Me sequé y puse la toalla sobre mi cabeza envuelta en el pelo.

Las sábanas de la cama eran suaves y acostarme en ellas fue como tocar el cielo. Mis ojos comenzaron a pesar más de lo normal y lo único que recuerdo hasta ahora fue que me quedé dormida.

Capítulo 3

Unas cosquillas en mi abdomen me despertaron.

— ¿No has considerado dejar de tatuarte? —preguntó una voz. Supuse que la de Mike

—No, todavía queda mucho espacio en mi cuerpo— contesté aún con los ojos cerrados.

— ¿Y los piercings?

—Creo que con ese si terminé.

Era cierto, por los momentos no quería más. Mi oreja era un saco de perforaciones. Mi nariz también, mi lengua tenía uno y no tenía más en la cara porque nunca me gustaron los de los labios. Mi primer acto de rebeldía había sido perforarme los pezones y unas pequeñas alas plateadas los presionaban juntos, a los jóvenes las volvían locos, pero tenía clientes un tanto mayores que al verlas fruncían la boca, quizás imaginando lo que habían dolido o tal vez porque son unos putos moralistas que pagan por una prostituta, pero no aceptan cosas diferentes. Muchas veces me había encontrado clientes que anunciaban con anterioridad que no les gustaban ese tipo de cosas y había tenido que, por esa ocasión, quitármelos. Sí, todavía había gente así. Dolía un poco al principio, pero trabajo es trabajo y acostumbrarse es cuestión de tener claro lo anterior.

Pero tatuajes si pretendía hacerme más, sin importar si les gustaba o no, ellos conformaban todo lo que yo era y si pagaban por mí, también tendrían que pagar por ellos. Los tatuajes llenaban mi repugnante cuerpo impuro, inmoral y vacío. Eran buenos. No me bastaba con los que tenía.

—Perfecto, te quedan hermosos, pero no quiero que seas un hierro andante.

Reí y con eso terminé de despertarme completamente.

—¿Cuánto dormí?- Pregunté luego de lanzar un bostezo.

—Como 3 horas, poquito para todo el sueño que debes tener, siento despertarte.- Mike habló y a so lo acompañó una sonrisa apenada. No entendía porque siempre estaba teniendo de esas.

—Está bien, no te preocupes— me senté en la cama, trazando u plan de acción, debía irme— igual tenía que despertarme.

—Y vestirme.

Miré hacia abajo y no tenía nada puesto.

—Oh Dios, sigo desnuda— solté una carcajada y me tapé, no era como que me diese pena, pero Mike seguía siendo hombre y un hombre con novio fuerte y musculoso.

Me miro con cariño, sonrió y me dio un beso en la mejilla.

—Te puse las vendas en los golpes, pequeña.

El apelativo cariñoso hizo hormigear mi cuerpo de una forma extraña, trajo malos recuerdos, pero los mande a un lado. Eché un vistazo a mi cadera, mi brazo y me di cuenta de que también había puesto en mi tobillo. Acaricié su cabello susurrando gracias, y volvió a sonreír, era Mike, no nadie más, me relajé.

—¿Puedes ponerte la toalla? Está alguien afuera—arrugué las cejas.

—¿Paul?

—No— dijo dirigiéndose hasta la puerta— te está buscando a ti.

Hice una mueca confundida y saqué mi cabello de la toalla para ponérmela en el cuerpo. Nadie que me conociera conocía también a Mike, ni sabía dónde vivía, excepto...

—Pierre— dije resoplando cuando lo vi sentado en el mueble.

Se levantó en cuanto me recosté en la pared y tragó saliva antes de dar algunos pasos. Lo detuve con la mano y le dediqué a Mike una mirada molesta.

El alzó los hombros y se fue a la cocina.

— ¿Por qué estás aquí?

—Pensé que estarías aquí.

—Esa no fue mi pregunta.

Sentí a Mike salir de la cocina y me regañó con gestos.

Pierre lo vio y rio un poco. Tomó un maletín del mueble donde estaba sentado, que me imaginé que era suyo y lo abrió.

Sacó de adentro un vestido, unas zapatillas de tacón y una tableta de chocolate.

“Por dios no” susurré.

Pasarían 300 años y nunca dejaría de hacer eso.

Lo colocó a su lado y raspó su garganta para empezar a cantar. Tapé mi cara en cuanto me di cuenta de que canción era, que decía algo así como “Is too late now to say sorry?” y estuvo muy de moda cuando éramos chicos.

Como pude puse mis manos en su boca para evitar que siguiera.

— ¿Me perdonas?

—No

—Perfecto, porque traje un poema para eso. – Y, antes de que pudiera decir algo, sacó una hoja de su bolsillo y empezó a recitar.

Yo llevo un dolor a bordo

Que va surcando mis venas.

Va cruzando mis arterias

En torrentes caudalosos
Cuando mi alma le recuerda.

Tibia humedad por mis ojos
Se ha cosechado de pena,
Entre pestañas que tiemblan
Que van perdiendo el aplomo
Mientras me ciega una niebla.

Bajará una lágrima pronto
Como cuerpo que se cuelga
De la rama de una higuera,
Cayendo como de plomo
Queriendo atravesar el planeta.

Ya temblequean mis pupilas,
Se estremecen las estrellas
Bajo los hombros de la tierra
Y dos lágrimas se suicidan
Porque él ya no está cerca.

Te lo llevaste...
Y sentí romper y quebrarse
Por pulsos de aquel silencio
En cuotas y partes de cristales
La cúpula del cielo.

Te lo llevaste...
Y sentí, a lo lejos, el trote del viento

Que sopló en los oídos
Como un tornado de guerra y llanto
Cayendo al vacío.

Te lo llevaste...
Abandonando mi esperanza,
Con el alma contraída,
Hincándome en la noche,
Vencido de rodillas.

Escarbaré tu tierra hasta vaciarte,
Hasta romperme los dedos,
Toda el agua de los océanos beberte,
Hasta empapar mis huesos.

De un rayo tuyo te lo llevaste
De muerte envenenado,
¡No perdono nada ni a nadie!
Tú no lo has perdonado.

Voy rasgar el poema de rabia eterna
Y la pluma atravesarla en la mesa
Con la lágrima de mi dolor derramada
Por el canal de mi vena agrietada.

Quedé estupefacta, con lo horrible del poema. Cuando no respondí, Pierre me miró con las cejas arrugadas y se preparó para volver a cantar de nuevo.
—Cállate por favor, te perdono, pero cállate por favor.
Me tomó en sus brazos y me alzó abrazándome. De inmediato me solté.

—No puedes sobornarme con ropa para que te perdone cada vez que lo echas a perder.

—No, pero también te traje un chocolate así que estoy completamente perdonado y tu acusación no es válida.

Sonreí sacudiendo la cabeza y él volvió a abrazarme.

—Ve a cambiarte, iremos a cenar.

—Son como las 3 de la tarde.

—Dios Vir, quería sonar sexy, no lo arruines.

Le señale su vestimenta.

— ¿Por eso el traje?

—Exacto — acomodó su saco — por eso el vestido.

Asentí y lo tomé de donde lo había puesto. Me fui sin decir una sola palabra más de nuevo al cuarto de Mike y me quité la toalla. Ya que no tenía ropa interior tenía que ponérmelo así, incómodo, pero no había de otra.

El vestido era rojo, tan rojo que se veía realmente vivo y hacía un perfecto juego con los tacones negros. Nunca fui fan de los vestidos, mucho menos de cualquier cosa que tuviese tacón, pero había tenido que acostumbrarme, más que todo por lo que hacía. Extrañaba mucho mis camisas grandes y pantalón. Extrañaba mucho el ser una niña. O al menos el ser más joven.

Quedó completamente ajustado a mi cuerpo y amarré mi cabello para que diera vista a la abertura de la espalda. Me metí en los tacones y salí con Mike y Pierre esperándome en la sala.

— Santo padre —dijo Mike, una frase peculiar en mí, cosa que me provocó gracia.

—Santo padre —repitió Pierre.

Sonreí, para no reírme, y Pierre hizo una reverencia para tomar mi mano. Rodé los ojos y de la misma manera se la di.

Caminé hacia la puerta de salida y me solté un momento para abrazar a

Mike, despidiéndome y dándole las gracias nuevamente.

—Está bien tonta, estás preciosa.

Sonreí y le di un beso pequeño en la boca.

El auto de Pierre, un muy bonito convertible rojo, como el color de mi vestido, nos esperaba en la entrada y abrió la puerta para que yo entrara.

— ¿A dónde vamos? —pregunté en cuanto hizo rugir el motor.

—No te voy a decir—contestó acomodando el retrovisor.

Ladeé la boca y me mantuve callada durante el recorrido. Acarició el vendaje que tenía en el brazo que era el que más se veía y me dedicó una mirada triste.

Hizo parada cerca de un restaurant que quedaba frente a un lugar donde acostumbrábamos a comer y asumí que iríamos allí, como casi siempre. Me bajé del auto y sin esperar a Pierre me hice paso a cruzar la calle.

— ¿Vir? —gritó con expresión confundida.

— ¿Qué pasa?

Tomó mi mano y me hizo mover hasta el restaurant.

—Oh no Pierre, no iremos allí.

—Siempre estás diciendo que quisieras comer aquí.

Era cierto, cada vez que nos sentábamos en frente, veía de a poco el singular escenario del restaurant. Ganaba mucho dinero como prostituta, pero incluso para comer allí era bastante. Gastaría todo lo que ganaba en dos días.

—Sí, ¿pero tienes idea de cuánto puede costar un plato que trae menos de lo que sería una merienda?

—Dijiste que querías ver que se sentía.

—Si Pierre, pero no puedo hacerte gastar...—me interrumpió.

— ¿Si fuese por tu cuenta vendrías?

—Sí.

—Bien—asintió— entonces si te hace sentir mejor pagaremos con tu

dinero.

— ¿Cuál?

—El que me lanzaste antes de salir corriendo como una Magdalena por el bar— me reí silenciosamente— lo demás no lo cargo conmigo, ni tú contigo.

—No lloré en ningún momento Pierre — bufó y rodó los ojos.

—Sabes que sí —tomó mi brazo y lo puso alrededor del suyo— ahora, ya caso resuelto, veremos en que se entretienen los riquillos.

Sonreí y reforcé mi agarre.

El de la recepción nos detuvo y preguntó si teníamos reservación. Alcé mis cejas de inmediato y por un momento me preocupé de no ser porque Pierre ya había dicho nuestros nombres. El hombre miró su lista, nos sonrió y nos dejó pasar.

— ¿Ya tenías reservación? —susurré.

—No te iba a dejar opción en caso de que te negaras por completo.

Abrí la boca y él me guiñó un ojo.

El aire frío erizó mi piel haciéndome recordar que no tenía puesta ropa interior. Había un pequeño concierto en vivo de música clásica y el ambiente era realmente bonito. Elegante por supuesto. Las personas a nuestro alrededor hablaban en tonos bajos y disfrutaban sus comidas. Todos finos. El mantel de la mesa donde nos sentamos era de un delicado color crema y había diferentes tipos de cubierto al lado de los platos.

Un mesero con un parecido gracioso a un pingüino por su vestimenta se nos acercó pidiéndonos nuestra orden. Como nunca habíamos venido Pierre le solicitó que nos sugiriera algo. Su oferta nos pareció “agradable” y lo pongo entre comillas porque solo era una ensalada con quien sabe qué, y al asegurarse se fue por donde vino.

Había un champagne puesto en el centro y lo destapé para servirlo. No acostumbraba a brindar, pero por puro placer le pedí a Pierre que chocara su

copa con la mía. Rio y lo bebió de un solo trago. Yo en cambio, me dediqué a disfrutarlo con calma. Sabía delicioso, justo como lo imaginé.

—Es mejor que verlo desde la ventana de enfrente ¿no? —preguntó Pierre sirviéndose otro poco más.- Traje algo para ti, un fragmento de algo que leí en un libro, ¿quieres escucharlo?- Preguntó y asentí, después de tragar un poco de saliva comenzó a hablar:

“De tanto perder aprendí a ganar, de tanto llorar se me dibujó la sonrisa que tengo. Conozco tanto el piso que sólo miro el cielo. He tocado tantas veces fondo que, cada vez que bajo, ya sé que mañana subiré. Tuve que sentir la soledad para aprender a estar conmigo misma. Intenté ayudar tantas veces a los demás, que aprendí a esperar a que me pidan ayuda. Traté siempre de que todo fuese perfecto y comprendí que realmente todo es tan imperfecto como debe ser, incluyéndote, incluyéndome. Hago sólo lo que debo, de la mejor forma que puedo y los demás que hagan lo que quieran. Vi tantos perros correr sin sentido, que aprendí a ser tortuga y apreciar el recorrido. Aprendí que nada en esta vida es seguro, sólo la muerte... por eso disfruto el momento y lo que tengo. Aprendí que nadie me pertenece, y que estarán conmigo el tiempo que quieran y deban estar. Aprendí a irme y a nunca volver, es lo que mejor se hacer”

—Lo leí y, definitivamente eres tú.

Terminó, dejándome atónita, solo podía mirarlo y sonreír. Después de un momento le insinué con la copa que me sirviera a mí también.

El mesero llegó con nuestra orden minutos después y al irse de nuevo los dos nos miramos atónitos.

—Es una porción más pequeña de la que pensé —me susurró Pierre.

—Primero, no hables si vas a decir porción, y segundo démosle el beneficio de la duda, tal vez no sea tan malo —dije en el mismo tono bajo.

Le señalé con el tenedor que lo probará y tomé parte de la ensalada. Mis

labios se arrugaron en el instante en que me metí el bocado. Tragué como pude y tomé una servilleta para limpiarme el resto.

—Me retracto, definitivamente no es mejor que verlo desde la ventana.

Pierre rio tan fuerte que los demás voltearon y mis orejas ardieron intentando no reírme también. Se disculpó con la mirada y todos volvieron a lo que hacían.

—Creo que solo vinimos a derrochar el champagne.

—Estar aquí en serio te está haciendo mal—dije, refiriéndome al hecho de que había dicho derrochar.

Pero mentira no era, al parecer sería lo único que haríamos aquí. No pensaba volver a probar esa cosa.

Miré hacia los que tocaban en la esquina del restaurant montados en una pequeña tarima y sonreí. Eran buenos. Otra cosa que aprovechar del restaurant.

Comenzaron a hacer sonar una melodía conocida pero no pude deducir cual era.

— ¿Lo extrañas? —habló Pierre haciéndome concentrar su atención de nuevo en él, aunque su pregunta me hubiese tomado por sorpresa.

— ¿De qué hablas? —tomé otro trago de lo que quedaba en la copa.

—Sabes muy bien de «quién»—enfaticó— hablo Vir.

Suspiré y jugué con la servilleta que se encontraba en la mesa.

—Todos los días Pierre.

— ¿Por qué no lo buscas? —tragué con dificultad.

— ¿Estás loco? ¿Cómo crees que lo buscaría así?

— ¿Así como?

— ¿Cómo que así cómo? Ya su vida debe estar hecha—volví a mover la servilleta— debe tener una vida hecha.

—Pero...—lo interrumpí yo.

—Soy una prostituta Pierre. Lo saqué de mi vida por eso, porque no se lo merecía. Y debe odiarme por eso. —Fruncí mis labios—Lo amé—amo—mucho, pero lo dejé ir. Yo me fui.

Ladeó la boca y volvió a dedicarme una mirada triste.

—Han pasado 5 años, ha pasado mucho tiempo—bajé la cabeza— ni siquiera sé si aún vive— espero que sí— o donde está. Es una locura. Eso nunca... será una buena idea.

Tomó mis manos.

—Lo sé, lo sé—suspiró rozando la punta de sus dedos con los míos— y sé que no te gusta hablar de eso—tomó otra bocanada de aire— pero solo desearía que un poco de tu felicidad volviese— sonreí tristemente.

—Tú haces mi felicidad ahora Pierre.

—“Te querré siempre mejor amigo”— dijo imitando mi tono de voz.

No pude aguantar la risa y todos voltearon de nuevo. Me disculpé de igual forma, pero la verdad es que no había podido parar.

—Dios, por eso te amo Pierre.

—Y yo a ti—sonrió.

Gritó para llamar al mesero y le pidió la cuenta.

Se aseguró de nuestros nombres y después dijo algo que nos sorprendió.

—Su cuenta ya fue pagada señor —dijo en cuanto se paró frente a nuestra mesa.

Arrugué las cejas y Pierre me miró confundido.

—Disculpe, ¿quién la pagó? —pregunté.

El mesero señaló a la mesa diagonal a nosotros y el señor Clint me saludó con una mano. Me sorprendí de nuevo y a los pocos segundos le devolví el saludo con una sonrisa de lado.

—También le dejó esta nota señorita— me entregó un papel.

“Toma la cena como un regalo. Te espero mañana en el mismo hotel a las

12” era lo que decía.

Lo vi levantarse y antes de irse de su mesa me guiñó un ojo.

El mesero me sonrió, algo incómodo y yo le sonreí del mismo modo.

—Gracias— fue lo único que me salió decirle.

El mesero se movió de atrás hacia adelante y yo seguía viendo a Clint terminar de irse.

—Bueno—dijo Pierre rompiendo el silencio— creo que ya es hora de irnos— limpió sus manos con la servilleta— fue de verdad muy agradable la estancia, esperamos pasar por aquí de nuevo.

Se levantó y me tendió la mano para que yo hiciera lo mismo

—Y nosotros que vuelva señor— respondió bajando su cabeza en una pequeña reverencia— Hasta luego señorita.

—Hasta luego joven—le toqué el hombro.

Pierre volvió a meter mi brazo en el suyo y me acerqué a su oído.

—Deberías empezar a vender tu labia—dije.

Escuché su risa y puso la boca en el mío para susurrar.

— ¿Hasta luego joven? Estar aquí también te hizo mal.

El camino hacia el bar fue divertido.

Pierre no dejaba de cantar y de dar vueltas en el auto mientras yo sacaba la cabeza por la ventana disfrutando del aire que pegaba en mi cara que hacía que mis mejillas se tornaran rosadas.

Hizo parada y me tomó con sus brazos llevándome cargada hasta la entrada. No pude evitar reír.

— ¿Estás seguro? —pregunté en cuanto vi que colocaba el cartel de “cerrado” en la puerta.

Asintió sin soltarme.

Se dirigió a un estante cerca de la barra y de una gaveta tomó dos paquetes de galletas. De avena con chocolate, sus favoritas.

—Así que allí era donde las guardabas.

— ¿Qué? No sé de qué hablas —rodé los ojos sonriendo.

—Las escondías de mí.

—Lo siento, pero de verdad no sé de qué hablas. Un caballero no tiene memoria —dijo y casi que pude sentir su ojo guiñando.

Me lanzó con delicadeza a la cama cuando llegamos al cuarto y se quitó el saco no sin antes sacar la barra de chocolate que me había comprado.

Se sentó conmigo y aproveché para quitarle la corbata.

—Gracias, sentí que mi tiempo de vida se acortaba gracias a la pérdida de oxígeno que eso me generaba.

Reí y fui a buscar dos refrescos.

— ¿Refrescos? ¿Es en serio?

—Si ¿no los ves? —los agité.

Hizo una mueca de niño malcriado y destapó los paquetes. Fui la primera en agarrar.

—Dios, esto es en 100% mejor que la asquerosa ensalada —dije con la boca llena sin masticar.

—Y nuestro pequeño cuarto de bar es otro 100% más, mejor que ese fino restaurant.

Sonreí y lo atraje hacia mí bruscamente para acostarnos. Se quejó riéndose y puso mi cabeza en su pecho.

Acarició mi cabello y me dio un beso en la frente.

— ¿Recuerdas esto Vir? —me preguntó mientras sacaba su celular.

Levanté mi cara con curiosidad y apagó la pantalla en cuanto la música empezó a rodar.

Sentí una punzada al reconocerla y mordí mi boca.

“When your legs don't work like they used to before, and I can't sweep you off of your feet” Era como empezaba.

Thinking out loud de Ed Sheeran.

Cuando yo tenía 14 años y el 15 me dedicó esa canción. Le encantaba escribírmela en todos lados. Sobre todo la parte que tanto me gustaba que decía: *Darling' I will, be loving' you, till we're seventy, baby my heart, could still fall as hard, at fifteen.* Parte que él por supuesto había arreglado porque la original no decía quince.

Me sorprendía que lo recordara. Pero lo agradecía.

No pude evitar viajar hacia atrás al escucharla. Y montones de recuerdos bonitos vinieron a mi mente. Recuerdos que valían la pena. Nuestros recuerdos.

La nariz ya había empezado a ponérsese caliente.

Lo abracé más y él comenzó a seguir la letra.

Cantamos.

"When my hair's all but gone and my memory fades, and the crowds don't remember my name. When my hands don't play the strings the same way, I know you will still love me the same"

La última estrofa él solo porque no pude. Se me había hecho un nudo en la garganta y había comenzado a llorar. En silencio, como lo hacía generalmente. Él lo sabía y no dijo nada, así que solo siguió cantando para mí.

"So honey now, take me into your loving arms, kiss me under the light of a thousand stars"

Place your head on my beating heart, i'm thinking out loud, maybe we found love right where we are"

— ¿Te he dicho que te amo? —dijo entre mi cabello cuando a la canción le faltaba poco para terminar.

Asentí.

—Yo también te amo Pierre—sollocé.

—Pero como amiga, no lo olvides.

Reí y le di un pequeño golpe en el hombro.

Pierre había estado enamorado de mí mucho tiempo de su vida, desde que cursábamos primaria si mal no recuerdo. Y a pesar de que nunca lo vi de manera romántica y de los problemas y altibajos que habíamos pasado, siguió permaneciendo a mi lado.

Recuerdo la vez que me lo dijo, era el día de san Valentín y leyó para mí una carta, aún la recuerdo de memoria.

Decía algo así como:

“Es increíble como dos personas sin ninguna preocupación del uno por el otro, pueden llegar a tener una relación y convivencia tan perfecta como la nuestra, un día llegaste y diste un cambio a mi vida, una vida simple y desolada, tu, tan especial y colorida, hermosa y siempre llena de vida. Te volviste parte de mí, pues así tengamos mil dudas y diez mil adversidades, tenemos un millón de razones para amarnos, por eso siempre estarás presente como el sol en el verano.

Me enseñaste a querer y luego a amar. Cuando estoy contigo me siento en el edén, eres los jardines en los que mi ama descansa, el dulzor de mis sueños y el color de mi sangre. Solo puedo decir que te amo, que eres mi todo, mi voz y mi fuerza, mi credo y mi refugio en la tormenta y las adversidades, eres mi corazón, alma y vida.

Dicen que este día es especial, pero para mí cada minuto que estoy contigo es el día del amor, un día que renovamos y vivimos como si fuera el último. Te juro, mi amor y una pasión tan grande como el fuego del infierno que nunca se apagará. Te amo a ti, a mi amiga, mi amada, mi musa e inspiración de mis sueños.

Prométeme no olvidarme, te amo por siempre y con el alma que nunca muere.”

Estábamos bajo un árbol en el patio del instituto cuando me leyó aquel

poema, escrito con miedo tras una foto de nosotros, no pude decirle nada, así que solo lo abracé y el entendió todo. La frase "Solo como amigos" se volvió habitual de ahí en adelante y permitió aclarar todo.

Las amistades de verdad existen, y eso me lo había demostrado Pierre. No sé qué haría sin él, y tampoco me gustaría descubrirlo. No sabría nunca como agradecerle todo lo que había hecho por mí y el solo hecho de que se quedara conmigo. En serio lo amaba y en serio estaba agradecida.

Extrañaba a mis amigos y tal vez mi familia, pero en estos momentos me bastaba con Pierre para sentirme un poco dichosa.

Limpió mi cara y me sonrió. Me dio un beso de buenas noches y me recosté en su cuerpo hasta cerrar los ojos.

Hasta acabar uno de esos días que no deberían tener fin.

—Vir ¿Qué horas son? —escuché murmurar a Pierre contra la almohada mientras yo maquillaba mi boca.

—Las 11 y 30—respondí dándome vuelta para mirarlo.

—¿Por qué no estás aquí conmigo? —murmuró de nuevo. Casi ni podía entenderlo.

—Porque tengo que trabajar, tú deberías hacer lo mismo.

—Que fastidiosa eres.

Sonreí.

—Ya pedí mi taxi, tengo que irme para llegar a las doce, te veré cuando vuelva—me acerqué a la cama para darle un beso en la cabeza—te dejé el desayuno en la barra.

—No mueras nunca por favor—dijo tomando mi mano.

Sacudí la cabeza y reí.

—Trataré.

—Te amo Vir.

—Y yo a ti Pierre—golpeteé en juego su espalda—me voy.

Guardé mi llave en la cartera y cerré la puerta.

El taxista me esperaba afuera y lo saludé. No había fumado en todo el día de ayer, así que lo primero que hice fue encender un cigarro en cuanto arrancó camino al hotel.

Era el mismo de siempre con el señor Clint, pensé en todas las veces que había ido y sentí un poco de asco, llegamos al lugar y al bajarme le pagué al señor del taxi. Tiré la colilla en el pavimento antes de entrar.

Samantha se encontraba, nuevamente en la recepción escribiendo en unas libretas.

—Hola—la saludé sonriendo.

—Hola—se sorprendió al verme— no estás fumando—me saludó.

—Sí, a la recepcionista no le gusta—sonrió— habitación 23 por favor.

Marcó el número y me miró.

—El señor Clint la espera señorita.

Guiñé el ojo por segunda vez y me apresuré por las escaleras.

Dios santo, debía haber otra forma de llegar arriba que no fuera así ni en el ascensor. Esto realmente mataba, debía empezar a cargar con mi equipo para escalar edificios, pensé y reí ante la idea.

Toqué la puerta al llegar y el señor Clint me recibió con una grata sonrisa, traté a su vez de mantener la que traía.

—Hola querida, pasa adelante por favor.

Asentí y al entrar me afinqué en la pared. Fui a quitarme la chaqueta que cargaba puesta y él se me acercó deteniéndome.

— ¿Qué pasa? —pregunté.

— ¿Quién era el chico que estaba contigo ayer?

Fruncí los labios.

—Un amigo.

— ¿Muy amigo?

—No, solo amigo—respondí, sabiendo a lo que se refería.

—¿Qué clase de amigo?

Me impacienté y lo miré directo a los ojos, odiaba estos putos encontronazos. .

—Lo siento señor Clint, pero mi vida personal no es de su importancia.

Rio y sacudió la cabeza.

—Es cierto—tocó mi hombro— perdóname. No quería hacerte sentir incómoda.

—Está bien, no se preocupe.

—Deja de tratarme de usted querida. Dime Clint

—Está bien Clint, no te preocupes.

Sonrió.

—No me arrepiento de haber pagado por ti la primera vez.

—No debería—Dije y sonreí.

Sus manos fueron a mi trasero halándome hacia él para adentrarse más en mí. Me moví de atrás hacia adelante y el cuarto se llenó de ruidos. Clint solía pedirme que gimiera, no sé si se daba cuenta que todos eran fingidos. Aun así, no se molestaba o hacía énfasis en eso, pero sabía que le gustaría que gimiera de verdad.

Me quité de encima en cuanto sentí que iba a correrse y tomó uno de mis pechos fuerte entre su mano en cuanto acabó.

La primera vez que estuvimos juntos me ofreció una cantidad exabrupta por dejar que se viniera en mi cara, pero ni por tentador que fuese iba a aceptar.

La deslizó suavemente hasta mi abdomen y se la quité con cuidado para levantarme, ya, era suficiente.

No era la prostituta normal, no fingía que los amaba a todos y que ellos eran los mejores, era arrogante, desinteresada y presumida. Asumía que eso

era lo que les gustaba y el clímax de mi éxito.

Fui al baño a lavarme un poco y me metí en la ropa interior.

— ¿Cuántos años tienes? —preguntó cuando salí.

—22, ¿y tú?

—Pareces muy joven para tener 22.

—Ese es el secreto de mi éxito—sonrió ante mi respuesta.

—Tengo 59—alcé las cejas realmente impresionada— ¿Qué? ¿Muy viejo para ti?

—No, de hecho, pensé que tenía menos.

—Pues gracias—rio.

Abroché el último botón y amarré mi cabello en una coleta alta.

—Tu dinero está en la mesa de la izquierda.

— ¿Va a pagarme?

— ¿Ya no cobras?

—No, lo digo por lo de la cena, ya sabe...

—Te dije que lo tomaras como un regalo.

Fruncí los labios y asentí con una sonrisa de medio lado, eso sí me tomó por sorpresa, casi nunca me regalaban nada.

—Bien.

Abrí mi cartera y lo eché dentro en cuanto lo conté, sonreí nuevamente.

Caminé hacia la puerta y me volteé para despedirme.

— ¿Volverás?

—Volveré—asentí y salí.

Bajé las escaleras hasta la recepción y me encontré con que Samantha no estaba allí. Encendí un cigarro al salir y me dirigí hacia la cafetería.

—Vir—me saludó Mike

—Miki—le sonreí.

—Vir, sabes que no permiten que fumes dentro

—Shh—le puse los dedos en los que tenía el cigarro en la boca— ya me lo acabé— boté el humo que tenía dentro y lo apagué en una de las mesas.

—Deberías dejar de fumar.

— ¿Por qué? ¿Hace daño o algo así?

Rodó los ojos e hizo una mueca mientras limpiaba la mesa donde habían quedado las cenizas.

— ¿Un batido?

—De oreo por favor.

—Sabes V, que estaba revisando el otro día la estantería de los libros y conseguí dentro de uno algo que pensé que te gustaría, ve una postal.- Me paso una pequeña tarjeta con un fondo de playa, por detrás en letras rojas había unas cuantas palabras, tenían fecha de 1939, la apreté contra mi pecho, me encantó.

Mike sabía que tenía una debilidad por los misterios y las cosas antiguas, siempre me ponía feliz hallar alguna nota o postal antigua dentro de los libros de la cafetería. Es era una de las cosas que más me gustaban de este lugar, que su librería estaba compuesta por materiales antiguos recogidos de cualquier lugar o que los mismos clientes dejaban abandonados.

Le di una mirada de agradecimiento y se fue, alejándose mientras se acomodaba el delantal, apenas vi que se perdió tras la barra, me recosté más en la silla, toqué como una psicótica el cartón envejecido, lo olí y el aroma a viejo se coló por mi nariz. Co un movimiento rápido le di vuelta para comenzar a leer:

“Te alabo mujer, porque con una mirada puedes robar al arpa toda su riqueza melodiosa y ni siquiera escuchas sus canciones.

Te adoro, porque pudiendo humillar las cabezas más altivas del mundo, amas a los desconocidos de la tierra.

Me conmueves porque esos brazos, cuya hermosura diera gloria a un

rey, son los esclavos diarios de tu hogar humilde.

Nidia, que tengas muchos años de felicidad, arreglándole la vida a los demás, aunque el desasosiego sea compañero de tu vida, pero sin embargo sabemos que todo cambia y siempre hay esperanza.”

21 de junio de 1939.

Respiré y me sentí feliz, era hermoso lo que ahí decía, rayaba lo impresionante, Nidia había perdido esa postal, sentía que debía volver a ella, así que como siempre me sentaba cerca de la biblioteca que tenían, me acerqué a ella y tomé uno de los libros que estaban más cerca. Sin embargo, no lo sentía adecuado y metí en uno que no conocía el nombre, la postal, alguien más merecía leerla.

El libro que elegí era un poemario, en la página por la que lo abrí, se leí un poema titulado “Perdidos”, me detuve un momento a leerlo.

Perdidos

Me he ido a la cama un millón de veces, todos lo hemos hecho. Unas tantas sola y con lágrimas, un poco más acompañada, pero a la vez sin nada. He despertado entre brazos que me asfixian o con el frío de la ausencia. He llorado en las noches, que se vuelven esquivas y efímeras, me he refugiado entre sabanas que no cobijan o simplemente he dormido sin esperar, sin sentir.

¿Y ahora? ¿Cómo se vive después de despertar a tu lado? He dormido y despertado en millones de escenas diferentes, pero nada se compara a ti.

No hay nada semejante, a tu presencia que abarca todos los espacios, a verte mientras tu cara relajada por el sueño descansa sobre tus brazos doblados y fuertes.

Desde que te conozco siento que puedes con todo. Y ni siquiera mientras duermes te ves expuesto o menos fuerte. Me encanta mirarte.

Descansar junto a tu cuerpo me ha cambiado por completo. ¿Cómo

vuelvo a dormir sola después de ti?

Llegaste invadiendo mis espacios, sin pedir permiso, adueñándote de mí y de mi entorno con esa sonrisa ladeada. Me miras desde arriba y siento que haría lo que fuera que me pidieras.

Me has arrebatado las cargas y la potestad de decidir, me has hecho más ligera así haya aumentado unos cuantos kilos. Me haces sentir bien y deseada. No puedo decepcionarme porque siempre tienes las palabras adecuadas, haces todo lo que espero y quiero de ti.

Miras dentro de mí y me haces vivir.

Mi vida se ha vuelto un cuentagotas cuando no estoy contigo, me refugio en el esperar para volverte a ver.

Caminé, caminaste, te busqué y me búscate, siempre sin hacerlo. Pero al final, queriéndolo o no, nos encontramos, ya no estábamos perdidos.

Sonreí al terminar de leer y devolví el libro a la estantería. Seguí viendo la estantería y vi “Las ventajas de ser invisible” de Stephen Chbosky.

Sonreí en cuanto vi la portada. Una pared verde con algunas grietas y letras al estilo de máquina de escribir con el título.

— ¿Te gusta? —preguntó Mike cuando volvió, poniendo mi batido en la mesa, no preguntó por la postal y en silencio lo agradecí, aunque sabía que el entendería perfectamente del porque la devolví.

Asentí.

—Era uno de mis libros favoritos cuando pequeña.

Sacó una de las sillas y se sentó de frente a mí.

Cuando hube bebido un poco le ofrecí batido, pero lo rechazó.

— ¿Y Paul? —pregunté.

—Lo veré hoy en la noche.

Metí el pitillo en mi boca y alcé las cejas repetidas veces hasta que el río.

— ¿Y Pierre?

—Lo veré hoy en la noche—repetí.

Hizo lo mismo que yo y negué con la cabeza, no cuadraba, no venía al caso.

—No Mike, no.

Bajó la cabeza riendo todavía y haciendo puchero.

Puse el dinero en la mesa en cuanto lo terminé y Mike lo contó.

—Es mucha propina Vir.

— ¿Para qué tener dinero si no lo piensas compartir? Lo mereces cariño.-

Dije mientras me ponía de pie

—Si no fueses prostituta tendrías ganado el cielo—reí.

— ¿Al cielo se permite entrar con tatuajes?

—Cierto, lo siento, no estás destinada a ir allí, perdón.

Rodé los ojos con una sonrisa y me dirigí a colocar el libro en la biblioteca.

— ¿Te lo quieres llevar?

— ¿Me lo puedo llevar?

—Sí, ¿por qué no?—asintió.

—Oh, gracias—le apreté los cachetes. Me hacía muy feliz.

La campana de la puerta sonó en cuanto salí y detuve un taxi.

La ventaja de ser invisible tenía pocas páginas así que no me tardaría nada en leerlo. En el colegio no se molestaban al prestarme libros porque solía devolverlos rápido.

Amaba las últimas páginas, a mi parecer, las más emocionantes. Me encantó el momento donde leyeron el poema del chico suicida, cuando hicieron The Rocky Show, cuando Sam le regaló a Charlie la máquina de escribir y posterior a eso lo besó. Cuando Patrick también besó a Charlie, y aunque sea triste, cuando todos se van. El momento en el que toca despedirse.

Y ya para cuando iba llegando a la mitad el bar se hizo presente. Le pagué

al taxi y me bajé corriendo hacia la puerta. Los que trabajaban se encontraban ya allí y al entrar los saludé rápidamente. Me fui de una vez a mi cuarto y me tumbé en la cama boca arriba.

Tiré mis tacones hasta debajo de la cama y tomé el libro de nuevo. No me gustaba dejar nada a medias y quería terminar de leerlo antes de que abrieran el bar.

Amaba el libro, lo amaba.

Pero como todo, había una parte que odiaba de él. La odié desde la primera vez que la leí.

“Las cosas cambian. Y los amigos se van. Y la vida no se detiene por nadie.”

Charlie lo había escrito en una de sus cartas cuando estaba en sus comunes momentos de depresión.

Y lo odiaba.

Lo odiaba porque era verdad.

Capítulo 4

Un mes después...

—Gracias chiquita— me dijo Mathew, un amigo de Pierre que conocía de hace años cuando salió del cuarto del bar— tal vez te vea el próximo fin de semana— dijo y dio un beso en mi mejilla.

Esta noche ya iban tres y a lo mejor hasta tenía humor para más.

Volví a salir, pero no sin antes asegurarme de que el dinero lo había dejado guardado.

Me ofrecieron cerveza y la acepté mientras encendía un cigarro. Generalmente me ponía en la barra y esperaba a que alguien se acercara a mí, la mayoría conocidos. Los sábados solía llegar mucha gente y eso, hacía la faena más fácil.

Uno que estaba del lado contrario a la puerta ya me había mirado varias veces, le devolví la mirada y asintió. Lo vi preguntarle al de al lado algo evidentemente sobre mí y pocos segundos después caminó hasta donde yo estaba.

—Hola guapa—me sonrió.

—Hola guapo— respondí, con la misma sonrisa.

— ¿Cómo te llamas?

—V.

— ¿Solo V?

—Solo V.

— ¿Es tu nombre verdadero?

—No—negué, botando el humo que tenía atrapado entre mis dientes.

— ¿Y cuál es?

—No doy información personal a desconocidos.

—Lo de “desconocidos” puede cambiar —insinuó acercándose más a mí y quitándome el cigarro de las manos.

Juro que enloquecí cuando hizo eso. Y él se dio cuenta porque enseguida me lo devolvió.

—Claro que puede cambiar— dije haciendo el gesto de dinero con mis dedos.

Rodó los ojos y rio.

Llevó su mano hasta el bolsillo y sacó una cantidad razonable. Lo puso en mis manos justo después.

—Solo necesitarás esto— dije al contarle devolviéndole parte del que me había dado.

—No todos los días encuentro una cara bonita que le quedé tan bien ese piercing en la nariz como la tuya, quédatelos—cerró mi mano

Sonreí por el halago y le señalé mi cuarto.

Me siguió de entre toda la gente hasta allá.

No lo pensó dos veces al entrar, ni siquiera había cerrado bien la puerta cuando sus labios ya estaban en mi boca.

Sacó su camisa por arriba de sus brazos y tomó mi cara de nuevo. Nos habíamos tumbado en la cama quitando las sábanas que estaban cerca.

—Me llamo Julius—dijo a una velocidad que no pude entender.

— ¿Qué dices?

—Mi nombre, es Julius—repitió, esta vez más claro.

Lo quité de encima en cuanto lo escuché bien y su expresión pasó a confusión.

— ¿Julius?

—Sí, ¿qué tiene?

Pasé los dedos entre mi cabello.

— ¿Puedes esperarme aquí? —Arrugó las cejas— No tardaré.

—Pero ¿qué...—lo interrumpí.

—No tardaré—grité dirigiéndome hacia el baño.

Busqué entre los cajones de una mesita que Pierre tenía allí tumbando casi todo y encontré una caja de Marlboro. Bien, perfecto.

Tomé el encendedor y al sacar uno lo prendí de una vez.

Respiré profundo cuando di la primera inhalada.

Maldición, ¿no se podía llamar de otra forma?

— ¿V? —llamó y golpeé mi cabeza.

—Ahí voy—grité en respuesta quejándome por lo bajo.

Apagué el cigarro a la mitad con todo el dolor del mundo y lo tiré a la basura.

—Lo siento—dije cuando salí, ya él se había quitado el pantalón— ¿cuál es tu segundo nombre?

— ¿Qué...—volví a interrumpirlo.

— ¿Cuál es? —Insistí— ¿Pedro? ¿Juan? ¿Florencio?

— ¿Florencio? —rio—Andrés, es Andrés—respondió con una mueca.

—Bien, me gusta Andrés.

— ¿Todo eso fue por qué no te gustaba Julius?

—Lo siento, pero no puedo gritar tu nombre si no me gusta.

Me miró como si fuese la cosa más extraña del mundo y rio de nuevo, esta vez más fuerte.

—Eres rara V

—Lo sé—sonreí incómodamente.

Se levantó, aún con rastros de risa en su expresión y lentamente se acercó hasta donde estaba. Quitó mi cabello con delicadeza y me besó el hombro.

Estiré la mano hacia atrás y bajé el cierre del vestido que cargaba puesto. Casi nunca dejaba que me quitaran la ropa, prefería hacerlo yo misma.

Sus manos fueron hasta mi trasero y me cargó hasta que al tumbarnos en la cama por segunda vez quedara encima de mí.

Tiró mi brasier hasta debajo de la cama y besó mis pechos.

—No tires mi ropa tan lejos, no puedo conseguirla después.

Se movió hasta mi boca con una sonrisa y me besó de nuevo.

Andrés era bonito, de piel blanca y de cabello rubio claro. Sus ojos eran marrones y su boca rosadita. Tenía un cuerpo espectacular y era agradable. Me gustó. Solo que su nombre lo arruinaba.

No tardó nada en quitarme lo que faltaba y él lo suyo.

Se sentó de rodillas y movió mi cara hasta abajo.

Lo sabía, no podía faltar un oral.

Me apoyé de sus piernas para hacerla entrar toda en mi boca y al pasar mi lengua por arriba lo escuché gemir. Hasta bonito gemía.

—Sin manos, toda una experta—dijo después de un rato sonriendo con satisfacción.

No pude evitar reír, pero no paré.

—Vivo de esto ¿sabes? —lo miré.

Tomó mi cara entre sus manos deteniéndome y me acostó, haciendo sonar la cama.

Pasó sus manos por todo mi cuerpo modulando un “Me gustan tus tatuajes” y se detuvo en mi entrepierna.

Sus dedos se movieron de arriba abajo y me probó. Traté de no hacer mueca, porque a pesar de muchas mujeres lo consideraran sexy a mí me

parecía gracioso.

En menos de dos minutos después de haberse colocado el condón ya estaba dentro de mí. Entraba y salía. No mentiré, se sentía bien. Hacía mucho tiempo que no se sentía así.

Me pidió que dijera su nombre y de inmediato solté el segundo, no quería pensar en el otro mientras hacía esto. Aunque ya solo con no querer pensar, estaba pensando.

Rápidamente lo cambié de posición y me coloqué arriba. Sus manos se aferraron a mi trasero fuertemente y se levantó un poco para besar mi pecho.

—De verdad puedes quedarte el dinero, lo vales—dijo en mi cuello, gimiendo.

Mordí su hombro y sonreí por el cumplido.

— ¿Dejarías que me corra dentro? —preguntó, agarrándose con una mano por mi costilla para impulsarse y moverse también.

—No, jamás.

Lo escuché quejarse bajito, pero no protestó.

Cada vez iba más rápido. Andrés era por lo visto así, rápido.

La cama sonaba, al igual que su boca. Y la mía. Lamí mis labios y el mantuvo uno de mis pechos entre los suyos haciendo recorrer una pequeña onda de placer por todo mi cuerpo.

Empezó a gemir más fuerte después de un rato mientras se movía así que imaginé que ya debía estar por correrse. Hasta yo estaba a punto y al darme cuenta agarré sus piernas contra las mías cuando sentí el orgasmo. Gemí de placer bajito, pero él no se contuvo.

Apretó mi cintura fuerte y gritó en mi oído quitándose de encima al instante. Cerró los ojos y lamió su boca mientras respiraba entrecortado. Ya se había corrido. Acaricié su miembro después de eso.

Hice sonar mi cuello y él me miró tocando mi cara con una mano.

— ¿No me dirás tu verdadero nombre?

Negué con la cabeza.

— ¿En serio? Estuve pensando en eso casi la mayoría del tiempo mientras hacíamos el amor, quería decir tu nombre.

— ¿Mientras qué? —solté unas risitas.

—Mientras hacíamos el amor

Sacudí la cabeza riéndome de nuevo y me levanté buscando en el piso mi ropa.

— ¿Qué? ¿Por qué te ríes?

—Es sexo.

—No, hicimos el amor, es diferente.

Me volteé en cuanto me había puesto la parte de abajo.

— ¿Cuál es diferencia?

—Es diferente, tener sexo y hacer el amor es diferente. Hacer el amor es algo lindo, no digo que tener sexo no, pero hacer al amor es diferente.

Rodé los ojos y terminé de vestirme.

— ¿Qué? ¿No lo crees?

—No importa lo que yo que crea Andrés

—A mi si, muchas personas dicen eso. ¿Crees que es lo mismo?

Recogí mi cabello y le hice gestos de que se vistiera.

—Llevo siendo prostituta mucho tiempo, y jamás “he hecho el amor”. Solo es sexo, es lo mismo.

—Si lo haces con una persona que amas, es hacer el amor.

—Lo que sería tener sexo por igual, así que es lo mismo. Y más si es con una prostituta, con una puta no haces el amor.

—Tú eres hermosa, contigo se haría el amor.

Hizo una mueca mientras se abrochaba el pantalón.

—Eres muy melancólica—dijo después. Reí.

—Realista bebé.

—Lo que es igual a ser melancólica.

Fruncí los labios intentando no sonreír.

—Me gustas—dije.

—Y tú a mí—me sonrió.

Abrí la puerta y esperé a que saliera.

— ¿Me echarás tan rápido?

—Intercambié más palabras contigo de lo que las he intercambiado alguna vez con un cliente en mis 5 años de trabajo.

—Debería sentirme afortunado entonces—dijo, pero no en forma de pregunta.

—Deberías.

Acarició mi cabello y me dio un pequeño beso.

—Quiero volver a verte.

—Estoy disponible de lunes a domingo, excepto los martes miércoles y viernes en la mañana.

Negó con la cabeza.

—No como prostituta—raspé mi garganta.

—Lo siento Andrés, solo veo a la gente de esa manera.

— ¿No sales con nadie?

—No.

— ¿Ni por una vez?

—No, soy una prostituta y esa es la relación que mantengo.

Sonrió con tristeza y asintió.

—Está bien —metió las manos en sus bolsillos— entonces te llamaré como prostituta.

—Bien—le pasé una tarjeta que tenía mi número anotado y él la tomó— te veré cuando me llames.

—Pronto—afirmó.

Sacudí la mano despidiéndome y él hizo lo mismo.

Coloqué el cartel de “No molestar” en la puerta y la tranquilé. Ya había terminado por hoy. Debían ser las 2 de la mañana. Y sin pensarlo dos veces caí tirada en la cama.

Desperté con medio brazo en mi cara.

Pierre.

Solía hablar dormido y ahora lo estaba haciendo, aunque casi nunca lo entendía. Alargué mi mano y tomé mi teléfono para ver la hora. 11 de la mañana. Maldición, se suponía que hoy tenía que levantarme temprano. Maldición, maldición, lo había olvidado por completo.

Moví con rudeza a Pierre despertándolo y corrí hacia el baño.

—Báñate rápido, tenemos que salir—le grité mientras me quitaba la ropa con rapidez.

—¿Qué? ¿Por qué? —murmuró.

Salí en toalla y lo sacudí, me miró y se quejó.

—Párate.

Volví a correr hacia el baño y me bañé lo más rápido que en mi vida lo había hecho.

Me metí en un vestido corto sencillo y los primeros tacones que encontré. Pierre volvió a entrar al cuarto con una franela y un mono puesto. Bien, al menos estaba vestido.

Rebusqué en la peinadora y le tiré las llaves de su carro.

—Exijo, aunque sea una corta explicación.

—La tendrás después, camina.

Lo empujé hasta la puerta de salida y cuando estaba a punto de cerrar me devolví.

Ya Pierre estaba montado en el auto con la puerta de mi lado abierto.

—Lo siento—dije sacudiendo la caja de cigarros que había dejado.

—Lo imaginé— frunció la boca arrancando.

Encendí uno y me recogí el pelo.

—Vir ni siquiera has desayunado.

— ¿Y entonces? —resopló.

— ¿A dónde vamos? ¿Vas a un servicio?

—No, cruza aquí—le indiqué la siguiente cuadra—ahora párate aquí—
dije cuando ya habíamos pasado unas 5 casas.

— ¿Me hiciste manejar para esto? No estamos a nada del bar

—Cállate—marqué un número de teléfono.

—Dijiste que no harías ningún servicio.

—Que te calles—repicó el celular. Apretó los dientes, odiaba que hiciera
eso.

— ¿Hola? —Saludé cuando contestaron—Si, hola, soy V... Sí, estoy... Si,
lo siento, me levanté tarde... Está bien... Claro... Sí, está bien—colgué.

Volteé mi mirada a Pierre y su expresión era indescriptible. Reí, para más
confusión de él y encendí otro cigarro.

—Vir estamos en propiedad privada, ¿ves esa casa? Van a salir de ahí y
me van a mandar a volar. Tenemos que irnos.

No contesté y golpeé suavemente el volante varias veces con los dedos.

Alargué mi cuello y al ver llegar a los que estaba esperando me bajé del
auto. Pierre me llamó, pero no le hice caso.

—Vir, nos van a mandar a volar, deben ser los dueños.

Saludé al señor Fieri al caminar hasta ellos y me recibió con un fuerte
abrazo. Su esposa tomó mis mejillas y me besó. Solían saludarme así de lindo.

— Querida, se me parte el alma, pero debido a la hora tenemos que irnos
rápido, tenemos una junta —explicó y me apené, les había hecho perder
tiempo— ¿quieres firmar de una vez o? —insinuó pasar cuando se había

separado de mí.

—De una vez si es posible y si es lo único que falta.

—Es lo único que falta—me indicó con una sonrisa pasándome un bolígrafo.

—Gracias—me apené de nuevo—no llevo ni cartera.

Me apoyé en la pared sin mucho esfuerzo y firmé todos los papeles que quedaban.

Cuando ya hube terminado Fieri tomó mi mano entregándome algo y la besó.

Sonreí y abracé a su esposa.

—Lamentamos pasar tan poco tiempo, pero de verdad tenemos que irnos—dijo Fieri poniendo el bolígrafo en su camisa y preparando para irse—Un placer verla de nuevo señorita V

—Igual a ustedes, espero encontrármelos cuando vuelvan de sus vacaciones.

—Con gusto, querida—acarició mi cabello la señora.

Caminaron hasta su auto y los despedí haciendo gestos con la mano.

Le tiré las llaves a Pierre desde donde estaba y sacudí los papeles que tenía en la mano.

—Eran los dueños—afirmé.

Pierre estaba completamente estupefacto. Su cara era una especie de confusión, desconcierto, asombro y mucha más confusión. Indescriptible.

Rodé los ojos y caminé hasta donde estaba para hacerlo salir del auto.

—Amo nuestro cuarto de bar, pero pensé que ya tal vez era hora de comprarnos una casa ¿te gusta?

Me miró, aún atónito y me abrazó.

—V, esto es... Dios, esto es—las palabras no le salían y puedo jurar que lo sentí llorar.

— ¿Por qué lloras? No llores.

— ¿Cómo quieres que no llore? Es... es increíble. Estoy llorando de la felicidad

—Está bien, está bien—se me escapó un suspiro sonriendo y me aguanté las ganas de llorar para no manchar su camisa—yo también estoy feliz.

—No puedo aguantar la felicidad.

—Está bien Pierre, yo también estoy feliz—repetí dando un beso en su mejilla.

Pasó su mano por mi cabello y no me soltó hasta un buen rato.

No lo creía aún, estaba atónito.

Tomó mi brazo y abrió la puerta.

—Oh por Dios—dijo en cuanto entró.

Corrió hacia la cocina y luego al comedor. Subió y bajó las escaleras en menos de un segundo.

—Por dios, por dios, por dios.

Reí por lo bajo al verlo, estaba más emocionado que yo.

—Vir, esto es una mansión, es una maldita mansión, es... es hermosa maldición. Es casi tan hermosa como tú.

Sonreí y bajé la cabeza.

Corrió hacia donde estaba yo y me tomó cargada en sus hombros. Grité y reí. Fue hasta el piso de arriba y abrió uno de los cuartos.

—Mira esta belleza joder. Mira esta maldita belleza

«La veo Pierre, la vi antes de comprarla»

Su excitación era muy graciosa.

Tocó el closet y las demás cosas de unas mesitas de noche que había y lo observé sentada. Susurraba cosas, pero no alcancé a escucharlo.

No tardó en tumbarse conmigo en la cama y puso su cara en mi pecho.

Había comenzado a llorar de nuevo.

—No llores Pierre— dije acariciando su cabello.

— ¿De dónde sacaste para esto?

—Estuve reuniendo, todo el tiempo estuve reuniendo.

Apretó mi cintura y lloró más fuerte.

Sonreí tristemente y besé su cabeza dejando escapar una pequeña y solitaria lagrimilla.

Pierre se esforzó toda su vida para hacerme feliz. Y yo quería hacerlo, quería devolverle, aunque fuese un poco de esa felicidad.

Se lo merecía, con todas las letras de esa palabra.

Y aunque no dejó de llorar, cerré los ojos suspirando paz.

Capítulo 5

—¿Por qué nunca te quedas acostada conmigo cuando terminamos de tener sexo? —preguntó en cuanto me levanté para vestirme.

—Porque soy una prostituta Clint, no una dama de compañía.

—Eso no te impide quedarte un rato.

—Créame que si—amarré mi cabello en una coleta y tomé el dinero de donde generalmente lo dejaba.

—Algún día dejarás de ser tan terca.

Sonreí y fui hasta donde estaba para darle un pequeño beso en la mejilla. Clint no me trataba mal. Tal vez la primera vez me trató un poco brusco, pero todos tratan así a las prostitutas. Además, nunca se había quejado por mi aspecto. En el pasado, y aún, había perdido clientes por lo mismo. Y él no había sido uno, pagaba cuando tenía que pagar y como era. No me quejaba.

Cerré la puerta y sentí mi teléfono sonar. Debía ser Pierre.

Miré la pantalla y el número era desconocido. Su código ni siquiera era de aquí.

Levanté las cejas al darme cuenta de quién podía ser y mi pulso se aceleró de inmediato.

Oh por dios.

Salí corriendo y las personas que estaban en la recepción dirigieron su

mirada cuando pasé por la salida. Necesitaba un lugar tranquilo.

Juro que nunca había corrido tan rápido en mi vida. Excepto la vez de aquellos tipos, pero este si era una buena razón. La llamada se cortó y maldecí, pero volvió a sonar. Bien, tenía tiempo. Todas las personas de la calle me miraban, pero no le presté atención. Necesitaba llegar rápido.

Empujé la puerta de la cafería y fui hacia el lado de la biblioteca donde no había nadie. Agradecía que a esta hora no concurriera el público.

Eché la parte de mi cabello que había caído en mi frente para atrás y noté como mis manos sudaban. Por favor que fuera ella. Nada me haría más feliz en este momento.

Cuando por fin estuve segura de que podría contestar sin morir antes, deslicé la llamada para atenderla y respiré profundo.

— ¿Virgil? —escuché preguntar.

Mis ojos se llenaron de lágrimas. Dios, la extrañaba tanto. Si era ella.

— ¿Elizabeth? —pregunté yo.

—Te amo—dijo de una vez.

Mi nariz se puso caliente y mordí mi labio inferior.

—Yo también te amo—respondí, y se dio cuenta de que había empezado a llorar.

—En todas nuestras llamadas lloras, por favor no llores—dijo tratando de reír con la voz algo quebrada.

Me reí también y sostuve el teléfono contra la oreja.

—Te extraño tanto Virgil

Pasé mi mano por mis ojos y subí las rodillas hasta mi cara.

—Te extraño más de lo que crees Elizabeth—apoyé el brazo en mi pierna — quisiera que estuvieras conmigo.

—No sabes cuánto espero terminar esta carrera rápido para ir a verte.

Sonreí, porque al menos seguía en su carrera, así que debía estar bien. Era

la segunda que tomaba.

—Compré una casa, estás invitada cuando quieras—dije, sin estar muy segura de decírselo.

Soltó un grito ahogado. Y tardó bastante en asimilarlo.

—¿Compraste... compraste una casa?

—Habíamos prometido vivir juntas ¿recuerdas?

Sentí sus sollozos y mordí mi labio.

—Perdóname por no haberme quedado Vir, perdóname por irme.

Negué con la cabeza y sonreí tristemente.

— No podías quedarte conmigo, aunque hubieses querido. No te hubiese dejado. Mírate en este momento Eli, eres una abogada exitosa y casi terminas tu segunda carrera. Te lo mereces, en esta y muchas vidas. Si te hubiese quedado, no lo tendrías.

—Pero...—la interrumpí.

—Además nunca has dejado de llamarme, no me has olvidado.

—No podría olvidarte ni en esta ni en ninguna vida

— ¿Ves? No tienes que pedirme perdón—volví a sonreír con la misma tristeza.

Elizabeth era mi persona favorita en todo el mundo. Antes era mi padre, pero no quiero hablar de eso.

Elizabeth y yo somos primas. Y habíamos sido amigas desde que teníamos uso de razón. Toda la vida.

Mejores amigas.

Se fue a otro país cuando teníamos 17, bueno yo 17, ella 18. Su sueño desde pequeña había sido ese, ir a estudiar a otro país. Habíamos planeado irnos juntas, pero yo no tenía lo necesario para irme. Ella se ofreció a quedarse, pero como dije, no lo permití. Sabía que haría eso, así que para ese momento ya yo había desaparecido. De todo el mundo. Fue una de las razones

por la que lo hice. Ya había planeado desaparecer así que esa fue una excusa perfecta para completar mi ida. Y cuando me enteré mucho después de que ella se había ido, me sentí aliviada.

Pero un día, me envió un correo con una carta que quien sabe hacía cuanto había escrito, posteriormente me llamó, Pierre, ella y yo siempre habíamos escrito, era la manera que teníamos de desahogarnos.

Recuerdo que la carta, decía así, me la sabía de memoria:

“Mi amiga, la que yo conocí a través de mi historia de amor y dolor, era un reflejo de lo que yo en un momento fui y de las cosas que viví, una mujer valiente, con inspiración, una romántica empedernida, muy buena escuchando, sin mucho que decir, loca pero medida, poco cautelosa, estresada, con tantas cosas que hacer, un millón de responsabilidades que cumplir, una carga familiar enorme y un peso encima que muchas veces no la dejaba vivir, con un autoestima no muy alto, pero aun así era aceptable, muchas veces se consideraba, muchas no, pero sabía que en el fondo no era mala, no era una mierda como decía, descuidada, algo irresponsable, aunque terminaba resolviendo como muchas veces me dijo, de esas personas que dejan y dan más por quien aman, perdonan y vuelven a confiar, de esas que dicen no darse mala vida, pero finalmente lo hacen, de las que lloran con sentimiento, con dolor, pero vuelven a sonreír con cualquier tontería y se les pasa. Nada cariñosa, pero aun así aceptaba cariño, de esas que creían en el amor, aunque le temían al compromiso, de las que tienen una meta fijada y un sueño en construcción, casi por cumplir, de las que intentan cambiar a los demás, pero no puede cambiarse a sí misma, de la que siempre deja todo para después, anti parabólica, dejada, libre y desprendida. Todo eso eres y has sido Virgil, pero no la puta, que intentas ser ahora.”

Yo no sabía que era ella cuando contesté el teléfono, el último contacto que había tenido con ella había sido esa carta por correo y de eso a la

llamada, solo habían pasado unos dos días. Estaba molesta, dolida. Tenía que estarlo. Pero me perdonó. Casi siempre hacíamos eso, desde 2do grado de primaria. Era mi persona favorita, y yo la suya. Teníamos que hacerlo. Me dolió dejarla, pero más me dolía que no fuese a cumplir sus metas por mi culpa. La gente todo el tiempo terminaba mal por mí, y no iba a dejar que con ella pasara también.

— ¿Has estado bien? —preguntó.

—Sí, supongo, ¿tú has estado bien?

— ¿Te estás protegiendo? —me interrumpió, sin contestar mi pregunta.

Fruncí los labios. Era extraño hablar de esto con ella. No se había molestado conmigo cuando se enteró lo que hacía, pero vamos, nadie espera a que su mejor amiga se convierta en prostituta de la noche a la mañana y está contenta con eso. Sin embargo, entendía, yo en general evitaba contarle lo que hacía, pero no podía mentir o ignorar sus preguntas cuando las hacía.

—Claro que me he estado protegiendo.

— ¿Nunca se te ha olvidado? Ya sabes... ¿no has...?

Abrí los ojos de sorpresa porque sabía a lo que se refería, me sentí algo dolida, pero respiré profundo antes de responder, no quería cagarla aún más con Elizabeth.

—No soportaría salir embarazada Elizabeth, pero tampoco sería capaz de abortar.

—Está bien, lo sé —dijo, en tono de disculpa — Sólo quería estar segura. Joseph aún no me da sobrinos—rio, Joseph era su hermano— tampoco es que los quiera, solo quería saber si tú ya...—la volví a interrumpir.

—Si ya había asentado cabeza—suspiré—Y la respuesta es que no, aún no.

El silencio se tornó largo.

— ¿Crees dejarlo de hacer algún día?

—Tal vez, ninguna cosa es para siempre.

Resopló riéndose.

—Mi amor por ti sí.

—Comprada—dije y volvió a echarse a reír.- ¿Cuéntame como de grande está Duke?- Duke era su perro, Elizabeth tenía un enorme pitbull que solo a ella y a mí, podía parecernos adorables.

—Hermoso y enorme, está mi bebé, como siempre.- Dijo y reí, Duke era terrorífico.

Cerré los ojos y traté de no llorar. La necesitaba ahora conmigo, no al otro lado del teléfono. Sabía que era lo correcto, pero no me gustaba.

Concentrándome en no morirme de una vez, seguimos hablando. En cada llamada, tenía nuevas cosas que contarme. Tenía nuevos amigos, nuevas metas, nuevos sueños. Y el solo hecho de escucharlas me hacía sentir feliz y parte de ellas. No era lo mismo, pero nosotras éramos las mismas.

Y suspirando más felicidad, me quedé hablando con ella hasta que se hizo de noche.

Al colgar, anoté la dirección de correo electrónico de Elizabeth en mi teléfono y escribí una carta, ya era hora, se la merecía.

Elizabeth

A veces la inspiración llega cuando menos se espera, a veces la musa se posa sobre alguien que no lo vale, a veces simplemente los sentimientos son muy complicados para pasar de la cabeza, a estos dedos que golpean rápidamente el teclado. En muchas de mis buenas, malas y vacías cartas has estado tas de mis buenas, malas y se espera, a veces la musa se posa sobre alguien que no lo vale, a veces simplemente los sentimientos son muy complicados para pasar de la cabeza, a estos por eso. Porque de todos los que te rodeaban fue a mí a quien elegiste, fue a mí a quien le permitiste entrar.

Siempre te he visto como una pieza de cristal costosa, yo, tan explosiva y descuidada, camino paso a paso, con cuidado y parsimonia a tu alrededor, siempre por miedo a romperte. Evito mi brusquedad, (bueno, menos la de mis palabras) y locura porque quiero ser lo suficientemente buena para ti.

Eres, has sido y serás mi única amiga. Tú, la misma de ayer, la incondicional, la que no espera nada, como dice aquella buena canción. Esa siempre ser, la incondicional, la Sé que te da risa que te diga que me duele el corazón, pero es verdad, a veces te quiero tanto que duele. Siento que es nuestro aniversario, así que, ¿Que mejor momento para enviarte la carta?

Tengo demasiado que agradecerte, me has enseñado me. Siento que quizás deberías, hasta cuando me fui, me dejaste una tarea por entender y esa fue aprender a ir, venir y vivir sin ti, fue difícil, no te creas, pero el punto es que ahora que se cómo es y puedo discernir, elijo nuevamente, caminar contigo.

Nunca te lo había dicho, no así, pero Te amo y lo hago no porque este perdidamente enamorada de ti en secreto, (aunque sabes que quiero como si estuviese enamorada) lo hago porque es fácil, es algo innato sentir que no podría hoy, mañana o en un futuro lejano dejar de hacerlo. Te he dicho muchas veces, que no se querer y no es que no sepa, es que la mayoría de las veces decido no hacerlo. Me escudo en mi personalidad y al final, aunque todos crean que lo logran, nunca dejo entrar. Soy una imagen difusa que creen entender, pero que, ciertamente no lo hacen. Bueno, aunque me cueste admitirlo, tu sí, siempre has visto más allá.

Me haces feliz, porque eres mi complemento, imagino un mundo perfecto en el que le lleve en navidad una taza para la comida, azul y en forma de hueso a mi sobrino. Me haces cambiar tanto mi manera de pensar, que aún no puedo creer que abrace a Duke.

Con amor, V.

— ¿Dónde estabas? —preguntó Pierre cuando me vio entrar al bar.

—Elizabeth me llamó—contesté y sus ojos se iluminaron al instante.

— ¿Ella está bien?

—Más que bien— sonreí, pero la sonrisa no me duró mucho.

Cuando se dio cuenta de mi cambio radical de expresión dejó lo que estaba haciendo y corrió a abrazarme. Él sabía que generalmente me ponía así cuando Elizabeth llamaba, por lo tanto, ya esto era normal para él.

No quería llorar así que me alejé de su cuerpo lentamente y me dirigí hacia el taburete. Me moví por encima de la barra y tomé mi caja de cigarros. Encendí uno y vi a Pierre abrir las puertas.

Me levanté para encender la música y vi aproximarse unos cuantos autos. Un chico rubio se bajó de uno de ellos y me pareció haberlo visto antes, pero no veía de lejos así que lo dejé y seguí cambiando las emisoras.

Sentí pasos detrás de mí, y de repente respiraron en mi cuello. Saqué el cigarro de mi boca atónita y una sonrisa de blancos dientes me dio un lindo hola.

—Andrés—dije sonriendo de vuelta en cuanto me di cuenta de que era él.

—Querida V —plantó un beso en mi mejilla —que bonito encontrarte aquí.

—Suelo estar aquí, trabajo aquí—reí y volteé hacia el reproductor de nuevo.

—Quiero tener una bonita noche ¿puedes ayudarme con eso?

Cuando comenzó a sonar Feel me dé una cantante que no recordaba su nombre mordí mis cachetes y asentí mirándolo de frente.

No pude evitar extender la mano por costumbre y él rodó los ojos. Sacó el dinero de su bolsillo y me lo entregó.

Sabía dónde quedaba mi cuarto así que simplemente caminé y dejé que me siguiera. Escuché cuando trancó la puerta detrás de mí. Se sentó en la cama y

me monté a horcajadas sobre él quitándole la camisa. Sus manos viajaron por mi vestido y lo detuve para quitármelo yo misma. Su boca fue directo a mi brasier arrancándolo y besando mi pezón. Después besó mi cuello y finalmente mi boca.

—Hazlo bonito hoy —dijo separándose un poco.

Me causó gracia y fruncí el ceño.

— ¿A qué te refieres?

—Estoy loco por una mujer—respondió, metiendo su boca de nuevo en mi cuello.

— ¿Y si estás loco por una mujer por qué estás aquí?

Me tomó arriba y me lanzó a la cama poniendo su cuerpo sobre mí besándome más.

—Obviamente porque ella no—terminó de quitarme el brasier — pero me encanta y me está volviendo loco. Tal vez más de lo que tú en este momento.

Reí por las cosquillas que causaba su aliento en mi piel y le desabroché el pantalón.

Terminó de bajárselo y lo empujé para sentarlo y tocar su pene.

—Quiero hacer las cosas bien maldición, pero ella no, no —cerró los ojos en cuanto me lo metí a la boca —no coopera —soltó un gemidito por lo bajo.

—Es una mujer inteligente —sonreí.

—Es una maldita.

Reí y continué chupándolo hasta que quise. Sus dedos se enredaron en mi cabello y lo haló hacia atrás. Alcanzó un condón que estaba en su bolsillo y se lo colocó.

Caminé de rodillas hasta su cara y al poner sus dedos en mi hombro me tiró hacia atrás introduciéndose en mí sin pensarlo dos veces.

—La amo, pero es una maldita —dijo cuando se comenzó a mover.

Mordí mi labio y me moví yo también. Aunque sus palabras me recordaron

a algo traté de no concentrarme en eso.

— ¿No te quiere de verdad? —pregunté. Era extraño que una chica no le prestara atención a Andrés. Era lindo y no caía mal.

—Eso es lo peor, que si lo hace.

Bien, era obvio. Típicas chicas duras.

Eché la cabeza hacia la baranda de la cama y junté mi pecho contra el suyo para más movilidad.

— ¿Y entonces si la tienes por qué estás haciendo esto? —repetí.

No solía hablar durante el sexo, pero como él estaba contando me atreví a preguntarle.

—No la tengo, ese es el jodido problema.

Su ritmo aumentó y se movió más rápido apoyándose de la misma baranda para continuar. Mordió mi oreja y susurró que iba a correrse en cuanto aceleraba.

Se quitó de encima cuando apreté mis muslos contra su cuerpo sintiendo como el orgasmo recorría mi cuerpo y a tientas busqué su pene para masturbarlo y que acabara en paz. Un gruñido bajo salió de su garganta y cuando se corrió se quedó acostado.

Yo me levanté y pateé mi ropa para que saliera de debajo de la cama.

— ¿Has amado alguna vez a alguien V? —preguntó, en voz baja.

No respondí y suspiré. Aunque sonó más como un bufido.

— ¿Por qué te ríes?

—No me reí—volteé aún sin ponerme la ropa— fue un suspiro triste— sonreí y negué con la cabeza—Ahora si me estoy riendo.

Se movió hasta la orilla de la cama y sentado se colocó el bóxer. Su cabeza estaba gacha y fruncí los labios. No me gustaba hablar con ningún de mis clientes, pero sentí la necesidad de hacerlo. Tal vez él no tenía a nadie con quien hablarlo. Tal vez si se sentía triste. Y yo sabía lo que era sentirse sola y

triste. Cerré los ojos y en cuanto me puse la ropa interior me puse junto a él.

—Se llamaba como tú—susurré.

Lo sentí dirigir su mirada hacia mí, pero no quise mirarlo. Las ruedas giraban en su cabeza y asintió entendiendo tal vez porque no quería llamarlo por su primer nombre.

—¿Llamaba? —preguntó de vuelta. No supe que decir— ¿Ya no está?

—No lo sé—respondí subiendo las rodillas a mi cara sabiendo que se refería a si había fallecido— solo sé que no conmigo.

Acarició mi cabello y me entró un poco la incomodidad.

—Ella también me llama como tú—sonrió de lado.

—¿Andrés? —me sorprendí.

Asintió sin quitar la sonrisa de lado.

—Las mujeres más hermosas que conozco no me llaman por mi nombre.

Sonreí y esta vez sí volteé a verlo.

—Deberías considerar el cambiarlo entonces—bufó y me dio un beso en el cabello.

—Tú deberías considerar decirme el tuyo.

Capítulo 6

Andrés se había ido rato después a bailar con una chica que encontró y yo me encontraba sentada con uno de sus amigos que también se había quedado en el bar. La conversación que habíamos tenido me había puesto completamente distraída y no estaba muy pendiente de lo que pasaba a mí alrededor. Nadie me había hecho una pregunta como esa en años.

—Entonces ¿qué dices? —dijo el chico a mi lado. Anderson creo que se llamaba, o Andy, no recuerdo.

—¿Disculpa? —pregunté, sin haberle escuchado una sola palabra.

Su cara pasó a una mueca y quitó el brazo de mi hombro.

—Olvídalo querida.

Alcé las cejas y bufé. Que delicado.

Encendí un cigarro y me levanté para ir hasta la barra. Un billete que tenía en mi escote se cayó y me retorcí en el asiento para alcanzarlo. Rodé los ojos por el esfuerzo fallido y me agaché para recogerlo. Un hombre alto y corpulento se encontraba de espaldas a mí y tropecé mi cara con él cuando me moví hacia adelante. Froté mi frente y volví a atrapar el billete en mi brasier.

—¿Virgil? —escuché cuando me volteé y se me erizó el vello de la nuca.

Tenía que ser alguien conocido. Nadie aquí sabía mi nombre.

Hice caso omiso y caminé hasta que sentí la mano de alguien aferrada a mi

brazo.

— ¿Virgil, eres tú?

Chupé mi labio inferior y le hice frente a la persona.

—Virgil, Wow, eres tú—sonrió.

Oh por dios, Jason. Compañero de estudios en la secundaria.

Saqué mi boca de entre mis dientes y le sonreí de medio lado soltando mi brazo de su mano.

—Estás—me miró de cabeza a pies— estás muy cambiada—volvió a sonreír—muy muy cambiada—Esa sonrisa de idiota. Era un idiota. Nunca me cayó precisamente bien, pero tampoco lo conocía lo suficiente así que no me caía mal. Solo sabía que era un idiota.

—Pensé que te habías mudado—dije, porque era lo último que había sabido de él un año después de que nos graduamos.

Hizo una mueca y se acercó más a mí con los brazos abiertos.

— ¿Ni siquiera me darás un abrazo?

Reí y negué con la cabeza.

—Vamos Vir, han pasado años desde que nos vimos ¿no me extrañaste? — no pude evitar reír de nuevo.

—Por supuesto que no.

— ¿Cómo puedes decir eso? —me haló hacia él y me atrapó con su enorme cuerpo.

Toda la vida había sido enorme pero ahora estaba mucho más enorme. Apreté mi nariz por la incomodidad e intenté soltarme. Solo podía ver por entre su brazo y me di cuenta de que detrás estaban algunos de los muchachos que imaginé habían venido con él. No veía mucho de lejos y no traía mis lentes así que entrecerré los ojos para ver a uno de los que estaban de último entre ellos que se me hizo conocido. Mis ojos se pusieron casi chinos tratando de averiguar quién era y cuando volteó un poco para dejar el vaso que tenía en la

mano en la barra se me ahogó un grito en la garganta. Me empujé con fuerza para salir del cuerpo de Jason y él me miró confundido.

—Tengo que irme—dije antes de prepararme para salir corriendo.

—Hey Virgil ¿Qué carajos te pasa?

—No vuelvas a decir mi nombre maldición —dije casi gritando. Miré de nuevo hacia atrás de él y el muchacho que creí haber visto había desaparecido. Pestañeeé varias veces y lo vi un poco más lejos de la barra, pero era diferente. Suspiré, con alivio y decepción y llevé la palma de mi mano hacia mi frente que sentí sudada. No era el que yo creía. Incluso cruzó su mirada conmigo y sonrió por cortesía volviendo a tomar el vaso que tenía.

Jason aún seguía atónito y le pedí disculpas con la mirada. Toqué su codo sonriendo esperando a que no me mirara como una loca. Y funcionó.

O tal vez pensó que era una loca y no dijo nada o solo pensó que sólo había sido una broma.

— ¿Y qué haces por aquí? —preguntó apoyándose en una sillita.

Me apoyé también, incómoda.

—Lo mismo que tú—respondí.

— ¿Buscando chicas dispuestas a noches de placer?

—Tal vez—sonreí, pidiendo un trago.

Sentí un aliento en el hombro y oí la voz de Pierre.

—Querida, te necesitan por allá—dijo en voz alta. Maldita sea Pierre, ahora no, no aquí.

Jason me miró y después a Pierre.

— ¿Pierre? ¡Muchacho! ¡Eres tú!—sí, capitán obvio. — Wow wow, hoy he encontrado bastante gente conocida aquí—sí, que felicidad. Le tendió la mano y se dieron un abrazo — nunca me imaginé encontrarlos de nuevo en esta ciudad. Y tampoco pensé que seguirían en contacto. ¿Ustedes aún? —Hizo señas con la mano hacia nosotros— ¿ustedes están...?

La gente tiende a sacar conclusiones rápido. Y solo por lo que ve, y no por lo que conoce. En la secundaria era así. Pero bueno, en la vida es así.

—No no no, nada de eso—respondió Pierre sirviéndose un vaso— ella trabaja aquí conmigo—mis orejas ardieron— yo soy el dueño.

— ¿Tú? ¿Tú eres el dueño de esto? —Sonrió sorprendido— vaya hermano, estás montado—palmeó su hombro.

—Sí—sonrió de vuelta Pierre. Le encantaba cuando lo adulaban y hacía ese movimiento de ensanchar los hombros. Más si era Jason, admiraba mucho a Jason en la secundaria. Y yo le burlaba eso —aunque no solo fui yo, la señorita aquí también ayudó a que esto fuera posible—apreté ligeramente mis dientes. Basta Pierre, demasiada información. Era suficiente con que estuviese aquí.

Jason me miró sin quitar la sonrisa de su cara. No sé cómo no le dolía la mandíbula hasta ahora.

— ¿Y la señorita—preguntó imitando el tono con el que lo había dicho Pierre—como hizo eso posible?

Estaba incómoda y Pierre se había dado cuenta. Jason había visto mi ropa, y no dejaba de mirarme, y Jason no era estúpido, él sabía cómo era yo en secundaria. Y la Virgil que él recordaba no se vestiría así.

Pero eso no me tenía que afectar, porque eso no afectaba, nada me afectaba.

Torcí mi pie en mi tacón y me moví hacia el bolsillo de su pantalón sacando el dinero que tenía. Me alcé todo lo que pude porque Jason en serio era grande y puse mi aliento en su boca.

—Así Jason—batí el dinero en mis dedos alejándome en cuanto sus manos se movieron intentando agarrarme.

Alcé las cejas dándome vuelta para irme. Sentí sus voces llamándome, pero ya estaba lejos. Me tropecé con alguien cuando iba de camino y maldije.

—Preciosa, que lindo verte de nuevo—era la voz de Andrés—no sabía que conocías a Jason.

Abrí mi boca.

— ¿Tú lo conoces?

—Estudiamos juntos en la universidad.

—Estudiamos juntos en la secundaria.

—Oh —alzó sus cejas— el mundo es un pañuelo

—Ya lo creo—arrugué las mías.

Y me fui.

— *¿Ves eso de allá?* —me preguntó señalando el cielo.

—*Tengo miopía, no puedo ver nada.*

Rodó los ojos y rio. Tenía una risa tan bonita. Tan quieta y a un solo ritmo.

—*Es una estrella, cada vez que la veo está sola.*

—*Todas lo están—dije recostando mi cabeza en el piso.*

— *¿Por qué?*

—*Porque por muy cerca que veas las estrellas ninguna lo está, todas están lejos de la otra.*

—*Exacto, están lejos—acomodó mi cabello— pero no solas.*

Sonreí de lado. Él y su manía de sacarle el lado bueno y bonito a todo.

Acaricié su cara haciendo circulitos con mis dedos en sus mejillas.

—*No me imagino volver a perderte—dijo tomando mis dedos entre los suyos —Los últimos y únicos recuerdos de felicidad que tengo son contigo Sara.*

Lamí mis labios y el ardor en mis ojos me hizo cosquillas. Mi corazón revoloteaba cada vez que me decía así.

—*Tú me haces verdaderamente feliz y eso jamás podré terminar de agradecértelo—continuó.*

—No me lo tienes que agradecer, sólo tienes que hacerme feliz tú también—sonreí, con un poco de tristeza.

—Lo máximo que se pueda—me miró, devolviéndome la sonrisa.

—Por los siglos de los siglos, amén.

—No creo en el poder de los amén, pero amén a eso.

Me acerqué a su boca y le planté un beso.

—Ni yo, pero amén a eso también.

Capítulo 7

Había comprado una casa. Era mi casa. Y aún seguía durmiendo en el cuarto de bar.

No me había dado tiempo de irme ayer y estaba cansada así que simplemente me quedé dormida aquí. Al igual que Pierre. Sólo que cuando me desperté no estaba.

Me moví, aún con la ropa de ayer puesta y me senté con la sensación de haber soñado algo, pero sin poder recordarlo. De verdad la conversación con Andrés me había dejado estúpida.

No más conversaciones con clientes.

Abrí la llave y me duché rápido. Tan rápido que creo que ni siquiera me había lavado la cara. Rebusqué entre la mesita que había en el baño si todavía quedaban cigarrillos y cuando conseguí uno, me puse la toalla en el cuerpo y lo encendí.

— ¿Pierre? —llamé desde la puerta. Pero no me respondió— ¿Pierre estás? —volví a llamar abriendo la puerta y mirando alrededor. Una hoja blanca estaba encima de la barra y salí para agarrarla.

“Salí con Jason. Volveré en un rato, o tal vez no.

Te amo.

Sé que estás frunciendo las cejas. Deja los celos”

Rodé los ojos y dejé el papel en la mesa. Estúpido Pierre.

Volví al cuarto buscando ropa que ponerme y vi que las gavetas estaban llenas. Ni siquiera había mudado mi ropa. En realidad, no había mudado absolutamente nada.

Tomé los lentes que casi nunca me ponían porque me molestaban en la nariz y los lancé hacia la cama. Me levanté y me detuve al ver mi mismo reflejo en el espejo. Tenía tiempo que no lo hacía, hace años que perdí hasta el tiempo de algo tan casual como dedicarse tiempo en el espejo. No es como que lo extrañara tampoco, antes tampoco me gustaba verme mucho al espejo.

Había mojado mi cabello. Se veía más negro y más largo. Y era un desastre total. Nunca había tenido el cabello lindo. Bueno, tal vez de pequeña, pero fui creciendo y me lo dañé. De vez en cuando agarraba acomodo, pero eran pocas las veces. Era liso al frente y con ondas alborotadas en las puntas; descuidadas, porque tenía tiempo sin cortármelo. Saqué el cigarro de mi boca y mi boca se agrietó. Usaba labial para cubrir las grietas. Y porque se supone que a los hombres le gustan las mujeres con labial.

Nunca había tenido ojeras, pero ahora un color oscuro cubría la parte de abajo de mis ojos y se veían pequeños por eso.

Muchos decían que una de las cosas más bonitas que tenía eran mis ojos, a pesar de que eran comunes, color marrón. Aunque imagino que tal vez era por las pestañas y el juego que hacían con mis cejas.

Me veía extraña sin la cara empolvada y con las mejillas rosadas por falta de rubor. Mi cara se veía pálida y mis pómulos marcados. Era morena pero aun así me veía pálida.

Mi piercing en la nariz era lo que más se daba a notar en mi cara. El piercing por el que me hubiesen matado mis padres si me lo hubiesen llegado a ver puesto. Lo había escogido plateado para que combinara con el de la oreja y el de la lengua, pero sin importar el color me hubiesen matado. Desde

que recuerdo había estado inconforme con mi nariz, y no quería operármela, porque era una de las pocas cosas que realmente hacía sentir a mi papá conmigo, así que ¿por qué no adornarla para hacerla ver bonita?

Me quité la toalla por un momento para verme completa. Los huesos de mis clavículas se notaban más que antes y mis hombros estaban más chiquitos. Estaba más flaca. Mis lonjitas en la barriga seguían iguales, pero si estaba más flaca. Decían que tenía un buen cuerpo, pero nunca lo consideré así.

Lo único que se veía bien en él eran los tatuajes. Y era porque cubrían casi todo mi cuerpo. Mis piernas aún tenían espacio, al igual que mi espalda, pero igual tenía bastantes. Mis padres aquí no solo me hubiesen matado, se habrían muerto también.

Tenía marcas en todo el cuerpo. Físicas, emocionales. Las veía en el reflejo del espejo. Eran mis marcas. Por eso quería cubrirlas. Las odiaba.

Y me odiaba a mí.

Una lágrima escapó de mi ojo derecho y de inmediato volví a taparme. Tal vez no era tan malo que no tuviese tiempo para esto.

Me agaché y saqué de la gaveta que había abierto un top verde claro y una falda blanca. Por dios, ni siquiera tenía otro tipo de ropa. Todo era por lo que yo hacía y no por lo que yo quería.

Lo agarré de mala gana, y me lo puse de mala gana también.

Hoy no tenía nada que hacer y no tenía ganas de trabajar así que pensé que sería bueno empezar con la mudanza. Corrí hasta la ventana para ver si el estúpido de Pierre se había llevado su auto y no, no lo había hecho. Tal vez se habían ido en el de Jason. Perfecto.

Pierre tenía que tener una maleta por aquí. Empecé a buscar y solo encontré bolsos grandes y cajas. Bien, yo no tenía muchas cosas, así que eso serviría.

Saqué todas las gavetas y a su vez la ropa, incluyendo la de Pierre. No la

doblé, solo me aseguré de que toda cupiera en los bolsos. Los zapatos en las cajas. Todo lo que estaba en la mesita junto al espejo en otra caja. Las sábanas también me las llevaría, aunque dejé una por si acaso. Los cartones de todas las cajas de cigarro que había comprado porque no me gustaba quedarme sin nada, los acomodé en una caja aparte, para que no se aplastaran.

Cargué todo hasta el carro con dificultad y me dolió el tobillo por el peso. El camino hasta a la casa no duraba ni 5 minutos, así que en menos de 1 hora ya tenía todo dentro de la casa. En mi cuarto. En la parte de abajo. La maleta donde había guardado parte de la ropa de Pierre la había dejado al pie de la escalera porque me imaginé que el sí querría su cuarto arriba.

Sábana en cama, ropa en el closet (esta vez sí acomodada y organizada) zapatos en donde se supone que van los zapatos y ya. Era triste porque aún la habitación seguía viéndose vacía. No tenía más nada. Ni libros, ni álbum de fotos, ni peluches, ni recuerditos, ni discos de música, ni cuadros, nada más.

Atraje hacia mí donde había guardado las cajas de cigarro y los saqué todas para meterlas en una de las gavetas del closet. Respiré profundo y me tumbé en la cama jugueteando con un bolso que creí vacío. Arrugué las cejas y en cuanto sentí algo suave dentro lo saqué. ¿Un suéter? Yo casi no tenía suéteres. Y de Pierre no era, porque estaba entre mis cosas. Lo agarré con una sola mano y lo sacudí para ver cuál era y algo pequeño cayó de su bolsillo. Mis ojos se abrieron en cuanto descubrí lo que era. Una pequeña flor. Una margarita.

Mis flores favoritas.

Estaba más que marchita, pero conservaba su forma.

Un calor entró a mi garganta y de una vez sin tomar de nuevo el suéter supe de quien era.

Lo arrugué rápidamente y sentí el crujido de algo más en el bolsillo delantero, no quería revisar, sin embargo, lo hice y encontré un papel doblado

varias veces, respiré profundo y lo abrí, mi corazón dio un vuelvo cuando reconocí mi letra. Asustada lo arrugué y lancé al otro lado de la habitación, sin embargo, no pude y un momento después lo volví a recoger. Tenía que leer lo que había escrito.

Madrugada del 8 de diciembre

La última primera vez.

Tenía, de hecho, días pensando en escribir esta carta y la pregunta que siempre rondaba mi mente era "¿De qué va a tratar?", "¿Que va a decir?" pensé y pensé y llegué a la simple conclusión que solo me pudo dar haber leído tantos libros, y esa es, como en aquél buen poema; que no tiene que tratar de nada, porque de nada, siempre trató todo.

No fuimos más que un manchón lleno de colores, recuerdos, momentos y sentimientos en la vida del otro. Pero como he dicho y escrito muchas otras veces, fuimos y eso es lo que importa.

Como te he dicho antes, si pudiera devolver el tiempo, volvería a tomar las mismas malas decisiones, volvería a elegirte y volvería a vivir todo lo que tuve, tuviste y tuvimos que vivir. Gracias a ello y a un conjunto mayor de decisiones, somos quienes somos ahora.

Lamento, y de verdad lo hago, que tuvieses que encontrarte con la Dairy's dañada que he sido en los últimos 6 meses, pues es una versión de mi misma que no quiero volver a ser. Tuviste razón todas las veces que me dijiste que tú estabas pagando los platos rotos de mi vida de mierda, y si, es verdad y no podías ir por ahí llevando las cargas de alguien más. Sin embargo, te agradezco, porque, aunque no podías repararme, lo intentaste y sé que lo hiciste.

He decidido, convertir mi carta de fin de año, en una carta de despedida, porque eso es lo mejor que se hacer, despedirme, sé que me fui aquel martes de tu casa con la promesa de volver, pero ahora, mientras más analizo el

momento, yo sabía que no volvería. Aquella última noche que pasamos juntos yo sabía que sería la última, no se decir por qué, pero lo sentí así. Espero puedas perdonarme.

Quiero darte las gracias, por darme la oportunidad de cerrar mi ciclo contigo, por permitirme conocer a ese Julius que fuiste estos últimos dos meses, te agradezco por los buenos y malos momentos, por las lágrimas y las risas, por las idas y venidas. Y, te estaré eternamente agradecida por estar conmigo en el peor momento de mi vida. Fueron seis meses en los que no pude caer más bajo, en los que no sé qué es peor, si las cosas horribles que hice o lo bien que me sentía con ellas. En las últimas semanas he vuelto a nacer, he aprendido a aceptarme y me he dado cuenta, que la vida y el trabajo que llevo es el mejor camino, no te mentiré, pues sé que lo sabes o te enterarás pronto, y es que sí, sigo siendo una prostituta.

Te pido perdón por todas las mentiras que te dije, pero mi querido Pickett, yo nunca he sabido decir la verdad con respecto a mis acciones, había cosas que no podía decirte, así que preferí omitirlas o simplemente decirte que no sentía nada. Nunca mentí con respecto a mis sentimientos hacia ti, pero, bueno, sabes a lo que me refiero.

Me di cuenta que la carta anterior que había escrito, era una mala carta de amor, pues las malas cartas de amor ruegan por él, así que no hay nada más que decir, pues ya hemos dicho todo, te presento aquí, a mi primera buena carta de amor y temo decir que jamás habrá ninguna igual a ésta, jamás volverás a leer por primera vez y mira si a nosotros nos encantan las primeras veces, un buena carta de amor, escrita de mi para ti.

Espero que cuando pienses en mí, no pienses en la pequeña chica efímera y rota que fui los últimos meses, tampoco en la niña tonta de hace más que un par de años, sino que espero que pienses en la del principio, la que hablaba contigo en las madrugadas y disfrutaba de escuchar tu voz, la

que prometía cosas locas, sin bases ni sentido y que sin darse cuenta las cumplió todas. La que le tenía miedo a la hora más oscura de la noche, pero lo olvidaba si cerraba los ojos y hablaba contigo. No pienses en la Virgil desnuda, ni en la que dormía a tu lado, no pienses en ella, porque como esa, tan normal, banal y corriente, encontraras un millón. Te ruego, que pienses en esa que brincaba sosteniendo un paquete con un pastel, un chocolate y sus galletas favoritas, cierra los ojos y recuerda la Virgil que te contaba las cosas locas que se imaginaba y después no podía dejar de reír con ellas, piensa en la que decía algo para hacerte molestar y luego salía corriendo para que la persiguieras, piensa en la que le contaba entre susurros y lágrimas sus secretos a tu pecho y luego decía una tontería y olvidaba por qué lloraba. Piensa en la Virgil bonita, en la que sonreía, la que estaba feliz. Porque yo, hoy, me voy de tu vida y me convertiré en una transeúnte que se dedica a sonreír con los memes que compartes en Facebook y mira desde lejos en lo que te conviertes, recuerda lo bonito de mí, pues es lo que yo haré, el resto lo enterré, con la Virgil que decidí dejar a un lado.

Feliz navidad Pickett, se feliz ¡SELO MALDITA SEA!. Espero un mensaje en mi cumpleaños.

Con mucho amor, V.

Busqué a tientas mi teléfono y decidí torturarme un poco más.

Seleccioné la opción de archivos y di click en aquel que tenía siglos sin abrir. El que contenía mi última conversación con Julius.

10 de enero

Julius Walker : ¿Y ya tienes novio? O ¿Tienes un nuevo trabajo? Algo así.

Virgil Sara : No, no he cambiado tanto como quisieras o como yo misma hubiese esperado.

Virgil Sara: Y, ¿ tu?

Virgil Sara : ¡ah! Y no, no he conocido a nadie. Justamente estaba pensando en eso.

Julius Walker: Entiendo, ya .

Julius Walker: No me gustan ese poco de piercing que ahora llevas en las oreja s .

Virgil Sara: A ti no te gusta nada.

Virgil Sara: Y ¿ tu? ¿ Ya tienes novia?

Julius Walker: Si, me repites lo mismo de siempre y si, si me gustan cosas, entre ellas que dejes de destruir tu cuerpo.

Virgil Sara: Aja.

Julius Walker: Es algo que justamente quería hablar contigo .

Virgil Sara: Hablar. Entiendo, cuéntame .

Julius Walker: No sabía, o, mejor dicho, no hallaba en que forma decirte, pero pienso que de la más sincera sería lo mejor

Julius Walker: Sabes que te quiero mucho .

Julius Walker: Solo quisiera que no me dejaras de hablar .

Virgil Sara: Cuéntame .

Virgil Sara: ¿Qué tal es ella ? y ¿Có mo se conocieron ?

Julius Walker: Vive cerca , de acá, sabes que alquilé mi propio departamento, ya sabes, después de que te fueras... Después que me dejaras.

Julius Walker: La conocí en el gimnasio, ella entrena a la misma hora que yo. Me llamó la atención y un día empezamos a hablar. Ya debes imaginarte el resto.

Virgil Sara: Y, ¿ es linda?

Virgil Sara: ¿Agradable y eso? Espero que se estén llevando bien.

Julius Walker: Normal . Apenas nos estamos conociendo.

Julius Walker: Espero que entiendas de verdad .

Virgil Sara: Claro q ue entiendo. Y te felicito.

Virgil Sara: Yo sabía qué harías tu vida.

Julius Walker: Yo sé q ue tú me quieres mucho y yo también. Se que es obvio pues , por todo lo que fuimos .

Virgil Sara: No me hace feliz.

Virgil Sara: Pero lo respeto.

Julius Walker: Lo sé .

Virgil Sara: Sin embargo , no puedo seguir hablando contigo

Julius Walker: Gracias de pana .

Virgil Sara: Yo a ti no te quiero. Yo te amo y siempre lo haré.

Julius Walker: ¿Por qué?

Virgil Sara: Así q ue espero q ue puedas entenderme

Virgil Sara: Porque no puedo ver como sigues con tu vida mientras , no cuando yo sigo estancada en el mismo agujero.

Julius Walker: Es lo que no quiero .

Julius Walker: No tiene que ser así. Ya yo te he dicho cuál es la solución.
Puedo intentar perdonar y olvidar todo lo que hiciste.

Julius Walker: O no sé, q uiero que seas como lo estabas haciendo .

Julius Walker: Tú me habías superado , habías continuado con lo que creías que era conveniente.

Julius Walker: Pero no entiendo, p orque ahora es así, al revés

Virgil Sara: Mira.

Julius Walker: : De verdad solo quiero que no me dejes de hablar .

Julius Walker: No me dejes de hablar , te lo pido. Mis mejores días son cuando te dignas y escribes un mensaje.

Virgil Sara: Justamente hoy estaba leyendo mi conversación contigo y vi que yo te decía q ue hice hasta lo imposible para intentar sacarte de mí y que no pude.

Virgil Sara: Es verdad, hice de todo.

Virgil Sara: Pero no puedo.

Virgil Sara: Seguía teniendo esperanzas , no estaba segura de dejarlo, pero una vez me había planteado la posibilidad, quizás un trabajo normal no me generaría el dinero para todo lo que creo, pero podía buscar la manera, sin embargo, no, ya no .

Julius Walker: Lo sé.

Julius Walker: Lo sé Virgil, yo sentí eso y como te dije antes, también busque la manera de aceptarte o esperar por ti, pero son más las veces que puedo, que las que sí.

Virgil Sara: Pero está bien.

Virgil Sara: Me parece perfecto que avances .

Virgil Sara: Porque esa es la única manera de yo dejarte un lado y continuar con la vida que tengo y merezco. Siempre fuiste demasiado bueno para ser real, para ser para mí.

Julius Walker: Quiero que lo tomes como eres tú, la verdadera tú. Esa que conozco bien, la que respira, traga grueso y afronta lo que tiene que afrontar.

Virgil Sara: Esta soy yo.

Virgil Sara: O bueno no.

Virgil Sara: Simplemente que me he guardado tantas cosas que he llegado a la conclusión que no es sano , así que tengo que, sentirlo , vivirlo, aceptarlo, algo . No puedo seguir fingiendo que nada pasa.

Julius Walker: No nos dejemos de hablar, por favor.

Virgil Sara: Hoy pensé en la tarde, mientras salía de un servicio, en desaparecer este número y una vez más, dejarte a un lado.

Julius Walker: Me duele que digas eso, pero te entiendo

Virgil Sara: Porque de verdad no podía seguir viéndote , o bueno,

hablando contigo.

Julius Walker: Yo siento ...

Julius Walker: Que la mejor manera de superar los dos esto

Julius Walker: Es así.

Virgil Sara: Hace unos meses me conseguí en el lobby de un hotel, a tu hermana Paython, traía a Luciano de la mano y él le hablaba como un loro, el corazón se me hizo añicos al ver cuánto ha crecido, ella me vio y se detuvo en seco, el pequeño miro hacia mí y grito "Tía" mientras había los brazos. Acababa de acostarme con un hombre, no podía tocarlo con mis manos impuras, así que lo que hice fue darme media vuelta e irme corriendo. Sentía que me iba a morir, amaba a ese niño como si fuese mi propio sobrino. Soy una mierda de ser.

Julius Walker: Paython nunca me contó eso... sin embargo, agradezco que no lo hizo.

Julius Walker: Te estoy contando esto, porque siento que lo mejor es hacerlo sí, diciéndonos la verdad.

Virgil Sara: Yo siempre te las he dicho. Pero hasta ahora es que estas dispuesto a escucharme.

Julius Walker: Yo te quiero mucho, lo juro con mi vida Virgil.

Virgil Sara: Si bueno, pero que me quieras no cambia nada.

Virgil Sara: Así que no me lo digas.

Julius Walker: De corazón quiero que seas feliz

Julius Walker: Y que no quede nada de remordimiento entre nosotros

Julius Walker: Porque a pesar de todo .

Julius Walker: Para mí fue muy lindo lo nuestro .

Virgil Sara: Que bueno.

Julius Walker: Y al quien me pregunté si alguna vez me enamoré.

Julius Walker: Diré que sí y que fue de ti, ese honor te lo doy a ti

Julius Walker: Y siempre va a ser así.

Julius Walker: Por favor solo te pido algo , por última vez

Julius Walker: Y espero q me cumplas .

Julius Walker: Solo no nos dejemos de hablar .

Julius Walker: Por favor te lo pido

Julius Walker: Por favor

Virgil Sara: Dos cosas.

Virgil Sara: 1. Yo intenté hacer mi vida, y tú lo conoces porque sabes que intenté continuar. Pero evite a toda costa que te enterarás. Porque no quería hacerte más daño. Aunque igual lo hice.

Virgil Sara: 2. Si tú estuvieses ahorita en mi lugar, ¿Qué harías?

Julius Walker: Yo se Vir.

Julius Walker: Se lo que me quieres decir .

Julius Walker: Y la verdad, la única y real, es que no sé qué haría.

Julius Walker: Me enojaría, creo.

Julius Walker: O no sé.

Julius Walker : Trato de ser claro, pero realmente no sé.

Julius Walker: Pero solo te quería decir

Julius Walker: No quería que te enteraras por ahí, porque lo viste, o porque alguien más te lo dijo.

Virgil Sara: Esta bien y gracias.

Virgil Sara: Te respeto eso.

Virgil Sara: Pero ¿Para qué vamos a seguir hablando?

Virgil Sara: A mí me gusta hablar con el Julius que aún era mío , al que le podía mandar una carta a media noche y decirlo lo que sentía.

Virgil Sara: Pero con el Julius de otra no. Eso está mal.

Julius Walker: Yo pensaba como amigos .

Julius Walker: Solo eso quería.

Julius Walker: Pero normal .

Julius Walker: Lo que tú quieras .

Virgil Sara: La primera vez que te dejas, recuerdo que sentía que no podía respirar. Esta vez es peor, todo el oxígeno del mundo no sería suficiente para llenar mis pulmones. Soy demasiado egoísta tenía la esperanza de poder hacer una vida antes que tú, aunque siempre supe que para ti sería más fácil.

Es súper gracioso, lo fuerte que te golpea el destino , después de salir del

hotel hoy, luego de pensar en alejarme una vez más, empecé a hondar en la idea de intentarlo y pasé todo el viaje en taxi pensando en ti. En el nosotros que yo creía que aún podíamos ser, yo pensaba y me preguntaba si lograría que tuviésemos una nueva oportunidad. En lo difícil que sería por todo lo que te había hecho, o en todo lo que habíamos hecho y en el punto que no me importaba porque te amaba.

Ya no soy capaz de desaparecer porque la curiosidad me carcomería, quisiera saber cómo es ella, si te hace feliz, si es linda y lo más importante si sería mejor que yo. Quisiera saber si te quedas con esa o encuentras una con mejores características. Quisiera saber si compartes una imagen que pueda tomar como dirigida a mí porque en un universo alterno y perfecto aun me Amarías. Sin embargo, tengo que hacerlo, debo partir una vez más, solo que esta vez, no volveré.

Quisiera morirme, porque a mi nada me sale bien, estoy cansada de que todos sean felices menos yo, estoy cansada de haber atado mi felicidad a ti y creer que el hilo rojo que unía nuestros corazones nunca se iba a romper.

No había sido capaz de botar las cartas que me quedaban de ti y aún tenía pegado en mi espejo esa notita de "Buen provecho amor", de la última vez que me llevaste un almuerzo, y eso que lo limpié y la volví a poner.

No sé porque quieres que seamos amigos. Tu que sabes que me call o todo, sabes también que podría fácilmente ser tu amiga y darte consejos,

ayudarte y apoyarte. Pero no sé, es probable que sea algo que me mate.

Virgil Sara Tú no te mereces a alguien como yo

Virgil Sara Tú te mereces alguien mejor .

Virgil Sara: Dios te bendiga.

Virgil Sara: Te amo.

Virgil Sara: Si algún día necesitas de mí , tienes mi correo.

Julius Walker: No sé qué decirte, de verdad, porque no tengo palabras para ti

Julius Walker: Solo quisiera de verdad .

Julius Walker: Que no me olvidaras .

Julius Walker: Por que sinceramente yo no te olvidaré.

Virgil Sara: No te preocupes. Que no lo haré.

Julius Walker: Y tú para mí siempre serás importante

Virgil Sara : Sabes que no me gustan los "Amén" Pero, amén Julius, se feliz, te amo, adiós.

Terminé de leer y me recosté en la cama, caí en un sueño intranquilo, con un charco de lágrimas empapando la almohada.

Capítulo 8

— ¿Virgil? ¿Virgiiiiiiil? —Escuché gritar, haciendo que me despertara —
¿Virgiiiiiiiiil? —escuché gritar de nuevo, más fuerte.

Me levanté rápido de nuevo y corrí hasta la puerta. Era Pierre. Daba golpes en el marco, con fuerza y tocaba el timbre repetidas veces.

Carajo, que escandaloso. Me iba a dar jaqueca con su escándalo.

Abrí la puerta y sus ojos estaban furiosos.

—Maldición, estás aquí—gritó agarrando mi cara entre sus manos.

—Maldición, deja de gritar—dije en el mismo tono.

— ¿Estás malditamente loca? —preguntó, lanzando mi cara a un lado y entrando de golpe, sin bajar la voz.

— ¿Qué? ¿Por qué?

Me miró como si fuera la pregunta más estúpida que hubiese hecho en toda mi vida y se dirigió a la escalera y tomó su bolso. Lo abrió y sacudió la cabeza.

— ¿Por qué no me dijiste que venías para acá?

— ¿Por qué habría tenido que decirte?

Su expresión era realmente matadora, como si estuviera dispuesto a tomarme por el cuello y ahorcarme en un segundo.

—Te llevaste toda tu ropa, y te llevaste el carro. No dejaste ni siquiera una

maldita nota diciendo a donde ibas ¿Qué carajos querías que pensara? ¡Te habías llevado todo! —fruncí los labios y tomé un pedazo de la falda entre mis dedos. Podía imaginarme a que se refería— No quiero lastimarte con lo que voy a decirte Virgil, pero no sería la primera vez que dejarías todo y te largaras— sí, sabía exactamente a lo que se refería.

Si me lastimó, pero no dije nada porque tenía razón. Junté mis manos y me quedé callada un rato.

Pierre bajó la cabeza y respiró profundo durante bastante tiempo antes de moverse hasta mi cuerpo y abrazarme.

—Perdóname Virgil, pero por favor no vuelvas a hacer eso.

Asentí contra su pecho, pero continué sin decir nada.

—Sé que te duele que diga esas cosas, pero a mí también me dolería que te fueras sin decir nada.

Besó mi cabeza y volví a asentir apretando mis brazos hacia su espalda.

—Y más que te lleves mi carro.

Reí y tomó mi cara entre sus manos riéndose también.

— ¿Quieres ir a comer?

— ¿Esa idea otra vez? — sonrió y sacudió la cabeza.

—No hay de nuevo.

Pierre había acomodado sus cosas en su cuarto, arriba como había pensado. Aunque ayer había dormido conmigo. No las traje todas porque él generalmente estaba en el bar. Y porque el cuarto de bar lo usaba yo con los clientes.

Había metido el suéter que había encontrado en una gaveta solo, bueno, no solo, a un lado tenía la carta. No quería tenerlo demasiado cerca porque sabía que me sentiría mal si lo olía, lo veía o cualquier cosa. Y no debía ser así, porque nada me tenía que afectar, nada me afecta.

Hoy tenía que verme con Clint y no estaba lista para nada, ni siquiera me

acordaba donde quedaba el baño aquí. Bueno, había tres baños, así que por lo menos uno debía conseguir.

Perfecto, los tres estaban en la parte de arriba. Y con el perfecto me refiero a no es perfecto.

A Clint le gustaba cuando me ponía camisas de vestir y era gracioso, porque solo tenía una. Después de “arreglarme” fui afuera a esperar un taxi cuando una camioneta verde oscuro se estacionó a mi lado y abrió la ventana. Sisearon y volteé suponiendo que era conmigo. Dios no, ¿hasta cuándo?

Jason. Seguro había ido a buscar a Pierre en el bar.

—Belleza—saludó y sonreí, para no ser grosera— ¿para dónde vas tan guapa? ¿Quieres que te lleve?

—No Jas, gracias, ya vienen a buscarme.

— ¿Quién? —preguntó y volví a sonreír.

—Pierre estará en el club en unos minutos por si quieres ir a buscarlo, tengo que irme— dije, sin contestar su pregunta y moviéndome detrás de su camioneta al taxi que se había parado allí.

— ¿Hey? ¿Virgil? —llamó, y me despedí con la mano.

Subí al auto resoplando y le indiqué la dirección.

Llegué al hotel y una vez más Samanta me miró de arriba abajo, esta vez decidí pasar completamente de ella y tomé el camino de las empinadas escaleras, en este hotel casi nunca nada cambiaba, mantenía el mismo aspecto estéril, la misma recepcionista borde y, por si fuera poco, unas escaleras realmente matadoras.

Llegué bastante cansada a la habitación habitual y toqué la puerta, mi cara fue un choqué total de sorpresa en cuanto no fue la cara del señor Clint que me recibió, era una chica, menuda, bonita y un poco más pequeña que yo, le sonreí a modo de disculpa y me fui a disculpar, al abrir la boca, me encontré con que tuve que cerrarla de golpe cuando escuche una voz desde adentro que dijo:

—¿Quién llama, nena?- La voz provenía de un hombre en toallas detrás de ella y vi aquel tatuaje de lobo en el brazo del chico, lo conocía perfectamente, mi lengua lo había recorrido un millón de veces. “Nena” me miró de forma interrogante y yo me fui antes de que aquel hombre alcanzara a verme.

Camine con paso rápido al otro lado del pasillo y la puerta de la habitación contigua se abrió y salió el señor Clint, entré ahí como si mi vida dependiese de ello.

Mi cliente me miraba expectante y yo no podía respirar, después de unos minutos se escucharon unos fuertes golpes y gemidos que venían de la habitación de al lado. Julius estaba teniendo sexo con otra mujer a unos metros de distancia de mí.

Nunca lloraba, pero en ese momento no pude soportar la desesperación y las lágrimas corrieron apresuradas por mi rostro, sentía que una vez más iba a morir, era mi culpa, era mi maldita culpa por indagar y leer mi última conversación con él, yo misma lo había invocado. Ya veía quien era la chica que me había precedido y para mi dolor, era bonita, mucho más que yo, en su cuerpo que solo había estado cubierto por una pequeñísima bata de baño no saltaban a relucir imperfecciones como las mías, odie mi maldito cuerpo y todo lo que lo marcaba.

Odie a mi puto padre, por golpearme hasta hacerme sangrar, odie a la desgraciada de mi madre que solo se dedicaba a ir los domingos a la iglesia y a fingir que nada pasaba, hacía caso omiso de mis gritos y me miraba con asco cuando subía del sótano luego de ser “reprendida” como ella llamaba.

Lloré hasta que sentí que no tenía más lágrimas. Me levanté como una desquiciada y corrí al balcón, necesitaba aire. Abrí las puertas correderas con un golpe seco y me abalancé a la baranda. Un segundo después el señor Clint se materializó a mi lado y me tomó de la mano, asumo que pensaba que iba a lanzarme. Le di una mirada que esperaba que pudiese calmarlo, que por lo

visto entendió y me soltó.

Di unas largas respiraciones y busqué de calmarme. No creía que lo pudiera, pero casi lo logré.

—Espero, que puedas contarme que es lo que te pasa. — Dijo el señor Clint después de que hube dejado de hiperventilar.

¿Qué me pasa? Bueno, lo que me pasa señor Clint es que acabo de encontrarme con que el amor de mi vida está en la habitación contigua, teniendo sexo con la que probablemente sea la mujer de su vida.

El señor Clint me miró, y pasó sus viejas manos por el cabello que tenía un tinte de canas leve. Respiró profundo y procedió a hablar.

—Yo, tengo una hija que tiene tu edad. Es una chica preciosa y fuerte, pero que al igual que tu, ha pasado por malos momentos. En este momento te voy a hablar, Bueno, sino quieres que lo haga, entonces te voy a escuchar como padre, como el que sé que no tuviste, porque una mujer amada en casa y tratada como se debe, no lleva la vida que tú, mi pequeña, llevas actualmente. Así que, si quieres hablar y sacar toda la mierda que llevas ahí dentro voy a escucharte.

Vi hacia la cara del señor Clint y me encontré con unos ojos que me devolvían una mirada serena y fraternal, tenían un tinte de miel que me hacía sentir tranquila. Llevaba mucho tiempo sin estarlo. Por un momento, me sentí confiar y eso fue más que suficiente para que decidiera que sí, porque no, se lo iba a contar. Muchas veces es más fácil hablar de algo personal con un desconocido, no estaba el miedo a que te jugara, además que era mucho más fácil que una persona externa a la historia o que no la conociera pudiese ser objetivo al dar alguna opinión. Siempre he dicho, que cuando contamos algo le damos entrada y cabida a la persona a nuestra vida, le permitimos opinar, sin

embargo, como todos, yo también quiero que me digan lo que yo, quiero escuchar. Por ello, desde hace mucho tiempo me he callado un millón de cosas.

No he dicho, cuanto lloro en las noches o en la ducha cuando me baño y no puedo quitarme la sensación de estar sucia. No hablo de que a veces siento que no puedo más y caigo sin que nadie pueda notarlo. No he dicho que quisiera una vida diferente y normal y que muchas veces me arrepiento de esto. Me he callado tanto que siento que es el momento de hablar. Respiro profundo.

Titubeo un poco antes de empezar a Hablar, pero al mirar el hombre frente a mí, me relajo, él se sienta en una de las sillas que están en el balcón y me indica con la mirada, que tome asiento en la otra. Me relajo contra el respaldar, alzo la mirada al cielo y le digo mi historia, la que ninguno conoce si no la vivió a mi lado.

—Mi vida en general, siempre fue una mierda, —Digo en lo que parece ser un susurro. — vivía en un pueblo del sur que no llegaba a los cuatrocientos mil habitantes, un agujero con todas las de la ley. Sin embargo, el que lo califique como una mierda, no va dado por su tamaño, sino por las personas que vivían en él, entre esos y muy específicamente, estaban mis padres. Era la hija del pastor del pueblo, un hombre horroroso y maltratador, siempre fui víctima de sus constantes abusos. — Hago una pausa y lo miro, se nota tranquilo, pero está apretando los brazos de la silla con fuerza, tiene los nudillos blancos por el esfuerzo. Respiro y continúo—En las cuatro paredes de mi hermosa y reluciente blanca casa, no había nadie que me defendiese, estaba a la merced de su ira, muchas veces incontrolable que inicialmente atacaba solo a mi madre, pero que cuando estuve en edad suficiente pasó a mí

y cuando hablo de edad suficiente, me refiero a que tenía 12 años cuando mi papá empezó a bajarme a la habitación del castigo, aún el nombre me hace temblar.

El señor Clint me mira y en sus ojos no veo compasión, ni lástima, solo entendimiento y eso me hace realmente feliz. No quiero que nadie me vea siendo débil, pero si quisiera que dejaran de juzgarme.

Le doy una pequeña sonrisa y el asiente, para que continúe hablando.

—Padre, solía golpearme por casi todo, algunas veces porque no me comportaba, de forma adecuada en la iglesia y con no adecuada, me refiero a que quizás algún chico o chica me hizo alguna pregunta durante el servicio y no respondí, también estaba el caso que, si algo querían saber y yo no respondía, entonces estaba dejándolos en ridículo, porque hacía creer que no tenía educación.

—Ese fue el inicio, luego me castigaba porque era una mujer inútil y no sabía cocinar, porque al lavar, la ropa no quedaba reluciente o para él, no lo era. Se me obligaba a lavar a mano, todos los sábados la ropa de veinticinco niños que vivían en el orfanato que quedaba en el pueblo vecino, mire mis manos. —Le Muestro al señor Clint, lo endurecidas que están— están llenas de cayos y las uñas no me crecen.

—Tenía un fuste de cuero, y me pegaba tantas letras tuviese lo que había hecho mal, me obligaba a contarlas, muchas veces me dejó inconsciente por el dolor y he aquí el resultado de esto, un cuerpo lleno de tatuajes para tapar las cicatrices de mi crecimiento... — Me han tocado tantas veces y nunca nadie pregunta por los bultos que ellas generan, puedo decir que usted tampoco se

había dado cuenta y me ha visto tantas veces desnuda como yo misma.

El señor Clint, me miró con algo parecido a la vergüenza y yo hice un movimiento de desdén con la mano para que lo olvidara.

—En realidad,- —continué— eso no es lo peor de todo, una mañana, al llegar del colegio, me dijo que se había enterado de que yo andaba por malos pasos y estaba acostándose con todo el pueblo, me llevó del cabello a la habitación del castigo. Al llegar a abajo me ordenó que me quitase la ropa. Estaba tan asustada que no podía ni moverme, sin embargo, me negué. Eso lo enfureció más, y me la arrancó el mismo. Cuando estuve completamente desnuda me escupió en la cara y luego le lanzó un balde de agua fría. Dijo que, si iba a servirle de mujer a todo el pueblo, entonces no importaba que el también obtuviese un poco.

—Espero entienda o por lo menos se imagine, lo que hizo después porque yo no quiero decirlo. Nunca he pronunciado esas palabras frente a alguien y hoy tampoco estoy preparada para hacerlo. Ese día era mi cumpleaños, estaba cumpliendo quince. Gran regalo, ¿No?

Veo como su cara se llena de ira, los ojos se le ponen rojos, respira pesadamente, me asusta un poco, y no puedo evitar charme un poco hacia atrás debido a su reacción. Clint se levanta de golpe y me hala por un brazo, es tan rápido todo que no me da tiempo de gritar, después de un segundo, estoy entre sus brazos y me está abrazando. Me da un beso en la frente y aunque suene extraño me siento tranquila, me he acostado con este hombre un tanto de veces que ni siquiera recuerdo, pero y sin embargo agradezco su gesto, que raya lo paternal, jamás me había sentido así. Realmente soy una mujer con problemas y la única vez que me he sentido amada, lo eché todo a perder, no sé cómo querer, no sé cómo es sentirse segura.

Después de un minuto me suelta y me acaricia la mejilla, recoge con sus dedos las lágrimas en mis mejillas y en ese momento es que me doy cuenta de que estaba llorando, sonrío apenada y sorbo por la nariz, el estruendo nos hace reír a los dos.

Julius resaltaba eso, de que podía estar llorando y un minuto después riendo. Era verdad, siempre me pasaba. También decía que yo era fácil de arreglar que lo único que se necesitaba era dedicación. Era probable que tuviese la razón, aunque muchas veces sentí que se equivocaba, si hubiese sido así, ¿Por qué él no lo logró? ¿Por qué seguía estando tan jodida? Yo lo amaba, lo hacía con locura, pero también estaba el caso que no había dado el paso, no había decidido dejar a un lado todo lo que me acongojaba para ser feliz a su lado, tomé el camino que era más fácil, porque realmente, hacer de mí un objeto, escudarme en lo que había vivido y crear una coraza a mi alrededor representaba menor dificultad que enfrentar los demonios con los que había tenido que crecer.

Dejé de pensar y miré hacia el hombre frente a mí, que se frotaba la mandíbula en lo que asumía era un tic para pensar.

No me equivocaba, después de un momento, habló.

—Principalmente, ¿Cuál es tu nombre, señorita V? — La pregunta me chocó un poco, pero pensé en lo comprensivo que había sido y lo dejé pasar.

— ¿Es eso necesario? — Pregunté haciendo un pequeño puchero.

— ¿El qué? — Lanzó el de vuelta.

—El que tenga que decirle mi nombre, realmente preferiría que no, de verdad lo odio.

—Para lo que necesito y de la manera en la que pienso ayudarte, sí. Es bastante necesario. — No se veía molesto por mi pataleta, más bien se notaba algo divertido.

—Mi nombre es Virgil, Clint. Y sino es estrictamente necesario, preferiría

que no lo usara.

Él sonrió y saco su teléfono celular del bolsillo del pantalón, ahora que lo pensaba Clint era un hombre guapo, tenía muy buena complexión y no aparentaba tener 59 años. Me agradaba.

—Buenos, señorita. Por si no lo sabía, o, mejor dicho, sé que no lo sabe— Dijo y rio con su propio chiste— Soy abogado, uno muy exitoso y reconocido. Tu historia me recuerda mucho a la de mi esposa, que sí, aunque no sepa lo que es el buen sexo, la amo y nunca dejaré de hacerlo. Pero como explicar, los hombres somos seres carnales y no podemos evitar aburrirnos o presentar interés por lo nuevo— Hizo una pausa y yo rodé los ojos por su comentario, el rio nuevamente por mi reacción, estaba impresionada, jamás lo había visto con esta faceta, parecía ser un hombre bastante agradable— No intento excusarme, pero es la única explicación que le doy a nuestra naturaleza. En fin, no puedo permitir que un degenerado, como tu padre ande por ahí, libre después de todo lo que te hizo, después de haberte destruido la vida. Así que, vas a anotar en este papel— Dijo mientras hacía rodar por la mesa un trozo de hoja y un lapicero de oro. — El nombre de tú Padre y el de tu Madre, me voy a poner a trabajar en ello cuanto antes. Obviamente, no te voy a cobrar ni un centavo, esto va por mi cuenta, así que no desaproveches la oportunidad, nunca te respetó ni quiso, así que perdónalo después de que esté tras las rejas.

Había quedado con la boca abierta, pensé que había terminado su monologo, pero no fue así.

—Por si te lo preguntabas, no he perdido jamás un caso, sea cual sea su magnitud. Y pensándolo bien, si, vas a pagarme, pero con una cena en la que iremos tú, el chico de la habitación de al lado y yo. Porque en este preciso momento vas a contarme la parte de la historia en la que aparece el, no voy a que darne con las ganas de saber algo.

Sonreí ante lo que decía, no porque fuese intentar recuperar a Julius, que

por cierto había dejado de hacer gemir a la pequeña chica, sonreía porque estaba dispuesta a emprender el camino que me sacaría de agujero negro en el que había estado por muchísimo tiempo.

—Voy a aceptar todo lo que me ofrece, sin embargo, lo de la cena vamos a cancelarlo por ahora. Lo que sí puedo darle, es la historia completa. Porque, en este preciso momento, tengo ganas de halar, así que voy a contarle como fue todo.

El señor Clint me pidió un segundo y llamó a servicio a la habitación, sostuvo el teléfono con el mentón y me preguntó que quería yo, como amaba el dulce, pedí mi postre favorito, que era el pie de limón y una cola negra, calorías para mi cuerpo, perfecto, delicioso, encantado. Clint rio con mi elección y movió la cabeza en un acto de negativa gracioso.

Esperamos a que llegara el pedido, este hotel era realmente rápido, así que después de unos minutos, tocaron la puerta, un chico bajito y regordete entro arrastrando un carrito, él tenía una llave electrónica así que Clint solo grito que pasara y él llegó hasta el balcón. Excelente. Colocaron los aperitivos en la mesa y no pude evitar reír cuando vi mi pie y gaseosa, junto al café y el croissant del señor Clint. Excelente, por más que intentara, siempre me comportaba como una niña cuando estaba feliz, en el transcurso de mi vida habían matado muchas cosas en mí, pero eso, mi alma joven, no habían logrado destruirla. Me sentía feliz, eso quería decir que tenía esperanzas. Era probable que dejara de ser una puta melancólica.

Comimos en un cómodo silencio, yo, prácticamente devoré mis dulces, la gaseosa me la acabé en dos sorbos, estaba acostumbrada a comer con Pierre, eso traduce que lo que sabía era tragar.

Al terminar, me relaje llena y con un subidón de azúcar leve, contra el asiento. El señor Clint me hizo señas con las manos, para que comenzara a hablar. Le hice caso y no perdí más tiempo.

—El chico de la habitación de al lado, se llama Julius y es o bueno no es, ha sido mi único novio, lo conocí cuando estaba en la preparatoria, Yo estaba en el penúltimo curso, y él en el último. Siempre había fantaseado con él, bueno, creo que todas las chicas del colegio lo habíamos hecho, era perfecto, bello, el Quarterback del equipo de futbol americano, en fin, el chico cliché de que cualquier mujer se enamoraría. Solo que él no era igual que el resto, en las fiestas lo ibas a ver sentado afuera viendo a la piscina o a las estrellas, las chicas se le acercaban y él simplemente hablaba con ellas, nunca se insinuaba, nunca quería más.

Yo siempre lo observaba entre las sombras, era la hija del Pastor así que todo el mundo me miraba con recelo, sin embargo, desde aquel día que cumplí quince años yo había cambiado, me había vuelto rebelde, si mi padre quería golpearme por algo, por lo menos procuraría que tuviese motivos. Llegaba borracha a casa, respondía con malas palabras, iba y venía sin pedir permiso y en muchos casos me escapaba.

Sin embargo, cuando era llevada a la habitación del castigo, me mantenía en silencio, me prometí que más nunca iba suplicar si igualmente iban a destruirme a golpes, me obligué a no llorar delante de nadie y aunque seguía vistiendo pantalones anchos y franelas de hombre, por dentro me estaba volviendo ruda, estaba trabajando en la Señorita V.

Pierre, el chico con el que me vio en el restaurante, es mi mejor amigo, vivía a dos casas de la mía y no hubo un día en el que no estuviese junto a él, íbamos juntos al colegio, me buscaba y pedía permiso para ir a jugar por las tardes y secaba mis lágrimas cuando era castigada, muchas veces limpió mis heridas y siempre, siempre, fue comprensivo, iba los domingos a la iglesia con su madre y soportaba con la mandíbula apretada, las ganas de saltar al pulpito y estrangular a mi papá mientras predicaba lo que nunca cumplía.

Me amaba tanto, que se había dedicado a cuidarme, aceptando todas las

cosas que me hacían mal y llevando mis decisiones por buenas o malas que fueran.

Cuando teníamos como doce años, llegó Elizabeth, se mudó a la casa de al lado, es decir la que estaba en medio de la de Pierre y la mía, era una niña muy madura para su edad, sofisticada y estirada como toda inglesa, nos miraba de arriba abajo cuando nos veía pasar como unos zarrapastrosos llenos de barro. Pero un día, estábamos lanzándonos desde las ramas de un árbol a un montón de arena y hojas que descansaba abajo y él llegó ella, con una pelota, vestida con rodilleras, casco y botas de plástico, además de sus lentes para el sol, si, una niña de doce años que usaba lentes para el sol.

Al verla, Pierre y yo estallamos en una carcajada, sin embargo, su acento nos generaba tanta curiosidad que decidimos invitarla a jugar. No voy a decir que se volvió una troglodita como nosotros, pero sí se adaptó a nuestra manera de jugar.

Ella es la segunda persona a la que amé en mi vida, la primera fue Pierre, ellos hicieron que el volver a casa fuese más llevadero, ayudaron con mis miedos y respetaron el que no quisiera decir nada.

Sin embargo, ninguno de ellos sabe lo que pasó aquel día de mi cumpleaños, ellos habían hecho para mí, en la mañana una sorpresa de cumpleaños. Detrás del colegio, si caminabas por lo menos unos quince minutos con dirección al norte, podías conseguirte con un pequeño lago. Había días en los que íbamos ahí, a hacer los deberes o a sentarnos a hallar de cualquier tema. La pasión de todos nosotros era leer y cuando tuvimos mayor edad y mejor ortografía empezamos a escribir. Solíamos escribirnos cartas por todo, porque estábamos molestos, por navidad, por los cumpleaños, porque llegó la inspiración, por lo que fuese, cualquier motivo era bueno.

Ese día cuando llegamos al lago sentí que no podía desear nada más, vi debajo de nuestro árbol favorito una cuerda de las que colgaban unas letras

que rezaban "Feliz Cumple 15" Al pie del árbol había un pastel y una canasta de picnic sobre una manta de cuadros blancos y verdes, mi color favorito. Me sentí feliz, los abracé y besé como una posesa para luego salir corriendo a ver todo lo que había.

El pastel era de red velvet, mi segundo favorito, lo había hecho la mamá de Pierre que era una diosa en la cocina y la canasta de picnic la había preparado Elizabeth con todas mis comidas favoritas, pan de almendras cortado en cuadrados, mermelada de fresa, mantequilla de maní y chocolate para untar. Jugo de naranja extra natural y un pequeño ramo de margaritas, mis flores favoritas.

Después de que comimos Pierre dijo que había leído algo e internet y que lo había llevado para mostrárnoslo, que seguramente nos gustaría.

Se levantó y subió su cuerpo al tronco de un árbol caído, puso voz graciosa, dijo unas cuantas tonterías, pero luego, sacó un papel de su bolsillo y comenzó a leer.

*No sé cómo identificarte
a través de todos aquellos días, noches, y
amaneceres llenos de placer,
cuando me susurras al oído que me amas,
que soy el mejor, mientras lo haces,
solo lo ignoro sin saber que
responder y continúo en mi trabajo.
Sin ningún sentimiento hacia ti,
solo buscando la satisfacción de poder
tener tu cuerpo
las veces que quiera y
poder complacer mis antojos.*

*No sé si sea algo estúpido,
no quererte, pero tampoco poder dejarte,
alejarme, apartarme de ti.
Eres el placer que tanto busque, pero, no
la mujer que necesito a mi lado.*

*Es increíble las veces que te he humillado
y continúas ahí, intentando
que te vea como algo más que solo placer y físico.
Es sorprendente,
como puedes dedicar tanto tiempo para mí,
el cual tomo en cuenta solo
cuando siento la necesidad de buscar tu cuerpo.*

*No puedo negar que eres una mujer increíble,
sin embargo jamás serás
esa persona con la que sueño,
no te acercas ni un poco.*

*He encontrado a alguien que puedo decir que tiene,
o me da, el placer que busco
pero no es ese fragmento
que me complementa lo que falta en mí,
es una pieza que no sé qué forma tiene,
más si sé, que no es la tuya.*

El señor Clint puso cara de risa y me preguntó algo.

—Ya veo que tienes una memoria excepcional ¿Siempre recuerdas todo lo que te han o has escrito?

Ante su pregunta me apené un poco, pero si, tenía memoria de elefante podría recitar de memoria la mayoría de las cosas que he leído y me han gustado. Así que se lo hice saber y seguí hablando. Recordaba ese día como si no hubiesen pasado ya siete años.

Pierre terminó de hablar, Eli y yo nos quedamos una vez más boquiabiertas, ambas sabíamos que eso no lo había sacado de Internet, pero decidimos no decir nada. Salíamos hacer cosas similares, los tres estábamos cortados con la misma tijera, dependiendo de nuestro estado de ánimo, podíamos inventar una historia y escribir de ella, era normal que no dijera nada de nosotros, pero dependiendo del estado de ánimos escribíamos algo oscuro o bonito. Esa tarde de forma tranquila, entre risas, cuentos y teorías. Elizabeth hablaba de como creía que era el espacio, consideraba que la tierra no giraba alrededor del sol, sino que el sol, lo hacía entorno a ella. Pierre pensaba que en las estrellas vivían personas y no extraños seres sino humanos que vivían en estrellas y otros planetas. Yo por mi parte no pensaba en nada de eso, solo veía que el sol se estaba ocultando y que mi padre estaría como un energúmeno cuando llegase a casa. Caminamos por el bosque hasta nuestras casas el camino era mucho más largo, pero ciertamente más agradable. Salimos juntos, del bosque cuando ya anochecía y uno de los amigos de mi padre me vio salir, en el momento que me vio y sacó su teléfono celular, supe que cuando llegase a casa iba a ser terrible. No me había equivocado. Ya el resto de esa historia usted la conoce.

Después de lo que paso, subí a mi habitación y estuve como un par de horas sentada debajo de la ducha, el agua caliente quemó mi espalda, y cuando se acabó la fría congeló hasta mis huesos, Salí del baño cuando no podía dejar de tiritar y tenía los dedos arrugados. Me vestí con un suéter de Pierre y unos leggins negros, calce mis pies con unas zapatillas deportivas y me cole por la ventana de mi habitación, hice el menor ruido posible al bajar y corrí como

una demente hacia el lago, al llegar me quite una vez más la ropa, hasta quedarme en ropa interior, sin pensarlo mucho, corrí hasta un risco que había y me lance en un clavado perfecto. Mis brazos rompieron el agua para que mi cuerpo pudiese pasar luego.

Le di la bienvenida al frío en mi cuerpo y nade hasta el fondo, hasta que sentí que no podía más, en el momento que mis pulmones estuvieron aullando por oxígeno subí a la superficie, al romper el agua, mi cuerpo choco con algo duro me asuste y me aleje desesperada, para luego darme cuenta de que era una persona, sin embargo, no era cualquier persona. Julius estaba flotando frente a mí y mirándome de forma interrogante, yo lo ignore e intente nadar por su lado, pero uno de sus brazos fuertes, en el que llevaba ahora el tatuaje de lobo me detuvo. Yo solo podía mirar su mano sosteniendo mi brazo, estaba en shock, respiraba con dificultad y no sabía si era por el esfuerzo que habían hecho mis pulmones o porque el chico de mis sueños estaba frente a mí.

—Tengo dos preguntas para ti, la primera es ¿Por qué saltaste del acantilado? La segunda ¿Por qué tardaste tanto en subir y que haces a media noche, sola en el lago?

—Es última, son dos preguntas no una. — dije como pude y forcé una sonrisa, a él no le causo gracia y siguió viéndome de forma expectante.

Respire profundo y por algún motivo, que aun desconozco, le respondí.

—Salté, porque lo necesitaba, necesitaba caer y sentir morir, deseaba creer que podía acabar con todo y ahogarme, pensé que iba a nadar hasta el fondo y no volver a subir, ¿Pero que creer Julius? No pude, no soy capaz, soy una cobarde.

Termine de hablar y él no me miraba como si estuviese loca.

No sé qué me llevo a hacer eso, pero lo abrace con fuerza. Y él me devolvió el abrazo como pudo sin hundirse.

Luego de eso, empezó a buscarme en el colegio, se sentaba junto a mí en

las clases y se tornó habitual ver su bandeja junto a la mía en la mesa del comedor, Pierre y Elizabeth no preguntaron en ningún momento nada y se los agradecí en silencio, porque realmente yo no sabía lo que estaba pasando.

Muchas veces lo ignoraba y hacía caso omiso de su presencia, pero llegaron los días en los que su llamada llegaba en las noches, luego esos días se volvieron habituales y sin darme cuenta, empezamos a salir, con el me sentía feliz y tranquila y al igual que mis amigos me hacía más fácil la tarea, de ser Virgil, en general.

El señor Cint parecía un adolescente escuchando un chisme de pasillo y reí ante su cara.

—Entonces chica, ¿cuál es el momento en el que me cuentas como te volviste una prostituta?

Reí ante su forma de decirlo, y le respondí.

—A eso voy, Clint, no te apresures, que me le cortas el hilo a la historia. — Me acomodé una vez más en el asiento para seguir hablando. — Cuando me volví prostituta... Un día llegué a casa y mi papa volvió a hacer lo mismo de cuando cumplí quince, habían pasado unos seis meses ya, desde ese día.

Tomé una ducha larga, pero esta vez no sentía dolor, solo sabía, eso era lo único que llenaba mi mente. Con movimientos rápidos me vestí y salté por la ventana de mi cuarto, esta vez caminé hacia una zona bastante peligrosa y en la que sabía que celebraban carreras de autos. Caminé por los lugares oscuros para que así nadie me viera y pudiese reconocermé. Al llegar me encontré con muchos adolescentes de mi colegio, ignoré sus miradas atónitas y caminé hasta el semicírculo de la carrera, un chico se paró a mi lado y me mostró un fajo de billetes he hizo señas a donde estaban los autos estacionados. Realmente no entendía lo que quería así que decidí ignorarlo. Hasta que se acercó a mi odio y preguntó: ¿Cuánto cobras por una mamada? Me quedé impresionada por lo que acababa de ofrecermé. Al ver q no respondía volvió a hablar

No te hagas la santa, todo el mundo dice que cobras por dar placer, que lo has mamado tras del púlpito de tu papa, así que dime ¿Cuánto cobras? Me quede estupefacta y llena de ira. Sabía de esas cosas que se decían de mí, porque me tenían envidia por ser la chica de Julius, tenía ya tiempo sintiendo que lo mejor era dejarlo y buscar la manera de irme del pueblo. Una vez más bajé mi mirada al dinero que sostenía el chico y aprecié que eran cinco billetes de los grandes. En ese momento lo vi como la única opción, era la manera de salir del pueblo.

Esa misma noche, me perforé los pezones y me hice el primer tatuaje en la cicatriz más grande que tenía, una que me cruzaba el abdomen. Luego de eso, dejé a Julius, sin decirle que pasaba. Luego el sr enteró y no quiso apartarse de mí. Yo fui egoísta y se lo permití, así que estuve con él hasta que reuní el dinero necesario y me fui del pueblo.

Él siempre conseguía la forma de encontrarme, pero después de pasar la noche a su lado me iba y desaparecía una vez más. Nunca me quedaba en ningún lugar, hasta que por error una vez entre al bar de Pierre y me obligó a quedarme diciéndome que una vez más apoyaba mis decisiones y si quería me ayudaría. Desde ese momento él ha conseguido los clientes para mí.

Término de hablar. Nos quedamos en silencio, luego, me levanto, beso a Clint en la mitad de la boca y le dejo un papel en el que están los nombres de mis padres. No me preocupo en decir nada más. Sé que él va a lograr lo que necesito.

Salgo de la habitación sin decir más nada, y cuando estoy por meterme en el hueco de las escaleras, veo salir a Julius solo de la habitación. Me siento en el suelo y espero treinta minutos para estar segura de que no voy a conseguirlo.

en el lobby.

Salgo del hotel sin despedirme de Samantha, y paro el primer taxi que pasa. Me subo y recuesto del asiento, tomo una decisión y en vez de decirle que me lleve al bar o a casa. Bajo y pago cuando se detiene en la entrada de la universidad local.

Si se va a cambiar, se tiene que hacer bien.

Capítulo 9

Llegue a casa luego de pasar toda la tarde hablando con Clint, me sentía preparada para hacer algo que tenía mucho tiempo desenad, así que busque el cofre que tenía siglos sin abrir y saque la carta que quería leer, aún estaba sellada, fue la única carta que me escribió y nunca me atreví a abrirla, fue antes de que decidiera dejarlo, la había escrito luego de que le explique el motivo por el que pensaba que debía irme.

Dijiste cosas importantes, si, lo de como sentirse el día que simplemente llegues después de acostarte con otro o así, podría aceptarlo, pero lo que más quisiera es que dejases de hacerlo... ¿Que nadie merece tener a la Virgil buena? En eso discrepo, es tu vida y tú decides cómo y con quién la vives, pero te diré por qué discrepo: yo siento que soy merecedor de ella, si... Sabes ¿por qué? Porque por alguna jodida razón siempre termino haciendo un lado lo basura que puedo ser por ti. Has sacado lo mejor de mí. Yo sé que yo no te agrado por quien soy, porque soy popular o porque todas me desean. Porque justamente son solo eso, cosas que para mí no valen nada en absoluto, sabes que entre todas las opciones que tuve, decidí ir por ti. ¿Pero sabes que odió? Que personas que no te tienen el mismo nivel de aprecio que yo sean justamente con quienes compartas tu vida... Y lo sé, si esos son con quienes compartirla, o, mejor dicho, a quienes quieres venderles tu vida

y cuerpo, lo haces y ya... Es tu vida.

Ni siquiera yo podría describir con certeza todo lo que pasó el día que te escapaste y fuiste al cine conmigo. Tú podrías pensar que nada, y desde tu punto de vista acertarías.

Desde mi punto de vista: me dio de todo, porque me mirabas de una forma que nadie lo había hecho (en el restaurant de sushi, malo que elegiste), luego estabas tan cerca de mí... Pero no solo físicamente, yo te sentía ahí al ladito. Yo trataba de estar lo más cerca posible y me hacía el desentendido... Luego empezaste a apoyar tu cabeza contra mi hombro y no supe que hacer, sentía nervios y emociones tan diversas. Confieso que para ese entonces ya me moría de ganas de darte un beso... Pero soy cobarde.

Cuando me permitiste hacer eso, de sostener tu mano entre las mías, me terminaste de ganar... Creo que ese simple gesto valió la pena la mala comida y todo el estrés de que nadie nos viese juntos...

Luego... Cuando pude pensar con frialdad me sentí confundido. En serio, porque una parte de mi pensaba que estaba mal todo, y otra reía como estúpido todavía recordando cuando te tome de la mano.

Yo soy egoísta, uno bastante tonto, creo. Aun sabiendo que eres impredecible intento meterte en una botella, queriendo que seas mi genio. Pero sé que no puedo ni debo (ni quiero) hacer eso... Pero el amor es tan egoísta.

Tengo tan mezclados los sentimientos por ti que a veces me confundo... Te quiero porque eres adorable a veces, y siempre me escuchas... Diría que eres una amiga... También me gustas como mujer, en lo físico, y entré en conflicto la primera vez que pensé en querer acostarme contigo... Y Dios... Sé que una parte de mi te ama... No por la ilusión de lo que pintas ser, sino por lo que eres en realidad. Tú eres el poema más bonito que alguien ha escrito, así que tú mamá y tú papá, así sean una puta mierda, merecen el

maldito Nobel por escribirte. Los poemas bonitos también tienen su lado malo, duro, rotó... Igual que tú... Sé que una parte de mi te ama por ello, y por la exclusividad de tu alma.

Los "regalos" son eso Virgil, y me molesta cada vez que no quieres aceptarlo, sé que resulta complicado el explicarles a tus padres que tienes cosas nuevas, sin embargo... son regalos y ya. Son para ti, un libro porque te gusta leer, y todos merecemos escuchar música. Eso es tuyo y ya.

Independientemente de todo, de lo que decidas créeme que lo respetaré. Voy a decir unas cuantas cosas más y ya...

Eres genial, así como eres, aunque tú creas que solo me haces sufrir y así... Hasta ahora solo me has dicho lo que yo soy para ti, pero no creo que te has detenido a pensar en que eres tú para mí.

Llegué a sentirme como una basura, y lo repito una vez más, por pensar una vez en acostarme contigo, porque pensé que te estaba faltando el respeto incluso sin decirlo. O porque quizás pensaras que estaba exigiendo sexo, porque era la forma en la que obtenías dinero, Sin embargo, yo solo quería y quiero explorar todo lo que hay en ti.

Cuando te dio aquel ataque y cambiaste tu cabello, fui feliz, me gusto, te veías hermosa.

Me gusta mucho cuando me dices "bebé" y cosas así, porque sé que no solo las dices y ya, a mí me gusta que me trates así. Me siento bien, diferente, importante. Y lo mejor que tengo en esta vida, es ser importante para ti, tú dices que me ganaste a mí, pero no, yo gane el cielo, contigo.

Una vez quise contarle a Jason que tú me gustas porque necesitaba sacármelo del pecho... Pero como siempre fue tan esquivo y frío que termine por no decirle nada.

Eres masculina, pero me agrada.

Yo sí creo que puedes escribir y te aliento a que lo hagas. Amo cuando te

dignas a leerme alguna de tus cartas y sueño con que me escribas una.

Yo quería que fueras mi novia, para siempre.

Ninguna foto supera a la borrosa que nos tomaron en la fogata después de conocernos, fue en el lago, en el que chocaste como un pez moribundo contra mí, me gusta creer que te salve.

Soy... Creo que soy buen tipo, pero realmente eso nunca me ha ayudado, pensé que si dejaba de jugar en el equipo y empezaba a comportarme como ahora quizás todo cambiaría para mí, quizás dejarían de tratarme como un trofeo.

Ayer soñé que te habías pintado el cabello de rojo, iba a decírtelo hoy.

La última canción que te dedique es la más sincera. Y ame cuando me dijiste que te gustó "The Scientist".

A veces quiero etiquetarte en todos los posts y tonterías en Facebook que dicen "etiqueta a tu novia" o así, como cualquier adolescente... Quizás en otro universo... Donde no estemos bajo todas estas cargas.

Nunca olvido como nos conocimos.

Eres presumida, como muy pocas mujeres porque rayas en lo interesante... Pero me haces reír.

Mi sueño siempre ha sido dormir contigo, me traes calma.

Detesto cuando "me cortas" porque entonces no hablamos... Y se siente extraño no hablar contigo.

A veces aparento que soy muy creído y así... Pero es mentira, la verdad es que soy humilde y casi nunca tengo buena autoestima.

Siempre quise que me abrazaras por más de un minuto.

Quería gustarte por quien era en realidad...

Amo tu cabello, tus piernas y si, tus ojos melancólicos, todo, de ti.

Siempre esperaba el día que quisieras tomarte una foto conmigo, por iniciativa. Aún sigo desenado ese momento.

Envidio a todos aquellos con los que compartes. Y si, también envidio a aquellos que pagan por tu compañía, quisiera ser millonario y llenarte de dinero para que no tengas que hacerlo más.

Confieso que me robaba los escritos de amor de tu portafolios, para que cuando yo lo leyera pensar que éramos nosotros dos.

Creo que no soy bueno para escribir, pero me gusta cuando me dices que, si puedo, que debería hacerlo, que te gustaría leerme. Me hace sentir bien.

Nunca he querido hacerte daño porque eres muy especial.

Todas las canciones que escucho desde que te conocí, me hacen pensar en ti.

Quería una celebración donde estuvieras tú y mis amigos. Mi cumpleaños no fue nada bueno porque no estabas tú.

Sé que hay mucho que estoy dejando de lado... Pero lo intente, sé que odias los mensajes cortos.

Con amor, Julius.

Desperté luego de haber dormido un rato, todo lo que me había pasado hoy me había dejado realmente cansada, más que física era mentalmente. Decidí que era un buen día para ir al bar a ayudar a Pierre que no se encontraba en casa cuando llegue así que obviamente no lo había visto.

Tome una ducha relativamente corta y entre a mi habitación, escarbe en el closet para ver que ropa iba a usar y me decidí por unos leggins de cuero negro, un top de tirantes y una chaqueta de cuero negra también, subí todo mi cuerpo en unas matadoras plataformas de quince centímetros y me maquille párala ocasión, el cabello lo había secado y luego laceado con una placa para el cabello, me veía realmente imponente.

Salí de la casa con una sonrisa en los labios y un nuevo aire en mente, pare

el primer taxi que paso porque no quería que mi cabello rebelde se hiciera un asco, unos minutos después me halle entrando al bar. Sentí que todas las mirabas pararon en mí y las respondí con una sonrisa, vi a Andrés parado a un lado de la barra acompañado de Jason y otro chico, me saludo con un asentimiento de cabeza y le devolví uno igual. No vi a Pierre por ningún lado, así que caminé hasta el cuarto de bar donde lo encontré vistiéndose.

— ¿Por qué estás aquí solo? — Pregunte a un Pierre que se abotonaba la camisa.

Me miro y sonrió a desplazar sus ojos por mi cuerpo.

—Porque un borracho echo su trago sobre mí y vine a cambiarme. Ahora pregunto yo, ¿Por qué estás tan hermosa?

Reí un poco y me lancé sobre el para darle un abrazo.

—Estoy así de linda porque estoy muy feliz y quiero venir a ayudarte con el bar. Tengo una propuesta para ti y espero que quieras ayudarme y aceptarla.

Pierre me dio una mirada interrogativa y asintió para que continuaré halando, me Salí de entra sus brazos y me aleje un poco para verle la cara bien.

—Lo que tengo que decirte Pierre, es que hoy decidí que voy a dejar los servicios, tengo una gran cantidad de dinero ahorrada y sé que este ano también ha sido bueno para ti, así que te pido que nos asociemos y abramos una nueva sucursal del bar o cualquier otro negocio.

Pierre me miraba impresionado y de un momento a otro me vi siendo alzada entre sus brazos para luego girar, reíamos como niños, e intentaba no llorar para no estropear mi maquilla, sentí ganas de contarle a Pierre todo lo de mi padre, pero pensé que se lo diría en el momento que fuese a legalizar la denuncia, antes de venir me había llegado un correo electrónico del señor Clint con todas las especificaciones.

—¿Y ahora qué hago con este fajo de billetes? — pregunto Pierre

mostrándome el dinero. — Me lo do un cliente viejo tuyo que volvió a la ciudad y quería pasar a verte, estará muy decepcionado, pago el doble y sin que hubieses llegado.

Me causo curiosidad, no sabía quién podría ser, me había acostado con tantos hombres, que muchos de ellos no los recordaba.

—Bueno, hazlo pasar y yo misma hablare con él y le devolveré el dinero. —Dije a Pierre y este asintió y salió de la habitación con una sonrisa pícaro en los labios. Estaba bastante extraño mi mejor amigo.

Al cabo de unos minutos, se escucharon tres suaves golpes en la puerta, estaba de espaldas a ella, intentando clocarme un sarcillo que se me había caído. Empecé a hablar en lo que sentí que el desconocido entro a la habitación.

—Lamento decirle, diablos, un segundo, este jodido sarcillo. —Intenté una vez más con el artilugio y seguí hablando. —Aja, como decía, lamento decirle que ya no estoy prestando mis servicios como... como prostituta, señor, a ver cuál es que es su nombre— Voltee y mi cara cayo a suelo. |Frente a mi estaba Julius vistiendo una camisa negra que apretaba todo de él, unos pantalones oscuros de jeans y unas botas de combate, tenía todo el brazo derecho ahora tatuado y un piercing en la ceja.

—No dejas las palabrotas, y eres tan cambiante, pequeña— Dijo con voz ronca— Tengo los últimos tres años trabajando hasta mas no poder para hacer el dinero necesario y poder sacarte de ese mundo, sin embargo, ya veo que lo lograste por ti sola. ¿Entonces qué? Vas a devolverme el dinero.

El rio y yo sentí la ira hervir en mi cuerpo, como podía venir a hablarme así mientras hoy le decía nena a una chica antes de hacerla gemir como una posesa.

—¿Qué haces aquí? Fue lo único que alcance a decir.

Estaba molesta y celosa, sé que no debía, que no tenía derecho, pero igual

eso no cambiaba nada, el saber que no tenía la razón me hizo hervir la sangre una vez más.

—¿Qué hago aquí? Buena pregunta, sin embargo, ya lo dije, a eso he venido.

—Pero hoy te vi en el hotel con una chica y la llamaste nena.

—Ah eso— Dijo quitándole importancia— Tengo días hablando con Pierre y programo cita con el cliente ese tuyo, me dijo donde sería y yo me adelanté y pedí la habitación antes que él, tu mejor amigo había mencionado que no te caía bien la recepcionista, así que sabía que como eres una borde, ibas a pasar sin siquiera preguntar. Te conozco pequeña siempre lo he hecho.

Sin dejarme tiempo a continuar decidió seguir hablando.

—Y bueno, tengo horas esperándote aquí, algo me decía que ibas a venir, pero te encuentro en mejores circunstancias de la que debería y ahora me entero de que vas a dejar los servicios, lo has hecho más fácil de lo que pensé, así que solo necesito saber algo que no voy a poder adivinar... ¿Es que ya no me quieres? Pregunto y se acercó a mí, tomo mi cuerpo entre sus brazos y todas y cada una de las terminaciones nerviosas existentes en el cobraron vida.

Tomo mi cara entre sus manos y yo me deje hacer. Me beso lento y suave y por una vez en mucho tiempo no sentí que lo estaba haciendo mal.

—No has respondido mi pregunta— Dijo contra mis labios.

Me quede un minuto en silencio y lo bese como si no hubiese mañana, hicimos el amor como fieras, aun no podía responderle que lo amaba, no de esa forma tan común y banal, iba a hacerlo de la mejor forma que sabía.

Después de tres arrebatos en los que luchamos como titanes, Julius se durmió, yo me levante y le hice unas fotos con mi teléfono, dormía como un bebe eso me encantaba, me vestí con cuidado de no despertarlo, lo bese en la coronilla y Salí de la habitación sin decir nada.

Me encontré con Pierre que pregunto por Julius y le dije que estaba

dormido, que no le dijera aun donde quedaba la casa. Mi mejor amigo negó con la cabeza, lo bese, esta vez no iba a irme, le asegure.

Salí del bar y me fui a casa, me senté frente a mi ordenador y escribí, la que quizás fuese la mejor carta que escribiría, porque en esta, no me estaba despidiendo.

Capítulo 10

Inevitablemente me marca mi amor por ti, que en momentos se torna infinita. No importa, es decir, no me importa todo el tiempo pasado o el futuro, solo me importas tú y lo que vivo. No imagino una eternidad junto a ti, pero soy fiel creyente de que podemos crearla. Me habías llenado en el pasado de momentos felices, de risas, cariños, mimos y muy pocas lágrimas, sé que puedes hacer lo mismo ahora que puedo corresponderte. Me hiciste feliz esos meses como tenía unos cuantos años sin serlo, ahora puedo respirar con tranquilidad sin sentir ese maldito vacío que me oprimía el pecho, ahora estas tú, ahora me permito aceptar todo lo que podemos lograr juntos. Ya las ganas de llorar no son más las veces que vienen que las que se van, y si, eso ya lo había escrito antes, pero me siento tan bien que no puedo evitar compararlo con lo mal que estuve, gracias a lo de hoy, aunque no lo creas, me sacaste de un agujero negro que me mantuvo prisionera por mucho tiempo. En el pasado no lograste hacerlo con tu jovialidad y juventud, sé que solías repetirme que, eras mayor que yo, que dejara de sentirme grande, pero debo decirte mi amor, que los golpes me habían y me han envejecido, sin embargo, contigo pretendo volver a ser esa niña que anteriormente saltaba hasta conseguir lo que quería, que llora para luego reír y olvidar lo que la hacía sentir mal, hoy me di cuenta que esa pequeña sigue habitando dentro de mí. Por ti, dejare las etiquetas que

me obligaba a seguir a un lado, debo decirte que siempre habías logrado traspasar mi coraza y sin siquiera intentarlo. Tienes un aura linda, que combate fervientemente aquella cosa oscura que me rodea, de la que hablaste aquella noche en el lago, la última en la que fuimos ahí. Nunca tuviste más razón.

Me observabas como tenían tiempo sin hacerlo, mejor dicho, como nadie nunca lo había hecho, conoces de mí,

Cosas que solo mis mejores amigos sabían y eso se los mostró los años juntos, sabes cuando estoy bien y cuando finjo estarlo, me has sostenido en tus brazos fuertes, cuando he trastabillado hasta casi caer, más veces de las que puedo contar y te pido perdón por no haberlo sabido valorar. ¿Cómo no quererte Julius? Dímelo. Si cuando nada me hacía feliz llegaste tú y lo cambiaste todo, cuando nada parecía bueno, volviste a venir y pusiste mi vida de patitas y esta vez, para mejor. Tengo miedo, de estar tan malditamente enamorada de ti y de nunca haberlo dejado de estar, tengo miedo de darte todo de mí y que una vez más se repita la historia.

Sé que te dije que sentía que te amaba cuando hacíamos el amor, porque sí, a nuestra manera y en ese momento hacíamos el amor. Hoy una vez más lo hicimos, contigo siempre es así. Pero ahora que lo pienso, no te amaba solo en ese momento, lo sentía cuando te besaba y cuando me abrazabas, cuando te miraba, cuando respirabas, cuando ibas y venias por ahí siendo simplemente hermoso, cuando observabas medio inclinado la vitrina de una pastelería para ver que postre me ibas a comprar, sentí que lo hacía mientras aquel día cerré los ojos y deje que enjabonaras mi cuerpo, con el que nunca había, ni he estado conforme, pero que ante tus ojos que lo miran sin reproche, se vuelve aceptable, así, completo, con todas sus imperfecciones. Pero como iba a decir eso, si ni siquiera dejaba escapar él te quiero que me quemaba la lengua cada vez que me iba a despedir de ti.

Solo me permití hacerlo en aquella carta que te escribí porque fue una despedida.

Has escarbado con fuerza entre toda la mierda que cargo conmigo y has logrado conseguir la que siempre he sido. Me he equivocado muchas veces, sin embargo, no considero que estés en esa lista, eres y vuelvo y lo repito, lo mejor que me paso en esos años y para que voy a mentir, lo mejor también que me pasó en la puta vida. Dios existe, porque te envió a mi camino para hacerme feliz. Pensé que no merecía nada más que el dolor, imaginé que mi vida se iba a resumir en acostarme con alguien porque no tenía más que hacer, sentirme una puta, mejor dicho, trabajar como puta y no tener en que gastar el dinero, beber tanto hasta perder el conocimiento y así, por fin y por un momento no sentir nada, sin embargo, no lograrlo y revolcarme una vez más en los recuerdos para luego llorar hasta dormirme.

Hice cosas horribles, de las que me arrepiento, caí tan bajo que sentí que no iba a salir. Hice de mí un ser banal, sin sentimientos, sin opiniones, hice de mí un maniquí, que llevaba ropa bonita para así tapar el plástico frío del que estaba hecho. Era llamativa Julius, todos querían intentar domarme, todos querían que sintiera algo y yo si acaso podía sonreír, me aferraba a lo que no pudiese tener para así entretenerme. Siempre fui así, y en aquel momento llegaste tú, para hacer mella en mí e indagar en mi manera de ser, te ganaste parte de mi confianza con solo responder mis mensajes bordes y ofensivos, nunca te viste siendo sometido por alguno de mis comentarios pesados, supiste seguirme el juego y te hiciste interesante. Quería conocerte, y me dediqué a lograrlo. Quería conocer a ese que podía dejarme sin comentarios inteligentes para replicar, ¿Cómo no iba a gustarme eso?

No voy a mentirte y decirte que me gustaste desde el principio, porque no es así. Pero te volviste un proyecto. Mucho antes de conocerte, me vi estando celosa cuando me contaban de que salías con alguna otra y me regañé mentalmente por eso, Tenía tanto interés en ti, queme volvía loca pensando en conocerte. Sin embargo, el destino tomó el sartén por el mango y aquí estoy. Más enamorada de lo que es sano y esperando que leas esta carta y sientas el pecho tan lleno como yo.

Recordé aquella mañana que me abrazaste y me dijiste que querías que te quisiera para toda la vida. Y en este momento te lo prometo, sin cruzar los dedos, de corazón. Y sé que será así, porque te debo más de lo que puedo contar, cambiaste mi vida aquel día en lago y te estaré eternamente agradecida. Así seas para mí, mío, o de otra, siempre te voy a querer.

Y como dice Augustus en mi libro favorito.

“No puedes elegir si van a hacerte daño en esta vida, pero si puedes elegir quién te lo hace.”

Así que yo, abro mi corazón en canal para tú, para que hagas con él lo que desees, lo que te plazca, lo que te parezca.

Te quiero con locura.

Con amor, tu pequeña.

ÍNDICE

Mi amor por siempre

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Ámame para siempre

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Un amor para la eternidad

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Mi gran amor

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Eres todo para mí

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10